

RAFAEL ÁBALOS

AUTORUL BESTSELLERULUI GRIMPÖW



Lectulandia



Un hombre se encuentra encadenado en una mazmorra medieval y no recuerda ni siquiera quién es; dos jóvenes amigos hallan en su ordenador una enigmática fórmula matemática; una prestigiosa neuróloga aparece muerta en su alcoba, con una marca de fuego en la palma de la mano: Kôt. Las tres historias se suceden paralelamente hasta que confluyen en una sola permitiendo que el lector descubra quién es quién en este apasionante thriller de corte fantástico.

# Lectulandia

Rafael Ábalos

## KÔT

autor de Grimpow

ePUB v1.0

iBrain 19.01.11

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Aliquam adipiscing libero vitae leo  
Maecenas tempus dictum libero  
Etiam eu ante non leo egestas nonummy  
Aliquam adipiscing libero vitae leo  
Mauris aliquet mattis metus

A Loli, con un beso

# PRIMERA PARTE

La mazmorra del diablo  
El juego de los enigmas infinitos  
El signo del abismo

# LA MAZMORRA DEL DIABLO

## 1

El anciano intentó abrir los ojos, pero sintió que el peso de sus párpados se lo impedía. Llegó a pensar que aún dormía y que su mente vagaba perdida en las enmarañadas nebulosas de los sueños. No podía sospechar entonces que una atroz pesadilla comenzaría a cobrar vida ante sus ojos como en una macabra función teatral, tan pronto lograra abrirlos.

Al principio sólo vio el destello lejano de unas antorchas que ardían frente a él, pero poco a poco, a medida que sus pupilas se adaptaban a la oscuridad que lo envolvía, fue distinguiendo con horror los gruesos y negruzcos barrotes de una celda en penumbras. Y, más allá, desdibujadas entre las sombras de lo que le pareció una gruta subterránea, las siluetas fantasmales de unos cuerpos inmóviles que colgaban de unas argollas sujetas al techo. Quiso gritar de espanto, pero ningún sonido llegó a salir de su garganta, mientras un sinfín de pensamientos pugnaban en su mente por entender, sin conseguirlo, qué clase de locura se había apoderado de él.

Se llevó las manos a la cara para demostrarse a sí mismo que realmente estaba despierto, y comprobó, aterrado, que tenía las muñecas sujetas por unos pesados grilletes de hierro, unidos a una cadena anclada en el muro de piedra en que apoyaba su espalda. Tampoco tardó en comprobar que otros grilletes se aferraban a sus tobillos con la fuerza de un cepo despiadado, causándole un intenso dolor al intentar mover las piernas. En ese instante sintió frío, como si un soplo de viento gélido le acariciara el rostro y el cuerpo, apenas cubierto por un mugriento hábito de lino, y ya no le cupo duda alguna de que se encontraba atrapado en una profunda y siniestra mazmorra medieval.

Aún aturdido por su propio terror, el anciano se esforzó por recordar quién era, cómo, cuándo y por qué había llegado hasta allí, pero sólo alcanzó a tener la certeza de que él no vivía en un tiempo tan oscuro y tenebroso como la Edad Media, sino en la primera década del siglo XXI.

# EL JUEGO DE LOS ENIGMAS INFINITOS

## 1

Con sólo quince años de edad, Nicholas Kilby y Beth Hampton ya habían participado en diversas misiones espaciales virtuales, organizadas a través de internet por la Escuela Experimental de Jóvenes Astronautas, la EEJA. Ambos poseían amplios conocimientos en materias tan complejas como la robótica y la aeronáutica, la cosmología, la astronomía, la biología molecular, la física cuántica o las matemáticas que explicaban la naturaleza de los agujeros negros del universo. Pero ese día, mientras Nicholas y Beth comentaban las últimas noticias de la NASA sobre el proyecto de creación de una estación lunar permanente, ninguno de ellos sabía que una enigmática fórmula acababa de entrar en sus respectivos correos electrónicos, como si de un sigiloso virus informático se tratara. El primero en encontrarla fue Nicholas Kilby. Su habitación, situada en la planta treinta y cinco de un rascacielos de Lexington Avenue, en Manhattan, era muy parecida al interior de una nave intergaláctica. Las paredes estaban recubiertas de papel pintado con magníficos artilugios, instrumentos y computadoras repletos de lucecitas de colores que simulaban sofisticados sistemas de navegación aeroespacial. En el interior se distribuían una cama, desde cuyo cabecero un pequeño dispositivo proyectaba al techo un infinito firmamento de estrellas, nebulosas y galaxias —que él llamaba área de observación y descanso—, una mesa de estudio atestada de libros y revistas —el área de investigación— y, por último, frente a la ventana del dormitorio, un gran ordenador con pantalla plana, provisto de todos los complementos tecnológicos de última generación imaginables, conformaba el área de control de su insólita Estación Modular NK.

Nicholas Kilby abrió el servidor de correo electrónico poco antes de acostarse, y entonces vio el e-mail que había recibido sin más indicación sobre el asunto que la escueta expresión: «La fórmula», destacada en negrita entre otros mensajes que le comunicaban noticias, convocatorias e informaciones de distintas páginas web sobre el espacio, a las que estaba suscrito. El correo carecía de remitente y de fecha y hora de envío, de manera que Nicholas temió que pudiera tratarse de un virus enviado por algún pirata de la red. De sobra conocía los peligros de esos organismos, bichos y gusanos invisibles capaces de devorar en milésimas de segundo las entrañas del sistema informático mejor protegido. Así que, después de preguntarse qué demonios se escondería detrás de ese correo, se rascó la barbilla y lo filtró por el programa de detección de virus de su PC. Luego, entornando los ojos para no presenciar el posible desastre, abrió el e-mail con un doble clic del ratón inalámbrico. De inmediato



apareció en la pantalla una larga y extraña sucesión de operaciones matemáticas:

$$\begin{aligned} &12 \times (N2+M5+A6+G4+I3+S7) \\ &\quad 3 \times (L1) \\ &\quad 9 \times (G4+J1+E3+U2) \\ &1 \times (R3+E8+C2+L7+A4+B6+S1+B5) \\ &\quad 7 \times (S4+T1+R2) \end{aligned}$$

$$\begin{aligned} &\quad 5 \times (E2+L3) \\ &\quad 2 \times (A5+S3+U2+C4) \\ &6 \times (M1+R6+T4+I7+E5+O8+I2) \\ &\quad 8 \times (E1) \\ &13 \times (N5+I1+T7+N2+S9+I6+O8+F3) \\ &\quad 10 \times (D1) \\ &\quad 4 \times (S2+N4+A7+I6+E3+C5) \\ &\quad 11 \times (O2+I1) \end{aligned}$$

# EL SIGNO DEL ABISMO

## 1

El detective de homicidios Aldous Fowler entró en su despacho a las ocho en punto de la mañana, se sirvió una taza de café, se sentó en su sillón giratorio, miró por la ventana el intenso hormigueo del tráfico y cogió el periódico que le aguardaba sobre su mesa. Ojeó los titulares con rapidez, convencido de que ninguna noticia lograría sorprenderle, y fue pasando páginas como si consultara un listín telefónico. Para Aldous Fowler hojear el New York Times era más un ritual que una costumbre, y rara vez se entretenía en otra sección del diario que no fuera la deportiva. Pero cuando esa mañana se dispuso a leer los comentarios sobre el último partido de los Knicks en la NBA, sonó el teléfono de su mesa.

—Detective Fowler —dijo al descolgar el teléfono.

La delicada voz de la agente de policía que atendía la centralita sonó en su oído como una melodía.

—Le paso una llamada urgente, detective, ya he mandado una ambulancia y una patrulla al domicilio, pero creo que será mejor que hable usted directamente con la denunciante e intente tranquilizarla...

El detective Fowler la interrumpió, impaciente.

—¿De qué se trata?

—Es la asistenta de la señora Katie Hart, una doctora del Centro de Investigación Neurológica Grosling. La ha encontrado muerta en su alcoba cuando hace unos minutos entró en la casa.

Aldous Fowler se incorporó sobresaltado y agrandó los ojos.

—Está bien, pásame esa llamada.

El sonido de un clic en el auricular le hizo suponer que su interlocutora ya estaba al otro lado de la línea telefónica y, aunque intentaba disimularlo, el detective no pudo evitar que un hormigueo punzante le recorriera las venas y acelerara los latidos de su corazón. Carraspeó para aclararse la voz y dijo:

—Buenos días, habla usted con el detective Fowler, del departamento de homicidios, ¿en qué puedo ayudarla?

—Mi nombre es Berenice Hernando, detective, y soy la asistenta de la doctora Hart.

—La escucho, señora Hernando —contestó el detective amablemente, al tiempo que apuntaba en su agenda los nombres de la asistenta y de la doctora.

—Verá, ha ocurrido algo terrible... —Y al decir esto la mujer comenzó a llorar como una niña asustada.

A juzgar por la voz, Aldous Fowler supuso que la asistenta de la doctora Hart debía de ser una mujer hispana con un buen dominio del inglés, de unos treinta años

de edad, morena y de baja estatura.

—Tranquílcese, señora Hernando, y cuénteme lo que ha pasado. Pronto estará con usted una patrulla de policía que ha enviado la central, no debe tener ningún miedo —intentó calmarla el detective.

—No es miedo, es que estoy muy apenada por lo que le ha ocurrido a la doctora Hart... Hace apenas unos minutos que he llegado a la casa, a las ocho de la mañana como todos los días, y me he encontrado abiertas las puertas de la verja del jardín y de la entrada principal. Imaginé que la doctora se las habría dejado abiertas por olvido antes de marcharse al Centro Grosling, ya sabe usted cómo son de distraídos los científicos, pero al entrar en la casa pensé que tal vez no se hubiese marchado aún, o que hubiese regresado por algún motivo, así que comencé a buscarla por todas las habitaciones: en la cocina, en el salón, en su gabinete, en la biblioteca, hasta que la encontré acostada en su alcoba. Al principio, supuse que estaría dormida, pero al acercarme vi que tenía los ojos entreabiertos y que no respiraba. Le cogí la mano derecha para tomarle el pulso y entonces vi esas letras como si hubieran sido grabadas a fuego en la palma de su mano por el mismísimo diablo. Ha sido espantoso, espantoso... —explicó la señora Hernando, rompiendo a llorar desconsolada.

—¿A qué letras se refiere? —preguntó el detective, intrigado.

—Se trata... , se trata de una k, una o con acento circunflejo y una t —dijo la señora Hernando con la voz entrecortada.

Aldous Fowler escribió en su agenda cada una de las letras y observó en silencio la palabra que cobraba forma ante sus ojos:

Kôt

—Kôt —pronunció en un susurro.

—Sí, ésa es la palabra —dijo la asistente, como si la sonoridad de aquella palabra le provocara un intenso escalofrío.

—¿Había alguna otra herida en el cuerpo de la doctora Hart? —preguntó al fin el detective Fowler.

—No, no. Al menos yo no he visto ninguna.

—Está bien, señora Hernando, salga ahora a la calle y aguarde allí a que llegue la ambulancia y la patrulla de agentes. Y no toque usted nada, ¿me ha entendido? Nada. Yo estaré ahí en unos minutos.

# LA MAZMORRA DEL DIABLO

2

El chirrido metálico de una puerta al abrirse atrajo la atención del anciano, cuyos ojos estaban clavados en una rata que husmeaba el aire frente a él. Movi6 la cabeza y orient6 el o6do hacia el lugar del que parecían proceder unos pasos lejanos, m6s all6 de los cuerpos inm6viles que colgaban del techo. Entonces pens6 que en ese instante nada lo diferenciaba de la rata que acababa de huir por un rinc6n de la mazmorra. De haber podido, tambi6n 6l habr6a huido por alg6n agujero oscuro, al ver acercarse a un hombre con aspecto de verdugo, cuyo torso desnudo y musculoso brillaba bajo la luz de las antorchas.

El reci6n llegado ten6a un rostro embrutecido y despiadado. En sus manos sosten6a una escudilla con gachas de harina y un cuenco de barro con agua, que dej6 en el suelo al llegar ante los barrotes de la celda.

—¡Ayúdeme, por favor! —balbució el anciano, a quien la sequedad de su garganta apenas le permit6a hablar.

Pero el hombre cogió un manojo de grandes llaves que le colgaba del cintur6n y se limit6 a abrir la puerta de la mazmorra sin mirar al prisionero ni responder a sus s6plicas. Luego se acerc6 al anciano, lo observ6 con indiferencia y coloc6 junto a sus pies la escudilla y el cuenco de barro. Impulsadas por la sed, las manos del anciano se precipitaron hacia el agua, sin conseguir alcanzar el cuenco a causa de las cadenas que las sujetaban, mientras el verdugo lanzaba al aire una imposible carcajada que son6 entre los muros de piedra como un aullido ahogado. S6lo entonces se dio cuenta el anciano de que aquel desdichado ten6a la lengua cortada.

# EL JUEGO DE LOS ENIGMAS INFINITOS

2

Un ensordecedor zumbido de sirenas rebotó en la celosía de la parada del autobús escolar, situada en la confluencia de la Tercera Avenida y la calle Ciento dieciséis. Ajena al estruendo, Beth Hampton alzó los ojos y miró las nubes que arrastraba el viento como si pudiese encontrar en ellas la respuesta a la pregunta que se había estado haciendo durante toda la noche. Pero sólo vio un cielo tan oscuro y gris que parecía hecho de cenizas apagadas. Esperaba la llegada de su amigo Nicholas Kilby, para preguntarle si había sido él quien le había enviado por correo electrónico una serie de operaciones matemáticas sin aparente sentido, bajo el desconcertante título de «La fórmula».

—Has sido tú, ¿verdad? —le soltó, tan pronto Nicholas se acercó a ella.

Nicholas se aflojó el nudo de la bufanda y movió el cuello de un lado a otro.

—¿Qué se supone que debo responder? —replicó Nicholas, sorprendido.

—Vamos, Nicholas, no te hagas el ingenuo, sabes perfectamente de qué te estoy hablando —insistió Beth, entre el murmullo de los estudiantes que también aguardaban la llegada del transporte escolar.

—Apenas si he pegado ojo en toda la noche, me he levantado con un terrible dolor de cabeza, casi me atraganto por las prisas al tomar el desayuno, he venido corriendo para no perder el autobús, y antes de que pueda respirar con normalidad tú me lanzas una pregunta tan afilada como un cuchillo de carnicero —dijo a punto de perder el aliento.

—Entonces, si no has sido tú, ¿quién ha podido ser? Ayer recibí un e-mail que no tenía remitente, ni fecha ni hora de envío, y pensé que era una de tus bromas o un correo infectado.

La contrariada expresión del rostro de Nicholas Kilby se intensificó tras escuchar las explicaciones de Beth.

—¿Tú también lo has recibido? —preguntó sobresaltado.

—Sí, y por lo que veo, tú también.

—Creo que estamos hablando de lo mismo.

—¿Lo abriste? —quiso saber Beth.

—Al principio tampoco me atrevía a descargar el correo, pero el asunto de la fórmula despertó mi curiosidad. Lo filtré por el antivirus y luego me pasé la noche intentando entenderla —dijo Nicholas más calmado.

Los ojos grises de Beth parecían confundirse con el color del cielo.

—Seguro que es una tomadura de pelo. Esa fórmula sólo contiene operaciones

matemáticas absurdas, y no me extrañaría que algún astronauta aspirante de la EEJA quiera divertirse a nuestra costa.

—No estés tan segura de eso, Beth —murmuró Nicholas—. Anoche analicé las operaciones matemáticas de esa fórmula y vi algo en ellas que me llamó la atención. Es verdad que su enunciado es absurdo, pues sólo se trata de multiplicandos entre sumas de cifras elevadas a potencias, cuyo resultado son cantidades sin sentido...

Beth miró a Nicholas con admiración.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—... que quizá las operaciones que contiene esa fórmula no sean matemáticas.

—¿Una fórmula química con símbolos de la tabla periódica? —preguntó Beth.

—Algo más sencillo que eso: una fórmula con operaciones caligráficas disfrazadas de números, tras las que se esconde el texto de un mensaje.

—¡Estás hablando de un criptograma, de una fórmula críptica! —exclamó Beth.

—Sí, de un mensaje cifrado —confirmó Nicholas, en el mismo instante en que el autobús escolar asomó por la Tercera Avenida.

Al llegar ante la parada, el autobús se detuvo y abrió las puertas soltando un bufido hidráulico que al poco se extinguió con un estertor agónico. Nicholas y Beth aguardaron a que subieran sus compañeros, y luego se adentraron hasta la parte trasera del vehículo para acomodarse en dos asientos libres.

—¿Y qué te ha hecho pensar que ésa es la posible solución de la fórmula? —quiso saber Beth, segundos después de tomar asiento junto a la ventanilla.

—Verás, anoche estudié algunas variantes sobre la fórmula, introduciendo distintos cambios en el orden en que las operaciones aparecían en el e-mail —dijo Nicholas.

Abrió su mochila y sacó unos folios doblados de su interior, que desplegó sobre sus rodillas, dejando visible la primera página.

$$\begin{aligned} &12 \times (N2+M5+A6+G4+I3+S7) \\ &\quad 3 \times (L1) \\ &\quad 9 \times (G4+J1+E3+U2) \\ &1 \times (R3+E8+C2+L7+A4+B6+S1+B5) \\ &\quad 7 \times (S4+T1+R2) \\ &\quad 5 \times (E2+L3) \\ &\quad 2 \times (A5+S3+U2+C4) \\ &\quad 6 \times (M1+R6+T4+I7+E5+O8+I2) \\ &\quad 8 \times (E1) \\ &13 \times (N5+I1+T7+N2+S9+I6+O8+F3) \end{aligned}$$



$$10 \times (D1)$$

$$4 \times (S2+N4+A7+I6+E3+C5)$$

$$11 \times (O2+I1)$$

—Si analizamos las operaciones de la fórmula, parece claro que cada número multiplicador es distinto y van desde el uno al trece —explicó Nicholas, entusiasmado—. De manera que si los ordenamos siguiendo ese criterio, la fórmula quedaría del siguiente modo:

$$1 \times (R3+E8+C2+L7+A4+B6+S1+B5)$$

$$2 \times (A5+S3+U2+C4)$$

$$3 \times (L1)$$

$$4 \times (S2+N4+A7+I6+E3+C5)$$

$$5 \times (E2+L3)$$

$$6 \times (M1+R6+T4+I7+E5+O8+I2)$$

$$8 \times (E1)$$

$$9 \times (G4+J1+E3+U2)$$

$$10 \times (D1)$$

$$11 \times (O2+I1)$$

$$12 \times (N2+M5+A6+G4+I3+S7)$$

$$13 \times (N5+I1+T7+N2+S9+I6+O8+F3)$$

—¡Tiene sentido, Nicholas, mucho sentido! —exclamó Beth sin disimular su sorpresa.

—Pues ahora, mira esto —continuó, a la vez que pasaba al segundo folio, en el que sólo aparecía impresa la primera operación.

$$1 \times (R3+E8+C2+L7+A4+B6+S1+B5)$$

—En el multiplicando englobado entre paréntesis podemos aplicar también la misma regla y ordenar las letras siguiendo la sucesión establecida por los números que las acompañan —soltó Beth de inmediato.

—Sabía que lo entenderías —dijo Nicholas, mientras pasaba a la tercera página de su breve estudio, dejando a la vista una única palabra:

SCRABBLE —¡Se trata de un juego, Beth! Las operaciones matemáticas de la fórmula sólo son movimientos ordenados de una partida de Scrabble, que contiene un mensaje encriptado.

—¡Es fascinante! —aceptó Beth sin salir de su asombro.

# EL SIGNO DEL ABISMO

2

Antes de abandonar su despacho, el detective Aldous Fowler realizó una llamada telefónica urgente y un par de consultas en internet. Con la llamada informó a su jefe, el capitán Fitch, de la extraña muerte de la doctora Katie Hart. Unos minutos más tarde, la primera consulta en Google le sirvió para saber que la doctora Hart era una prestigiosa científica especializada en neurología. Con la segunda consulta, sin embargo, averiguó que en internet aparecían veintinueve millones quinientas noventa mil referencias con la palabra «Kôt», escritas en todas las lenguas imaginables. Luego escribió en una hoja de papel la dirección del Centro de Investigación Neurológica Grosling y se guardó la nota en el bolsillo izquierdo de su pantalón, abrió el cajón de su mesa, cogió su revólver, lo enfundó bajo la cazadora y salió de su despacho dando vueltas entre los dedos a un diminuto balón de básquet, del que colgaba la llave de su coche.

Durante el trayecto desde la comisaría de policía hasta la casa de la doctora Hart, Aldous Fowler no dejó de pensar en la conversación telefónica que acababa de mantener con la asistenta. El agente Rehital, un policía corpulento y de cara cuadrada, salió a su encuentro tan pronto vio al detective Fowler entrar en el jardín de la doctora Hart.

—La puerta no ha sido forzada —dijo el policía que vigilaba la entrada de la casa, como si quisiera evitarle al detective una deducción innecesaria—. Hemos comprobado todas las ventanas y están cerradas. Arriba está el sargento Bladock con el médico y el enfermero de la unidad móvil de urgencias —añadió.

El detective Fowler asintió esbozando una sonrisa complaciente, al tiempo que echaba un vistazo a la cerradura de la puerta.

—¿Aún no han llegado los del gabinete dactiloscópico? —preguntó.

—Ya no deben de tardar, la central nos informó de que estarían aquí antes de media hora. Pero no se preocupe, nadie ha tocado nada —dijo el agente Rehital.

—¿Y la señora Hernando?

—Está adentro, en la cocina. La pobre mujer aún está aterrada por lo ocurrido.

—Dígale que hablaré con ella después de ver el cadáver.

Los ojos de Aldous Fowler se esparcieron por el amplio hall de la vivienda y contemplaron la pulcritud y el orden que reinaban en el interior.

Apenas había comenzado a subir la escalera cuando se encontró con el médico de la unidad móvil de emergencias, que portaba un grueso maletín negro y vestía un traje de color naranja fluorescente. Era un hombre joven, cuyo largo flequillo le colgaba sobre las cejas.

—¿Es usted el detective Fowler, de homicidios? —preguntó el médico,

deteniendo sus pasos en el rellano de la escalera, delante de una vidriera.

—Así es.

—Mi nombre es James Hoffman, de la unidad de emergencias médicas —dijo extendiendo su mano.

—Encantado, James... —respondió Aldous Fowler ofreciéndole la suya.

Y antes de que pudiera continuar, el médico lo interrumpió.

—Me temo que nosotros no podemos hacer nada por la doctora Hart, detective. Probablemente murió de madrugada, a consecuencia de un paro cardíaco. En el dormitorio no hay ningún rastro de drogas ni de barbitúricos. Tampoco hay sangre, ni ninguna herida que no sea esa extraña palabra que aparece marcada en su mano: «Kô»t, todo un misterio, sin duda. En mi opinión ha sido hecha con un hierro candente, uno de esos que usan los ganaderos para marcar las reses o los caballos, pero no sabría decirle qué puede significar, ni si lo hizo ella misma o alguna otra persona. Tampoco sé si la herida fue hecha antes o después de su muerte, aunque por el estado de la cicatriz le puedo asegurar que se trata de una quemadura reciente. Supongo que el forense no tendrá ninguna dificultad en precisar esos detalles una vez practique la autopsia. Lo he llamado y estará aquí lo antes posible —dijo de corrido el médico, como si deseara soltar sus impresiones sin posibilidad de réplica y salir huyendo de ese lugar cuanto antes.

Luego, volvió a estrechar la mano de Aldous Fowler y, tan pronto apareció tras él un enfermero, comenzó a bajar la escalera. Pero, al poco, el médico se detuvo en un peldaño y añadió:

—¡Ah! Se me olvidaba decirle que, en mi opinión, la doctora Hart no opuso ninguna resistencia al ser quemada en la palma de la mano con el hierro al rojo vivo o lo que quiera que sea. No hay signos de lucha ni ninguna marca visible en sus muñecas y en sus brazos. Compruébelo usted mismo, detective.

—Gracias, James, lo tendré en cuenta.

Un amplio corredor se abría a ambos lados del final de la escalera. Aldous Fowler miró al extremo del pasillo derecho y reconoció al sargento Bladock, que se afanaba en colocar un precinto policial entre el marco de la puerta del dormitorio de la difunta doctora Hart.

Cuando vio a Aldous Fowler aproximarse, el policía que custodiaba el cadáver se acercó a él. Era un hombre de raza negra, de unos cuarenta años, con la cabeza afeitada, la boca gruesa, una nariz achatada y los ojos brillantes.

—La central nos advirtió de que vendría usted, detective. Supongo que se habrá cruzado en la escalera con los de emergencias. Acaban de marcharse porque no podían hacer nada por la doctora. Han preferido no tocar el cadáver más que lo necesario para certificar la muerte.

—Está bien, sargento, quédese en el pasillo y no deje pasar a nadie que no sea el

forense, yo echaré un vistazo ahí dentro mientras tanto —dijo el detective Fowler, al tiempo que se colocaba unos guantes de látex que acababa de sacar del bolsillo de su cazadora.

La alcoba de la doctora Hart era una estancia amplia y lujosa. De no haber sido por el grotesco aspecto de la palabra marcada a fuego en la palma de la mano que caía indolente al borde de la cama, hasta el propio cadáver de la doctora Hart podría haber parecido un elemento natural de aquel escenario en calma.

Aldous Fowler se acercó a la cama y contempló el cuerpo sin vida de una mujer de unos cincuenta años, de pelo rubio y algo ondulado, ojos azules muy claros, unas facciones que debieron de ser muy hermosas en su juventud y que, sin embargo, en ese momento carecían de cualquier expresión definida que no fuera una palidez violácea. Parecía como si, al morir, la doctora Hart hubiese abandonado para siempre todas sus miserias, todas sus ilusiones y todos sus miedos. Y como le había asegurado el médico de urgencias, en su rostro no era visible ninguna mueca de dolor. Se reclinó junto al cadáver y observó la piel blanca de su brazo sin apreciar ninguna lesión. Por último, miró la palabra que la asistente había descubierto marcada a fuego en la palma de su mano. La herida estaba aún abierta y los contornos de la cicatriz trazaban con precisión casi quirúrgica los perfiles de tres letras que el detective Aldous Fowler se dispuso a copiar. Sacó el bloc de notas del bolsillo de su cazadora, y las dibujó del modo más exacto posible. Luego se incorporó y mantuvo la mirada clavada en ellas como si mirara un diabólico estigma.

# LA MAZMORRA DEL DIABLO

3

El silencio, las penumbras, las ratas y algunas cucarachas eran las únicas compañías del anciano. No sabía cuánto tiempo llevaba encerrado en aquel infierno húmedo y oscuro, ni si afuera brillaba el sol o reinaba la noche. Sólo deseaba que su carcelero regresara de nuevo con un cuenco de agua que calmara su sed. Desde que lo viera la primera vez, sintió una extraña sensación de consuelo mezclada con el terror que le causó su aspecto de ogro. Pensó que la cercanía de un ser humano, aunque fuera la de un verdugo con la lengua cortada, era preferible a la soledad en que se hallaba. Por eso tenía la mirada perdida en el tenebroso fondo de la mazmorra, esperanzado en volver a oír el chirrido de una puerta al abrirse y el siseo de unos pasos al acercarse. Eso le permitiría, además, poder contar el tiempo. No el tiempo del resto de los humanos acompasado con las horas del día y de la noche, pero sí su propio tiempo, el tiempo de su presidio, que transcurría entre una visita y otra de su verdugo, como si fuese el anuncio anticipado e irremediable de su propia muerte. Al pensar esto, sintió que la sangre se le helaba y que un temblor descontrolado se apoderaba de todo su cuerpo. Si al menos supiera por qué estaba allí, si supiera al menos quién era y cuándo y cómo llegó a aquel infierno, podría aceptar esa tétrica pesadilla como una consecuencia irremediable de su destino. Pero cada vez que se hacía estas preguntas sentía que se adentraba en un abismo insondable donde sólo existía la más completa oscuridad. Sólo un vacío, un agujero abierto en su mente por el que se habían escapado, sin saber cómo, todos sus recuerdos.

# EL JUEGO DE LOS ENIGMAS INFINITOS

3

Durante la primera hora de clase, Beth Hampton no dejó de pensar en todo lo que le había contado Nicholas. Aunque parecía estar atenta al discurso del profesor Loster, lo cierto era que oía sus palabras como un murmullo lejano, cuyo verdadero sentido era incapaz de entender. Ni siquiera se dio cuenta de que el profesor Loster la llamaba al estrado para resolver una complicada ecuación matemática, y explicar a sus compañeros de curso las distintas soluciones posibles.

—Lo siento, profesor Loster, hoy no me encuentro bien —se excusó.

—¿Le ocurre algo, Beth?

—No, sólo estoy un poco mareada —dijo con voz abatida.

—Si lo desea, puede abandonar la clase.

—Gracias, señor Loster, creo que me vendría bien tomar un poco de aire —dijo mientras recogía su mochila.

Nicholas la imitó y también guardó precipitadamente sus cuadernos y lapiceros. Se puso en pie, cogió su cazadora y la bufanda del respaldo de la silla, y dijo:

—Yo la acompañaré, señor Loster.

—Está bien, Nicholas, puedes marcharte con ella —aceptó el profesor, mirándolo desde su mesa por encima de sus gafas y sin acabar de comprender muy bien qué ocurría.

Beth y Nicholas abrieron la puerta del aula y salieron al pasillo, tan silencioso como vacío.

—¿De veras te sientes mal? —preguntó Nicholas mirándola fijamente a los ojos.

—Me encuentro muy bien, Nicholas. Pero, después de lo que me dijiste en el autobús, no tenía ganas de seguir en clase. Prefiero que vayamos a alguna parte y me cuentes cómo acabaste de resolver esa partida de Scrabble —dijo Beth, haciendo chispear sus ojos grises.

A pesar de que el cielo amenazaba con dejar caer su pesada carga de agua en cualquier momento, salieron al campus del colegio y se sentaron en un banco de madera. Beth no ocultaba su curiosidad, aunque disimulaba su enojo consigo misma por no haber caído en la cuenta de que lo que a ella sólo le pareció una ridícula fórmula sin sentido escondiera realmente un mensaje encriptado.

Nicholas volvió a sacar su pequeño dossier de la mochila y pasó las hojas que ya le había mostrado a Beth en el autobús escolar, deteniéndose en la página en que aparecían las operaciones de la fórmula, ya ordenadas por números y sus respectivas correspondencias en palabras:



1 x (R3+E8+C2+L7+A4+B6+S1+B5)

SCRABBLE

2 x (A5+S3+U2+C4)

USCA

3 x (L1)

L

4 x (S2+N4+A7+I6+E3+C5)

SENCIA

5 x (E2+L3)

EL

6 x (M1+R6+T4+I7+E5+O8+I2)

MITERIO

7 x (S4+T1+R2)

TRS

8 x (E1)

E

9 x (G4+J1+E3+U2)

JUEGO

10 x (D1)

D

11 x (O2+I1)

LO

12 x (N2+M5+A6+G4+I3+S7)

NIGMAS

13 X (N5+I1+T7+N2+S9+I6+O8+F3)

INFNITOS

Y debajo, las palabras incompletas, ordenadas por su número, que formaban el siguiente texto:

\_BUSCA L\_ \_SENCIA \_EL MI\_TERIO

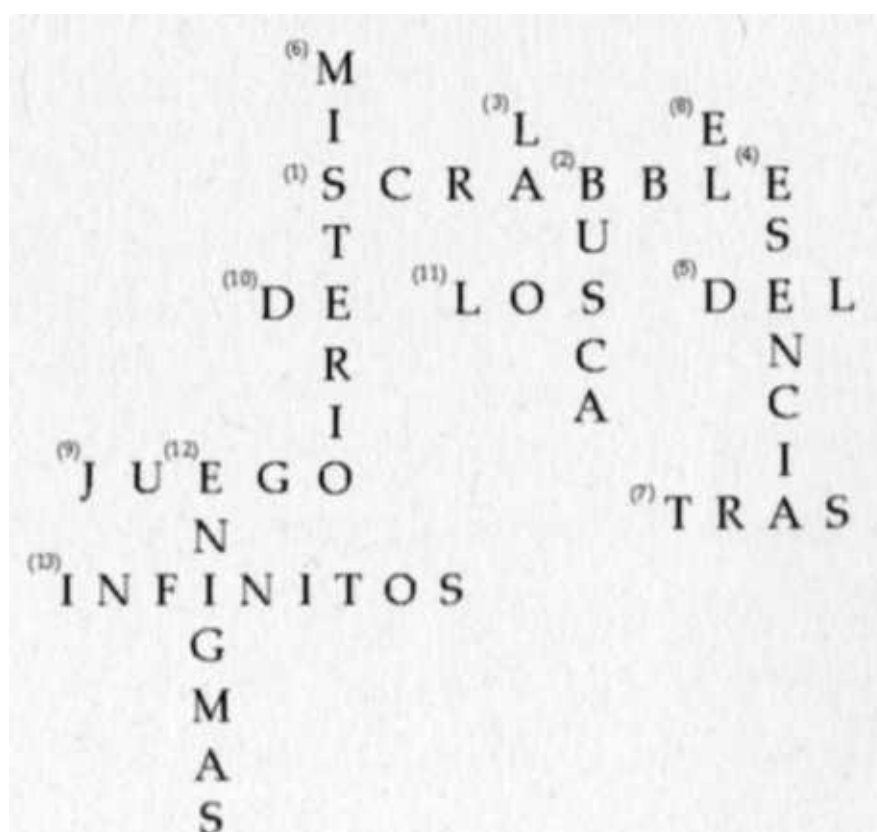
TR\_S E\_ JUEG\_O D\_ LO\_ EN\_GMAS INF\_NITOS

Los ojos grises de Beth se deslizaron como una dulce caricia por la página. Luego pronunció las palabras en voz alta, con la solemnidad de quien pronuncia el conjuro de un mago.

—«Busca la Esencia del Misterio tras el juego de los enigmas infinitos.»

—Exactamente —dijo Nicholas.

Pasó a la siguiente página y dejó a la vista la representación gráfica de una partida de Scrabble, como si se tratara del propio tablero de juego, con las jugadas indicadas por su número de orden entre paréntesis.



—«Busca la Esencia del Misterio tras el juego de los enigmas infinitos» —repitió Nicholas Kilby, deletreando las palabras—. Un juego dentro de otro juego y un misterio dentro de otro enigma —añadió, dando a sus palabras el mismo tono de intriga que parecía contener la fórmula descifrada.

Beth se apartó el pelo que le caía sobre la cara.

—Visto así parece muy sencillo. Pero ¿quién habrá inventado la fórmula y para qué?

—Bueno, eso no lo sé, aunque parece que quien quiera que sea nos pide que busquemos la esencia de un misterio dentro de este juego de enigmas infinitos.

Beth continuó pensando en voz alta.

—Me pregunto si alguien más habrá recibido el e-mail de la fórmula.

—Yo también he pensado en ello, aunque creo que eso es lo que menos importa.

—Sí, quizá tengas razón.

—El juego del e-mail con la fórmula nos ha conducido al juego del Scrabble, y el juego del Scrabble nos conduce al juego de los enigmas, y el juego de los enigmas nos debe de conducir al juego de la Esencia del Misterio o a otro juego infinito.

—Pero ¿quién está jugando con nosotros, Nicholas? —concluyó Beth.

—No lo sé, pero tengo curiosidad por saberlo.

—¿Significa eso que estás decidido a seguir adelante con este asunto?

—Pues claro, ya hemos ganado la primera partida y estoy deseando averiguar qué se esconde detrás de este juego. ¿Qué dices, tú?

—Todo esto me da un poco de miedo. En internet hay muchos locos y hay algo en esa fórmula que no me gusta nada, Nicholas. No sé decir lo que es, pero no me gusta.

—Si de algo estoy seguro es de que esa fórmula no la ha creado ningún chiflado —afirmó Nicholas después de un breve silencio.

—Es posible.

—No lo pensemos más, Beth, y sigamos adelante. No tenemos nada que perder.

—De acuerdo, sí, de acuerdo —aceptó Beth, sin mucho convencimiento.

# EL SIGNO DEL ABISMO

3

La señora Berenice Hernando era tal como Aldous Fowler la había imaginado cuando oyó su voz por teléfono: mexicana, morena y de baja estatura, aunque no parecía tener aún los treinta años. Sus redondos ojos negros y el color cobrizo de su piel revelaban un lejano origen indígena.

—Me he permitido prepararle un poco de café —dijo.

—Gracias, señora Hernando, es usted muy amable.

—¿Han averiguado ya lo que ha podido ocurrirle a la doctora Hart? —inquirió la asistente, intentando disimular su aflicción.

—No, aún no. El médico de urgencias cree que ha sufrido un paro cardíaco.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la mujer, cubriéndose los ojos con las manos para ocultar las lágrimas.

—Lo siento, señora Hernando, sé que todo este asunto es muy penoso para usted, pero tendré que hacerle algunas preguntas, espero que lo comprenda.

La señora Hernando asintió en silencio, esforzándose por contener el llanto. Dejó pasar unos segundos, respiró hondo y dijo:

—Le ayudaré en lo que sea necesario, detective, aunque me temo que lo que yo pueda decirle no le servirá de mucho.

—Cualquier detalle puede ser importante.

Aldous Fowler dejó su bloc de notas sobre la mesa, junto a la taza de café, y preguntó:

—¿Cuánto tiempo lleva usted al servicio de la doctora Hart?

—Mi marido y yo llegamos a Nueva York hace cinco años. Antes vivíamos al sur de Texas, cerca de la frontera con México. Al poco de estar aquí, una mujer de Harlem con la que había entablado bastante amistad en el vecindario me propuso que la sustituyera en su trabajo como asistente de una señora científica. Ella iba a jubilarse, y no deseaba dejar en manos de cualquiera a la doctora. Llevaba toda la vida cuidándola y la quería como algo suyo.

—¿Recuerda el nombre de esa mujer?

—Sí, claro, se llamaba Golda, Golda Mushne. Pero falleció poco tiempo después de jubilarse —añadió al ver que el detective apuntaba el nombre en su bloc.

—¿Había visto usted antes la marca de la mano de la doctora, señora Hernando?

—No, nunca, y espero no volver a ver nunca más esa maldita palabra. No comprendo cómo alguien ha podido hacerle algo tan horrible —dijo, encogiendo el rostro en un gesto de repulsión.

—¿Por qué dice que alguien ha podido hacerle algo?

—Bueno... —titubeó—, supongo que alguien ha debido hacerle esa marca en la

mano, ¿no le parece a usted? —replicó con ingenuidad.

—¿Tiene usted idea de quién ha podido hacer algo así, señora Hernando?

—¡Oh, no, claro que no! Cómo podría saber yo quién lo hizo. Sólo sé que las puertas del jardín y de la casa estaban abiertas, como ya le dije, y supongo que la misma persona que las abrió debió de... —Volvió a quebrársele la voz y se pasó la mano por las mejillas para contener la emoción.

—Vamos, señora Hernando, tranquilícese.

—Lo siento, pero es que es todo tan terrible...

—Supongo que nadie más que la doctora Hart vivía en la casa.

—Sí, sólo ella. Yo venía por las mañanas, a las ocho, limpiaba la casa, hacía la colada y me marchaba al mediodía. La doctora nunca regresaba antes de las cinco.

—¿Alguien, además de usted, tenía las llaves de la casa?

—Nadie, al menos que yo sepa.

—¿Y la alarma?

—Cuando llegué esta mañana no estaba conectada.

—¿Ha notado algo extraño en la casa?

—Aparentemente, todo está en orden, aunque todavía no he podido repasar las habitaciones una por una.

—¿Sabe cómo localizar a algún familiar de la doctora Hart?

La asistente negó con la cabeza.

—Por lo que yo sé, la doctora no tenía parientes.

—¿Algún amigo... , amiga... , ya sabe, alguien que la visitara con frecuencia?

—A veces recibía a un grupo de amigos, y yo me quedaba esa tarde para atenderles, pero no sabría decirle ningún nombre. Sólo recuerdo que uno de ellos, un señor de unos sesenta años, solía cogerla de la mano y paseaban juntos por el jardín.

—¿Podría describirlo?

—Bueno, lo vi en un par de ocasiones, aunque nunca hablé con él. Era un hombre de mediana estatura, yo diría que de aspecto atlético a pesar de su edad, y muy sonriente, no sé. De lo que sí estoy segura es que tenía el pelo muy blanco y abundante, y los ojos muy claros.

—No he visto ningún portarretratos sobre los muebles. ¿Hay algún álbum de fotos de la doctora Hart que podamos ver, alguna fotografía que nos pueda servir para localizar a alguna de esas personas?

—En todo el tiempo que llevo sirviendo en esta casa yo tampoco he visto ninguna. A la doctora Hart no debían de gustarle las fotografías. No hay ninguna foto enmarcada, ni de nada ni de nadie. Quizá en el Centro Grosling puedan darle alguna información sobre esas personas.

—¿Qué puede contarme del jardinero? —quiso saber el detective al recordar el cuidado aspecto del jardín.

—El jardín lo cuida... —se interrumpió al darse cuenta de que hablaba de la doctora Hart como si aún estuviera viva—, quiero decir que el jardín lo cuidaba personalmente la doctora. Era su mayor entretenimiento durante los fines de semana. Pasaba horas en él por duras que fueran las inclemencias del tiempo.

—Supongo que también tendría otras aficiones.

—Desde luego, la señora Hart era muy aficionada a la pintura, y coleccionaba obras de arte. En la buhardilla hay un pequeño estudio en el que ella solía pintar grandes cuadros, que luego regalaba a algunas asociaciones benéficas para que los subastaran.

—¿Sabe si la doctora padecía alguna enfermedad, señora Hernando?

—Bueno, sé que tomaba algunas vitaminas o algún medicamento, aunque no sabría decirle qué. Todas las medicinas de la casa están en el botiquín de la sala de baño de su dormitorio. Pero para mí que la doctora Hart estaba más sana que una manzana del Paraíso antes de que la envenenara la serpiente, si me permite decirlo así.

—Entiendo.

El agente Rehystal entró en la cocina como si lo hubiese arrastrado hasta allí el tentador aroma del café.

—El forense ha llegado —dijo.

—Gracias, agente, subiré enseguida.

—Bien, señora Hernando, por el momento es suficiente. Si es tan amable, intente comprobar si falta algo en la casa. Mientras tanto yo iré a hablar con el forense.

El detective Fowler se disponía a salir de la cocina cuando sonó el teléfono de la cocina. Lo cogió con un movimiento reflejo y contestó:

—¿Sí?

Hubo un silencio momentáneo al otro lado del teléfono, seguido de un pitido intermitente.

—Han colgado. ¿Esperaba usted alguna llamada?

La señora Hernando negó con la cabeza.

—Ocúpese usted mismo de que la central averigüe lo antes posible el número de ese teléfono, agente.



# LA MAZMORRA DEL DIABLO

4

La puerta volvió a chirriar con el mismo sonido de hierros oxidados que el anciano aguardaba oír con impaciencia. En poco tiempo su oído se había agudizado como el de un ciego y era capaz de detectar las pisadas de las ratas al corretear por la mazmorra o el rápido pataleo de las cucarachas. Las últimas horas las había pasado observando los cuerpos inmóviles que colgaban del techo al fondo de aquel infierno, y que sólo lograba ver entre penumbras. Pero, por más que había concentrado todos sus sentidos en comprobar si aquellos cuerpos grotescamente ingravidos realizaban algún movimiento, no pudo apreciar en ellos más que una leve oscilación pendular al trasluz de las antorchas. El contorno de aquellas figuras, sin embargo, le permitió deducir que ambas tenían la cabeza inerte e inclinada hacia delante. Pensó que debía de tratarse de los cadáveres de dos ajusticiados, pero le extrañó que no le llegara el pútrido hedor de la muerte.

En esto pensaba el anciano cuando se dio cuenta de que no eran sólo los pasos del verdugo los que en aquel momento oía a lo lejos: alguien lo acompañaba, otro hombre menos pesado que arrastraba sus pasos produciendo un siseo de reptil venenoso. Al poco los vio aparecer por el fondo en penumbras de la mazmorra, y al llegar ante la celda comprobó que el verdugo iba acompañado por un monje que ocultaba el rostro bajo la capucha de su hábito negro.

El verdugo abrió la puerta de gruesos barrotes de hierro y depositó un cuenco con agua junto a los pies del preso. Éste lo cogió, lo llevó a sus reseco labios y bebió el agua de un solo trago hasta que sintió la última gota resbalar por su garganta. Al fin había calmado su sed.

Luego, el verdugo volvió a cerrar la celda y se apartó a un lado para que el monje que lo acompañaba pudiera acercarse al prisionero. El anciano achicó los ojos para intentar ver el rostro del monje, pero sólo logró distinguir las facciones de un hombre con mirada amenazante.

—¡Pronunciad vuestro nombre! —ordenó el monje.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó el anciano con debilidad.

—¡No es a vos a quien le corresponde hacer preguntas! —replicó el monje alzando aún más la voz.

—No puedo recordar nada —murmuró el anciano.

El monje levantó las manos, y con tono airado y solemne, dijo:

—¡Kenneth Kogan, yo os acuso de hereje y en nombre de Dios os conmino a que confeséis vuestras culpas y os arrepintáis de vuestra arrogancia, si no queréis ser víctima del tormento y de la hoguera hasta purificar vuestra alma entre llamas de fuego!

Preso de la desesperación al oír aquellas palabras, el anciano creyó haber enloquecido. Se llevó las manos a la cabeza para intentar salir de su turbación y sus dedos palparon una enorme cicatriz, aún abierta, rodeándole el cráneo.

Aterrado, sólo pudo preguntar:

—¿Qué han hecho conmigo?

—Sólo hemos hurgado en vuestro cerebro, para conocer mejor vuestros secretos

—respondió el monje sin inmutarse.

# EL JUEGO DE LOS ENIGMAS INFINITOS

4

En el lago de Central Park, los patos chapoteaban, sacudían sus brillantes plumas o las inflaban para ocultar su cabeza entre las alas. Los había de todos los colores y tamaños. Beth los miraba divertida desde un banco, mientras Nicholas permanecía en silencio, ensimismado en sus pensamientos y con la mirada extraviada en el infinito espejo del lago, como si la fórmula críptica que había descifrado lo hubiera hechizado de un modo irremediable. Beth miró a Nicholas y le preguntó:

—¿Crees que has hecho bien en comentarme la solución de la fórmula?

—¿Por qué me haces esa pregunta ahora?

—No sé. Estaba pensando que quizá se trate de un mensaje personal, que cada uno de nosotros debía resolver a su modo —contestó Beth.

—Tú habrías resuelto la fórmula igual que yo, o incluso antes, si le hubieses prestado alguna atención.

—Es posible, pero si no hubiésemos hablado sobre ella tú habrías resuelto el juego del Scrabble, y yo me habría olvidado sin más.

—¿Adónde quieres llegar, Beth? —preguntó Nicholas.

—A que es posible que la fórmula fuese secreta y que hayamos interrumpido el curso natural del mensaje, forzando sus consecuencias —dijo, recogiendo sus piernas sobre el banco para protegerse de la brisa fresca que comenzaba a soplar desde Queens y rizaba las aguas del lago.

—Explícamelo de un modo más simple —sugirió Nicholas, sentándose a su lado y poniendo cara de no entender nada.

—Imagina por un momento que esta mañana no hubiéramos hablado del mensaje de la fórmula.

—¿Y?

—Pues que serías tú quien seguiría adelante con el juego...

—Te estás rajando, Beth.

—No, no es eso.

—Pues no lo entiendo. ¿Qué importa que lo hayamos hablado? Supón por un momento que tú también hubieses resuelto la fórmula y yo no lo supiera. ¿Qué habrías hecho una vez descifrada su solución?

—Probablemente no me atrevería a seguir adelante, ya te lo dije, pero no te habría comentado nada.

—Si quieres, puedo seguir yo solo.

—Lo que quiero decir es precisamente eso.

—¿Por qué no me hablas sin rodeos, Beth?

—Creo que a partir de ahora debemos actuar como si no hubiésemos hablado nunca sobre la fórmula y su significado.

—¿Pretendes que cada uno vaya por su lado?

—Si ésas eran las reglas del juego, prefiero que sea así, sinceramente.

Nicholas se llevó la mano a la barbilla y la miró fijamente.

—Déjame pensar un momento, no me había planteado esa cuestión.

Era posible que la actitud de Beth fuese la más acertada, se dijo para sí. A ella no le gustaba hacer trampas, y en la escuela de jóvenes astronautas se enfrentaba a cada nuevo reto con la tozudez de un mastodonte. Tampoco le cabía duda de que a Beth le gustaba competir y no se contentaría con estar de comparsa en un segundo plano, esperando a que él marcara las pautas de su investigación.

—Está bien —dijo Nicholas al fin—. Si ése es tu deseo, cada uno de nosotros seguirá su propio camino.

—Yo no he dicho que vaya a emprender ese camino —murmuró Beth con una sonrisa.

# EL SIGNO DEL ABISMO

4

El forense Scrinna A. Kendall, un hombre de aspecto aniñado a pesar de su madurez, y que hablaba con la calma de quien está acostumbrado a ver cadáveres para los que las prisas carecen de todo sentido humano, no pudo aportar más detalles sobre la muerte de la doctora Hart que los que Aldous Fowler ya conocía. Sus primeras impresiones, después de examinar el cadáver, también coincidían con las que había expresado el médico de la unidad de urgencias, aunque el forense Scrinna —así se le conocía en el departamento de policía— fue más explícito en sus conclusiones. La temperatura del cuerpo, aún templada al tacto, la rigidez vencible de los brazos y las muñecas, así como el estado de las livideces cadavéricas de la espalda, le hacían suponer que la doctora habría fallecido alrededor de las cinco de la madrugada en la cama. No había indicio alguno de resistencia, lucha o agresión de ningún tipo, las uñas estaban intactas, las pupilas dilatadas y, en apariencia, no tenía fracturas óseas ni lesiones en el cuello.

Arrodillado junto a la cama, el forense abrió su maletín y un diminuto bisturí brilló ante él con fríos destellos de metal afilado. Luego, con las manos enfundadas en finos guantes de látex, cogió una lupa y la acercó a la mano inerte de la doctora. La palabra «Kôt» aparecía limpiamente trazada en el centro de la palma de la mano derecha, orientada de modo que, de haber estado viva, la doctora Hart podría leerla con sólo girar la muñeca. La k y la t, las letras más altas, no debían de superar los tres centímetros de longitud, y todas tenían el color negruzco de la carne quemada.

—Que la marca ha sido hecha con un hierro candente es indudable —murmuró el forense, sin dejar de mirar con la lupa la herida abierta en la piel—. Las quemaduras por contacto son fácilmente identificables cuando penetran hondamente en la epidermis, y los trazos de cada letra están perfectamente delimitados con bordes enrojecidos en esta zona apergaminada de color marrón —dijo señalando con el bisturí alrededor de las letras—. La forma de la t es particularmente llamativa. En mi opinión, se asemeja a una daga o a un puñal con la punta curvada. También podría pensarse que se trata de una cruz, pero ésa es una característica común a todas las tipografías de la letra t, y ningún símbolo conocido de la cruz se curva en su extremo inferior, al menos que yo sepa.

Aldous Fowler permanecía en silencio a su lado, con su bloc de notas en la mano y la palabra que él mismo había dibujado minutos antes, puesta a la vista de sus ojos.

—Lo más parecido que recuerdo a una marca como ésta en la mano de un cadáver fue en un caso de falsos estigmas que investigué hace algunos años, cuando trabajaba en el Bronx. El líder de una secta apocalíptica había fallecido a causa de un cáncer de pulmón por su compulsiva adicción al tabaco, y sus seguidores, empeñados en

proclamar la santidad de su guía espiritual, no dudaron en clavarle unas estacas en las palmas de las manos como a un crucificado, para vender la noticia de la estigmatización del difunto como un prodigio divino. Todos los miembros de la secta estaban locos..., completamente locos —explicó el forense poniéndose en pie.

—Cuando vi esa palabra por primera vez hace un rato, inmediatamente pensé en algo así —corroboró Aldous.

El forense guardó la lupa y el bisturí en su maletín, y sacó de su interior una cámara fotográfica digital con la misma parsimonia con la que hablaba.

—Desde un punto de vista clínico, los estigmas no son más que enfermedades de la piel que aparecen como consecuencia de un importante trastorno psicológico, sobre todo en personas que sufren graves episodios de histeria o delirios místicos. Pero si le pregunta a alguien con firmes creencias religiosas, le dirá que los estigmas son un verdadero don de Dios, un gozoso y sangriento sufrimiento que los acerca a la divinidad; aunque también encontrará quien proclame que sólo se trata de una clara manifestación del diablo, con la que asegurarse una entrada triunfal en el mismísimo infierno —disertó sin apasionamiento—. Seguimos viviendo un tiempo oscuro en el que lo que menos nos importa es la causa real de las cosas, detective. Sólo nos interesa afianzar nuestras creencias, por absurdas e irracionales que sean —dijo el forense sin dejar de fotografiar desde distintos planos el cadáver y la palabra impresa en la mano de la doctora.

—¿Y qué opina usted de esta marca? —preguntó el detective Fowler, sacudiendo con levedad su bloc de notas.

—Sinceramente, creo que puede ahorrarse el esfuerzo de pensar en un fenómeno sobrenatural para explicar esa quemadura, y tampoco me parece lógico pensar que la doctora Hart estuviera tan chiflada como para infligirse a sí misma una lesión tan macabra y dolorosa. Quien le hizo esa herida en su mano sabía lo que hacía y por qué lo hacía —dijo guardando la cámara digital en el maletín. Luego añadió—: Bien, detective Fowler, es cuanto puedo decirle de momento, pero le llamaré tan pronto tenga listo mi informe de autopsia. Quizá entonces sepamos mucho más sobre la muerte de la doctora Hart y esa marca.

El cielo de Nueva York se había convertido en un amasijo de nubes negruzcas, que flotaban sobre los rascacielos de Manhattan y engullían las últimas plantas del Empire State hasta hacerlas desaparecer.

—¿La han asesinado? —preguntó por teléfono el capitán Fitch.

—Si no fuera por la marca de la mano, juraría que la doctora Hart murió mientras dormía, capitán —respondió el detective Fowler, que acababa de salir al jardín de la casa cuando recibió la llamada del capitán.

Sentado con las piernas cruzadas en su sillón, y vuelto hacia la amplia cristalera de su despacho, el capitán Fitch miraba la calle con la misma aprensión de quien



intuye una inminente catástrofe y no se decide a buscar un lugar seguro en el que refugiarse.

—¿Está diciéndome que la doctora Hart murió de un infarto, Aldous?

—No exactamente, capitán. La verdadera causa del fallecimiento no la conoceremos hasta que el forense Scrinna termine su informe de autopsia. Me aseguró que lo tendría ultimado mañana a primera hora, a falta de algunos análisis toxicológicos y anatomopatológicos. Pero por ahora no disponemos de ningún indicio que permita pensar que la han asesinado. Sólo tenemos la palabra «Kôt» marcada a fuego en su mano, y parece claro que no fue ella quien lo hizo. En la casa todo está en orden, y, según la asistenta, no se han llevado nada —dijo el detective, palpándose los bolsillos de su cazadora para buscar las llaves del coche—. La caja fuerte estaba cerrada y en su gabinete todo parece estar tal como debió de dejarlo antes de irse a dormir. Encontramos sus gafas graduadas encima del escritorio, junto a unos estudios sobre enfermedades mentales. Su ordenador portátil estaba aún encendido. La doctora estaba escribiendo un artículo para una revista médica especializada que dejó inacabado.

—¿Y la asistenta?

—Una mexicana llegada hace cinco años de Texas, parece una buena mujer. Está algo asustada y muy afectada, no creo que tenga nada que ver con esto.

—Bien, Aldous, ocúpese de localizar a la familia de la doctora para informarle de lo ocurrido.

—Vivía sola y no tenía parientes, capitán. Sólo recibía de vez en cuando la visita de algunos amigos, probablemente compañeros del centro Grosling en el que trabajaba. Había pensado ir allí ahora mismo; preferiría hablar con sus compañeros antes de que se haga pública la noticia de su muerte.

—Sí, quizá sea lo más conveniente, pero no deje de verme tan pronto regrese a la comisaría. Los jefes no tardarán en calentarnos la cabeza con sus preguntas.

Al poco de colgar, cuando aún no había abierto la puerta del coche, el agente Rehstal se le acercó para informarle de que la última llamada al domicilio de la doctora Hart había sido hecha desde un teléfono fijo del Centro de Investigación Neurológica Grosling.

# LA MAZMORRA DEL DIABLO

5

Cuando en la soledad de la mazmorra volvió a palparse la cicatriz que le rodeaba el cráneo, el anciano se horrorizó al pensar que alguien hubiese podido robarle sus recuerdos. En el silencio de su mente retumbaban aún las palabras del monje cuando le dijo que sólo habían hurgado en su cerebro para conocer mejor sus secretos. Pero, ¿a qué secretos se refería? Él no podía recordar ninguno, por más que se esforzaba en conseguirlo. Además, se decía a sí mismo, ¿cómo era posible que un ser humano pudiese entrar en los pensamientos, las ideas, los recuerdos o los secretos de otro ser humano? Esa posibilidad le pareció tan absurda y perversa que volvió a dudar de que realmente estuviera despierto. Una idea tan disparatada sólo podía ser fruto de una terrible pesadilla o de una truculenta alucinación. Sentía como si le hubiesen amputado una parte de sí mismo, o como si le hubiesen arrancado de cuajo las entrañas. O, tal vez, más que eso, como si una larva despiadada se hubiera colado furtivamente en su cabeza y devorara lentamente cada rincón de su mente hasta hacerlo enloquecer.

¿Y si era eso? ¿Y si él no era más que un loco, uno de esos alucinados que creían poseer prodigiosos poderes, como le había asegurado el monje que acababa de visitarlo en la mazmorra? Muchos de sus conocimientos y de sus revolucionarias teorías científicas, que comenzaba a recordar, ponían en entredicho los dogmas de las religiones y la idea misma de un dios creador del universo. Y ese atrevimiento se castigaba en la Edad Media con la hoguera. Pero él estaba convencido de que sus teorías heréticas no pertenecían a ese lejano espacio ni a ese oscuro tiempo.

# EL JUEGO DE LOS ENIGMAS INFINITOS

5

Sentado en el puesto de control de su particular Estación Modular NK, Nicholas Kilby había comenzado en internet una incansable investigación sobre el posible significado del juego de los enigmas infinitos y el modo de encontrarlo. Esa tarde ni siquiera estudió.

Cuando salieron de Central Park, Beth y Nicholas pasearon durante un buen rato por Columbus Avenue, atestada de gente que se desplazaba ensimismada de un lugar a otro, como el incesante ir y venir de un gigantesco nido de termitas. Beth se mostraba huidiza y reservada cada vez que Nicholas volvía a hablar del juego de los enigmas infinitos, como si su inicial entusiasmo con el misterioso correo electrónico de la fórmula se hubiese desvanecido de súbito. Nicholas supuso que la escurridiza actitud de su amiga no era sino consecuencia de su propio malestar, por no haber caído en la cuenta de que la fórmula era mucho más que un simple conjunto de operaciones matemáticas sin aparente sentido. Sin embargo, no le cabía duda alguna de que Beth no había dejado de cavilar sobre el modo de ganar la siguiente partida del juego. Sí, Beth era una competidora nata y no se dejaría vencer fácilmente, por mucha que fuese la ventaja de Nicholas. Pero, lejos de molestarle, a Nicholas esa rivalidad le divertía y le hacía sentir un gran respeto y admiración por su amiga. De no haber sido por ella, no hubiera podido inscribirse en la preselección estatal de la Escuela Experimental de Jóvenes Astronautas. En todo el condado de Nueva York no había otra chica tan inteligente como ella. Beth tenía la resistencia y el ímpetu de un jugador de rugby y la belleza y la fragilidad de un polluelo de cisne de los que tanto le gustaba contemplar en el lago de Central Park. Pero había algo más: cada vez que Beth lo miraba o le hablaba, Nicholas comenzaba a sentir que un cosquilleo punzante le borboteaba en el estómago como si se hubiera tragado una rana. Y ése era para él un sentimiento tan hermoso como desconocido.

Después de pasarse horas investigando en balde qué podía ser el juego de los enigmas, Nicholas decidió establecer una videollamada desde el puesto de control de su Estación Modular NK, y hacer algunas pesquisas sobre la situación de la Nave Interplanetaria BH, antes de que avanzara más la noche. Manipuló en el teclado inalámbrico con la misma agilidad que un operador de vuelos espaciales y, tan pronto el rostro de Beth apareció en la pantalla del ordenador, dijo:

—Estación Modular NK a Nave Interplanetaria BH.

—Adelante NK, te escucho —respondió Beth a través de un diminuto micrófono que colgaba, ingrávido, ante su boca.

Desde que ingresaron en la EEJA y recibieron el equipo y dos modelos distintos del traje espacial del astronauta aspirante, incluido el logotipo de la escuela virtual, Nicholas y Beth los usaban todas las tardes para estar en casa, y cuando hablaban entre ellos a través de videollamada, se divertían jugando a comunicarse entre sí como podría hacerlo la tripulación de la Estación Espacial MIR con el centro de control de Houston.

—¿Qué tal van las cosas por ahí, BH?

—De momento no hay ninguna perturbación en el ambiente, aunque estaba a punto de retirarme al área de descanso cuando has establecido la videollamada —dijo Beth simulando un largo bostezo ante la webcam.

—Apuesto diez dólares a que esta tarde has estado navegando por la red tantas horas como yo, sin encontrar nada interesante.

—Quedamos en que no hablaríamos más de este asunto, NK.

—¿Y qué te hace suponer que me refiero al juego de los enigmas infinitos?

—No es una suposición, NK. Te conozco bien y sé lo que te ocurre.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es lo que me pasa?

—No consigues fijar correctamente las coordenadas de localización del juego de los enigmas infinitos en tu navegador, y necesitas con urgencia una pista, alguna ayuda que te saque del atolladero en que te encuentras.

—Nunca dije que iba a ser fácil resolver este juego.

—Si te sirve de algo, NK, te diré que yo ya lo he conseguido.

—¡Quequequequééé!

—No sé por qué te sorprendes tanto, ha sido bastante sencillo.

—¿Me estás tomando el pelo, BH?

Pero la imagen de Beth desapareció súbitamente de la pantalla y la pregunta de Nicholas no tuvo respuesta.

# EL SIGNO DEL ABISMO

5

Aldous Fowler regresaba a la comisaría central de policía envuelto por un enjambre de destellos titilantes. Las fachadas de los edificios repletas de anuncios de neón, los brillos de la lluvia sobre el asfalto y las luces blancas y rojas de los vehículos que circulaban lentamente por todas las avenidas, convertían la ciudad de Nueva York en una inmensa galaxia multicolor que parecía flotar en medio de un firmamento prodigioso.

Había anochecido y se sentía cansado. Su visita al Centro Grosling se había prolongado más de lo que pudo prever y aún debía informar personalmente al capitán Fitch del resultado de sus investigaciones. Sería, sin duda, una noche larga, tan larga como las interminables avenidas de Manhattan.

Según había podido averiguar, el día de su muerte la doctora Hart había cruzado el control de seguridad del Centro Grosling a las siete y cinco de la tarde, un par de horas después de lo que solía hacerlo habitualmente. Sobre las cinco de la tarde, la doctora le había comentado a su secretaria personal, la señorita O'Neil, que iba a quedarse en el laboratorio para ultimar unas pruebas neurológicas que le interesaban especialmente; y una de las limpiadoras había confirmado que la doctora permaneció en la sala de análisis microscópico hasta el momento de marcharse, cuando ya no quedaba nadie en su laboratorio. Tampoco nadie había vuelto a verla desde entonces. Todos sus compañeros del centro habían coincidido en que la doctora Hart era una excelente científica y una mujer excepcional, sin que pudieran entender que alguien deseara causarle algún daño. Ninguno de ellos había visitado la casa de la doctora, a quien la mayoría coincidía en calificar de muy amable pero, a la vez, bastante tímida y reservada con sus asuntos personales. Jamás habían visto algo parecido a la palabra «Kô» y no podían sospechar de nadie que pudiese haber entrado en su casa.

De este modo resumía mentalmente Aldous Fowler sus conclusiones después de haber hablado con un buen número de profesionales y personal subalterno del equipo científico coordinado por la doctora Hart, al tiempo que seguía con los ojos la rítmica oscilación del limpiaparabrisas de su coche. Pero lo que más le había impresionado al detective Fowler fue su conversación con el director del centro, el señor Harold Brannagh, en su despacho del opulento edificio Grosling, cuando, después de comunicarle la muerte de la doctora Hart, éste le habló de sus investigaciones científicas.

—No puedo aceptar que Katie haya muerto —dijo el señor Brannagh en un susurro, cayendo abatido en el sofá del despacho, a la vez que se cubría el rostro con las manos.

Aldous Fowler dejó transcurrir unos minutos para respetar el recogimiento del

señor Brannagh, un hombre maduro de aspecto frágil, ojos pequeños aunque vivos y facciones afiladas. Luego dijo:

—Tal vez usted pueda explicarme en qué consistía el trabajo de la doctora Hart.

El señor Brannagh retiró las manos del rostro, sacó un pañuelo de papel del bolsillo de su chaqueta y secó unas lágrimas que habían asomado en sus ojos.

—Discúlpeme, detective, no he podido evitar emocionarme. La doctora Hart y yo nos conocíamos desde que éramos estudiantes en la Universidad de Cornell, hace más de treinta años. Al terminar la carrera de medicina, ambos nos incorporamos al centro de investigación, entonces recién fundado por Adam Grosling; yo pronto me dediqué a las tareas de dirección y gestión, mientras Katie hizo lo que siempre había soñado: intentar conocer y descubrir los mecanismos de funcionamiento del cerebro humano.

—¿A qué se dedicaba exactamente?

—Los estudios de la doctora Hart eran muy diversos, desde la investigación de los procesos moleculares en la regeneración de las neuronas, hasta llegar a entender cómo el cerebro humano puede crear la conciencia de cada uno de nosotros, de nuestra propia identidad y personalidad como seres únicos y diferentes. Pero, en los últimos años, Katie había centrado sus investigaciones neurológicas en la memoria.

La atención de Aldous Fowler se agudizó al oír las palabras del señor Brannagh.

—¿La memoria? —preguntó desconcertado.

—Verá, detective Fowler, la memoria es un maravilloso mecanismo natural que nos permite recuperar y clasificar toda la información que ha recibido nuestro cerebro. Sin embargo, la mente olvida más del ochenta por ciento de las experiencias que vive el ser humano. La doctora Hart trabajaba en distintos proyectos científicos y tecnológicos que solucionan ese problema.

—Le ruego que me lo explique de un modo que pueda comprenderlo; como podrá suponer, soy un profano en estos temas.

—Claro, claro —dijo el señor Brannagh con amabilidad, carraspeando para aclararse la garganta. Luego prosiguió—: Verá, nuestros recuerdos, nuestras emociones, nuestros movimientos, nuestra conciencia, nuestros pensamientos, nuestro lenguaje, nuestra inteligencia, todo lo que somos es el resultado de la evolución de nuestro cerebro. El cerebro humano es algo maravilloso y fascinante, detective Fowler, la máquina más original y asombrosa de todo el universo; podríamos compararlo con un sofisticado ordenador personal en el que funcionan distintos programas informáticos. Pues bien, uno de esos programas sería la memoria: un perfecto sistema de archivo y recuperación de datos integrado en el hipocampo, que formaría la parte del disco duro donde despliegan sus conexiones decenas de millones de neuronas en una magistral sinfonía de impulsos eléctricos. La doctora Hart estaba descubriendo los inauditos mecanismos de creación y degeneración de esas neuronas, así como el modo de acceder a la información que almacenan, e

incluso la manera de modificar artificialmente esa información.

—¿Quiere decir que la doctora Hart investigaba la manera de manipular la memoria de un ser humano?

—No, no en los términos en que usted formula la pregunta, detective —respondió el señor Brannagh conteniendo una sonrisa y removiéndose en el sofá hasta acomodarse en una nueva postura, con el brazo extendido sobre el respaldo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Se imagina lo que podrían suponer los hallazgos de la doctora Hart para la curación de la amnesia, la esquizofrenia, la depresión o la demencia? Estaríamos ante el fin de las enfermedades mentales, ante el comienzo de una nueva era de la mente —dijo con énfasis.

—Pero también se podría acceder a nuestra memoria, entrar en ella, en nuestros recuerdos, modificarlos o eliminarlos, simplemente con el propósito de anular nuestra propia personalidad como seres inteligentes y libres. La mente es lo único que aún nos permite seguir siendo nosotros mismos —replicó Aldous Fowler, mirando fijamente a los ojos del señor Brannagh.

—Posiblemente sea como dice —aceptó el director—. Muchos avances científicos tienen un lado tenebroso que es difícil de evitar, aunque supongo que puede ser controlado por las vías legales oportunas —añadió con cierta indiferencia.

—¿Cree que esos proyectos de investigación de los que me está hablando han podido acarrearle a la doctora Hart algún enemigo; no sé... , alguna rivalidad o alguna venganza, alguien que quisiera causarle algún daño?

—¡Oh, vamos, detective! Las investigaciones de la doctora Hart supondrían un extraordinario avance para toda la humanidad, ¿cómo podría alguien pensar en un ajuste de cuentas por ese motivo?

Aldous Fowler desplegó su bloc de notas por la hoja en que había dibujado las letras marcadas a fuego en la mano de la doctora Hart.

—¿Le dice algo esta palabra? —preguntó, mostrándole el dibujo al director.

—Kôt —leyó el señor Brannagh frunciendo el ceño—. No, no sé lo que puede significar; no la había visto antes. ¿Tiene algo que ver con la muerte de Katie?

—Estaba marcada a fuego en la palma de su mano derecha.

—¿Cómo dice?

—El médico forense opina que la quemadura pudo ser hecha con un hierro candente, es cuanto puedo decirle por ahora. Aún no sabemos cómo murió la doctora Hart, pero no me cabe duda de que esta palabra tiene mucho que ver en ello.

—¡Oh, pobre Katie! —exclamó el señor Brannagh, desolado.

El detective Fowler se incorporó del sofá, dispuesto a marcharse.

—Dígame, señor Brannagh, ¿llamó usted por teléfono esta mañana a la casa de la doctora Hart? El director pensó un instante.

—Sí, lo hice desde este despacho cuando la secretaria de Katie me comunicó que no había llegado aún, pero al oír la voz de un hombre pensé que me había equivocado de número. Luego me entretuve con otros asuntos y no volví a llamarla. Supuse que estaría enferma. Pero ¿cómo ha podido usted saberlo?

—Nunca le pregunte a un detective de homicidios por los secretos de su oficio, podría decepcionarle.



# LA MAZMORRA DEL DIABLO

6

Un nombre. Al menos tenía un nombre, su propio nombre, se repetía una y otra vez el anciano encerrado en la mazmorra. Kenneth Kogan, le había llamado el monje. Entonces sintió como si una pequeña brecha se hubiese vuelto a abrir en su memoria, un invisible resquicio por el que comenzaron a penetrar de nuevo sus recuerdos como débiles filamentos de luz, capaces de iluminar la oscura maraña de pensamientos y preguntas que se enredaban sin cesar en su mente.

Sin saber cómo, el recuerdo de su nombre le condujo al recuerdo de sí mismo, de su propia identidad perdida, de su pasado y del lugar en que habitaba, antes de que un día despertara en medio de esa pesadilla inexplicable, encadenado con grilletes a los muros de piedra de una siniestra mazmorra. No, él no vivía en plena Edad Media, se decía a sí mismo con insistencia. Después de haber oído su nombre en boca del monje, estaba completamente seguro. Ya no le cabía ninguna duda, aunque todavía no lograra comprender cuándo y cómo había llegado hasta allí. Vivía en un denso bosque en las afueras de la ciudad de Ithaca, al noroeste del Estado de Nueva York, y durante años había sido profesor de la Universidad de Cornell. En su juventud, cuando siendo todavía estudiante formuló sus revolucionarias teorías sobre los saltos cuánticos en el tiempo, muchos de sus compañeros de la facultad de Ingeniería Aeronáutica lo tildaron de osado, fantasioso y extravagante; sin embargo, él mismo experimentaba en ese momento una desconcertante incredulidad, al pensar que su tranquila existencia transitaba, sin explicación aparente, desde la era de la clonación y la conquista del planeta Marte hasta los remotos y sórdidos años de las persecuciones de herejes y endemoniados.

Pero por más real que pareciera su cautiverio en esa mazmorra medieval, Kenneth Kogan se resistía a creer que hubiera otra razón que la justificara que no fuese un simple secuestro. Alguien lo había capturado dejándolo inconsciente y lo había llevado hasta allí, suministrándole algún tipo de alucinógeno o droga capaz de producirle la amnesia que sufría. No se trataba de ningún salto en el tiempo, de ningún viaje al pasado. Sus propias teorías sobre los saltos cuánticos en el tiempo, inspiradas en la teoría de la relatividad de Einstein, sólo eran hipótesis, imposibles de reproducir aún en un laboratorio por futurista y sofisticado que fuera. Pensó entonces que todo cuanto lo envolvía: la mazmorra, los muros de piedra, las cadenas, los grilletes, las ratas, las cucarachas, las antorchas, los cuerpos inmóviles y ensangrentados que colgaban del techo de aquella gruta subterránea, incluso el verdugo de la lengua cortada y el monje que lo había visitado, sólo eran piezas de un decorado artificial y anacrónico, simples elementos de atrezo de una lúgubre escenografía teatral, en la que él se esforzaba por adivinar qué trágico personaje le

correspondería interpretar.

Cansado y hambriento, se tumbó sobre el duro suelo de piedra de la mazmorra y se quedó profundamente dormido. Entonces, creyó comprenderlo todo.

# EL JUEGO DE LOS ENIGMAS INFINITOS

6

El salvapantallas del ordenador de Nicholas Kilby simulaba un acuario virtual en el que unos peces tropicales nadaban entre aguas, algas, rocas y pompas de oxígeno ficticias, pero provistas de un realismo sorprendente. Tenía apoyados los codos en la mesa a ambos lados del teclado inalámbrico, y sostenía la cabeza entre ambas manos para aumentar su concentración en los lentos movimientos de los peces de colores que se deslizaban ante sus ojos. Por más que había buscado en internet alguna pista que le permitiera desvelar qué podía ser el juego de los enigmas infinitos, no había encontrado más que multitud de páginas relativas a juegos de estrategia, de acción, de aventuras y enigmas de todos los tiempos y lugares del mundo, además de algunas páginas web dedicadas a títulos de novelas y películas con las mismas palabras, que nada parecían tener que ver con el significado de la fórmula ni con el juego. El juego de los enigmas infinitos era un título demasiado común, incluso vulgar, para que por sí solo le permitiera deducir su verdadero significado, razonó Nicholas para sí. Debía de haber algo más, ajeno al propio título, que facilitara la interpretación final de ese enigma. Y si Beth ya lo había conseguido, Nicholas supuso que debía de bastar con un razonamiento lógico y sencillo. Si no disponía de ninguna pista más que la fórmula que le llegó por correo electrónico, la clave debía estar también en internet. Pero dónde, se decía a sí mismo mientras se quitaba la gorra con el logotipo de la EEJA y se rascaba la cabeza. En ese instante clavó su mirada en los ojos saltones de un pez naranja que acababa de aparecer por el borde de la pantalla del ordenador. «No consigues fijar correctamente las coordenadas de localización del juego de los enigmas infinitos en tu navegador, y necesitas con urgencia una pista», recordó que le había dicho Beth. ¡Pues claro!, gritó Nicholas mentalmente. Su amiga le había dado una pista y él había sido tan torpe y orgulloso que ni siquiera se había dado cuenta. Fijar correctamente las coordenadas de localización del juego de los enigmas infinitos en el navegador ¡no podía significar otra cosa que escribir correctamente en la página de su explorador de internet la dirección exacta de una página web!

De inmediato pulsó la tecla «enter» del teclado inalámbrico, y el acuario virtual desapareció de sus ojos como si lo hubiese engullido un monstruo de fauces negras y gigantescas. Ante él apareció la última página web que había visitado, y Nicholas cambió la dirección URL, escribiendo con precipitación: **[www.eljuegodelosenigmasinfinitos.es](http://www.eljuegodelosenigmasinfinitos.es)**

# EL SIGNO DEL ABISMO

6

A primera hora de la noche, la noticia de la muerte en extrañas circunstancias de una prestigiosa científica había corrido por todos los medios de comunicación de Nueva York como un río desbordado. Las televisiones dedicaron programas especiales al suceso y enviaron corresponsales al domicilio de la doctora Hart, al Centro de Investigación Neurológica Grosling y a la sede central del departamento de policía de Manhattan, donde se agolpaban decenas de cámaras y micrófonos ansiosos por captar una imagen o unas declaraciones de cualquier personaje que tuviera algo que decir al respecto. Las especulaciones se habían desatado y los comentaristas soltaban sus hipótesis sin ningún rubor, relatando las versiones más inverosímiles y descabelladas sobre la muerte de la doctora: desde un posible suicidio, un crimen pasional, un acto terrorista, un asesinato político o un fulminante infarto. La catástrofe que intuía el capitán Fitch acababa de comenzar, y a él le tocaba afrontar las primeras acometidas de una terrible avalancha periodística.

—Adelante, Aldous, le estábamos esperando —dijo el capitán desde su mesa, tan pronto abrió el detective la puerta del despacho.

Frente al capitán, sentados en dos butacas de tubos metálicos, el responsable de relaciones públicas del departamento de policía de Nueva York y el jefe de homicidios interrumpieron la conversación que mantenían sobre la rueda de prensa que se disponían a ofrecer a todos los medios de comunicación acreditados.

—Supongo que ya conoce al señor Dehmelt y al jefe Schull.

Aldous Fowler se acercó y estrechó la mano de los dos hombres. El jefe Schull, un policía elegante, de piel rosada, mirada severa y con el pelo gris recortado a cepillo como un marine, se puso en pie y cedió su asiento al detective. Luego comenzó a deambular por la estancia con gesto inquieto, y dijo:

—Bien, detective, como usted mismo ha podido comprobar, la muerte de la doctora Hart ha provocado un gran revuelo periodístico y ha disparado rumores de todo tipo, algunos de ellos realmente ridículos, a pesar de que la nota de prensa redactada por el equipo del señor Dehmelt —hizo un gesto con su mano para señalarlo— había sido bastante escueta y precisa para evitar esas inconveniencias. Lamentablemente, las extrañas circunstancias de su fallecimiento han despertado un inusitado interés en todos los medios de comunicación, antes incluso de que nosotros podamos saber qué le ha podido ocurrir exactamente. Si no me equivoco, el capitán Fitch nos ha informado de que en principio nada hace suponer que se trate de un asesinato, salvo la extraña marca que aparece en la palma de su mano.

—Así es, jefe Schull, por esa razón me desplazé personalmente esta mañana hasta el domicilio de la doctora. Su asistente me aseguró que las puertas de la verja del

jardín y de la casa estaban abiertas, y supuse que podía tratarse de un homicidio. Sin embargo, no encontré ningún indicio de que la hubieran asesinado. Sólo vi esa marca de la que le habló él.

Los tres hombres miraron la hoja de papel como si contemplaran un valioso documento.

—¿Qué demonios puede significar esto? —preguntó el capitán Fitch.

—Tiene la apariencia de un símbolo esotérico, una especie de estigma religioso, quizá —dijo el jefe Schull achicando los ojos.

—Después de hablar esta mañana con la asistente de la doctora Hart, hice una consulta en Google sobre la palabra «Kôt» y encontré más de siete millones y medio de referencias. Es posible que pueda simbolizar un estigma, pero también podría tratarse de cualquier otra cosa. El forense tendrá listo su informe de autopsia mañana a primera hora.

—Quien hizo esto nos está retando a que lo descubramos, y parece estar muy seguro de que no lo conseguiremos —afirmó el capitán—. Si hablamos de esta pista a los periodistas que están aguardando ahí fuera, la centralita de teléfonos reventará con miles de anónimos atribuyéndose la autoría de esa marca.

—¿Tú qué opinas, Dehmelt? —le preguntó el jefe Schull.

—Esta noche podremos salir del paso con una breve rueda de prensa en la que evitemos dar datos precisos. Nos limitaremos a hablar de las puertas abiertas y daremos algún otro detalle sin mucha importancia para la investigación del caso —dijo el señor Dehmelt, un hombre de rostro duro y voz seductora.

—Creo que aún hay algo que deberían saber —intervino el detective Fowler.

—¿De qué se trata, Aldous? —preguntó el jefe Schull, satisfecho del modo en que el joven detective Fowler parecía conducir el asunto.

—La doctora Hart intentaba descubrir con sus investigaciones científicas la tecnología necesaria para entrar en el cerebro de un ser humano y conocer, modificar o eliminar sus recuerdos, sus emociones o sus pensamientos. Toda una revolución en la ciencia de la mente que podría significar el fin de las enfermedades mentales, según me aseguró el director del centro Grosling. Esos hallazgos le podrían haber valido una nominación al Nobel —explicó el detective Fowler.

—Eso hará nuestra investigación aún más complicada —dijo pensativo el jefe Schull.

—Sí, cualquier loco podría ser el autor de esa marca en la mano de la doctora, firmando así su venganza. El problema será dar con él, antes de que se entusiasme con ese tipo de hazañas —murmuró el capitán.

—Bien, señores, creo que debemos concretar los términos de nuestra rueda de prensa antes de que sea más tarde. Tal vez consigamos que en los informativos de última hora se digan menos idioteces de las que se han hecho eco hasta ahora.

En ese instante sonó el teléfono móvil del detective.

—¿Aldous? Suponía que aún estaría localizable. Sé que es tarde, pero pensé que le gustaría saber lo que he encontrado al practicar la autopsia del cadáver de la doctora Hart —dijo el forense al otro lado del auricular.

—¿Qué ha averiguado, doctor Scrinna?

—El cadáver de la doctora Hart no tiene cerebro.

# LA MAZMORRA DEL DIABLO

7

En sueños creyó oír un grito desgarrado que hizo pedazos el silencio de la mazmorra. Se incorporó asustado, se sentó apoyando su espalda contra el muro y recogió las cadenas aferradas a sus pies para desentumecer las piernas, que le hormigueaban como si se resistieran a despertar de un profundo letargo. Incluyó la cabeza a uno y otro lado para afinar su oído y un nuevo grito volvió a aterrarlo. Eran alaridos de una mujer que parecían provenir de fuera de la caverna; chillidos desesperados, arrancados por un sufrimiento insoportable; aullidos inhumanos que se agudizaban, se apagaban, se repetían y se silenciaban en una cruel e intermitente sesión de tormento.

El anciano temblaba y se cubría los oídos con las manos, negándose a aceptar el horror que, como un látigo, le sacudía cada músculo de su cuerpo. Era posible que no estuviera solo en aquella gruta subterránea, que aquellos gritos fueran proferidos por alguien que, como él, iba a ser juzgado por hereje; alguien que simplemente pensaba, creía y actuaba de manera distinta a los deseos de sus verdugos: tal vez una hechicera, una bruja, una curandera o una adivina. En ese momento podía recordar perfectamente un libro, *El mundo y sus demonios*, de su buen amigo Carl Sagan, un gran astrónomo y divulgador científico, que demostraba cómo miles de brujas habían sido quemadas en la hoguera a lo largo de la historia, a pesar de la ingenuidad de sus prácticas ocultistas. Pero él no vivía en plena Edad Media sino en la primera década del siglo XXI. ¿Cómo era posible entonces aquella locura? ¿Cómo era posible que una mujer fuera torturada de un modo tan atroz a causa de sus creencias en pleno 2007?

Se calmó un poco al pensar que, quizá, también aquellos gritos desgarrados formaran parte de la artificial escenografía que lo envolvía. Si prestaba suficiente atención, hasta podía oír las resonancias acústicas de algún reproductor de sonido lejano. Por un instante pudo apreciar los matices con mayor nitidez. Además, comprobó que los gritos se repetían en secuencias e intervalos de tiempo iguales, como una letanía que comienza y acaba siempre del mismo modo. Hasta llegó a pensar que también la cicatriz que le rodeaba el cráneo fuese como esos maquillajes cinematográficos, espeluznantes a los ojos del espectador. No sentía ningún dolor en esa herida. Se dijo a sí mismo que todo aquel decorado no podía tener más utilidad para sus verdugos que la de minar sus fuerzas y destruir su ánimo. Sólo aniquilando sus emociones y su voluntad mediante esa tenebrosa representación teatral podrían conseguir lo que tanto ansiaban. Podía verlo con la misma precisión con que veía los oxidados barrotes de la mazmorra ante sus ojos.

# EL JUEGO DE LOS ENIGMAS INFINITOS

7

Ante los ojos expectantes de Nicholas, la pantalla del ordenador parpadeó y se transformó en un fondo tan negro como la eterna noche de los tiempos. Una insólita música comenzó a elevarse desde la oscuridad: notas sueltas de instrumentos que Nicholas no conseguía identificar y que parecían surgidas de la nada para componer una melodía muy hermosa, pero imposible. Una chispa de luz tan intensa y veloz como una estrella fugaz cruzó la pantalla y su estela iluminó una pequeña esfera celeste envuelta en brumas, que flotaba en medio de un infinito universo de galaxias. Incrédulo y emocionado, Nicholas pasó la flecha del ratón sobre la esfera como si quisiera tocarla con sus manos, y ésta comenzó a girar sobre sí misma entre las brumas que la rodeaban, al tiempo que de los bordes de la pantalla digital surgía el marco de una nave espacial con un panel de control en la parte inferior, repleto de instrumentos de navegación, lucecitas e interruptores. Por primera vez, Nicholas sintió que su Estación Modular NK era algo más que un simple montaje decorativo, algo muy distinto a un dormitorio con la ambientación futurista de un simulador espacial en el que recrear sus sueños de astronauta aspirante de la EEJA. En la pantalla de su ordenador se había abierto una mágica ventana al cosmos, a un misterioso e infinito universo en el que flotaba una pequeña esfera celeste, tan maravillosa como el planeta Tierra visto desde las estrellas. Y él, desde la lejanía imaginaria de su Estación Modular NK, podía contemplarla en ese instante con el mismo asombro que lo hacían cada día, a miles de kilómetros, los tripulantes de la auténtica Estación Espacial MIR. Ya no le cupo duda alguna: la EEJA les había enviado el correo electrónico para encomendarles la misión de buscar la Esencia del Misterio.

Pasó el ratón sobre los iconos de control que aparecían en la pantalla y unas luces destellaron en una deslumbrante gama de color. No tardó en comprobar que podía accionar interruptores que sonaban como clics metálicos entre la música, mover diminutas palancas o deslizar mandos de un lado a otro de su recorrido en el panel de control. Pero lo más sorprendente estaba todavía por llegar: al pulsar un dispositivo situado en el ángulo inferior derecho de la pantalla, que parpadeaba emitiendo un sonido agudo e intermitente, se abrió en el centro del panel de control un pequeño artilugio similar a un reloj de arena digital con un espacio destinado a un número indeterminado de dígitos de identificación, al tiempo que una delicada voz femenina dijo:

—¡Por favor, introduzca la clave de acceso! Dispone de un solo intento y deberá



verificarlo antes de veinticuatro horas. Pasado ese tiempo, esta página web no volverá a estar activa en internet. La cuenta atrás ha comenzado.

# EL SIGNO DEL ABISMO

7

La sala de autopsias del Instituto Anatómico de Nueva York era un lugar tan frío y cerrado como la cámara mortuoria de un mausoleo, aunque sin duda más moderna. Del techo colgaban tres focos de quirófano que lanzaban intensos rayos de luz sobre la mesa de autopsias en que reposaba el cadáver de la doctora Hart, cubierto con una sábana blanca a juego con la cerámica de los azulejos que recubrían las paredes y la bata que vestía el forense Scrinna, cuyo rostro, parcialmente cubierto por una mascarilla azul de cirujano, quedaba reducido a la expresiva vivacidad de sus ojos. En la cabeza, un gorro de plástico celeste le recogía el pelo desde la nuca hasta la frente, dejando sólo visibles las cejas fruncidas. Aún no había logrado salir de su asombro.

Un auxiliar abrió la puerta de la sala de autopsias y asomó con timidez la cabeza como si no deseara ver al cadáver.

—El detective Aldous ya ha llegado —dijo con voz ronca y desapacible.

—Dígale que pase, por favor.

Aldous Fowler se había ataviado con las mismas prendas que vestía el forense: la bata blanca, el gorro celeste, la mascarilla, unos guantes transparentes para las manos y unas fundas de plástico para los zapatos. También se había untado una fuerte loción de menta bajo la nariz para evitar el olor que comenzaba a desprender el cadáver.

—Por increíble que le parezca, cuando hace un rato abrí el cráneo de la doctora Hart para examinar su cerebro, descubrí con sorpresa, y algo de incredulidad, debo admitirlo, que la cavidad craneana estaba completamente vacía y sin el menor rastro de masa encefálica dentro de ella. Véalo usted mismo, sólo quedan algunos restos de sangre depositados en la base del cráneo —dijo el forense, al tiempo que levantaba con lentitud la sábana que cubría el cadáver.

Aldous Fowler miró la cabeza abierta de la doctora Hart achicando los ojos para evitarse los detalles macabros. Ni siquiera pensó en la crudeza de la imagen que observaba, tal vez porque ni él mismo daba crédito a lo que veía, o, tal vez, porque no era ésa la primera vez que se enfrentaba a una situación tan espeluznante.

—¿Y dónde está el cerebro? —preguntó después de un breve silencio, cargado de interrogantes.

—Cuando logré superar el impacto, supuse que si el cadáver tenía la cabeza intacta alguien le habría extraído el cerebro con el rudimentario método que ya empleaban los egipcios en la momificación de los muertos. Usaban unos ganchos de bronce con forma espiral que introducían por las fosas nasales, algo similar a este instrumento quirúrgico —dijo, cogiendo un pequeño garfio de la mesa. Luego prosiguió—: Rompían el hueso etmoides, y a través de ese hueco accedían a la

bóveda craneal. Lo demás, sólo era cuestión de habilidad y paciencia.

—¿Sugiere usted que ha sido de ese modo como le han quitado el cerebro? —preguntó el detective Fowler desconcertado, incapaz de comprender adónde quería llegar el forense Scrinna con sus explicaciones.

—Lo que quiero decirle, Aldous, es que las fosas nasales, el hueso etmoides y la bóveda craneal del cadáver están intactos, y por más que lo intento no consigo entender cómo ha desaparecido su cerebro. Es como si se hubiese desintegrado o volatizado, o como si nunca hubiera existido masa encefálica alguna dentro del cráneo de la doctora.

—Si le he comprendido bien, está usted diciéndome que la ciencia forense no tiene respuesta para un hecho como éste.

—Así es, detective. He convocado a otros colegas del Instituto Forense de Nueva York para que también estudien el caso, pero, a menos que yo me haya vuelto un loco rematado, no creo que lleguen a conclusiones médicas distintas de las mías. Las paredes óseas de la cabeza están completamente limpias de cualquier adherencia o sustancia extraña, y no hay el menor signo de que alguien haya podido manipularlas.

—Pero usted me está hablando de un fenómeno propio de la ciencia ficción, doctor Scrinna: un cadáver sin cerebro y con una palabra marcada a fuego en la mano.

—Yo no sabría cómo calificarlo, detective, más allá de un caso científicamente inexplicable. Aunque no tengo la menor duda de que cualquier aficionado a los fenómenos paranormales calificaría este asunto como un apasionante Expediente X, uno de esos misterios que se cuentan en algunas series de televisión y que despiertan el entusiasmo del público más diverso. Si yo mismo no lo hubiese visto con mis propios ojos, jamás podría creer que algo así fuera cierto.

—Todo esto será difícil de explicar a la prensa. Los periodistas creerán que en la policía nos hemos vuelto locos.

—Sí, quizá no le falte razón. Un hecho tan extraordinario como éste no hará sino avivar el fuego de las especulaciones más insostenibles, y surgirán todo tipo de teorías con las que explicar lo ocurrido desde cualquier doctrina seudocientífica, mística, esotérica o religiosa.

—La doctora Hart había hecho de la comprensión del cerebro humano el motivo de su vida, y sería una terrible paradoja que su cerebro se hubiese convertido también en la causa de su muerte.

—A veces ocurren estas cosas inexplicables.

—¿De veras cree usted, señor Scrinna, que la doctora Hart podía llegar a descubrir la tecnología necesaria para manipular la mente humana?

—No hay mucha diferencia entre creer eso o creer que a alguien puedan robarle el cerebro sin dejar el más mínimo orificio en su cabeza. No es más que una cuestión

de desarrollo científico y avance tecnológico. Hace apenas cincuenta años era impensable que se pudiese trasplantar un corazón de un ser muerto a otro ser vivo. Y ahora ya ve usted, hace poco la prensa se hacía eco de la noticia del primer trasplante de rostro a una mujer a la que su propio perro le había destrozado la cara.

—Sí, es increíble.

—Lo sorprendente es que lo que en un tiempo se consideró un hecho mágico o inexplicable, en otro tiempo la ciencia demostró que sólo se trataba de meros trucos de la naturaleza, demostrables en un laboratorio.

—Y si sólo se tratara de eso, de un inaudito juego de magia, uno de esos trucos en los que objetos, animales o personas pasan de una caja sellada a otra sin que el espectador pueda descubrir el recorrido que han seguido... —especuló Aldous Fowler en voz alta.

—Si fuera como usted dice, detective, estaría claro que su Prestidigitador sería un ser perverso, que sabe mucho más sobre el cerebro humano de lo que nosotros podremos llegar a imaginar jamás.

# LA MAZMORRA DEL DIABLO

8

El anciano no tardó en darse cuenta de que algo había cambiado fuera de la mazmorra. Miró tras los barrotes de hierro y vio que los cuerpos que colgaban del techo ya no estaban. En su lugar había un sillón de hierro con el respaldo repleto de puntas afiladas, junto a una especie de fragua en la que ardían grandes pedazos de carbón. Una humareda gris se elevaba hacia el techo de la caverna ennegreciendo el aire, y Kenneth Kogan se preguntó si acaso aquel potro de tortura habría sido la causa de los gritos desgarrados que acaba de oír.

Olfateó a su alrededor para percibir el olor de los carbones encendidos, achicó los ojos y aguzó el oído, como una presa indefensa que presiente la cercanía de la alimaña que acabará devorándola en medio de la oscuridad. Hacía tiempo que su verdugo, el ogro de la lengua cortada, no le traía sus gachas de harina y su ración de agua. Desde que podía recordar, sólo había comido una sola vez, mientras que creía haber bebido en dos ocasiones, la última al recibir la visita del monje. Sentía que llevaba encerrado entre aquellos muros de piedra toda una eternidad y, sin embargo, era posible que no hubiese transcurrido más de un día desde que despertara, sin recordar nada, en aquella mazmorra del diablo.

En ese tiempo, Kenneth Kogan había conseguido recuperar parte de su memoria y de su pasado, y había encontrado una causa que explicara su encierro y la tétrica escenografía teatral en la que participaba contra su voluntad, representando el trágico destino de un hereje medieval; al menos sabía que quienes quiera que fuesen sus captores sólo deseaban averiguar dónde estaba oculta la Esencia del Misterio y qué conocía él de ella. Por esa razón habían hurgado en su cerebro.

El verdugo entró en la caverna sin que el anciano lo oyera. Lo vio aparecer como un fantasma al fondo de la tenebrosa gruta subterránea, difuminado por la gris humareda que expulsaba la fragua. No podía distinguir con claridad los movimientos del hombre de la lengua cortada, pero creyó ver que dejaba la punta de un hierro alargado bajo las ascuas ardientes de la fragua, y volvía a marcharse entre el silencioso siseo de sus pasos.

# EL JUEGO DE LOS ENIGMAS INFINITOS

8

Beth y Nicholas no comentaron nada sobre el asunto de la fórmula cuando a primera hora de la mañana se encontraron, como cada día, en la parada del autobús escolar. Cada uno de ellos aguardaba a que fuese el otro quien hablara de cómo había encontrado la página web con la esfera celeste y el puesto de control de la virtual nave espacial. Pero, al terminar las clases, Nicholas no pudo soportar por más tiempo el silencio y, tan pronto salieron del colegio, le propuso:

—Si quieres, podemos regresar a casa caminando.

Beth le sonrió entre la bulliciosa muchedumbre de alumnos que se movía a su alrededor.

—Sabía que no serías capaz de respetar nuestro pacto —dijo.

Comenzaron a caminar en dirección a Morningside Park. La tarde era fría, pero el cielo se había despejado y comenzaba a teñirse con el color rojizo del ocaso.

—Gracias por tu ayuda, Beth —le agradeció Nicholas, mientras se colocaba hacia atrás su gorra azul con el logotipo de la EEJA sobre la visera.

—Sigues empeñado en hablar del juego.

—Sí, creo que debemos hacerlo, Beth. De no haber sido por ti quizá no habría pensado que se trataba simplemente de la dirección URL de una desconocida página web en internet.

—Ya te dije que era bastante sencillo.

—Pero yo me había obsesionado con encontrar alguna pista en el buscador Google, y allí no había nada. Perdí el tiempo recorriendo un camino que no conducía a ninguna parte, cuando el portal virtual estaba delante de mis narices y no conseguía verlo.

—Bueno, me alegro de que al fin lo entendieras, pero mi intención no fue darte ninguna pista. Creo que lo averiguaste tú solo.

—Es un juego apasionante.

—Desde luego. Pero yo aún no he descubierto cuál puede ser la clave de acceso. Ayer por la noche tuve que quedarme cuidando a las gemelas de mi vecina, la señora Walkeg, y no pude seguir con el juego. Por eso abandoné tu videollamada, mi madre me estaba llamando a gritos para que llegara puntual a mi cita.

—Eso no importa ahora, Beth. ¿Cuándo termina tu plazo para introducir la clave de acceso?

—Dentro de un par de horas; sobre las siete, creo.

Nicholas miró su reloj de pulsera.

—Tienes que darte prisa, Beth, apenas te queda una hora y cincuenta minutos — dijo con precipitación.

—¡Casi me había olvidado de la cuenta atrás! —exclamó Beth, acelerando el paso.

—No puedes quedarte fuera de este juego, Beth. Tienes que introducir la clave antes de que termine tu tiempo, y no puedes fallar.

—No estoy muy segura de que pueda encontrar la clave en un plazo tan corto y con un solo intento.

—Yo puedo decírtela. La averigüé durante la madrugada, mientras intentaba conciliar el sueño. Sólo hay que...

—¡Espera! —le interrumpió Beth, tapando con sus manos los labios de Nicholas—. ¿Recuerdas lo que hablamos en Central Park?

Nicholas asintió sin decir nada, y Beth prosiguió:

—Si continúo en el juego será porque haya superado la prueba de la clave de acceso yo solita. Son las reglas, Nicholas. Las reglas son importantes, ¿lo entiendes?

—Claro que lo entiendo, pero también sabes que sin ti este juego o lo que sea no tiene ningún interés para mí. O jugamos juntos o yo también abandono. Somos un equipo, Beth, el Equipo Galileo de la EEJA, y no veo por qué tiene que ser ahora distinto.

—Déjame al menos intentarlo, Nicholas. Sabes que no me sentiría bien conmigo misma si no lo hiciera así.

—Está bien, aún tienes casi una hora y treinta minutos. Así que comienza por el principio y adelante. Estoy seguro de que lo conseguirás.

Se despidieron a la entrada del edificio donde vivía Beth con su madre y su hermana pequeña, un moderno rascacielos, cuyas cristaleras brillaban como espejos dorados al atardecer.

—Te llamaré desde la Estación Modular NK a las dieciocho cuarenta y cinco horas —dijo Nicholas cuando ya se marchaba.

—Estaré atenta a la pantalla de la Nave Interplanetaria BH —respondió Beth, al tiempo que entraba en el portal.

# EL SIGNO DEL ABISMO

8

Cogió los folios en blanco y los dispuso ordenadamente sobre su mesa. Aldous Fowler siempre seguía el mismo método para elaborar el borrador de sus atestados policiales: noticia del crimen, hora y lugar de comisión, personas implicadas, descripción de la escena, indicios de delito, pruebas materiales, apreciaciones forenses, testimonios, primeras conclusiones. Lo había aprendido en la academia de policía y nunca lo había dejado de practicar. Seguir ese ritual era para él como un bálsamo que le permitía ordenar mentalmente sus ideas de un solo vistazo, mientras repasaba los apuntes de su bloc de notas, en busca de un título con el que identificar el caso. Para el detective Fowler la etiqueta del expediente policial era mucho más que una simple referencia con la que encabezar sus informes y abrir las carpetas y archivos informáticos del departamento de homicidios. Darle un título al caso más allá del nombre de la víctima era para él tan importante como ponerle título a una novela, a una canción o a una obra de arte. Y ese título debía concentrar y resumir los aspectos más destacados del caso, el meollo del asunto, la clave del asesinato. Él no tenía dificultad para conseguir ese efecto; en la academia de policía había destacado por su gran capacidad de interrelación y síntesis. Era capaz de conectar en segundos los más complejos aspectos de una larga y difícil investigación criminal, y reducirlos a un simple epígrafe. Por esa razón había sido el número uno de su promoción y había podido elegir su reciente destino en el departamento de homicidios de la ciudad de Nueva York.

Apenas terminó de repasar su bloc de notas cuando escribió el encabezamiento del borrador de su informe:

El caso del Prestidigitador

Sí, se dijo a sí mismo el detective Fowler, tras recordar las palabras del forense Scrin A. Kendall cuando le dijo que la desaparición del cerebro de la doctora Hart parecía como uno de esos trucos de prestidigitación, donde algo desaparece de un lugar como si se desintegrara, para volver a resurgir en otro distinto de un modo sorprendente.

Tal vez el cerebro de la doctora Hart estuviera en alguna parte, aunque ellos no supieran aún cómo había podido producirse esa transición inexplicable desde su cráneo intacto y vacío. Por eso el autor de ese truco médico-científico no podía ser sino un perverso Prestidigitador, que sabía más sobre el cerebro humano de lo que ellos pudiesen llegar a imaginar jamás. Su misión como detective de homicidios consistiría precisamente en desenmascarar a ese intrigante brujo de las tinieblas.

—¿Un Prestidigitador? —preguntó el capitán Fitch en su despacho.

—Sí, el caso del Prestidigitador, aunque sólo se trata de una metáfora con la que



denominar a quien ha robado el cerebro de la doctora Hart, sin dejar más rastro que la firma de su crimen con la palabra «Kôt» —explicó el detective.

—¿Y? —inquirió el capitán, arrugando los labios en un rictus que evidenciaba sus dudas.

—Estoy convencido de que el asesino nos está retando a que descubramos su identidad y sus trucos, como un mago de las neurociencias que se hubiese vuelto loco.

—¡Oh, vamos, Aldous! No estará usted sugiriendo que quien ha robado el cerebro de la doctora Hart es un colega suyo —dijo exaltado el capitán Fitch, que permanecía de pie, deambulando de un lado a otro de su despacho, con una taza de café en la mano.

—Al menos se trata de alguien con conocimientos neurológicos suficientes para extraer la masa encefálica de una persona sin practicar ninguna perforación en el cráneo de la víctima. Incluso me atrevería a decir, siguiendo la opinión del forense Scrinna, que sus conocimientos sobre el cerebro humano son completamente desconocidos para la ciencia actual.

—Está usted pisando un terreno pantanoso, detective Fowler —dijo el capitán Fitch, incapaz de aceptar los argumentos de su subordinado—. No podemos decirle a la gente que un neurocientífico chiflado anda suelto por ahí, robando los cerebros de sus colegas como un vulgar ratero. Además, ¿para qué querría alguien el cerebro de la doctora Hart?

—Supongo que para estudiarlo, no sería el primer caso —respondió con seguridad Aldous Fowler, provocando un sobresalto en su jefe.

—¿Es que ya ha ocurrido antes? —dijo el capitán, mirando de reojo a Aldous.

—No en iguales circunstancias, que yo sepa. Pero mientras preparaba mi informe busqué en Google las palabras «robo de cerebros», y cuál fue mi sorpresa al encontrar algunas páginas web que trataban sobre el misterioso robo del cerebro de Einstein.

—¿El cerebro de Einstein también fue robado? —preguntó perplejo el capitán.

Aldous Fowler se acomodó en la butaca y se tomó un respiro.

—Algunas revistas científicas así lo aseguran. Einstein falleció en el año 1955 en el hospital de Princeton, y lo incineraron, como él deseaba. Pero, al parecer, un periodista descubrió dos décadas después que un patólogo del hospital, Thomas S. Harvey, había extraído el cerebro del genio alemán con el propósito de estudiar su estructura neuronal. Algunas revistas neurológicas publicaron distintos artículos sosteniendo la teoría de que la anatomía cerebral de Einstein era distinta al resto de los mortales, y ello explicaría su genialidad.

—Me temo que nos enfrentamos a algo más serio y confuso de lo que podíamos suponer —admitió el capitán Fitch, pasándose la mano por la frente y dejando escapar un largo suspiro.

—La tesis de que un neurocientífico haya intervenido en la extracción del cerebro de la doctora Hart no es descabellada —prosiguió el detective—, teniendo en cuenta que ella misma era una investigadora que intentaba penetrar en la mente humana y desvelar sus mecanismos de funcionamiento, algo que muchos científicos desearían poder hacer sin ningún escrúpulo.

—La suya es una hipótesis algo insólita, pero reconozco que nos encontramos ante un caso aún más inverosímil si cabe —dijo el capitán Fitch.

—Si lee mi informe, capitán, comprobará que propongo dos vías de investigación bien diferenciadas: una en el ámbito de la simbología, para intentar descifrar el significado de la palabra «Kôt» y si tiene algún sentido ritual o esotérico el hecho de que haya sido marcada a fuego en la palma de la mano de la doctora Hart; otra sería profundizar en los descubrimientos científicos de la difunta y su relación con el Centro Grosling. Tal vez allí no nos hayan dicho todo lo que saben.

# LA MAZMORRA DEL DIABLO

9

Sentado en el potro de tortura, el anciano sentía las afiladas puntas del respaldo rozándole la piel sin causarle daño. Tenía las manos, con las palmas hacia arriba, sujetas con correas de cuero a los brazos del robusto sillón de madera, y sus pies estaban atados con finas cuerdas de esparto. Por la frente le resbalaban pequeñas gotas de sudor que brillaban ante el resplandor rojizo de los carbones encendidos en la fragua, y el cuerpo le temblaba entre incontroladas convulsiones de terror. Sin poder mover la cabeza, afianzada al potro mediante un aro de hierro, sus ojos desorbitados se desplazaban de un lado a otro. No veía a nadie a su lado, pero podía percibir tras él la sofocada respiración del verdugo sin lengua y su apestoso aliento. También intuyó otra presencia cercana, una sombra o un espectro de rostro invisible.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó el anciano, desafiante, sobreponiéndose a su propio miedo.

Sus palabras fueron seguidas de un profundo silencio, un silencio de tinieblas que inundó cada rincón de la gruta subterránea.

—¡Decidme cómo os llamáis! —gritó el monje.

—Usted lo sabe tan bien como yo —respondió el anciano con voz firme.

El monje hizo una señal al verdugo con su mano y éste apretó las correas que sujetaban el cuerpo del reo al potro de tormento. Un grito de dolor se escapó de la garganta del anciano al sentir que un sinfín de agujones se clavaban en su espalda, abriéndole la piel sin compasión.

—¡Decidme cómo os llamáis! —volvió a gritar el monje, indiferente al sufrimiento del anciano.

—Me llamo Kenneth Kogan —balbució.

—¿Admitís que observáis las estrellas para encontrar en ellas el origen de todas las cosas?

—Admito que soy astrofísico y busco las causas que explican los fenómenos naturales que se producen en el universo siguiendo un método científico —replicó Kenneth Kogan.

—¿Negáis entonces a un ser superior como creador del Cielo y de la Tierra?

—Yo no puedo negar ni afirmar aquello que ignoro —contestó el anciano en un débil susurro.

Las manos del verdugo volvieron a tirar de las correas y el anciano ahogó un grito de dolor.

—Vuestra insolencia es buena muestra de vuestras herejías —dijo el monje, cuyas facciones tenían la rigidez de una máscara de barro.

—No sé de qué me habla, en los comienzos del siglo XXI ninguna teoría

científica es herética. Ahora la ciencia es aceptada y respetada como una vía de conocimiento certero. Tuvieron que pasar siglos para salir de la oscuridad a la que vosotros habéis regresado con esta burda representación de la Edad Media.

—¿Os empeñáis en afirmar que venís del futuro, que pertenecéis a otro tiempo?

—Dudo mucho que mi tiempo sea distinto al vuestro. ¿Por qué no os dejáis de rodeos y termináis de una vez con esta farsa?

—¿Cómo osáis llamar farsa a un juicio de la Inquisición? —inquirió colérico el monje, a la vez que hacía una nueva señal al verdugo, que de inmediato volvió a clavar las puntas afiladas en el debilitado cuerpo del anciano.

—¡Vosotros sois el diablo, vosotros sois el mal, vosotros sois las tinieblas, vosotros sois las bestias del infierno! —gritó Kenneth Kogan encogiéndose de dolor.

—¡Sí, es Satanás quien os castiga y él será quien os condene a la hoguera!

—Jamás lograréis que renuncie a mis convicciones.

—Lo que queríamos de vos ya lo hemos conseguido.

El verdugo miró al monje y éste le señaló con los ojos el hierro al rojo vivo que reposaba entre el fuego de la fragua. Lo cogió decidido, se acercó al anciano y aplastó una marca incandescente sobre la palma de su mano.

# EL JUEGO DE LOS ENIGMAS INFINITOS

9

Beth se sentó en el puesto de control de la Nave Interplanetaria BH, y colocó sobre su mesa el folio con la fórmula que había recibido por correo electrónico. El reloj de arena de la página web continuaba inexorablemente su cuenta atrás en la pantalla del ordenador, desgranando segundo a segundo el tiempo que le restaba para poder introducir la clave de acceso al juego de los enigmas infinitos. Apenas disponía de treinta minutos y no estaba segura de que pudiese conseguirlo. La clave podía ser cualquier cosa: un nombre, su propio nombre, una relación de números o letras, una palabra concreta o cualquier cifra elegida al azar, pero sólo disponía de un intento para comprobar si había acertado o no. Treinta minutos no era mucho tiempo, se dijo intentando controlar los nervios que comenzaba a sentir a flor de piel. Treinta minutos equivalían a mil ochocientos segundos, a mil ochocientos latidos de su corazón que sentiría pasar uno a uno como un martilleo incesante y veloz dentro de su pecho. Nicholas le había dicho que comenzara desde el principio, y Beth quería seguir los mismos pasos que él le había explicado en el autobús escolar y en el campus del colegio el día anterior. Probablemente, si prestaba atención a los razonamientos y deducciones de Nicholas, podría desvelar la clave que necesitaba. Por eso procedió a redistribuir las operaciones de la fórmula conforme al orden de los números multiplicadores de las mismas.

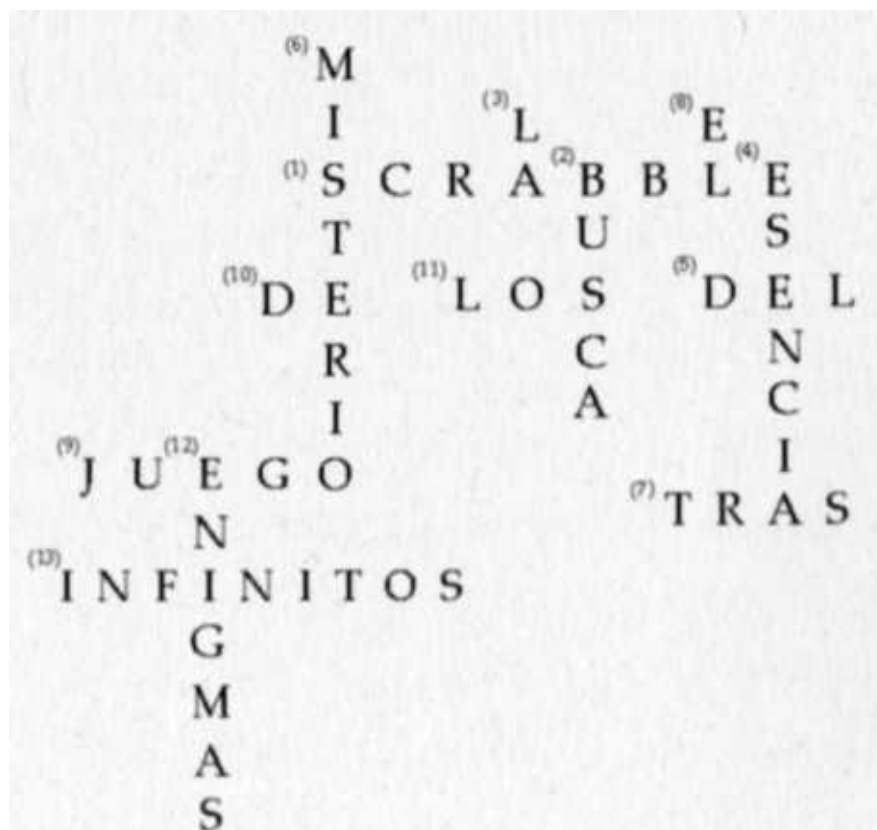
Beth recordaba que el siguiente paso era sencillo, y sólo consistía en escribir cada palabra con la letra que le faltaba hasta dar sentido completo a la frase encriptada en la fórmula.

\_USCA L\_ \_SENCIA \_EL MI \_TERIO

TR \_S E\_ JUEG\_ D\_ LO\_ EN\_ GMAS INF\_ NITOS

«Busca la Esencia del Misterio tras el juego de los enigmas infinitos», leyó para sí. Miró el reloj de arena y comprobó que sólo habían transcurrido diez minutos en su particular cuenta atrás. Aún disponía de veinte, y comenzó a pensar que podía

conseguirlo. Ahora sólo debía escribir la palabra «SCRABBLE» y montar sobre ella las distintas partidas del famoso juego.



Durante unos instantes contempló las palabras entrelazadas unas con otras como si observara un hermoso tapiz multicolor. Era sin duda un criptograma inteligente y preciso. Pero de repente se dio cuenta de que algo no encajaba bien con la fórmula que había recibido por correo electrónico: la última parte era innecesaria. Incluso carecía de sentido en el contexto de su solución, pues la clave para descifrar el mensaje encriptado no estaba en la palabra «SCRABBLE» sino en el orden de los números de los multiplicandos y multiplicadores. Si prescindía de las partidas del «SCRABBLE», razonó Beth, el mensaje no cambiaba en nada. La palabra «SCRABBLE» sólo era un añadido innecesario, un juego más sumado al juego de la fórmula. Y entonces dio un grito de alegría. «¡Sí, es increíble!», exclamó en el silencio de su Nave Interplanetaria BH. «"SCRABBLE" es la clave para entrar en el juego de los enigmas.»

# EL SIGNO DEL ABISMO

9

La mente de Aldous Fowler parecía una destartalada computadora a punto de estallar. Sus pensamientos se atropellaban unos a otros, se alternaban, desaparecían, brotaban de nuevo y se mezclaban en una interminable sucesión de imágenes imprecisas y absurdas. Sentado con los ojos cerrados y las piernas cruzadas sobre la mesa de su despacho, el detective intentaba descansar unos minutos, antes de disponerse a continuar con su trabajo. Solía practicar ese método de relajación desde que siendo un niño visitaba al psicólogo. Aún recordaba las largas sesiones de psicoterapia con el doctor Norwoll en su pueblo natal de Detroit. «Deja que tus pensamientos se escapen», le decía una y otra vez para que intentara olvidar aquellas imágenes horribles, que ahora volvían a su mente durante apenas un instante para desaparecer de nuevo en los abismos de su memoria. El director del Centro Grosling le había dicho que la memoria era un maravilloso mecanismo natural que permite recuperar y clasificar toda la información que ha recibido el cerebro. Sin embargo, le dijo, la mente olvida más del ochenta por ciento de las experiencias que vive el ser humano. Pero Aldous Fowler no había olvidado aquellos terribles recuerdos. Sólo había conseguido adormecerlos, sedarlos con el paso del tiempo para que no recobrarán la vida que durante su infancia habían tenido en su cerebro. Cómo poder borrar para siempre de su memoria aquella imagen atroz de su mejor amigo muerto, desecho como un muñeco destrozado a las orillas del lago Hurón, en el que tantas noches se habían bañado y habían pescado hasta el amanecer. Aquella imagen había marcado su vida como un hierro candente había marcado la palabra «Kôt» en la mano de la doctora. Tal vez ella hubiese podido entrar en su mente para arrancarle esos espantosos recuerdos del mismo modo que se extirpa del cerebro un tumor maligno, o, tal vez, la doctora Hart hubiera podido devolverle a su amigo, brutalmente asesinado cuando tan sólo era un niño.

# LA MAZMORRA DEL DIABLO

10

Cuando el anciano recuperó el conocimiento, sintió que la palma de la mano le ardía como si hubiese cogido un carbón encendido. Aturdido por el dolor, miró la marca que el verdugo había grabado a fuego en ella y leyó con espanto una palabra que le era conocida: «Kôt». En ese momento, el verdugo abrió la puerta de hierro de la mazmorra sin que sus ojos expresaran ninguna piedad hacia el anciano. Llevaba un tarro de unguento en las manos, se reclinó ante él y le untó la mixtura en la palma quemada con brusquedad. Luego quitó los grilletes que se aferraban a las muñecas y los tobillos del prisionero y le hizo un gesto para que se levantara.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Kenneth Kogan, sin apenas poder mantenerse en pie y a sabiendas de que su pregunta no tendría ninguna respuesta.

Las manos del verdugo lo sujetaron y lo obligaron a caminar. El anciano avanzaba con lentitud. A cada paso miraba alrededor, intentando encontrar algún detalle que le permitiera comprender dónde se encontraba realmente. Sin embargo, aquella gruta subterránea parecía ser el centro mismo del infierno. Por los muros de piedra resbalaban pequeños surcos de agua, las puertas de hierro de las distintas mazmorras estaban oxidadas por la humedad y en ellas pudo ver unos harapientos jergones de paja sobre los que reposaban algunos cuerpos humanos. Todo era tétrico y oscuro, salvo el pasadizo del fondo iluminado con antorchas por el que siempre había visto aparecer al verdugo, y en el que no tardaron en adentrarse. Al menos iba a salir de aquel lugar siniestro como una tumba, se dijo a sí mismo Kenneth Kogan, recuperando el ánimo mientras caminaba. Hasta era posible que sus captores hubiesen decidido dejarle libre al fin, y pronto pudiera volver a sentir los cálidos rayos del sol en su rostro, como cuando paseaba por los claros del bosque que rodeaban su casa en Ithaca.

El verdugo abrió la puerta de la gruta, y salieron a un rellano del que partía una estrecha escalera de caracol, apenas alumbrada por un candil de aceite. Ayudado por el verdugo, Kenneth Kogan subió los peldaños con dificultad.

Recorrieron otro pasadizo hasta llegar a una pequeña estancia abovedada y decorada con tapices en los gruesos muros de piedra. En una esquina ardía un pebetero proyectando una pálida luz rojiza al techo, y frente a ellos se elevaban las dos hojas de una puerta gigantesca con refuerzos de hierro. Al llegar ante ella, el verdugo golpeó la aldaba con ímpetu y la puerta se abrió al instante.

Lo que Kenneth Kogan vio en el interior de aquella estancia inmensa, iluminada por una hilera de lámparas que colgaban del techo como grandes arañas negras, lo hizo estremecerse: dos monjes encapuchados y con hábito negro custodiaban las puertas de un salón alargado y ancho como la nave de una catedral, flanqueada por



altas gradas repletas de monjes, también encapuchados, que conformaban un amplio pasillo central. Al fondo, un gran estrado se alzaba sobre el suelo y Kenneth Kogan pudo ver a cinco monjes más, cuyos rostros también quedaban ocultos bajo las capuchas negras, sentados en lujosas cátedras de madera tallada en oro. Y al lado derecho del tribunal, en pie como si estuviera aguardando impaciente su llegada, un monje encapuchado que el anciano, sin saber por qué, supuso que era el mismo que lo había interrogado y torturado en la mazmorra del diablo de la que acababa de salir.

Un silencio de abismos insondables reinaba en la estancia, como si la multitud de monjes sentada en las gradas hubiera enmudecido y sólo fuese capaz de clavar su mirada invisible en el recién llegado. Los monjes permanecían completamente inmóviles, sin que Kenneth Kogan pudiera llegar a saber si eran hombres o mujeres, jóvenes o viejos, seres de carne y hueso o simples maniquís, que formaban parte de la perfecta y aterradora escenografía teatral que él sospechaba.

El preso avanzó unos pasos y los dos monjes cerraron las hojas de la inmensa puerta tras él. Con la cabeza agachada y las manos cruzadas bajo las mangas de su hábito negro, se situaron a ambos lados del prisionero y, en medio de un silencio mortuorio, avanzaron hacia el estrado como un cortejo fúnebre que se encaminara al Juicio Final.

# EL JUEGO DE LOS ENIGMAS INFINITOS

10

El rostro sonriente y feliz de Beth Hampton apareció en el ángulo superior derecho de la pantalla del ordenador de Nicholas.

—¡Hola BH! ¿Has encontrado la clave? —dijo Nicholas mirando su reloj de pulsera. Aún faltaban quince minutos para que finalizara la cuenta atrás de Beth, y ambos disponían de tiempo suficiente para introducirla en la página web del juego.

—¡Sí, creo que lo he conseguido, NK! —exclamó orgullosa Beth.

—Bien, entonces será mejor que comprobemos si nuestras deducciones han sido las mismas. ¿Quién habla primero?

—Me parece que no fue eso lo que acordamos, NK —respondió Beth moviendo de un lado a otro la cabeza.

—Ah, ¿no? ¿Y qué fue lo que acordamos, BH?

—Que cada uno seguiría su propio camino, con total independencia del otro. ¿Lo recuerdas?

—Quedamos en que seguiríamos caminos independientes hasta llegar a este punto; pero a partir de ahora es distinto, BH.

—No veo en qué han cambiado las cosas.

—Pues para mí está muy claro —dijo Nicholas algo irritado por la obstinación de Beth—. Si nuestras deducciones sobre la clave no coinciden, uno de nosotros se quedará fuera si el otro acierta. ¿Lo entiendes ahora?

—Es posible que sea así, NK, pero ésas son las reglas del juego. Las reglas son importantes, ya te lo dije.

—Sí, sí, las reglas son importantes, ya lo sé, aunque estarás de acuerdo conmigo en que en este caso las reglas te las estás inventando tú —dijo Nicholas con retintín—. Que yo sepa, ni el juego de la fórmula, ni el juego del Scrabble, ni tampoco este juego de los enigmas infinitos, iban acompañados de un manual de instrucciones. ¿Por qué eres tan testaruda?

—Ya te lo expliqué en el lago de Central Park, NK, y no creo que sea ningún capricho. Si mi clave de acceso al juego no es la correcta, no participaré en él por muy divertido que sea.

—¡Vamos, BH! ¿No crees que te estás pasando? ¡Sólo se trata de un juego!

—Te equivocas, NK. Si, como pensamos, es una prueba de la EEJA, no podemos hacer trampas para participar en este juego a cualquier precio. —Beth miró el reloj de arena de la página web y comprobó que sólo le quedaban cinco minutos y treinta segundos para introducir la clave—. Sólo me quedan cinco minutos y veintinueve

segundos, veintiocho segundos, veintisiete, veintiséis...

—¡Está bien, está bien! Déjame pensar un momento —dijo Nicholas.

Hubo un instante de silencio, hasta que al fin prosiguió:

—De acuerdo, pero al menos hagamos una cosa.

—No me fio mucho de tus ideas —dijo Beth bromeando.

—Introduzcamos la clave de acceso al mismo tiempo. Así podremos saber al instante si ambos hemos conseguido superar la prueba.

—Eso no me parece mal, NK.

—Bueno, algo es algo.

—¿Comenzamos ya?

—Cuando yo cuente de tres a cero.

—Siento que el estómago me cosquillea.

—Tranquila, BH, no pasa nada.

—Sí, ya sé, sólo es un juego.

Nicholas respiró hondo, como si fuera a zambullirse en el agua.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Sí, estoy preparada.

—Entonces, comenzaré la cuenta atrás. Tres... , dos... , uno... y... cero.

Bajo el reloj de arena virtual de sus respectivas pantallas, ambos escribieron al unísono la misma palabra.

# EL SIGNO DEL ABISMO

11

Aunque ya era casi medianoche, Aldous Fowler no deseaba marcharse a su pequeño apartamento del condado de Queens, muy cerca de Long Island. Al día siguiente debía volver al Centro Grosling y quería saber algo más sobre el modo en que allí estudiaban el cerebro humano. Varias preguntas cobraron forma en su mente de detective: ¿Qué era exactamente el Centro de Investigación Neurológica Grosling? ¿Cuándo fue creado y quién era su fundador? ¿Cuáles eran sus fines? ¿Cómo se financiaban sus investigaciones? ¿Qué tipo de experimentos realizaban? ...

Apenas iluminado por la luz de la pantalla de su ordenador, el detective Fowler tecleó en el buscador Google el nombre completo del Centro Grosling. La pantalla parpadeó y, en menos de un segundo, se cubrió con una larga lista de resultados, el primero de los cuales se correspondía exactamente con la información que buscaba: la página *www.centrogrosling.com*. Situó la flecha del ratón sobre ella y pulsó para activarla. Al instante apareció en la pantalla el logotipo del centro: una especie de trébol de neuronas, con las siglas CING en la base.

Volvió a pulsar sobre el logo, y al fin se desplegó la página oficial del centro. Era una web con un diseño gráfico austero pero elegante y práctico, con una imagen tridimensional del majestuoso edificio de acero en el lado derecho, que permitía realizar una visita virtual a todas las dependencias del centro. En el lado izquierdo se desplegaban los banners que daban acceso a la tabla de contenidos del dominio: introducción, historia del centro, organigrama, departamentos de investigación, personal, publicaciones, actividades científicas, memoria de eventos, biblioteca... Todo un laberinto informativo en el que perderse durante horas, tal vez días, para buscar algo tan incierto como un dato oculto, una señal tan etérea como el aire, una pista invisible sobre lo que había podido ocurrirle a la doctora Hart y, sobre todo, sobre quién había podido hacer desaparecer, como un perverso Prestidigitador, su privilegiado cerebro.

Pero aquella visita virtual al Centro Grosling no iba a ser inútil para el detective Fowler. Recorrer aquellas páginas le permitiría conocer todos los datos precisos para iniciar su investigación, rastreando de antemano el terreno que iba a recorrer, con la misma exactitud con la que un explorador programa, sobre un conjunto de enciclopedias y mapas cartográficos, su próxima expedición a los confines del mundo. Eran las ventajas del progreso, de esa fantástica invención tecnológica llamada internet, que él no acababa de entender pero que permitía interconectar a escala mundial millones de computadoras, transferir archivos, correos electrónicos, conversaciones en línea o establecimiento de videoconferencias, como la que en ese momento mantenían, no muy lejos de él, dos jóvenes llamados Nicholas Kilby y Beth

Hampton, a los que el detective Aldous Fowler aún no conocía.

# LA MAZMORRA DEL DIABLO

11

Al llegar al final del corredor, los dos monjes que custodiaban al anciano se detuvieron, y, uno de ellos, lo invitó con un gesto a que tomara asiento en un banco situado ante él.

Kenneth Kogan lo miró con ojos cansados, se atusó la barba blanca que comenzaba a poblar su rostro, y obedeció con la docilidad de un hombre derrotado. Frente a él, inmóviles como cinco figuras de cera, los cinco monjes que componían el tribunal parecían observarlo con severidad desde sus sillones dorados. Entonces, el monje sentado a la derecha de la mesa se levantó y comenzó a hablar en una lengua que el anciano no comprendía pero que, por su sonoridad, supuso que se trataba de latín. La voz del monje era grave y solemne, aunque mantenía la misma cadencia de una larga perorata o una plegaria interminable.

Cuando al fin terminó de leer el acta de acusación, el monje sentado en el centro, cuya cátedra dorada estaba cubierta con un dosel de tela negra, ordenó:

—¡Poneos en pie!

El anciano hizo caso omiso a esa orden y continuó sentado en el banco. Apenas tenía fuerzas para mantenerse erguido y no estaba dispuesto o volver a humillarse ante aquella farsa de juicio inquisitorial.

Los dos monjes que lo custodiaban iban a forzarlo a levantarse, pero el que había dado la orden y hacía las veces de presidente del tribunal, les indicó con un gesto tajante de su mano que consintieran su rebeldía y lo dejaran sentado.

—Se os acusa de hereje por vuestros estudios e investigaciones científicas; de negar a Dios como Creador del Cielo, de la Tierra y de todos los seres animados e inanimados que habitan en ella; de tachar de meras fantasías las sagradas escrituras de la Biblia; de practicar el mágico arte de la alquimia para alcanzar la inmortalidad; de afirmar públicamente que el hombre y la mujer descienden de unas bestias tan primitivas como los simios; de convertir al ser humano en la única divinidad del universo; de manipular la naturaleza y sus recursos sin respeto a los designios de Dios; de dudar de la vida eterna y del Reino Celestial; de postular la existencia de otras formas de vida en lejanos planetas; de pretender convertir el cosmos en la futura morada de los hombres y, en fin, de querer desvelar el prodigio de la creación para explicar el origen de la vida y del universo, suplantando el poder de Dios. ¿Tenéis algo que decir en vuestro descargo?

—No —dijo en voz baja el anciano, a la vez que movía de un lado al otro la cabeza.

—¡Vuestro silencio os condenará a la hoguera! —gritó de súbito el monje que permanecía en pie, a la derecha del estrado.

A Kenneth Kogan le pareció que conocía aquella voz.

—¿Acaso no me habéis condenado ya?

—Aún podéis libraros de arder en el fuego del infierno si mostráis ante este tribunal un sincero arrepentimiento por vuestros actos heréticos y vuestras creencias.

—Yo sólo soy un científico que desea comprender el universo en que habita.

—Cuando se cree en Dios esa malvada curiosidad de la que hacéis gala carece de sentido.

—¿De qué Dios me habláis?

—Del único Dios verdadero. Si queréis salvaros de ser quemado vivo sólo tenéis que manifestar vuestra fe en él y en su divina palabra.

—Mi fe, ¿por qué habría de tener fe en vosotros y en vuestro Dios?

—En la fe está la salvación de vuestra alma.

—La fe de la que me habláis es tan irracional como vuestra crueldad.

—¡Y vuestra rebeldía es digna de ser castigada con el martirio de las llamas!

—Entonces prended la leña y sacrificad mi vida para ofrecerla a ese Dios vuestro como una víctima más de vuestro fanatismo.

—Lo sabemos todo sobre vos, todo cuanto se esconde en vuestra mente. Vuestras reuniones, vuestros proyectos, vuestros secretos, hasta vuestros más recónditos pensamientos. Creíais que podríais conseguir vuestro propósito, que la Esencia del Misterio que tanto os había ayudado jamás os abandonaría y que nada se opondría al supremo dominio de vuestra ciencia. Creíais que os bastaría con poseer la Esencia del Misterio para acabar por comprenderlo todo, para acabar por convertirlos en Dios. ¡Pero Dios soy yo! —gritó como un iluminado el monje, despojándose bruscamente de la capucha que le cubría la cabeza.

—Estáis locos, todos vosotros habéis enloquecido —murmuró el anciano.

—¿No me reconoce, señor Kogan? ¿No le dicen nada ni mi voz ni mi rostro?

El anciano entornó los ojos y miró al monje con atención, sin que sus facciones le recordaran a nadie.

—No, no le conozco. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? —dijo desconcertado.

—Haga memoria, señor Kogan.

El anciano se sintió envuelto por un silencio sepulcral, mientras intentaba recordar quién podía ser aquel hombre que se proclamaba a sí mismo Dios.

Los monjes que lo custodiaban lo cogieron de ambos brazos y se encaminaron hacia una puerta situada a la izquierda de la sala. Al salir afuera, un sople de aire frío acarició su rostro y lo despabiló. Entonces se dio cuenta de que accedían a una pequeña plaza medieval en cuyo centro se alzaba un mástil clavado en medio de una gigantesca hoguera. Horrorizado, Kenneth Kogan volvió a ver al verdugo de la mazmorra que, situado junto a la gran pira de leña, sostenía una antorcha encendida en su mano.

# SEGUNDA PARTE

La misión Ouróboros

El prestidigitador

El club Gótico



# LA MISIÓN OURÓBOROS

1

—¿Estás viendo lo mismo que yo, BH? —preguntó Nicholas, tan pronto escribió la palabra «scrabble» en la clave de acceso al juego de los enigmas infinitos.

—¡Sí, NK, lo veo, lo veo! ¡Es el logotipo de la Escuela Experimental de Jóvenes Astronautas!

—¡Hemos alcanzado nuestro objetivo, BH! ¡Felicidades! —dijo Nicholas ilusionado.

Ante sus ojos, Beth y Nicholas podían ver el mismo logotipo de la EEJA que ellos llevaban prendido de sus trajes espaciales y de sus gorras de astronautas aspirantes, como si fuese el comienzo de la presentación de un videojuego de consola.



A la imagen le siguió una suave música que parecía compuesta con extraños sonidos cósmicos, y el logotipo de la EEJA fue desvaneciéndose lentamente para dar paso a un vertiginoso fluir de estrellas y galaxias, como si la Estación Modular NK y la Nave Interplanetaria BH se precipitaran súbitamente hacia un abismo estelar, siguiendo el trepidante ritmo de la melodía. Luego, la velocidad fue reduciéndose lentamente hasta que volvió a aparecer en sus pantallas la esfera celeste que habían visto al entrar en la página web del juego; cada vez estaba más cerca...

—¡Creo que nos dirigimos sin control hacia la atmósfera de la esfera celeste, BH! ¡Siento las vibraciones en la cápsula de mi estación modular como si fuese a estallar en mil pedazos! ¡Es una emergencia! ¡Es una emergencia! ¡No consigo restablecer la órbita de aproximación! —gritó Nicholas al ver que el planeta crecía y crecía ante sus

ojos hasta ocupar por completo la pantalla de su ordenador, envolviéndola en una bruma espesa.

—Eres un gran actor, NK, pero esta vez no vas a conseguir impresionarme. Deja la emoción para otro momento y concéntrate en el juego —le dijo Beth, sin poder contener la risa.

Un fugaz parpadeo en la pantalla de su ordenador atrajo la atención de Nicholas, dejándolo mudo de asombro. Beth, sin embargo, intuyó una presencia extraña cerca de ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicholas.

—No lo sé, NK, pero estoy empezando a sentir miedo —dijo Beth asustada.

Al instante surgió ante ellos la imagen virtual de un anciano ataviado con un mono azul de astronauta. Estaba de pie en lo que parecía la sala de un lugar nunca visto por los ojos de un ser humano. Parecía un palacio futurista pero con ornamentaciones antiguas: gruesas y altas columnas de piedra de colores insólitos, hermosos capiteles tallados que sostenían una inmensa bóveda transparente tras la que era visible un cielo de nubes anaranjadas, pavimentos pulidos y destellantes con dibujos afiligranados, y paredes decoradas con grandes murales de paisajes y escenas cambiantes, que en ese momento semejaban el entorno de una gran biblioteca clásica.

Lentamente, la imagen virtual del anciano fue acercándose a Nicholas y Beth, como atraída por un zoom digital. Ambos vieron que el anciano llevaba prendido sobre el pecho el logo de la EEJA, pero ninguno de los dos se atrevió a decir nada. Aquel hombre les parecía tan real que temieron que pudiera responder a sus palabras si hablaban. Pero, para asombro de Nicholas Kilby y Beth Hampton, fue el anciano quien, mirándolos fijamente a los ojos, les habló.

# EL PRESTIDIGITADOR

## 1

A primera hora de la mañana, el detective Aldous Fowler leía en su despacho el informe del forense sobre la autopsia que había practicado al cadáver de la doctora Hart. La causa directa de la muerte había sido, en efecto, un paro cardíaco sufrido sobre las cinco de la madrugada. No había señales de resistencia en el cuerpo ni síntomas de una ingesta de barbitúricos o de algún otro tipo de fármaco que provocara su envenenamiento. La marca con un hierro candente había sido efectuada en la mano derecha de la doctora después de su fallecimiento, y no tenía cerebro. ¿Cómo lo habían sustraído? Ni el doctor Scrinna ni los demás forenses que habían estudiado la autopsia y el cadáver tenían una respuesta médico-científica que pudiera explicar ese hecho sorprendente. Tampoco habían aparecido restos de fibras, cabello, sangre o materias orgánicas sospechosas, ni ninguna huella genética que facilitara la identificación del ADN del autor o autores del crimen. Sin embargo, los primeros análisis toxicológicos del cadáver habían detectado la presencia en sangre de un potente anestésico, que debió de ser suministrado a la prestigiosa científica por vía respiratoria algunas horas antes de su muerte. La conclusión del informe era definitiva: la doctora Hart había sido asesinada mediante la sustracción, por métodos desconocidos para la medicina forense, del cerebro mientras permanecía en estado de anestesia total, siendo en consecuencia la marca en la mano, la ausencia de masa cerebral y los restos del anestésico las únicas evidencias del crimen.

Acababa de cerrar el informe cuando el capitán Fitch abrió la puerta y asomó la cabeza como si no esperara encontrar allí al detective.

—Pensaba que aún no habría llegado, ¿a qué hora se marchó anoche? —dijo el capitán sin acabar de entrar en el despacho.

—Anoche no me marché, he estado trabajando en el caso de la doctora Hart hasta ahora mismo; el informe del forense Scrinna ha llegado hace sólo unos minutos; iba a entregárselo ahora —respondió el detective con voz cansada.

—Olvídese del caso de la doctora Hart, Aldous.

—¿Qué?

—El FBI se va a ocupar del asunto. La agente especial encargada de la investigación está en el despacho del jefe Schull —dijo el capitán con el tono afectado de quien transmite una mala noticia—. Será mejor que venga conmigo, usted es el único que conoce los detalles de este asesinato... o lo que sea —concluyó malhumorado.

Aldous Fowler sintió como si el puño de un boxeador le hubiese golpeado el rostro y lo hubiera dejado tambaleándose sobre la lona del ring.

—Sí..., claro, capitán. Iré en un minuto —balbució al fin, después de salir de su

aturdimiento.

«Bueno, ¿no pensarías que ibas a ser tú la estrella del espectáculo?», le dijo una voz interior. Pero lo cierto era que el detective Aldous Fowler había pensado que sí, que él podía ser quien lograra desvelar aquel crimen, por misterioso e inexplicable que pareciera.

Aldous Fowler entró en el despacho con el gesto aún torcido por la rabia. Sabía que cualquier esfuerzo por lograr que sus superiores le encomendaran la coordinación de las investigaciones del misterioso caso del Prestidigitador no le servirían de nada. Si el FBI había decidido husmear en el asunto, el departamento de policía de Nueva York poco podía decir al respecto. Sin embargo, los recelos profesionales del detective se esfumaron como un suspiro tan pronto vio a la agente especial del FBI sentada en el sofá de cuero negro, junto al robusto jefe Schull. Era una mujer por la que Aldous Fowler sentía gran admiración.

El jefe Schull apoyó los codos en los brazos del sillón.

—Teniente Taylor, le presento al detective del departamento de homicidios Aldous Fowler. Él es quien se ha ocupado hasta ahora de la investigación de la muerte de la doctora Hart y quien ha elaborado el informe que usted acaba de leer.

La teniente Taylor se puso en pie y ofreció su mano al joven detective que la miraba como si la conociera. Sus ojos eran verdes, de un verdor espeso y oscuro que destacaba sobre el delicado maquillaje que le cubría el rostro. Tenía el pelo tintado de un negro intenso, recogido en la nuca con un pasador dorado, y unas facciones elegantes y alargadas. Debía de tener cuarenta años, y vestía vaqueros entallados, combinados con una llamativa blusa de color verde limón.

—Asistí a un curso sobre psicópatas que usted impartió hace algunos años en el distrito de Queens, teniente —dijo el detective Fowler al estrecharle la mano.

—Entonces ya sabe usted más de mí que yo de usted —replicó la agente especial del FBI, provocando la risa del jefe Schull y del capitán Fitch.

Aldous comprendió al instante el significado de esas palabras y el motivo de las risas de sus jefes. Sabía que a la teniente Taylor todos la llamaban la agente especial TT, salvo cuando ella estaba presente, y que debía su fama de astuta e implacable a los éxitos que había cosechado en la resolución de importantes asuntos criminales en distintos estados de la Federación. De modo que no le sorprendió que fuese ella la agente especial del FBI encargada del caso de la doctora Hart. A él no le cabía duda de que tras la muerte de la prestigiosa científica se ocultaba mucho más que un simple homicidio, y las palabras que pronto iba a oír de la teniente Taylor no hicieron más que ratificar sus suposiciones.

—Siéntese, Aldous, la teniente Taylor tiene algo importante que decirle —dijo el jefe Schull sin más protocolos, invitando al detective a que tomara asiento en el sofá, junto al capitán Fitch y frente a la agente especial.

Sobre la mesita central humeaba una pequeña cafetera y varios vasos de plástico, algunos sobrecitos de azúcar, palitos de madera para remover y una carpeta con la palabra «CONFIDENCIAL», destacada en rojo bajo el logotipo del FBI.

—¿Café? —preguntó la teniente Taylor, mirando con amabilidad al detective.

—Sí, gracias.

—He leído su informe, Aldous, y debo admitir que me ha impresionado —dijo mientras servía el café—. Sus líneas de investigación son acertadas, sin duda, y sus primeras conclusiones, a pesar del escaso tiempo del que ha dispuesto para reunir datos precisos sobre el crimen, apuntan en la dirección adecuada: esoterismo y ciencia, ésa es exactamente la conexión que buscamos y el motivo que me ha traído hasta aquí.

—¿Usted lo sabía? —preguntó desconcertado Aldous Fowler.

—No exactamente.

El jefe Schull se removió inquieto en su asiento.

—Antes de proseguir, creo que el detective Fowler debería ser informado de que la investigación del asesinato de la doctora Hart ha sido declarada alto secreto de estado.

La mirada de Aldous se desplazó del jefe Schull al capitán Fitch, y de éste a la teniente Taylor, trazando la línea imaginaria de un triángulo equilátero.

—Ahora ya lo sabe —dijo la agente especial del FBI sin inmutarse—. Y quizá también debería saber que el asesinato de la doctora Hart no ha sido el primero de esas características.

Los ojos de Aldous Fowler se agrandaron. Él ya sabía que a Einstein también le robaron el cerebro, pero eso fue después de su muerte, y él no tenía noticia de que hubiera en la historia criminal de Estados Unidos ningún precedente similar al asesinato de la doctora Hart.

—¿Por qué me habla de todo esto? —inquirió sin comprender adónde quería llegar la teniente Taylor con sus explicaciones.

—Debes comprender que es de suma importancia que nada de lo que has investigado salga de aquí, Aldous —advirtió el capitán Fitch.

—No es sólo por ese motivo. Pero de eso hablaremos más tarde... —La teniente Taylor hizo una pausa, dio un sorbo al vaso de café, y prosiguió—: El asesinato de la doctora Hart es el tercero de una serie que comenzó hace un mes en Pensilvania. La primera víctima fue Paul Drester, hallado muerto en su casa el pasado diez de abril; en la mano derecha tenía marcada a fuego la palabra «Kôt» y su cadáver no tenía cerebro —dijo la teniente Taylor de corrido, mientras cogía una carpeta de la mesita central, la abrió y le mostraba al detective Fowler una foto—; tenía setenta y dos años, era experto en biología molecular y en su juventud fue un gran divulgador científico; John Seik es la segunda víctima: setenta años, su cuerpo fue encontrado

dos días después de la fecha de su fallecimiento, el veintidós de abril... —forzó un silencio durante unos segundos y le ofreció al detective otra fotografía—; vivía solo en una casa de campo a las afueras de Boston, Massachusetts, de cuya universidad había sido rector hasta su jubilación; especializado en física nuclear, aún realizaba importantes estudios de investigación en colaboración directa con la NASA. Y, por lo que he podido leer en su informe sobre la tercera víctima, la doctora Hart, usted conoce muchos más detalles que yo de su asesinato, Aldous.

—Dos ancianos y una mujer aún joven, todos científicos destacados pero con residencia en tres Estados distintos, aunque vecinos: Pensilvania, Massachusetts y Nueva York —destacó el capitán Fitch.

—¿Cómo han conseguido que la noticia de los crímenes no trascendiera a los medios de comunicación? —quiso saber Aldous Fowler, sorprendido por cuanto acababa de oír.

—Digamos que pudimos intervenir a tiempo. Pero me temo que no podremos mantener ocultas las muertes de Paul Drester y John Sheik después de lo ocurrido con la doctora Hart —explicó la teniente Taylor.

—El plan es informar a la prensa sobre los homicidios, omitiendo cualquier dato sobre la sustracción de los cerebros —dijo el jefe Schull.

—Así es —confirmó la teniente Taylor, recogiendo las fotos que el detective le devolvía—. Lo más inquietante de estos crímenes no es que sus víctimas sean todos científicos de prestigio, lo que sería explicable analizando la psicosis de algún loco frustrado con aspiraciones al Nobel; ni tampoco es sorprendente que la palabra «Kôt» esté marcada a fuego en la mano derecha de los tres cadáveres, algo frecuente cuando el asesino en serie desea reivindicar algún tipo de simbología diabólica o divina. Lo realmente insólito de estos crímenes es que a los tres científicos asesinados les hayan sustraído el cerebro de un modo que la medicina forense es incapaz de explicar. Eso convierte a nuestro asesino o asesinos en algo muy especial.

—El gobierno no desea que se disparen las especulaciones sobre este asunto. Imagínese la alarma social que ello provocaría —apostilló el jefe Schull.

—Saben de sobra que no deben temer por mi discreción —replicó con aspereza el detective Fowler, al imaginar por un instante que sus superiores y la teniente Taylor temieran que se fuera de la lengua.

—No es eso, Aldous. Su discreción no está puesta en entredicho, como tampoco lo está la mía, la del capitán Fitch ni la del jefe Schull, o, incluso, la de los forenses que han practicado las autopsias. Pero debemos tomar todas las precauciones posibles y entender el difícil reto al que nos enfrentamos —concluyó la agente especial del FBI.

# EL CLUB GÓTICO

## 1

Se miró en el espejo y sonrió al ver su propia imagen reflejada en el cristal. Era, sin duda, un hombre afortunado, pensó mientras se ajustaba al cuello una elegante corbata y se contemplaba con la arrogancia de un dios del Olimpo. Comenzaba para él una nueva vida, la vida que siempre había deseado desde que sufriera el fatal accidente. Ahora tenía treinta y cinco años, medía un metro ochenta, su cuerpo estaba esculpido como el de un atleta, poseía una inteligencia privilegiada, su rostro podía ser el rostro de cualquier modelo masculino de los más cotizados por las revistas de moda y su fortuna era, sencillamente, incalculable. Años de espera, de soledad y de sacrificio iban a ser al fin recompensados. Apenas unos minutos más y vería completada la primera etapa de su obra magna, su gran creación: una fantasía que imaginaba imposible cuando era niño. Desde entonces había soñado que, algún día, él crearía en Estados Unidos una obra arquitectónica tan extraordinaria y bella como cualquiera de las siete maravillas del mundo. Y ese sueño había comenzado a hacerse realidad: el proyecto del mayor parque temático sobre la Edad Media jamás imaginado iba a ser, al fin, presentado en sociedad.

—Señor Stuck, sólo quedan cinco minutos para comenzar —dijo su secretario personal, después de golpear con los nudillos la puerta de una suite del hotel Waldorf Astoria.

—Un momento, Benson, ya estoy listo. ¿Están todos? —preguntó Walter Stuck, al tiempo que le lanzaba un guiño al personaje vestido con un elegante traje negro, que seguía sonriéndole desde el otro lado del espejo.

—Sí, no ha faltado ninguno de los invitados.

Un grupo de jóvenes engalanados como pajes hizo sonar sus largas trompetas, y las puertas de la sala se abrieron con una lentitud de solemnidad litúrgica. Al instante, todos los asistentes volvieron sus cabezas hacia el mismo lugar y posaron sus ojos en el hombre que, inmóvil como un príncipe desconocido que aguarda ser anunciado a la corte, se disponía a entrar en la sala. Walter Stuck sabía con cuánta expectación habían esperado los invitados su llegada y lo mucho que ansiaban conocerle, de manera que caminó lentamente hacia el estrado, divirtiéndose con la agitada marea de cuchicheos y murmullos que su paso provocaba entre el clamor de las trompetas. Nadie le conocía ni nadie le había visto nunca, y si unos lo habían imaginado anciano y torpe, otros creyeron reconocerlo tal como ellos pensaron que sería: un hombre joven, atractivo, elegante y dinámico que bien podría pasar por un agresivo agente de bolsa de Wall Street o por un afortunado magnate del petróleo.

Sin embargo, Walter Stuck era un hombre difícil de calificar. Esas fueron las primeras palabras del presentador del acto, cuando Stuck llegó al estrado, lo saludó

estrechando su mano y se colocó a su lado.

—Un hombre difícil de calificar, que nos ha sorprendido a todos con su deseo de mantener el anonimato hasta este mismo momento. Ni siquiera yo, que debo asumir ahora la difícil y honrosa tarea de presentarlo ante todos ustedes, sabía de su existencia hasta que la convocatoria de este acto se hizo pública y se me informó de que el verdadero creador y promotor del proyecto del Parque Medieval de Nueva York estaría hoy con nosotros. El proyecto del Parque Medieval es, pues, su idea, y deberá ser él quien les hable del mismo. Yo he de limitarme a decirles que la maqueta del proyecto que hoy descubriremos ha gozado, y gozará, del apoyo incondicional de esta magnífica ciudad. Sólo añadiré que este hombre enigmático y reservado, llamado Walter Stuck, forma desde hoy parte de la historia de Nueva York, a pesar de no ser mucho lo que sabemos de él. Pero en la ciudad de Nueva York nunca importaron las vidas de los hombres que llegaron a ella sino sus grandes obras, y yo estoy plenamente convencido de que su Parque Medieval nos unirá para siempre al pasado más apasionante de la humanidad. Será un hermoso modo de mirar hacia atrás para volver a reencontrarnos con el hombre más puro y con su ideal de Dios. Con todos ustedes, el señor Walter Stuck.

El eco de la sala hizo que los aplausos de los invitados resonaran como el zumbido sordo que precede a un cataclismo. Pero un súbito silencio invadió la estancia cuando Walter Stuck se acercó al micrófono.

—No se hagan preguntas sobre mí que poco o nada importan en este momento, y concentren toda su atención en un espacio físico imaginario de la Edad Media —dijo el señor Walter Stuck con el tono sosegado de un hipnotizador dispuesto a cautivar a su auditorio con el invisible influjo de la mirada—. Contémplo, deléitense con la armonía celestial de sus catedrales y sentirán que han iniciado un apasionante viaje en el tiempo, capaz de alejarlos siglos de nuestra era tecnológica. ¿No sería maravilloso poder vivir y sentir como sintieron los reyes, los caballeros, los monjes, los siervos, los juglares, incluso las brujas o los hechiceros medievales? Cuando yo era un niño soñaba todas las noches con crear algún día un gran territorio medieval en el que cada estadounidense pudiera sentir las emociones que yo sentí en mi infancia. Ese sueño se convirtió en una obsesión y hoy comienza a ser ya una realidad.

Un artilugio hidráulico elevó la bóveda que cubría la gigantesca maqueta situada junto al estrado, y ante el asombrado auditorio apareció el futuro Parque Medieval de Nueva York. Un hermoso paisaje de bosques, montañas, lagos y ríos, aldeas, campos de batalla, abadías, castillos, catedrales y ciudades medievales en miniatura provocó el asombro de todos los asistentes a la presentación.

Walter Stuck sonreía orgulloso, dispuesto a explicar a sus invitados los pormenores de su novedosa y faraónica recreación de la Edad Media. Estaba seguro de que los directivos de las grandes compañías de parques temáticos ansiaban



conocerle para negociar lo antes posible su participación en el apetitoso reparto de los beneficios económicos que su proyecto generaría en un futuro no muy lejano. Pero él no estaba dispuesto a compartir su codicia con nadie que no perteneciera a su selecto y exclusivo Club Gótico, al que auguraba un extraordinario porvenir para controlar el poder absoluto, no sólo de los Estados Unidos de América sino del mundo entero, como en otro tiempo lo hicieran las sociedades secretas de la masonería americana. Nadie como él sabía tanto sobre la Edad Media ni sobre la historia de su país, en la que tanta importancia tuvieron hombres como Washington, Jefferson o Roosevelt. Él sería uno de ellos, y ningún obstáculo iba a impedir que su plan tuviera éxito. El proyecto del Parque Medieval de Nueva York sólo era un cebo con el que atraer la atención de los sectores más influyentes de la ciudad; sus intenciones eran otras y, de momento, no pensaba desvelarlas.

Después de un extenso discurso sobre los detalles del Parque Medieval, llegó el momento de las preguntas de los invitados. El enigmático Walter Stuck era consciente de que, muy probablemente, sería su propia personalidad y su biografía lo que más curiosidad despertara entre los asistentes, y confiaba en que así resultara finalmente. Precisamente, a lo largo de la preparación del proyecto y su laboriosa gestión ante el Ayuntamiento de Nueva York había mantenido la incógnita de su identidad, para provocar así una gran expectación sobre su figura. Y, a juzgar por las preguntas que siguieron, Walter Stuck no se equivocó.

—¿Qué puede contarnos de su vida privada, señor Stuck? —preguntó una conocida actriz de cine situada de pie frente al estrado.

—No estoy casado, si es eso lo que le interesa saber —respondió Walter Stuck con sobriedad, lanzando un ostentoso guiño a su interlocutora que provocó las risas de los invitados.

—¿Nos dirá, al menos, dónde nació? —Se alzó una voz masculina al fondo de la capilla.

—¡Claro, jamás lo he olvidado! —exclamó Walter Stuck en el mismo tono jocoso. Parte del público sonrió mientras esperaba la respuesta. Adoptó un aire de añoranza y prosiguió: —Nací en Newport, Rhode Island, el lugar más maravilloso del mundo, créame.

Miró a Benson, su secretario, y éste asintió con una leve oscilación de su cabeza. No había duda de que lo estaba consiguiendo. Bastaba con mirar en derredor para comprobar la sonrisa incansable de los invitados y el agrado que expresaban sus gestos: Walter Stuck había cautivado a su auditorio.

—Supongo que no querrá decirnos su edad —dijo una mujer mayor, que mantuvo los ojos exageradamente abiertos en señal de interrogación.

—Le sugiero que intente adivinarla usted, será menos doloroso para mí —contestó Walter Stuck, llevando su mano derecha al pecho con fingida pesadumbre.

Los asistentes al acto parecían divertirse con las respuestas del enigmático señor Stuck, y murmuraban entre ellos sin atreverse a tomar la palabra. Hubo un instante de incómodo silencio, hasta que una joven periodista alzó la mano.

—Espero que conteste con más seriedad a mi pregunta, señor Stuck —dijo con amabilidad, a modo de preámbulo.

—Adelante, dispare, le prometo que lo intentaré.

La periodista no pudo evitar que una sonrisa se esbozara en sus labios.

—¿Puede decirnos cuál es el origen de su fortuna?

—Para responder a esa pregunta debería estar presente mi abogado —respondió Walter Stuck, volviendo a provocar algunas carcajadas en sus invitados. Luego adoptó una actitud grave, y prosiguió—: Lo siento, no pretendía ser grosero con usted, pero comprenderá que su pregunta es bastante comprometida, sobre todo si mi respuesta no convence al fisco... —se oyeron nuevas risas.

—Díganos al menos a qué se dedica —insistió la periodista.

—Soy accionista mayoritario de un *holding* petrolero y de otros grupos de empresas en distintos sectores económicos que sería aburrido enumerar.

Otra voz se alzó entre los invitados; era un periodista de pelo rojizo y gruesas gafas de carey que disimulaban un rostro plagado de pecas.

—¿Posee usted algún título universitario, señor Stuck?

—Sí, estudié historia en Oxford. Como puede ver, la Edad Media es para mí mucho más que una gran pasión. Es un concepto de vida, un camino hacia la plenitud espiritual, una búsqueda de la eternidad —dijo con aires de trovador.

—¿Se siente usted un caballero andante? —quiso saber un popular presentador de televisión, deseoso de invitarlo a su programa semanal de entrevistas.

—Intento serlo, pero me resulta muy incómodo cabalgar por la Quinta Avenida embutido en una armadura.

Se oyeron nuevas risas.

—¿Algún otro sueño por realizar, señor Stuck? —preguntó una dulce voz de mujer, que Walter Stuck no alcanzaba a ver desde su posición en el estrado.

—¡Daría la vida por encontrar la mítica piedra filosofal!

Todos volvieron a reír, sin poder sospechar que eso era exactamente lo que Walter Stuck se proponía conseguir.

# LA MISIÓN OURÓBOROS

2

—¡Hola, Beth! ¡Hola, Nicholas! —dijo el anciano con una expresión tan real que aquel rostro les pareció a los jóvenes de la EEJA una auténtica creación diabólica de algún genio informático de la red. Ninguno de ellos podía creer que la imagen virtual de un anciano los saludara por sus nombres. Y tal fue su asombro que a punto estuvieron de apagar sus ordenadores para no encenderlos jamás. Sin embargo, una rara mezcla de temor y curiosidad los mantuvo paralizados y mudos, aunque atentos a lo que el misterioso anciano tuviera que decirles.

—Comprendo que os desconcierte oír vuestros nombres sin que hayamos tenido oportunidad de conocernos antes —prosiguió el anciano—. Espero no haberos asustado demasiado, pero así es este juego virtual de enigmas y sorpresas. Mi nombre es Kenneth Kogan —dijo con una sonrisa tranquilizadora—. Me alegra comprobar que resolvisteis con prontitud el criptograma de la fórmula, y os felicito por haber entrado sin dificultad en la página web del juego de los enigmas infinitos. No era fácil conseguirlo en tan poco tiempo, y vosotros habéis sido los únicos alumnos de la Escuela Experimental de Jóvenes Astronautas que han logrado superar el reto. Siempre pensé que formabais un gran equipo, capaz de hacer honor al nombre que elegisteis para participar en los programas virtuales del espacio de la EEJA: Galileo. Sin duda, él también se sentiría orgulloso de vosotros. Ahora, como él y otros muchos lo fueron en su tiempo, sois vosotros dos los elegidos. —Beth sintió que el vello se le erizaba, mientras Nicholas comenzaba a morderse las uñas con un afán que no conocía desde hacía meses—. Sí, aunque os cueste creerlo, el porvenir de toda la humanidad está en vuestras manos, y de vosotros dependerá que el esfuerzo de cuantos os precedieron en esa extraordinaria y fascinante responsabilidad no se diluya para siempre en las turbulentas aguas de la historia. Pero no quiero cansaros con un discurso catastrofista cuando vosotros sois el símbolo de nuestra esperanza. Así fue establecido por las leyes de la naturaleza y así ha de cumplirse. Los demás, los adultos y los ancianos como yo, poco o nada podremos decir cuando llegue el momento. El futuro, amigos míos, es sólo vuestro. Un futuro apasionante, repleto de posibilidades, de hallazgos, de bondades, de descubrimientos aún hoy inimaginables, que pueden hacer de este planeta un lugar único para la existencia apacible de toda la humanidad. Pero ese futuro cercano está acechado por terribles enemigos que se ocultan entre las sombras como alimañas hambrientas de codicia y poder. También ellos desean poseer la Esencia del Misterio, y la buscan desde hace siglos para dominar nuestro mundo con su arrogancia de dioses supremos del universo. A vosotros, Beth y Nicholas, os corresponde evitarlo. Ésa será vuestra misión en este juego virtual: ¡la Misión Ouróboros! Sé que seguiréis adelante, sin temor a las

incertidumbres de vuestro destino, pero creedme: no será fácil. Las sombras estarán siempre al acecho y, debéis saberlo, puede estar en peligro vuestra propia vida. La decisión es sólo vuestra. Buena suerte y hasta pronto —concluyó la imagen virtual del anciano, que se desvaneció en la pantalla como una quimera, dando paso de nuevo a la esfera celeste por la que navegaban infinitas fórmulas matemáticas, con una leyenda iluminada en la parte inferior:

PULSA EN LA ESFERA PARA CONTINUAR

Beth sintió como si se le hubiese parado el corazón. Nicholas, en cambio, estaba entusiasmado.

—NK, dime que realmente se trata de un juego —murmuró Beth, abatida.

—¡Pues claro, BH! ¿Qué iba a ser si no? —inquirió Nicholas riendo, mientras veía la cara de terror de Beth en el ángulo superior derecho de su pantalla.

—Este asunto me produce malas sensaciones y no me gusta nada, ya te lo dije.

—¡Ha sido increíble, alucinante! ¿Cómo puedes decir que no te gusta nada?

—Respóndeme antes a una pregunta, ¿cómo podía saber ese hombre nuestro nombre? —replicó Beth.

—Precisamente, por eso, BH, porque es un personaje virtual creado por la EEJA, y ellos tienen todos nuestros datos personales. Al abrir su correo de la fórmula y entrar después en la página web del juego de los enigmas, debió de establecerse a través de internet algún enlace con nuestros ordenadores. Por eso, al introducir la clave de acceso con la palabra «Scrabble» al mismo tiempo, el programa del juego se personalizó con tu nombre y el mío. Sólo se trata de una especie de pop-ups, derivados de alguna tecnología más avanzada.

—De acuerdo, las posibilidades de internet son infinitas, lo sé. Pero, antes de que apareciera ese anciano en mi pantalla, tuve la sensación de que alguien se colaba en mi habitación, no sé, es difícil de explicar...

—¿Me estás diciendo que hay fantasmas en tu nave interplanetaria, BH?

—Sabía que te lo tomarías a risa, pero a mí no me hace ninguna gracia. Yo sé bien lo que he sentido.

—Los sentidos a veces nos engañan, BH. Puede haber sido una impresión falsa, causada por la sorpresa de oír nuestros nombres en boca de ese anciano.

—Siento no ser tan valiente como tú —dijo Beth más calmada y algo ofendida.

—Vamos, BH, no te lo tomes así. Yo también sentí un poco de miedo, pero enseguida comprendí de qué se trataba. Sólo es un juego, ¿de acuerdo? Un simple y divertido juego interactivo creado por la EEJA.

—Y ¿qué tiene que ver la EEJA con el sermón que ese anciano nos ha soltado sobre la humanidad y el futuro? En este asunto hay enemigos, y sombras peligrosas, NK, ya lo oíste.

Nicholas se llevó la mano a la boca para disimular sus ganas de reír.

—Si desempolvabas tu videoconsola comprobarías que muchos videojuegos plantean ese eterno conflicto entre el bien y el mal, y entre el presente y el futuro de la humanidad. En todos ellos hay enemigos contra los que luchar, si no fuese así no tendrían nada de divertidos.

—Pues aun así, yo abandono, NK. Lo siento, de verdad, lo siento mucho, pero no estoy dispuesta a arriesgar mi vida en este juego sin sentido. Para mí, ese anciano virtual hablaba en serio. Hasta mañana, me retiro al área de descanso. Nos veremos en la parada del autobús, como todos los días.

—¡Espera, BH, espera! —gritó Nicholas.

El entrecejo de Beth se contrajo en un gesto de resignación.

—Mis antenas aún siguen conectadas —dijo.

—¿Qué me dices de la Misión Ouróboros? Todavía no sabemos de qué puede tratarse —insinuó Nicholas con la esperanza de que ese tema volviera a despertar el interés de Beth.

—Averígualo tú y mañana me lo cuentas —respondió Beth con un bostezo de indiferencia, y su imagen desapareció de la pantalla de su amigo.

# EL PRESTIDIGITADOR

2

—Con todos mis respetos, teniente Taylor, aún no he terminado de comprender qué pinto yo en todo este asunto. Usted ya tiene mi informe, y se supone que va a ser el FBI quien se va a ocupar de la investigación de esos crímenes.

La cabeza del jefe Schull se giró hacia el detective Fowler con la velocidad de un látigo. A su juicio, el incisivo tono de voz del detective no era el adecuado para dirigirse a un mando de la policía federal, a pesar de que fuese evidente su fastidio por la intervención del FBI en el asunto. Pero la teniente Taylor evitó que lo apercibiera.

—He decidido que siga usted con sus investigaciones, como mi colaborador directo en Nueva York. Confío en que ello no les suponga ningún problema ni a usted ni a sus jefes —soltó de un modo inesperado.

—No, no, ninguno, puede estar segura de ello —confirmó orgulloso el jefe Schull.

—Parece que Aldous no ha decidido aún su respuesta —dijo la teniente Taylor, ante el silencio del detective.

—Sí, claro, sólo... sólo estaba pensando... Será un gran honor colaborar con usted en la investigación del caso —respondió con titubeos.

—El caso del Prestidigitador, así lo llamaremos —dijo la teniente Taylor—. Al fin y al cabo, ha sido usted el que ha bautizado el expediente policial con más acierto. Para el FBI era el caso del ladrón de cerebros, sin duda mucho más vulgar y grotesco.

—Entonces, de acuerdo —dijo el jefe Schull poniéndose en pie para dar por terminada la reunión.

—Aún hay algo que creo que deben saber todos ustedes —advirtió la teniente Taylor antes de levantarse del sofá—. Los dos científicos asesinados fueron compañeros en el campus de la Universidad de Cornell, en Ithaca.

—¡Es increíble! —exclamó el detective Fowler—. ¡La doctora Hart también estudió neurología en esa misma universidad, como el doctor Adam Grosling, fundador del Centro de Investigación Neurológica en el que trabajaba la doctora!

—Eso no debe de ser simple casualidad —apostilló el capitán Fitch.

—¿Cómo no ha reflejado esos datos en su informe, Aldous? —se quejó el jefe Schull.

—Los encontré esta madrugada en la página oficial del centro, donde aparece la biografía de su fundador, Adam Grosling, y el brillante currículum de la doctora Hart. Hasta ahora no le había dado ninguna importancia a ese hecho.

—¿Qué más sabe del señor Grosling? —quiso saber la teniente Taylor.

—Aparte de sus muchos méritos académicos y profesionales, su biografía no es

muy extensa. A los cuarenta años sufrió un grave accidente al caerse de un caballo y su cuerpo quedó completamente paralizado hasta el día de su muerte, hace unos dos meses. Fue enterrado en un gran mausoleo del cementerio de Greenwood.

—Esa coincidencia abre una nueva vía de investigación, aunque también añade un nuevo elemento de complejidad —destacó el capitán Fitch.

El jefe Schull frunció el ceño.

—Y sobre todo de polémica. Si la prestigiosa Universidad de Cornell aparece involucrada en los crímenes del Prestidigitador, aunque sólo sea de manera indirecta, no quiero imaginarme el escándalo que ello puede provocar en todo el país. A muchos políticos no les va a gustar este asunto.

—Eso lo convierte en un caso aún más apasionante —dijo la teniente Taylor, que por un instante se había extraviado entre la maraña de sus pensamientos.

La puerta del despacho se abrió y un policía asomó con timidez la cabeza.

—Le traigo el correo, jefe —dijo.

Las gruesas manos del jefe Schull cogieron un voluminoso fajo de sobres de distintos tamaños.

—Gracias, Peulok.

—Iba a dejarle esta carta urgente al detective Aldous en su oficina, pero ya veo que está aquí...

—Démela, Peulok, yo se la entregaré.

El policía cerró la puerta resoplando como un oso cansado.

—La curiosidad de Peulok sigue siendo insaciable, a pesar de sus años —dijo el capitán Fitch.

La carta dirigida al detective Aldous Fowler carecía de remitente, aunque el matasello era de Nueva York; la dirección postal estaba manuscrita.

—Discúlpenme —se excusó al disponerse a abrir el sobre.

Rasgó el papel y extrajo una pequeña nota de su interior, que contenía un curioso dibujo.

—¿Algo importante, Aldous? —preguntó el capitán Fitch ante el silencio del detective.

—Me temo que alguien ha comenzado a burlarse de nosotros —dijo Aldous Fowler, dejando la nota sobre la mesa central, a la vista de todos.





# EL CLUB GÓTICO

2

Con titulares como: «Un viaje fascinante al medieval», «El regreso a la Edad Media», «El parque de un tiempo olvidado», toda la prensa escrita de la gran manzana dedicaba páginas completas de sus ediciones a la presentación del futuro parque temático medieval ideado por un desconocido y excéntrico multimillonario, al que muchos llamaban ya sir Walter Stuck. Fotografías en color de una gran ciudad amurallada, aldeas, castillos y catedrales destacaban junto a otros detalles de la maqueta que reproducía a pequeña escala la verdadera dimensión del novedoso complejo turístico, capaz de situar la ciudad de los rascacielos en la vanguardia de los parques temáticos de los Estados Unidos de América. Sin embargo, el verdadero protagonista de la noticia era el personaje que en su primera aparición pública había conseguido cautivar a decenas de miles de neoyorquinos, ansiosos por conocer la apasionante vida de un hombre tan seductor y atractivo como el señor Stuck.

La llegada de Benson sacó a Walter Stuck de sus cavilaciones. Benson era un hombre de aspecto jovial a pesar de su edad, tenía abundante pelo gris, ojos pequeños y cejas abundantes, que conferían a su rostro velado el aspecto de un mayordomo inglés del siglo XIX. Elegantemente vestido con traje de chaqueta oscuro y corbata negra, se había convertido en muy poco tiempo en la sombra inseparable del enigmático señor Stuck.

—¿Qué has podido averiguar? —le preguntó Walter Stuck con impaciencia, tan pronto Benson cerró la puerta tras él.

—La clave escondida en la fórmula era la palabra «scrabble», y efectivamente se trata de un juego virtual en internet —dijo Benson.

—¡El viejo Kenneth Kogan estaba chiflado, siempre lo supe! —exclamó Walter Stuck, encendiendo con nerviosismo un cigarrillo.

—Nuestros *crackers* han detectado la presencia de al menos dos internautas que han accedido al juego a través de la red, pero no logran identificar ningún dato que permita la localización geográfica de sus ordenadores. Seguramente se trata de dos alumnos de la Escuela Experimental de Jóvenes Astronautas, que Kenneth Kogan dirigía desde su casa como escuela virtual en internet.

—Supongo que nuestros piratas habrán intentado entrar en los archivos de la página web de esa estúpida escuela.

—La dirección URL de la EEJA aparece inactiva en el navegador, y es imposible abrir la página de inicio.

—¡Maldita sea, Benson! No hemos gastado una fortuna en pagar a esos crackers de pacotilla para que ahora nos vengan con milongas. El viejo Kogan escondió en internet las claves que permiten encontrar la Esencia del Misterio y ellos tienen que

averiguarlas como sea, antes de que esos dos mocosos que han entrado en el juego se hagan con ella —dijo malhumorado Walter Stuck.

—Nuestros *crackers* creen que lo conseguirán pronto pero, al parecer, el hardware del sistema está protegido con una tecnología muy avanzada que impide el acceso de piratas informáticos al programa del juego.

—He esperado durante años este momento, Benson. El secreto está ahora al alcance de mis manos, y si no actuamos pronto se me escapará como una escurridiza pastilla de jabón.

—No todo son malas noticias —dijo Benson para intentar calmar al señor Stuck.

—Explícate.

—Los *crackers* han logrado interceptar una banda de sonido en la que son audibles las conversaciones mantenidas por los jóvenes durante el juego. Cuando hablan entre ellos por videoconferencia se refieren a sí mismos como NK y BH. — Benson se llevó una mano al bolsillo de su chaqueta y sacó un pequeño CD—. Sus voces están grabadas aquí.

Las manos de Walter Stuck se precipitaron hacia el disco plateado, lo cogieron y lo introdujeron en la ranura del ordenador portátil abierto sobre su mesa. El reproductor multimedia de Windows se activó al detectar el CD en la disquetera y, al poco, en los pequeños altavoces se oyó la voz de dos jóvenes que parecían hablar desde la lejanía de una nave espacial:

«... lo tomes así. Yo también sentí un poco de miedo, pero enseguida comprendí de qué se trataba. Sólo es un juego, ¿de acuerdo? Un simple y divertido juego interactivo creado por la EEJA. Y ¿qué tiene que ver la EEJA con el discurso que ese anciano nos ha soltado sobre la humanidad y el futuro? En este asunto hay enemigos, y sombras peligrosas, NK, ya lo oíste. Si desempolvabas tu videoconsola comprobarías que muchos videojuegos plantean ese eterno conflicto entre el bien y el mal, y entre el presente y el futuro de la humanidad. En todos ellos hay enemigos contra los que luchar, si no fuese así no tendrían nada de divertidos. Pues aun así, yo abandono, NK. Lo siento, de verdad, lo siento mucho, pero no estoy dispuesta a arriesgar mi vida en este juego sin sentido. Para mí que ese anciano virtual hablaba en serio. Hasta mañana, me retiro al área de descanso. Nos veremos en la parada del autobús, como todos los días. ¡Espera, BH, espera! Mis antenas aún siguen conectadas. ¿Qué me dices de la Misión Ouróboros? Todavía no sabemos de qué puede tratarse. Averígualo tú, y mañana me lo cuentas.»

Las voces de los dos jóvenes se apagaron, dejando en los oídos de Walter Stuck el eco ingenuo de sus palabras.

—No es mucho —dijo para no dejar ver su regocijo.

—Al menos tenemos unas iniciales: NK y BH, y la posibilidad de seguir escuchando sus conversaciones en el futuro. Quizá ellos mismos nos digan dónde

viven o a qué colegio asisten —argumentó Benson con su rostro impasible.

—¡Quiero que encuentres a esos dos astronautas estudiantes, Benson! ¡¡¡Y lo quiero ahora!!! —gritó el señor Stuck enrojecido de cólera, aplastando en la palma de su mano la cabeza incandescente del cigarrillo que acababa de encender.

# LA MISIÓN OURÓBOROS

3

La sorpresa de Beth fue mayúscula al comprobar que Nicholas no llegaba a la parada del autobús escolar como cada mañana. A medida que transcurría el tiempo, una sombra de inquietud se fue adueñando poco a poco de sus pensamientos. Su conversación de la noche anterior había finalizado de un modo algo precipitado y Beth se sentía culpable por haberse negado a continuar hablando de la Misión Ouróboros. De sobra sabía que, aunque intentó disimularlo, había perdido el control de sí misma a causa del miedo que las palabras de Kenneth Kogan le provocaron. Durante toda la noche estuvo pensando sobre ello y había llegado a la conclusión de que, tal vez, su reacción ante el juego de los enigmas había sido un poco exagerada; al fin y al cabo, como Nicholas le había asegurado, sólo se trataba de un juego virtual. Por ello deseaba decirle cuanto antes que lo sentía, que sentía haberse comportado como una niña asustada, incapaz de distinguir entre la realidad y la fantasía de aquel juego de enigmas y secretos.

Abrió su mochila, sacó su teléfono móvil y marcó el número de Nicholas. Esperaba que lo cogería pronto y le diría que estaba cerca, o que se había quedado dormido y ya estaba en camino, o que estaba enfermo en casa, como otras veces, pero la voz enlatada que oyó en el auricular era la de una mujer advirtiéndole de que el teléfono al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura. «Apagado o fuera de cobertura», repitió mentalmente Beth, ridiculizando con una entonación nasal la voz de la locutora. Nicholas nunca apagaba su móvil, y siempre cuidaba de tener activa la batería. El móvil para Nicholas era una obsesión casi enfermiza. ¿Y si le había ocurrido algo? ¿Y si los peligros que les anunciaba Kenneth Kogan eran tan reales como ella había imaginado?

Al ver aproximarse el autobús a la parada decidió olvidarse de sus catastróficos augurios. No quería volver a equivocarse, y menos aún cuando había decidido seguir adelante en el juego de los enigmas. Si la Misión Ouróboros los aguardaba para buscar la Esencia del Misterio, la llevarían a cabo juntos, aunque tuvieran que jugarse la propia vida en ese empeño. Sólo deseó que la mañana pasara pronto para ir a casa de Nicholas y averiguar de una vez lo que ocurría.

—Hola, señora Kilby, ¿está Nicholas en casa?

—¡Hola Beth! Me alegra verte por aquí. ¿Cómo va todo? —dijo la señora Kilby al abrir la puerta.

—Muy bien, señora Kilby —respondió Beth con timidez.

—Pasa, pasa, Nicholas se ha quedado hoy en su habitación. Tenía algo de fiebre y un poco de tos, pero nada grave, desde luego. Ya sabes que la primavera no le sienta nada bien a su alergia.

—Lo había imaginado, y por eso pensé traerle los apuntes de clase —dijo Beth, tragándose un sapo.

—Eres muy amable, Beth. Aguarda un momento, le diré a Nicholas que estás aquí, se alegrará de verte.

La señora Kilby era una bella mujer de grandes ojos negros y expresión dulce, que rara vez se alarmaba con las repentinas crisis alérgicas de su hijo. Sabía que Nicholas era un chico sano y fuerte, y que esos episodios de fiebre y tos desaparecían como por encantamiento tras un día de reposo y varias dosis del inhalador.

Beth esperó en el *hall* del lujoso apartamento, reprochándose sus disparatados temores de que a Nicholas hubiese podido ocurrirle algo, o lo que le parecía aún más absurdo, que ese algo tan indefinido como imposible tuviera alguna relación con el juego de los enigmas. Ahora sabía que Nicholas estaba muy cerca de ella, en su Estación Modular NK, y al fin se sintió tranquila.

Lo vio aparecer por el fondo de un largo pasillo en forma de L, vestido con el mono de la EEJA y la gorra puesta, con la visera vuelta hacia atrás como un jugador de béisbol. Más que enfermo, parecía estar encantado.

—¡Qué sorpresa, Beth!

—Sólo quería decirte que siento haber sido tan estúpida —dijo Beth con un brillo de humildad en sus ojos grises.

—¡Oh, vamos, BH!

—No, en serio, Nicholas, anoche me comporté como una niña pequeña —insistió. Nicholas la cogió de la mano.

—Olvida eso ahora, y ven conmigo, quiero enseñarte algo interesante.

No era la primera vez que Beth entraba en la habitación de Nicholas, pero cada vez que lo hacía sentía como si estuviera en el interior de una nave espacial; Nicholas había cuidado hasta los más mínimos detalles. Incluso un cierto desorden contribuía a crear el caótico ambiente de un módulo espacial que flotara ingrávido en el cosmos.

—Siéntate aquí —le indicó a Beth, acercando a su puesto de control una banqueta alta con forma de robot.

—¿Cómo estás de tu alergia?

—Jamás he respirado mejor —respondió Nicholas lanzándole un guiño.

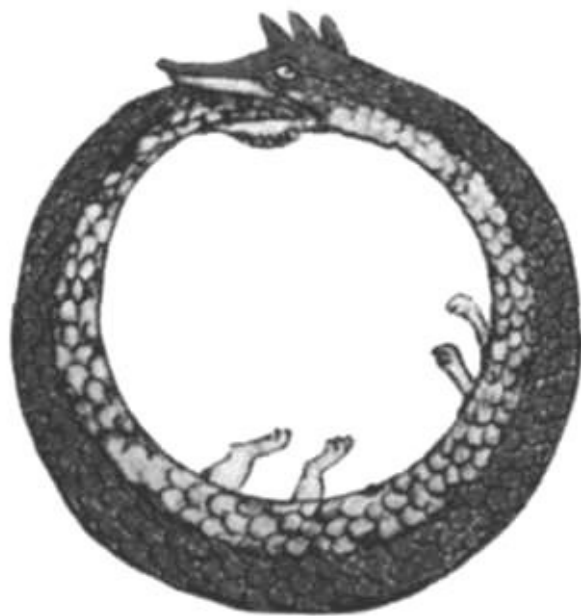
—¿Has fingido estar enfermo para continuar el juego? —preguntó Beth un poco desolada. Pero tampoco podía reprocharle a Nicholas que hubiera decidido llevar a cabo la Misión Ouróboros sin contar con su participación, después de cómo se habían despedido la noche anterior.

—Te equivocas, Beth; si tú abandonas, también abandonaré yo. Somos el Equipo Galileo, no lo olvides nunca.

Beth negó con la cabeza.

—No, no lo olvidaré.

—Pero antes de que tomemos esa decisión, quiero enseñarte una cosa. —Las manos de Nicholas hurgaron entre un montón de papeles dispersos sobre su mesa de estudio hasta que encontró lo que buscaba—. Mira esto —dijo, mostrándole un dibujo impreso en un folio.



—Es muy original —musitó Beth sin comprender.

—Es mucho más que eso Beth, es el Ouróboros, la serpiente que se muerde la cola: el símbolo de la alquimia medieval.

La alquimia no era desconocida para Beth Hampton, como tampoco lo eran muchas de las leyendas que se habían escrito sobre el arte de la transmutación del plomo en oro, o sobre la mítica piedra filosofal buscada por los alquimistas de la Edad Media. Ella y Nicholas habían estudiado en historia de la ciencia que los primeros alquimistas fueron los egipcios, que fue el germen de la química y de la farmacología, que se servía de un lenguaje hermético, imposible de descifrar por los curiosos o por sus enemigos, o que personajes tan célebres como Roger Bacon, Tycho Brahe o el propio Isaac Newton, dedicaron gran parte de su tiempo al estudio del arte alquímico. También recordaba haber visto una o dos serpientes —en ese momento no podía precisarlo—, que se mordían la cola en la portada de algún libro. Pero lo que jamás había visto era el dibujo del Ouróboros que Nicholas le mostraba.

—Sí, de acuerdo, es el símbolo de la alquimia medieval, pero adónde nos lleva eso. Yo sólo veo un bicho asqueroso mordiendo la cola —dijo Beth sin entusiasmo, y sin abandonar del todo su escepticismo.

Nicholas la miró con indiferencia.

—Ese bicho asqueroso, como tú lo llamas, es un símbolo, Beth, y los símbolos

tienen un significado oculto. Si lo averiguamos, al menos podremos saber qué secreto se esconde detrás de la Misión Ouróboros del juego virtual que a ti tanto te preocupa. ¿Lo entiendes ahora?

—¿Quieres decir que el símbolo del Ouróboros nos puede dar una pista sobre el significado de la Esencia del Misterio que debemos buscar?

—Si prestaras más atención a lo que digo, te ahorrarías muchas preguntas como ésa. Son impropias de tu inteligencia.

—¿Y la búsqueda de ese significado te ha provocado la alergia a las clases del colegio? —insistió Beth, ofendida en su orgullo.

—Has dado en la diana. Pero creo que ha merecido la pena que me quedara hoy en casa...

—¿Seguro que no estás atrapado por ese juego virtual, Nicholas?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque los juegos de internet también crean adicción, y tú ya has comenzado a manifestar los mismos síntomas que un adicto a las videoconsolas. —Lo miró a la cara como si contemplara a un apestado, y prosiguió—: Párpados caídos, pupilas dilatadas, grandes ojeras, palidez, labios morados, expresión lánguida, agotamiento, temblor en las manos...

—¿Te estás riendo de mí, Beth?

—Seguramente anoche tuviste insomnio, y apuesto diez dólares a que no habrás comido aún.

—Te equivocas, ayer dormí como una marmota y hoy he comido como un oso hormiguero. Ya soy mayorcito para saber cuidarme sin una niñera a mi lado.

—Sólo estaba bromeando, Nicholas, pero... ¿no crees que deberías tomarte este asunto con más calma?

Nicholas reflexionó un instante.

—Quizá tengas razón. Pero el juego me pareció tan fascinante desde que logré resolver la fórmula que no he podido quitármelo de la cabeza ni un solo instante. Nunca pensé que un juego así pudiese existir, parece tan real...

—También a mí me parece fantástico, pero no es el juego el que debe jugar con nosotros, sino nosotros con él —dijo Beth.

—¿De veras estás dispuesta a seguir jugando?

—Sí, siempre que podamos controlarlo —contestó Beth, ofreciéndole su mano a Nicholas para que la estrechara.

Y ambos sellaron en silencio un pacto que, sin ellos saberlo, les sería imposible cumplir.

# EL PRESTIDIGITADOR

3

Bajo el chorro de la ducha, Aldous Fowler se esforzó por apartar las imágenes repetitivas que poblaban sus pensamientos. Al menos por un instante deseaba olvidarlo todo, dejar su mente en blanco y disfrutar de la agradable sensación del agua helada reactivando cada músculo de su cuerpo. Ni siquiera había dormido, estaba cansado, y aún le quedaban intensas horas de trabajo en el Centro Grosling, antes de que pudiera volver a su apartamento. Pero por más que lo intentaba, el cadáver de la doctora Hart, la palabra «Kôt» marcada a fuego en su mano, un cráneo abierto y vacío sobre una camilla blanca del instituto forense, el rostro amable y hermoso de la teniente Taylor, el cuerpo de su amigo Tom ensangrentado y muerto o el dibujo de un laberinto con un ratón en la entrada y un trozo de queso en el centro, aparecían y desaparecían de su mente en una vertiginosa sucesión de secuencias fotográficas, como si también su cerebro quisiera burlarse de él.

Descorrió la cortina y, con los ojos aún cerrados, buscó el albornoz. Mientras se afeitaba pensó si acaso la doctora Hart sería capaz de dar una explicación comprensible al modo en que se generaban las imágenes que él veía con una nitidez sobrecogedora, y por qué. El cerebro, su propio cerebro, le parecía tan asombroso e inexplicable que le costaba creer que alguien hubiese podido descubrir los mecanismos de su funcionamiento, como si de una vulgar computadora se tratara. Y al pensar esto comenzó a hacer muecas frente al espejo: encogió la nariz, arrugó la frente, alzó las cejas, sacó la lengua, abrió la boca, enseñó los dientes como un animal en actitud amenazante y, finalmente, fingió una sonrisa. Era algo que jamás había hecho y que, en otras circunstancias, le habría parecido infantil o cómico. Pero se sorprendió a sí mismo al comprobar que bastaban milésimas de segundo, quizá menos aún, para que un simple pensamiento se transformara en una concreta expresión de su rostro. Un prodigioso e invisible impulso, que como un chispazo eléctrico era capaz de poner en movimiento todo su cuerpo, permitiéndole en ese instante mantenerse en pie y deslizar la cuchilla de afeitar con suavidad por sus mejillas.

No había terminado de afeitarse cuando sonó el teléfono del salón y saltó el contestador automático. Aldous Fowler oyó desde el baño la cálida voz de Pemby:

—Anoche te llamé varias veces, pero no estabas en casa. Espero que la fiesta no terminara en borrachera, el alcohol nunca te sentó bien —dijo en tono jocoso. Luego continuó—: No olvides que nos vemos mañana para el partido del año de los Knicks, he pagado una fortuna por las entradas. Quedamos donde siempre. Un besito de rana.

Un pitido puso fin a la grabación. Aldous pensó en devolverle la llamada, pero no se sentía con ánimo para hablar con Pemby. Sin saber muy bien por qué, desde que



viera el cadáver de la doctora Hart, habían vuelto a su memoria los mismos fantasmas del pasado que él creía olvidados o enterrados para siempre. Sin embargo, la imagen de su amigo Tom muerto había vuelto a aparecer en sus sueños como una pesadilla inusitada, y a cada instante volvía a ver su cuerpo destrozado entre unos cañaverales del lago Hurón. Todo el pueblo salió en busca de Tom Gallagher la terrible noche que no regresó a casa, pero fue Aldous quien lo encontró. Él conocía cada recodo del río en el que todas las tardes él y Tom pescaban, se bañaban y reían sin cesar. Pero ese día Aldous había decidido quedarse en casa para preparar un examen de fin de curso junto a Pemby; y Tom, tan terco y apasionado, decidió ir solo a pescar. Nunca se identificó ni se detuvo al asesino. Aldous juró con lágrimas de rabia sobre la tumba de su amigo que él lo encontraría, pero no pudo cumplir su promesa. Pemby era la hermana gemela de Tom y, desde que él murió, la hermana gemela de Aldous. Sólo se separó de ella el día que se marchó a la academia de policía, y con los años, Pemby decidió ir a vivir a Nueva York para estar cerca de su hermano Aldous: él era el único que nunca la llamó por su verdadero nombre.

# EL CLUB GÓTICO

3

Nadie en la ciudad de Nueva York conocía los sótanos secretos del Club Gótico. Sólo un selecto grupo de doce poderosos hombres se reunía semanalmente en una estancia subterránea de paredes de piedra, iluminada por grandes antorchas y adornada en uno de sus lados por el símbolo de dos serpientes enfrentadas. En el centro de la sala, una gran mesa y doce butacas constituían el único mobiliario de aquella galería oculta a los ojos del mundo exterior.

Walter Stuck presidía la mesa junto a Benson. Ambos vestían un hábito negro de monje y cubrían la cabeza con una capucha que dejaba su rostro en sombras, como los del resto del grupo de hombres. Su rito semanal había comenzado.

—¡El reinado de la era de la ciencia está a punto de concluir! —proclamó Walter Stuck con voz solemne.

—¡Loemos a nuestro Dios! —recitaron a coro los monjes.

—¡Nuestras viejas frustraciones y decepciones darán paso a un tiempo nuevo y eterno! —prosiguió Walter Stuck con su letanía.

—¡Loemos a nuestro Dios!

—¡El gran ejército de la verdadera fe se alzarán sobre la hipocresía de los falsos!

—Loemos a nuestro Dios.

—¡El Génesis es el único principio y el Apocalipsis será el único fin de la Tierra!

—¡Loemos a nuestro Dios!

—¡Dios es una realidad intangible en su superioridad divina!

—¡Loemos a nuestro Dios!

Las voces iban creciendo a cada estrofa, en una continua exaltación que llevaba al éxtasis.

—¡El hombre es sólo mente y espíritu!

—¡Loemos a nuestro Dios!

—¡La humildad ante Dios nos hará inmortales en su infinito reino!

—¡Loemos a nuestro Dios!

—¡Gótico: la nueva religión, es el auténtico camino para la salvación del alma!

—¡Loemos a nuestro Dios!

—¡En la ignorancia del hombre se encuentra su felicidad!

—¡Loemos a nuestro Dios!

—¡La muerte es el castigo a la arrogancia de los sabios!

—¡Loemos a nuestro Dios!

Una vez recitados los diez principios del Club Gótico, Benson tomó la palabra para informar a los otros monjes del sorprendente crecimiento de las aportaciones económicas realizadas por decenas de miles de estadounidenses de todas las razas y

condiciones, decididos a apoyar sin reservas la financiación del Gran Parque Medieval de Nueva York.

—Os veo muy optimista, hermano Walter —dijo uno de los monjes al que la capucha del hábito sólo dejaba visibles unas pobladas cejas blancas, unos ojos tan claros que parecían vacíos y una barba rala.

—Mi optimismo es una consecuencia de mi fe, hermano Robert. Y si vos sumáis vuestra fe a la mía, estoy seguro de que seremos invencibles.

—No es sólo la fe lo que nos convertirá en los hombres más poderosos de la Tierra —replicó otro monje de voz huraña.

—Cierto, hermano Wilson, también la ambición y la maldad son necesarias, pero os aseguro que de esos dones andamos sobrados —respondió Walter Stuck.

—Sin embargo —insistió el hermano Robert—, aún no habéis cumplido vuestra promesa de apoderaros de la Esencia del Misterio.

Walter Stuck sintió como si le hubiesen clavado un agujón en las sienes, pero disimuló el dolor y respondió con calma:

—Nunca sospeché que el viejo Kenneth Kogan la ocultaría antes de que nosotros lo apresáramos —reconoció, mirando una pequeña urna de cristal que tenía a su lado, sobre la mesa.

—¿Y qué hay de vuestra revolucionaria tecnología para leer el pensamiento, hermano Walter? Es evidente que habéis fracasado en vuestra misión de desvelar el secreto —preguntó otro monje de manos y rostro esqueléticos.

—El lector mental inventado por la doctora Hart ha satisfecho sobradamente todas nuestras expectativas. Hoy sabemos sobre la Esencia del Misterio todo cuanto el astuto Kogan conocía de ella. Pero ni él mismo sabía dónde la había escondido.

—¿Insinuáis que hemos perdido la pista de la Esencia del Misterio después de tantos años de búsqueda infructuosa? —preguntó en tono airado un monje obeso, de expresión cándida, al que se le adivinaba su calvicie bajo la capucha.

Benson salió en ayuda de su señor.

—No os alarméis, hermano Jack, la Esencia del Misterio será nuestra en poco tiempo, os lo aseguro.

—Así lo esperamos, hermano Benson, ya sabéis cómo se pagan los errores en el Club Gótico —recordó el monje, como si anunciara un mal presentimiento.

# LA MISIÓN OURÓBOROS

4

Hasta las nueve en punto, Nicholas no vio aparecer el rostro de Beth en el ángulo superior derecho de la pantalla de su ordenador.

—Pensé que te habías olvidado de mí, BH —dijo Nicholas lleno de júbilo.

—No quería distraerte de tus deberes.

—¿Aún estás enfada conmigo?

—Yo nunca he estado enfada contigo, NK, sólo me sentí un poco molesta al pensar que podías entrar en el juego sin mí.

—¿Dispuesta a continuar, entonces?

—Respuesta afirmativa, NK.

—¡La Misión Ouróboros está a punto de comenzar! —gritó Nicholas desde su Estación Modular NK, con el entusiasmo de un niño.

—¡La Esencia del Misterio será nuestra! —le siguió Beth con la misma alegría.

—¿Motores encendidos?

—Encendidos.

—¿Computadoras preparadas para el despegue?

—Computadora de la Nave Interplanetaria BH, lista.

—¿Navegador de internauta activado?

—Activado y en espera, NK.

—¿Mando universal de control de juegos en red instalado?

—Joystick instalado.

—Introduciendo coordenadas de localización del juego de los enigmas.

—Coordenadas introducidas.

—¿Página web en pantalla?

—Positivo, NK. Clave de acceso solicitada.

—Reconocimiento de clave en marcha.

—¡Clave activada, NK!

—Esfera celeste a la vista.

—Confirmado.

La esfera celeste envuelta en brumas había vuelto a surgir en sus pantallas, con la leyenda iluminada en la parte inferior:

**PULSA EN LA ESFERA PARA CONTINUAR**

Beth sintió un intenso cosquilleo en el estómago, y Nicholas ardía en deseos de descubrir qué sorpresa les aguardaría en esa nueva etapa del juego de los enigmas infinitos. Por un instante se mantuvo en silencio, dando tiempo a Beth a que reafirmara su confianza en sí misma.

—¿Ocurre algo, NK? —preguntó Beth ante el silencio de Nicholas.

—No, no es nada, BH.

—¿Preparado para pulsar en la esfera celeste al término de la cuenta atrás? —dijo Beth, tomando en esta ocasión la iniciativa. Pensó que de ese modo se disiparían las dudas que Nicholas pudiese albergar sobre su decisión de seguir adelante en el juego.

—¡Preparado, BH!

—Comienzo inmediato de cuenta atrás: tres, dos, uno, cero.

Al pulsar con el ratón sobre la esfera celeste la imagen de sus pantallas se fue desvaneciendo lentamente hasta quedar reducida a la más completa oscuridad. Pasaron unos segundos sin que nada ocurriera.

—¿Ves algo en tu pantalla, NK? —preguntó Beth, impaciente.

—Negativo, BH, es posible que la nueva fase del juego esté cargándose y aún tarde unos minutos en comenzar...

Nicholas no había terminado de hablar cuando, un punto tan diminuto como una estrella se iluminó en el centro de sus pantallas, al tiempo que comenzó a sonar una dulce melodía. La música fue creciendo en ritmo y en intensidad, a la vez que el punto luminoso central aumentaba su tamaño hasta dar paso a una escena que dejó a Nicholas y a Beth con la boca abierta: en una especie de hangar de transbordadores espaciales propio de un videojuego, dos personajes virtuales, ataviados con los monos y las gorras de la EEJA, estaban situados de pie, inmóviles, junto a una pequeña nave de insólitas formas aerodinámicas.

Nicholas presionó de inmediato el botón analógico de su joystick de control, haciéndolo girar con su pulgar de un lado a otro, y sintió que toda la sangre de su cuerpo hervía y burbujeaba en sus venas.

—¡Se mueven, BH, se mueven! —exclamó.

—¡Es fantástico, fantástico! —gritó Beth, presa del mismo entusiasmo.

Los dos personajes virtuales se desplazaban por sus pantallas siguiendo los pasos que Nicholas y Beth marcaban con sus respectivos controladores. Cada uno de ellos, con independencia del otro, iba y venía alrededor de la pequeña nave espacial, se acercaba a las plataformas de lanzamiento, curioseaba entre los paneles metálicos repletos de luces que revestían los muros o se asomaba al gran portón del hangar para contemplar el inmenso bosque que los rodeaba o el cielo azul y limpio. Incluso cogían objetos, abrían puertas, inspeccionaban mesas y cajones, y entraban y salían de la nave, como dos astronautas desorientados que hubiesen descubierto un nuevo e insólito planeta.

—Ésta debe de ser la nave que nos ha traído hasta aquí —dijo Nicholas.

—Así es NK, he visto el puesto de control y es idéntico al que apareció en nuestras pantallas.

—Tal vez volvamos a viajar en ella hacia un universo desconocido.

—Tú y tus sueños de astronauta. Sería mejor que intentaras buscar una salida, no

podemos quedarnos encerrados en este hangar para siempre.

Nicholas no tardó en conseguir que el personaje controlado por su joystick hiciera piruetas en el aire, saltara, se agachara, reptara, se colgara de algún saliente o trepara por los tubos de la lanzadera con una agilidad de saltimbanqui, mientras recorría cada rincón de aquel espacio virtual y mágico.

—¿Cómo consigues hacer eso, NK? —preguntó Beth, admirada por la habilidad con que Nicholas manejaba el control de su personaje.

—Sólo tienes que combinar la acción del personaje con el movimiento de los distintos controles del joystick. Intenta pulsar varios a la vez. Por ejemplo, pulsa los botones X y O, y verás cómo tu personaje da una vuelta de campana para volverse a situar de pie.

Los dedos de la mano derecha de Beth se deslizaron por el joystick con una coordinación que creía olvidada desde que, hacía unos años, había dejado de jugar con videojuegos. Pronto logró dominar el joystick, y desplazó a su personaje junto al de Nicholas, imitándolo en todos los saltos y acrobacias que éste realizaba. Y cuando el personaje de Nicholas se detuvo, ella también lo hizo, quedando uno al lado del otro. Entonces Beth pulsó los controles L y R y vio cómo la perspectiva de su pantalla cambiaba, apareciendo ante sus ojos el hermoso rostro del joven que la acompañaba.

—¡Eres tú, NK! ¡Es increíble, pero eres tú! —dijo.

Beth se sentía feliz.

Nicholas abrió los ojos; aunque podía ver íntegramente a los personajes del juego en su pantalla, no había reparado en sus rostros desde el ángulo de visión que tenía activo.

—¿Qué quieres decir?

—No muevas a tu personaje y pulsa los controles L y R a la vez —le animó Beth. Una sonrisa de incredulidad y sorpresa se esbozó en los labios de Nicholas.

—¡Estás preciosa, BH! —exclamó, sin poder dar crédito a lo que veía.

—Eres un cielo, NK, pero no puedo creer que seamos nosotros mismos los personajes protagonistas del juego. Me parece tan..., tan increíble.

—Ya te dije que éste sería un juego distinto a todos. El profesor Kenneth Kogan es un genio.

—¡Las fotos! —soltó Beth, como si las palabras se le hubiesen escapado de los labios.

—¡Claro! El profesor Kenneth Kogan debió de digitalizar las fotos que enviamos a la EEJA al formalizar la inscripción para obtener la tarjeta de identificación. ¿Lo recuerdas? —dijo Nicholas, abriendo una cremallera sobre el pecho de su mono de joven astronauta. Del bolsillo sacó una tarjeta del tamaño de una de crédito y miró su fotografía junto al logotipo de la EEJA.

—Sí, eso es seguro —dijo Beth sonriendo para sí.

—Es curioso, BH, pero tu imagen virtual mueve los labios al mismo tiempo que tú hablas, como si reprodujera exactamente tus palabras.

—Ya me había dado cuenta, NK, con tu imagen ocurre lo mismo.

—Creo que nuestras voces se incorporan a través de internet al juego, haciéndolo aún más realista.

—Quizá este juego posea una técnica muy avanzada, que aún es desconocida para los usuarios de la red.

Nicholas iba a decirle a Beth que posiblemente tuviera razón, pero un extraño sonido metálico, como el de una pesada compuerta al abrirse, hizo que diera un respingo en su puesto de control de la Estación Modular NK.

—¿Has oído eso? —preguntó Nicholas, moviendo instintivamente su joystick sin saber muy bien de dónde procedía el estruendo.

—Sí, lo he oído, NK, ¿de qué se trata?

Y cuando Nicholas y Beth pudieron mover a sus personajes hasta ver lo que ocurría, oyeron la voz de una chica virtual que debía de tener la misma edad que ellos.

—¡No os alarméis! Siento llegar tarde..., de verdad, perdonadme, lo siento de veras —dijo de corrido el nuevo personaje que se incorporaba de un modo imprevisto al juego, volviendo a dejar helados a Nicholas y Beth.

La imagen de sus pantallas cambió sin que ellos pulsaran ningún control, y el rostro de la joven recién llegada apareció, bello y luminoso, ante sus incrédulos ojos. Nicholas hubiera jurado que estaba viendo visiones, pero el rostro de aquella joven era tan perfecto, tan delicado y hermoso, que se quedó embobado sin saber qué decir.

—Mi nombre es Carol, Carol Ramsey —comenzó a decir el personaje virtual, antes de que Beth pudiera reaccionar ante aquella nueva e inesperada aparición—. El profesor Kenneth Kogan me había encargado que saliera a recibirlos, pero no he podido llegar a tiempo. El dispositivo de seguridad del sistema había detectado una intromisión externa en las líneas de comunicación de vuestro Messenger y estaba arreglándolo...

Beth consiguió superar su enmudecimiento y logró decir algo con un notable tartamudeo.

—¿Intromisión..., intromisión externa en... en las líneas de comunicación de nuestro Messenger? ¿Qué significa eso, NK? —preguntó, alarmada.

—No lo sé, BH, pero deja que Carol continúe, tal vez ella pueda explicárnoslo —dijo Nicholas, sin saber por qué se había dirigido a la joven que veía en la pantalla por su nombre, como si realmente la conociera.

—Gracias, NK, eres muy amable —dijo la imagen virtual de Carol Ramsey.

El cuerpo de Beth se aflojó como si estuviera a punto de desmayarse, mientras

que Nicholas soltó un largo silbido de asombro y fascinación.

—¿Puedes hablar con nosotros? —preguntó sin saber si le hablaba a la pantalla de su ordenador o a una nueva especie de fantasma.

—Entiendo que os extrañe, pero yo también soy un ser inteligente como vosotros; virtual, desde luego, pero inteligente al fin y al cabo —aclaró Carol con gran desparpajo y expresividad—. Así serán los videojuegos del futuro y yo sólo soy un ejemplo de las muchas sorpresas que aún os quedan por descubrir en vuestra nueva vida aquí. Éste es un juego interactivo y enigmático, ya lo sabéis tan bien como yo; el profesor Kenneth Kogan os hablaría de ello, supongo —prosiguió Carol Ramsey con su dulce y encantadora sonrisa.

Nicholas se reía solo a causa de su excitación, y Beth consiguió que sus músculos respondieran de nuevo a las órdenes de su cerebro. Creyó que despertaba de un confuso e increíble sueño, pero la realidad seguía ante ella, como ante ella seguía la pantalla de su ordenador con el rostro sonriente de un ser virtual e inteligente llamado Carol Ramsey.



# EL PRESTIDIGITADOR

4

En esa ocasión, el Centro de Investigación Neurológica Grosling le pareció mucho menos hostil y extraño que en su visita anterior. Después de haber navegado por su página web, Aldous Fowler había impreso un detallado esquema de su estructura organizativa y varios planos de las distintas zonas de investigación. Al menos tenía una idea aproximada de lo que se cocía en aquel imponente edificio de acero.

Antes de abandonar el aparcamiento situado en la zona oeste del extenso complejo, el detective repasó el organigrama de la institución científica: la difunta doctora Katie Hart era la coordinadora responsable del Departamento de Neurobiología Emocional, en el que se desarrollaban distintos programas de exploración sobre la memoria, la inteligencia y las emociones humanas. Aldous Fowler no acababa de comprender el alcance de tales investigaciones, a pesar de haber leído en la página web los objetivos científicos de cada área de estudio. Sólo había entendido que los procesos de aprendizaje, los recuerdos, los comportamientos, la moralidad y los sentimientos de cada ser humano dependen de cien billones de conexiones neuronales, y que la doctora Hart estaba desarrollando un eficaz sistema de técnicas para entrar en el cerebro, descifrar su funcionamiento y poner orden en el caos aparente del entramado celular que da vida a los pensamientos. No obstante, confiaba en que el director del centro le aclararía éstas y otras cuestiones, para él incomprensibles.

—Aguarde un momento, detective Fowler, informaré al director Brannagh de su visita —dijo una recepcionista con voz de soprano, cuyas diminutas gafas reposaban en perfecto equilibrio sobre la punta de su nariz.

Cogió el teléfono y forzó una sonrisa, incomodada por la presencia del joven detective de homicidios de la policía de Nueva York.

—Señor Brannagh, el detective Fowler ya ha llegado. La recepcionista hizo algunos gestos de asentimiento y colgó el teléfono.

—Le atenderá enseguida, puede sentarse mientras tanto si lo desea —dijo, apuntando por encima de sus gafas hacia unos sofás de cuero blanco situados en el hall de entrada.

El hall era un gran patio circular rodeado de columnas sobre las que se apoyaba una bóveda de cristal que permitía ver el cielo. En el centro, una fuente piramidal hacía borbotear desde su vértice finas láminas de agua, salpicadas por infinitos destellos de la luz solar que se filtraba por el techo abovedado, reflejando un arco iris insólito.

Aldous Fowler se quedó en pie, contemplando los juegos de colores creados por

la pirámide de metal, la luz y el agua, hasta que alzó los ojos y reparó en el gigantesco cuadro que colgaba en una hornacina de la pared situada frente a la entrada. Se acercó y lo observó intrigado. El retrato al óleo de Adam Grosling parecía mirarlo desafiante desde su posición erguida y privilegiada. Aldous Fowler había visto muchos retratos de ese estilo colgados en los paraninfos de las universidades, en los pasillos de los tribunales, en los despachos oficiales o en las galerías de los museos. Pero ninguno sostenía una calavera entre sus manos, como si exhibiera un codiciado trofeo.

—Nuestro fundador fue un hombre extraordinario —dijo una voz tras él.

Aldous Fowler se giró y vio a su espalda al director Brannagh.

—Sí, estoy seguro de ello —aseguró para disimular su sorpresa.

—¿Dispuesto a comenzar con su interrogatorio, detective? —preguntó el director ofreciéndole su mano. Aldous Fowler la estrechó, y dijo:

—Créame que lamento volver a molestarlo, señor Brannagh.

—No hablaba en serio —dijo el director, golpeando el brazo del policía en señal de afecto—. ¿Le apetece tomar alguna cosa en la cafetería de personal antes de subir a mi despacho?

—Preferiría que habláramos en privado, señor Brannagh, no dispongo de mucho tiempo —se excusó Aldous Fowler.

—Lo comprendo, claro.

—Es usted muy amable. Quizá en otra ocasión.

—Entonces, acompáñeme, subiremos en el ascensor de la derecha.

El blanco era el color que dominaba en el Centro Grosling: paredes blancas, techos blancos, suelos blancos, puertas blancas, mobiliario blanco, una especie de nimbo neutro e indefinido en el que no había más lugar para los impactos visuales que la grandiosidad del hall, la fuente piramidal o el retrato de su fundador.

En el despacho del director Brannagh, una cuidada y envolvente pulcritud invitaba también a concentrar todos los sentidos en la espaciosa ventana que daba al jardín, donde grandes árboles alzaban sus ramas hasta la cristalera como si quisieran curiosear en las intimidades del Centro.

—Aquí no podré ofrecerle más que agua —dijo el director, colocando un par de vasos y una botella sobre la mesa.

—Será suficiente, gracias.

Aldous Fowler tomó asiento en la misma butaca de su anterior entrevista.

—¿Qué significado tiene la calavera que sostiene el señor Adam Grosling en su retrato? —preguntó.

—Bueno, supongo que él quiso que fuera así, y así posó para el pintor. Ése es un cuadro antiguo, y entonces aún no existía este centro; me resulta difícil conjeturar una teoría, pero no creo equivocarme si le digo que la calavera siempre se ha asociado

con la muerte.

—La muerte en las manos de la ciencia —dijo Aldous Fowler.

—O la vida, detective —replicó el director, sentándose frente a su invitado—. Si lo piensa bien, el dominio sobre la muerte nos conduce a la vida. Ése ha sido el empeño de la medicina desde sus orígenes: vencer la enfermedad y la muerte que esa calavera representa.

—Sí, también podría interpretarse desde esa perspectiva —aceptó Aldous.

—Ésa es mi perspectiva, desde luego, pero, como neurólogo, debo decirle que mi opinión es sumamente relativa. Y, si me permite decirlo, lo importante para usted no es qué quiso representar el señor Grosling con esa imagen, ni cómo puedo explicársela yo; lo realmente interesante, detective, es qué le sugiere o qué ve usted en esa calavera.

Sin habérselo propuesto, Aldous Fowler había conducido la conversación a un territorio que le interesaba especialmente.

—Yo diría que esa calavera podría ser un cofre, un recipiente, no sé, el envase que contenía el cerebro de un cadáver —dijo, observando la reacción de su interlocutor.

El director Brannagh sonrió.

—Discúlpeme, detective Fowler, pero admitiré que su explicación es mucho más rocambolesca que la mía. Vista de ese modo, la calavera también podría ser la estructura que soporta el rostro de un ser humano: la piel, el cabello, los ojos, la nariz, la boca...

—Una parte más del esqueleto.

—Así es, una estructura ósea pura y dura, para simplificar aún más su teoría. Pero supongo que no ha venido usted a verme para hablar sobre calaveras ni cuestiones de anatomía —concluyó el director Brannagh.

—No, claro que no, es sólo que la calavera del cuadro me pareció un detalle bastante curioso.

—La curiosidad es el impulso de la ciencia, detective, y supongo que también lo será de una investigación policial. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

Aldous Fowler sacó del bolsillo de su cazadora un pequeño bloc de notas y un lápiz.

—Hábleme de la doctora Hart, señor Brannagh —pidió—. Ninguno de sus compañeros del centro supo decirme nada sobre ella ni sobre su vida privada. Todos coincidieron en su amabilidad, en sus conocimientos, su intuición, su olfato como investigadora, su genialidad científica, pero nadie supo decirme cómo pensaba, qué cosas le gustaban, adónde iba, con quién se reunía, en qué creía, a quién amaba... Usted es el único que llegó a conocerla realmente, más allá de su vida en este centro, y el único que nos puede ayudar a aclarar su asesinato.

El director Brannagh había escuchado atentamente cada palabra del detective y su expresión se ensombreció. Soltó un largo suspiro, y dijo:

—Katie era una gran mujer, sin duda la mejor que yo he conocido nunca. Ambos coincidimos desde el primer día en las clases de la facultad de Medicina de la Universidad de Cornell, sentados en la primera fila. Lo primero que dijo al sentarse a mi lado fue: «Mi nombre es Katie Hart, y yo seré la número uno de esta promoción». Luego me confesó que supo enseguida que yo sería su rival para lograr el sobresaliente Cum Laude, y el premio de fin de carrera. Aún nos quedaban seis años de estudio y ella ya sabía lo que iba a suceder. Siempre fue así para todo. La medicina le apasionaba mucho más que la vida. Pasaba las horas encerrada en la biblioteca, ajena al bullicio del campus universitario, a las fiestas, al teatro, al cine..., ajena incluso a sus compañeros de clase. Yo le insistía siempre para que saliera a pasear, para que tomara el aire o mirara al cielo, pero siempre tenía alguna investigación pendiente que le impedía hacer cualquier otra cosa. Más que una obsesión era..., no sé, no sabría decirlo exactamente. Quizá una forma de ser, una determinación genética orientada hacia un solo y único objetivo, hacia una meta inalcanzable: descifrar y comprender el cerebro humano. Tanta era su pasión por la neurología que me arrastró a mí con ella. Desde el primer curso ambos nos incorporamos como colaboradores voluntarios a la cátedra dirigida entonces por Adam Grosling. El señor Grosling no tardó en darse cuenta de que Katie no era sólo una alumna destacada del primer curso de Medicina, sino una excelente científica a pesar de su edad. Con apenas dieciocho años, se convirtió en la ayudante directa de todo un pionero de las neurociencias como el señor Grosling, ya conocido internacionalmente por sus estudios neuroquímicos de la corteza cerebral. Incluso se atrevió a poner como condición para aceptar su nombramiento que también yo formara parte del equipo de investigación, como secretario de la nueva ayudante del catedrático del departamento. Jamás olvidaré la cara de asombro del señor Grosling ante su insolencia. Pensé que nos expulsaría a los dos, no sólo de su despacho, sino también de la facultad de Medicina, y que lo haría de manera irrevocable y a perpetuidad. Pero, para mi sorpresa, el señor Grosling aceptó. Katie y yo nos convertimos así en los miembros más jóvenes de un equipo de investigación científica en toda la historia de la Universidad de Cornell; aunque mis tareas, debo decirlo, fueron siempre más administrativas y organizativas que puramente científicas. Por aquel entonces, Adam Grosling ya había iniciado las obras de este Centro de Investigación Neurológica, y compartía con nosotros..., bueno, sobre todo con Katie, todos los detalles del proyecto y la distribución de departamentos, salas de estudio, laboratorios, animalario... Al terminar la carrera de medicina, Katie se especializó en neurología, como era previsible, y yo lo hice en gestión hospitalaria y centros de investigación médica. Pero desde que se abrió este centro hace veinticinco años, ya trabajábamos

aquí, a pesar de no haber obtenido aún la licenciatura. Fueron tiempos duros y difíciles, aunque felices para todos. Katie había creado su propio departamento de investigación, sus innovadores programas avanzaban con rapidez y extraordinarios resultados, y los apoyos financieros crecían de un modo espectacular. Hasta que al poco tiempo, Adam Grosling sufrió el accidente que lo apartaría para siempre del mundo científico, y acaso también de la vida. Su afición por los caballos y el salto de obstáculos hizo que un día practicara con un animal joven que acababa de comprar, y la fatalidad quiso que el caballo lo derribara rompiéndole la columna vertebral. Desde ese momento todo fue distinto, como si una extensa sombra se hubiese abatido sobre cada uno de nosotros y nos asfixiara con un gas invisible, pero letal. Las operaciones de espalda del señor Grosling se sucedían una tras otra sin éxito; Katie cayó en una profunda depresión que la llevó a encerrarse en casa durante meses, y los programas de investigación del centro se paralizaron indefinidamente. En aquellos días horribles yo visitaba a Katie todas las tardes, sin conseguir sacarla de su ensimismamiento. No hablaba con nadie, ni quería ver a nadie. Habilitó la buhardilla de su casa como estudio de pintura y dedicaba horas enteras a manchar lienzos con extrañas figuras en actitud desesperada. Ahora sé que Katie pintaba su propio estado de ánimo, como si quisiera expulsar los fantasmas que la atormentaban a golpes de pinceladas, escupiendo a través de ellas su desesperación y su rabia. Ningún otro tratamiento era eficaz contra su melancolía. Hasta que un día entró por esa puerta sin yo esperarlo, y dijo: «Ahora sé que puedo hacerlo, convoca una reunión urgente de todos los departamentos». De la noche a la mañana, Katie se había transformado, y toda su energía, contenida durante meses, estalló de un modo que multiplicó por mil su capacidad de estudio y de trabajo. Han pasado veinte años desde entonces. Hace algún tiempo, el nombre de Katie Hart comenzó a barajarse entre los posibles candidatos al Premio Nobel de Medicina. Pero la fatalidad volvió a cruzarse en su camino por segunda vez con la muerte de Adam Grosling, hace un par de meses. Katie creyó que no resistiría ese nuevo golpe del destino, pero esta vez se repuso sin dificultad después de una leve crisis emocional. Incluso la volví a ver reír como hacía años que no lo hacía. Y cuando parecía que iba a resurgir de sus cenizas, usted mismo me comunicó que la habían asesinado, marcando su mano a fuego con una extraña palabra. Ése es el breve resumen de su vida y cuanto puedo contarle de ella, detective. La muerte de Katie es tan misteriosa para mí como para usted —concluyó el señor Brannagh, emocionado.

Aldous Fowler dejó transcurrir algún tiempo en silencio, para que el director del Centro Grosling recuperara la calma. Sabía que no era agradable para Brannagh bucear en su memoria en busca de recuerdos que se clavaban en su corazón como astillas envenenadas. Pero la muerte, pensó, esa misma muerte que podía representar la calavera que el retrato de Adam Grosling sostenía en sus manos, era así de brutal y

despiadada. El único consuelo posible era detener al asesino para que su crimen no quedara impune, y Aldous Fowler estaba decidido a encontrarlo.

—Siento tener que hacerle estas preguntas, señor Brannagh, pero necesitamos conocer algunos detalles de su relación personal con la doctora Hart a lo largo de esos años.

—Lo comprendo..., lo comprendo, no se preocupe por mí, detective, responderé con mucho gusto a sus preguntas.

—¿Estaba usted enamorado de la doctora Hart, señor Brannagh?

El director se tomó su tiempo, antes de contestar.

—Le mentiría si le dijera que no, pero jamás se lo confesé a ella. En el corazón de Katie no había lugar para el amor. Nuestra relación fue siempre la de unos entrañables y antiguos amigos que llevaban años trabajando juntos, pero no hubo nada más entre nosotros.

—¿Y entre Adam Grosling y la doctora?

—Esperaba esa pregunta, detective, y no estoy muy seguro de saber contestarla.

—Si no lo desea, no tiene por qué hacerlo.

—No, no, no es eso... Ya le he dicho que la única pasión de Katie era la neurología, y que desde muy joven mantuvo una estrecha colaboración profesional con el señor Grosling; pero creo que sus relaciones nunca traspasaron los límites de esa barrera, a pesar de que Adam Grosling nunca ocultó su admiración por ella.

—¿Sentía usted celos de esa relación?

—En ocasiones, tal vez, aunque siempre supe que Katie sólo pertenecía en cuerpo y alma a la neurociencia, y que ningún hombre lograría distraer su atención de sus investigaciones. Incluso rehusaba las continuas invitaciones que recibía de sus colegas de todo el mundo para asistir a los más importantes congresos y convenciones internacionales.

—La asistente de la doctora Hart me dijo que de vez en cuando recibía en su casa la visita de un grupo de amigos. La señora Hernando pensaba que tal vez se tratara de compañeros o amigos de este centro.

—No que yo sepa. Pero debo aclararle que no sé lo que la doctora Hart pudiera hacer en su tiempo libre y en su casa. En cualquier caso, la única persona de este centro que visitaba su casa era yo, eso puedo asegurárselo.

—En concreto, la señora Hernando me habló de un hombre de unos sesenta años y abundante pelo blanco, con el que en alguna ocasión la había visto cogida de la mano paseando por el jardín de la casa.

—Ignoro de quién puede tratarse.

—¿Algún familiar?

—Que yo sepa, Katie fue criada por su abuela, fallecida hace muchos años, cuando estudiábamos en la Universidad de Cornell. No tengo noticias de que tuviera

otros parientes.

—¿Sabe si la doctora Hart pertenecía a alguna asociación de científicos?

—Siempre decía que no le gustaba que otros neurocientíficos contaminaran sus programas de investigación con opiniones infundadas. Era muy orgullosa, créame.

—¿Y qué me dice de sus investigaciones científicas?, ¿qué buscaba la doctora Hart exactamente?

—En los últimos años, Katie se había obsesionado con la idea de viajar al fondo del cerebro humano, y comenzó a desarrollar una serie de técnicas para introducirse en él y descifrar cómo pensamos, por qué sentimos y percibimos, cómo se almacenan y recuperan nuestros recuerdos en la memoria, cuál es la esencia de la mente humana. Son muchos los que han buscado estas respuestas a lo largo de la historia, pero nadie ha desvelado aún las claves de esos misterios.

—¿Y ella lo consiguió?

—Digamos que estaba en vías de lograrlo. Durante la fase final de su programa de investigación, había descubierto una técnica revolucionaria, una especie de escaneado asistido por imágenes que dejaría al descubierto toda la actividad cerebral y le permitiría no sólo trazar un mapa preciso de toda la estructura del cerebro y de su funcionamiento sino, sobre todo, visualizar de un modo nítido en la pantalla de un ordenador los pensamientos, las representaciones imaginarias o los recuerdos de cualquier individuo, tanto en estado de consciencia como de inconsciencia.

—Una nueva revolución científica —apuntó el detective Aldous Fowler, intentando comprender lo incomprensible.

—Así es. Hasta ahora, algunos neurocientíficos habían empleado como técnicas de escaneado cerebral la Tomografía de Emisión de Positrones o la Resonancia Magnética Funcional, para conseguir localizar dónde y cuándo se produce la actividad cerebral, fotografiando las zonas de mayor consumo de glucosa, que es el alimento de las neuronas; Katie había conseguido ir más allá, había averiguado cómo se produce esa misteriosa actividad y qué imágenes se generan en la mente del individuo cuando piensa, sufre, ama, imagina, duerme o, simplemente, recuerda algún hecho pasado de su vida.

—Corríjame si me equivoco, doctor Brannagh, pero se refiere usted a una especie de lector mental, un descodificador de la mente humana.

El director del centro Grosling asintió.

—Ésa es exactamente la expresión más acertada para definirlo. Katie estaba creando en su laboratorio un insólito y original descodificador mental. Algo muy parecido al pequeño aparato que en la televisión digital sirve para que un conjunto de interferencias en blanco y negro se transformen de pronto en una perfecta y nítida imagen digital. Sí, sin duda ése es el ejemplo más ilustrativo de las investigaciones de Katie para un profano como usted; me alegra que lo haya entendido.

—Es realmente sorprendente —murmuró el detective.

El director Brannagh esbozó una sonrisa, una mueca de satisfacción y orgullo. Pisaba su propio terreno y se sentía seguro.

—Es lógico que se sorprenda —dijo con calma—. A cualquier ciudadano de a pie se le pondrían los pelos de punta si pudiera imaginar los grandes avances científicos que se avecinan, sobre todo en los ámbitos del cerebro y de la mente humana.

—¿A qué se refiere?

—La carrera científica por desentrañar los misterios del cerebro humano, incluso por crear y fabricar cerebros artificiales, hace tiempo que comenzó. Supongo que habrá oído hablar de las prótesis de memoria.

—Le confieso que es algo que sólo me sugiere alguna película de ciencia ficción.

—Pues olvídense de Hollywood y piense en algo tan real como un chip diminuto instalado en su cerebro. En el laboratorio Euro Parc de Rank Xerox, un amplio equipo de científicos especializados en distintas áreas, entre ellas la neurología, trabaja desde hace tiempo en la creación de una prótesis artificial de memoria, un diminuto dispositivo de búsqueda en una base de datos inagotable, capaz de accionarse con la misma facilidad con que usted mueve su brazo.

—Ya veo que hay competencia en el sector —dijo con humor Aldous Fowler.

—Mucha más de la que usted pueda imaginar, detective. Le daré otro dato interesante... —hizo una pausa para beber un sorbo de agua, y continuó: —En pocos años, el Instituto del Cerebro Riken de Japón no sólo habrá conseguido entender el cerebro, sino fabricarlo, crear estructuras artificiales capaces de pensar, de razonar o de sentir como usted y como yo.

La idea de que el móvil del crimen de la doctora Hart hubiese sido una cuestión de rivalidad científica pasó por la mente de Aldous Fowler con la velocidad de un relámpago, pero de inmediato cayó en la cuenta de que esa tesis no guardaba relación con el asesinato de los otros científicos, y optó por no distraer su atención con vanas especulaciones.



# EL CLUB GÓTICO

4

Al finalizar el rito semanal en los secretos sótanos del Club Gótico, Walter Stuck se reunió con Benson en su gabinete. En las manos llevaba una pequeña urna de cristal. La estancia estaba decorada con alargadas vidrieras medievales, grandes tapices, brillantes armaduras y una valiosa colección de espadas de los más renombrados caballeros europeos de la Edad Media. En un pequeño recinto anexo al gabinete, separado por un arco de piedra, Walter Stuck había instalado los instrumentos de un antiguo laboratorio alquímico, con su abundante muestrario de crisoles, alambiques, redomas, tubos de ensayo, hornos, infinitos botes de distintos tamaños y color que contenían todas las sustancias, esencias y minerales imaginables, clasificados alfabéticamente en las estanterías de madera que forraban todas las paredes del recinto.

Walter Stuck se acercó a una gigantesca chimenea de mármol situada al fondo de su singular museo de alquimia medieval, cogió la cabeza de bronce de un caballo que sobresalía de uno de los laterales y la giró una vez a la derecha y dos a la izquierda, como si girara la rueda de una enorme caja de caudales. Se apartó a un lado y, al instante, la gigantesca chimenea y el estante de madera que la cubría hasta el techo giraron sobre su eje, desvelando una exposición de pequeñas urnas de cristal. Cada una de ellas guardaba en su interior un cerebro humano, que flotaba en un líquido transparente y viscoso. Sin embargo, en el centro de la cámara había dos estantes con un tipo de urna distinta a las otras, pero igual a la que Walter Stuck portaba en sus manos. Ocho urnas cilíndricas de fino cristal tallado, de las que tres estaban llenas de una sustancia rosada y sanguinolenta, y cinco aún vacías. Walter Stuck hizo un hueco entre las tres primeras y colocó junto a ellas la que él llevaba. Pero, a diferencia de las otras, la urna tenía pegada una etiqueta con una anotación mecanografiada que decía: Cenizas de Kenneth Kogan.

—¿Quién será el siguiente? —preguntó Benson. Walter Stuck accionó la cabeza del caballo hasta que un golpe sordo volvió a cerrar la chimenea. Se volvió hacia Benson y dijo:

—Lars Murliken.

—¿El que firmó el documento fundacional con el seudónimo «Estrella»?

—Exactamente, él debía investigar los orígenes de la vida, y es posible que después de tantos años lo haya conseguido. Lo último que sé de él es que reprodujo en un laboratorio las condiciones climáticas de la Tierra hace miles de millones de años, y consiguió que aparecieran microorganismos celulares capaces de reproducirse.

—La perversa teoría de la evolución.

—Peor que esa patraña de Darwin. Lars Murliken debía demostrar que los humanos, como todas las especies, proceden de las sucesivas mutaciones de una sola célula.

—El Diablo estaba con ellos —aseguró Benson.

—Pero ahora el Diablo los ha abandonado para unirse a nosotros. Prepáralo todo, no quiero que haya ningún error. Lars Murliken vive en Atlantic City, Nueva Jersey.

Walter Stuck se sentó y colocó las piernas sobre la mesa. Tenía en la mano un cortaplumas de marfil y se limpiaba las uñas de los dedos con la paciencia de un restaurador que retira cuidadosamente las capas deterioradas de una obra de arte.

—¿Qué te ha parecido la reacción de los miembros del Consejo? —preguntó a Benson, cambiando de asunto con frivolidad. Más tarde se ocuparían de los detalles de la muerte de Lars Murliken.

—Están un poco nerviosos por no poseer aún la Esencia del Misterio. Pensaban que sería más fácil conseguirla y que no tardarían en apoderarse del mundo —respondió Benson, que permanecía en pie.

—¡Pero me han amenazado sin el menor pudor! —dijo exaltado—. ¡A mí! ¡A su dios! ¡A su creador! —gritó, agitando el cortaplumas en el aire como si esgrimiera una daga.

—Cálmese, señor Stuck. Son poderosos y también se sienten dioses, usted mismo los ha animado a ello, poniéndolos donde están y otorgándoles sus prerrogativas. Nos necesitan de la misma manera que nosotros necesitamos al Consejo. La muerte de Lars Murliken los calmará.

—Si vuelven a amenazarme les cortaré la cabeza como hacían los reyes de la Edad Media con sus detractores. Entonces nadie se atrevía a alzar la mano contra su rey ni contra su dios —insistió, apuntando a Benson con el cortaplumas como si pensara en rebanarle el cuello también a él.

—Nos libraremos de ellos cuando ya no sean de utilidad para los fines del Club Gótico. Será fácil cambiarlos por otros con menos ínfulas de divinidad. Para mí hay un solo dios verdadero, y ése es usted, señor Stuck. Yo me ocuparé de que siga siendo así.

—Gracias, Benson, no sé lo que haría sin ti —dijo Walter Stuck, complacido y más calmado.

—Yo sólo soy un siervo fiel, señor Stuck, no debe usted preocuparse por mí.

Por más que la actitud de Benson pareciera adulatora y servil, lo cierto era que no mentía ni fingía al exteriorizar su devoción hacia quien consideraba su amo, su único y verdadero dueño. Pero, para Benson, Walter Stuck no era un rey; era realmente un ser supremo, un dios, alguien que había vencido a la muerte, alguien que jamás podría morir, alguien que había alcanzado la inmortalidad y el único que podría hacerlo inmortal también a él.

—¿Hiciste lo que te encargué?

—Desde luego. El detective Aldous Fowler sigue con la investigación de la muerte de la señora Hart. De los casos de Paul Drester y John Seik se ocupa una agente especial del FBI venida desde Washington, una tal teniente Taylor.

—Dejemos que se diviertan.

—Tampoco debemos bajar la guardia, los del FBI no son estúpidos.

—¿Siguen los nuestros vigilando sus pasos?

—Pegados a sus talones como su sombra.

—Quiero saber cada cosa que hagan, cada cosa que digan. Ya tendremos tiempo de conocer también cada cosa que piensen.

—El nombre y el teléfono de la chica están aquí —prosiguió Benson, ofreciéndole una nota a su señor.

El rostro impecable de Walter Stuck se contrajo en una sonrisa de satisfacción.

—Ahora, déjame solo. Tengo que ocuparme de un asunto importante.

# LA MISIÓN OURÓBOROS

5

Cuando logró reponerse de su aturdimiento, Beth preguntó:

—¿De manera que puedes entender lo que decimos?

—Perfectamente —respondió Carol, asintiendo con un leve movimiento vertical de su cabeza.

—No insistas, BH, está claro que tenemos a una nueva compañera de juego —dijo Nicholas.

—Espero que no os importe —matizó Carol con expresión dubitativa.

—No, no, claro que no. Al contrario, tu aparición ha sido para mí una sorpresa muy agradable —se apresuró a asegurar Beth, sin estar muy segura de la sinceridad de sus palabras.

—Yo estoy de acuerdo con BH. El juego de los enigmas infinitos será más divertido contigo, Carol —dijo Nicholas.

«Gracias, Nicholas, eres muy considerado», pensó Beth para sí, poniendo cara de boba y con una rara sensación de malestar removiéndose en su estómago. Era como un escozor o un resquemor intenso, algo que nunca antes había sentido.

—¿Te encuentras bien, BH? —preguntó Carol.

—Sí, sí, estoy bien, gracias. Sólo estaba pensando en lo que antes dijiste sobre una intromisión externa en las líneas de comunicación de nuestro Messenger.

—Ah, bueno, algún pirata de la red, algún cracker que quería meter sus sucias narices en asuntos que no le incumben. El problema ya está solucionado, yo misma me he ocupado de ello, no es nada importante —dijo Carol con calma, restando trascendencia al asunto.

—¿Quieres decir que alguien, un desconocido, ha podido estar escuchando lo que NK y yo hemos hablado desde que entramos en el juego de los enigmas infinitos? —insistió Beth.

Carol se quedó pensativa. Luego dijo:

—Sí..., podría decirse así. Pero ahora ya no podrá seguir espiándoos.

Nicholas había permanecido en silencio mientras las dos jóvenes hablaban. Estaba claro que Beth temía una presencia espectral en el juego de los enigmas infinitos, y las explicaciones de Carol así lo confirmaban.

—Vamos, BH, deja de preocuparte de una vez, eso de la intromisión externa en las líneas de comunicación forma parte del juego. ¿Es que aún no te has dado cuenta? Seguramente serán los malos de la historia, los espías que intentarán impedir que cumplamos nuestra misión. Eso pasa en cualquier videojuego, aunque éste no sea comparable a ninguno conocido. Por eso es tan apasionante —dijo.

—NK tiene razón, son los malos de la historia, pero de ellos hablaremos luego.

Ahora quiero mostraros el complejo residencial y la estación espacial de la Escuela Experimental de Jóvenes Astronautas.

—¿Tú nos acompañarás? —quiso saber Nicholas.

—Podéis apostar a que lo haré. Venid conmigo —dijo Carol lanzándoles un guiño fugaz, que a Nicholas le hizo ver mariposas de colores en el aire y a Beth la figura estilizada de una chica virtual ardiendo en el infierno.

La imagen de las pantallas de Nicholas y Beth volvió a cambiar de perspectiva y dio paso a una escena de conjunto del hangar, en la que aparecían tres personajes vestidos con los monos y las gorras azules de la EEJA.

Carol Ramsey comenzó a caminar en dirección a la salida del hangar, y Nicholas y Beth movieron el control de sus joysticks para seguirla. Al salir al exterior comprobaron que el hangar se encontraba situado sobre una plataforma circular, conectado a otros hangares por gruesos tubos transparentes como si formaran la estructura de un átomo.

Estaban de pie en una especie de terraza elevada, y ante ellos se alzaba el formidable complejo de la EEJA, integrado por un conjunto de módulos y edificios de originales formas geométricas entrelazadas que brillaban como insólitos palacios de metacrilato y acero: esferas de múltiples tamaños, poliedros, prismas, pirámides de base pentagonal y cuadrangular, asemejaban una pequeña colonia espacial rodeada por un idílico paraíso de fuentes, lagos y bosques. Distintos y extraños vehículos circulaban por encima de las avenidas como si flotaran en el aire a ras del suelo, y un sinfín de diminutas formas humanas, ataviadas con el mismo atuendo que ellos llevaban, se movían de un lado a otro como hormigas en un hormiguero. Por todos lados, ondeaban banderas con el logotipo de la EEJA.

—¿Qué os parece? —preguntó Carol.

—¡Es fabuloso! —respondió Nicholas.

—Yo lo resumiría como algo increíble —dijo Beth.

—Si miráis al fondo, en el centro, podréis ver los transbordadores espaciales de los últimos años —dijo Carol.

—Y a la derecha están los de los programas rusos: los Sputnik, Vostok, Soyuz y Venera. Son todos impresionantes, NK —continuó Beth, como si realmente los tuviera ante ella.

—¡Mira allí, BH, a la izquierda! Son reproducciones reales de los cohetes enviados por la NASA al espacio desde el comienzo de sus exploraciones del universo. Aquellos más pequeños son de los programas Explorer e Intersat, y los otros son los Apolo y los Voyager, y aquéllos... , aquéllos más altos y rechonchos son los Space Shuttle —relató Nicholas, atropellando sus propias palabras por la emoción que le embargaba. Y es que Nicholas no tardó en olvidar que aquello sólo era un juego.

# EL PRESTIDIGITADOR

5

—¿Ocurre algo, teniente Taylor? —preguntó el detective, al oír la voz de la agente especial del FBI en el auricular de su móvil.

—Preferiría no hablar por teléfono, Aldous. ¿Puede usted pasar por el FBI, ahora?

—Deme veinte minutos, aún estoy en el Centro Grosling.

—De acuerdo, le esperaré aquí.

Antes de despedirse del señor Brannagh, el detective Aldous Fowler le rogó que le preparara un detallado informe sobre los distintos programas de investigación de la doctora Hart, así como una relación lo más completa posible del personal del Centro Grosling que había colaborado con ella en los últimos cinco años. Luego estrechó la mano del director y se marchó.

En el coche, Aldous Fowler puso la radio y elevó el volumen. Largas caravanas de vehículos transitaban por West End Avenue, muy cerca de Riverside Park, con el color amarillento de los taxis de Nueva York dominando sobre el asfalto. Pensó que quizá el tráfico sería más fluido por Broadway Avenue, y se adentró en ella a la altura de la calle Noventa y seis. Varios coches de bomberos lo adelantaron a gran velocidad con un ensordecedor zumbido de sirenas. A veces, se dijo a sí mismo, las calles de la Gran Manzana también se parecían a un gigantesco manicomio, poblado por millones de seres enjaulados entre descomunales edificios de hormigón y acero. Aunque él jamás se marcharía de la ciudad de Nueva York. No había nada en el mundo que pudiera compararse con la majestuosa inmensidad de Manhattan. Decidió seguir a rebufo de los coches de bomberos, y colocó la luz azul de emergencia.

La mano de la teniente Taylor se agitó en el aire tras la cristalera para indicarle a Aldous Fowler que pasara a su despacho. El detective entró en silencio, le hizo un gesto de saludo, como una leve reverencia, y se acomodó en una de las butacas junto a la mesa, en espera de que la agente terminara de hablar por teléfono.

—Lo sé, señor, soy consciente de la importancia de este asunto.

—

...

—No, aún no disponemos de esa información.

—

...

—Por supuesto, lo tendré al tanto de cualquier novedad que se produzca.

—

...

—De acuerdo, entonces... Sabe que me tiene a su disposición. —Adiós, señor.

La teniente Taylor colgó el teléfono y dejó escapar un suspiro de alivio. Aldous

Fowler había estado observándola mientras hablaba. Sentía admiración por aquella mujer y no pudo evitar cierta turbación al encontrarse sentado frente a ella. Era como si los ojos de la teniente Taylor pudieran adivinar sus pensamientos.

—Discúlpeme un momento... —dijo, a la vez que se colocaba unas gafas y hacía algunas anotaciones en su agenda. Luego cerró la agenda, se quitó las gafas y prosiguió—: Gracias por venir, Aldous. Como ha podido oír, las cosas se están complicando. El director del FBI dará una rueda de prensa televisada a todos los estados de la Unión sobre la muerte de los tres científicos asesinados...

—Eso era previsible —dijo Aldous Fowler.

—Pero lo que no era previsible es que quisiera incluir en su información la sustracción de los cerebros de las víctimas. Los políticos temen perder votos de su electorado si la noticia sobre ese macabro proceder del asesino se filtra a la prensa, antes de que ellos hayan informado a la audiencia. Al final he conseguido que, de momento, omita en la rueda de prensa cualquier referencia al robo de los cerebros de los científicos.

—¿Por eso me ha llamado?

—No..., no ha sido por eso. Cuando le llamé, no sabía que el jefe iba a llamarme también a mí.

—Me dijo que se trataba de algo confidencial, algo de lo que no deseaba hablar por teléfono.

—Y lo era, Aldous, era algo muy confidencial. Aunque ahora no estoy muy segura de que siga siéndolo. El jefe no me ha asegurado que no informe de esta noticia de última hora. No quiere perder el control sobre el asunto y su repercusión en la opinión pública. Cosas de los políticos, ya sabe...

—¿Qué ha pasado?

—Otro prestigioso científico ha desaparecido, su nombre es Kenneth Kogan.

—¿Cuándo lo supo?

—Esta misma mañana, un par de horas antes de hablar con usted por teléfono. Kenneth Kogan es uno de los hombres más valiosos de la NASA, a pesar de que en la actualidad sólo colaboraba con la agencia espacial desde su domicilio, en Ithaca.

—¿Y por qué está tan segura de que ha desaparecido?

—Porque no está en su casa y han encontrado a su perro muerto en el jardín con un disparo en la cabeza, la puerta abierta, y todo patas arriba como si hubiese pasado por ella un tornado de los de Florida.

—¿Lo han secuestrado?

—Eso creemos. Según nuestras informaciones, hacía una semana que un coordinador de los programas espaciales de la NASA había intentado establecer contacto con el astrofísico sin conseguirlo. Al principio pensó que Kenneth Kogan se habría puesto enfermo, o que habría salido de viaje sin avisarle. Pero al pasar los días

sin que el profesor contestara a sus muchos correos electrónicos, decidió avisar a la policía para que comprobara si le había ocurrido algo. Lo demás, ya puede imaginárselo.

—¿Teme que también lo hayan asesinado?

—No estoy muy segura de eso. En este caso hay algo distinto a los asesinatos de los otros científicos...

—Los tres cadáveres aparecieron en sus casas, pero en ninguna se encontraron indicios de que el asesino o los asesinos hubiesen buscado algo en ellas.

—Así es, Aldous, aunque también hay en este asunto otras circunstancias comunes a los crímenes anteriores que me producen un gran desconcierto: Kenneth Kogan, como dos de sus colegas asesinados, tiene más de setenta años, era un destacado científico y, lo que es aún más importante, estudió, como el resto, en la Universidad de Cornell, en Ithaca, donde aún vivía hasta hace unos días.

—Es cierto que algo no encaja en todo esto. Aunque parezca cruel decirlo, lo lógico sería que también a él lo hubieran asesinado en su casa, le hubieran sustraído el cerebro y le hubieran marcado a fuego la palabra «Kôt» en la mano.

—Pero eso no lo sabremos hasta que aparezca el cadáver, y confío en que esto no ocurra. De momento, nosotros sólo podemos tratar el asunto como un expediente especial del departamento de desaparecidos. Especialistas del FBI ya están trabajando en el caso, y mantendrán una colaboración directa con nuestro equipo de investigación.

—¿Hay alguna foto reciente del profesor Kenneth Kogan de la que pueda disponer?, me gustaría mostrársela a la asistente de la doctora Hart junto a las de Paul Drester y John Seik, por si pudiera reconocer a alguno de ellos. Parece posible que entre las víctimas haya algún tipo de relación, y me gustaría investigar en esa línea.

La teniente Taylor abrió la carpeta del expediente que tenía ante ella y le extendió una fotografía.

—Hágalo, Aldous, yo tengo previsto viajar mañana a primera hora en helicóptero hasta la Universidad de Cornell, y de paso quiero echarle un vistazo a la casa de Kenneth Kogan; había pensado que usted me acompañara.

—Estaría encantado de ir con usted, teniente Taylor. ¿Estaremos de vuelta antes de las siete? Tengo una cita privada a la que no desearía faltar.

—¿Una amiga?

—Una hermana.

—En su historial de la academia de policía aparece usted como hijo único.

—Es una larga historia.



# EL CLUB GÓTICO

5

Los breves segundos de espera le parecieron a Walter Stuck interminables. Había marcado a través del dispositivo de manos libres el número de teléfono que Benson le acababa de entregar, pero nadie parecía responder al otro lado de la línea. El pitido de la llamada se le hizo tan insoportable como las horribles jaquecas que desde hacía algunos meses sufría con frecuencia. Y ya se disponía a cancelar la llamada cuando una voz femenina respondió al fin, con la respiración alterada:

—¿Sí?

Walter Stuck se tomó su tiempo, antes de hablar.

—¿Susan? ¿Susan Gallagher? —preguntó.

—Sí, sí, soy yo, pero ¿quién es usted?

La hermana del detective Aldous Fowler pronunció cada palabra con la misma sensación de ahogo que sufre una atleta al alcanzar la meta en una intensa carrera.

—Será mejor que respire profundamente antes de que sus pulmones se agoten del todo —le aconsejó Walter Stuck.

—Espero no desmayarme, ahora que he conseguido coger el teléfono a tiempo; acabo de llegar a casa y pensé que no lo lograría —dijo Susan Gallagher sonriendo.

—Debería usted fumar menos.

—Tiene razón, he intentado desintoxicarme varias veces sin éxito, pero... —se interrumpió al darse cuenta de que estaba hablando por teléfono de su vida privada con un desconocido—. Pero aún no me ha dicho quién es usted. ¿Le conozco?

—Mi nombre es Walter Stuck, no sé si habrá oído hablar de mí.

—Cualquier periodista de Nueva York que no conozca el nombre de Walter Stuck debería abandonar la profesión en el acto para dedicarse a otra cosa.

—¿De veras cree lo que dice?

—Hay quienes ya le llaman el caballero andante de la modernidad. ¿Lo sabía?

—Algo había leído sobre ello, pero esa comparación no deja de ser una anécdota. Ni siquiera sé montar a caballo, puede usted creerme.

—¿Por qué me ha llamado, señor Stuck?

—Quería concertar una cita con usted.

—Ya veo que es usted un caballero más atrevido de lo que dice.

—Discúlpeme, quizá no me he expresado correctamente, me refería a una cita profesional, claro está.

—Le había entendido perfectamente, señor Stuck, sólo intentaba ser tan divertida como usted.

—Le aseguro que suelo ser bastante aburrido.

—¿Fuma usted, señor Stuck?

—No, jamás he probado un cigarrillo, pero le prometo que no le impediré fumar cuanto quiera.

—Eso ya es algo.

—¿Acepta hablar conmigo, entonces?

—¿Dígame antes de qué quiere que hablemos?

—De mi vida y del proyecto del Parque Medieval de Nueva York.

—Creía que de eso iba a ocuparse la prensa amarilla. Usted es como un nuevo actor de Hollywood para el público.

—No se burle de mí, Susan.

—Hablo en serio, señor Stuck.

—He recibido cuantiosas ofertas de los más importantes medios de comunicación de Estados Unidos para multitud de entrevistas televisivas, pero no es el dinero lo que me interesa.

—Entonces, ¿por qué me ha elegido a mí?

—Su programa de televisión es bastante serio y tiene una gran audiencia en toda la nación. Además, la cadena a la que usted pertenece está vinculada al periódico *New York Times*, que fue bastante crítico conmigo y con mis proyectos de futuro. Desearía aclarar algunas cuestiones importantes para mí.

—¿Qué quiere a cambio, señor Stuck?

—Sólo que se conozca mi vida y mi proyecto, nada más. Usted sabe que millones de americanos están deseosos de saber quién soy realmente. Usted ganaría audiencia y yo financiación privada para el Parque Medieval de Nueva York. La ciudad nos lo agradecería a ambos.

—¿Dónde nos veríamos?

—¿Qué le parece si la invito a cenar en mi casa? —Suena tentador.

—Puede estar segura de que el lugar no la defraudará. ¿Mañana a las ocho?

—Lo siento, mañana me es imposible. Tengo unas entradas para el partido de los Knicks desde hace meses.

—¿Le gusta el básquet?

—Me apasiona.

—Yo prefiero los torneos y las danzas medievales. Pasado mañana, ¿de acuerdo?

—Déjeme consultarlo con la almohada.

—Espero que su almohada no se equivoque al aconsejarla.

—Y yo que tenga felices sueños, señor Stuck.

# LA MISIÓN OURÓBOROS

6

La sala en la que entraron era pequeña, pero sorprendente. Carol Ramsey los condujo hasta el fondo, donde un hermoso mosaico ocupaba gran parte de la pared. Nicholas y Beth acercaron sus personajes virtuales hasta situarlos ante aquel conglomerado de diminutas piezas de cerámica en color, que parecía sacado de algún templo bizantino. Beth supuso que se enfrentaban a un enigma y comenzó a observar el mosaico con verdadera curiosidad. Por su parte, Nicholas no apartaba los ojos de la mujer situada de pie en el centro del mosaico, que sostenía una voluminosa esfera azul entre las manos. No le cupo duda de que esa gran esfera representaba el universo, pero lo que ya no tenía tan claro era qué podían representar las otras dos damas que la acompañaban. Llegó a creer que una de ellas, la que portaba un matraz en su mano izquierda, lo miraba directamente a los ojos y estaba a punto de hablarle.



—¿Se trata de un nuevo enigma? —preguntó Beth impaciente.

—No, BH. Al menos, no de un enigma de cuya solución debáis ocuparos vosotros. Pero, ya que lo dices, me gustaría saber qué os sugiere este mosaico, qué pasa por vuestra imaginación al contemplarlo, y de qué manera lo interpretáis vosotros —dijo Carol, parpadeando con un candor que a Nicholas le hacía quedarse como hipnotizado.

—Yo creo que se trata de tres divinidades profanas, inspiradas en la época de la

Grecia clásica —dijo Beth, adelantándose esta vez a Nicholas—. Las diademas y las túnicas así lo reflejan...

—La diosa del centro sostiene el universo, y la de la derecha un matraz, pero no tengo ni la menor idea de lo que pueden simbolizar. Esto parece cada vez más complicado —murmuró Nicholas.

—Desvelar enigmas es complicado, NK. Pero aún hay más elementos en el mosaico que podéis destacar —dijo Carol Ramsey.

—¿Qué tiene en la mano la dama de la izquierda? La de las flores en el pelo y un medallón en el pecho.

—Buena pregunta, BH. ¿Qué crees tú?

Beth pensó un instante.

—No lo sé. Es demasiado pequeño para apreciarlo.

—Un momento, la diosa de la derecha sostiene una rama de olivo en su mano como un símbolo de paz, ¿no es cierto, Carol? —soltó Nicholas de un modo inesperado.

—¡Muy bien, NK! Eso era interesante decirlo.

Beth pareció animarse.

—Y a los pies de la diosa de la izquierda hay una calavera junto a una estrella de cinco puntas. La calavera representa la muerte, pero no sé qué puede significar la estrella de cinco puntas. Y a la derecha creo que hay una rueda..., y un bote con un líquido azul —añadió.

—Sí, ahora habéis analizado con detalle el contenido del enigma.

La imagen del mosaico cubrió completamente las pantallas de sus ordenadores como si se tratara de un fondo de escritorio de Windows.

Nicholas hizo una relación mental de los distintos objetos visibles en el mosaico: una esfera azul que parecía representar el universo, un matraz, una rama de olivo, una calavera, una estrella de cinco puntas, una especie de rueda de madera y un bote cerrado con un líquido azul. Pero algo le faltaba.

—Aún no nos has dicho qué tiene la diosa de la izquierda en su mano.

Carol tardó unos segundos en responder a esa pregunta, pero al cabo dijo:

—La Esencia del Misterio, NK.

—¿La Esencia del Misterio está ahí? —inquirió Nicholas.

—No como una realidad material, pero sí de una manera simbólica.

—Pero ¿qué es, Carol? ¿Qué es la Esencia del Misterio? No podemos distinguirla desde aquí —insistió Beth.

—Lo sabréis cuando logréis encontrarla, no es posible lo uno sin lo otro.

—Entonces, ¿qué significa exactamente ese mosaico? —preguntó Nicholas.

En sus pantallas volvieron a ver la sala en la que sus personajes virtuales estaban junto a Carol Ramsey, frente al mosaico.

—Ese mosaico de cerámica fue creado por un miembro de la Fundación Universo para celebrar y recordar la unión de sus nueve jóvenes fundadores, y fue donado anónimamente en el año 1945 a la Universidad de Cornell, para que lo colocaran en el hall del rectorado como símbolo de la sabiduría a la que todos los estudiantes debían aspirar. Pero además posee un significado secreto, que sólo los miembros de la Fundación Universo son capaces de comprender...

—El universo, la ciencia, la paz, la muerte... ¿Es eso lo que quieres decir? —se atrevió a especular Beth Hampton.

—Todo eso y más, BH, pero debidamente enlazado para que cobre su verdadero sentido.

—No te entiendo —dijo Nicholas.

—Las tres jóvenes divinidades simbolizan al ser humano, su belleza, enmarcada por la naturaleza de los árboles que crecen a ambos lados. La esfera azul que sostiene la diosa del centro no es otra cosa que el universo, el Todo, finalmente comprendido. Lo infinito hecho finito. La diosa de la izquierda guarda en su mano la Esencia del Misterio y la ofrece a la ciencia, representada por la diosa de la derecha que sostiene el matraz como símbolo de la transformación química de la materia. Pero junto al matraz de la ciencia está la rama del olivo, mano con mano, para alcanzar la paz de la humanidad. No hay desarrollo humano sin una paz universal. Y a los pies de las divinidades, la vida y la muerte. La vida simbolizada en su principio, en un recipiente que contiene el agua azul de los océanos. Y la calavera como representación del fin, de la muerte. A un lado, una rueda primitiva y al otro, una estrella: de la prehistoria a la era de la conquista del espacio. En el año 1950 la Esencia del Misterio estaba en poder de un joven prodigio de las ciencias, Kenneth Kogan...

Nicholas no quería perder detalle de esa historia, leyenda o lo que fuese.

—¿Te refieres al profesor Kenneth Kogan, el creador de la EEJA y de este juego?

—Sí, NK.

—¿Y de quién recibió la Esencia del Misterio el profesor Kenneth Kogan? —quiso saber Beth.

—De manos del mismísimo Albert Einstein, unos años antes de su muerte en 1955. Entonces el profesor Kenneth Kogan tenía veintidós años y estudiaba astronomía en la Universidad de Cornell. Hacía poco que la historia de la humanidad había vivido su mayor tragedia: la Segunda Guerra Mundial, y el mundo se había dividido en dos bloques antagónicos que se amenazaban uno a otro con el terrible monstruo creado por la ciencia.

—La bomba atómica —dijo Nicholas, como si hablara para sí mismo.

—Sí, NK, la bomba nuclear creada por un grupo de científicos que podía destruir completamente a la humanidad, como sucedió con las ciudades de Hiroshima y Nagasaki en el año 1945. Para conmemorar ese trágico desastre de la ciencia y evitar

que volviera a repetirse, el profesor Kenneth Kogan, junto con otros ocho jóvenes que estudiaban en Cornell, creó la Fundación Universo, cuyos principios firmaron todos sus miembros bajo seudónimo en diciembre del año 1953, dos años antes de la muerte de Einstein. Los principales objetivos de la Fundación Universo eran impulsar una ciencia al servicio del ser humano y buscar las respuestas definitivas a los grandes enigmas del universo. Fue el comienzo de una nueva era, que quedó simbolizado en ese mosaico.

—¿Ese mosaico existe realmente? —quiso saber Nicholas.

—Sí, en la universidad de Cornell, en Ithaca.

—¿Y qué seudónimos tenían los miembros de la Fundación Universo? —preguntó Beth.

El personaje virtual de Carol Ramsey se puso en pie, y enumeró:

—Luz..., Rosa..., Cielo..., Vida..., Piedra..., Gótico..., Luna..., Arte... y Estrella.

# EL PRESTIDIGITADOR

6

Las hélices del helicóptero del FBI batían el aire lanzando torbellinos invisibles a su alrededor. Ni una sola nube flotaba en el cielo. El sol aún estaba bajo y sus rayos derramaban una pátina de luz dorada sobre los rascacielos de Manhattan.

—¡Póngase esto! —gritó la teniente Taylor, ofreciéndole a Aldous Fowler un chaleco con paracaídas tan pronto subió al helicóptero.

El estruendo de los motores era ensordecedor.

—¿Está usted segura de saber manejar este trasto? —gritó el detective Fowler, algo aturdido al ver a la agente especial sentada en el puesto de piloto del helicóptero.

—He pilotado estos aparatos desde que tenía catorce años —dijo en voz alta—; mi padre era propietario de una flota de helicópteros sanitarios en el estado de Cleveland. Él quería que yo estudiara cirugía médica, pero pronto comprendió que tenía una hija demasiado rebelde para que atendiera a sus caprichos. Como ve, acabé haciéndome policía —explicó la teniente Taylor, mientras Aldous Fowler se acomodaba en el asiento de copiloto y se abrochaba los cinturones de seguridad.

—¡Ahora puedo oírla mejor! —exclamó el detective Fowler al colocarse el casco con los auriculares.

—Es como hablar metidos en una vieja lata, pero menos es nada. ¿Conoce usted la ciudad de Nueva York desde el aire?

—No. Si he de serle franco, no es algo que me fascine; prefiero ser respetuoso con la fuerza de la gravedad, en lugar de desafiarla.

—Pues entonces agárrese y comience a rezar, si es que sabe alguna plegaria —dijo la teniente Taylor, sonriendo—. Daremos una vuelta sobre las míticas cimas de Nueva York, antes de volar rumbo a Ithaca.

Aldous Fowler sintió cómo el estómago se le pegaba a los pulmones, obligándole a respirar con dificultad. En pocos segundos el helipuerto del FBI quedó reducido a una diminuta circunferencia blanca perdida en el fondo de un abismo, mientras el esquelético y grotesco coleóptero mecánico se elevaba por encima de una horda de colosos y titanes, que parecían querer devorarlo antes de que escapara de sus garras.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó la teniente Taylor.

—Mejor de lo que esperaba —respondió Aldous, sin ser consciente de la espantosa palidez de su cara.

—Si tiene necesidad de vomitar, puede hacerlo en una bolsa; están ahí, en esa guantera.

—Espero no tener que usarla —dijo el detective Fowler, conteniendo su angustia.

—Saldremos a la bahía sobrevolando el puente de Brooklyn, después viraré hacia la derecha hasta adentrarnos en el mar. Desde allí tomaremos de nuevo rumbo a

Nueva York para cruzar Manhattan de sur a norte, siguiendo su espina dorsal hasta Harlem. Le aseguro que es un espectáculo grandioso.

Al poco, la sombra del helicóptero se reflejaba en el agua de la desembocadura del río Hudson. Desde las alturas, el puente de Brooklyn no era más que un armazón gris colgado de gruesos cables de acero, por el que circulaban largas hileras de coches reducidos a una legión de disciplinadas hormigas.

El helicóptero giró varias veces en espiral y en segundos se situó sobre la bahía. Y allí, ante los impresionados ojos del detective Aldous Fowler, la majestuosa inmensidad de Manhattan, surgiendo del mar como una monumental colonia de cristales de cuarzo: centenares de colosos desafiando al cielo en una línea infinita de torres, cúpulas y cimas puntiagudas como lanzas.

—Es increíble que ya no estén ahí —dijo Aldous Fowler.

—Sí, es tan increíble como absurdo —añadió la agente especial del FBI.

Ninguno de ellos dijo a qué se referían exactamente, pero ambos sabían que en aquella mágica línea del cielo de Nueva York había un espacio vacío, un insondable agujero de horror y tinieblas que ninguna construcción humana volvería a cubrir.

Un leve balanceo precedió al vuelo del helicóptero, que no tardó en adentrarse en Manhattan, sobre los rascacielos del Distrito Financiero. Durante algún tiempo permanecieron en silencio, hasta que Aldous Fowler fue señalando con su mano cada uno de los barrios que sobrevolaban, con la misma expresión de asombro que un niño al contemplar una gigantesca maqueta de la Gran Manzana: los alrededores del City Hall, el Woolworth Building, el antiguo barrio judío, Little Italy, Chinatown, SoHo y TriBeCa, Washington Square, Greewich Village, el Empire State, Times Square, el Rockefeller Center, Central Park...

—¿De dónde proviene su familia, Aldous? —preguntó la teniente Taylor, después de sobrevolar Harlem y emprender rumbo a la Universidad de Cornell.

—De Sheffield, Inglaterra, mi padre siempre decía que un Fowler de sangre noble acompañó al duque de York cuando éste le arrebató Nueva Amsterdam a los holandeses, allá por el año mil seiscientos y pico.

—¡Nunca hubiera imaginado que corre sangre heroica por sus venas!

—No lo crea, teniente, y tampoco dé mucho crédito a las fantasías de mi padre, le encantaba inventar historias.

—¿Era escritor?

—Periodista, llegó a fundar un periódico de mala muerte en una pequeña ciudad del estado de Michigan, en la región de los Grandes Lagos. Yo nací allí.

—¿Allí nació también su hermana, la que ocultó al inscribirse en la academia de policía?

—Pensaba que se habría olvidado de ese asunto.

—¿No quiere hablar de ello?



—No es una historia divertida, créame. Preferiría que preparáramos nuestra entrevista con el rector de la Universidad de Cornell.

—Lamento haberlo puesto en un aprieto; no era ésa mi intención, se lo aseguro. No podía imaginar que se trataba de algo que no deseaba recordar.

Aldous Fowler se mantuvo en silencio, mordiéndose el labio. Desde que era apenas un niño solía mordisquearse el labio inferior con los colmillos cuando se sentía inquieto o entristecido. Pero en ese instante no habría sabido decir qué era exactamente lo que le provocaba esa especie de tic nervioso; en ese momento estaba tranquilo y se sentía feliz.

Intentando pensar en otra cosa se abrió un bolsillo de la cazadora y sacó un papel doblado.

—¿Qué es eso? —preguntó la teniente Taylor con curiosidad.

—Ayer no conseguía dormir y realicé un cuadro comparativo con cada una de las circunstancias más destacadas de los crímenes del Prestidigitador.

—¿Tampoco usted consigue desconectar cuando se acuesta?

—Bueno..., creo que el insomnio es un buen aliado para cualquier investigador.

—Pero acaba siendo agotador. Sé lo que digo... Déjeme echarle un vistazo a ese cuadro comparativo.

La teniente Taylor cogió la hoja de papel, sin distraer su atención sobre las condiciones atmosféricas y el rumbo del vuelo. Habían cruzado algunas corrientes térmicas que sacudieron el helicóptero de un lado a otro, como si los manotazos invisibles del viento quisieran derribarlo, pero su trayectoria había vuelto a ser estable, sin vaivenes ni sobresaltos. Le dio una rápida ojeada y se la devolvió al detective.

Víctima	Científico	Edad	Lugar	Universidad	Cerebro	Kôt	Registro
Paul Drester	Biólogo	72 años	Pensilvania	Cornell	Sí	Sí	No
John Seik	Físico	70 años	Massachusetts	Cornell	Sí	Sí	No
Katie Hart	Neuróloga	<del>50 años</del>	Nueva York	Cornell	Sí	Sí	No
Kenneth Kogan	Astrónomo	74 años	Ithaca	Cornell	<del>?</del>	<del>?</del>	<del>Sí</del>

—¿Qué significan las casillas tachadas, Aldous?

—Los datos que no encajan con los asesinatos y la desaparición de Kenneth Kogan. Todos son notables investigadores especializados en distintas ramas de la

ciencia y todos fueron alumnos destacados en la Universidad de Cornell. Tres de ellos son varones con más de setenta años. Sin embargo, sólo hay una mujer, la doctora Hart, cuya edad se sitúa veinte años por debajo de la media.

—¿Y eso le extraña?

—Se escapa de la norma.

—¿Ha encontrado algún motivo que explique esa excepción?

—Aún no. Lo que sí me parece claro es que Paul Drester, John Seik y Kenneth Kogan pudieron estudiar juntos en la Universidad de Cornell, pero quien no pudo coincidir con ellos de ninguna manera es la doctora Hart; en ese tiempo aún no había nacido.

—O no era más que un bebé —apostilló la teniente Taylor—. ¿Conclusión?

—Que no se trata de ningún ajuste de cuentas entre un grupo de universitarios jubilados y aficionados a la ciencia.

—No es mucho, aunque no está mal como punto de partida. ¿Qué me dice de las otras tres casillas tachadas de su cuadro? Los dos signos de interrogación en las casillas «Cerebro» y «Kôt» referidas a Kenneth Kogan, y el sí que ha situado en el registro... de su casa, supongo.

—¿Puede acordarse usted de todo el cuadro con sólo echarle un vistazo? —preguntó Aldous Fowler con ingenuidad.

—¿Por qué cree que me han asignado la investigación de este asunto... ? ¿Porque soy una mujer?

—No quise decir eso...

—Olvídelo, es inútil que intente justificarse —dijo la teniente Taylor, sacudiendo el aire con su mano—. Además, será mejor que no lo haga, podría empeorar la situación. He soportado ese tipo de cosas demasiadas veces. ¿Por dónde íbamos?

—Por las casillas tachadas.

—Ésas son las únicas en las que yo me he fijado, las otras las daba por sabidas. ¿Lo entiende ahora? No es sólo una cuestión de memoria.

Aldous Fowler tuvo la ridícula sensación de que la teniente Taylor jugaba con él, para dejar bien claro desde el principio quién dirigía la investigación policial. Pero eso era algo respecto a lo que el detective Fowler no albergaba ninguna duda.

—Iba a explicarle que si el cadáver de Kenneth Kogan no ha aparecido es porque aún está vivo... —dijo Aldous Fowler aturrullado.

—¡Vaya, eso suena interesante! ¿Y por qué piensa que Kenneth Kogan está vivo?

—Porque el Prestidigitador no encontró en su casa lo que buscaba...

La teniente Taylor lo volvió a interrumpir.

—¿Y qué buscaba, Aldous?

—Si lo supiera, sería yo quien dirigiría esta investigación, ¿no le parece?

—Y yo misma dimitiría en este instante, puede creerme. Sólo intentaba avivar su

imaginación, provocarla, es un método muy útil para explicar lo inexplicable.

—Aunque no sepamos lo que el Prestidigitador buscaba, al menos sabemos que buscaba algo, y que ese algo no lo tenían ni Paul Drester, ni John Seik, ni la doctora Hart...

—¿Está seguro de eso?

—Si alguno de ellos hubiese tenido ese algo, el Prestidigitador habría removido sus casas, como hizo con la de Kenneth Kogan.

—¿Y?

—Que Kenneth Kogan puede ser para el Prestidigitador más importante que sus colegas asesinados. Por eso lo mantendrá con vida hasta que encuentre lo que busca.

—Lo que significa que nosotros debemos encontrarlo antes a él, si queremos que Kenneth Kogan siga vivo. ¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo —dijo Aldous Fowler, guardándose para él otras conclusiones.

—A propósito: ¿qué tal ayer su reunión con el director del Centro Grosling? Después de conocer la noticia de la desaparición de Kenneth Kogan y de mi conversación telefónica con el jefe, olvidé preguntarle sobre ella —dijo la teniente Taylor.

—No conseguí averiguar mucho más de lo que ya sabíamos, aunque me proporcionó algunos detalles sobre la vida privada de la doctora Hart que pueden ser interesantes.

—Confío en que eso sí le apetezca contármelo.

—El señor Brannagh, el director del Centro Grosling, estaba enamorado de la doctora desde que ambos eran estudiantes en Cornell, aunque nunca se lo confesó. Me aseguró que en la vida de la doctora Hart no había lugar para otra cosa que no fueran sus investigaciones científicas.

—Conozco bien a ese tipo de mujer.

—Lo que no supo decirme con certeza, o no quiso decirme, no estoy muy seguro de ello, es si entre el señor Grosling y su protegida hubo alguna relación amorosa.

—¿Y qué opina usted?

—Yo tampoco sabría decirlo, aunque me parece bastante raro que un hombre como el señor Grosling dejara escapar la oportunidad de tener una idílica aventura con su alumna preferida.

—¿Qué le hace pensar eso?

—La doctora Katie Hart no era sólo una estudiante destacada del resto de sus compañeros de universidad; también debía de ser una joven muy atractiva.

—El irresistible encanto de la belleza.

—Algo así. Es posible que sólo se trate de una suposición infundada, pero creo que Adam Grosling puso su centro de investigación neurológica en manos de la doctora Hart a cambio de algo, no sabría decirlo.

—¿De que siguiera siendo su amante?

—Tal vez. El señor Brannagh me comentó que después de que Adam Grosling sufriera el accidente que lo dejó postrado en una cama, la doctora Hart sufrió una profunda depresión que estuvo a punto de acabar con su carrera científica.

—Algo lógico, si se considera que estaban muy unidos.

—Pero algo excesivo si su vínculo no pasaba de ser una estrecha y antigua relación amistosa y profesional. La ciencia era la única ambición de la doctora Hart, según me informó el señor Brannagh, y no estaba dispuesta a sacrificarla por nada ni por nadie.

—¿Y qué averiguó de sus investigaciones sobre el cerebro humano?

—Poca cosa más, la doctora Hart estaba perfeccionando una revolucionaria tecnología capaz de descodificar y transformar en imágenes reales los pensamientos o los recuerdos de cualquier persona.

—¡La era de la ciencia ficción ha llegado!

—En asuntos de avances científicos parece que existen muchos más logros de los que los propios científicos nos dicen y admiten. Me pregunto cómo será este mundo dentro de cien, de quinientos, de mil años...

—¿Quién puede saberlo?

—Ellos, ellos lo saben.

—¿Los científicos?

—Quién, si no.

—Por eso alguien desea apoderarse de sus cerebros, ¿es eso lo que quiere decir?

—¿Y por qué no? ¿Qué otra explicación pueden tener estos crímenes? Sólo un científico loco, un genio diabólico que disponga de un... cómo decirlo, de una tecnología inimaginable para la medicina forense, podría extraer sus cerebros sin abrirles la cabeza ni usar el viejo método de los egipcios en la momificación de cadáveres.

—Un malvado de cómic.

—Un malvado Prestidigitador de la mente capaz de hacer desaparecer un cerebro del cráneo de un ser humano sin dejar el menor rastro.

—Eso nos conduciría de nuevo al Centro Grosling o a la propia doctora Hart y sus hallazgos científicos.

—Pero ella ha sido una víctima más, no el verdugo.

—¿Algún colaborador cercano?

—El señor Brannagh me aseguró que en el mundo de las ciencias, y en especial en las de la mente, hay una especie de olimpiada silenciosa en la que todos luchan por conseguir la medalla de oro: el Nobel.

—Quizá no sea muy descabellada su teoría. ¿Sabía que ninguna universidad en el mundo ha conseguido tantos premios Nobel como la de Cornell? Es un verdadero

nido de genios.

—Pues parece evidente que entre genios anda el asesino.

—¿Recuerda el dibujo anónimo que recibió por correo, Aldous? —preguntó la teniente Taylor, como si hubiera tenido una ocurrencia inesperada.

—Sí, era un ratón en la entrada de un laberinto con un queso en el centro, le he dado muchas vueltas a ese dibujo.

—Pues creo que nosotros somos ese ratón y que el queso es el asesino, pero para llegar a él aún debemos recorrer un intrincado laberinto.

—Ese dibujo pudo haberlo hecho cualquiera. Ya sabe que en estos casos siempre hay algún desaprensivo que da rienda suelta a su imaginación para burlarse de la policía.

—Es posible, pero el que ideó ese dibujo tenía claro que recorrer el laberinto es el único camino posible para poder comerse el queso.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Que la Universidad de Cornell puede ser la entrada a ese misterioso laberinto.

# EL CLUB GÓTICO

6

La dulce voz de Susan Gallagher, grabada en el contestador automático de su lujoso apartamento de la Quinta Avenida, frente a Central Park, le anunció a Walter Stuck que no estaba en casa. Eran las nueve de la mañana, y Walter Stuck estaba impaciente por conocer la respuesta de la encantadora periodista a su invitación de la noche anterior. Colgó el teléfono con un gesto de resignación. Suponía que Susan Gallagher aceptaría ser su invitada, pero su aura de mujer dura y audaz en la elección de los personajes que entrevistaba en su programa la noche de los sábados en la NBC, le hacía temer que no viera en él a una personalidad con la suficiente relevancia política, económica o cultural para merecer su atención. Según el informe que Benson le había preparado, Susan Gallagher había puesto en más de un apuro a conocidos líderes internacionales, mitos bañados en oro líquido y personajes famosos que habían comparecido en su programa, muy codiciado, además, por todos aquellos que, como él, querían convertirse sin demasiados méritos en fugaces estrellas de la historia de la humanidad. Pero ¿sabía Susan Gallagher quién era él realmente y el poder que tendría sobre el mundo dentro de muy poco tiempo?

Marcó el número de los estudios de televisión y varias operadoras y secretarias le rogaron que no colgara. Walter Stuck no estaba acostumbrado a esperar, pero en esa ocasión no le importó. A] cabo de unos minutos una voz femenina, que tenía el tono abandonado y cándido de una aspirante a actriz, le pidió que le dejara su número de teléfono, asegurándole que Susan Gallagher le llamaría tan pronto terminara una reunión con el equipo de dirección de su programa. Al oír eso, Walter Stuck se sintió aliviado.

Benson entró en el gabinete acompañado de una camarera uniformada y tocada con una cofia blanca, que llevaba una gran bandeja de plata en sus manos. La camarera, una mujer asiática de piel muy blanca, delgada, de rostro aniñado y pequeña estatura, se acercó a la mesa de juntas situada a un lado de la estancia y depositó la bandeja en el centro. Luego se marchó y cerró la puerta del gabinete.

Los dos hombres se sentaron a la mesa y Benson sirvió el café y el zumo de naranja. Luego cogió una pasta y dijo:

—Su agenda para hoy es intensa. A las once tiene una cita en el ayuntamiento con el departamento municipal de urbanismo. Los arquitectos del proyecto también asistirán. Hay algún problema con parte de los terrenos situados al oeste del parque, junto al río. Nada importante, creo, pero la comisión encargada de supervisar el proyecto quiere que se presenten nuevos planos de las aldeas y los castillos situados en esa zona.

Walter Stuck oía la voz de Benson, pero no le escuchaba. Su mente estaba en otra

parte, intentando entrar sin ser vista en un despacho de la cadena de televisión NBC en Manhattan.

—A la una —prosiguió Benson—, almorzará usted con el hermano Wilson. Por fin ha conseguido el contacto que esperábamos y desea comentarle algunos detalles delicados de esa reunión.

Ésa era una buena noticia, sin duda, pero no la que Walter Stuck esperaba.

—¿Asistirá también el hermano Jack, como estaba previsto?

—No, ha llamado hace un rato diciendo que le será imposible asistir a la cita.

El timbre del teléfono hizo que Benson se callara y que Walter Stuck diera un salto acrobático desde la butaca hasta su mesa de despacho. Se atusó el pelo, respiró con calma y pulsó el botón de manos libres.

—¿Walter? —preguntó Susan Gallagher.

—¡Oh, Susan, es usted! —fingió sorprenderse.

—Siento no haber podido atender su llamada.

—Lo entiendo, no tiene por qué excusarse. ¿Escuchó anoche los buenos consejos de su almohada?

—Mi almohada me recomendó que no aceptara la cita...

—Entonces debería cambiarla por otra más sensata —dijo Walter Stuck, intuyendo que había provocado una sonrisa en la encantadora e inteligente Susan Gallagher.

—Duermo muy cómoda con ella, es de plumas de ganso.

Walter Stuck frunció el entrecejo. ¿Susan Gallagher hablaba en serio o bromeaba?, se preguntó.

—¿Qué fue lo que le dijo exactamente?

—Que era usted un seductor irresistible.

—Dígale a su almohada que, además de insensata, es un poco embustera. Ella ni siquiera me conoce.

—En eso se equivoca, Walter. Anoche vio conmigo un vídeo con la grabación completa de la presentación de su proyecto del Parque Medieval de Nueva York.

—¿Lo tenía en su casa?

—Pedí a un buen colaborador del programa que me lo trajera de la NBC. Quería disponer de algunos datos antes de consultar con mi almohada.

—¿Algo no le gustó?

—Es usted demasiado escurridizo para una entrevista. En esa rueda de prensa no contestó a ninguna de las preguntas que le hicieron sobre su vida privada.

—Estaba reservando las respuestas para usted.

—No sea adulator.

—Le hablo en serio, puede estar usted segura de que no se arrepentirá de hablar conmigo.

Susan Gallagher se mostró desdeñosa.

—Eso no es algo que me preocupe, señor Stuck. La decisión no la he tomado yo, sino el equipo de dirección del programa. Ellos serán los responsables si algo sale mal, yo me he limitado a transmitirles su propuesta.

—¿Significa eso que acepta cenar conmigo mañana?

—Espero que haya algún cenicero sobre la mesa, señor Stuck.

—Enviaré a alguien a recogerla a las siete, ¿le parece bien?

—Me parece estupendo, pero no podrá recogerme si no me pregunta dónde vivo.

—¡Oh, sí, claro! —dijo Walter Stuck como si no hubiese caído en ese detalle. Pero él sabía muchas cosas sobre la vida de Susan Gallagher, mucho más de lo que ella jamás hubiese podido imaginar.

—Le estaré esperando en la escalinata del Metropolitan Museum. Así no podrá perderse.

Walter Stuck desconectó la comunicación telefónica y se sintió perversamente dichoso. Sus planes seguían adelante.

—Aún hay otro asunto que quería comentarle —dijo Benson, temiendo que la expresión de dicha de su señor se transformara en una tormenta atronadora cuando oyera lo que tenía que decirle.

—¿De qué se trata, Benson?

—Nuestros crackers han perdido el control de las conversaciones entre los dos jóvenes de la EEJA.

—No importa. Ya nos ocuparemos de esos mocosos más tarde.



# LA MISIÓN OURÓBOROS

7

A Beth Hampton se le cayó la cuchara de la mano mientras le daba de comer a su hermana Bo. Cuando oyó la voz del director del FBI dando la noticia en televisión de la reciente desaparición del profesor Kenneth Kogan y de los horribles asesinatos de tres científicos, entre ellos una prestigiosa doctora del Centro de Investigación Neurológica Grosling, creyó estar viendo un espejismo, causado por las muchas horas que había pasado frente a la pantalla de su ordenador, concentrada en el juego virtual de los enigmas infinitos. Pero las palabras del director del FBI eran lo bastante dramáticas y elocuentes para no tomárselas en serio. Además, la fotografía del profesor Kenneth Kogan que mostraba la televisión durante la rueda de prensa era la del hombre virtual que ella había visto en la pantalla de su ordenador.

Beth temblaba de los pies a la cabeza. Pero su horror no conoció límites cuando oyó al director del FBI hablar de la sustracción de los cerebros de los científicos asesinados y de la palabra «Kôt» marcada en sus manos por los asesinos. Entonces sintió que su mente se bloqueaba, que era incapaz de pensar o razonar. «¡El juego de los enigmas infinitos no era sólo un juego virtual!» «¡Era una trampa!», logró decirse a sí misma después de un largo silencio interior. Pensó que en realidad, el juego de la EEJA sólo había sido una manera de utilizarlos a Nicholas y a ella para que buscaran lo mismo que deseaban poseer los asesinos de los científicos. Por eso los habrían matado y habrían secuestrado al profesor Kenneth Kogan. Al final, ella estaba en lo cierto. Siempre sospechó que había algo extraño en aquel juego, algo que ella no sabía explicar entonces, pero que no le gustaba nada. Se lo había dicho a Nicholas muchas veces. Pero tampoco podía haber imaginado nunca que se tratara de un asunto tan horrible y peligroso. Ahora podía comprenderlo todo: el anónimo correo electrónico, la fórmula, las claves para entrar en el juego, las palabras del profesor Kenneth Kogan y su discurso sobre la Esencia del Misterio y la Misión Ouróboros, el complejo de la EEJA, la aparición de Carol Ramsey. ¡Las escuchas de sus videoconferencias con Nicholas!, gritó Beth en el interior de su mente, provocando un revuelo entre sus pensamientos. ¿Y si los asesinos sabían que ellos habían entrado en el juego? ¿Y si sabían sus nombres, su dirección, el colegio en que estudiaban, sus horarios, sus costumbres? ¿Y si también ellos estaban en peligro? El propio profesor Kenneth Kogan lo advirtió cuando les habló, ella lo recordaba perfectamente, y aún podía oír su voz como si volviese a repetirlo.

—Termina tú sola, Bo, tengo que hacer una llamada urgente.

—¿Qué te pasa, Beth, por qué estas tan asustada?

—No estoy asustada, Bo, no te preocupes. Es sólo que tengo que llamar a Nicholas cuanto antes —dijo Beth mientras buscaba su teléfono móvil por la cocina.

—¿Va a venir Nicholas a casa?

—Es posible, Bo, ya le dije que estabas enferma. Ahora termina de comer y luego te pondré tus dibujos preferidos, ¿de acuerdo?

—¿*El valle encantado*?

—Sí, Bo, *El valle encantado* —repitió al tiempo que marcaba en su móvil el número de Nicholas.

Miró su reloj y comprobó que era la una del mediodía. A esas horas Nicholas debía de estar aún en clase de historia, y seguramente no podría responderle. Colgó el teléfono y comenzó a moverse de un lado a otro de la cocina, seguida por la curiosa mirada de Bo. De pronto sintió una sensación de pánico y corrió a la puerta para echar los cerrojos de seguridad. Luego se dirigió al salón y miró disimuladamente por la ventana. Todo estaba igual que siempre: coches aparcados en las aceras, gente caminando por la calle, escaparates, anuncios publicitarios, semáforos..., pero nadie apoyado en una farola que mirara fijamente hacia su ventana. Regresó a la cocina con Bo, preguntándose qué podía hacer ahora.

—¡Qué sorpresa, Beth!

—¿Estás en clase?

—Sí, pero he visto tu llamada y he pedido permiso a la señora Hesse para salir. ¿Dónde estás tú?

—Sigo en casa, cuidando a Bo. Mi madre no regresará hasta las tres.

Nicholas notó que algo le pasaba a su amiga.

—¿Ocurre algo?

—Me temo que sí, Nicholas —dijo Beth, rompiendo a llorar.

—Vamos, Beth, ¿qué te pasa..., por qué lloras? ¿Le ha sucedido algo a Bo?

Beth se enjugó las lágrimas y salió de la cocina. No quería que Bo oyera nada de lo que hablaban.

—Es la Misión Ouróboros, Nicholas. No se trata de ningún juego virtual. ¡Es una trampa...!

—¿Una trampa? ¿Cómo puedes decir eso? Tú misma lo has comprobado muchas veces. No es más que un juego en internet...

—Te equivocas, Nicholas. Lo he visto hace un momento en televisión... al profesor Kenneth Kogan lo han secuestrado...

Nicholas sintió que las piernas se le ablandaban como un chicle bajo el sol.

—¿Cómo?

—Lo acaba de decir el director del FBI en una rueda de prensa. Pero lo más grave es que también han asesinado a tres científicos...

—¡Qué me dices! —exclamó Nicholas, aterrado por lo que Beth le contaba.

—Es horrible, Nicholas. Les han quitado el cerebro y han marcado a fuego sus manos con una palabra que ahora no recuerdo, pero que sonaba a algo diabólico.

¿Qué vamos a hacer, Nicholas?

—Bueno, tranquilízate, Beth. No es seguro que esos crímenes tengan algo que ver con el juego de los enigmas infinitos ni con la EEJA. No debemos precipitarnos en sacar conclusiones.

—Las conclusiones son inevitables, Nicholas. ¿Recuerdas lo que el profesor Kenneth Kogan nos dijo cuando apareció en nuestras pantallas?

—Ahora no puedo recordarlo con exactitud, Beth. Tengo la cabeza como si fuera a estallarme en mil pedazos.

—Nos dijo que nuestras propias vidas podían estar en peligro.

—Ya te dije que eso es normal en los videojuegos. No deberías tomarte esas cosas en serio —dijo Nicholas para intentar que Beth se calmara.

—¿Y también es normal que desaparezca un profesor virtual que resulta ser una persona de carne y hueso como tú y como yo?

—No, eso no es normal —aceptó a regañadientes.

—Y que asesinen a tres científicos, les roben el cerebro y los marquen con un hierro candente. ¿Crees que eso es normal, Nicholas? ¿De veras lo crees? —preguntó Beth, suplicándole una respuesta sincera.

—De acuerdo, de acuerdo, es algo terrible, pero ¿qué podemos hacer nosotros?

—Tenemos que hablar con la policía lo antes posible. Contarles todo lo que sabemos. ¿No te das cuenta? Todo es real, Nicholas: el correo electrónico, la fórmula, las claves de acceso, el juego virtual, el profesor Kenneth Kogan, la Misión Ouróboros, la Fundación Universo, la Esencia del Misterio, los enemigos que desean apoderarse de ella, las escuchas de nuestras conversaciones... , todo es tan real como la muerte de esos científicos a los que les han robado el cerebro. Hasta es posible que Carol Ramsey también lo sea.

—No lo creo, Beth. Carol sólo es un personaje del juego.

—Yo no lo juraría.

—De momento, debemos mantener la cabeza fría y pensar, es lo más sensato.

Eso era algo que Beth no había dejado de hacer desde que oyó la noticia.

—¿Y si los asesinos de los científicos son los mismos que han secuestrado al profesor Kenneth Kogan? ¿Y si el profesor les ha hablado de nosotros y saben quiénes somos? Estoy segura de que ellos buscan lo mismo que nosotros.

—¿La Esencia del Misterio?

—¿Qué otra cosa podría ser? El profesor Kenneth Kogan nos habló de ello.

—Estás asustándome, Beth.

—Tenía que contártelo, Nicholas. Necesitaba que supieras lo que ocurre. Si no hubiera conseguido hablar contigo creo que me habría vuelto loca.

—Claro, claro Beth. Pero no debemos hablar de esto con nadie, al menos hasta que hayamos decidido juntos qué hacer. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, sí, estoy de acuerdo.

—Ahora volveré a clase para recoger mi mochila y le diré a la señora Hesse que no me encuentro bien. Estaré en mi casa en una media hora. Conectaré contigo en cuanto llegue; ten encendido tu ordenador, y activa el Messenger.

—¿Vas a volver a entrar en el juego? —preguntó Beth.

—Creo que Carol Ramsey nos debe una explicación.

# EL PRESTIDIGITADOR

7

Visto desde el aire, el inmenso campus de la Universidad de Cornell le pareció a Aldous Fowler una extraordinaria metrópolis del conocimiento. Todo allí era perfecto y equilibrado, a pesar de sus muchos contrastes y matices, que conferían al conjunto arquitectónico un halo de divinidad más propia del Olimpo que de una institución docente. Extensos jardines con flores de todas las especies y colores, mullidas praderas de césped y árboles centenarios y gigantescos rodeaban cada calle, cada camino, cada sendero que unía una multitud de edificios de todos los estilos y diseños constructivos, desde los más clásicos a los más vanguardistas, estratégicamente dispersos de norte a sur y de este a oeste del campus. En el centro, una sobria y alta torre cuadrada de ladrillo rojo parecía marcar el ritmo lento del tiempo y de la vida de la Universidad de Cornell con sus cuatro grandes relojes circulares, orientados hacia los cuatro puntos cardinales.

Los estudiantes que deambulaban por el campus levantaron sus ojos al cielo al oír el motor del helicóptero tan cerca de sus cabezas, una profanación ofensiva del silencio monacal al que estaban acostumbrados. La teniente Taylor pudo haber aterrizado en el helipuerto, pero había solicitado permiso para hacerlo en una amplia zona de césped situada junto al edificio del rectorado: una mole repleta de ventanas como las de un palacio parisino y cubierta en el centro por una cúpula redonda y plateada.

Subieron una escalinata y entraron en el *hall* del rectorado. Aldous Fowler miró a la teniente Taylor y pensó que parecía mucho más joven de lo que correspondía a su edad. Si no fuera porque él mismo la acompañaba, incluso habría creído que se trataba de una más de las muchas estudiantes que entraban y salían del edificio. Tal vez se debiera a su desenfadada forma de vestir con vaqueros ajustados y el largo flequillo adolescente que le caía ante los ojos.

El rector de la Universidad de Cornell no parecía estar de buen humor. Tampoco ofrecía el aspecto ilustre y amable que cualquiera podía haber imaginado. Cuando la teniente y el detective entraron en su despacho, no fue precisamente un hombre educado y amable quien los recibió sino una especie de dragón rechoncho y enfurecido que parecía escupir fuego por la boca.

—¿Dónde diablos se habían metido? Hace veinte minutos que oí su helicóptero aterrizar en el campus, los mismos veinte minutos que llevo esperándoles sentado aquí como un imbécil —dijo, señalando el reloj de su gruesa muñeca con piel de reptil—. No dispongo de toda la mañana para atenderles... Por si no lo sabían, soy un hombre bastante ocupado.

El rector de Cornell resopló y se dejó caer sobre el sillón de cuero que presidía su

mesa de despacho. Sacó un pañuelo de un bolsillo de su pantalón y se limpió el sudor de la frente y de las mejillas.

Aldous Fowler pensó que si el rector echaba fuego por la boca, él disponía de un remedio muy eficaz con el que sofocar esas llamas.

—Hemos estado recorriendo los pubs del campus antes de venir a verle, ya sabe, un par de güisquis durante el trabajo no sientan mal a nadie. Además, un vuelo tan largo metidos en ese trasto despierta la sed, ¿comprende? Pero si le incomoda nuestra visita podemos hacer que declare usted esta tarde en el departamento de homicidios de la policía de Nueva York; nosotros mismos podríamos llevarle cómodamente en nuestro helicóptero. Incluso es posible que le apetezca pasar la noche en una de las lujosas suites de nuestros calabozos, son realmente confortables y acogedores —dijo Aldous Fowler, removiendo algunos papeles del escritorio y adoptando la actitud de un policía corrupto.

—No creo que hable usted en serio, sabe de sobra que conmigo no puede emplear esos métodos de detective de barrio.

—No, desde luego, sólo trataba de corresponder a su amabilidad. ¿Por qué no deja de tratarnos como a uno de sus alumnos y habla con nosotros civilizadamente?

Aldous Fowler suavizó la dureza de su expresión y el dragón pareció desinflarse sobre el sillón hasta que su rostro adquirió una delicada palidez rosácea.

—Discúlpenos, señor Melvin; porque es usted Melvin Oserof, ¿verdad? —dijo la teniente Taylor, endulzando su voz para calmar los ánimos del rector.

—Sí, ése es mi nombre, y si hubiesen llegado puntuales a su cita, yo mismo me habría presentado con la cortesía debida. No tengo por costumbre tratar a los agentes de la autoridad de este modo tan... inapropiado. Pero créanme, han conseguido ustedes sacarme de mis casillas. Hoy llevo una mañana de perros... ¿saben lo que eso significa?

La teniente Taylor asintió.

—Podemos entenderlo, no se preocupe —dijo, satisfecha de que la situación se hubiese normalizado—. ¿Le habló el director del FBI de los motivos de nuestra visita?

—No, sólo me advirtió muy preocupado de que se trataba de unos horribles crímenes que podían colocar a esta universidad en el punto de mira de todos los medios de comunicación de Estados Unidos. Me dijo que lo sentía, que no sería nada agradable para mí saber de qué se trataba. Él también fue alumno de esta universidad. Luego me dijo que una agente especial del FBI me lo explicaría todo con detalle esta mañana, a las once. ¿Es usted la teniente Taylor?

—Teniente Taylor, encantada —dijo ofreciéndole la mano al rector, que la estrechó con desdeñosa debilidad—. Mi compañero es Aldous Fowler, detective del departamento de homicidios de Nueva York. Él no ha querido ser grosero con usted,

pero cuando se le provoca también tiene un humor de perros...

Aldous Fowler permaneció de pie, sin la menor intención de estrechar la mano de aquel grosero embutido en un costoso traje de chaqueta.

—Como podrán imaginar, no he pegado ojo en toda la noche. Les ruego que comprendan mi excitación. Siéntense, por favor —dijo Melvin Oserof, limpiándose de nuevo el sudor de la cara.

—¿Le dice algo el nombre de Katie Hart, señor Oserof? —preguntó la teniente Taylor sin más preámbulos.

—Supe de su muerte por los periódicos y los telediarios, aunque no facilitaron mucha información al respecto. Katie Hart era una gran investigadora científica, con méritos suficientes para ser pronto una firme candidata al Nobel de Medicina. Pero ¿qué tiene que ver su muerte con esta universidad? Murió en su casa de Nueva York, creo.

—Somos nosotros los que hacemos las preguntas, señor Oserof —dijo Aldous Fowler, suavizando el tono arrogante que hubiera deseado emplear.

—Debe saber que la investigación ha sido declarada alto secreto de estado, supongo que comprende lo que eso significa —añadió la teniente Taylor para evitar un nuevo enfrentamiento dialéctico entre el rector y Aldous Fowler.

—Creo que sé muy bien cuál es mi responsabilidad respecto a esta conversación, teniente —replicó Melvin Oserof.

—Supongo que también sabe que la doctora Hart estudió en esta universidad...

—Un rector no puede conocer a todos los alumnos que han pasado por su universidad a lo largo del tiempo. Son miles, decenas de miles, quizá. Pero, en lo que respecta a la doctora Katie Hart, supe que había estudiado en nuestra facultad de Medicina muchos años antes de llegar a ser rector de Cornell, cuando el nombre de Katie Hart comenzó a oírse en todos los círculos académicos como una ilustre investigadora del cerebro humano, heredera de la escuela científica de Adam Grosling.

—¿Llegó usted a conocerla personalmente? —preguntó Aldous Fowler.

—No. Cuando yo comencé a estudiar en Cornell, ella cursaba el último curso de medicina. Yo tengo ahora cuarenta y cinco años y ella debía de tener cumplidos los cincuenta. No sé nada que no sepa cualquier docente de esta universidad.

—¿A pesar de que se tratara de una futura candidata al premio Nobel? —inquirió la teniente Taylor.

—Aunque les cueste creerlo, los candidatos al premio Nobel que se licenciaron en esta universidad sólo son nombres que sumar a una larga lista de honor que no tiene más valor que el puramente simbólico. Son como las medallas que se entregan a los héroes de guerra después de las batallas. Confieren un gran prestigio pero carecen de toda utilidad práctica que no sea alguna pensión vitalicia o alguna que otra ayuda

económica del estado.

—No parece usted muy orgulloso de ese prestigio —destacó Aldous Fowler.

—Les ruego que no me interpreten mal. Sólo quiero decir que lo que importa en esta universidad, como en muchas otras, es el día a día, cada curso, cada facultad, cada profesor, cada alumno. Si me permiten un ejemplo —dijo adoptando un aire didáctico—, una universidad es como un río incesante que arrastra infinitas rocas en su recorrido. La mayoría de esas rocas quedan ocultas debajo de la superficie y sólo algunas logran sobresalir de la corriente y hacerse visibles.

Ésas serán las únicas que se vean, pero bajo el río seguirán fluyendo muchas más a las que poco les importa lo que ocurra más arriba del intenso caudal de agua que les proporciona la vida. Así ha ocurrido siempre y así seguirá ocurriendo en el futuro. La lista de honor de esta universidad está atestada de personajes ilustres y genios de la humanidad merecedores del Nobel, que pasaron por estas aulas y no volvieron jamás.

—¿Quiere decir que una vez finalizan sus carreras, los alumnos pierden todo contacto con esta universidad? —preguntó la teniente Taylor.

—Hay excepciones, pero así ocurre en la mayoría de los casos, con esta universidad y con cualquier otra, a menos que los alumnos sigan en ella durante algunos años más como investigadores o docentes.

Cuando los estudiantes obtienen su licenciatura, comienza para ellos la vida, la vida con mayúsculas, y sus años de universidad sólo serán, si es que lo son, un grato recuerdo en su memoria... Pero díganme de una vez qué ocurre, qué quieren de mí, qué son esos crímenes horribles de los que me habló el director del FBI; no soporto esta clase de asuntos.

—Además de Katie Hart, dos científicos que también fueron alumnos de Cornell han sido asesinados, y un tercero ha desaparecido.

El rostro de Melvin Oserof se ensombreció, mientras la teniente Taylor abría una carpeta y sacaba unas fotografías.

—¿Conoce a alguno de estos hombres?

El rector de Cornell miró las fotografías con la aprensión de quien mira un cadáver momificado.

—¿Quiénes son?

—Ésa es una información reservada..., de momento —dijo Aldous Fowler.

—No, no les he visto jamás. Ya les he dicho que son decenas de miles los estudiantes que han pasado por esta universidad desde que fue fundada, y estos científicos de los que ustedes me hablan hace cincuenta años que debieron de pasar por aquí. Yo apenas llevo dos cursos académicos como rector de Cornell.

—¿Y a esta palabra, le encuentra algún significado? —preguntó la teniente Taylor, entregándole una hoja de papel.

Melvin Oserof se colocó unas gafas, arrugó la frente, que ya no le sudaba, y dijo:



—«Kôh»... No, tampoco me dice nada.

—Está bien, señor Oserof, no queremos abusar de su amabilidad; sabemos que es usted una persona muy ocupada —dijo la teniente Taylor, poniéndose en pie.

—¿Eso era todo? ¿No van a darme detalles de lo que está ocurriendo? Como rector de esta universidad tengo derecho a saber en qué medida esos crímenes pueden afectar nuestro prestigio —argumentó Melvin Oserof, sin ocultar su perplejidad.

—Haga usted mismo una valoración de las consecuencias, a nosotros sólo nos corresponde averiguar por qué todas las víctimas de esos crímenes estudiaron en esta universidad —respondió el detective Fowler con indiferencia.

—¿Y si se trata de una mera casualidad? ¡La vida está llena de hechos fortuitos que no responden a ninguna causa determinable! Incluso estadísticamente es muy posible que, tratándose de cuatro científicos de Estados Unidos, los cuatro hayan estudiado en Cornell. ¿Quién responderá entonces de los daños que sus infundadas sospechas causarán al prestigio de esta universidad? —inquirió ofuscado, dando manotazos al aire como si espantara a un enjambre de avispas invisibles, empeñadas en aguijonear su futuro.

—En ese caso debería demandar al asesino..., una vez que lo descubramos, claro. La elección de las víctimas ha sido idea suya —murmuró Aldous Fowler, mirando de reojo a la teniente Taylor. El tono de voz y los ademanes del rector de Cornell volvían a ser desagradablemente agresivos.

—¡Hablaré con el FBI para que esa información no se difunda, pueden estar seguros de ello! ¡Sería un atropello, una calumnia irreparable, una catástrofe...! No pueden relacionarnos con un asunto tan turbio como los crímenes de un loco sólo porque sus víctimas hayan sido alumnos de Cornell. Las especulaciones se dispararán y todos creerán que el asesino se encuentra entre nosotros.

—Ésa es una posibilidad que aún no podemos descartar —dijo Aldous Fowler.

—Si piensa hablar con el FBI le aconsejo que lo haga cuanto antes; el director acaba de comparecer en directo ante todos los medios de comunicación —dijo la teniente Taylor con calma.

El rostro de Melvin Oserof volvió a contraerse, como si una de las avispas invisibles que antes espantaba con sus manos le hubiera picado en una mejilla.

—¿Es cierto eso?

—Aunque pueda creer lo contrario, las agentes especiales del FBI no mentimos. Y ahora, señor Oserof, el detective Aldous Fowler y yo le agradeceríamos mucho que nos indicara dónde podemos consultar los archivos de los alumnos matriculados en Cornell desde el año 1949.

# EL CLUB GÓTICO

7

Desde las ventanas triangulares del restaurante situado en la aguja que corona el Chrysler Building, Walter Stuck y Wilson Sieguel, un viejo magnate de Texas, disponían de una panorámica privilegiada de la mágica línea del cielo de Manhattan. Sin duda un lugar único en el que sentir el vértigo del poder, los escalofríos de la ambición o la satisfacción de la venganza. Toda la ciudad de Nueva York al alcance de sus manos; sólo tenían que cogerla y ofrecérsela a los dioses como una ofrenda de oro líquido por su generosidad. El rascacielos que había logrado batir el récord de altura en el año 1930 con sus trescientos cuarenta y tres metros, fue superado sólo un año después por otro fabuloso gigante de hormigón y acero: el Empire State; y Walter Stuck había convertido aquel espacio colgado de las nubes en su particular centro de reunión cuando se trataba de atender asuntos importantes. Además, aquel discreto restaurante con ambientación *art déco* no sólo era su preferido, sino también el escogido por los grandes magnates de la industria estadounidense para celebrar allí sus encuentros de negocios. El futuro de la humanidad se decidía allí, y Walter Stuck no estaba dispuesto a ser menos, sobre todo ahora que sus planes avanzaban según sus deseos.

—Y bien, hermano Wilson, ¿de qué deseaba hablarme? —preguntó Walter Stuck, después de dar un sorbo al licor con hielo que tomaba de aperitivo.

Wilson Sieguel miró a su alrededor como si temiera que alguien pudiese estar espíándolos.

—¡Vamos, hermano Wilson! ¿De qué tiene miedo? Aquí nadie puede oír lo que decimos.

El magnate de Texas dio un sorbo precipitado a su vermú. Luego dijo en tono confidencial:

—La audiencia con el senador será pasado mañana, en su despacho de Washington, pero aún no estoy muy seguro de que sea conveniente proponerle su incorporación secreta al Club Gótico.

—Creía que ese asunto había quedado zanjado en la última sesión del Consejo.

—Lo sé, lo sé, hermano Walter. Pero tengo serias dudas de que acepte...

—Usted nos aseguró que eso estaba hecho, que era un asunto de coser y cantar. ¿Lo recuerda?

A pesar de sus setenta años y de su aspecto de boxeador retirado, Wilson Sieguel asintió como un muchacho que hubiese sido cogido en falta. Walter Stuck prosiguió:

—Es su amigo, ¿no? Los *amigos* pueden hablar de cualquier cosa sin temer nada. Sólo tiene que ser hábil... No se precipite, deje su proposición para el final de la conversación, después de que él haya escuchado atentamente todos sus argumentos.

Luego ofrézcale un cargo importante, si es preciso —dijo, como un capo de la mafia que intenta transmitir confianza a uno de sus secuaces.

—Me preocupa su reacción ante los crímenes...

—¡Los hombres con ambición de poder no tienen escrúpulos, hermano Wilson! Usted debería saber eso. Además, él nunca podrá relacionar los crímenes de los científicos con nosotros. Ese asunto sólo me incumbe a mí.

—Pero quizá sea demasiado pronto para plantearle una decisión tan comprometida para él y para su cargo. Había pensado hablarle sólo de las intenciones de la NASA y de su secreta Misión Ouróboros...

—La NASA ya ha suspendido la Misión Ouróboros. La desaparición de Kenneth Kogan los ha dejado sin el director de su estridente música cósmica. Nuestros espías me lo acaban de comunicar.

—Entonces deberé tenerlo en cuenta... —dijo Wilson Sieguel, desconcertado.

—Ya le dije que de ese asunto me ocuparía yo personalmente, como del resto de los temas turbios del Club Gótico. Pero hay lugares a los que yo no puedo llegar con la misma facilidad que usted, hermano Wilson. El momento de captar al senador es ahora. El director del FBI ha dado una rueda de prensa a todos los estados sobre los científicos asesinados y la desaparición de Kenneth Kogan. Los periódicos y las televisiones de todo el país comenzarán a hacerse preguntas y nadie sabrá darles una respuesta satisfactoria. Aprovecharemos el desconcierto para sembrar las semillas de nuestro futuro —dijo Walter Stuck, elevando su copa de licor al aire.

—Pero aún no sabemos qué consecuencias tendrá la noticia en los círculos políticos de la nación. Sería conveniente...

—Todo está controlado, hermano Wilson, no debe preocuparse por los políticos. Muchos de ellos ya saben que hay que detener el progreso, que no podemos quedarnos con los brazos cruzados ante la sacrílega arrogancia de la ciencia. Si no lo impedimos, el futuro de la humanidad será más monstruoso que cualquier crimen imaginable. Comparado con eso, la muerte de unos científicos empeñados en desvelar los misterios del universo no es más que una obra de caridad con la especie humana. Dígaselo así al senador; háblele con claridad de lo que nos espera en las próximas décadas: la producción en serie de «seres sobrehumanos», la desaparición de las religiones, la creación de nuevas especies de animales que serán engendros vivientes, la destrucción de la atmósfera y de la naturaleza, el dominio de los robots inteligentes, la manipulación del cerebro y de la mente, el encuentro con otras civilizaciones en otros mundos... ¡La muerte de Dios! ¡Míreme a mí y dígame qué es lo que ve...! Yo se lo diré: ¡El horror, hermano Wilson, el horror...!

# LA MISIÓN OURÓBOROS

8

En el juego de los enigmas infinitos todo parecía estar en orden. Nicholas había conectado con Beth desde la Estación Modular NK tan pronto llegó a su casa. Estaba nervioso y asustado. Beth podía haber tenido razón desde el principio, pero Nicholas no creía que se tratara de una trampa. Aunque pensaron que el profesor Kenneth Kogan podía ser un personaje más del juego, tan irreal como Carol Ramsey, eso no significaba que hubiera mentido cuando les habló. Sus palabras podían tener el doble sentido de la realidad y la ficción. Al fin y al cabo, ésa era la dinámica normal de cualquier videojuego: plantear como auténticas situaciones extremas de peligro para la humanidad que sólo son producto de la imaginación de los diseñadores del programa virtual. Si en este caso era distinto, tal vez Carol Ramsey pudiese aclararles por qué.

—¿Crees que Carol sabía algo de todo esto, NK? —preguntó Beth, ahogada en un espeso mar de dudas.

—Es difícil saberlo. Carol parece estar programada como un personaje inteligente capaz de conversar con nosotros sobre cualquier cosa, pero no sé si además tiene capacidad para conocer lo que ocurre en la realidad, fuera del juego virtual. Sería algo demasiado increíble.

—A menos que Carol también sea un personaje de carne y hueso como tú y como yo —apuntó Beth.

Beth vio en su pantalla el rostro de Nicholas envuelto por un aura de serenidad que le impresionó. Jamás, hasta ese momento, le había visto tan seguro de sí mismo. Parecía que, en lugar de miedo, Nicholas sintiera una calma expectante que lo impulsaba a llegar hasta el final del juego de los enigmas infinitos, por muchos que fueran los peligros que le acecharan en el camino. En apenas media hora, su actitud inicial ante la noticia de los crímenes de los científicos y de la desaparición del profesor Kenneth Kogan había cambiado como cambian las fases de la luna.

—A ver si lo he entendido bien, BH —dijo Nicholas, un poco confuso—. ¿Quieres decir que Carol es una persona real, alguien que entra en el juego de los enigmas infinitos como lo hacemos nosotros?

—¿Y por qué no? Eso explicaría muchas cosas. Por ejemplo, que pueda pensar, hablar, razonar, sentir, recordar o reír como un verdadero ser humano. Una máquina no podría haber alcanzado aún ese grado de perfección inteligente. Creo que hemos sido demasiado ingenuos al tragarnos la película que Carol nos contó sobre su increíble inteligencia virtual.

—Tu idea no es descabellada —aceptó Nicholas, pensativo.

—Es menos disparatada que creer como hemos creído hasta ahora que se trata de

un personaje virtual inteligente. Piénsalo bien, NK. Es indudable que en el juego de los enigmas infinitos hay personajes virtuales. Nosotros mismos lo somos y nos movemos por los escenarios de la Base Central de la EEJA porque así está diseñado. Pero si yo no te conociera, lo más probable es que pensara que tú eras simplemente un personaje virtual del juego, capaz de responder a todas mis preguntas.

—Entonces, según tu teoría, Carol debe de tener una vida de verdad, encontrarse en algún lugar, tener alguna relación con el profesor Kenneth Kogan —razonó Nicholas.

—Y hasta es posible que supiera lo que iba a ocurrirles a los tres científicos asesinados y al profesor Kogan —especuló Beth.

—Sí, en eso tienes razón.

—No sé, NK, la verdad es que estoy hecha un lío y muerta de miedo.

—Ahora es demasiado tarde para echarse atrás, BH.

—¡Pero pueden asesinarnos también a nosotros! —dijo Beth.

—Ellos no saben quiénes somos..., no pueden saberlo.

—¿Y si han entrado en los archivos de la EEJA? ¿Y si han torturado al profesor Kenneth Kogan y les ha confesado que nos encargó buscar la Esencia del Misterio? Ya intentaron escuchar nuestras conversaciones, Carol lo sabía. Eso fue exactamente lo que quiso decir cuando nos habló de que el dispositivo de seguridad del sistema había detectado una intromisión externa en las líneas de comunicación de nuestro Messenger.

—Aun así, yo voy a seguir adelante, BH. ¿Qué dices tú?

Beth guardó silencio. No disponía de mucho tiempo para tomar una decisión. La pregunta de Nicholas no era sólo un ultimátum al que debía responder con prontitud por una cuestión de fidelidad a un gran amigo, a su mejor amigo. Era también un desafío a sí misma, a sus complejos de fracaso, a sus angustias, a sus muchos temores, a sus miedos a caer en los oscuros abismos de la muerte.

—Si tú continúas con la Misión Ouróboros, yo también lo haré —dijo al fin.

—Entonces no perdamos ni un momento más y vayamos a hablar con Carol.

—Espero que esta vez nos diga la verdad. Nuestras vidas están en juego.

Y Beth Hampton no se equivocó.

Cuando volvieron a entrar en el juego de los enigmas, sus personajes virtuales aún estaban frente al mosaico con las tres jóvenes deidades que representaban el verdadero sentido de la Fundación Universo. Carol no estaba allí, pero no tardó en llegar.

—¡Ha ocurrido algo horrible! —dijo con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Beth, haciéndose de nuevas.

—El profesor Kenneth Kogan ha desaparecido. Las autoridades temen que haya sido secuestrado.

Nicholas y Beth se quedaron mudos de asombro. Carol lo sabía, y eso sólo podía suceder si era un personaje real que, al igual que Beth, había visto la rueda de prensa del director del FBI.

—Lo sabemos, Carol. Todo el mundo lo sabe.

—Pero ¿cómo lo has sabido tú? —preguntó Nicholas, antes de que Carol pudiera decir algo.

—En la EEJA recibimos una llamada del FBI.

—Vamos, Carol, no nos tomes el pelo. La EEJA es sólo una página web en internet.

—Os estoy diciendo la verdad, NK. El capitán Andrew McCloskey me llamó desde Ithaca para informarme de que alguien había matado al perro del profesor de un disparo y había registrado toda la casa. ¡Es terrible, terrible...! —dijo Carol entre sollozos.

—¿Tenías idea de eso, Beth? —preguntó Nicholas, desconcertado.

—El director del FBI no dijo nada del perro ni de la casa.

—Entonces, ¿por qué conoce Carol esos detalles? —preguntó Nicholas.

—Debería ser ella misma quien nos lo explicara, ¿no crees, NK? Hay muchas cosas que no están claras en todo esto.

Los ojos de Carol los miraron con una triste expresión de abatimiento.

—Un momento... ¿Qué queréis decir? ¿Qué estáis insinuando? —preguntó—. El profesor Kenneth Kogan ha desaparecido. ¿Es que no lo entendéis?

—Lo que no entendemos es qué pintamos nosotros en este asunto de asesinatos y secuestros de científicos —soltó Nicholas—. ¿Por qué nadie nos dijo que esto no era un juego? ¡Teníamos derecho a saberlo!

—¿Era un juego, NK! ¿Cómo podéis reprocharme que os haya mentido?

—Alguien debía habernos advertido de lo que podía llegar a ocurrir —dijo Beth—. Pensábamos que cuando el profesor Kenneth Kogan nos dijo que podían estar en peligro nuestras vidas sólo se trataba de un aliciente del juego.

—Y era cierto, BH. vuestras vidas sólo estarían en peligro en el juego, como están en continuo peligro las vidas de todos los héroes de las videoconsolas. Nadie podía sospechar entonces que ocurriría esto.

—Será mejor que nos lo expliques con detenimiento, Carol. Estamos asustados... —dijo Nicholas, intentando suavizar sus reproches.

—Lo entiendo, lo entiendo, NK, y siento que os hayáis asustado y que dudéis de mí. Yo habría reaccionado igual que vosotros, pero la realidad no es como imagináis.

—A veces tengo la sensación de que este juego acabará enloqueciéndonos —dijo Beth, más conciliadora.

—Sólo puedo explicaros lo que sé: todo comenzó cuando la Fundación Universo decidió que había llegado el momento de que la Esencia del Misterio pasara a manos

de una nueva generación de jóvenes, para que fueran ellos los que abordaran el futuro de la humanidad con mayor sensatez de la que hasta ahora había predominado en el mundo. Con ese primer propósito se creó la Escuela Experimental de Jóvenes Astronautas, que permitiría a la Fundación Universo conocer a muchos jóvenes prodigios como vosotros; la EEJA tenía como fin primordial seleccionar entre todos ellos al joven que fuera merecedor de recibir la Esencia del Misterio, para seguir guardándola de quienes la persiguen sin descanso para saciar su ambición de poder. A la vez, ese joven estaría destinado a ser el primer astronauta estudiante de la historia que participara en un proyecto secreto de la NASA...

—¿Un proyecto secreto de la NASA? —preguntó Nicholas Kilby, desconcertado ante lo que Carol les estaba contando.

—El viejo pedazo de mapa estelar del logo de la EEJA contenía las claves para localizar un planeta del que se habían recibido señales de vida inteligente. Kenneth Kogan dirigía desde su casa el proyecto aeroespacial de la NASA para viajar hasta ese planeta.

—Me temo que me estoy volviendo a perder —dijo Beth—. ¿Qué tiene que ver ese proyecto secreto de la NASA con la Esencia del Misterio y con el juego de los enigmas infinitos?

—Es bien sencillo, BH. El profesor Kenneth Kogan decidió crear una serie de enigmas en internet, donde se escondieran las claves para encontrar la Esencia del Misterio, oculta desde hace años para protegerla de sus enemigos. Ni siquiera él mismo conocería ese nuevo lugar. La EEJA envió un correo electrónico sin remitente a todos los astronautas aspirantes de la escuela, para que los distintos equipos intentaran resolver una fórmula críptica sin tener ninguna referencia de lo que realmente se trataba, y que contuviera el mensaje que los retara a entrar en el juego. Vosotros fuisteis los primeros en resolver la fórmula y en comenzar a interpretar los enigmas infinitos que conducen hasta la Esencia del Misterio.

—¿Quiere eso decir que uno de nosotros dos viajaría al espacio? ¿Es eso lo que estás diciendo, Carol? —se interesó Nicholas.

—Sólo si encontrabais la Esencia del Misterio. Uno de los alicientes que Kenneth Kogan introdujo en el juego de los enigmas infinitos fue la presencia de personajes malvados que, como ocurre en la realidad, intentarían apoderarse de la Esencia del Misterio acabando con la vida de vuestros seres virtuales, a menos que fuerais vosotros quienes acabarais antes con ellos. Por eso, cuando el profesor Kenneth Kogan os habló para encomendaros la Misión Ouróboros, que es el mismo nombre de la misión secreta de la NASA, os dijo que podrían estar en peligro vuestras propias vidas... —Carol hizo una pausa, como si necesitara tomar aliento para seguir—. Lo que nadie en la Fundación Universo podía imaginar entonces era que alguien secuestraría al profesor Kenneth Kogan y mataría a tres de sus miembros más

destacados para intentar apoderarse de la Esencia del Misterio. Os juro que esos terribles crímenes no estaban previstos. Sólo ha sido una espantosa coincidencia.

—¿Por eso alguien intentaba entrar en el juego de los enigmas?

—Ignoramos cómo han podido saber que en el juego de los enigmas infinitos están las claves para encontrar la Esencia del Misterio, pero los sistemas de seguridad del programa detectaron un intento de infiltración pirata que yo pude neutralizar.

—Eso significa que los asesinos han obligado al profesor Kenneth Kogan a hablar del juego en el que está escondida la Esencia del Misterio.

—Es lo que me temo.

—Entonces también sabrán que nosotros buscamos lo mismo que ellos. Creo que nuestras vidas corren verdadero peligro —dijo Beth, sin poder creer en lo que decía.

—Yo creo que estáis completamente protegidos, BH. Puedes estar tranquila. Nadie sabe que sois vosotros los astronautas aspirantes de la EEJA que lograron resolver el mensaje encriptado de la fórmula, ni siquiera el profesor Kenneth Kogan. Toda la información del juego está protegida por un complicado sistema de codificación que encriptó vuestros datos personales al introducir la clave «scrabble», y sólo son descifrables al finalizar el juego. De eso podéis estar seguros.

Beth respiró hondo.

—Si tú lo dices... —murmuró a modo de consuelo.

—Yo no sé sobre vosotros más de lo que vosotros sabéis sobre mí.

Nicholas pensó que había llegado el momento de hacer la pregunta que más le había inquietado desde que Beth le contó lo ocurrido al profesor Kenneth Kogan.

—¿Y quién eres tú realmente, Carol?

El personaje virtual de Carol Ramsey demoró algunos segundos su respuesta. Pero al fin dijo:

—Lo siento NK, no estoy programada para contestar a esa pregunta.

—¡Vamos Carol, no te burles de nosotros! Tú puedes hablar de cualquier cosa que planteemos, lo has hecho hasta ahora sin ningún problema.

—No estoy programada para responder a esa pregunta.

—Cuando te conocimos en el hangar nos dijiste que eras un personaje virtual e inteligente —recordó Beth.

—Sí, Carol, ¿qué tienes que decir a eso? —insistió Nicholas.

—Déjala, NK, quizá no nos está engañando.

—No estoy programada para responder a esa pregunta —repitió Carol Ramsey de un modo maquinal.

—¡Está bien, está bien, Carol! Olvidemos ese asunto por ahora —dijo Nicholas, temiendo que se hubiese producido una distorsión o un error en el programa del juego de los enigmas infinitos.

—Me parece que volvemos a estar solos en esto, NK. Por un momento tuve la



esperanza de que Carol fuese un ser de carne y hueso como nosotros.

—Sigo pensando que lo es —insistió Nicholas, ante el silencio de Carol.

Durante un instante nadie dijo nada.

—Siento que ocurra esto —siguió Carol—, pero son las reglas del juego. Si no queréis no tenéis por qué aceptarlas. Otra regla importante del juego es que podéis abandonarlo cuando deseéis, nada os obliga a seguir en él.

—¿Y qué ocurriría si abandonáramos? —quiso saber Nicholas.

—Que todo estaría perdido.

—Nosotros no tenemos nada que perder, Carol. Nuestras vidas volverían a ser como antes, seríamos felices y no tendríamos que temer que alguien nos asesinara para sacarnos el cerebro de nuestras cabezas como a esos científicos. Pero si, como dices, tú sólo eres un personaje virtual, todo estaría perdido para ti. ¡No eres nadie sin el juego y sin nosotros! No existes, ¿lo sabías? —dijo Nicholas ofuscado, sin darse cuenta de la crueldad de sus palabras.

—¡Nicholas, no deberías hablarle así! —le reprochó Beth.

El personaje virtual de Carol Ramsey se volvió dándoles la espalda, como si quisiera ocultarles las lágrimas que asomaban a sus ojos. Nicholas creyó oír que sollozaba.

—¿Estás llorando, Carol? —preguntó con levedad.

Carol negó con la cabeza y su pelo virtual se movió en sus pantallas con una lentitud de cámara lenta.

—Vamos, Carol, deja de llorar. No queríamos hacerte daño, ¿no es cierto NK?

—Sí, sólo estamos algo nerviosos y asustados por todo lo ocurrido. Lo siento, Carol, lo siento de veras —dijo Nicholas, arrepentido.

—No lloro por mí, es el profesor Kenneth Kogan quien me preocupa.

—Es posible que regrese pronto a casa —dijo Beth para consolarla.

—No, yo sé que jamás volverá.

Beth decidió zanjar el asunto. Pensó que nadie que fuese capaz de sentir o de llorar podía ser considerado un robot o una máquina, por muy programado informáticamente que estuviera.

—No sé si Carol es real como nosotros o no, NK, pero tampoco eso me importa mucho. Lo único de lo que sí estoy segura es de que ahora no podemos dejarla sola.

Nicholas sintió una incómoda sensación de culpa. Admiraba a Carol, incluso se había sentido atraído por ella, por eso se resistía a creer que sólo fuera una imagen, una fantasía, una quimera, algo tan irreal como un sueño.

—No, no te dejaremos sola, Carol —le aseguró Nicholas—. Seguiremos adelante por ti y por el profesor Kenneth Kogan. La Esencia del Misterio no caerá en manos de esos asesinos por nuestra cobardía. El profesor Kenneth Kogan nos lo dijo cuando nos habló de la Misión Ouróboros: el futuro sólo nos pertenece a nosotros.

Los ojos de Carol Ramsey volvieron a brillar.

—Él sólo deseaba que el mundo fuese mejor, más culto, más libre y más humano. Pero hay quienes quieren justamente lo contrario: un mundo más oscuro, más ignorante, más subyugado y más violento, como una obra del diablo.

—¡Pues al diablo con esos malvados! —dijo Nicholas.

—Sí, al diablo con ellos y con sus mentiras —se animó Beth—. Dinos qué hemos de hacer ahora, Carol.

—El tiempo no juega a nuestro favor. Si estáis decididos, debéis comenzar la Misión Ouróboros cuanto antes.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —preguntó Nicholas.

# EL PRESTIDIGITADOR

8

Gracias al sofisticado sistema informático de la Universidad de Cornell, la teniente Taylor y el detective Fowler no tuvieron ninguna dificultad en encontrar la información que buscaban. Antes de despedirlos de su despacho con una amabilidad de víbora, el rector Melvin Oserof les presentó a una de sus secretarias. Ella se encargaría de acompañarlos a la sala de los archivos históricos.

—Un individuo extraño, ese tal Melvin Oserof —dijo Aldous Fowler, tan pronto logró persuadir a la secretaria del rector de que una agente especial del FBI debía realizar su trabajo sin sentir la mirada de una espía a sus espaldas. La secretaria murmuró una especie de blasfemia y cerró la puerta dando un portazo.

—No parece que le agrade que alguien curioso se en sus asuntos —dijo la teniente Taylor, sentada ante el ordenador que le habían asignado.

—¿Cree que tiene algo que ocultar? —preguntó Aldous Fowler.

—Todos tenemos alguna cosa que ocultar, Aldous, pero no creo que lo que pueda esconder Melvin Oserof le interese a nadie. Es tan agresivo como un perro desdentado. Gente como él hay en todas partes, y esta universidad no es una excepción.

La teniente Taylor introdujo en el motor de búsqueda del ordenador cada uno de los nombres y apellidos de los científicos asesinados y el de Kenneth Kogan. Al instante aparecieron ante sus ojos los impresos de matriculación, cursos realizados, notas académicas, prácticas realizadas, publicaciones, colaboraciones, becas, honores de licenciatura, doctorados. Y en poco más de una hora dispuso de un grueso dossier impreso sobre el sobresaliente historial académico de cada una de las víctimas del Prestidigitador. De su rápido análisis, un dato saltaba a la vista: todos ellos habían sido los alumnos más brillantes de sus respectivos cursos y facultades durante el tiempo en que estudiaron en Cornell. Ni la más mínima mancha en su expediente; pero, tampoco, la más mínima pista que los vinculara.

Cada uno de ellos había obtenido licenciaturas distintas a los otros y, por sus diferentes edades, tampoco debieron de coincidir en los mismos cursos y años. Ni siquiera tenían que conocerse entre ellos y hasta era posible que ni se hubiesen visto en todo ese tiempo. Paul Drester había llegado a Cornell dos años después de que lo hiciera Kenneth Kogan y dos años antes que John Seik. Y cuando John Seik comenzó a estudiar su primer curso, Kenneth Kogan ya estaba en el último. Y por si ello no fuera bastante, cuando la doctora Hart ingresó en Cornell, hacía veinte años que el último de los tres científicos se había marchado. La entrada del laberinto parecía cerrada.

—Suponía que no sería mucho lo que encontraríamos aquí —dijo Aldous Fowler

al ver la decepción que expresaba el rostro de la teniente Taylor.

—Sólo son datos académicos, es difícil que coincidan en algún punto, pero no lo sabremos hasta que toda esta información se analice con minuciosidad.

—Deberíamos imprimir una relación de todos los alumnos matriculados junto a cada una de las víctimas a lo largo de los años que estudiaron en Cornell, tal vez podamos encontrar algún compañero que pueda hablarnos de sus vidas fuera de las clases. Si hubo algún tipo de relación entre ellos debía de ser al margen de sus estudios académicos: un grupo de amigos con los que salir de juerga, hablar, ir al cine a comer palomitas o a darle un beso a una chica, no sé. Esa gente también debía de divertirse de alguna manera, ¿no le parece? Además de genios, eran humanos y jóvenes...

Mientras Aldous Fowler hablaba, algo llamó la atención de la teniente Taylor.

—¡Claro, eso es! —exclamó, provocando un destello de orgullo en la mirada del detective.

—Me alegra haber sido útil en algo —dijo Aldous Fowler, que hasta ese momento se había limitado a recoger y ordenar las decenas de folios que escupía la impresora.

—¿Cómo dice, Aldous? —preguntó la teniente Taylor, ensimismada en sus propias cavilaciones.

El destello de orgullo que iluminaba la mirada del detective Fowler se apagó como un golpe de viento apaga una vela.

—Olvídelo... ¿qué es lo que ha encontrado?

—El domicilio, Aldous. Paul Drester, John Seik y Kenneth Kogan vivían en la misma residencia de estudiantes durante los años que estuvieron en Cornell. Es posible que se conocieran allí, y que algo los uniera a pesar de sus diferentes estudios y edades.

Al menos habían encontrado una pista más que seguir, y entonces Aldous cayó en la cuenta de una circunstancia que para la teniente Taylor había quedado en el olvido.

—¿Por qué no busca también el expediente de Adam Grosling, el protector de la doctora Hart? Él también estudió en Cornell y debía de tener la edad de Kenneth Kogan cuando murió hace unos meses.

—No es mala idea, Aldous —dijo, mientras escribía con precipitación en la base de datos el nombre de Adam Grosling.

Durante unos segundos la teniente Taylor examinó los distintos documentos académicos seleccionados por el programa informático del rectorado de Cornell, hasta que encontró lo que buscaba.

—Aquí está. Adam Grosling, nacido en... —se calló como si saltara a la carrera sobre las palabras, y al poco prosiguió:— domicilio en la residencia Tannhäuser. Será mejor que recoja los folios que se están imprimiendo, Aldous, y que vayamos a

curiosear un poco por esa residencia. Mi instinto me dice que por aquí hay un fuerte olor a queso gruyere y empiezo a sentir algo de apetito.

—No quiere irse de Cornell sin abrir la puerta del laberinto, ¿me equivoco?

—La puerta de ese laberinto ya está abierta, Aldous.

Después de preguntar a la secretaria de Melvin Oserof por la residencia Tannhäuser, salieron del edificio del rectorado y caminaron bajo las sombras de los árboles por una senda de tierra bordeada por frescas cintas de hierba. En su camino se cruzaron con algunos estudiantes que practicaban su propia maratón por los alrededores del campus. Y más allá, en una de las praderas rodeadas de bosques, un numeroso grupo de jóvenes jugaban un improvisado partido de rugby, coreado por los gritos de unas animadoras entusiasmadas. Ningún vehículo circulaba por las calles.

—Esto es muy distinto a Nueva York. Tengo la impresión de que si el paraíso existe en alguna parte debe de parecerse mucho a un lugar así: árboles, flores, verdes praderas, ríos, lagos, montañas... —dijo Aldous Fowler.

La teniente Taylor se agachó para coger una pequeña flor de color lila que estaba cortada al borde del sendero. Luego la olió como si aspirara un delicioso aroma, y dijo:

—¿Ha pensado alguna vez sobre la muerte?

—Prefiero no pensar en ella.

—Pero nuestra profesión nos obliga a convivir con la muerte, Aldous. La muerte forma parte de la vida, lo dicen los filósofos. Yo pienso a menudo en ese momento y lo imagino como un inconsciente salto al vacío, seguido de una caída en un largo sueño que sólo conduce hacia un abismo infinito, sin fondo, sin nada... Sólo la calma de la nada.

—Ese lugar del que habla no se parece mucho a un paraíso.

—¿Cree usted que hay otra vida, Aldous, que esto no se termina aquí? ¿Cree que Paul Drester, John Seik y Katie Hart pueden encontrarse en otra parte que no sea la cámara frigorífica de un depósito de cadáveres?

—No, no lo creo.

—Yo tampoco, por eso quiero encontrar cuanto antes a quien acabó para siempre con esos seres extraordinarios.

—Entremos entonces en el laberinto y sigamos buscando el queso.

La residencia de estudiantes Tannhäuser era un viejo edificio de paredes de piedra con ventanas ojivales, arcos de media punta en los soportales del patio central y techos de pizarra.

En la entrada los recibió un joven recepcionista vestido con traje y corbata negra, que palideció como un mimo al ver las placas de identificación de los policías. Sólo dejó de temblar cuando Aldous Fowler le explicó los motivos de su visita, y su interés en ver los archivos de los estudiantes residentes en Tannhäuser entre los años

1949 y 1955.

—Esos archivos se quemaron en un incendio hace más de diez años. Pero en el rectorado conservan los expedientes de todos...

La teniente Taylor evitó que el joven recepcionista les dijera algo que ellos ya sabían.

—Los expediente académicos ya los hemos visto, pero necesitamos saber algo más sobre la vida en esta residencia de varias personas que fueron alumnas de Cornell en esos años.

—Si lo desean, puedo avisar al director —dijo el recepcionista.

—De momento no será necesario que le moleste. ¿No disponen de algún tipo de libro que recoja la historia de la residencia, un diario o algo parecido? —preguntó Aldous Fowler, mirando los numerosos escudos heráldicos que adornaban las paredes de piedra de la recepción.

—Sí, en eso sí podré ayudarles. La residencia Tannhäuser edita cada curso académico un anuario que recoge una pequeña biografía de todos los alumnos del college y todos los acontecimientos más destacados del año.

—Eso puede servirnos —dijo la teniente Taylor.

—La residencia también publica un semanario con toda la información de interés para los universitarios residentes, pero el primer ejemplar se editó en el año 1975.

—Buscamos algo más antiguo, de finales de los años cuarenta a mediados de los cincuenta —aclaró la teniente.

—En ese caso quizá les sea útil visitar las salas de orlas y trofeos de la residencia. En ellas hay muchas fotografías y objetos que reflejan la vida de los estudiantes desde el año 1865. Son un verdadero museo.

El recepcionista alternaba su trabajo en la residencia Tannhäuser con sus estudios durante el turno de tarde en la Escuela de Administración Hotelera de Cornell, situada al otro extremo del campus. Se llamaba Samuel Clark Moore, tenía veintiún años, algunas pecas en la cara, una nariz de busto griego y un pelo tan rojo como el autorretrato de Van Gogh. Por lo demás, estaba encantado de atender a los dos «polis» que habían caído del cielo para poner un poco de salsa a los insípidos sabores de su vida como conserje. Aunque no tenía ni la menor idea de lo que aquellos desconocidos buscaban, una vez superado el primer impacto —pues por unos segundos temió que lo buscaran a él—, Samuel Clark Moore se manifestó dispuesto a ayudarles en todo lo que estuviera a su alcance.

—Acompañenme, es por aquí —dijo con gran desparpajo, a la vez que salía del mostrador y hacía un gesto con su mano para que la teniente Taylor y Aldous Fowler le siguieran.

Las salas de orlas y trofeos estaban situadas en la primera planta del edificio, en un lujoso vestíbulo forrado de madera y de antiguos cuadros al óleo con paisajes

románticos. Tres grandes puertas se distribuían en el vestíbulo. La de la izquierda comunicaba con la sala de trofeos; la del centro, con la biblioteca y la de la derecha, con la sala de orlas.

Samuel Clark Moore se apresuró a abrirles la puerta.

La sala de orlas era comparable a un museo, sólo que de las paredes, en lugar de obras de arte, colgaban infinitas orlas que enmarcaban los rostros de miles de estudiantes. Debajo de cada orla había una placa de bronce con los nombres grabados de los alumnos que residieron en Tannhäuser en cada curso académico desde la creación del *college*, y, junto al nombre, un número que los identificaba con la fotografía.

—En total son ciento cuarenta orlas, ordenadas por años de izquierda a derecha y de arriba abajo. Si no me equivoco, las que a ustedes les interesan deben de estar en aquella pared de enfrente, hacia el centro —dijo el recepcionista, apuntando con su mano hacia un lugar impreciso.

Aldous Fowler miraba a un lado y a otro, intentando calcular el número de rostros que se habían inmortalizado en aquellas fotografías. Contó unos catorce mil, estimando una media de cien estudiantes por curso. Mientras tanto, la teniente Taylor seguía los pasos del recepcionista.

—Año mil novecientos cuarenta, mil novecientos cuarenta y cinco..., cuarenta y nueve. ¡Ahí la tiene!

La piel de la teniente Taylor se erizó. Al fin una pista fiable, un dato cierto, un hecho objetivo que vinculaba a los científicos Paul Drester, John Seik y Kenneth Kogan, más allá de haber estudiado en la Universidad de Cornell. Todos habían convivido en la misma residencia de estudiantes y hasta era posible que fueran buenos amigos, pensó mientras repasaba los nombres grabados bajo la orla de los alumnos que vivieron en Tannhäuser en el año 1949.

Pero, para su sorpresa, el primer nombre conocido que encontró en esa relación alfabética no fue el de Kenneth Kogan sino el de Adam Grosling, el fundador del Centro de Investigación Neurológica de Nueva York.

—¡Mire esto, Aldous! —dijo.

Aldous Fowler se acercó y leyó el nombre que la teniente Taylor señalaba con la punta de su dedo índice. —Grosling, Adam.

—Así es... Y aquí está Kogan, Kenneth.

—Kenneth Kogan y Adam Grosling ingresaron el mismo año en esta residencia.

—Esto no podíamos sospecharlo antes de venir aquí —dijo la teniente Taylor, que sumaba un personaje más a su lista de científicos ilustres, relacionados de un modo u otro con los crímenes del Prestidigitador. Adam Grosling no había sido tan sólo el protector de la difunta doctora Hart, también había sido compañero de residencia de Kenneth Kogan.

—Comprobemos si están juntos en la orla.

Buscaron los rostros jóvenes de Adam Grosling y Kenneth Kogan entre las fotografías de los estudiantes del curso académico 1949, pero estaban muy lejos uno de otro.

—Lástima —dijo Aldous Fowler, disponiéndose a hacer algunas fotografías.

—No tiene ninguna importancia, que estuvieran juntos no era ninguna pista concluyente.

—Los años siguientes hasta mil novecientos cincuenta y cinco los tienen a su derecha —dijo Samuel Clark Moore, como si quisiera recordarles a los policías que él seguía allí.

Revisaron esas orlas y comprobaron que las fotos y los nombres de Adam Grosling y Kenneth Kogan aparecían en todas las orlas desde 1949 hasta 1955; Paul Drester en las de 1952 a 1957; y John Seik en las de 1953 a 1958.

—¿Cree usted que la foto de la siguiente víctima estará también en una de estas orlas? —preguntó el detective Fowler, acercándose al oído de la teniente Taylor.

—Si hay más víctimas yo apostaría que sí, pero cómo saberlo... Son cientos los estudiantes que residieron aquí en la década de 1949 a 1959.

La teniente Taylor también susurró algo al detective Fowler que el recepcionista no pudo escuchar. Luego, ambos se acercaron a él y la teniente Taylor le preguntó:

—¿Estaría usted dispuesto a colaborar con el FBI en una investigación secreta?

Samuel Clark Moore sintió que un golpe de calor le recorría las mejillas, obligándole a sonreír. Creía estar siendo víctima de algún programa de cámara oculta o de un reality show.

—Están bromeando, ¿no es cierto?

—Jamás se nos ocurriría bromear con un asunto tan serio —dijo Aldous Fowler.

—¿De verdad son ustedes «polis»? —dijo con cara de ingenuo el recepcionista.

—Puede llamar al FBI si tiene alguna duda —le aclaró la teniente Taylor.

—Díganme qué he de hacer.

Aldous Fowler sacó su bloc de notas y se puso a escribir algo.

—Sólo tendrá que facilitarnos toda la información que le sea posible encontrar en esta residencia sobre la relación de personas que el detective Fowler está anotándole en una hoja de papel: cualquier dato en los anuarios, cualquier fotografía en la que puedan aparecer en el museo de trofeos y los álbumes de la residencia..., lo que sea; el más mínimo detalle puede ser importante para nosotros, ¿comprende? —dijo la teniente Taylor.

—Gracias por confiar en mí.

—Puede ponerse en contacto con nosotros en cualquier momento y a cualquier hora del día tan pronto encuentre algo; sólo tiene que llamarnos a uno de estos números —le explicó Aldous Fowler, entregándole la nota escrita.



—Y ya sabe, Samuel, guarde el secreto —dijo la teniente Taylor.

Samuel Clark Moore les había recomendado un tranquilo quiosco situado a orillas del lago que cruzaba el campus, en el que podrían tomar unos perritos calientes y algún refresco. A las dos en punto los recogería un coche patrulla de la policía de Ithaca para llevarlos a la casa de Kenneth Kogan, y apenas si les quedaba media hora para comer algo.

Decidieron dar un paseo por los alrededores del lago mientras tomaban su almuerzo. No hacía viento y la sombra de los árboles los protegía del sol. Algunas piraguas dejaban una estela de espuma blanca tras de sí, que se desvanecía en segundos con el acompasado chapoteo de los remos.

—¿Le gusta navegar, Aldous? —quiso saber la teniente Taylor.

Pero antes de que el detective contestara sonó su teléfono móvil. Aldous Fowler comprobó que se trataba de un mensaje de Pemby. Era una animación en la que un pequeño muñeco encestaba un balón de básquet en una canasta y lo celebraba con grandes aspavientos, acompañados de una música triunfal. La sonrisa de Aldous Fowler no pasó desapercibida a la agente especial del FBI.

—¿Es su hermana? —preguntó con curiosidad.

Aldous Fowler asintió en silencio y comenzó a caminar junto a la teniente Taylor.

—No se trata exactamente de mi hermana —dijo—. Se llama Susan..., Susan Gallagher, pero yo nunca la llamé por su verdadero nombre. Entonces teníamos diez años, y a mí me encantaba imaginar nombres ficticios. A Tom solía llamarle de vez en cuando Pech, aunque a él no le agradara. Probablemente fuese una influencia inconsciente de mi padre, fruto de las muchas historias que me contaba. Cuando la conocí me dijo: «Yo soy Susan», y..., sin saber por qué, yo le contesté: «Yo te llamaré Pemby». Ella se ruborizó y dijo: «Me gusta ese nombre»... Desde ese día siempre la llamé Pemby.

—Es una historia muy hermosa, Aldous —dijo la teniente Taylor, dejando que Aldous Fowler continuara.

—Pemby era la hermana gemela de mi amigo Tom. A Tom lo asesinaron cuando tenía doce años.

—¡Oh, Dios mío!, lo siento, lo siento de veras. Es terrible, Aldous, terrible, no tengo palabras...

—Ya le dije que era una historia triste, a pesar del hermoso comienzo que tuvo. Después de asistir a la escuela, Pemby, Tom y yo solíamos ir todas las tardes a pescar al lago Hurón, sin importarnos el frío, la lluvia o el viento. Pemby jamás se separaba de Tom. En primavera y verano nos bañábamos, navegábamos en canoa, construíamos cabañas, cazábamos ranas y tortugas, y pasábamos noches enteras en la orilla del lago, contando las estrellas fugaces que surcaban el cielo. Era como vivir en un sueño... Hasta que un día de otoño Tom fue a pescar solo y nunca regresó... Al

día siguiente lo encontré muerto entre unos cañaverales del lago.

—¿Lo encontró usted? ¡Oh, Dios mío, pobre muchacho!

—La noche que no regresó a casa todos los vecinos salieron a buscarlo. Había decenas de luces moviéndose en la oscuridad. Todos estaban asustados, se les notaba en el temblor de las linternas. Su padre se obstinaba en pensar que sería una más de sus muchas travesuras, que se habría entretenido con algún conocido en alguna parte. «¡Ese hijo del demonio acabará conmigo como acabó con su madre, Dios la tenga en su gloria!», gritaba desesperado. Era viudo, la madre de Tom y Pemby murió al dar a luz a sus gemelos, y él no volvió a casarse. Bruce Gallagher adoraba a su hijo, a pesar de los disgustos que le daba. Quizá porque se parecía a su difunta esposa más que Pemby. Tampoco era la primera vez que Tom no llegaba por la noche a casa... —hizo una mueca, como el inicio de una sonrisa inacabada—. En una ocasión se quedó a dormir con Pemby y otra amiga en una de nuestras cabañas; quería enseñarles unas sirenas plateadas que decía haber visto en el lago. ¡Los padres de la amiga de Pemby estuvieron a punto de lincharlo!

—Puedo comprenderlo.

—Pero yo sabía que aquella noche era distinto. Algo..., no sé, una fatal intuición o un miedo que jamás había sentido, me hacía temer que le había ocurrido algo grave. Y no me equivoqué. Cuando lo enterraron, juré sobre su tumba que encontraría al asesino... Pero nunca pude cumplir mi juramento.

—Usted no tuvo ninguna culpa, Aldous. ¿Por qué se tortura con esa idea?

—Aquella tarde Tom me insistió una y otra vez para que fuera con él a pescar. Pocos días antes habíamos descubierto a orillas del lago un lugar casi inaccesible en el que abundaban las truchas y estaba ansioso por regresar allí. Pero yo no le acompañé, preferí quedarme en su casa ayudando a Pemby a preparar sus deberes de clase. Me encantaba estar junto a Pemby. Sus ojos eran tan azules... Hay noches que oigo en sueños la voz de Tom llamándome a gritos, implorándome que le ayude a sacar del lago una trucha enorme, la trucha más grande que nadie haya pescado jamás... Pero cuando me acerco a él lo veo dormido, acurrucado, como si tuviera frío. Cuando le hablo no me responde, y es su insoportable silencio lo que me hace despertar de esa pesadilla. Aún me pregunto quién pudo cometer un crimen tan abominable, y me atormenta no encontrar ninguna respuesta.

—¿Por eso quiso ser policía de homicidios?

—Supongo que sí, que fue una manera de ser fiel a un amigo asesinado...

—Tom estaría contento si lo supiera, y supongo que su pobre padre se sentiría orgulloso de usted.

—El padre de Tom tenía que desplazarse con frecuencia a la ciudad por asuntos de negocios. Esos días Pemby se quedaba en mi casa. Desde que murió su hermano gemelo se sentía como si le hubiesen amputado la mitad de su cuerpo y no quería

separarse de mí...; como si temiera que también yo pudiera desaparecer de su vida. Cuando su padre murió, la adoptamos en mi familia. Con sólo doce años me decía que yo era lo único que le quedaba en el mundo para no morir de tristeza.

# EL CLUB GÓTICO

8

—Lo haremos esta misma madrugada. ¿Está todo preparado? —dijo Walter Stuck, dirigiéndose hacia la chimenea de su laboratorio alquímico.

—Sólo falta la víctima —respondió Benson.

—Lars Murliken nos está esperando en su casa de la playa en Atlantic City. Llegaremos allí antes de medianoche.

La cámara secreta se abrió con un silencio mortuorio, como si el horror que guardaba en su interior se negara a salir de ella, ni siquiera en forma de algún sonido fantasmagórico. Walter Stuck cogió una de las urnas de cristal vacías y volvió a cerrar la chimenea, girando la cabeza del caballo de bronce.

—Guárdala en el maletín —dijo, entregándosela a Benson con cuidado.

El criado cogió la urna con sus guantes de cuero como si temiera que pudiese deshacerse entre sus manos. Se acercó al voluminoso maletín negro abierto sobre una mesa y la colocó en el hueco acolchado que la protegería de cualquier golpe. Junto a la urna había un sofisticado ordenador portátil y otros extraños aparatos y artilugios de menor tamaño, cada uno ajustado en distintos departamentos del maletín, cuya parte superior albergaba diferentes tipos de jeringas, tubos de ensayo y botes con sustancias químicas diversas.

Benson cerró el maletín, corrió las cremalleras y ajustó las correas a los broches metálicos.

—Aguarda un momento, aún falta algo —dijo Walter Stuck, pensativo—. Con Lars Murliken usaremos también el signo del Club Gótico.

—¿No será demasiado arriesgado?

—Nadie sabe nada del Club Gótico, y nunca podrán relacionarlo con nosotros. Sin embargo, estoy seguro de que a los miembros del Consejo les satisfará ver que en el cadáver aparece también nuestro símbolo sagrado. Cuando la prensa hable de ello, se preguntarán qué poderosa organización se oculta tras él y tras la palabra «Kôt». Marcaremos un signo en cada mano de Lars Murliken, «Kôt» en la derecha, como en los otros, y las serpientes en la izquierda. El mundo científico comenzará a horrorizarse, y no hay nada más útil que el miedo para anular a un enemigo despreciable.

Los potentes faros de la limusina se deslizaban por la autopista de la Costa Este, inundando de pura luz halógena las entrañas de una noche sin luna. Walter Stuck había calculado que en poco menos de dos horas estarían en las playas de Atlantic City, aspirando la humedad balsámica del océano. Abandonaron Manhattan por el Holland Tunnel y tomaron la salida de la autopista 78 hacia Nueva Jersey, para enlazar algunos kilómetros después con la 95. El tráfico era escaso, pero Benson

mantenía una velocidad de crucero constante, que nunca superaba los límites legales. Aunque el contenido del maletín que llevaban podría pasar por un moderno y sofisticado equipo médico, tampoco deseaba tener que dar explicaciones sobre su utilidad y funcionamiento a una patrulla de policías de carretera; sobre todo si encontraban en el doble fondo los hierros con las marcas secretas del Club Gótico. Pasaron las pequeñas ciudades de Hazlet y Middletown, y continuaron bordeando los abundantes estuarios de la costa desde Dover hasta Pleasantville. Durante el viaje, Walter Stuck no dijo nada, sólo se frotaba las manos una y otra vez como si ese gesto repetitivo lo tranquilizara. Matar a un hombre, por más que creyera estar acostumbrado a ver cómo se esfumaba la vida de sus víctimas en un último y desesperado aliento, le provocaba una incómoda agitación. Pero ése era su deber y lo cumpliría sin piedad. Dios, su dios, el verdadero y único dios, lo había escogido como un nuevo profeta en la Tierra para devolver a la humanidad al recto camino de la ignorancia. No había otra alternativa para el ser humano que volver a conciliarse con el Creador, rendirse humildemente ante Él y aceptar Su suprema sabiduría sobre la perversa arrogancia de la ciencia. Ella era la responsable de los males que aquejaban al mundo. Lo supo siempre, incluso cuando él mismo se resistía a aceptarlo. Pero ahora había vuelto a encontrar la verdad. No la verdad de los científicos sino la verdad de su dios. Por ello tenía que apoderarse de la Esencia del Misterio dondequiera que estuviese escondida, aunque para ello tuviera que seguir asesinando a todos los que sabían de su existencia. La Fundación Universo acabaría ardiendo en el infierno.

# LA MISIÓN OURÓBOROS

9

Beth Hampton y Nicholas Kilby siguieron los pasos de Carol Ramsey a través de la Base Central de la EEJA. Salieron de la sala del mosaico de las tres jóvenes diosas de la ciencia, cruzaron el amplio hall, y entraron en una especie de vestidor repleto de armarios.

—Os daré algunas cosas que formarán parte de vuestros equipos y que os ayudarán a cumplir la misión —dijo Carol, situándose ante una mesa alargada. Nicholas y Beth se mantenían expectantes junto a ella, preguntándose qué les entregaría.

Abrió un armario y sacó tres mochilas con el logo de la EEJA bordado en la parte superior del cierre.

—Aquí podréis guardar y trasladar los objetos que encontraréis por el camino. Y además... —Abrió la mochila y comenzó a extraer distintas cosas de su interior.

—¿Adónde deberemos ir? —la interrumpió Beth con mucho entusiasmo, aunque algo nerviosa.

—Lo sabréis muy pronto, ten un poco de paciencia... Con este dispositivo, que deberemos llevar en nuestro oído derecho —dijo mostrándoles un auricular diminuto—, podremos estar comunicados en cualquier momento. Será mejor que nos los coloquemos ahora —añadió, llevando el auricular hasta el interior de su oído.

Los personajes de Nicholas y Beth la imitaron.

—¿Todo bien? ¿Alguna molestia? —preguntó Carol.

—No, ninguna —dijo Beth sonriendo. No había notado nada en su oído.

—Es una agenda electrónica multiuso. Con ella podremos conectarnos a internet, enviar mensajes, hablar por el móvil, hacer fotografías o grabaciones de vídeo.

Nicholas volvió a pensar que todos esos elementos formaban realmente parte de cualquier videojuego de consola, y comprobó que en la parte inferior de la pantalla de su ordenador había aparecido un icono con forma de pequeña mochila. Movi6 el joystick hasta que el icono se iluminó, lo pulsó y comprobó que se desplegaba una ventana en el ángulo superior derecho con todos los objetos que Carol les había entregado.

—¿Cómo sabremos cuándo tenemos que usar cada objeto? —quiso saber.

—Lo sabremos, NK, no te preocupes por eso ahora.

Carol se volvió y se acercó de nuevo hacia el armario. Sacó de su interior una pesada caja metálica y la depositó sobre la mesa.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Beth.

Pero no fue necesario que Carol le contestara. Lo vio con sus propios ojos tan pronto Carol abrió la caja.

—¡Armas, son armas, BH! —exclamó Nicholas, antes de que Beth pudiese abrir la boca.

—¿Tendremos que matar a gente con esas armas? —preguntó Beth, sintiendo un intenso cosquilleo en su estómago.

Carol Ramsey la miró con ternura.

—No se trata de gente, sino de sombras. Si quieres sobrevivir en este juego tendrás que defenderte, BH. Las sombras intentarán impedir que cumpláis vuestra misión, acabando con vuestra vida.

Al oír esto, Beth Hampton comprendió que sólo se trataba de un juego virtual, pero estaba segura de que sus vidas también correrían peligro en la realidad. Sin embargo, no dijo nada sobre los asesinatos de los científicos ni sobre la desaparición del profesor Kenneth Kogan. Eso era algo que ella y Nicholas ya habían aceptado, y no tenía sentido volver a hablar de ello. Ahora sólo debían seguir adelante.

—¿Cuál será la mía? —preguntó, decidida.

—Ésta te servirá —dijo, entregándole una especie de revólver futurista con funda, que Beth se colocó de inmediato en la cintura.

Nicholas cogió otro, comprobando que en la pantalla de su ordenador, junto al icono de la mochila, aparecía un arma idéntica a la suya.

—Creo que esto se pone emocionante, BH. ¡Temblad, sombras del universo!

—Aún nos queda lo más importante, pero debemos ir a buscarlo a la sala del mosaico —dijo Carol.

Los personajes virtuales de Nicholas y Beth llevaban puestos los trajes azules de astronautas aspirantes, las gorras de la EEJA ladeadas, sus nuevas mochilas colgadas a la espalda y las armas al lado derecho de la cintura.

Desandaron el mismo camino, pasando por el hall y entrando de nuevo en la sala del mosaico. Pero algo había cambiado en ellos, algo que no sabían definir ni explicar, algo imperceptible que, sin embargo, les hacía sentirse con una seguridad en sí mismos que hasta ese momento desconocían. Ya no le tenían miedo a nada ni a nadie.

Sobre la mesa de la sala de los enigmas había dos pergaminos, enrollados y atados por una cinta roja como si se tratara de dos mensajes llegados desde la Edad Media. Carol los cogió y le dio uno a Beth y otro a Nicholas.

—¿Qué son estos pergaminos? —preguntó Nicholas, disponiéndose a retirar la cinta roja que los mantenía enrollados.

—Antes de conocer el significado de esos rollos, deberéis resolver un enigma. Éste es el juego de los enigmas infinitos, no lo olvidéis. Para avanzar es necesario resolverlos.

—¿Y si no lo conseguimos? —quiso saber Beth.

—Si pasan más de veinticuatro horas sin que hayáis resuelto un enigma, el juego

terminará.

—Hay algo que no nos has dicho aún, Carol —murmuró Nicholas.

—Es posible que lo haya olvidado, NK. ¿De qué no os he hablado?

—Del número de vidas de que dispondremos para cumplir la Misión Ouróboros.

—Tienes razón, NK, pero pensé que era algo evidente. No tendréis más que una oportunidad para llegar hasta el final. Si los enemigos de la Esencia del Misterio logran derrotaros, vuestra misión quedará inacabada.

»Yo también puedo morir durante el juego y, aunque lograra salvar mi vida, no serviría de nada. Sólo vosotros podéis poseer la Esencia del Misterio. Habéis sido los elegidos.

Nicholas se estremeció.

—¿Y si uno de nosotros logra sobrevivir?

—Deberá intentar cumplir la Misión Ouróboros él solo, será nuestra última oportunidad de recuperar la Esencia del Misterio. Mucho me temo que, después de la desaparición del profesor Kenneth Kogan, ningún otro astronauta aspirante de la EEJA podrá volver a intentarlo.

—¿Qué ocurriría entonces con la Esencia del Misterio? —preguntó Beth, que no quería dejar ningún cabo suelto. No mientras su vida, aunque fuera virtual, estuviera en juego.

—Seguramente caería en manos de los asesinos.

—Eso no ocurrirá mientras BH y yo estemos con vida —aseguró Nicholas, sin precisar si se refería a sus vidas virtuales o reales.

—Yo os protegeré siempre que me sea posible..., podéis estar seguros.

—¿Dónde encontraremos el primer enigma? —preguntó Nicholas.

—No tendremos que movernos de aquí. Yo misma os lo diré, si estáis preparados para comenzar la Misión Ouróboros.

—Estamos listos, Carol. Suéltalo ya —dijo Beth impaciente.

—¿Recordáis los seudónimos de los miembros de la Fundación Universo?

Beth había anotado los nombres de los nueve estudiantes de la Universidad de Cornell que firmaron el documento fundacional, y dijo con rapidez:

—Sí, yo los sé. Los apunté todos cuando los nombraste. Eran... —buscó la nota junto al teclado y pronunció cada seudónimo con lentitud:— aquí están: Luz..., Rosa..., Cielo..., Vida..., Piedra..., Gótico..., Luna..., Arte... y Estrella.

—Bien, BH, ya veo que estás atenta a todo —dijo Carol.

—A mí se me escapó ese detalle. Lo siento, no tuve la precaución de anotar los seudónimos —admitió Nicholas.

—Somos un equipo, NK. Un equipo invencible —dijo Beth, exteriorizando su euforia.

—Bien —dijo Carol, apartándose el flequillo de los ojos—, el primer enigma de



la Misión Ouróboros contiene la palabra «luz», que se corresponde con el seudónimo del primer estudiante de Cornell que estampó su firma en el documento original de la Fundación Universo en diciembre del año 1953, y dice así:

Del mar llegó la llama, como símbolo de luz y libertad;  
eterno sueño de los genios, que iluminaron a la humanidad.

# EL PRESTIDIGITADOR

9

Un agente especial del FBI los estaba esperando en el porche de la casa del desaparecido Kenneth Kogan. Era un hombre alto con aspecto de ejecutivo de una compañía financiera: traje de rayas de color gris, sin corbata, camisa blanca, gafas oscuras, una melena grisácea bien peinada, un cutis hidratado y una expresión de fría indiferencia en su rostro. Debía de tener unos cincuenta años de edad y una gran experiencia a sus espaldas. Se llamaba Andrew McCloskey.

Se puso en pie tan pronto oyó los crujidos de la grava del camino, aplastada por las ruedas de un vehículo. Pensó que debía de tratarse del coche patrulla de la policía de Ithaca que trasladaba a la teniente Taylor desde la Universidad de Cornell y no se equivocó. Ése era un acertijo fácil. ¿Quién, si no, iba a adentrarse en aquel tupido bosque en busca de una casa solitaria que parecía estar en medio de ninguna parte? Miró su reloj de pulsera y comprobó que la teniente Taylor seguía siendo tan puntual como siempre: eran las dos y media en punto de la tarde.

El coche patrulla se detuvo junto a un viejo Dodge deportivo de color negro, aparcado bajo la sombra de un árbol milenario cuyo diámetro apenas era abarcable por dos hombres con los brazos extendidos a su alrededor. La teniente Taylor bajó del vehículo y se acercó sonriendo a Andrew McCloskey.

—Sigues estando tan irresistiblemente guapo como en tus mejores tiempos —dijo, abrazándolo con ternura.

—¡Ahora vivo mis mejores tiempos...! —replicó Andrew McCloskey, separándose de ella para contemplarla de arriba abajo—. ¡Tú sí que estás impresionante!

—Pero éstos no son mis mejores tiempos, siento que cada año envejezco como si cumpliera diez de golpe —dijo la teniente Taylor, riéndose de sí misma.

—La vejez no se atreverá a tocarte.

—¿Cómo están Lucy y los niños?

—Bien, bien... como siempre. El pequeño ya estudia en la universidad.

—¡Cielo santo, cómo pasa el tiempo! Y tú pretendes que nosotros sigamos *considerándonos* jóvenes...

Aldous Fowler también había bajado del coche patrulla y aguardaba apoyado sobre el capó a ser presentado. La teniente Taylor no le había comentado que el agente especial con el que debían encontrarse en la casa de Kenneth Kogan era un antiguo amigo suyo.

—Oh, espera un momento, Andrew... —dijo la teniente Taylor volviéndose hacia atrás—. Quiero presentarte al detective de homicidios del departamento de policía de Nueva York, Aldous Fowler.

El detective Fowler se acercó sonriendo y estrechó la mano del agente del FBI.

—El capitán Andrew McCloskey se ocupa de investigar la desaparición de Kenneth Kogan. Es el mejor agente del FBI que yo haya conocido jamás...; puedo jurarlo por mi honor —dijo levantando la mano con solemnidad.

—No le haga caso a Tessa, es tan exagerada como su belleza —la halagó—. Apuesto a que no le has dicho a Aldous que en la Academia del FBI en Quantico te llamábamos Teté. ¡Tessa Taylor: temible y traviesa! Era un juego de palabras con la letra T que la definía completamente —explicó animado Andrew McCloskey.

—Eso es algo que todo el mundo sabe en el FBI —dijo riendo la teniente.

Aldous Fowler sabía que la llamaban Teté, pero suponía que era por las iniciales de Teniente Taylor. Ignoraba que fuese un cariñoso apelativo de sus compañeros de academia debido a las iniciales de su nombre y apellido, así como a las notas más definidas de su carácter.

El capitán McCloskey se acercó a los policías que aún permanecían en el interior del coche patrulla esperando instrucciones. Les dijo que podían marcharse, que él se ocuparía de llevar de vuelta hasta Cornell a la teniente Taylor y al detective Fowler.

—¿Cómo está todo ahí dentro? —preguntó la teniente Taylor señalando con la mirada el interior de la casa, después de que Andrew McCloskey regresara a su lado.

—Bastante revuelto.

Una mancha oscura sobre el entarimado de madera del porche, junto a la puerta principal de la casa, hizo que Aldous Fowler se agachara y observara la huella dejada por un gran charco de sangre reseca.

—¿De qué raza era el perro de Kenneth Kogan?

—Un San Bernardo. Según el informe de balística, le dispararon en la cabeza con una pistola de bolsillo; posiblemente una FIE Titán, de calibre veinticinco. Pero eso fue después de que alguien le rompiera el cuello con sus propias manos. El veterinario que examinó el cadáver asegura que debió de tratarse de un individuo con una fuerza descomunal.

—¿Qué sentido tiene entonces que le dispararan, si el pobre animal ya estaba muerto? —preguntó la teniente Taylor, acercándose a la mancha de sangre.

—Nadie lo sabe, quizá sólo se trate del sanguinario capricho de un tipo bastante despiadado —dijo Andrew McCloskey.

—Pasemos al interior de la casa —indicó la teniente Taylor.

La casa de Kenneth Kogan no era una casa común, a pesar de la sencillez exterior de su fachada de madera blanca con grandes ventanales abiertos al bosque. Tenía dos pisos de altura y una amplia buhardilla bajo el techo de pizarra, del que sobresalía una chimenea de piedra. Sobre la cubierta del garaje se apiñaban un sinfín de antenas: algunas parabólicas convencionales y, otras, con una original forma de seta invertida. Pero lo realmente extraordinario de la casa estaba dentro, disperso entre el caos del

mobiliario destrozado.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la teniente Taylor al traspasar el umbral de la puerta.

—¡Es como un pequeño centro de control espacial de la NASA! —fue lo único que acertó a decir Aldous Fowler, maravillado por todo cuanto lo rodeaba.

Las paredes del salón estaban cubiertas por extensos paneles metálicos repletos de interruptores y lucecitas, enormes pantallas digitales y ordenadores de todo tipo y tamaño, muchos de ellos desguazados, con los cables asomando de su interior como si les hubiesen arrancado las entrañas. Distintas mesas distribuidas por la sala habían sido aplastadas con todos los enseres y aparatos que soportaban, creando una atmósfera de estrafalario desastre tecnológico.

—¿Quién es, realmente, Kenneth Kogan? —preguntó Aldous Fowler, atónito ante aquel prodigio de tecnología aeroespacial desparramada por todas partes.

—Un verdadero genio, un gran sabio, un ser único completamente desconocido hasta su reciente desaparición —respondió el capitán Andrew McCloskey, con un halo de misterio en su voz.

—¿Qué sabes de él? —inquirió la teniente Taylor, mientras se colocaba unos guantes de látex que acababa de sacar de su bolso.

Andrew McCloskey carraspeó para aclararse la voz.

—De su infancia y de su juventud poco se conoce, salvo que nació en Pittsburg, Pensilvania, y estudió en la Universidad de Cornell...

La teniente Taylor lo interrumpió.

—Esta misma mañana hemos averiguado allí que Kenneth Kogan vivió durante sus años de estudiante en la antigua residencia Tannhäuser, junto a los dos científicos asesinados, Paul Drester y John Seik, y el fallecido Adam Grosling, fundador del Centro de Investigación Neurológica de Nueva York. Pero aún desconocemos qué vínculos concretos podrían unirlos. De momento sólo tenemos claro que su conexión comienza en Cornell.

—Es un dato interesante, sin duda —aceptó Andrew McCloskey—. Curiosamente, Kenneth Kogan continuó colaborando durante muchos años con la universidad, incluso después de incorporarse como director al equipo de programación de vuelos espaciales de la NASA. Era, por decirlo de algún modo, un hombre bastante tímido y polifacético, al que no le gustaba tener ningún tipo de protagonismo. Nadie le conocía ni nadie sabía de él, salvo sus más cercanos colaboradores y, sin embargo, a él se deben muchos de los hitos históricos de la NASA en su larga carrera por la conquista del universo. Participó activamente en los diseños de muchos satélites, robots, sondas, cohetes y transbordadores espaciales, además de realizar importantes investigaciones tendentes a explicar el origen del universo... —Hizo una pausa para sacar un papel doblado del bolsillo de su chaqueta

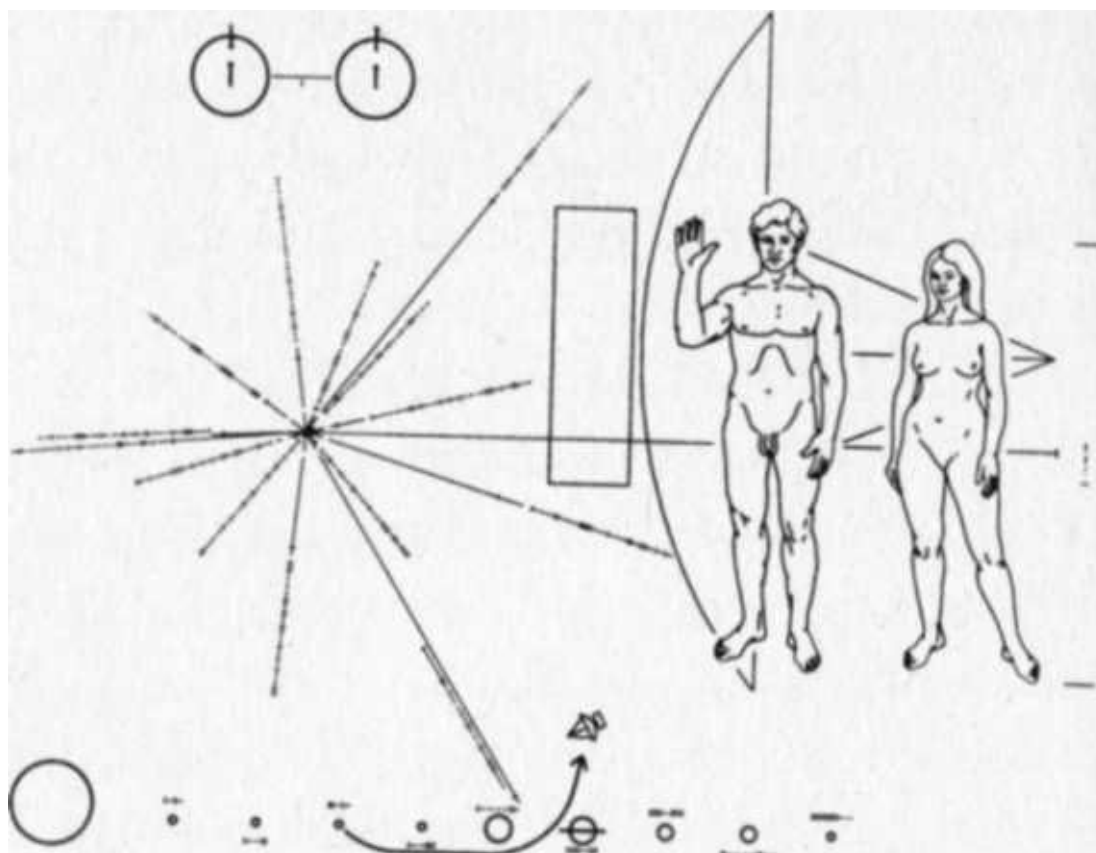
—. Últimamente colaboraba desde esta misma casa en un proyecto secreto de la NASA.

—¿Un proyecto secreto? —preguntó Aldous Fowler abriendo los ojos de par en par. Quizá eso lo explicara todo, o al menos, lo que buscaban sus secuestradores en la casa.

—Sí, una misión declarada secreta por la NASA: la Misión Ouróboros.

—La Misión Ouróboros... —repitió la teniente Taylor quedándose pensativa, como si pudiese adivinar de qué se trataba con sólo pronunciar ese nombre.

Andrew McCloskey desdobló la hoja de papel y se la mostró a sus compañeros.

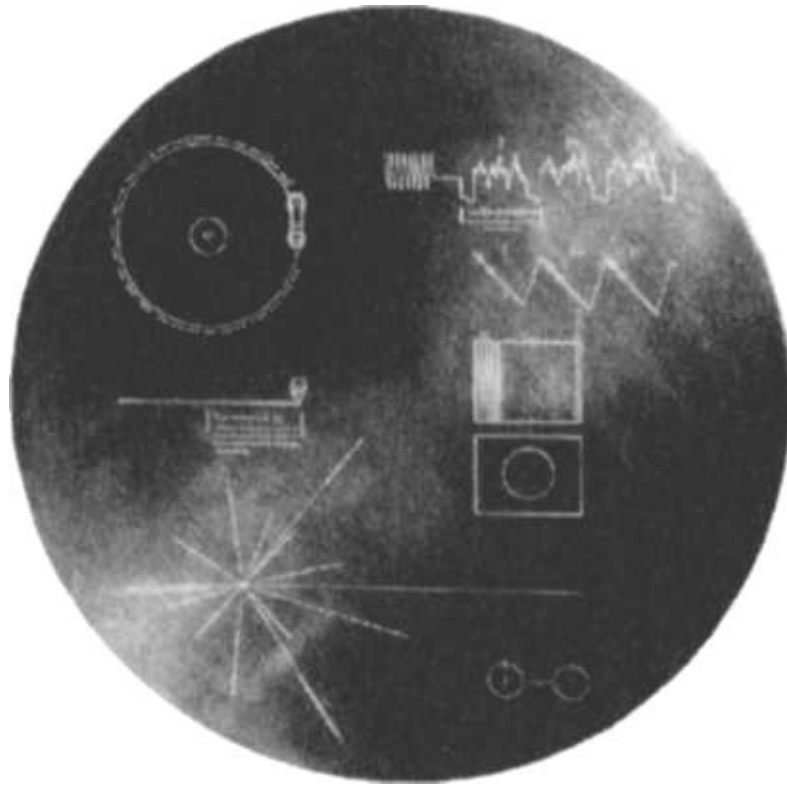


—¿Habíais visto este dibujo alguna vez?

Los ojos de Aldous Fowler y de la teniente Taylor se cruzaron con el mismo signo de interrogación reflejado en sus pupilas.

—No, ninguna —dijo Aldous Fowler con rapidez.

La teniente Taylor también negó con la cabeza, mientras Andrew McCloskey le daba la vuelta a la hoja de papel y les mostraba el reverso, con una fotografía.



—Y esto, ¿os dice algo?

La teniente Taylor y Aldous Fowler miraban incrédulos la hoja de papel que tenían ante sus ojos. Si el capitán Andrew McCloskey se había propuesto sorprenderlos, no les cabía la menor duda de que lo había conseguido.

—¿Es un medallón? —preguntó la agente especial del FBI, incapaz de imaginar de qué podía tratarse.

—Frío, frío... —dijo Andrew McCloskey como si jugaran a las adivinanzas. Luego, prosiguió—: Supongo que al menos habréis oído hablar de Carl Sagan...

—Sí, claro... Fue un famoso divulgador científico en televisión, ¿no? —dijo Aldous Fowler, sin estar muy seguro de que fuera así realmente.

—Efectivamente —corroboró la teniente Taylor—. Yo veía de vez en cuando alguno de los programas de su popular serie... ¿Cómo se llamaba?

—Cosmos —dijo Andrew McCloskey en un susurro—. Pero Carl Sagan fue mucho más que un conocido presentador de televisión. En lo que a nosotros nos importa será suficiente con que os diga que Carl Sagan fue el principal promotor, junto a otros destacados astrónomos y científicos, del proyecto SETI (Search for Extraterrestrial Intelligence).

—Algo he oído alguna vez sobre la idea de buscar una inteligencia extraterrestre. Porque se trata de eso, ¿no es cierto, Andrew? —dijo la teniente Taylor.

—Así es, Tessa. Para muchos críticos de Carl Sagan, ese proyecto no dejaba de ser un disparate, una locura, una de sus fantasías sobre el universo y la posibilidad de que existan otros mundos desarrollados como el nuestro.

Aldous Fowler y la teniente Taylor comenzaban a perderse entre la maraña de datos que el capitán del FBI les proporcionaba.

—¿Adónde quieres ir a parar, Andrew? —preguntó la teniente Taylor para intentar centrar la cuestión. Si no se equivocaba, ellos estaban allí para investigar las causas de la desaparición de Kenneth Kogan.

—Cada cosa a su tiempo, Tessa. Sé que puede pareceros confuso, pero pronto lo entenderéis todo.

—¿Tiene alguna idea de lo que puede haberle ocurrido a Kenneth Kogan? —insistió Aldous Fowler.

—No, aún no. Pero empezamos a tener idea de qué podían buscar en su casa quienes le secuestraron. No se llevaron dinero, ni ninguna otra cosa de valor, y ello nos hace pensar que lo que buscaban y no encontraron podía estar relacionado con la secreta Misión Ouróboros de la NASA. Eso es precisamente lo que estoy intentando explicaros.

—Continúa, Andrew, no era nuestra intención interrumpirte; es sólo que el detective Fowler tiene una cita esta noche en Nueva York a la que no puede faltar. Le di mi palabra de que llegaría a tiempo —dijo la teniente Taylor, para sorpresa del propio Aldous Fowler.

—No se preocupen por mí, no tengo ninguna prisa.

—De acuerdo, intentaré ser breve... —Andrew McCloskey se tomó un respiro para intentar recordar en qué punto de su relato se había quedado—. Ah, sí, os hablaba del proyecto SETI impulsado por Carl Sagan. Su idea era intentar captar las señales de radio que pudiesen viajar por el espacio, creando una especie de rastreadores terrestres que localizaran e interpretaran esas ondas cuando se encontraran. Que se supiera, hasta el momento el proyecto SETI no había obtenido ningún resultado positivo. Pero Carl Sagan también ideó un modo de enviar mensajes terrestres a otras civilizaciones que pudieran encontrarse en el espacio, fuera incluso de nuestro sistema solar.

—¿Eso es cierto? —preguntó incrédulo Aldous Fowler.

—Tan cierto como que está usted aquí en este instante —afirmó Andrew McCloskey, señalando el pedazo de suelo que el detective de homicidios pisaba—. Esa idea, en apariencia ingenua y casi infantil, fue propuesta por Carl Sagan a la NASA, y el dos de marzo de 1972, la sonda *Pioneer X* fue lanzada al espacio desde Cabo Cañaveral, con la misión de explorar los planetas gigantes del sistema solar. En su estructura se instaló una placa de metal con un mensaje simbólico inscrito, que es el que os he mostrado dibujado en este papel. Otra placa igual se envió junto con la sonda *Pioneer XI*, lanzada también desde Cabo Cañaveral en el año 1973.

—Fue como lanzar al espacio un mensaje en una botella —murmuró asombrada la teniente Taylor.

—En el lenguaje de un náufrago podría decirse así.

—¿Y sabe si hubo algún tipo de respuesta a ese mensaje? —preguntó Aldous Fowler.

—No, que se sepa. Pero cinco años después, en el año mil novecientos setenta y siete, la NASA volvió a enviar al espacio dos nuevas sondas espaciales, la Voyager I y la Voyager II, a las que se unió un disco de oro, que es el que os he mostrado en esa fotocopia a color, en el que, además de los signos que veis, se gravaron distintas músicas del mundo, cincuenta y cinco saludos en casi todas las lenguas humanas, un saludo del entonces secretario general de la ONU, distintos sonidos de la Tierra como los del viento y el mar, y ciento quince imágenes sobre nuestro planeta, nuestro cuerpo y nuestra sociedad.

—¿Dónde has aprendido tanto sobre la conquista del espacio, Andrew? Creía que tu especialidad eran los secuestros de personas importantes.

—Sólo son gajes del oficio, Tessa. Tú lo sabes bien.

—¿Y qué ocurrió luego? —preguntó Aldous Fowler.

—Las sondas Voyager y los discos de oro con los mensajes simbólicos, diseñados por un amigo de Carl Sagan llamado Frank Drake, continúan su viaje estelar desde hace más de treinta años por el espacio, fuera del sistema solar. Aún no sabemos cómo pudo hacerlo, pero lo cierto es que, hace un año, Kenneth Kogan había localizado un planeta extrasolar que pudo haber recibido uno de los mensajes simbólicos. Por eso dirigía desde entonces la Misión Ouróboros, cuyo destino secreto era ese planeta con posible vida inteligente.

—¿Y eso tiene algo que ver con lo que buscaban los secuestradores de Kenneth Kogan? —preguntó la teniente Taylor.

Andrew McCloskey respiró hondo.

—Creemos que eso es exactamente lo que buscaban sus secuestradores. La NASA desconocía todavía la situación exacta de ese planeta. Sólo lo sabía Kenneth Kogan.

—¡Es algo inaudito! Me parece absurdo que podamos estar hablando de algo parecido a los ovnis. Suena ridículo —murmuró la teniente Taylor.

—Los secuestradores de Kenneth Kogan no deben de pensar como tú.

—¿Carl Sagan aún vive? —preguntó Aldous Fowler, desconcertado.

—No, murió el veinte de noviembre de 1996. Hace más de diez años. Él no pudo ver realizado su sueño, pero Kenneth Kogan estaba en el camino de conseguirlo.

—Confío en que Carl Sagan no estudiara también en Cornell. Debía de tener casi la misma edad que Kenneth Kogan —especuló la teniente Taylor.

El capitán McCloskey sonrió.

—No, se licenció en astronomía por la Universidad de Chicago...

—Bien, al menos no tendremos que preocuparnos de que Carl Sagan tuviera



alguna relación con las víctimas de los crímenes. Todos estudiaron en Cornell.

—Aún no había terminado, Tessa.

—¿Hay algo más?

—Sí, hay algo más que quizá pueda interesarte: Carl Sagan y su amigo Frank Drake fueron durante muchos años titulares de la cátedra de Astronomía y Ciencias del Espacio de la Universidad de Cornell.

# EL CLUB GÓTICO

9

Susan Gallagher se sentía feliz. Tenía treinta años, era una periodista famosa y respetada, los hombres se detenían a su paso para contemplar su belleza de insólita divinidad, disfrutaba de una independencia personal sin extravagancias, y la tarde anterior había gritado hasta desgañitarse, animando a los Detroit Pistons en el Madison Square Garden de Nueva York. Pensaba que era una mujer afortunada, a la que le bastaba tener un deseo para que se cumpliera al instante, como una heroína de cuento que gozara de la protección de un ser mágico e invisible. Pero Susan Gallagher nunca hubiera podido imaginar que, esa noche, el enigmático Walter Stuck la recibiría en su residencia privada de Greenwich Village, con los honores de una princesa.

La mansión de Walter Stuck era un gran palacete restaurado, que había servido para albergar un antiguo y fastuoso museo de cera hasta finales del siglo XX, en que fue definitivamente clausurado. Situada a espaldas del noble Jefferson Market Courthouse, un hermoso edificio de estilo gótico y color rojizo, la mansión de Walter Stuck parecía pertenecer a otro espacio y a otro tiempo, más propios de caballeros embutidos en brillantes armaduras que de afortunados magnates del petróleo y las finanzas, cuyas vidas flotaban entre los esbeltos rascacielos de Manhattan. Y de no ser porque Susan Gallagher era poco propensa a recrearse en esas fantasías y quimeras, bien hubiera podido pensar que estaba siendo hipnotizada por algún inexplicable encantamiento o hechizo.

Walter Stuck la recibió al pie de la escalinata, abrió la puerta de la limusina y le dio la bienvenida besando su mano con un ritual de aristócrata europeo.

—Gracias por venir, Susan —dijo.

—Debo admitir que ha logrado usted impresionarme, señor Stuck. Este lugar es maravilloso.

—Espere a ver el interior —dijo, ofreciéndole su brazo.

—¿Cómo deberé llamarle? ¿Sir Walter Stuck? —preguntó Susan, admirada.

—Llámemme simplemente Walter, nunca me gustaron los títulos nobiliarios.

Desde la escalinata, Susan Gallagher pudo ver que todas las habitaciones de la mansión estaban tenuemente iluminadas, permitiéndole vislumbrar a través de los ventanales la suntuosidad palaciega de su decoración.

Un mayordomo elegantemente vestido con traje negro y pajarita del mismo color los recibió en la entrada. Era un hombre corpulento y calvo de sobrecogedoras facciones, que la saludó con una respetuosa reverencia y una sonrisa apenas dibujada en sus labios, antes de ofrecerle una copa de champán. Walter Stuck percibió un destello de inquietud en los hermosos ojos azules de su invitada, y dijo:

—No se preocupe por Otto, es tan inofensivo como un peluche, a pesar de su turbador aspecto.

Susan Gallagher se esforzó por disimular su embarazosa reacción de temor y saludó al mayordomo con un «buenas noches» impregnado de disculpas, a la vez que cogía la copa de champán que le ofrecía.

—Otto no podrá contestarle, le extirparon la lengua cuando era joven a causa de un tumor maligno.

«Ya veo que ha cuidado la ambientación hasta el último detalle», pensó decir Susan Gallagher, pero esperó a que el mayordomo se retirara y optó por preguntar:

—¿Cómo le conoció?

—Otto era el vigilante nocturno del antiguo museo de cera instalado en este edificio desde los años ochenta...

—¿Esta mansión fue un museo de cera? —inquirió Susan, sorprendida.

—Y aún lo es.

—No puedo creerlo —dijo Susan, mirando a su alrededor como si buscara alguna figura inmortalizada entre el pomposo mobiliario del hall.

—Cuando una de mis sociedades financieras compró este edificio, se encontraba en un estado de abandono lamentable. Sus propietarios estaban ansiosos por quitárselo de encima con todo lo que había en su interior: una verdadera joya histórica, créame, que para ellos no tenía ningún valor.

—¿Y Otto entraba también en ese lote?

—El pobre Otto había vivido entre estas paredes toda su vida. ¿Qué podía hacer con él? Si lo hubiese abandonado a su suerte en la jungla de Nueva York se habría sentido como un cervatillo entre una manada de hienas. No hubiese podido sobrevivir mucho tiempo, de eso estoy seguro.

—Fue usted muy generoso.

—Me compadecí de él, eso es todo. Además, pensé que podía seguir siendo útil en esta casa: él la conoce mejor que yo mismo. Hace unos años encargué a un equipo de arquitectos y decoradores que rehabilitaran completamente el palacio, reservando las habitaciones de la fachada para mi residencia personal, y conservando el resto como un museo particular. La colección de figuras de cera y escenarios de época del museo es realmente admirable. Otto se ocupa de que mantengan su viejo esplendor.

—¿Podré visitar el museo? —preguntó Susan, con ilusión casi infantil.

—Le advierto de que son necesarias varias horas para recorrer todas sus secciones, pero si desea verlo estará encantado de ser su guía personal el día que usted elija. Ahora será mejor que pasemos a uno de mis salones favoritos, nos aguarda una cena exquisita.

# LA MISIÓN OURÓBOROS

10

En apenas cinco minutos, Beth Hampton y Nicholas Kilby habían resuelto el enigma que Carol Ramsey les había planteado. Pero en esa ocasión no pudieron resolverlo juntos. Cada uno de ellos debía buscar la solución por su cuenta, sin poder comentar nada con el otro. Y aunque al principio les pareció un poco difícil, a medida que comenzaron a analizarlo no tardaron en comprender que se trataba de un lugar emblemático e histórico de la ciudad de Nueva York, conocido en todo el mundo. Si la llama de la que hablaba la adivinanza había llegado del mar, como símbolo de luz y libertad, no podía ser otra que la llama dorada que sostiene en una antorcha la gigantesca estatua erigida frente al puerto de Nueva York: la Estatua de la Libertad.

Beth y Nicholas comunicaron sus soluciones a Carol Ramsey, escribiéndolas en sus respectivas agendas electrónicas, como ella les había indicado.

—Habéis acertado —les comunicó—. La Estatua de la Libertad es el lugar donde comienza la Misión Ouróboros. La historia asegura que, en el año 1886, Francia donó a Estados Unidos, con motivo del primer centenario de su independencia, una inmensa estatua como alegoría de *La libertad iluminando el mundo*. Ése era su nombre original, y fue creada por el escultor francés Frédéric Auguste Bartholdi.

«Como sabéis, la estatua sostiene una antorcha con una llama dorada en su mano derecha, y una tabla en la izquierda con la inscripción «4 de julio de 1776». Sin embargo —prosiguió Carol Ramsey—, la leyenda escondida de la que ya os hablé en otra ocasión cuenta que la Estatua de la Libertad simbolizaba, además, algo que sólo algunos sabios de la antigua Sociedad Ouróboros conocían: el traslado de la Esencia del Misterio desde Europa a Estados Unidos.»

—¿Es eso cierto? ¿La Esencia del Misterio llegó desde Francia con la escultura de la Estatua de la Libertad? —preguntó Nicholas, sorprendido. Él recordaba haber leído que la estatua fue construida en París con una estructura metálica central diseñada por Gustave Eiffel, y que luego fue desmontada y enviada en barco a Nueva York.

—Eso, al menos, es lo que cuenta la leyenda escondida y, a veces, la historia y las leyendas son como las dos caras de una misma moneda. En esos lejanos años —prosiguió Carol Ramsey—, los sabios de la Sociedad Ouróboros intuyeron que Europa no sólo había agotado su capacidad de liderazgo mundial, sino que pronto se adentraría en una oscura espiral de guerras que podía poner en peligro la existencia misma de la Esencia del Misterio. Decidieron entonces que debían protegerla, enviándola a una ciudad lejana que comenzaba a ser la gran ciudad del futuro; una ciudad abierta a todas las ideas y a todas las lenguas, en la que convivirían en paz todas las razas de la Tierra.

—¿Por eso escogieron Nueva York? —quiso saber Beth.

—Sí. Ellos sabían que Nueva York se convertiría muy pronto en la nueva capital del mundo, y pensaron en crear un símbolo que representara para siempre el espíritu de la propia Esencia del Misterio: la libertad del ser humano por encima de cualquier otra creencia que lo esclavizara. Ése es también el significado de su corona de siete puntas: la libertad irradiándose a todos los rincones de la Tierra.

—Entonces, según la leyenda, fueron los sabios de la Sociedad Ouróboros los que idearon la Estatua de la Libertad y la enviaron junto con la Esencia del Misterio a Nueva York —dijo Beth.

—Así es, BH, la Estatua de la Libertad no sólo sería el símbolo de la Esencia del Misterio, sino también el lugar en que se guardaría; una especie de templo profano de la modernidad donde ocultarla de sus enemigos.

—¿Estás diciendo que los sabios de la Sociedad Ouróboros escondieron la Esencia del Misterio en la Estatua de Libertad? —pregunto Nicholas, incrédulo.

Un chispazo electrizante impulsó a Beth a responderle.

—Claro, NK. Por eso el enigma decía que del mar llegó la llama como símbolo de luz y libertad, eterno sueño de los genios que iluminaron a la humanidad: la Esencia del Misterio iluminando el mundo.

Estoy segura de que ése es el verdadero significado del enigma, y apostaría lo que fuera a que los sabios de la Sociedad Ouróboros debieron de esconderla en la llama dorada que arde en la antorcha de la estatua.

—¿Es allí donde tenemos que buscarla, Carol? —inquirió Nicholas.

—Puede estar allí o en cualquier otro lugar.

—¿Ése es un nuevo acertijo?

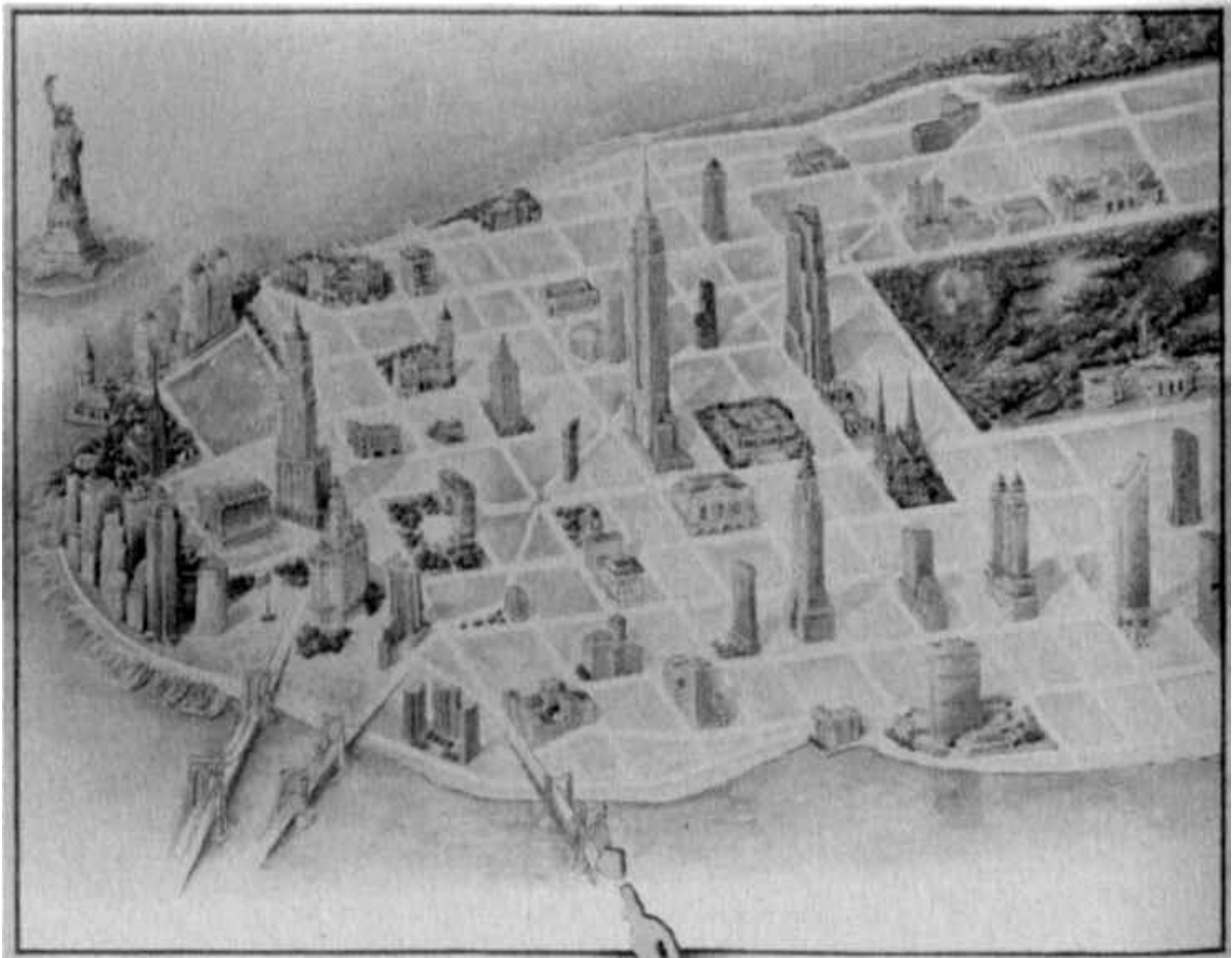
—Los enigmas de este juego son infinitos, NK.

—Sí, ya lo sé, el mensaje de la fórmula era muy claro. No lo he olvidado —dijo.

Nicholas recordó por un instante la noche que recibió el e-mail de la fórmula en su correo electrónico, y las ilusiones, las dudas y los temores que desde entonces había afrontado junto a Beth. Nunca hubiera imaginado que la solución de aquel primer enigma los conduciría a una larga cadena de misterios enlazados entre sí tan fantásticos como inquietantes. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Si como el profesor Kenneth Kogan les había dicho el futuro sólo les pertenecía a ellos, no podían permitir que la Esencia del Misterio cayera en poder de unos malvados, aunque el destino de su propia vida y de la de Beth formara ya parte de un juego, tan real como peligroso.

—Ahora podéis desenrollar los pergaminos —dijo Carol Ramsey al fin.

Con gran curiosidad, los personajes virtuales de Beth y Nicholas tiraron de las cintas rojas que los envolvían. Entonces, en las pantallas de sus ordenadores se desplegó un nuevo enigma.



—¡Es un mapa! ¡Un mapa de Manhattan! —exclamó Beth, feliz.

—¡Es el mapa de la leyenda escondida! —dijo Nicholas, emocionado. Ahora sabían lo que buscaban y dónde buscarlo: la Misión Ouróboros había comenzado.

# EL PRESTIDIGITADOR

10

Sobre la mesa había un sobre cerrado. Aldous Fowler abrió el expediente del Prestidigitador y pasó algunos documentos hasta que encontró lo que buscaba. Situó un sobre junto al otro y comprobó que eran exactamente iguales: idéntica caligrafía en la dirección postal, un sello igual y un matasellos de la misma oficina de correos de Eleventh Avenue. El autor del dibujo del laberinto volvía a comunicarse con él, pensó. Cogió el primer sobre con dos dedos, evitando borrar alguna posible huella dactilar de su remitente, y lo apartó a un lado. Luego se colocó unos guantes de plástico, cogió el nuevo sobre y lo abrió suavemente con un cortaplumas. Dentro había una hoja de papel. La sacó moviendo sus dedos con lentitud, la desdobló y comprobó que se trataba de un recorte de la página de una revista en la que aparecía la foto de un chimpancé atado a una pequeña camilla, conectado a un sinfín de cables de distinto color. Sobre la cabeza tenía una especie de casco metálico sujeto a la barbilla por una correa, y una expresión de profunda tristeza en sus ojos. La misma expresión que él había apreciado en los chimpancés enjaulados en los sótanos del Centro Grosling, cuando el director Brannagh le mostró las zonas de laboratorios y animalario.

Esta vez no se trataba de ninguna broma, se dijo a sí mismo. Quienquiera que le hubiese enviado esa carta estaba intentando decirle algo, aportarle un dato, una pista, señalarle un lugar del laberinto que le había dibujado en la nota anterior. Supuso que la fotografía de aquel chimpancé no podía tener otra interpretación que lo que en sí misma expresaba: un experimento científico realizado con un simio. Y ello volvía a conducirlo al Centro Grosling, aunque sin duda no fuese el único instituto de investigación científica en Nueva York que realizara experimentos usando chimpancés como cobayas. Incluso llegó a pensar que tal vez el remitente de esas cartas fuese el mismo asesino, que retaba de ese modo a la policía a detenerlo, o los desafiaba a descifrar correctamente las pistas que él mismo les facilitaba como si quisiera jugar con ellos. En cualquier caso, le pareció claro que el autor de aquellos mensajes sabía lo suficiente sobre los crímenes para no ser considerado un simple bromista.

La teniente Taylor no se encontraba en su despacho, pero no tardó en ponerse al teléfono.

—Sí, Aldous, ¿qué tal el partido de anoche?

—Muy emocionante, créame, ganaron los Pistons por sólo una canasta.

—Me alegro de que llegara con tiempo a su cita. Espero que su hermana se sintiera feliz de tenerlo a usted a su lado.

—Hacía meses que lo había preparado todo para que viéramos juntos ese partido

de básquet. Además, necesitábamos vernos para hablar de algunos asuntos familiares.

—Comprendo. ¿Hay alguna novedad? —preguntó la teniente Taylor, dejando sus palabras colgadas en el aire.

—He recibido una nueva carta anónima.

—¿Cómo la del ratón y el queso en el laberinto?

—El sobre, la letra y el matasellos son exactamente iguales, pero su contenido es distinto al de la carta anterior. —Hizo una pausa, como si esperara que la teniente del FBI le preguntara de qué se trataba esa vez.

—¿Otra broma?

—No, en esta ocasión parece algo más serio y premeditado, teniente. Es un recorte de la página de una revista con la fotografía de un chimpancé sometido a un experimento científico.

—¿Un chimpancé?

—Así es, el mono está conectado por todo su cuerpo a distintos cables y tiene la cabeza cubierta con un casco metálico.

—¿Hay algún dato que permita identificar de qué revista se trata?

—Sólo es un pedazo de una página con una foto. Por la parte de atrás hay una imagen incompleta de un coche, que parece ser de un anuncio publicitario —explicó Aldous Fowler.

—¿Y qué cree usted que significa ese chimpancé en este asunto, Aldous?

—Es difícil decirlo, pero cuando estuve en el Centro Grosling, vi algo parecido.

—¿Algo parecido a un chimpancé?

—Sí, bueno..., el director Brannagh me mostró las instalaciones y visitamos los laboratorios y el animalario. Allí vi a los chimpancés que utilizan para sus experimentos.

—Eso es algo común a muchos centros de investigación.

—Yo también lo he considerado así, pero es evidente que quien ha mandado este recorte de revista está diciéndonos algo sobre experimentos científicos, algunos de los cuales se realizan precisamente en el mismo lugar en que trabajaba la doctora Hart. La conexión entre esa segunda carta y los asesinatos de los científicos es indiscutible, ¿no cree?

—Creo que tiene razón, Aldous... ¿Se le ocurre alguna idea sobre qué tipo de persona puede esconderse tras ese remitente anónimo? —preguntó la teniente, que también buscaba la respuesta a esa pregunta mientras hablaba.

—Sólo se me ocurren dos posibilidades. La primera es que sea el propio asesino quien ha enviado esas cartas anónimas con intención de divertirse con nosotros, desorientarnos, o facilitarnos algunas pistas a sabiendas de que ni aun así conseguiremos identificarlo.

—De acuerdo, Aldous... nuestro hombre podría ser un psicópata fanfarrón o un



científico temerario. ¿Y la segunda?

—Que alguien esté intentando ayudarnos y no se atreva a dar la cara por miedo. Hay algo que salta a la vista en los dos matasellos, un detalle que sería impropio de un asesino inteligente.

—Eso suena mejor. ¿Qué es lo que no le encaja?

—Que los sobres hayan sido enviados desde la misma oficina postal de la calle Cuarenta y uno, muy cerca del Centro Grosling en Eleventh Avenue.

—¡Enhorabuena, Aldous! Creo que ha dado usted con un pasadizo oculto entre las malezas del laberinto. Daré órdenes para que se monte con urgencia un dispositivo de vigilancia especial sobre esa oficina postal. Es muy probable que nuestro misterioso comunicante vuelva a sentir la tentación de escribirle otra carta anónima.

—Estoy convencido de que lo hará —dijo Aldous Fowler, pensativo.

# EL CLUB GÓTICO

10

Durante la cena, un quinteto de músicos autómatas había estado interpretando obras clásicas de grandes genios de la música como Liszt, Mozart, Beethoven, Bach... Dulces melodías que flotaron entre la majestuosidad protocolaria del Salón Romántico, creando una sutil atmósfera para la melancolía. Susan Gallagher y Walter Stuck hablaron animadamente de temas intrascendentes, algunos de los cuales estaban directamente relacionados con varios de los personajes de cera que compartían mesa con ellos, como el apasionado romance de Marilyn Monroe y John F. Kennedy.

—El poder es tan seductor como la belleza —dijo Walter Stuck.

—¿Y qué hay del amor? —preguntó Susan.

—El amor sólo es algo que se aplasta entre dos cuerpos.

Al terminar los postres, Susan Gallagher encendió un cigarrillo y lanzó el humo al rostro de John F. Kennedy con coquetería.

—Bien, Walter, creo que todos tus invitados están aguardando que les hables de tu vida.

—No estoy seguro de que a ellos —dijo mirando a las réplicas de cera—, les importe mucho mi pasado.

—Pero a mí sí me importa. Tenemos una entrevista pendiente en televisión, ¿lo recuerdas?

—Verás Susan, yo tuve una infancia bastante desdichada...

Susan pensó decirle que ella también fue una niña triste y desgraciada, pero prefirió dejar sus confidencias personales para otra ocasión y se limitó a preguntar:

—¿Como Oliver Twist?

—Sí, en parte sí —la voz de Walter Stuck adquirió un tono dramático—. Mi madre me abandonó al nacer en un orfanato de Newport, en Rhode Island...

—Vaya, no imaginaba que se trataba de eso. Lo siento, no quería parecer una frívola.

—No te preocupes, comprendo que la comparación era inevitable.

—¿Nunca supiste nada de ella?

—Jamás, ni siquiera hoy sé quién fue mi madre ni por qué me abandonó. Hace algunos años intenté averiguar algún dato sobre su identidad, pero el orfanato de Newport ya no existía. Nadie sabe dónde fueron a parar sus archivos.

—Es terrible.

—Con cinco años me escapé por primera vez del orfanato. Tardaron varios días en encontrarme.

—¿Estuviste vagando solo durante varios días?

—Sí, aunque dormía en un contenedor vacío que encontré abierto en el puerto. Recuerdo que entonces quería zarpar en un barco mercante que me llevara a algún lugar lejano, pero me cogieron y me volvieron a encerrar en el orfanato. Al poco tiempo me trasladaron a otro hospicio de Connecticut, y al cumplir diez años ingresé en un colegio para huérfanos de la ciudad de Nueva York, en Queens. Un día me llamó el director a su despacho y me pidió que me sentara frente a él. «Un ángel de la guarda se ha cruzado en tu camino, hijo», me soltó de pronto sin que yo llegase a entender a qué se refería. Por un momento incluso pensé que mi madre había vuelto para recogerme.

—¿Y no fue así? —preguntó Susan, conmovida.

—No, no se trataba de eso. Fue algo más extraordinario si cabe. Alguien, un desconocido millonario que no deseaba que su nombre llegara a conocerse, había realizado una selección entre cientos de jóvenes huérfanos de la Costa Este y me eligió a mí.

—¿Quería adoptarte? —preguntó Susan, intrigada por el relato.

—Bueno, no sé si podría decirse así. Pero lo cierto es que ese hombre estaba dispuesto a considerarme como a un hijo suyo, aunque nunca llegara a conocerle. El director del colegio me explicó que, si yo aceptaba, el millonario desconocido correría con todos los gastos de mi educación en un exclusivo college de Oxford, en el Reino Unido, y me nombraría legítimo heredero de su fortuna cuando él muriera.

—Supongo que aceptaste esa oferta.

—Claro que la acepté. Pensar en huir de aquel colegio de Queens era para mí como recuperar la libertad. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera para no regresar nunca a un lugar tan deplorable como aquél, y la sola idea de viajar a Inglaterra fue suficiente para que le respondiera al director que haría cuanto mi ángel de la guarda me ordenara. Entonces ni siquiera pensé que iba a ser el único heredero de un gran imperio económico. El director me hizo jurar que no le defraudaría, y a los pocos días emprendí viaje en un trasatlántico hasta el puerto de Londres. Allí me recibió un hombre de aspecto severo llamado Peter Nowlet, que luego resultó ser como un verdadero padre para mí. «Bienvenido a casa, Walter», me dijo al verme, a la vez que estrechaba mi mano con fuerza. Fue mi tutor en el New College de Oxford hasta mi ingreso en la universidad. Peter Nowlet era profesor de historia medieval, y a él le debo mi pasión por la Edad Media y cuanto sé sobre ella. Él también me enseñó a construir maquetas de edificaciones medievales: castillos, catedrales, abadías, palacios, ciudades..., y yo era muy feliz en mi pequeño mundo de cartón piedra y caballeros de plomo. Debo admitir que en Oxford pasé los mejores años de mi vida. Terminé mis estudios universitarios licenciándome en historia, y me incorporé como profesor al mismo college del que yo había sido alumno. Hace unos años, Peter Nowlet me informó de que mi «ángel de la guarda», mi desconocido protector

durante tanto tiempo, estaba gravemente enfermo y quería que yo me hiciera cargo de algunos de sus negocios de petróleo. También me advirtió de que debía buscar una casa en Manhattan en la que vivir, una vez que él muriera y me convirtiera en su heredero. Era una de las condiciones del testamento. Entonces pensé en crear el proyecto del Parque Medieval de Nueva York, por eso compré este palacete con su colección de figuras de cera y escenarios de época. Me sentía cómodo viviendo entre fantasmas del pasado, como cuando era niño y construía maquetas medievales.

—¿Nunca llegaste a saber quién era el desconocido «ángel de la guarda»?

—Mi destino me ha negado siempre ese consuelo. No hace mucho tiempo, recibí la visita en Oxford de un abogado de Nueva York, que me informó de la muerte de mi anónimo protector. Viajé con él hasta aquí en un avión privado para regularizar todo el asunto del testamento y de mi incalculable fortuna. Desde entonces no he vuelto a Oxford.

—¿Por qué quieres que se sepa todo esto, Walter?

—Ya te dije que muchos estadounidenses desean saber quién soy realmente; a cambio yo conseguiré suficiente financiación para el proyecto del Parque Medieval: su presupuesto es de varios miles de millones de dólares y no es aconsejable que afronte yo solo los riesgos de una inversión tan cuantiosa. Ningún hombre de negocios sensato lo haría.

Susan Gallagher pasó su mano por los artísticos bordados del mantel como si los acariciara.

—Si he de serte sincera, Walter, creo que tu historia es muy interesante... Incluso diría que apasionante y conmovedora, pero esas razones de las que hablas no me convencen demasiado. No me convencieron cuando me hablaste de ellas por teléfono, y siguen sin convencerme ahora. Si deseas una entrevista en mi programa de televisión tendrás que ser algo más convincente..., más sincero, si lo prefieres.

—Ya te dije que también quería responder a las insinuaciones del New York Times sobre el proyecto del Parque Medieval y mis creencias personales.

—¿Qué fue lo que dijo el periódico, exactamente?

—Una sarta de mentiras sin ningún fundamento. El titular decía que el Parque Medieval no era más que nueva religión con parque de atracciones, y en el texto del artículo llegaba a asegurar que tras la sociedad mercantil se ocultaba una nueva secta religiosa.

—¿Y hay algo de cierto en esa acusación, Walter?

Walter Stuck se mesó los cabellos.

—No son más que palabrería. Es verdad que en la presentación del proyecto del Parque Medieval hice referencia a la necesidad de que el ser humano volviera a reconciliarse con Dios, manifestando que la Edad Media era para mí, más que una pasión, una forma de vida, un camino hacia la plenitud espiritual, una búsqueda de la

eternidad...

—¿De veras lo crees así?

—Esas afirmaciones sólo tenían un objetivo puramente publicitario, con el que despertar el interés por el proyecto del Parque Medieval. En aquella época la gente lo creía así, hacía grandes sacrificios, peregrinaba a los lugares sagrados, rezaba para salvar su alma y alcanzar la vida eterna. Aquí, en Estados Unidos, sabemos poco sobre la Edad Media, y mi intención es que todos puedan volver sus ojos al pasado, hacia las mismas entrañas de un tiempo apasionante que en América jamás existió.

—Espero que no te ofendas, pero no creo que a los estadounidenses les interese mucho tu proyecto del Parque Medieval —dijo Susan algo desdeñosa—. En Nueva York ya hay varias iglesias y catedrales de apariencia gótica, y no por eso son más visitadas. La gente en este país tiene cosas más importantes en qué pensar.

—No lo creas, Susan. Son ya miles los ciudadanos que desean participar en la financiación del futuro Parque Medieval como pequeños accionistas. La Edad Media siempre estará de moda.

—¿Por qué te apasiona tanto esa época?

—Porque en ninguna otra época fue todo tan misterioso y tan fantástico. ¿Has oído hablar alguna vez de los templarios?

—Sí, aunque no sabría decirte casi nada sobre ellos.

—Fueron unos monjes soldado que combatieron en las Cruzadas y a los que las leyendas medievales atribuyen el descubrimiento de un gran tesoro en Tierra Santa. Aunque te cueste creerlo, hay muchas sociedades secretas que aún buscan ese tesoro.

—¿Aquí, en Nueva York?

—En muchos lugares del mundo.

—Siempre hubo buscadores de tesoros perdidos.

—No como los que buscan el tesoro de la Orden del Temple. Ellos no dudan en matar para conseguir encontrarlo.

—¿Tan locos están?

—Supongo que sabes lo de los asesinatos de los científicos —dijo Walter Stuck, como si hubiese llegado a ese punto de la conversación de un modo casual.

Susan sintió un latido desacompañado en su corazón. Ésos eran los crímenes que su hermano Aldous investigaba junto con una agente especial del FBI.

—Sí, claro que lo sé. Todo el mundo lo sabe —contestó, sin mencionar que su hermano participaba en la búsqueda del asesino.

—Apostaría mi vida a que una de esas sociedades secretas se encuentra detrás de los crímenes —dijo Walter Stuck, mirándola fijamente a los ojos como si le desvelara un secreto inconfesable.

—¿Por qué estás tan seguro de ello?

—Por la palabra «Kôt» que aparece marcada en la mano derecha de los

cadáveres.

—¿Sabes lo que significa esa palabra, Walter?

—No, aún no lo sé, pero en la Edad Media la Inquisición grababa con un hierro candente una cruz en la mano de muchos herejes para poder identificarlos en el acto.

—Pero los científicos no son herejes.

Walter Stuck adoptó un aire de conspirador.

—Para muchas de esas sociedades secretas sí lo son. Los peores herejes que jamás hayan existido. Estoy intentando interpretar el significado de esa palabra para ver si descubro la conexión oculta con alguna de ellas.

—Creo que deberías hablar con mi hermano Aldous sobre esto —dijo Susan.

Walter Stuck fingió sorprenderse, pero lo cierto es que se sintió profundamente satisfecho: Susan Gallagher se había tragado el anzuelo.

# LA MISIÓN OURÓBOROS

11

Al salir de clase, Nicholas Kilby y Beth Hampton no cogieron el autobús escolar. Se dirigieron a una cercana parada de metro y consultaron los trayectos de las líneas que llevaban hasta las proximidades de la sede del FBI al sur de Manhattan. Durante la mañana, habían decidido que, antes de continuar con la Misión Ouróboros, debían informar a la policía de lo que ellos sabían con relación a los asesinatos de los científicos y a la desaparición de Kenneth Kogan. Era posible que esa información ayudara al FBI a encontrar a los asesinos, y logaran evitar una nueva muerte, que incluso, pensaron, podría ser la suya.

La luz a esa hora de la tarde parecía filtrada por un velo de tonalidades pardas en las calles y doradas en las fachadas de los rascacielos orientadas al oeste. Una muchedumbre multicolor entraba y salía de la boca del metro, con la misma cadencia vertiginosa de un hormiguero al atardecer.

—Es por aquí —dijo Nicholas, cogiendo de la mano a Beth para evitar que el torrente humano la arrastrara hacia una dirección equivocada.

Recorrieron un laberinto de galerías y escaleras, hasta que al fin pasaron las barreras de control de su puerta de enlace. Al poco, el tren anunció su llegada con un rumor de tormenta lejana, seguido de una brisa refrescante.

Beth no tenía costumbre de viajar en metro, y la multitud silenciosa del vagón le hacía sentirse aprisionada en un sarcófago repleto de seres momificados.

—¿Cuántas paradas nos quedan aún? —preguntó, aferrada con fuerza a la mano de Nicholas.

—Siete, pero no tardaremos en llegar.

Beth soltó un suspiro, como si le faltara el aire.

—Hace calor aquí. Me siento un poco agobiada.

—Tranquilízate, Beth, yo estoy a tu lado.

Cuando la teniente Taylor fue informada de que un chico y una chica de unos quince años de edad deseaban hablar con ella sobre los asesinatos de los científicos, pensó que serían dos estudiantes de secundaria que habrían encontrado su nombre entre las noticias de algún periódico o en algún buscador de internet, y deseaban entrevistarla para alguna revista escolar.

—¿Tiene algún inconveniente en que les dedique unos minutos a esos chicos, Aldous? —preguntó, tapando el micrófono del teléfono con la mano.

—No, en absoluto.

Después de su conversación telefónica, el detective Fowler y la teniente Taylor habían almorzado en un restaurante cercano a Columbus Circle, y luego se habían dirigido a la sede del FBI para ultimar el informe sobre su visita a Cornell.

—Aquí están los chicos, teniente Taylor —dijo una agente de piel negra y gafas de color naranja, después de abrir la puerta acristalada del despacho.

Nicholas y Beth entraron con tímidos pasos, aunque sus ojos brillaban con una vivacidad inusitada.

—Y bien, jovencitos, ¿en qué puedo ayudaros? —preguntó la teniente Taylor desde detrás de su mesa, intentando mostrarse afable. Suponía que la intensa mirada de los dos chicos que acababan de situarse frente a ella era debida a su propia timidez, pero pronto comprobaría que aquellos dos escolares no eran tan cándidos como pudo haber pensado.

Aldous Fowler se levantó de su asiento, se apartó discretamente a un lado, como si supiera que su presencia allí era sólo testimonial, y dijo:

—Sentaos aquí, estaréis más cómodos.

—Gracias, señor —dijo Nicholas sin titubear, cediendo el paso a Beth para que ocupara la butaca de la derecha. Cuando ambos se sentaron, continuó—: Mi nombre es Nicholas Kilby, y mi amiga es Beth Hampton. ¿Es usted la teniente Taylor?

La teniente Taylor asintió.

—Yo soy —añadió, divertida por el atrevimiento de aquellos chicos que se habían colado en su despacho sin que aún supiera muy bien con qué propósito, pero que parecían tener muy claro lo que deseaban de ella. Así que dejó que el chico continuara llevando la iniciativa.

Sin embargo, no fue Nicholas quien habló.

—Hemos venido a verla porque creemos que hay algo importante que debe usted conocer sobre los asesinatos en serie que se están cometiendo —intervino Beth, que no deseaba quedar relegada a un segundo plano.

La teniente Taylor dio un respingo y clavó los ojos en el detective Fowler. Luego miró a la chica, y dijo:

—¿Te refieres a los asesinatos de los científicos?

—Y a la desaparición del profesor Kenneth Kogan.

—Todos eran miembros de la Fundación Universo —apostilló Nicholas, como si no deseara entretenerse en rodeos inútiles. Ahora les tomarían en serio, se dijo para sí. Ya no eran unos niños a los que había que tratar como si fuesen estúpidos.

—¿La Fundación Universo? —repitió la teniente Taylor, sin salir de su asombro.

—La Fundación Universo fue fundada por nueve estudiantes de la Universidad de Cornell en el año 1953 —soltó Nicholas de corrido—. Sin embargo, el documento fundacional lo firmaron con seudónimo. Los científicos Paul Drester, John Seik y Kenneth Kogan fueron miembros de la fundación, cuyos objetivos eran impulsar una ciencia al servicio del ser humano y buscar las respuestas definitivas a los grandes enigmas del universo. En la Universidad de Cornell hay un mosaico que representa todo esto, y la NASA tiene proyectada una misión secreta que llevará al ser humano



hasta un planeta lejano en el que se ha detectado la existencia de vida inteligente...

El rostro de la teniente Taylor palideció como si estuviese sufriendo un delirio.

—¡Un momento, un momento...! —exclamó alzando las manos—. No puedo seguir escuchando esta increíble historia sin que estén presentes vuestros padres y el fiscal de Menores...

Esta vez fueron Nicholas y Beth los que cruzaron miradas de interrogación. Eso era algo con lo que ellos no habían contado. Su visita al FBI no iba a resultar tan fácil como habían planeado.

—Déjelos continuar, teniente. Están colocando las piezas que nos faltaban para comprender de una vez este rompecabezas —dijo Aldous Fowler—. Luego solicitaremos la autorización de sus padres para poder usar esta información.

—Lo que estos chicos están diciendo, Aldous, es demasiado importante y grave para tomar su declaración a la ligera. Hasta el abogado más torpe de Nueva York conseguiría anular su testimonio y encerrarnos a todos en prisión durante una buena temporada por violar los derechos constitucionales de unos testigos menores de edad. No puedo permitir que eso ocurra. Lleve a los chicos a la sala de conferencias y pídale los datos y los teléfonos de sus padres para intentar localizarlos. Yo debo informar al fiscal inmediatamente.

Tanto los padres de Nicholas Kilby como la madre de Beth Hampton no podían creer que los llamara un inspector de la policía de Nueva York para informarles de que debían acudir con urgencia a las oficinas del FBI, donde estaban sus hijos. Y a pesar de que el inspector Fowler les había insistido en que no debían preocuparse por los chicos, pues se trataba de una cuestión puramente rutinaria y formal, ninguno de ellos consiguió tranquilizarse hasta que la teniente Taylor y un comprensivo fiscal de Menores les dieron todos los detalles de lo ocurrido.

—Deben sentirse orgullosos —dijo la teniente Taylor después de que Nicholas y Beth declararan—. Su testimonio nos ha aportado muchos datos importantes sobre este delicado asunto que, de otro modo, es muy posible que no hubiésemos llegado a conocer.

El fiscal de Menores, un hombre joven vestido con un traje gris claro y una corbata con franjas de colores chillones, refrendó esa opinión.

—Sí, Nicholas y Beth han actuado con una responsabilidad impropia de su edad. A su manera, se han convertido en unos pequeños héroes —dijo riendo—. Pocos chicos habrían pensado en acudir directamente al FBI para contar lo que sabían sobre estos asesinatos —añadió.

Aldous Fowler removió el pelo de Nicholas y le lanzó un guiño a Beth.

Esas simples palabras sirvieron para que el señor y la señora Kilby se sintieran orgullosos de su hijo y se lo llevaran de nuevo a casa envuelto en tantos besos que parecía haber salido airoso de una operación a corazón abierto. La señora Hampton,

sin embargo, fue más crítica con la conducta de Beth.

—¿No crees que deberías haberme hablado de ello, antes de acudir a la policía?  
—le dijo ya dentro del coche, de regreso a casa por Madison Avenue.

—Lo pensamos... , de veras que lo pensamos, mamá; pero no queríamos que os preocuparais por nada.

—¿Llamas «nada» a tener una información desconocida por la propia policía sobre unos científicos que han sido horriblemente asesinados?

Beth no necesitaba meditar sus respuestas. Era cierto que cuando decidieron acudir a la agente especial del FBI encargada de la investigación, el incidente del fiscal de Menores y de sus padres fue algo con lo que ellos no habían contado. Pero, salvo esa circunstancia imprevista, habían planificado con todo detalle lo que debían y no debían contar a la policía. Desde ahora, tendrían que mostrar las mismas reservas con sus padres.

—Al principio pensábamos que era una cuestión sin mucha importancia. Nunca pudimos imaginar que la policía no sabía nada de la Fundación Universo.

—¿Es cierto lo que habéis dicho sobre la página web de la EEJA?

—Sí, mamá —mintió Beth—. Esa página en la que pudimos ver al profesor Kenneth Kogan y la historia de su grupo de científicos ya ha desaparecido de internet. Tú misma lo has visto cuando la policía lo ha comprobado.

—La teniente Taylor me ha dicho que no tenéis nada que temer, nadie sabrá que vosotros habéis declarado sobre este asunto. Ahora sois unos testigos protegidos.

—Mejor así, mamá, prefiero olvidar pronto todo esto —dijo, con voz cansada.  
Pero Beth Hampton sabía que no se olvidaría.

# EL PRESTIDIGITADOR

11

—Mis confidentes me dijeron que le encontraría aquí —dijo la teniente Taylor, surgiendo de un modo espectral junto a la mesa de una cafetería cercana a la sede del FBI, a la que Aldous Fowler había ido para almorzar.

El detective alzó la mirada y no ocultó su alegría al verla.

—¿Le apetece tomar unos espaguetis al *bongole*? Aquí los hacen muy sabrosos.

—Acepto su invitación, Aldous —dijo sentándose frente a él. Aldous Fowler llamó al camarero y le pidió otro plato de espagueti y una botella de vino espumoso.

—¿Le gusta la cocina italiana?

—Soy un devorador de pastas, son muy ricas en hidratos.

—Yo prefiero las ensaladas.

—Si quiere, puedo pedir que le traigan una de roquefort, le gustará.

—No se moleste, me sentará bien cambiar la dieta por un día.

—Creía que estaba usted en Washington.

—Y lo estaba, he llegado hace apenas un rato.

—¿Hay turbulencias en las alturas?

—Empiezan a agitarse los vientos.

—¿Han comenzado las presiones?

—Desde lo más alto. Quieren resultados inmediatos y no les sirven las hipótesis.

—Pero ahora será más difícil investigar este caso. Todo el mundo conoce el *modus operandi* del asesino, no hay ningún detalle reservado que nos permita saber si alguna pista es fiable o no. Hasta hay quien habla ya de abducciones extraterrestres para explicar la sustracción de los cerebros de las víctimas.

La teniente Taylor sonrió.

—Un comentarista de televisión ha llegado a afirmar que nuestros científicos han despertado la curiosidad de seres venidos de otro mundo y que viven entre nosotros para acabar exterminando a la especie humana —dijo.

—Nos hemos vuelto todos locos.

—Quizá tenga razón, pero habrá que seguir recorriendo el laberinto. De eso precisamente quería hablarle.

El camarero se acercó y les sirvió dos copas de Lambrusco.

—Encargué al equipo de estadística del FBI que realizara un estudio sobre todos los estudiantes que residieron en Tannhäuser desde el curso académico de 1949 a 1955, según las listas de alumnos de la Universidad de Cornell. Durante esos años vivieron en la residencia Tannhäuser unos mil universitarios. De ellos, sólo ciento veinte lo hicieron durante el año 1949, en el que llegaron a Cornell Kenneth Kogan y Adam Grosling. Treinta de ellos ya han muerto por diversas causas, entre ellos Adam

Grosling. Si descontamos también de la lista al desaparecido Kenneth Kogan, nos quedan ochenta y nueve estudiantes vivos de la misma promoción entre los que podrían estar las próximas víctimas y el propio asesino.

—Todos ancianos de setenta y pico años.

—Sí, y la mayoría de ellos altos ejecutivos, agentes de Bolsa, arquitectos, profesores, abogados, ingenieros, economistas y científicos jubilados, repartidos por toda la geografía de Estados Unidos. Agentes del FBI se entrevistarán con cada uno de ellos, y confío en que ese barrido nos pueda proporcionar alguna pista. Muchos de ellos debieron de conocer a las víctimas de los crímenes.

Aldous Fowler tomó un prolongado trago de vino.

—¿Alguna mujer? —preguntó.

—Ninguna. Tannhäuser era una residencia exclusivamente masculina.

—La doctora Hart sigue sin encajar en esa lista.

—No lo crea, Aldous.

—¿Ha encontrado algo que la relacione con los otros científicos?

—He llegado a la conclusión de que ella debía de saberlo todo sobre Adam Grosling, y, si como parece fue su amante, también debía de conocer la existencia de algo tan enigmático y comprometido como lo que los secuestradores de Kenneth Kogan buscaron en su casa. Algo lo suficientemente valioso para matar por conseguirlo.

—Todo apunta a que Paul Drester, John Seik, Kenneth Kogan y Adam Grosling formaban parte de un grupo de estudiantes unidos por algún tipo de vínculo especial: un club universitario, un colectivo político, una agrupación científica...

—O una sociedad secreta —concluyó la teniente Taylor.

—Sí, una sociedad secreta... Pero con qué fin, qué ocultaban y por qué.

La teniente Taylor comenzó a girar el tenedor sobre los espaguetis.

—Uno de los estudiantes que residió en Tannhäuser junto con Kenneth Kogan se llama Jacob Bloom. Es catedrático honorífico de la Universidad de Columbia, aquí en Nueva York, y está especializado en historia antigua, sociedades secretas y simbología críptica. He venido desde Washington para verle mañana.

—¿Podré acompañarla? Me gustaría...

El sonido del teléfono móvil de la agente especial del FBI los interrumpió.

—Teniente Taylor al habla —dijo.

Una voz distorsionada sonó en su auricular, al mismo tiempo que accionaba instintivamente la función de manos libres y grabadora. Aldous Fowler enmudeció.

—Dígale a su jefe que debe sumar un nuevo cadáver a su lista de científicos asesinados. Lo encontrarán en su casa de la playa en Atlantic City. Su nombre es Lars Murliken.

La teniente Taylor acercó el móvil a sus labios.

—¿Quién es usted? ¿Por qué tendría que creerle?

—Porque yo soy Kôt.

# EL CLUB GÓTICO

11

La llegada de Susan Gallagher a los estudios de la NBC fue recibida por los conserjes y recepcionistas de la planta baja con una salva de aplausos. Al principio pensó que la bienvenida no tenía nada que ver con ella, y miró hacia atrás para ver quién era la persona que tanto aclamaban. Pero cuando vio que todos la miraban a ella fijamente, cayó en la cuenta de que todo el inmenso *hall* del edificio estaba repleto de ramos de flores de todos los colores y especies imaginables.

—Son para usted —dijo un guardia de seguridad que esperaba ver su reacción al encontrar por sorpresa un regalo tan generoso.

Susan Gallagher miró asombrada a su alrededor.

—Era el único lugar de los estudios en el que cabían todos los ramos —explicó con cara sonriente una de las jóvenes, encargada de la centralita.

Otra de las azafatas de recepción se le acercó y le entregó un pequeño sobre cerrado. Susan Gallagher temblaba de emoción mientras lo abría. Sacó la tarjeta y leyó la nota en silencio: «Ayer eras parte de mis sueños, hoy eres parte de mi vida. Te quiero, Walter».

La misma azafata que le había entregado el pequeño sobre se aproximó a su oído y, como si le confesara un secreto, dijo:

—El jefe la está esperando en su despacho. Parece bastante enfadado, no ha dejado de preguntar por usted durante toda la mañana. Le avisaré de que ya ha llegado. Eso lo calmará.

—Gracias, gracias a todos.

Tilfor Wallace, el director de su programa de entrevistas, estaba tras la mesa del despacho de Susan. Cuando ésta entró, levantó los ojos como si hubiese visto una aparición, y dijo:

—Espero que tengas una explicación convincente para haber tenido al equipo de redacción del programa esperando toda la mañana a que llegaras.

—Anoche estuve trabajando hasta la madrugada para este programa, deberías pagarme horas extra en lugar de hacerme esos reproches. El equipo de redacción podía haber trabajado sobre la próxima entrevista sin mí.

—Eso es exactamente lo que harán a partir de ahora: trabajar sin ti. ¡Estás despedida!

Susan Gallagher soltó una carcajada.

—¿Cuándo vas a dejar de amenazarme con tus dichosos despidos cada vez que te enfades conmigo? Ya no soy una niña a la que haya que asustar con brujas y escobas para que haga sus deberes.

—Para mí sigues siendo una niña, Susan, y esta vez te lo digo en serio: si no

controlas tu rebeldía, deberás buscarte otro trabajo.

—Vamos, Tilfor, nos conocemos desde hace años, hemos trabajado juntos día y noche en los tiempos difíciles hasta formar un gran equipo de periodistas, ocupamos los primeros puestos en las parrillas de las audiencias, y sabes que no hay nada que me importe más que este programa de televisión.

—Entonces deberías tomártelo más en serio.

—Y lo hago, Tilfor. Si esta mañana he faltado a la reunión con los redactores ha sido sólo porque estaba cansada y me he quedado dormida.

—La Bella Durmiente sólo era un personaje de cuento; si hubiese sido real la habrían despedido por incumplimiento de su jornada laboral, por muy hechizada que estuviera —dijo el director con mejor humor.

—La Bella Durmiente no te traería noticias como las que yo he conseguido.

La actitud del director se mudó como mudan el color de su piel los camaleones.

—¿De qué noticias me hablas?

—Están relacionadas con los crímenes de los científicos.

—Eso puede ser una auténtica bomba informativa.

—Yo no dejo de trabajar ni siquiera mientras duermo, ya deberías saberlo.

—Todas las televisiones están haciéndose mil preguntas sobre ese asunto, que ha levantado tanta expectación pública como los asesinatos de los Kennedy.

—Nosotros daremos muchas respuestas a esas preguntas.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Entrevistando a Walter Stuck, él sabe mucho sobre lo que está ocurriendo.

—Ponme un ejemplo.

—Que tras los asesinatos se esconde una sociedad secreta medieval.

# LA MISIÓN OURÓBOROS

12

—De buena nos hemos librado, NK —dijo Beth Hampton desde la calma de su Nave Interplanetaria BH.

—Bueno, tampoco ha sido para tanto. Mis padres me compraron una caja de bombones de camino a casa. Mi madre dijo que los tragos amargos de la vida había que endulzarlos, si uno no quería que se convirtieran en dolorosos recuerdos.

—Si tus padres hubiesen sabido toda la verdad, a estas horas estarías interno en un correccional del Bronx —dijo Beth sonriendo.

—No debemos tomarnos este asunto a broma, BH.

—Ahora somos unos testigos protegidos por el FBI, se lo dijo la teniente Taylor a mi madre antes de que nos marcháramos a casa.

—¿Crees que descubrirán lo del juego de los enigmas infinitos?

—¡Pero si ni siquiera sabían que la EEJA existía realmente! Sólo sabrán lo que nosotros queramos que sepan. Y, de momento, no veo por qué deben saber lo que buscamos en la Misión Ouróboros. Como tú decías, sólo se trata de un juego virtual en internet —razonó Beth.

—Estoy pensando que deberíamos comentar este tema con nuestra amiga Carol. Ella no sabe que hemos hablado con la policía.

—¿Y si cree que la hemos traicionado? Nos dijo que sólo nosotros dos podíamos conocer la verdadera historia de la Esencia del Misterio.

—Y nadie más que nosotros la conoce, BH. Sólo le hemos contado a la policía lo de la Fundación Universo y los nueve estudiantes que la fundaron para evitar que pueda haber otras víctimas de los crímenes. Esa pista puede que les ayude a encontrar al profesor Kenneth Kogan. Yo creo que Carol se alegrará, aunque sólo sea por esto —dijo Nicholas.

—Bueno, tal vez encontremos a Carol donde la dejamos.



# EL PRESTIDIGITADOR

12

Localizar desde el helicóptero la casa de Lars Murliken en la costa de Atlantic City fue tan sencillo para la teniente Taylor como ver el humo de un incendio en medio de un bosque. A vista de pájaro, los destellos azules y rojos de cuatro coches patrulla creaban un llamativo reclamo psicodélico alrededor de la valla que separaba el jardín de la playa. La agente especial del FBI había pedido a la policía del estado de Nueva Jersey que desplazara a varios de sus agentes hasta el domicilio del nuevo científico asesinado, y aguardaran hasta que ella llegara, acompañada por un detective de homicidios de Nueva York. Le bastaron veinte minutos para sobrevolar los ciento cincuenta kilómetros que separaban Manhattan del lugar del crimen.

La casa de Lars Murliken se alzaba frente al mar, a escasos pasos del improvisado helipuerto. Unas gaviotas cruzaron el cielo lanzando chillidos histéricos hacia los recién llegados, mientras éstos saludaban a los agentes que vigilaban los alrededores de la casa.

La puerta estaba abierta, aunque ninguno de los policías de Atlantic City había traspasado el umbral para no contaminar las huellas que hubiera dejado el asesino en el escenario del crimen. La teniente Taylor desenfundó una pequeña pistola que llevaba bajo la cazadora y le hizo una señal a Aldous Fowler para que entraran cada uno por un lado. Sólo se trataba de ser precavidos, pues parecía improbable que hubiese alguien en el interior que no fuera el cuerpo sin vida, y a buen seguro sin cerebro, de otro científico. Durante el vuelo, Aldous Fowler había podido comprobar que Lars Murliken no sólo había estudiado ciencias químicas en Cornell, sino que también había vivido en la residencia universitaria Tannhäuser durante los mismos años que el resto de sus colegas asesinados y el desaparecido Kenneth Kogan. Y, en contra de lo que había pensado en un principio, ya no le cabía ninguna duda de que el asesino de los científicos estaba ajustando alguna cuenta pendiente con el pasado, el presente o, tal vez, el futuro.

Una escalera de madera conducía hasta la planta superior de la casa, donde debía encontrarse el dormitorio y el cadáver de Lars Murliken. Lo encontró Aldous Fowler, en la misma posición en que viera el cuerpo sin vida de la doctora Hart en su alcoba. Tenía el pijama puesto, los ojos abiertos mirando al techo y una expresión de impavidez en su rostro.

—Parece que todo coincide con las demás víctimas —murmuró la teniente Taylor en voz baja, deteniéndose en la contemplación del cadáver, que reposaba como si hubiese entrado en un trance hipnótico.

—Otra vez la misma marca —dijo Aldous Fowler, acercándose para observar con detalle la palabra «Kô» grabada a fuego en la mano abierta del difunto.

La teniente Taylor echó un vistazo a la habitación sin que nada consiguiera atraer su curiosidad: papel pintado en las paredes, cortinas algo desvaídas de color crema, muebles de caoba, algunos libros sobre la mesita de noche y un anticuado despertador de campana junto a la cama. En la atmósfera flotaba un denso olor a carne quemada.

—¿Sabe, Aldous?, creo que no le comenté que en ninguna de las viviendas de los científicos asesinados había televisor. Es un detalle sin importancia, pero acabo de pensar en ello.

—Abajo hay un par de ordenadores. Es posible que sólo usaran internet para estar informados, además de comunicarse entre ellos.

—Eso es también lo extraño. Hasta ahora, los archivos informáticos analizados por nuestros especialistas no han detectado ningún tipo de comunicación entre las víctimas. Ni siquiera un escueto correo electrónico, ni un «qué tal estás», «cómo te va», «cuándo nos veremos»... Nada —dijo, a la vez que salía de la habitación.

Lars Murliken era completamente calvo, y su cabeza no presentaba el menor rastro de que alguien hubiese intentado entrar en su cerebro. Aldous Fowler examinaba el cadáver sin tocar el cuerpo, hasta que vio algo extraño en la palma casi cerrada de su mano izquierda. Cogió la mano con levedad y la giró un poco. Luego separó los dedos casi momificados del científico muerto y vio otra marca que no aparecía en ninguna de las otras víctimas.

—¡Debería de ver esto, teniente! —gritó.

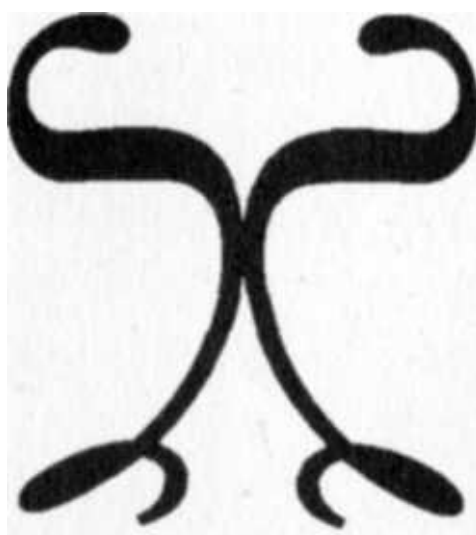
La agente especial del FBI había salido del dormitorio para inspeccionar el cuarto de baño. Regresó de inmediato.

—¿Qué ha encontrado, Aldous?

Los ojos del detective Fowler señalaron hacia la mano izquierda del cadáver.

—¡Qué demonios es eso!

—Parece un símbolo esotérico —dijo Aldous Fowler, sacando su bloc de notas de la cartera y realizando el siguiente dibujo:



—Este símbolo, o lo que sea, no estaba en los otros cadáveres.

—Pero ¿por qué precisamente en el cuerpo de Lars Murliken y no en los demás?

—Me temo que ésa es una pregunta más para la que aún no tenemos respuesta.

Aldous Fowler observó su dibujo y entornó los ojos.

—Es curioso —murmuró.

—Déjeme ver —dijo la teniente Taylor, cogiendo el bloc de notas e imitando a Aldous Fowler en el modo de mirar el dibujo.

—¿Las ve?

La agente del FBI tardó unos segundos en contestar.

—Sí, Aldous, claro que las veo. Parecen dos serpientes unidas por el tórax y con las colas enroscadas.

—Es una simetría.

—¿Qué quiere decir?

—No entiendo nada de símbolos ni de asuntos esotéricos, pero juraría que se trata una dualidad entre dos entes; dos entes antagónicos pero iguales.

# EL CLUB GÓTICO

12

El Consejo Supremo del Club Gótico se había reunido en los sótanos de la mansión de Walter Stuck. Vestidos con negros hábitos de monjes medievales, los doce hombres del Consejo estaban sentados en torno a la mesa, situada en el centro de la sala capitular. Varias antorchas ardían en los muros de piedra, acentuando las sombras que danzaban en sus rostros ocultos bajo las capuchas.

El hermano Walter pronunció el rito de iniciación, elevando su voz en cada una de las diez plegarias sagradas. Luego, con la misma exaltación, dijo:

—¡El comienzo de una nueva era se aproxima! ¡Y muy pronto, el poder sobre el mundo será nuestro! Dios ha complacido todos nuestros deseos. Ha querido que todos nuestros desvelos se vean al fin recompensados. Ellos, los sacrílegos, los blasfemos, los herejes, los osados adoradores de la ciencia, los magos de la modernidad que buscan la verdad en las lejanas estrellas, están siendo castigados con la severidad que merece su arrogancia. La muerte será la única certeza de los sabios, mientras que el desafío de las serpientes, nuestro símbolo sagrado, está a punto de transformarse en el auténtico rostro de nuestro dios. ¡La hora de la revelación ha llegado! —concluyó, elevando sus brazos al cielo como un iluminado.

—¡Nuestro dios sea loado! —gritó el hermano Wilson—. Yo doy fe de nuestras victoriosas batallas contra los herejes, pues sabed que la tarea que me encomendó este Consejo Supremo ha sido cumplida con éxito, a pesar de mis propias dudas y temores: el senador Vilmut Whitaker ha aceptado ser nombrado hermano del Club Gótico, y hoy, al término de esta asamblea, jurará fidelidad a los ritos sagrados de nuestra sociedad secreta.

Algunos murmullos de satisfacción se elevaron en la sala capitular, hasta que los acalló la voz del hermano Robert.

—Todas esas victorias de las que habláis, hermano Wilson, no servirán de nada si los herejes siguen siendo los poseedores de la Esencia del Misterio.

El hermano Benson intervino para apaciguar esos recelos.

—Hacéis bien al expresar en voz alta vuestra desconfianza, hermano Robert, pero debéis saber que hemos vuelto a recuperar la pista del lugar donde está escondida la Esencia del Misterio, y confiamos en poder apoderarnos de ella tan pronto nuestros crackers consigan descifrar las claves del juego que nos conducirá hasta ella.

—¿Un juego decís? ¿Qué clase de juego es ése del que no nos habíais hablado hasta ahora? —inquirió con vehemencia el hermano Jack.

El hermano Walter había aguardado en silencio a que llegara el momento de responder a esas preguntas.

—Kenneth Kogan debió de temer que pudiera ocurrirle algo a la Esencia del

Misterio y decidió cambiar el lugar en el que siempre había estado escondida, y que sólo él conocía: la llama de la Estatua de la Libertad.

—Ese maldito genio era mucho más astuto de lo que vos pensasteis, hermano Walter. Se ha burlado de todos nosotros en nuestras propias narices.

—Pero ha ardidado en una hoguera por su osadía.

—Si no lo hubieseis quemado vivo, ahora sabríamos en qué lugar volvió a esconder la Esencia del Misterio. En este sótano hay instrumentos de tortura que le hubiesen obligado a decirnos la verdad de una vez por todas.

—Con el lector mental de la doctora Hart ya averiguamos mucho más de lo que él mismo nos habría confesado con los métodos tradicionales de tormento. No había ninguna idea o pensamiento en la mente de Kenneth Kogan que no hayamos conocido con todo detalle. Hasta sus emociones más íntimas están en nuestro poder...

—Entonces, ¿cómo es que aún no habéis entregado la Esencia del Misterio a este Consejo Supremo, como nos prometisteis?

—Kenneth Kogan ideó una especie de juego virtual en internet, cuyo desarrollo le encargó a una de sus colaboradoras: una tal Carol Ramsey. Luego le entregó a ella la Esencia del Misterio y le pidió que la escondiera en algún lugar desconocido de Nueva York, del que ni siquiera el propio Kenneth Kogan tendría conocimiento. Para llegar a ese lugar es necesario desvelar una serie de enigmas, cuyas claves se esconden en el juego...

—¿Y dónde está esa tal Carol Ramsey? ¿Cómo es que nuestros espías no la han encontrado todavía?

—Las cosas no son tan simples como podéis creer, hermano Jack —dijo Walter Stuck, ante la mirada inquisitiva de los restantes monjes del Consejo—. Esa joven era una experta en realidad virtual que trabajaba junto a Kenneth Kogan en el proyecto secreto de la NASA, la Misión Ouróboros. Antes de que atrapáramos a Kenneth Kogan se cambió de domicilio y, desde entonces, nadie sabe nada de ella ni de su paradero. Es como si se la hubiese tragado la tierra.

El hermano Robert, que hasta ese instante había permanecido callado y atento a las explicaciones de Walter Stuck, dio un puñetazo sobre la mesa y gritó:

—¡Pues haced que la tierra la escupa de su escondrijo, maldita sea!

—Calmaos, hermano Robert, no será necesario buscarla. Ya os he dicho que todo está controlado —dijo Walter Stuck, mordiéndose los labios para no dejar estallar su ira. Si había algo que odiara más que a los científicos herejes era que alguien le gritara, como solían hacer los guardianes de los orfanatos en los que había vivido cuando era niño.

—Explicaos, entonces.

—Kenneth Kogan encargó a dos jóvenes de la EEJA que entraran en el juego virtual de internet con la misión de encontrar el lugar en que está oculta la Esencia

del Misterio. Ellos nos conducirán hasta ella.

—¿Y si los jóvenes fallan en esa misión?

—Nuestros propios crackers se ocuparán de encontrarla. Ya han conseguido evitar los dispositivos de seguridad del programa informático y están a punto de entrar en el juego...

El hermano Jack lo interrumpió.

—Creo que es demasiado peligroso para el Club Gótico y para todos nosotros que esos jóvenes conozcan la existencia de la Esencia del Misterio. Hasta ahora, nadie, salvo este Consejo y Kenneth Kogan, sabía nada sobre ella y sobre su poder.

—Tened la seguridad de que esos jóvenes no vivirán para contarlo.

# LA MISIÓN OURÓBOROS

13

Introdujeron la clave «scrabble» en la página de inicio del juego de los enigmas infinitos, y al instante vieron que sus personajes virtuales permanecían junto a Carol Ramsey ante el mosaico de la sabiduría.

—Debo admitir que no me acostumbro a estar aquí sin vosotros —dijo Carol, parpadeando con dulzura.

—Nosotros tampoco sin ti —murmuró Nicholas.

Beth fue directamente al meollo del asunto.

—Hemos de decirte algo, Carol. Algo que hemos hecho sin que tú lo supieras, pero que NK y yo pensamos que debíamos hacer solos.

—Ya os dije que erais libres de tomar vuestras propias decisiones.

—Esta tarde fuimos a las oficinas del FBI para hablarles de lo que sabíamos sobre la Fundación Universo —explicó Nicholas. La viveza en la expresión de Carol Ramsey se intensificó.

—¿Y qué les habéis contado?

—Nada que los del FBI no debieran saber. Sólo les hablamos de la historia de la fundación y de sus miembros, por si podían evitar así que los demás científicos que pertenecieron a ella sean asesinados.

—Ya han asesinado a otro, se llamaba Lars Murliken. Lo acaban de decir en las noticias.

—¡Oh, no! —exclamó Beth.

—Lo sentimos mucho, Carol. Quizá si hubiéramos hablado antes...

Carol les consoló en un tono amable, pero firme:

—No ha sido culpa vuestra. Ninguno de esos asesinatos es culpa de nadie. Los asesinos no necesitan más motivos para matar que sus diabólicas creencias.

—¿Tú no sabes quiénes son los demás miembros de la Fundación Universo que aún quedan con vida, Carol? Podríamos avisar a la policía para que los protegieran antes de que sea demasiado tarde —insistió Beth.

—¿Creéis que si lo supiera estaría aquí cruzada de brazos, esperando que otro científico se sume a esa lista siniestra de cadáveres? Yo sólo conozco sus seudónimos, como ya los conocéis vosotros. Los únicos que conocían los verdaderos nombres de los nueve estudiantes de Cornell que se unieron a la Fundación Universo eran ellos mismos. Por eso el asesino debe de ser uno de los fundadores.

—El detective Aldous Fowler también lo cree así —dijo Beth.

—¿Les dijisteis algo sobre la Esencia del Misterio y el juego de los enigmas infinitos?

—Sólo que la Esencia del Misterio era lo que los secuestradores buscaban en la

casa del profesor Kenneth Kogan, pero que no teníamos ni la menor idea de lo que podía ser.

—Y en eso no le mentimos —apostilló Beth.

—El juego de los enigmas infinitos no le serviría a la policía para encontrar al asesino, y echaría a perder el futuro de la Esencia del Misterio. Vuestro propio futuro.

—Por eso no hablamos nada sobre ella ni sobre el juego. Puedes estar tranquila, Carol —dijo Nicholas.

Carol permaneció en silencio unos segundos. Luego, dijo:

—Yo también tengo una noticia que daros.

Los oídos de Beth y Nicholas se aguzaron.

—Una mala noticia —prosiguió Carol—. Los intrusos que detectó el dispositivo de seguridad del sistema han entrado en el juego y se han hecho con el control de las sombras.

—¿Qué significa que «se han hecho con el control de las sombras»? —inquirió Beth.

—Que ahora son ellos los que controlarán a nuestros enemigos y no el programa del juego.

—¿Como en un juego *on line*?

—Sí, sería algo parecido a un juego *on line*?

—¡Entonces será aún más divertido deshacerse de ellos, sabiendo que hay alguien tan real como nosotros al otro lado del juego! —exclamó Nicholas, moviendo a su personaje virtual de un lado a otro con el arma espacial en su mano.

—No será tan sencillo, NK, si son personajes reales también pueden ser peligrosos. No debéis confiaros —dijo Carol.

—Pero no tenemos otra alternativa. ¿No es cierto? —preguntó Beth.

—No, no hay otra alternativa.

—Entonces vayamos a buscar la siguiente fase del juego —sugirió Beth, que no estaba dispuesta a darle más vueltas al asunto, a pesar del miedo que sentía.

—Debéis encontrarla vosotros en el mapa de Nueva York que os entregué.

—¿La Estatua de la Libertad? —preguntó Nicholas.

—Claro, NK.

—El problema es cómo llegaremos hasta allí, BH.

—En eso sí puedo ayudaros —dijo Carol Ramsey—. La base virtual de la EEJA está situada en Nueva Jersey, a orillas del río Hudson, frente a la isla de la Libertad. No tardaremos mucho en llegar a la estatua.

—¿Vamos a navegar? —preguntó Beth.

—¡Vamos a volar sobre el agua! —dijo Carol.



# EL PRESTIDIGITADOR

13

El profesor Jacob Bloom les estaba esperando junto a una monumental escultura de la *Alma Mater* de la sabiduría, que tenía los brazos abiertos en actitud de bienvenida y estaba sentada en un trono descomunal.

Detrás del frágil Jacob Bloom se alzaba la Low Memorial Library, un imponente templo neoclásico con frontal de gruesas columnas y capiteles de estilo jónico, que fue el primero en formar parte del campus de la Universidad de Columbia a finales del siglo XIX.

No eran aún las nueve de la mañana cuando la teniente Taylor y el detective Fowler subieron la primera escalinata y se acercaron al profesor. Era un hombre delgado y menudo, con escaso pelo blanco, una frente repleta de pecas y un rostro afilado. Llevaba un bastón con un puño dorado, que le ayudaba a caminar desde hacía años.

—¿Señor Jacob Bloom? —preguntó la teniente Taylor.

El profesor se acercó sonriendo.

—Me alegro de conocerla, teniente Taylor.

Estrecharon sus manos y la agente especial del FBI le presentó a Aldous Fowler.

—Quiero agradecerle su amabilidad al concederme esta cita, profesor.

—Déjese de cumplidos —dijo, dando un manotazo al aire con su mano libre—. Me siento honrado por su visita, y sólo espero poder ser de alguna utilidad en este terrible asunto. Desde que supe lo de los asesinatos y la desaparición del viejo Kenneth, no he parado de recordar los años que pasamos juntos en Tannhäuser y en Cornell... ¡Ah, teniente Taylor, cómo pasa el tiempo!

Comenzaron a ascender por la escalinata, paso a paso.

—Lamento que tenga que subir estas escaleras, profesor, no sabía que usaba usted bastón —dijo la teniente Taylor, excusándose por haber elegido la escultura del *Alma Mater* como punto de encuentro.

—Subo y bajo estos peldaños todos los días desde hace más de cuarenta años, y el día que no pueda valerme por mí mismo para subirlos dejaré de venir a la universidad. Comprenderá por qué debo seguir entrenándome —dijo el profesor Jacob Bloom con humor, encogiendo los ojos como un anciano entrañable. Parecía mayor de lo que era.

En pocos minutos entraron en la Low Memorial Library de Columbia.

—¿Habían estado alguna vez aquí? —preguntó el profesor después de cruzar el control de acceso.

—No, es la primera vez que visitamos esta universidad —dijo la teniente Taylor, mientras Aldous Fowler observaba embobado la inmensa rotonda interior y la cúpula

que se elevaba a gran altura sobre sus cabezas.

—Aunque no son muchos los turistas que la visitan, la Low Memorial Library es uno de los edificios más bellos de Nueva York.

—¿Aquí se encuentra la biblioteca de la universidad? —quiso saber Aldous Fowler, que no dejaba de mirar asombrado a su alrededor.

—Lamentablemente no, señor...

—Aldous.

—Oh, discúlpeme, Aldous, siempre he sido bastante torpe para recordar nombres.

—No tiene importancia.

—Como les decía, lamentablemente, la biblioteca de la Universidad de Columbia no se encuentra aquí; en el año 1934 fue trasladada a la Butler Library, un edificio situado frente a éste. Poca gente sabe que, con sus más de seis millones de volúmenes, es una de las más importantes de Estados Unidos.

—Entonces, ¿a qué se destina este edificio? —preguntó la teniente Taylor mientras aguardaban a que llegara el ascensor.

—A algo que lo engulle todo como una boa hambrienta: la administración —dijo sonriendo de nuevo.

Subieron en el ascensor hasta la primera planta y se dirigieron a una pequeña sala de reuniones, situada junto a la galería en la que se exhibía una extensa colección de documentos, libros y retratos sobre la historia de la universidad.

La sala estaba rodeada de estantes con libros antiguos, cuadros y cortinas de láminas, tras las que se adivinaban las siluetas de los restantes edificios del campus. En el centro había una mesa redonda con diez butacas a su alrededor, y al fondo de la sala, un rincón para la lectura con dos lámparas de pie y cuatro butacones de cuero.

—Yo suelo venir aquí cuando deseo estar tranquilo. Nadie nos molestará —dijo el profesor Jacob Bloom,

Con un gesto de su mano invitó a la teniente Taylor y al detective Fowler a que tomaran asiento en dos de los butacones del rincón de lectura. Luego, él dejó su bastón apoyado en uno de los estantes cercanos, y se acomodó con alguna dificultad frente a los policías.

—Y bien, teniente, ¿qué desean saber de mí? Les confieso que la última vez que vi a un agente del FBI fue en una película, y de eso hace ya muchos años —dijo el profesor, con una mirada melancólica y una sonrisa.

—Encontramos su nombre en la lista de estudiantes de la Universidad de Cornell que residieron en Tannhäuser durante los años 1949 a 1955 y pensamos que tal vez usted nos pudiera decir algo sobre cada uno de los científicos asesinados y el desaparecido Kenneth Kogan...

—En efecto, los conocí a todos, y aún no salgo de mi asombro por lo que les ha ocurrido. Es algo salvaje, brutal, inhumano. ¿Quién puede haber hecho algo así?

Aldous Fowler conectó una grabadora de bolsillo, la colocó en el centro de una mesita cuadrada y se dispuso a tomar notas en su bloc.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar, profesor —dijo la teniente Taylor, sacando de su expediente una serie de fotografías. Luego le mostró una de ellas a Jacob Bloom, y prosiguió—: Tenemos que mostrarle unas fotografías de los cadáveres, espero que lo comprenda.

Jacob Bloom asintió sin decir nada.

—¿Conoce usted a este hombre?

El profesor cogió la fotografía y la miró con aprensión. Pero se tranquilizó al comprobar que, más que el rostro de un cadáver, parecía el de una persona dormida. No había el menor gesto de sufrimiento en las facciones de aquel hombre, al que había conocido hacía más de cincuenta años.

—Es Paul Drester, sin duda.

—¿Fue usted amigo suyo en Tannhäuser?

—Bueno, allí nos conocíamos todos, desde luego, pero no llegué a intimar con él.

—¿Qué puede decirnos de él?

—Paul era bastante tímido. Un chico inteligente y retraído que se prodigaba poco en las actividades de la residencia de estudiantes y de la universidad; ya sabe: fiestas, guateques, campeonatos deportivos, excursiones, chicas... Decía que nada de eso le interesaba, y que él había ido a Cornell a estudiar y no a divertirse.

La teniente Taylor le mostró la siguiente fotografía.

—¿Y éste?

—Pobre John... John Seik era un gran tipo, todo lo contrario de Paul. Conocía a todo el mundo y estaba metido en todos los líos. Era divertido como un cómico, y estar a su lado significaba reír hasta desternillarse. Aunque no por eso era menos brillante en los estudios. Tenía tanto éxito con los exámenes como con las chicas. John Seik era amigo de todos, y nunca hubiese sido capaz de hacer daño a nadie. Un genio inolvidable.

Aldous Fowler permanecía en silencio, tomando notas de vez en cuando.

—¿Un genio? —preguntó la teniente Taylor.

—Sí, un ser excepcional, que se convirtió en un gran científico. Sus hallazgos en la investigación del origen de la vida son admirados en todo el planeta. Aún no me explico cómo no le dieron el Nobel. Si alguien se lo merecía, ése era él... No puedo creer que haya pasado por esto —dijo apenado, dirigiendo sus ojos hacia la fotografía.

La dejó sobre la mesa y cogió la foto que la agente especial del FBI le ofrecía.

—¡Oh, no! No sabía que Lars Murliken también había sido asesinado —dijo, llevándose la mano al rostro.

—Le asesinaron en la madrugada de ayer, en su casa de Atlantic City.

—¡Pero cómo es posible... ! Lars Murliken era un buen hombre, un compañero afable y tranquilo. Le apasionaba la música, además de la ciencia, y formó parte de una de las mejores bandas de Cornell. Creo que ganó un par de premios como solista de saxo. ¿Qué ser diabólico puede estar causando esta masacre? No tiene sentido, ningún sentido...

Los ojos de la teniente Taylor y de Aldous Fowler se cruzaron en una mirada de complicidad, en el momento que el profesor cogió la siguiente fotografía.

—¿Adam Grosling? ¿Qué tiene que ver Adam Grosling con estos asesinatos?

—Creíamos que tal vez usted podría darnos alguna pista que lo relacionara —dijo la teniente Taylor, ante la mirada expectante de Aldous Fowler.

—Adam Grosling murió hace unos meses en su casa de Long Island, después de haber pasado inmóvil más de veinte años a causa de un accidente.

—Eso lo sabemos, profesor...

—Nunca fue un hombre con suerte.

—¿Qué puede decirnos de él?

—No mucho... —Hizo una pausa, como si buscara en su memoria los recuerdos—. Adam Grosling era entonces un joven bastante raro; acomplejado e inseguro, diría yo. Quizá no fuese tan solitario como Paul Drester, pero siempre que estaba en una reunión de estudiantes permanecía en silencio. Tal vez pensara que a nadie le interesaría lo que tenía que decir. Estaba obsesionado con la mente humana, su funcionamiento. Algunos estudiantes decían que parecía un zombi, por su continuo estado de ensimismamiento. Seguramente no logró nunca superar la muerte de su padre. Fue un golpe duro para él.

La teniente Taylor suavizó el tono de su voz como si temiera despertar a Jacob Bloom de un trance hipnótico: parecía mirar al infinito.

—¿Cómo murió el padre de Adam Grosling, profesor?

—¿No lo saben?

La teniente Taylor y Aldous Fowler volvieron a mirarse.

—No, profesor, díganoslo usted.

—Se cortó la cabeza con su propia guillotina. Entre los estudiantes corrió el rumor de que creía estar endemoniado, pero nadie llegó a conocer los detalles de esa historia. Adam Grosling estuvo bajo tratamiento psiquiátrico durante algunos meses. Era el primer año que residía en Tannhäuser y fue el alumno más brillante de Cornell durante ese curso, a pesar del suicidio de su padre. Luego se convertiría en el mejor neurólogo de Estados Unidos, hasta que se cayó de un caballo y se rompió la columna en varios pedazos.

—¿Volvió usted a verle después de Cornell?

—Le vi alguna vez hablando en televisión sobre las increíbles capacidades del cerebro humano, pero de eso hace más de treinta años. Antes de venir a Nueva York

fui profesor de la Universidad de Memphis, en el estado de Tennessee. Nunca volví a encontrarme con ninguno de mis compañeros de Tannhäuser. La vida es así, conoces a mucha gente a la que aprecias y a la que luego no vuelves a ver jamás.

Una nueva foto pasó desde las manos de la teniente Taylor a las suyas. El profesor la acercó a los ojos para verla mejor. No conocía a la mujer muerta que la agente especial del FBI le mostraba.

—Ésta debe de ser la doctora del Centro Grosling de la que habló el director del FBI en su rueda de prensa.

—¿La había visto alguna vez?

—No, nunca —dijo sin dudar—. ¿Ella es la causa de que la vida privada de Adam Grosling esté siendo investigada?

—La vida privada de Adam Grosling no está siendo investigada, profesor. Tenemos noticias de que fue protector de la difunta doctora Katie Hart, y buscamos algún tipo de conexión entre su muerte y la sustracción de los cerebros de los científicos asesinados.

—Me temo que no podré ayudarles en eso. No sé nada al respecto.

—¿Y qué puede decirnos del desaparecido Kenneth Kogan?

Una sonrisa benévola se esbozó en los labios del profesor mientras contemplaba la fotografía.

—Que era el mejor de todos nosotros. No creo que en toda la historia de la Universidad de Cornell haya habido alguien tan sabio e ingenioso como él. Lo sabía todo sobre cualquier materia, como una enciclopedia andante, y era capaz de crear los aparatos y artilugios más insólitos e insospechados...

—¿Un inventor?

—Mucho más que eso... Yo diría que era un verdadero genio. Cuando supe que trabajaba para la NASA en sus proyectos de viajes espaciales me alegré por él. Siempre decía que él viajaría hasta un castillo en las estrellas.

—¿Un castillo en las estrellas, profesor? ¿No le parece una idea un poco infantil?

—Kenneth Kogan siempre fue como un niño, aunque supongo que esa expresión era sólo una metáfora, un modo de decir que él viajaría al espacio. La estación espacial MIR podría ser muy bien ese castillo en las estrellas, que él ya intuía posible.

—Quizá tenga razón, profesor. Pero dígame, ¿tiene usted alguna explicación para que todos los científicos asesinados y el desaparecido Kenneth Kogan hayan sido alumnos de la Universidad de Cornell y residieran en Tannhäuser durante los mismos años, a excepción de la doctora Hart?

El profesor Jacob Bloom frunció el ceño como si contestar a esa pregunta requiriera una profunda reflexión y un gran esfuerzo mental. Permaneció en silencio, meditabundo, hasta que al fin dijo:

—Lo siento, teniente Taylor, pero no sé responder a esa pregunta. Ojalá pudiera

darle una razón convincente, pero yo tampoco consigo entender qué puede haber provocado este desastre. Sólo sé que todos ellos eran grandes genios de la ciencia.

—Como especialista en historia antigua y simbología críptica, ¿le dice algo esta palabra, profesor? —preguntó la teniente Taylor, mostrándole otra fotografía, esta vez de la mano abierta de la doctora Hart, con la palabra «Kôt» marcada en la palma con un hierro candente.

Los ojos de Jacob Bloom se achicaron, horrorizados.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo han podido hacerle esto?

—Está en la mano derecha de todos los cadáveres. Queremos que nos ayude a darle un significado.

—Una palabra como ésta puede tener muchos significados, sólo son tres letras.

—Los especialistas del FBI creen que sólo es eso: una palabra como cualquier otra. En Google aparecen millones de referencias con la palabra «Kôt».

—¿Aparece también el acento circunflejo sobre la letra o? —preguntó el profesor, señalando con su dedo índice sobre la fotografía.

—No, el circunflejo no aparece en ninguna de esas referencias, lo comprobé yo mismo en internet —dijo Aldous Fowler, que había permanecido mudo hasta ese instante.

—Entonces la clave, si es que se trata de un criptograma, quizá tenga algo que ver con ese circunflejo, aunque es difícil saberlo.

—Si le sirve de algo, ayer recibí una llamada anónima de alguien que dijo que él era Kôt.

—No creo que se trate sólo de un nombre propio, sobre todo cuando se pueden encontrar tantos en una simple búsqueda en Google. Esta palabra debe de tener un sentido, un significado con el que el asesino está reivindicando sus crímenes. De otro modo no la utilizaría. Creo que les está retando a desvelar ese misterio que sólo él conoce.

—Algunas de nuestras líneas de investigación coinciden con esa teoría, profesor. Pero también nos preguntamos si no es posible que las víctimas, los científicos asesinados, conocieran el significado de esa palabra.

—¿Está pensando en una venganza?

—Hay algo que aún no ha visto, profesor —dijo la teniente Taylor, sin responder a la pregunta—. Le ruego que mire este otro símbolo con detenimiento —añadió, ofreciéndole una última fotografía.

—Parecen dos serpientes en posición defensiva —contestó el profesor.

—El detective Fowler cree que se trata de una simetría, ¿no es cierto, Aldous?

Aldous Fowler carraspeó.

—Bueno, sí. Tuve el atrevimiento de intentar darle una explicación a esa marca y pensé que se trataba de un símbolo simétrico, compuesto por dos partes iguales,

aunque enfrentadas.

—¿Tiene usted conocimientos de simbología críptica, señor Aldous?

—No, no, ninguno, sólo hice una interpretación lo más racional posible. Ambas serpientes son idénticas y parecen enfrentadas entre sí. Usted lo ha precisado mejor que yo: la posición de las dos serpientes es defensiva.

—Le felicito por su razonamiento, Aldous. En efecto, se trata de un símbolo simétrico, al que los expertos llamamos de equilibrio absoluto. Lo que esas dos serpientes representan son dos fuerzas opuestas en perfecta armonía: el bien frente al mal, el día frente a la noche, la luz frente a la oscuridad, la vida frente a la muerte, lo divino frente a lo humano, el yin y el yang de la filosofía hindú... —El profesor hizo una pausa, como si quisiera recuperar otro argumento—. Pero, en este caso, yo diría que la posición defensiva de las dos serpientes tiene un significado propio, que va más allá de la simple dualidad de elementos contrarios, aunque iguales.

—No le entiendo —dijo la teniente Taylor.

—Lo que quiero decir es que esa posición defensiva de las serpientes, en cuyos cuerpos erguidos se aprecia un rictus de tensión contenida, significa que cada una de ellas está aguardando el ataque definitivo de la otra. De manera que su dualidad, lejos de ser armoniosa y pacífica, como ocurre en este tipo de símbolos de equilibrio absoluto, se encuentra en continuo conflicto, en una lucha constante y silenciosa, de la que finalmente resultará un único vencedor.

—El asesino frente a sus víctimas —dijo Aldous Fowler como si pensara en voz alta.

—Sí, ése podría ser un ejemplo válido. La cuestión es saber qué fuerzas iguales y contrarias son las que combaten en esa guerra para que una termine dominando sobre la otra en un último ataque mortal.

—Todas las víctimas de los asesinatos son grandes científicos, ¿cree que una de esas fuerzas de las que habla podría ser la ciencia, profesor? —dijo Aldous Fowler.

—Tiene usted una intuición envidiable, señor Aldous. Yo aseguraría que sí, que la ciencia es una de esas serpientes erguidas. Incluso me atrevería a suponer cuál puede ser la otra —dijo el profesor, creando una nube de misterio sobre los policías.

—Otro científico rival o vengativo —se aventuró a especular la teniente Taylor, para aportar su criterio personal al debate.

—La religión —dijo en un susurro el profesor Jacob Bloom, como si temiese que alguien más pudiese oírle.

—¿La religión? ¿Qué religión? —inquirió la teniente Taylor, confundida.

—Cualquiera de ellas en sus creencias más radicales.

—¿Puede ser más explícito, profesor?

Jacob Bloom cambió su posición en la butaca. Su pierna enferma comenzaba a molestarle.

—Los enfrentamientos entre ciencia y religión son tan antiguos como el propio ser humano. Ambas pretenden lo mismo: explicar el mundo, la vida, el alma, los dioses, el universo... Sin embargo, sus métodos y sus postulados han sido siempre radicalmente distintos. Para las religiones sólo existe una verdad revelada que no admite discusiones ni debates; para la ciencia, todo es incierto y discutible hasta su demostración en un laboratorio. Históricamente, las religiones sometieron a la ciencia de un modo violento y despiadado. En las tribus primitivas los brujos imponían su poder sembrando el miedo con la amenaza de la magia; hasta sacrificaban seres humanos indefensos para calmar la ira de los dioses. En la Roma clásica, los adivinos y nigromantes decidían la vida y la muerte de los rebeldes a sus creencias con sólo soplar una amenaza divina en los oídos del emperador. Y en la Edad Media, la Inquisición quemaba en la hoguera a cuantos osaban adentrarse en los misterios de la naturaleza y el cosmos...

—En este símbolo hay algo medieval, ¿no cree usted, profesor? —preguntó Aldous Fowler.

—Quizá en ninguna otra época como la Edad Media la simbología críptica tuvo tanta vigencia y desarrollo. Pero ello fue debido a una pura cuestión de supervivencia. Cualquiera que discrepara de la doctrina de la Iglesia podía terminar ardiendo en una hoguera, y las sociedades secretas y su simbología críptica eran sus únicas defensas. Sin embargo, los símbolos han sido la forma de expresión más primaria que se conoce. En todos los tiempos, el ser humano tuvo la necesidad de representar en imágenes sus ideas para convertirlas en algo real y tangible. Ése es el verdadero origen del arte y de la escritura. Al fin y al cabo, un símbolo no es más que una imagen que contiene un significado oculto.

—Como la palabra «Kôt» y esas serpientes.

—Así es. La cuestión esencial siempre está en el significado... —alargó su brazo hacia el detective, y dijo:— Déjeme su bloc de notas y su bolígrafo, señor Aldous.

Aldous Fowler pasó la hoja en la que tomaba sus apuntes y le ofreció al profesor una página en blanco.

—Les pondré un ejemplo que quizá les ayude a comprenderlo mejor...

Su mano se movió sobre el papel con un leve temblor, que sin embargo no perturbó la precisión de los trazos del bolígrafo. Cuando terminó, les mostró el resultado.





—Si yo dibujo este símbolo, todos sabremos que se trata de la letra griega tau; de manera que su significado, en lugar de ser críptico u oculto, es conocido en todo el mundo. No obstante, yo podría darle a esa letra un significado distinto, de modo que, en lugar de ser tau, sea la representación simbólica de una sociedad secreta. Estaría claro entonces que si un miembro de esa sociedad secreta recibiera un mensaje con ese símbolo, sabría que tendría que acudir al lugar de reunión previsto. Sin embargo, ni usted ni yo conseguiríamos nunca conocer ese significado. En el fondo, no se trataba más que de crear lenguajes secretos que sólo pudieran conocer quienes estuviesen iniciados en ellos. Un ejemplo claro de lo que les digo sería el lenguaje alquímico, que sólo era interpretable por los alquimistas iniciados en el significado de esos símbolos...

La teniente Taylor expresó sus dudas.

—Entonces, según su teoría, el asesino graba a fuego la palabra «Kôt» y las serpientes erguidas en las manos de sus víctimas, no para retornos a descubrirlo, sino para transmitir un mensaje a otros que, como él, comprenden su significado.

—En mi opinión, está claro que el autor de esas marcas cumple un doble objetivo al hacerlas visibles. Por un lado, transmite un mensaje a otros, como una prueba de que ha sido él, y no alguien distinto, el verdadero autor del crimen; y por otro lado, debe de ser consciente de que está facilitando unas pistas importantes a la policía, que puede acabar descubriendo su verdadera identidad si consigue comprender el significado críptico de esos símbolos. El asesino debe de estar muy seguro de que, a pesar de la información que él mismo les facilita a ustedes, no le atraparán.

—¿Se le ocurre algún significado que pueda servirnos, profesor? —dijo la teniente Taylor. Ahora comprendía mucho mejor las dificultades del terreno que pisaban.

—Como les dije antes, esa dualidad histórica entre religión y ciencia nunca había alcanzado su equilibrio hasta el siglo pasado, pero siempre permanecieron en continua tensión, como esas serpientes erguidas en posición defensiva. Y si observan la letra t de la palabra «Kôt» en esa marca a fuego, verán que contiene los dos elementos de una cruzada: la cruz y la espada. No creo equivocarme mucho si les digo que detrás de esos crímenes hay alguna sociedad secreta de carácter religioso y fanático, que desea derrotar a la ciencia, antes de que los descubrimientos de la

ciencia acaben con ellos. Ése ha sido siempre el mayor temor de las religiones: la capacidad del ser humano para explicarlo todo. Lamentablemente, en la actualidad están aflorando de nuevo muchos movimientos religiosos que propugnan el regreso a los principios más radicales de su fe, cualquiera que sea.

—¿Tiene usted idea de a qué es debido ese fenómeno? —preguntó Aldous Fowler, complacido por las explicaciones del profesor.

—Yo mismo me he formulado muchas veces esa pregunta, sobre todo ahora que el mundo entero está involucrado en terribles y cruentas cruzadas religiosas, que han conseguido aterrorizar a toda la humanidad. Para mí, el gran error de nuestro tiempo es que aún haya quienes quieren explicar el siglo XXI con ideas y creencias de hace más de dos mil años, cuando el ser humano era tan ignorante como un recién nacido. Por eso creo que es ahí donde deben buscar a su asesino.

—¿En una sociedad secreta?

El profesor Jacob Bloom se mostró concluyente.

—Sin la menor duda. Las propias marcas a fuego en las manos de las víctimas también apuntan en ese sentido. Uno de los métodos empleados por la Inquisición para castigar a los herejes consistía precisamente en marcarlos con una cruz en las palmas de las manos, como una señal inequívoca e imborrable de sus pecados.

—¿Cuántas sociedades secretas cree que pueden actuar en Estados Unidos, profesor?

Los labios de Jacob Bloom se contrajeron en una mueca esquiua.

—Cuando se trata de verdaderas sociedades secretas es imposible aventurar una cifra, pues nadie sabe nada sobre su existencia salvo sus propios miembros. Pero no creo que haya muchas. Como les dije antes, las sociedades secretas tenían sentido en épocas de graves persecuciones a los ciudadanos de cualquier lugar por las ideas que propugnaban. Era el único modo de permanecer en las sombras para salvar el pellejo, si me permite la expresión. Sin embargo, en países libres y democráticos como el nuestro, las sociedades secretas, y también las sectas religiosas, son muchas más de las que imaginamos; además de un anacronismo, constituyen un serio peligro para todos. Nadie que persiga un fin lícito y noble necesita ocultarse detrás de una sociedad secreta o una secta.

—¿Sabe usted si Paul Drester, John Seik, Lars Murliken, Adam Grosling y Kenneth Kogan pertenecieron a algún grupo de estudiantes en la Universidad de Cornell o en la residencia Tannhäuser?

—En todas las universidades de Estados Unidos ha sido una tradición saludable que los estudiantes se organicen en clubes, grupos, tertulias, plataformas, círculos o colleges, con fines muy diversos: educativos, culturales, deportivos, musicales, ideológicos, filantrópicos, o incluso políticos y religiosos. Pero, por lo que yo sé, ninguno de los estudiantes de Tannhäuser que usted ha citado participó activamente

en ellos. La banda a la que pertenecía Lars Murliken sólo era una banda de jazz.

—¿Y a una fundación llamada Universo? —insistió la agente del FBI.

—No, no lo sé, aunque tampoco lo creo posible. Eran estudiantes, sólo eso.

—Pero algo debería de unirlos. Algo que sólo ellos compartían y por lo que han sido asesinados. ¿Qué cree usted que podían tener en común todos ellos, profesor?

Jacob Bloom no necesitó meditar su respuesta.

—La genialidad de sus cerebros.

# EL CLUB GÓTICO

13

Con un sentimiento de impaciencia, el senador Vilmut Whitaker esperaba en una capilla cercana a la sala del Consejo el momento de prestar su juramento a los ritos y reglas secretos del Club Gótico. Vestía un hábito blanco con capucha caída sobre la espalda, un cíngulo negro atado alrededor de la cintura y sandalias de cuero negro en los pies. Estaba solo, arrodillado con los brazos en cruz frente a una gran reproducción en oro del símbolo del desafío de las serpientes, y con los ojos vendados. Permanecer inmóvil durante varias horas en esa posición, reflexionando en completa soledad y silencio sobre la trascendencia del inmenso honor que se le concedía, formaba una parte esencial del ritual de iniciación. Era el momento de la decisión última, del compromiso sagrado que jamás podría romper, salvo que estuviese dispuesto a pagar con la vida su traición. Sin embargo, aún estaba a tiempo de arrepentirse, de negarse a pertenecer al Club Gótico, de renunciar a disfrutar de sus secretos, de sus privilegios, de su poder supremo sobre el mundo. El hermano Wilson le había explicado con todo detalle los ritos y las reglas de la orden secreta. Ellos eran los verdaderos ángeles que anunciarían un nuevo reino celestial; la voz de su único dios en la Tierra; los cruzados que luchaban contra las herejías de la ciencia; la espada que cortaría las cabezas de los herejes sin la menor piedad; la serpiente de la fe que de una vez y para siempre acabaría devorando a su eterna enemiga: la serpiente de la razón. Había llegado el momento de triunfar sobre la perversidad de la raza humana y su insolente libertad. Entonces, el símbolo del desafío de las serpientes se transformaría en el verdadero rostro de su dios.

Oyó el chirrido de la puerta de la capilla al abrirse, y permaneció inmóvil hasta que el hermano Wilson se situó a su lado, portando un negro hábito de monje en su brazo derecho, del que también colgaba un negro cíngulo de cuero.

—¿Estáis preparado para pronunciar vuestro juramento sagrado? —preguntó el hermano Wilson.

—Sí, estoy dispuesto.

—¿Habéis meditado vuestra decisión?

—La he meditado en soledad en esta capilla sagrada, y mi voluntad es firme y sincera.

—¿Y vuestra alma?

—Mi alma está lista para recibir el hábito y el símbolo de vuestra hermandad.

—Entonces poneos en pie, coged esa antorcha y caminad a mi lado izquierdo. Yo os presentaré ante el Consejo Supremo de la orden.

Los dos hombres salieron de la capilla, y después de recorrer un corto pasadizo en penumbras, se detuvieron ante dos grandes puertas de madera, rematadas por un

grueso arco de piedra.

El hermano Wilson golpeó con fuerza una de las aldabas de hierro. Dentro se oyó la voz grave del hermano Benson:

—¿Quién llama a las puertas de nuestro templo?

—Un fiel hermano.

—¿Y quién os acompaña?

—Un hombre poderoso que desea jurar su fidelidad a nuestra orden.

—¿Conoce nuestros ritos y ceremonias?

—Yo mismo le he instruido en ellos.

—¿Responderéis vos con vuestra vida si él incumpliera ese juramento?

—Juro que acabaré con ella del modo que impone nuestro ritual al valedor de un discípulo traidor, cortando yo mismo mi cabeza en una guillotina.

—¿Cuál es el nombre de vuestro discípulo?

—Vilmut Whitaker.

Las grandes puertas se abrieron y Vilmut Whitaker permaneció situado junto al hermano Wilson, frente a la mesa. Once monjes encapuchados y con hábitos negros lo miraban desde la profunda oscuridad de sus ojos.

—¿Sois vos Vilmut Whitaker? —preguntó con sequedad el hermano Benson, el único de los monjes que permanecía en pie en la sala capitular.

—¡Ése es mi nombre!

—¿Qué os trae hasta nosotros?

—Mi fe inquebrantable en el poder de vuestro dios.

—¿Renunciáis a todo para recibirlo todo de Él?

—Sí, renuncio.

—Desprendeos, pues, del hábito blanco que simboliza vuestra vida anterior.

Vilmut Whitaker entregó la antorcha a un hombre gigantesco y calvo que hacía las veces de mayordomo en la ceremonia, deshizo el cordón del cíngulo que le rodeaba la cintura y se quitó por el cuello el hábito blanco que vestía. Su flácido cuerpo quedó completamente desnudo ante los monjes del consejo.

—Ahora que os habéis despojado de vuestros anteriores lazos con el mundo, podéis cubrir vuestro cuerpo desnudo con el hábito negro de nuestra hermandad.

El hermano Wilson le ofreció la túnica que él portaba y le ayudó a vestirse. Luego le entregó el cíngulo para que se lo atara alrededor de la cintura. Cuando terminó de hacer el nudo, todos los monjes que permanecían sentados se pusieron en pie.

—Las puertas cerradas de nuestro templo sagrado se han abierto sólo para vos, hermano Whitaker. Si alguna vez nos traicionáis, seremos nosotros los que abriremos las puertas de vuestra tumba —dijo la voz del hermano Benson.

—Aceptaré la muerte como un bálsamo a los tormentos de mi conciencia, si algún día llegara a traicionar la orden.

—¡Acercaos!

Los dos monjes cruzaron el umbral de la sala capitular hasta situarse en el centro, ante el hermano Benson y el hermano Walter.

—Podéis pronunciar vuestro juramento —dijo el hermano Benson, ofreciéndole un viejo libro cerrado, que contenía las reglas y los ritos secretos de la orden.

Vilmut Whitaker carraspeó para aclararse la garganta.

—¡Juro guardar y obedecer las reglas y los ritos secretos del Club Gótico con la fortaleza de mi fe en nuestro dios! ¡Juro que lucharé hasta la muerte por la justa causa de nuestra hermandad! ¡Y juro que la mudez reinará en mi voz, la oscuridad en mis ojos y el silencio en mis oídos!

—Vuestro juramento nos complace, hermano Vilmut, pero tened la certeza de que si lo incumplís se os quemará la lengua hasta que no quede de ella ningún rastro, se os arrancarán los ojos y se os cortarán las orejas sin la menor compasión.

—¡Que así sea!

El hermano Benson cogió de la mesa una cadena y un medallón de oro con el símbolo del desafío de las serpientes y lo colgó del cuello del nuevo monje de la orden.

—Ya sois uno de los nuestros, os felicito en nombre del Consejo Supremo del Club Gótico. Podéis quitaros la venda de los ojos.

Emocionado, Vilmut Whitaker se quitó la venda y cogió entre sus dedos el medallón con las dos serpientes enfrentadas en un desafío eterno. Entonces vio, con orgullo, que el verdadero rostro de su dios era la imagen del diablo.

# TERCERA PARTE

La leyenda escondida  
El desafío de las serpientes  
Los monstruos de la mente

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

## 1

Una agente le pasó una nota a la teniente Taylor, en la que Samuel Clark Moore, el conserje de la residencia de estudiantes Tannhäuser de la Universidad de Cornell, le rogaba que lo llamara con urgencia al número que le indicaba.

—¿Hace mucho tiempo que ha llamado? —preguntó la teniente Taylor.

—Ha llamado *varias veces*, la última hará unos cinco minutos. Le dije que tanto usted como el detective Fowler estaban en una reunión y era imposible pasarles la llamada.

—¿Le importa llamarlo usted, Aldous? Yo debo salir un momento.

La teniente Taylor se perdió al fondo del pasillo, mientras Aldous Fowler entraba de nuevo en el despacho, se sentaba a la mesa y marcaba un número de teléfono.

—Residencia Tannhäuser...

—¿Samuel, es usted?

—¡Hola, detective Fowler! Creía que se habían olvidado de mí.

—No pudimos atender sus llamadas, lo siento.

—No importa. Tengo buenas noticias para ustedes, detective —dijo Samuel Clark Moore sin ocultar su satisfacción.

—¿Ha encontrado algo de lo que buscábamos?

—Yo diría que he encontrado exactamente lo que buscaban.

—Enhorabuena, Samuel, acaba de ganar usted una medalla al mérito civil.

—¿Es cierto eso? —preguntó con humor el conserje.

—Veamos antes de qué se trata.

—Es una vieja fotografía en color sepia..., algo deteriorada, pero con la claridad suficiente para ver con nitidez los rostros de un grupo de nueve estudiantes de la residencia Tannhäuser en el año 1955.

Aldous Fowler se estremeció como si hubiese sentido en su piel el roce de una mano espectral.

—¿Ha conseguido identificarlos a todos?

—Creo que sí; además, hay algo extraño en el cuerpo de cada uno de ellos, bajo sus cabezas.

—Vamos, Samuel, dígame de una vez de qué se trata.

—Son palabras, detective. Nueve palabras, una por cada estudiante. Le pasaré una nota por fax en un minuto, si me dice el número al que puedo enviárselo.

—Espere un momento, no conozco el número de fax del FBI... —dijo el detective, mientras buscaba su bloc de notas y su bolígrafo. Luego añadió—: Se lo facilitaré más tarde. Ahora dígame cada uno de los nombres de esos estudiantes y la palabra que aparece junto a ellos, debe de tratarse de un seudónimo.



—Sí, es posible. El primero es Kenneth Kogan, y la palabra es «Piedra»; el segundo es Paul Drester, y la palabra es «Luz»; el tercero es John Seik, y la palabra es «Estrella»; el cuarto es Adam Grosling, y la palabra es «Gó... ».

Se hizo un silencio seguido de una especie de gorgojeo.

—¿Samuel? ¿Samuel, está ahí? ¿Qué le ocurre? ¿Samuel? ¿Samuel? —gritó.

Pero lo único que Aldous Fowler logró oír por el auricular de su teléfono fue el último estertor agónico de un nuevo cadáver.

—¡Lo han matado! ¡Esos hijos de puta lo han matado! —gritó Aldous Fowler con el rostro visiblemente desencajado por la rabia, tan pronto la teniente Taylor regresó a su despacho.

—¿De qué está hablando? —inquirió la teniente Taylor sobresaltada.

—¡Han matado a Samuel!

—¿El conserje de Tannhäuser?

—¡Lo han estrangulado mientras hablaba conmigo por teléfono!

—¡Maldita sea, Aldous! Me siento como si hubiésemos sido nosotros quienes le condenamos a muerte —dijo la teniente Taylor, dejándose caer abatida sobre una de las butacas situadas frente a la mesa.

—¡Cómo íbamos a sospechar que le ocurriría esto! Esos hijos de puta han estado vigilándonos, en lugar de ser nosotros quienes les vigiláramos a ellos.

—Sí, es una paradoja horrible, pero ahora no podemos hacer nada por él.

—Sí que podemos...

—¿Qué está pensando?

Aldous Fowler se exaltó.

—¡Podemos vengar su muerte! ¡Y la muerte de Paul Drester, de John Seik, de la doctora Hart, de Lars Murliken, del pobre Samuel y hasta de Kenneth Kogan! No creo que siga con vida después de esto.

—Tranquilícese, Aldous, nosotros somos policías, no unos ángeles vengadores. La justicia se ocupará de darles su castigo.

—¿La justicia? —gritó el detective—. ¿Por qué no le pregunta a Samuel? ¡Vamos, teniente, pregúnteles a los muertos si desean que se haga justicia con ellos! ¿Por qué no les pregunta a todos los asesinados del mundo lo que harían con sus verdugos? Si pudiesen se levantarían de sus tumbas y los devorarían sin piedad.

—¿Es eso lo que usted deseó hacer con el asesino de su amigo Tom? —preguntó la teniente Taylor. Sabía que Aldous necesitaba desahogarse, vomitar el dolor que sentía al volver a sangrar las cicatrices de su infancia.

—Sí, y lo hubiese hecho una y mil veces —dijo con voz desolada.

—¿Se siente mejor ahora?

Aldous Fowler ocultó el rostro entre las manos, respiró hondo y dijo:

—He llamado a la policía de Ithaca. Se pondrán en contacto con nosotros en

cuanto sepan algo.

—Pobre Samuel, era un chico simpático.

—Llamó para decirnos que había encontrado una fotografía del año 1955, con los nueve estudiantes de Cornell que buscábamos. Me dijo que sobre cada estudiante había una palabra. Quería mandarme una copia de la foto por fax, pero yo no sabía el número del FBI. Preferí esperar a que usted regresara...

—¡Joder, joder... ! Estábamos al final y ahora tendremos que empezar de nuevo.

—Le pedí que me dijera los nombres de los estudiantes y el seudónimo de cada uno, pero sólo llegó al cuarto de la lista... —dijo Aldous, ofreciéndole a la teniente Taylor el bloc en que había anotado los nombres.

La teniente Taylor examinó durante unos segundos la lista.

—Sólo están los que ya han muerto o han sido asesinados.

—Cuando estaba diciéndome el nombre de Adam Grosling, sólo pude entender que su seudónimo comenzaba con la sílaba «Gó». En ese momento debieron de...

La teniente Taylor se levantó y buscó entre los papeles de su mesa. Cogió una nota manuscrita por ella y la observó durante unos segundos. Al instante, exclamó:

—¡Gótico! ¡El seudónimo de Adam Grosling era Gótico! Es la única palabra que comienza con la sílaba «Gó» en la relación de seudónimos que nos facilitaron los chicos.

—¿Y de qué nos sirve saber eso? Todos los estudiantes de Cornell que aparecen en esa lista están muertos, y seguimos sin saber nada sobre los demás miembros de la Fundación Universo que aún están vivos. Entre ellos no sólo se encuentran las próximas víctimas del Prestidigitador sino, posiblemente, el propio asesino.

El timbre del teléfono de la mesa los interrumpió.

—Yo lo cogeré —dijo la teniente Taylor.

— ...

—¿Han encontrado el cuerpo?

— ...

—¿Había alguna fotografía junto a él?

— ...

—Ocúpense de avisar a sus padres.

— ...

—De acuerdo, manténganme informada en todo momento. La teniente Taylor colgó el teléfono y dejó escapar un suspiro. —Junto al cadáver no han encontrado ninguna fotografía, sólo un gran charco de sangre.

—¿No murió estrangulado?

—No..., lo han degollado.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

1

En las pantallas de sus ordenadores, Nicholas y Beth pudieron ver una perfecta imagen digital de la Estatua de la Libertad y, más allá, en la lejanía, los rascacielos de Nueva York, elevándose al cielo como una fortaleza medieval inexpugnable.

—Ahora será mejor que no nos separemos mucho y avancemos a gran velocidad sobre el agua hasta alcanzar las proximidades de la orilla de la isla. Una vez allí tomaremos altura para llegar hasta la antorcha. Si el enigma hablaba de la llama que llegó del mar, será allí donde pueda estar lo que buscamos —propuso Nicholas, convirtiéndose en jefe de la expedición.

—¿La Esencia del Misterio? —preguntó Beth.

—Eso cuenta la leyenda, ¿no?

Carol permanecía en silencio. Las decisiones no le correspondía tomarlas a ella.

—Comienzo de la cuenta atrás para el despegue: tres, dos, uno... , cero.

Aceleraron los deslizadores al mismo tiempo, como en la salida de una carrera de fórmula uno. Sobrevolaron el río Hudson en línea recta y, en poco tiempo, recorrieron las escasas millas que los separaban de la isla. Al aproximarse, el deslizador de Nicholas comenzó a ascender seguido por Beth y Carol, hasta situarse a la altura de la antorcha de la estatua. La llama dorada de la libertad estaba frente a ellos. Pero, en ese momento, sintieron varios estallidos, seguidos de unos silbidos estremecedores que parecían atravesar sus oídos.

—¡Están disparando! ¡Alguien nos está disparando desde la antorcha! —gritó Nicholas, sintiendo que la sangre le hervía en las venas.

—¡Son las Sombras, NK, nos estaban esperando! —gritó Carol.

—¡Mi GPS ha detectado tres en las ventanas de la corona! —dijo Beth.

—¡Debemos separarnos, antes de que consigan dar en el blanco!

Y, al decir esto, Nicholas sacó su arma espacial y se lanzó hacia la cabeza de la estatua como si estuviese decidido a estrellarse contra ella. Las ráfagas de su pistola eran como finos rayos de láser que producían un sonido sibilante, y que impactaban en la corona de la estatua haciendo saltar chispas de metal.

—¡Le he dado! ¡Le he dado! ¡Le he dado a una Sombra! —gritó al ver que de una de las ventanas salía una llamarada de fuego que al poco se extinguió en el aire, seguida de un aullido sobrecogedor.

—¿Las has visto, NK? ¿Has podido verlas? —preguntó a voces Beth, como si realmente estuviera lejos de Nicholas. Ambos estaban tan concentrados en el juego virtual que se habían olvidado de la realidad.

—¡Sí, sí, las he visto! Son... , son como fantasmas, como seres siniestros cubiertos con capas negras y máscaras que ocultan sus rostros.

Beth y Carol también empuñaron sus armas y se acercaron a la corona de la estatua, sin dejar de hacer intrépidos giros con sus deslizadores antigravitatorios y sin dejar de disparar. Las balas de las Sombras cruzaban como flechas envenenadas a su alrededor, hasta que dos lenguas de fuego estallaron en las ventanas y dos chillidos tan lúgubres como los de un vampiro se ahogaron en el interior de la corona.

—¡Les hemos vencido! ¡Hemos acabado con ellas! —gritó Beth entusiasmada.

—Éste ha sido sólo el principio, no debemos confiarnos —dijo Carol.

—Ahora todo está en calma —dijo Beth. Carol miró a su alrededor.

—¿Dónde se ha metido NK? —preguntó, sobresaltada, al no ver a Nicholas por ninguna parte.

—Estoy aquí abajo, Carol. Estaba realizando un vuelo de inspección para evitar otra sorpresa —dijo Nicholas.

—Será mejor que vuelvas a subir, no estoy muy segura de que esas tres Sombras sean las únicas que vigilen la antorcha.

Nicholas ascendió de nuevo y, juntos, se dirigieron al pebetero en el que ardía la llama dorada de la libertad. Pero lo que allí encontraron fue otra llama más pequeña de color azul, que ardía suspendida en el aire.

—¡Es la verdadera llama de la libertad! —dijo Beth, cogiéndola como si tocara una hermosa llama de cristal azulado.

—Sí, Beth, es la luz de los genios que iluminó a la humanidad —añadió Carol.

—¿Esa luz es la Esencia del Misterio? —preguntó Nicholas.

—No, pero os será útil en vuestra misión. Esa luz os permitirá ver lo invisible.

Nicholas pulsó uno de los botones de su joystick y comprobó que una luz azul se había incorporado a los objetos que llevaba en su mochila. Luego vio que una Sombra se acercaba sigilosamente por el otro lado del pebetero. Sin decir nada movió su personaje virtual en sentido contrario hasta que en su pantalla apareció la imagen de un ser de ultratumba encapuchado. Disparó su arma automática y la sombra se desvaneció entre llamaradas de fuego y aullidos de horror.

—¿Qué ha pasado, NK? —preguntó Beth al oír los disparos.

—Nada BH, sólo era una Sombra que quería darnos otra desagradable sorpresa. La he mandado al infierno.

Nicholas regresó junto a Beth y Carol. —¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Sois vosotros los que tenéis que decidir vuestro destino, NK —dijo Carol.

Entonces Nicholas recordó que, en los videojuegos, una fase llevaba a otra hasta cumplir el último objetivo, y ellos no habían hecho más que comenzar la Misión Ouróboros. Probablemente, pensó, la luz de la libertad que acababan de encontrar en el pebetero de la antorcha sólo era una fase de la primera etapa del juego. Tenían que seguir buscando el modo de salir de allí.

—Iremos por aquí —dijo, comenzando a caminar alrededor del pebetero, hasta

que al otro lado encontró una pequeña puerta cerrada.

—Debe de ser el acceso al interior de la estatua —sugirió Beth. Carol había seguido sus pasos.

—Parece que está cerrada —dijo.

—Sí, y no veo ningún picaporte ni ninguna cerradura que permita abrirla —se lamentó Nicholas, pensando que ésa era una de las mayores dificultades de los videojuegos de misterio: abrir las infinitas puertas cerradas.

—Debe de haber algún modo de entrar ahí. Tenemos que encontrarlo —dijo Beth.

—Tal vez las llaves no sean necesarias —murmuró Carol.

—¿Nos estás dando una pista? —preguntó Nicholas.

—Sólo estoy pensando en voz alta.

Beth y Nicholas examinaron la puerta palmo a palmo durante un buen rato sin encontrar nada en ella. Pero cuando Nicholas comenzó a repasar la superficie del marco encontró una ranura sospechosa.

—Creo que ya he encontrado el modo de abrir esta puerta, BH.

—¿Cómo?

—A la izquierda, una ranura en el marco. —Ya la veo, NK.

—Quizá sea necesario utilizar unas tarjetas de identificación.

Beth pensó un instante.

—O unos carnés de la EEJA —apuntó.

—Creo que los llevamos en las mochilas.

Nicholas y Beth pulsaron el botón del joystick de control que desplegab una ventana en sus pantallas, con todos los objetos que portaban. Activaron el carné de la EEJA, que se iluminó de un modo más intenso al pasar el cursor sobre él. Entonces volvieron a la puerta y vieron cómo sus manos deslizaban el carné de la EEJA por la ranura, y cómo la pequeña puerta se abría ante sus ojos.

—Todo está oscuro aquí dentro —dijo Nicholas al traspasar la puerta—. Pero parece que hay una escalera de caracol.

—Debe de ser la escalera que baja por el brazo de la Estatua de la Libertad y luego sigue descendiendo por el cuerpo hasta llegar al pedestal —razonó Beth.

—Tendremos que utilizar la luz de la llama azul.

—De acuerdo, NK. ¿Quién baja primero?

Carol se anticipó a la respuesta de Nicholas.

—Esta vez lo haré yo, conozco bien el camino —dijo.

Activaron la llama azul de sus pantallas y los personajes virtuales de Nicholas y Beth siguieron tras las sombras del cuerpo de Carol por la estrecha y empinada escalera de caracol. Al final de la larga estructura metálica encontraron la zona superior del pedestal de la estatua, en la que vieron los ascensores que bajaban hasta el museo. Se dispusieron a entrar en ellos, pero una Sombra salió a su encuentro,

disparando tantas balas que les fue imposible abandonar su refugio. Carol se resguardó en la estructura de la estatua y no tardó en acabar con la Sombra de un certero disparo, que la hizo arder como una cerilla al encenderse.

Los ascensores los condujeron hasta la peana inferior. Nicholas y Beth entraron en el museo, y allí se encontraron con mucha gente que contemplaba las imágenes, maquetas, ilustraciones, fotografías y cuadros de la historia de la Estatua de la Libertad.

—¡Mirad esto! —gritó Beth, al ver un pedazo de tabla tirado en el suelo, bajo el retrato al óleo del escultor francés Frédéric Auguste Bartholdi.

Nicholas y Carol se acercaron a Beth y observaron el trozo de madera, mientras a su alrededor se movían los visitantes virtuales del museo, sin prestar ninguna atención a los jóvenes vestidos de astronautas que miraban al suelo.

—Tiene pintado un signo, una especie de letra rúnica —dijo Nicholas al verlo.



—¿Es otro enigma? —preguntó Beth, a pesar de conocer la respuesta.

—Sí, es otro enigma, pero de ese signo podéis olvidaros por ahora.

El personaje virtual de Nicholas se acercó y cogió el trozo de madera.

—Lo guardaré en la mochila, hasta que llegue el momento de descifrarlo.

—La primera etapa de la Misión Ouróboros está cumplida —dijo Carol.

—No ha sido tan difícil —afirmó Nicholas.

—Sólo era el comienzo. Necesitabais habituaros a moveros por el juego. A partir de ahora no será tan sencillo.

—Eso lo hará más interesante, no quiero aburrirme —dijo Beth.

—Te aseguro que no te aburrirás, BH.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —quiso saber Nicholas.

—Salgamos afuera, antes de que el ferry vuelva a Manhattan.

—¿Viajaremos en el ferry? —preguntó Beth, sorprendida.

—Será más fácil que volver atrás para buscar los deslizadores. Por el camino os

hablaré del enigma que abre la segunda etapa de la Misión Ouróboros.

Abandonaron el museo y bajaron la escalera hasta salir al exterior de la Estatua de la Libertad. Grupos de individuos virtuales se movían de un lado a otro de la isla. No había el menor rastro de las Sombras. Y mientras paseaban por el parque arbolado que conducía al embarcadero, Carol les dijo:

—El segundo enigma de la Misión Ouróboros contiene la palabra «rosa», que se corresponde con el seudónimo del segundo estudiante de Cornell que estampó su firma en el documento original de la Fundación Universo, y dice así:

El tiempo borró su nombre,  
y en el olvido su nombre quedó.  
Pero en su tumba sin nombre,  
una hermosa rosa floreció.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

## 1

La información de que dos chicos de la EEJA habían hablado con el FBI sobre los asesinatos de los científicos y la desaparición de Kenneth Kogan no sólo no inquietó a Walter Stuck sino que le produjo un agradable regocijo.

Además de los nombres de los jóvenes, la extensa red de espías del Club Gótico le había comunicado dónde vivían, en qué colegio estudiaban y qué era exactamente lo que habían declarado ante la teniente Taylor y un inexperto fiscal de Menores. Sin embargo, lo que Walter Stuck no acababa de comprender era por qué no le habían contado nada a la agente especial del FBI sobre el juego de los enigmas infinitos.

—¿Qué piensas tú sobre esos chicos, Benson? —preguntó mientras mordisqueaba un lapicero y daba vueltas de un lado a otro de su gabinete.

—Creo que lo más prudente sería liquidarlos cuanto antes. Ya oyó usted la opinión del Consejo —respondió Benson, eludiendo otras consideraciones. Por una vez, Benson estaba sentado.

—¡La opinión del Consejo me importa una mierda! —exclamó airado—. Ellos no tienen ni la menor idea de lo hábil que pudo ser Kenneth Kogan a la hora de quitar la Esencia del Misterio de nuestro alcance. Nadie en todo el mundo era más inteligente y astuto que él. Si eliminamos a esos chicos como quiere el Consejo, volveremos a perder el rastro de la Esencia del Misterio, y no estoy muy seguro de que podamos encontrarlo de nuevo.

—Nuestros *crackers* ya han entrado en el juego virtual y confían en poder darles alcance muy pronto. Luego acabarán con ellos. Nosotros deberíamos hacer lo mismo, y dejar que sean nuestros *crackers* quienes descubran dónde ocultó Carol Ramsey la Esencia del Misterio.

Walter Stuck se detuvo en el centro del gabinete y se rascó la barbilla.

—No, no me fío de Kenneth Kogan ni de esa tal Carol Ramsey. Hasta es posible que hayan preparado algún virus de seguridad para eliminar el juego de la red si les ocurriera algo a esos chicos.

—¿Qué podemos hacer entonces?

—Confiar en ellos como lo hizo Kenneth Kogan, y esperar.

—¿Y si le cuentan al FBI que la Esencia del Misterio está escondida en un juego virtual de Internet? —preguntó Benson, expresando sus dudas en voz alta.

—No lo harán. Ellos han sido los elegidos para poseer la Esencia del Misterio y lo saben. Si le hablaran al FBI del juego de los enigmas, la perderían para siempre —alegó Walter Stuck, dándose a sí mismo la respuesta que buscaba.

—¿Por eso no le han dicho nada a la teniente Taylor ni al detective Fowler sobre el mapa de Nueva York que Carol Ramsey les entregó?



—Ahora estás pensando de un modo inteligente. Esos chicos tienen una mente privilegiada y no fallarán. Ellos encontrarán la Esencia del Misterio. Kenneth Kogan lo sabía y por eso los eligió para cumplir la misión. No podemos eliminarlos hasta que llegue el momento adecuado. Entonces les arrebataremos también la vida.

—¿Y qué le diremos al Consejo mientras tanto?

—Deja eso de mi cuenta. Tú ocúpate de que esos chicos estén siempre vigilados. ¿Mandaste las flores a Susan Gallagher con mi nota? —preguntó Walter Stuck, cambiando el rumbo de su diálogo.

—Lo hice todo tal como usted me indicó. También acaba de llegar la fotografía de Tannhäuser.

—Déjame verla —dijo Walter Stuck frunciendo el ceño.

Benson abrió un portafolio y sacó una funda de plástico.

—Está un poco manchada de sangre, me ocuparé de limpiarla.

Walter Stuck miró la fotografía y esbozó un gesto de satisfacción.

—No, déjala así. La sangre la hace más humana.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

2

En un rincón de la planta 52 del rascacielos del *New York Times*, Aldous Fowler consultaba la hemeroteca del periódico. Esa mañana, antes de salir de su apartamento, había recibido una llamada de su hermana Pemby rogándole que le hiciera un favor:

—Necesito que encuentres a una persona, Aldous.

—¿De quién se trata?

—No sé su nombre.

—Entonces ¿cómo quieres que la encuentre?, ¿preguntándole a una adivina?

—No hagas chistes fáciles con este asunto, Aldous. Te aseguro que es algo muy importante para mí. Sólo sé el nombre de su hijo. Su madre lo abandonó al nacer en un orfanato de Newport, en Rhode Island.

—¿Cómo se llama el hijo? —Su nombre es Walter Stuck.

—Espera un momento, tengo que buscar mi bloc de notas y un bolígrafo —dijo Aldous, removiendo la mesa del salón de su apartamento, repleta de viejos periódicos y revistas deportivas, libros, papeles, CD de música clásica, algunas latas de cerveza vacías y varios envoltorios grasientos de una hamburguesería—: ¡Aquí están! —exclamó al fin.

—Puedo imaginarme cómo tendrás tu apartamento.

—No lo dudes, Pemby: está hecho un asco. Repíteme esos nombres.

Pemby volvió a repetir los únicos datos que conocía, mientras Aldous Fowler los pronunciaba en voz baja, a la vez que los escribía.

—Walter Stuck, abandonado en un orfanato de Newport, en Rhode Island...

—Eso es.

—¿Cuándo nació?

—¿Es necesario saber eso?

—Eres periodista, Pemby, no me hagas preguntas absurdas.

—No son preguntas absurdas, es que no lo sé —protestó.

—¿Y no puedes preguntárselo a alguien?

—No, no sé a quién preguntarle.

—Dime una cosa, Pemby. ¿Para qué quieres encontrar a esa persona?

—No puedo decírtelo, es un secreto.

—Siempre has dicho que entre tú y yo no había secretos.

—Esta vez es distinto, Aldous. Te lo contaré en otro momento, te lo prometo... Te invitaré a cenar y te lo contaré todo.

—Dime tan sólo si eres feliz con ese hijo abandonado.

—Sí, Aldous, lo soy; pero no me preguntes nada más sobre él, acabo de conocerle.

—Vale, vale... no quiero presionarte para que me cuentes tus sentimientos, pero al menos dime cuánto tiempo puede hacer que lo abandonaron en ese orfanato.

—Él tiene ahora unos treinta y cinco años...

—Bueno, algo es algo...

—¿Encontrarás a su madre?

—No lo sé, Pemby, veré lo que puedo hacer. Hablaré con una buen amiga del departamento de desaparecidos, tal vez ella pueda ayudarme.

—Ojalá lo consigas.

—¿Has pensado que es muy posible que esa mujer no desee que la encuentren?

—No te preocupes por eso, ella no lo sabrá nunca.

Pero esa mañana el detective Fowler no estaba en la hemeroteca del *New York Times* para buscar información sobre una madre desconocida que había abandonado a su hijo recién nacido en un orfanato de Newport, en Rhode Island. De noticias así no se ocupaban los periódicos. Esa tarea se la había encomendado por teléfono a Ann Hardwey, una compañera de la academia de policía con la que había tenido un romance de juventud y a la que había vuelto a ver en un par de ocasiones desde entonces.

Lo que Aldous Fowler buscaba esa mañana en la hemeroteca del *New York Times* era algo tan llamativo como el suicidio de un hombre que en el año 1949 se había cortado a sí mismo la cabeza con una guillotina. Y, que él supiera, no debía de haber muchas noticias tan insólitas como ésta en los anales de las secciones de sucesos de los diarios escritos de Nueva York a lo largo de la historia.

Y Aldous Fowler no se equivocó. Tan pronto introdujo su consulta en todas las ediciones del periódico durante el año 1949, la pantalla del ordenador le mostró una página impresa del *New York Times* del día 25 de noviembre de 1949, en la que destacaba el siguiente titular:

**MUERE DECAPITADO EL MILLONARIO RICHARD GROSLING**

# LA LEYENDA ESCONDIDA

2

Mientras Nicholas Kilby caminaba hacia su casa por Lexington Avenue, no dejó de pensar en el significado que podía tener el nuevo enigma que Carol Ramsey les había planteado. Lo repitió mentalmente una y otra vez, diciéndose a sí mismo que tal vez la clave para comprender esa adivinanza estuviera en la palabra «tumba». Si el enigma decía que «el tiempo borró su nombre y en el olvido su nombre quedó, pero en su tumba sin nombre una hermosa rosa floreció», Nicholas tenía la convicción de que debía encontrar la tumba en la que había crecido esa flor. De otro modo le sería imposible resolver el enigma. Pero no tenía ni la menor idea de cuántos cementerios podía haber en Nueva York, ni dónde encontrarlos.

En eso pensaba Nicholas, cuando una imprevista tromba de agua le obligó a protegerse de la lluvia bajo el portal de un centro comercial, en el que no paraban de entrar mujeres de todas las edades con los hombros encogidos y las caras consternadas a causa de los truenos que estallaban sobre sus cabezas. Pero él se quedó fuera, viendo cómo el cielo se iluminaba a cada instante al ser cruzado por electrizantes rayos de luz. Un rumor de tempestad ahogaba el ruido de los coches que circulaban por Lexington Avenue, y que Nicholas veía pasar frente a él, difuminados por la espesa cortina de aquel diluvio inesperado.

Aguardó a que dejara de llover con tanta intensidad, y luego corrió hasta su casa en la calle Ciento catorce, muy cerca de Jefferson Park. Las nubes grises se abrieron y grandes pedazos de un pálido cielo azul se hicieron visibles sobre Manhattan.

A esa hora de la tarde su madre no estaba en casa, y su padre no volvería hasta el anochecer. Nicholas se sintió libre para hacer lo que le viniera en gana sin tener que dar explicaciones de cada uno de sus actos. Desde que ocurriera lo del FBI, y a pesar de que su madre lo consideraba un héroe, vigilaba sus pasos como si fuese un reo en libertad condicional: ¿Qué haces, Nicholas? ¿Adónde vas, Nicholas? ¿Qué estás buscando ahí, Nicholas? ¿No tienes deberes que hacer, Nicholas? ¿Otra vez te has conectado a internet, Nicholas? Preguntas como éstas, que nunca antes había tenido que responder, eran ahora tan cotidianas para él como el sándwich con jamón, queso y una hoja de lechuga untada en mayonesa que su madre le dejaba siempre preparado para merendar.

«Tienes que alimentarte, Nicholas, estás en una edad difícil», solía decirle.

Entró en la cocina, abrió el frigorífico, cogió su sándwich mixto y un batido de chocolate, y cerró la puerta dándole un leve golpe con el brazo derecho. Por el pasillo fue quitándole el envoltorio al sándwich, y al entrar en su cuarto lo mordisqueó como si hubiese pasado semanas sin probar bocado. Tenía un hambre voraz. Se deshizo de la funda de la pajita del batido con un soplo y conectó el ordenador. Cuando en la

pantalla parpadeó el escritorio de Windows, no le quedaban restos de sándwich en sus manos. Activó el navegador de Internet y, antes de que se abriera completamente la página de inicio, pulsó en la barra el icono del buscador Google, que no tardó en invitarlo a realizar su búsqueda; «cementeros de Nueva York», tecleó Nicholas con rapidez en el casillero de la web.

Al instante, los primeros diez resultados de la consulta estaban en su pantalla. Leyó el extracto del primero en voz alta, como si hablara consigo mismo:

—Los cementeros más fascinantes del mundo. Viajeros.com... El mundo está lleno de cementeros fascinantes donde se... En la Broadway Avenue, en Nueva York, frente a Wall Street y cerca de...

Nicholas pulsó su ratón sobre el resumen, mientras pensaba que no podía haber estado más acertado en su búsqueda. Esperó a que cargara la página dándole el último sorbo a su batido de chocolate.

Era un artículo firmado por su autor bajo un nick: «mariposadefuego». Ojeó con prisa la sinopsis bajo el título y comprobó que trataba sobre cementeros del mundo, famosos por algún motivo... Nicholas no hubiese imaginado nunca que un cementerio pudiera ser un lugar atractivo para realizar una visita turística, así que, sin detenerse en detalles, pasó la página web dejando atrás las necrópolis de Praga, Roma, París y Londres, hasta llegar a la que le interesaba: «Nueva York, el pequeño jardín». El artículo de la página web no decía que en el cementerio de Trinity Church hubiera una tumba sin nombre, aunque a Nicholas le llamó la atención que hablara de lápidas ennegrecidas por el tiempo, y de algunos personajes ilustres de Nueva York que habían sido enterrados en él. El comienzo del enigma decía que el tiempo borró su nombre... , y tal vez, pensó, fuese alguna de esas lápidas la que buscaba.

Miró su reloj y comprobó que eran las seis de la tarde. Si se daba prisa, aún podía coger el metro en una de las dos paradas cercanas a su casa, y llegar a Wall Street antes de que anocheciera. Y, sin dudar, sacó del armario su cazadora impermeable, buscó unos dólares en su pequeña caja de caudales, y se marchó de su casa confiado en no cruzarse con su madre en el ascensor o al salir a la calle.

Lexington Avenue había vuelto a la normalidad tras el fuerte chaparrón de hacía un rato. La gente caminaba de nuevo por las aceras sin temor a mojarse, y en el aire fresco que Nicholas aspiró al salir de su edificio flotaba la calma que sigue a todas las tempestades.

En el panel informativo de la estación comprobó que la línea verde del metro llevaba directamente a Wall Street, y supuso que en menos de media hora estaría allí. Al llegar a la estación de Wall Street, las puertas del metro se abrieron sin que Nicholas sospechara que dos sombras, ocultas entre los taciturnos pasajeros del vagón, seguían subrepticamente sus pasos. Dos sombras que no eran virtuales como en el juego de los enigmas infinitos, sino que eran las sombras de dos individuos de

carne y hueso como él.

Nicholas salió a Broadway Avenue y no tuvo que preguntar a nadie cómo llegar al cementerio de Trinity Church. La iglesia se encontraba frente a Wall Street, y su afilada torre gótica se elevaba al cielo hasta confundirse con los rascacielos del Distrito Financiero en un mimetismo imposible. Sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón vaquero y marcó el número de Beth.

—¡Hola, Nicholas!

—No dispongo de mucho tiempo, Beth.

—¿Dónde estás? Oigo mucho ruido de fondo.

—En Wall Street, frente a la Trinity Church, es posible que haya encontrado la tumba sin nombre. Sólo quería que lo supieras.

—¿Estás seguro? —preguntó Beth.

—Creo que sí, pero hablaremos luego, ahora no puedo darte detalles.

—Ten mucho cuidado, Nicholas.

—Lo tendré, no te preocupes por mí —dijo, sintiéndose orgulloso de sí mismo.

A su alrededor, los ejecutivos de la Bolsa neoyorquina que salían de sus despachos se movían con la misma plasticidad que sus millonarios negocios. Nicholas cruzó la avenida hasta situarse ante el pórtico del templo. Luego comprobó que las puertas estaban abiertas aún. En el interior, algunos grupos de turistas contemplaban con monacal silencio el estilo *gothic revival* de las vidrieras y de la construcción.

Sin percibir cerca de él la presencia de las sombras que lo acechaban, Nicholas buscó la puerta del cementerio en la nave lateral de la iglesia, pero la puerta que encontró estaba cerrada, como las otras que pudo ver en el ábside y en la nave opuesta. Tal vez, pensó, la única entrada abierta estuviera en la calle. Volvió a salir y rodeó la verja de hierro que circundaba aquel «pequeño jardín» de Nueva York, como lo había llamado «mariposadefuego» en su artículo. Pero allí no había ninguna puerta por la que pudiese entrar al cementerio. Sin embargo, desde el exterior pudo ver que todas las tumbas estaban cubiertas por una hierba fina y cuidada, de la que sólo sobresalían las lápidas de piedra. Lápidas blancas, muchas de ellas, y otras negruzcas, a causa del rigor de la intemperie. Pero Nicholas observó que en la mayoría de esas lápidas no había ninguna inscripción tallada en la piedra rugosa. Nada, ni siquiera una mínima señal que permitiera saber qué personas, y cuándo, habían sido enterradas bajo ellas. «El tiempo borró su nombre y en el olvido su nombre quedó», recitó Nicholas, repitiendo el comienzo del enigma que Carol Ramsey les había planteado. Entonces no le cupo ninguna duda de que tendría que saltar la verja de hierro, si quería encontrar la rosa en alguna de aquellas tumbas sin nombre.

Evitando las puntas de lanza de la verja, Nicholas saltó con agilidad al otro lado. Por un instante se sintió como un ratero que traspasa sin ningún pudor los límites de

la ley o, lo que era aún más grave, como un profanador de tumbas. Si alguien lo descubría y sus padres se enteraban de lo que él estaba haciendo allí, probablemente acabaría interno en un correccional para jóvenes conflictivos del Bronx, como Beth había bromeado en alguna ocasión.

Con esa inquietud palpitándole en el pecho, Nicholas comenzó a recorrer el «pequeño jardín» en zigzag. La débil luz del ocaso apenas si era suficiente para ver cada una de aquellas lápidas anónimas, y comprobar si tenían inscrito algún nombre en ellas. Pero, a medida que Nicholas se adentraba en las penumbras del cementerio, sentía crecer en su interior un incontrolado temor a que la tierra se abriera de pronto bajo sus pies, engulléndolo entre el delirio de unos zombis putrefactos. Por eso pasaba junto a las tumbas sin atreverse a mirarlas.

Llegó al fondo de aquel «pequeño jardín» con la sensación de que llevaba horas caminando por los senderos trazados sobre la hierba. Algo en su interior le decía que se marchara, que huyera de aquel lugar fúnebre y oscuro antes de que fuera demasiado tarde. Pero Nicholas no estaba dispuesto a renunciar al juego de los enigmas infinitos. Si la rosa estaba allí, tenía que encontrarla. Así que se armó de valor y pasó temblando tras el ábside gótico de Trinity Church. Al otro lado de la iglesia había tantas lápidas dispersas como en el lateral que Nicholas acababa de recorrer. Sin embargo, ahora podía ver frente a él las farolas encendidas de Broadway Avenue, que antes quedaba a su espalda, y ese contacto con el mundo de los vivos calmó el pánico que sentía.

Nicholas caminó de nuevo entre las tumbas, y ante una de las lápidas vio algo que brillaba débilmente en la oscuridad. Se acercó despacio y descubrió que una hermosa rosa roja crecía entre la húmeda hierba de aquel cementerio fascinante. El rocío del atardecer había depositado algunas gotas de agua sobre sus pétalos, y en ellas se reflejaban como diminutas estrellas las intensas luces de la calle. Entonces comenzó a soplar el viento, y las sombras de la noche devoraron sin piedad las altas cimas de Manhattan.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

2

Aunque llovía a cántaros, Susan Gallagher estaba en la Quinta Avenida, frente a los estudios de la NBC en el Rockefeller Center, con un paraguas en una mano, mientras con la otra intentaba llamar la atención de los taxistas que se dirigían veloces hacia el sur de Manhattan, dejando una estela de agua pulverizada tras sus coches amarillos. Vestía un traje de chaqueta beige claro y calzaba unos zapatos de tacón alto que, sin embargo, no impidieron que se le mojaran los pies hasta los tobillos. Eran unos nubarrones pasajeros que habían decidido contradecir las previsiones meteorológicas para la tarde en New York City, lanzando incontables rayos y truenos sobre las cimas de los rascacielos, como si el mismísimo Zeus se hubiese propuesto destruir la ciudad. Si Susan hubiese podido adivinar que a esa hora habría una tormenta así, hubiera aceptado con gusto el ofrecimiento que Walter Stuck le había hecho, cuando esa mañana la invitó a visitar el museo de cera de su mansión en Greenwich Village.

—Enviaré a Benson a recogerte a las cinco —le había dicho.

Pero ella se había empeñado en decirle que no se molestara, que cogería un taxi desde los estudios. Sin embargo, eran ya las cinco y media y aún no había encontrado un «puto» taxi que estuviera libre.

—Si no hubieras sido tan obstinada conmigo, ahora no estarías más empapada que una merluza —le dijo Walter Stuck riendo, cuando la recibió en la puerta de su casa.

—Espero que la comparación no tenga un doble sentido —replicó riendo Susan, a la vez que se sacudía el agua del traje con la palma de su mano, antes de entrar en el hall.

—Pues lo tiene, querida, lo tiene.

—La verdad es que me siento tan incómoda como si me hubiese dado una ducha vestida.

—Será mejor que te quites ese bonito conjunto, antes de que cojas un resfriado.

—No puedo quedarme desnuda.

—Tampoco yo lo permitiría. Esta mañana estuve haciendo unas gestiones sobre el proyecto del Parque Medieval y pasé por la calle Cincuenta y siete para hacer unas compras. He dejado en tu habitación algo de ropa cómoda para andar por casa y algunos vestidos de temporada. Espero que te gusten.

—¿Mi habitación, ropa, vestidos...? —preguntó Susan sin comprender.

—Sí, lo he pensado detenidamente y creo que es lo más acertado atendidas las circunstancias —dijo Walter Stuck acercándose a ella. Posó con levedad sus manos sobre los hombros de Susan y, mirándola fijamente a los ojos, añadió—: Quiero que



te quedas a vivir conmigo.

—¡Oh Walter, eres incorregible!

—Ya te dije que fui un niño algo travieso.

—¡Pero si apenas nos conocemos!

Walter Stuck la abrazó.

—Nos conocemos lo suficiente para poder vivir juntos eternamente.

—Eso suena muy romántico, pero no me gusta ir tan deprisa —le susurró al oído.

Aunque deseó hablarle de su vida pasada, de sus frustraciones y de sus muchos desengaños amorosos, el último tan doloroso como para no querer recordarlo, Susan pensó que no era momento para confesiones, que era demasiado pronto para volver a confiar en un hombre.

—Ya has pasado aquí una noche, ¿por qué no puedes pasar también ésta?, y la de mañana, y pasado, y...

Susan colocó su dedo índice en la boca de Walter.

—¡Chisst! No sigas, te lo ruego... No quiero pensar en mañana. Me da miedo pensar en el futuro. Soy tan feliz ahora... —dijo, acercando sus labios rosados a los del hombre del que, sin saber cómo, se había enamorado.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

3

—Échele un vistazo a estas noticias —dijo Aldous Fowler, dejando caer unas copias impresas del *New York Times* sobre la mesa del despacho de la teniente Taylor.

The New York Times

Jueves, 25 de noviembre de 1949

MUERE DECAPITADO EL MILLONARIO

RICHARD GROSLING

Según informó la policía de Nueva York, el cuerpo sin vida del millonario Richard Grosling fue encontrado en la tarde de ayer por uno de sus sirvientes en los sótanos de su lujoso palacio en Greenwich Village. Aunque el portavoz de la policía no facilitó ningún otro dato sobre las circunstancias de la muerte, fuentes cercanas a la mansión del difunto han manifestado a este periódico que el cadáver del acaudalado magnate del petróleo tenía separada la cabeza del tronco, por lo que todo apunta hacia la hipótesis de un terrible crimen. El fallecido Richard Grosling era considerado uno de los hombres más ricos de Nueva York, desde que en el año 1925, comprara por un puñado de dólares los terrenos de sus extensas plantas petrolíferas en el desierto de Arizona. Desde entonces, sus muchos negocios se han extendido por todo Estados Unidos, siendo considerado uno de los hombres más influyentes del país, a pesar de que no prodigaba sus apariciones en los actos de la cosmopolita sociedad neoyorquina. Su funeral tendrá lugar en la Catedral de Saint Patrick de la que era fiel devoto.

—Pero esto ya lo sabíamos —dijo la teniente Taylor.

—Lea la siguiente noticia.

228

La agente especial del FBI ojeó el titular.

The New York Times

Domingo, 2 de diciembre de 1949

UN SUICIDIO RITUAL TRAS LA MUERTE DE RICHARD GROSLING

Fuentes policiales aseguraron al *New York Times* que la muerte por decapitación del millonario Richard Grosling pudo ser debida a un suicidio ritual, según las pruebas encontradas en su mansión de Greenwich Village. También apuntan en ese sentido las investigaciones realizadas por los forenses, quienes aseguraron que fue el propio magnate del petróleo el que accionó la guillotina, dejando caer la afilada hoja de acero que le causó la muerte en el acto. “El supuesto ajusticiado no tenía atadas las manos”, ha declarado uno de los médicos forenses que asistieron al levantamiento del cadáver.

Aunque este periódico no ha tenido acceso al documento, estas tesis se ven

reforzadas, al parecer, por una carta manuscrita de Richard Grosling, en la que había manifestado antes de morir: “El ritual se ha cumplido, he pagado con mi propia vida la traición de mi discípulo”. La guillotina empleada por Richard Grosling como instrumento para su inmolación formaba parte de su valiosa colección privada de arte y objetos antiguos. Expertos en rituales y sociedades secretas consultados por el New York Times han mostrado su sorpresa por este tipo de suicidio ritual y esotérico, del que no conocían ningún precedente histórico, no sólo en los Estados Unidos de América, sino también, en la vieja Europa.

Todo apunta, pues, a que el excéntrico millonario era un miembro destacado de alguna sociedad secreta de inspiración desconocida, y que tan de moda están en los últimos tiempos en nuestra nación. Sólo en la ciudad de Nueva York, se calcula que actúan decenas de sociedades y órdenes esotéricas, muchas de las cuales poseen sus propios rituales y símbolos, que sólo son conocidos por los llamados “iniciado” y “maestro” de dicha orden.

—Esto parece mucho más interesante... dijo sin dejar de leer.

—Ahí tenemos la sociedad secreta que buscábamos, vinculada al padre de Adam Grosling. Pero siga leyendo, aún hay más.

The New York Times

Miércoles, 16 de marzo de 1983

El neurólogo Adam Grosling herido de gravedad al caerse de su caballo

En la tarde de ayer, Adam Grosling, fundador del prestigioso centro de investigación neurológica que lleva su nombre, sufrió un fatal accidente al caerse de su caballo mientras practicaba salto de obstáculos en uno de sus ranchos de Texas.

Según el último parte médico el hospital de Houston en el que fue ingresado, el neurólogo presenta una rotura total de la columna vertebral, que no ha podido ser reparada quirúrgicamente por afectar a la médula espinal. Los cirujanos que lo atienden no han ocultado al New York Times su temor a que Adam Grosling quede completamente paralizado a causa de la paraplejia que padece. Ello le obligaría a vivir postrado el resto de su vida en una silla de ruedas.

La fatalidad parece haberse cebado en la acaudalada familia Grosling, desde que el millonario magnate del petróleo Richard Grosling se suicidara en el año 1949, cortándose su propia cabeza con una auténtica guillotina de la Revolución Francesa. Su único hijo y heredero, el ahora infortunado Adam Grosling, estudió medicina en la laureada Universidad de Cornell. Especializado en neurología con todos los méritos y honores académicos, a los treinta años fundó en Nueva York el más moderno centro de investigación del cerebro de todo Estados Unidos. En su corta carrera médica fue premiado por las más prestigiosas instituciones científicas del mundo, y era un firme candidato al premio Nobel, por sus avanzados descubrimientos sobre los misterios de la mente humana.

The New York Times

Lunes, 25 de noviembre de 2006

## FALLECE A LOS 74 AÑOS DE EDAD EL FUNDADOR DEL CENTRO GROSLING

Después de pasar más de veinte años postrado en una cama, Adam Grosling falleció ayer en su domicilio privado de Long Island. La delicada salud del que fuera fundador del centro de investigación neurológica más avanzado e innovador de Estados Unidos, se había deteriorado en los últimos meses a causa de una grave deficiencia coronaria, que finalmente no ha podido superar. Adam Grosling, quien, tras sufrir en el año 1983 un grave accidente que le causó una paraplejia irreversible, había manifestado que su vida como científico e investigador de la mente humana había concluido en el momento en que cayó de su caballo, pasará a la memoria de la medicina mundial por sus numerosas contribuciones a la comprensión del cerebro y las inexplicables capacidades del intelecto.

—Quizá no tenga demasiada importancia, pero hay algo curioso en estas noticias, que no tiene nada que ver con la sociedad secreta de la que era miembro el padre de Adam Grosling.

—¿A qué se refiere?

—A las fechas de las muertes de Richard Grosling y de su hijo Adam.

—No había reparado en ese detalle —dijo la teniente Taylor, volviendo a mirar las noticias del *New York Times*.

—Los dos murieron el mismo día: un veinticinco de noviembre, aunque con una diferencia de cincuenta y seis años.

—Es extraño que todo vuelva a conducirnos a Adam Grosling, cuando él murió unos meses antes de que comenzaran los crímenes —dijo la teniente Taylor.

—Sí, pero posiblemente esa sociedad secreta de la que fue miembro su padre, y de la que es probable que también formara parte Adam Grosling, no muriera con él.

—Tal vez estemos más cerca del asesino de lo que pensamos.

—¿El director del Centro Grosling? —apuntó Aldous Fowler entre interrogaciones.

—Resulta difícil pensar que el señor Brannagh no tenga conocimiento de todo esto.

—Creo que en su silencio está su propia salvación —afirmó Aldous Fowler.

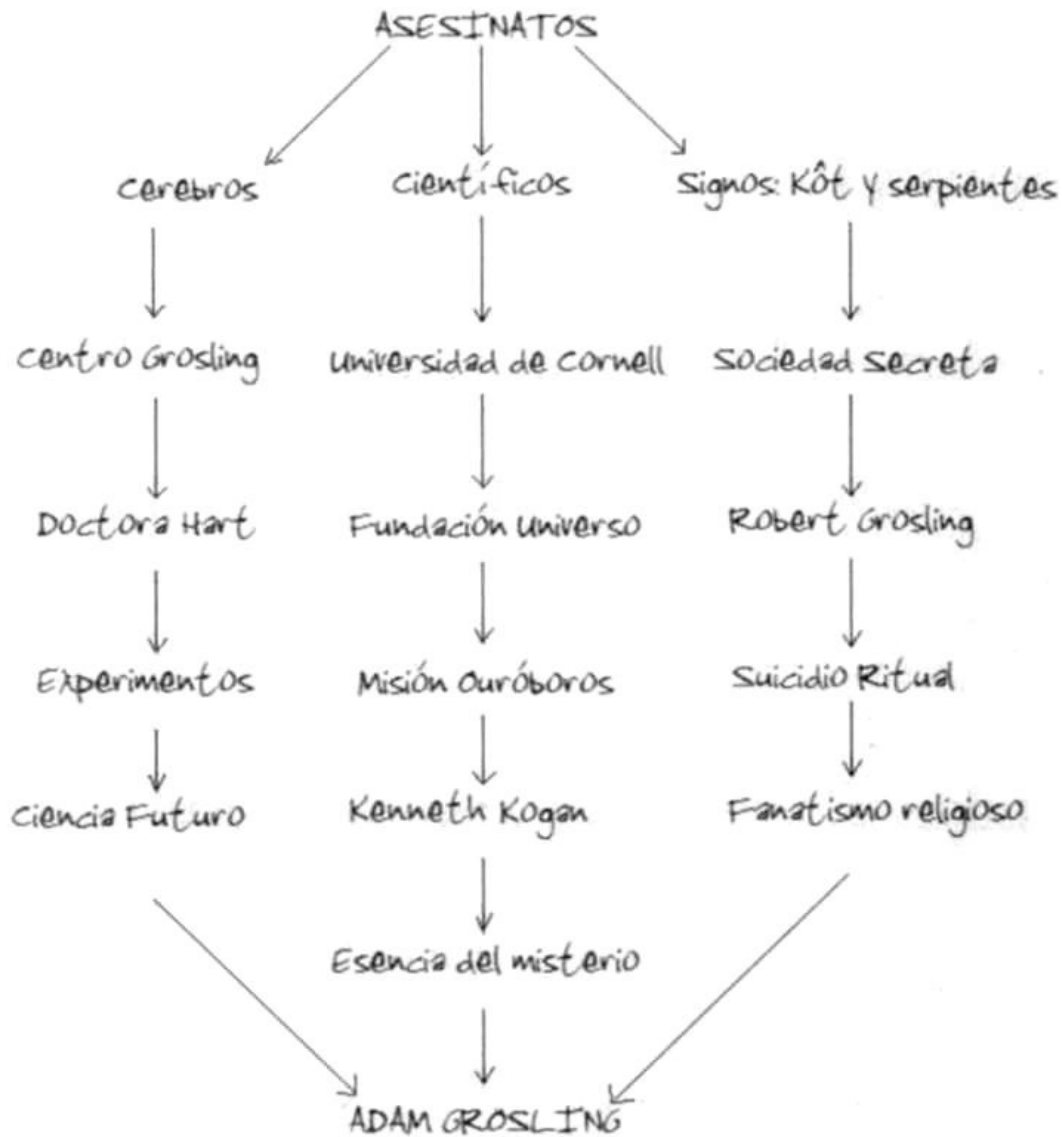
—Sin embargo, los movimientos y la actitud del director Brannagh no desvelan la menor implicación en los crímenes.

—No siempre el verdadero asesino está en el lugar del crimen, lo dijo usted misma en una de sus magistrales conferencias.

—Vaya, no sabía que yo era capaz de decir algo tan inteligente como eso, ni que usted tuviera tan buena memoria —dijo la teniente Taylor riendo.



# Kô†



—Suelo prestar atención a los temas que me interesan.

—Nunca he dudado de su capacidad como policía de homicidios, por eso le pedí que colaborara conmigo, créame.

—Cuando encontré esas noticias en la hemeroteca del *New York Times*, hice un esquema de lo que hasta ahora conocemos del caso del Prestidigitador, y descubrí algo que no esperaba —dijo Aldous Fowler, animado por los elogios de la teniente Taylor.

—Déjeme verlo.

Aldous Fowler le entregó su bloc de notas con un esquema en forma trapezoidal, que la agente especial del FBI observó con curiosidad de detective.

—Es sorprendente la manera en que ha encajado usted todas las piezas de este complicado puzzle.

—Las piezas estaban ahí, yo sólo he tenido que ordenarlas. Ahora, al menos, tenemos todas las piezas sobre la mesa, sólo nos queda darles la interpretación correcta. Como puede ver en ese esquema, nada ha sido caprichoso o irrelevante. Todo tenía su sentido, aunque de un modo algo difuso.

—Sí, creo que tiene usted razón una vez más, Aldous.

—¿Recuerda las manos del cadáver de Lars Murliken?

—Supongo que se refiere a la palabra «Kôt» marcada en su mano derecha y al signo de las serpientes erguidas marcado en la mano izquierda.

—Así es. Ahora observe la palabra «Kôt» y el signo de las serpientes erguidas en el esquema. Es como si el asesino, el Prestidigitador, estuviera realizando un siniestro juego de manos ante nuestros ojos, ocultándonos el verdadero contenido de sus crímenes. Tal vez confiara en que jamás podríamos desvelar una maraña como ésta. El truco está en ese esquema que antes no veíamos, y que da completo sentido a los asesinatos de los científicos, a la desaparición de los cerebros y a los signos tras los que se oculta el Prestidigitador.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

3

—¡La he encontrado, BH, la he encontrado! —gritó Nicholas, tan pronto conectó con Beth a través de videollamada.

—Entonces, estabas en lo cierto.

—¡Sí, la tumba sin nombre y la rosa que en ella floreció estaban allí, ante una lápida del cementerio de Trinity Church!

La voz de Nicholas era tan entusiasta como la del narrador de un relato de aventuras.

—¡Es fantástico, NK! A Carol le costará creer que lo hayas conseguido.

—Estoy deseando entrar de nuevo en el juego de los enigmas infinitos.

—Te comprendo, NK, pero dime, ¿cómo la encontraste? —quiso saber Beth.

—Busqué en Google cementerios de Nueva York y la primera página hablaba de algunos cementerios fascinantes del mundo; entre ellos estaba el de Trinity Church, en Wall Street. El artículo estaba firmado con un nick: «mariposadefuego»...

—¿Mariposa de fuego?

—Sí, escrito todo junto. Debe tratarse de alguna chica aficionada a esos temas de viajes curiosos. Decía que en Trinity Church había unas lápidas ennegrecidas por el tiempo, y pensé que ése podía ser el mismo lugar de la tumba sin nombre.

—Y acertaste, NK, es increíble.

—Fue una increíble coincidencia, BH. Sentí algo extraño al leer lo que había escrito «mariposadefuego» sobre ese lugar de Nueva York... , no sé, sentí como una intuición.

—Esas cosas suelen pasar, NK; algo te dijo que siguieras adelante y lo hiciste.

—Lo hice, BH, cogí algo de dinero y me fui hasta Wall Street. Pensé que la entrada al cementerio estaría dentro de la iglesia y pasé al interior, pero allí todas las puertas estaban cerradas. Así que salí afuera, salté una verja de hierro y entré en el cementerio justo cuando anocheecía...

—¿Te atreviste a entrar tú solo de noche, en un cementerio? —preguntó Beth, admirada.

—Todo estaba oscuro, y apenas podía ver si las lápidas de las tumbas tenían nombre. Pensaba que la tierra me tragaría, y corrí de un lado a otro hasta que vi brillar algo frente a mí.

—¿Era la rosa, NK? ¿La rosa brillaba en la oscuridad?

—Brillaban unas gotas de agua. Pero fue algo muy mágico, te lo aseguro.

—Me habría gustado estar contigo.

—Y a mí, BH, te eché mucho de menos...

En el juego de los enigmas infinitos, el personaje virtual de Carol estaba junto a



los de Beth y Nicholas, cerca del embarcadero de la isla de la Libertad. Ante ellos, algunos visitantes subían a bordo de un barco que hacía el trayecto marítimo de regreso hasta Battery Park. Y tan pronto como Beth saludó a Carol, le dijo:

—Nicholas ha resuelto el enigma de la rosa que floreció en la tumba sin nombre.

—¿Y tú, BH? ¿Es que tú no has conseguido resolverlo?

—No, tuve que cuidar a mi hermana Bo...

—Veamos entonces cuál es tu interpretación del enigma, NK.

—La tumba sin nombre en la que floreció la rosa está en el cementerio de Trinity Church —dijo con orgullo.

—Exacto, NK. ¿Y has averiguado también quién fue enterrado en ella? —preguntó Carol, como si el hallazgo de Nicholas no tuviese importancia.

—¿Había que averiguar también el nombre que borró el tiempo? —inquirió Nicholas con cara de enfado. Creyó que todo su valor y su esfuerzo no habían servido de nada.

—Dime, ¿lo averiguaste?

—No, en la lápida de aquella tumba no había inscrito ningún nombre; el tiempo lo borró, ¿no dijiste tú eso?

Beth permanecía en silencio. Ella no tenía derecho a intervenir. Pero también pensó que Carol no estaba siendo justa con Nicholas.

—Sí, NK, eso fue lo que dije. Sólo quería saber hasta dónde pudiste llegar en tus averiguaciones.

—¿Hasta dónde? —replicó Nicholas enfadado—. Entré solo en ese cementerio de noche para buscar la rosa de la tumba sin nombre, Carol, y jamás he pasado tanto miedo. ¿Qué más querías que hiciera?

—Nada, NK, ya hiciste bastante. Este enigma no es fácil, nada fácil... Pero aún no está resuelto completamente.

—¡Oh, no! —dijo Nicholas, llevándose las manos a la cabeza.

—Entonces, ¿no podremos seguir en el juego? —quiso saber Beth.

—Yo no he dicho eso, BH. Sólo he dicho que el enigma no está completamente resuelto, ahora sois vosotros los que tenéis que sacar vuestras propias conclusiones: los enigmas son infinitos.

—¿Qué piensas tú, BH? —preguntó Nicholas, cuyos pensamientos parecían haberse dormido de cansancio.

—Creo que será necesario averiguar el nombre que borró el tiempo y en el olvido quedó, como decía el enigma. Tendremos que ir de nuevo al cementerio de Trinity Church.

—Yo no pienso volver allí, BH.

—Me refería a través del juego virtual. Si miras el mapa de Manhattan que Carol nos entregó, verás que Trinity Church aparece en él, como la Estatua de la Libertad y

muchos otros lugares donde puede estar escondida la Esencia del Misterio.

—De acuerdo, BH. Cojamos el ferry en el embarcadero y vayamos hasta Battery Park; desde allí no queda lejos el Distrito Financiero.

De camino hacia el embarcadero pasaron junto a la estilizada estatua de un hombre menudo que sostenía un libro junto a sus mejillas, en actitud reflexiva. Vestía un abrigo hasta las rodillas, que el viento parecía mover como si fuese real.

—¿Quién es ese hombre? No se parece en nada a los retratos de Bartholdi que hemos visto en el museo de la Estatua de la Libertad —preguntó Nicholas.

—Un francés llamado Edouard René de Laboulaye. Él fue quien tuvo la idea de crear la Estatua de la Libertad y quien la diseñó junto con su compatriota Auguste Bartholdi.

Mientras navegaban sobre la cubierta del ferry rumbo a Battery Park, Nicholas le contó a Carol la historia que había leído sobre el cementerio de Trinity Church en el artículo de internet firmado por «mariposadefuego». Luego, fue Carol quien habló:

—Es cierto que la torre gótica de la iglesia, con sus ochenta y seis metros y medio, servía como guía a los barcos que se adentraban en la bahía, y fue la punta más alta de Nueva York hasta finales del siglo XIX. La historia asegura que allí fueron enterrados muchos personajes ilustres de aquel tiempo, y que, incluso, en un osario se guardan las cenizas de dos mil prisioneros muertos durante la Guerra de la Independencia. Pero la leyenda escondida asegura que, en una de esas tumbas, reposan los restos del hombre que trajo con él la Esencia del Misterio, para guardarla en la llama dorada de la Estatua de la Libertad.

—¿Por eso tenemos que averiguar su nombre, para completar la leyenda? —quiso saber Beth.

—Así es, BH. El enigma exige no sólo la solución del lugar en que está esa rosa, sino también la del nombre de la persona enterrada en esa tumba.

—Y según la leyenda escondida, ¿por qué creció una hermosa rosa en la tumba sin nombre, Carol? —insistió Beth.

—La leyenda cuenta que una joven de procedencia humilde, que en aquellos tiempos vendía rosas rojas junto al embarcadero de Battery Park a los curiosos que se acercaban para contemplar la construcción de la Estatua de la Libertad, tenía en un hombre anciano a su mejor cliente, pues cada vez que la veía junto a la vieja torre de madera verde de Pier A le compraba todas las rosas que llevaba en su cesto de mimbre. Un día, la joven vendedora de rosas echó de menos a aquel anciano, al que no veía desde hacía algún tiempo, y le preguntó a un marinero del ferry si sabía algo de él. La muchacha sintió un amargo sobresalto en su corazón cuando el marinero le dijo que aquel anciano había muerto unas semanas atrás, y había sido enterrado en el cementerio de Trinity Church. Esa misma tarde, la joven florista buscó la lápida de su generoso cliente y sembró ante ella una rosa roja que regó con sus propias lágrimas.

Desde entonces, la leyenda escondida asegura que, todas las primaveras, una hermosa rosa florece en una tumba de Trinity Church.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

3

Durante su recorrido por las distintas estancias del particular museo de cera de Walter Stuck, Susan Gallagher creyó estar paseando por el interior de una mansión encantada. Todo allí era asombroso y perfecto, como si cada pasaje o cada estancia pertenecieran a unos espacios lejanos y remotos, por los que ella viajara a través del tiempo cogida de la mano de un mago. Se sentía tan segura y cómoda junto a Walter, que no tuvo la menor inquietud cuando se adentró junto a él en aquel inmenso territorio del pasado, poblado por los verdaderos protagonistas de la crónica olvidada de la humanidad, inmortalizados en figuras de cera. Pero lejos de parecerle un territorio habitado por fantasmas, como ella misma le había dicho la noche que cenaron en el Salón Romántico del museo, Susan experimentó la desconcertante curiosidad de una niña que descubre un pasadizo secreto bajo su cama. Desde el gran salón de los presidentes de Estados Unidos, repleto de banderas con las barras y estrellas, por el que habían comenzado su visita, pasando por las amplias galerías históricas, habitadas por las más ilustres personalidades del mundo, inmersas en una cuidada ambientación de cada época, hasta las salas de las artes, de la música, del cine y del espectáculo, Susan se mostró tan contenta y divertida como si hubiese vuelto a vivir los mejores años de su infancia. Sin embargo, cuando llegaron al temido pasaje del crimen sintió un intenso escalofrío.

—Preferiría no entrar ahí, Walter —dijo con sequedad.

—¿No me dirás que tienes miedo?

—No, no es eso, pero no me apetece ver escenas de crímenes.

—Vamos, Susan, será divertido, sólo son unas figuras de cera —dijo Walter Stuck, intentando animarla, aunque él sabía muy bien a qué se debía su temor.

—Odio a esos psicópatas...

—¿Por qué? Son asesinos, es cierto, pero precisamente por eso han pasado a la historia como si fuesen héroes. A la gente le gusta verlos de cerca en el ambiente de sus crímenes y mirarlos a los ojos para intentar descubrir en ellos el origen de su maldad, aun a sabiendas de que sólo son una recreación aproximada de la realidad. La realidad nos divierte y nos fascina por trágica que sea.

—A mí no. Uno de esos asesinos de los que tú hablas mató a mi hermano cuando tenía doce años —dijo Susan, sin ninguna emoción en su voz.

—No sabía que... ¡Oh, Susan, pobre Susan! —dijo Walter Stuck, abrazándola con ternura.

Susan Gallagher le contó a Walter Stuck lo que le había ocurrido a su hermano cuando era niño, y luego dijo:

—Vayamos a otra parte, quiero salir de aquí.

—Claro, claro... Ven, saldremos afuera, te vendrá bien tomar un poco de aire.

Al final del pasillo se abría una puerta de madera con grandes hojas rematadas por un arco de piedra. Walter Stuck descorrió un gran cerrojo, y la luz entró en el pasillo haciendo desaparecer las tinieblas que durante un momento se adueñaron de la mente de Susan. Fuera hacía fresco, pero ella agradeció la brisa que le acarició el rostro. Se arrebujó bajo el jersey que vestía, y miró asombrada a su alrededor. Un conjunto de casitas con fachadas de piedra y estructura de madera se abría ante ella.

—¿Qué es este lugar?

—Es la zona medieval del antiguo museo, una copia reducida de la plaza de una aldea europea de los siglos XIII y XIV. Es la parte más espectacular e insólita de este palacete, por eso lo compré.

—¿Y esa hoguera? —dijo Susan, señalando el montón de ramas y leña seca que rodeaba un mástil de hierro clavado en el centro de la plaza.

—En la Edad Media, a los herejes y a las brujas los quemaban en las plazas de las aldeas, era el único espectáculo que conocían. Entonces no existía la televisión —dijo con ironía Walter Stuck, cogiendo de la mano a Susan.

—¡Es terrible, terrible! ¿Cómo podían quemar vivo a alguien por sus creencias?

—Era una cuestión de pura supervivencia. La Iglesia no podía permitir que esas creencias se extendieran por Europa y pusieran en peligro sus dogmas de fe. Por eso los quemaban, para purificar con fuego sus almas endemoniadas, y de paso dar un escarmiento público a los rebeldes.

—Como lo que está ocurriendo ahora con los científicos asesinados, ¿no es cierto?

—Sí, algo parecido a esos crímenes. Ya te dije que muchas sociedades secretas de origen medieval odian la ciencia tanto como tú odias a los psicópatas.

—Pero sólo un psicópata puede matar de ese modo. ¿Qué está pasando Walter? ¿Qué les ocurre a los seres humanos para que se odien tanto unos a otros por creencias que no tienen hoy ningún sentido?

—No todos piensan como tú, Susan. Hay quienes creen que deben defender sus creencias con la cruz y la espada, como en las antiguas cruzadas.

—¿Y tú cómo piensas, Walter? Tú eres historiador, conoces las causas de tanta barbarie, de tanta destrucción, de tantas muertes. ¿Qué piensas tú de todo esto? Quiero saberlo, Walter. Necesito saberlo.

Aldous Fowler pensó un instante.

—Yo sólo pienso lo que mi amada y dulce dama quiera que piense. Eres lo único que ahora me importa —mintió con fingido aire de trovador—. Anda, olvídate de todo y ven conmigo, quiero enseñarte algo.

Cogidos de la mano cruzaron la pequeña plaza medieval del museo de cera. Al otro lado, una fachada de piedra reproducía la entrada a un viejo monasterio.

—Aguarda aquí un momento —dijo Walter Stuck antes de abrir la puerta.

Entró en la iglesia y accionó un interruptor situado tras la puerta. Luego, desde el umbral, le hizo un gesto a Susan para que entrara, a la vez que un coro de voces masculinas comenzaba a interpretar un canto gregoriano.

—¡Oh, es precioso! —exclamó, al ver las figuras de unos cincuenta monjes con hábito negro, que tenían las cabezas ocultas bajo las capuchas.

Los monjes estaban sentados en gradas a ambos lados de la nave central de la capilla, unos frente a otros, y, ante el altar, uno de ellos, puesto en pie junto a un atril de madera tallada, parecía leer un libro de salmos.

Susan avanzó por el pasillo central de la nave, seguida por Walter Stuck. Miraba a uno y otro lado entusiasmada.

—¿Por qué no se les ven las caras? —preguntó.

Walter Stuck se echó a reír.

—Porque están en actitud contemplativa y además no tienen rostro. Sólo son una estructura de madera rellena con cojines de lana y cubierta con un hábito negro de monje. Si tuvieran una cabeza y una cara de cera tampoco se les vería; la capucha del hábito se las cubriría. Los propietarios del museo debieron de pensar que éste era un recurso mucho más económico, con el que además lograban un efecto sorprendente, ¿no crees?

—Yo juraría que son monjes de verdad.

—Pues ya ves lo fácil que es falsear la verdad. Pero no eran estos monjes lo que quería mostrarte.

—¿Es algo más interesante aún? —preguntó Susan más animada, como si hubiese olvidado las tristezas de su infancia.

—Júzgalo tú misma —dijo Walter Stuck, después de empujar una de las dos hojas de la gigantesca puerta que tenía a su lado. Luego extendió su brazo con la palma de la mano abierta, para indicarle que podía pasar delante de él.

Susan aceptó la invitación y entró en una pequeña estancia abovedada y adornada con preciosos tapices en los gruesos muros de piedra.

Ante ella se abría un corto pasadizo, que recorrió hasta el final sin detenerse.

—¿Adónde lleva esta escalera? —preguntó intrigada.

—A las mazmorras del museo —dijo, al tiempo que pulsaba un interruptor disimulado tras una argolla en el muro de piedra.

Bajaron en silencio por la estrecha escalera de caracol, hasta llegar a una puerta de hierro encajada en un arco ojival, que Walter Stuck empujó con ambas manos como si estuviese atrancada.

Susan percibió un denso olor a humedad y podredumbre al entrar en aquella especie de gruta excavada en las entrañas de la tierra. Sintió asco, pero no dijo nada. Después de haberse negado a entrar en el pasaje de los crímenes, no quería que

Walter se hiciera una idea equivocada sobre su fortaleza.

Walter encendió las antorchas de los muros de piedra, creando un efecto sobrecogedor e inquietante. Apenas habían avanzado unos pasos cuando Susan ahogó un grito de terror y aferró su mano al brazo de Walter Stuck.

—No tengas miedo, sólo son los cuerpos de unos ajusticiados colgados del techo.

Susan pasó junto a las figuras de cera encogiéndose los ojos para no apreciar los detalles de aquella ficticia sangría. Pero más adelante no pudo evitar que su mirada se detuviera ante los rostros desencajados por el sufrimiento de distintas figuras de cera, sometidas a horribles tormentos.

—¡Este lugar es inhumano! ¿Cómo has podido comprar estas monstruosidades? —soltó Susan para contener sus náuseas.

—La crueldad no la he inventado yo, forma parte de nuestra vida, Susan.

Los ojos de Susan se deslizaron sobre las oscuras mazmorras que los rodeaban, y en cuyo interior apenas eran visibles los cuerpos ensangrentados de unas figuras de cera encadenadas al muro de piedra. Algunas ratas se movían sobre los cuerpos.

—¿Sabes cómo llamaban a estas mazmorras en la Edad Media? —insistió Walter.

—No, no lo sé. Cómo podría saberlo; nunca me ha interesado conocer una época tan oscura y supersticiosa como ésta. Y me alegro de no haberlo hecho.

—Les llamaban las mazmorras del diablo —dijo Walter Stuck con una entonación tétrica.

—Me parece un nombre muy apropiado para un sitio como éste.

—Sin duda lo es, pero no por lo que tú estás pensando.

—¿Por qué, entonces?

—Porque creían que Dios los había abandonado, y sólo el diablo podía salvarlos.

Walter se adelantó unos pasos sin que Susan se separara de su lado, y al llegar a un rincón de la gruta, junto al que se alzaba una gran puerta de hierro, se detuvo.

—¿Esa puerta lleva a otro lugar? —preguntó Susan.

—No, es una puerta falsa, un elemento decorativo del museo, como los monjes de arriba. Lo que quiero que veas es eso —dijo, mirando hacia su izquierda.

Susan giró la cabeza hacia una pequeña galería abierta en la gruta, en la que no había nada más que una guillotina.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

4

En la barra de un restaurante italiano de la calle Cuarenta y cuatro, junto a Times Square, Aldous Fowler bebía una gran jarra de cerveza mientras esperaba a su amiga Ann Hardwey para invitarla a cenar. Aunque esa mañana le había pedido por teléfono que buscara alguna información sobre la madre de un niño recién nacido llamado Walter Stuck, abandonado hacía unos treinta y cinco años en un orfanato de Newport, en Rhode Island, le pareció una descortesía imperdonable no pedirle, también, que cenara esa noche con él, después de haberle prometido que la llamaría pronto, la última vez que se vieron hacía más de un invierno.

Pero esa noche, en la barra del restaurante italiano de la calle Cuarenta y cuatro, Aldous Fowler no pensaba en su relación con Ann Hardwey, sino en la nueva relación amorosa que su hermana Pemby había iniciado con ese tal Walter Stuck, a quien, según ella misma le había confesado, acababa de conocer. Él sabía lo mucho que Pemby había sufrido en su anterior matrimonio con un fracasado actor de Hollywood llamado Leo Brake, adicto a la cocaína, borracho y camorrista, y no deseaba que nadie más le hiciera daño. A pesar de su arrolladora seguridad en sí misma, Pemby era tan frágil como el vuelo de un pájaro entre los remolinos del viento, y cualquier inesperado cambio de dirección en su vida amorosa le afectaba su estabilidad emocional hasta derrumbarla. En eso, Pemby se parecía mucho a su padre. Tal vez demasiado, pensaba Aldous, mientras daba un trago a su jarra de cerveza, ensimismado en la contemplación del psicodélico bullicio de Times Square.

Pemby había conocido a Leo Brake en uno de sus viajes a la Costa Oeste con el equipo de baloncesto femenino de la Universidad de Detroit, y, al terminar los estudios de periodismo, se fue a vivir con él a California. Durante ese tiempo, Aldous sólo tenía esporádicos contactos telefónicos con su hermana, sobre todo por Navidad o con motivo de la celebración del Cuatro de Julio, y ella parecía muy feliz con su nueva y lujosa vida entre las grandes estrellas del cine americano. Pero, años más tarde, Pemby lo llamó un día por teléfono con la voz entrecortada, y sin apenas fuerzas para poder seguir hablando.

—Necesito que vengas a verme —le dijo entonces entre sollozos.

Aldous voló al día siguiente desde Nueva York a California, y encontró a Pemby en un barrio de casas móviles rodeado de basuras y escombros. Pemby estaba drogada y borracha, y ni siquiera lo reconoció cuando él entró en la roulotte.

—¿Qué hijo de puta te ha hecho esto? —preguntó abrazándola con rabia.

Leo Brake la había golpeado con tanta fuerza que le había roto la nariz y varias costillas. Pemby pasó un par de semanas en un hospital privado de San Francisco, recuperándose de sus heridas sin que Aldous se separara de ella. Luego regresaron



juntos a Nueva York, y Pemby ingresó en un centro de desintoxicación de alcohólicos y cocainómanos anónimos. Habían pasado cinco años.

Ann Hardwey era una mujer atractiva, cuyo mayor encanto estaba en sus ojos. Tenía el pelo del mismo color negro, liso y suelto tras la espalda. Y, cuando sonreía, sus ojos brillaban con mil colores distintos. Por eso Aldous se sintió dichoso al verla de nuevo.

—Gracias por venir, Ann —dijo, dándole un beso.

—Para eso están los buenos amigos, ¿no?; para llamarse por teléfono de vez en cuando —dijo Ann, mientras se quitaba una rebeca de punto y dejaba al aire sus hombros morenos y menudos.

—Hace calor aquí.

—Sé que debía de haberte llamado antes, pero no quería volver a enamorarme de ti —se excusó Aldous, antes de que Ann fuese más explícita en sus reproches.

—No es necesario que me adules, sabes que no es mi estilo —dijo Ann, sonriendo.

—Lo pensé, de veras que pensé llamarte, pero...

—Déjate de explicaciones y pídemme un vino blanco bien frío, vengo muerta de sed. Es horrible llegar en coche hasta Times Square —dijo Ann, sin prestar atención a las explicaciones de Aldous.

Un camarero les acompañó hasta la segunda planta del restaurante, una especie de voladizo protegido por una baranda dorada, desde el que podían contemplar todo el salón inferior. Rodeados de gente educada que hablaba sin alzar la voz, Aldous y Ann ojearon la carta del restaurante y pidieron sus platos.

—¿Me dirás por qué estás investigando la maternidad de Walter Stuck?

—No es una información para mí, yo ni siquiera le conozco.

—¿No has oído hablar de Walter Stuck? —preguntó Ann, elevando las cejas.

Aldous Fowler se mostró impresionado.

—No, ¿por qué debería haber oído hablar de él?

—Es el principal promotor del Parque Medieval de Nueva York, una verdadera pasada de proyecto inmobiliario y recreativo. Hace días hubo una gran movida en la prensa con motivo de la presentación pública del proyecto. ¿Es que ya no compras ningún periódico?

—No, la verdad es que últimamente he estado bastante liado.

—Pues lo primero que deberías de saber es que ese Walter Stuck es un poderoso magnate del petróleo; un millonario joven y atractivo que deslumbra a las mujeres.

Aldous Fowler se quedó pensativo, y tuvo el presentimiento de que su querida hermana Pemby tampoco sería feliz con ese hombre.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

4

El ferry atracó sin dificultad en el embarcadero Pier A, y los personajes virtuales de Carol, Beth y Nicholas bajaron del barco hasta situarse sobre el muelle, frente a la gran muralla de rascacielos que se elevaba tras los árboles y jardines de Battery Park. Nicholas se recreó en la contemplación de la vieja torre de madera verde de Pier A y sus grandes relojes blancos, mientras que Beth miraba las nubes y el cielo azul que se reflejaban en las fachadas de espejos de los rascacielos.

—Tenemos que seguir, BH —dijo Nicholas desde su puesto de control en la Estación Modular NK.

—Estoy lista, NK.

—¿Carol?

—Esperando vuestra decisión.

—Si cruzamos Battery Park por aquí, dijo señalando frente a ellos, llegaremos por State Street hasta la Trinity Church. Es el camino más recto.

Entraron en Battery Park y pasaron junto al monumento a los inmigrantes que llegaron a Estados Unidos desde todos los lugares de la Tierra. Más allá, en una fuente a ras del suelo que lanzaba distintos chorros al aire, unos niños se mojaban divertidos mientras jugaban a esquivarlos. Al otro lado del parque encontraron la pequeña plaza de Shout Ferry. Algunos personajes virtuales leían el periódico o conversaban en los bancos, bajo las sombras de los árboles. Pero a ellos los aguardaban otras sombras más siniestras y malvadas, tan pronto cruzaron hacia State Street.

—¡Están disparándonos! ¡Están disparándonos! —gritó Nicholas al oír el silbido de unas balas que pasaron junto a su cabeza.

Los personajes virtuales de Nicholas, Beth y Carol se parapetaron tras los coches aparcados y comenzaron a disparar largas ráfagas sobre las Sombras con sus armas automáticas.

—¡A tu izquierda BH, vienen por tu izquierda! —gritó Nicholas, sin dejar de apretar el botón de su joystick.

—Son muchas, NK; las Sombras salen por todos lados —dijo Beth, mientras sus disparos hacían estallar las Sombras en espectaculares bolas de fuego.

Carol se había protegido de las balas tras la esquina de State Street, al otro lado del lugar en que se encontraban Beth y Nicholas.

—¡Creo que no podremos pasar por ahí! —gritó, a la vez que asomaba su arma a la calle y disparaba descontroladamente a un lado y a otro sin dar en el blanco.

—¡Tenemos que intentarlo, Carol! ¡Lo más seguro es que todos los accesos a Trinity Church estén controlados por las Sombras!

—¡Cruzaré la calle y me acercaré hasta vosotros, desde aquí no puedo ver nada!

Carol se lanzó haciendo acrobacias para evitar la trayectoria de las balas de las Sombras y se situó junto a Beth, protegiéndose tras el capó amarillo de un taxi aparcado.

El ruido de los disparos era ensordecedor, como el de una guerra callejera entre bandas rivales.

—¡Me han dado! ¡Me han dado! —gritó Beth, sintiendo como si las puntas de dos flechas incandescentes se le hubiesen clavado en el hombro. Su nivel de vida en la pantalla del ordenador había bajado ostensiblemente, pasando de un color celeste a otro rojizo, y su personaje virtual sangraba por el hombro.

—¡Salgamos de aquí, si vuelven a herir a BH estaremos perdidos! Aún no tenemos ningún botiquín con el que curarla y reponer su nivel de vida en el juego —advirtió Carol entre el lúgubre zumbido de las balas.

Apenas abandonaron la plaza de South Ferry y se internaron hacia el este en dirección a South Street, cesaron los disparos de las sombras.

—¿Qué tal estás, BH? —preguntó Nicholas, preocupado por las heridas de Beth.

—Si no fuera por el color rojo que ha adquirido mi vida virtual, juraría que me encuentro tan bien como antes.

Carol se acercó a ella, le miró el hombro y dijo:

—No te lo tomes a broma, BH; si vuelven a herirte antes de que recuperes tus niveles de vida normales, el juego de los enigmas infinitos habrá terminado para ti.

—Lo siento, Carol, sólo intentaba desdramatizar mi situación.

—Tendremos que buscar un botiquín cuanto antes —dijo Nicholas, preocupado por Beth. Sin ella, el juego no tenía ningún sentido.

En silencio, como si todos hubiesen tomado conciencia de la grave situación de Beth, avanzaron por la acera con las armas en las manos. A su derecha quedaba el East River, y a su izquierda las fachadas de una hilera de pequeñas y antiguas casas pintadas en colores lilas, burdeos y marrones, en algunas de las cuales sobresalía la frágil estructura de las escaleras de incendios.

—¡Mirad eso! —exclamó Nicholas, al ver un maletín sanitario, blanco y con una cruz roja en el centro, ante la esquina de la popular Fraunces Tavern.

—Será mejor que lo cojas tú, BH —dijo Carol.

El personaje virtual de Beth se acercó al maletín y se situó junto a él. De inmediato, en el panel de su pantalla el nivel de vida creció hasta volver a adquirir un color celeste intenso.

—¡Bienvenida de nuevo al juego, BH! —dijo Nicholas, contento de nuevo.

—¡Uf! Creía que ya no lo contaría —murmuró Beth, dejando escapar un suspiro.

—Ahora sabemos que esas Sombras pueden hacernos daño, mucho daño. Será mejor que estemos alerta y elijamos bien nuestro camino. Esta zona parece estar fuera

de su control.

Ante ellos tenían el cruce de dos calles.

—Si subimos por Broad Street saldremos directamente a Wall Street. Desde allí a Trinity Church está a un paso —propuso Nicholas.

—Tú eres el guía, NK. Haremos lo que tú digas —aceptó Beth, que no dudaba del buen instinto rastreador de su amigo. El los había llevado hasta el botiquín que acababa de salvarle la vida.

—Yo iré detrás de vosotros, cubriendo la retaguardia —dijo Carol, quedándose un poco regazada.

Al poco de adentrarse en la calle, Nicholas vio moverse un par de Sombras al fondo de su pantalla.

—Esta vez no nos cogerán por sorpresa —dijo.

—¿Has visto algo, NK? —preguntó Beth en voz baja, como si temiera que las Sombras la oyeran.

—Mira allí, BH, bajo aquellos edificios de enfrente. Me ha parecido que algo negro se movía.

—Sí, sí, son dos Sombras, dos Sombras negras.

—Quedaos aquí, yo me adelantaré para ver si sólo son una avanzadilla o hay más detrás de ellas.

Nicholas se pegó a la pared, con su arma automática apuntando al centro de la calle. Las Sombras parecían distraídas en otros asuntos, y aún no se habían dado cuenta de su proximidad. Se detuvo al llegar a la esquina de Pearl Street. Oculto tras la pared, Nicholas observó las Sombras que se movían frente a él. Estaba suficientemente cerca de ellas para ver que iban vestidas con unos hábitos negros con capuchas que les cubrían la cabeza. Sin embargo, no pudo ver sus rostros, si es que los tenían.

Dejó de pensar en ello y decidió acabar con las Sombras cuanto antes. Con ellas allí les sería imposible llegar hasta Wall Street. Así que movió a su personaje virtual hasta el centro de la calle y comenzó a disparar hasta que las dos Sombras se convirtieron en dos llamas de fuego, cuyo vivo fulgor se extinguió en segundos.

—¡Podemos seguir! —gritó Nicholas, al ver libre su camino.

Por Wall Street se movían los mismos ejecutivos con traje y corbata que Nicholas había visto la tarde anterior al salir del metro. Algunos grupos de ejecutivos virtuales conversaban animadamente ante el magnífico templo corintio de la Bolsa de Nueva York, cuyas gruesas columnas estaban cubiertas por una gran bandera de Estados Unidos, y en la escalera del Federal Building, algunos turistas se hacían fotos bajo la estatua del presidente Washington. Ninguna Sombra parecía atreverse a andar por un lugar tan concurrido.

—Allí está Trinity Church —dijo Nicholas, cuando la afilada torre gótica de la

iglesia apareció ante ellos.

Sin perder tiempo, salieron desde Wall Street a Broadway Avenue, la cruzaron y entraron en la iglesia. Carol iba tras ellos, como si vigilara sus espaldas. A diferencia de la tarde anterior, una de las puertas laterales que conducían hasta el cementerio de Trinity Church estaba abierta.

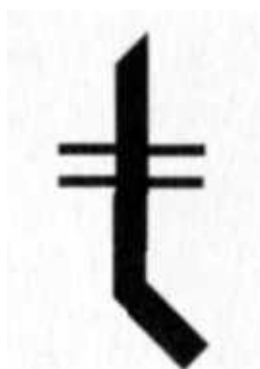
—¿Éste es el «pequeño jardín» del que hablaba «mariposadefuego»? —quiso saber Beth, sorprendida por la tranquilidad que se respiraba entre aquellas lápidas de piedra, erguidas sobre la hierba.

—El mismo, aunque en la realidad era menos acogedor que éste, te lo aseguro. Venid, es por aquí.

Beth iba a seguir a Nicholas, pero bajo un árbol cercano vio otro pedazo de madera con un signo pintado, similar al que había encontrado en el museo de la Estatua de la Libertad.

—Espera, NK, creo que aquí hay algo importante.

Se acercaron y vieron de qué se trataba.



—Guárdalo en tu mochila, NK, con el otro signo —dijo Beth.

—Son signos extraños —murmuró Nicholas al cogerlo.

—Posiblemente escondan un mensaje encriptado, como la fórmula, pero, como nos dijo Carol, aún no ha llegado el momento de descifrarlos.

—Entonces sigamos, la rosa que floreció en la tumba sin nombre nos espera.

Caminaron por un pequeño sendero que daba la vuelta tras el ábside de la iglesia y, al otro lado, en un discreto rincón situado junto a los arbotantes de la nave lateral, vieron una hermosa rosa ante la lápida de una tumba. Beth se acercó, emocionada al recordar la leyenda de la vendedora de flores que la sembró, hacía más de ciento cincuenta años.

—Cógela, BH. No tengas miedo —le aseguró Carol.

El personaje virtual de Beth extendió la mano y cogió la rosa. Y, como si el tiempo se hubiese detenido un instante, todo a su alrededor permaneció suspendido

como por encantamiento: los pájaros dejaron de piar, la brisa no movía las hojas de los árboles, las nubes se habían detenido en el cielo y Nicholas parecía haberse convertido en una estatua de piedra junto a ella. Beth miró la rosa y comprendió la extraordinaria belleza de la que estaba poseída. Luego, todo volvió a ser como antes. Pero en la lápida de la tumba comenzó a dibujarse un nombre, como si una mano invisible lo tallara en la piedra:

*Edouard René de Laboulaye*

—¿Edouard René de Laboulaye, el mismo hombre delgado de la estatua que vimos camino del embarcadero? ¿Ése es el nombre del sabio que trajo la Esencia del Misterio desde Francia? —preguntó Nicholas de corrido.

—Así es, NK. Edouard René de Laboulaye fue quien tuvo la idea de crear la Estatua de la Libertad, y quien la diseñó junto con Bartholdi. La historia asegura que murió en París en el año 1883...

—Eso fue tres años antes de que la Estatua de la Libertad llegara a Nueva York. ¿Cómo es posible que luego viajara a Estados Unidos desde Francia? —se apresuró a decir Beth, a quien no le cuadraban las cuentas.

—Porque la leyenda escondida asegura que Edouard René de Laboulaye desapareció de París unos años antes de traer la Esencia del Misterio hasta Nueva York, en el mismo barco que trasladaba la Estatua de la Libertad, y aquí pasó los últimos años de su vida. Pero, al no saber nada de él, en París lo dieron por muerto.

—¡Es una leyenda increíble! —exclamó Nicholas.

—Y ahora el enigma de la tumba sin nombre está resuelto. Os felicito —dijo Carol.

—Lo hemos conseguido, NK. Gracias a ti, lo hemos conseguido —dijo Beth.

—No, BH, somos un equipo.

—Pero aún os queda un largo camino por recorrer; los enigmas de este juego virtual siguen siendo infinitos —dijo Carol.

—¿Cuál es el próximo? —preguntó Beth, deseosa de seguir adelante.

Y Carol respondió con otra breve adivinanza:

Al cielo le clava, orgulloso, su afilada espada de acero.

Y a sus pies se rinde, gozoso, el colosal reino del caballero.

—Pero no nos has dicho qué palabra se corresponde con uno de los seudónimos de los nueve miembros de la Fundación Universo —le recordó Nicholas.

—Tienes razón, NK, lo había olvidado. La palabra es «cielo».

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

4

La historia del hombre que se decapitó a sí mismo en la guillotina que Walter Stuck acababa de mostrarle, impresionó tanto a Susan que pensó que el alma de aquel fantasma sin cabeza vagaría eternamente por las mazmorras del diablo sin posible consuelo. Recostada sobre el pecho de Walter en el sofá del gabinete, Susan no dejaba de pensar en la horrible muerte del magnate del petróleo que había vivido en aquella casa hacía más de sesenta años.

—¿Y cómo llegaste a conocer esa historia? —preguntó.

—Me la contó el agente inmobiliario que me vendió la mansión. Me dijo que debía ser franco conmigo sobre el oscuro pasado de esta casa, antes de que decidiera comprarla.

—¿El oscuro pasado de la casa? —preguntó Susan, sin disimular su curiosidad.

—Eso fue exactamente lo que me dijo. Al parecer, antes de que se convirtiera en un museo de cera, una sociedad secreta de la que formaba parte el antiguo propietario celebraba sus ritos en los sótanos donde ahora están las mazmorras.

—¿Qué clase de ritos?

—Bueno, él no supo explicarme esos detalles, y supongo que si eran rituales de una sociedad secreta tampoco los conocería, pero me aseguró que, tras la decapitación del millonario Richard Grosling, se extendió el rumor por todo Manhattan de que en esta casa habitaba el diablo.

Susan notó un escalofrío tan intenso como el que había sentido esa tarde al llegar al pasaje de los crímenes del museo de cera. Pero a Susan no le daba miedo el diablo. Pensaba que todos los demonios inventados por la imaginación del hombre a lo largo de los tiempos sólo eran una manifestación de su propia ignorancia, y un modo de representar el mal en todas las culturas del mundo.

—¿Y qué iba hacer el diablo en Nueva York? —preguntó, sin tomarse en serio las palabras de Walter.

—No lo sé, supongo que sólo se trataba de una leyenda urbana de terror. El caso es que después del macabro suicidio de Richard Grosling, esta casa se puso en venta y nadie quiso comprarla, ni siquiera por la mitad de su valor. Durante muchos años la mansión estuvo cerrada, hasta que una empresa que explotaba museos de cera pensó que este palacete podría ser un buen lugar para crear el museo de cera más espectacular de Estados Unidos, aprovechando la propia leyenda de terror que pesaba sobre él.

—Desde un punto de vista empresarial no fue una mala idea.

—Tienes razón, pero lo cierto es que el museo de cera resultó un completo fracaso. Según me dijo el agente inmobiliario, el peso de esa oscura leyenda era tan

fuerte que la gente se negaba a visitarlo, por temor a ser víctima de alguna diabólica maldición.

—Pero se trataba de un museo magnífico, ¿cómo pudo la gente dar crédito a una superstición tan absurda?

—Es difícil saberlo. Quizá porque nos gusta creer que las misteriosas fuerzas de lo desconocido siguen dominando nuestra existencia.

—Entonces, ¿por qué compraste esta mansión, Walter?

—Porque me atrajo como un imán atrae al hierro... —dijo con la mirada perdida en la cámara oculta tras la chimenea de su gabinete, frente a la que estaban sentados.

—¿Te atrajo la idea de que el diablo pudiese vivir en esta mansión?

La respuesta de Walter Stuck se demoró algunos segundos.

—Me atrajo la idea de desvelar los misterios de esa sociedad secreta. Quería conocer su origen, sus ritos, sus creencias, sus propósitos...

—¿Y has averiguado algo? —Creo que sí, Susan.

Susan se incorporó, dobló las rodillas sobre el sofá y miró a Walter a los ojos.

—¿Qué has conseguido saber?

—No estoy muy seguro aún, pero creo que la misma sociedad secreta que se reunía hace años en los sótanos de esta mansión está detrás de los asesinatos de los científicos.

—¡Oh, es horrible, Walter! —exclamó Susan, llevando su mano a los labios, como si no deseara seguir hablando de ello.

—Sí, es horrible. Creo que ha llegado el momento de que hable con tu hermano Aldous sobre este asunto.

—Lo llamaré ahora mismo por teléfono —dijo Susan, levantándose del sofá. Buscó el móvil en su bolso, lo cogió y marcó el número de su hermano.

Pero esa noche, mientras cenaba con Ann Hardwey en un restaurante italiano de Times Square, Aldous Fowler había desconectado su teléfono.



# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

5

A la mañana siguiente, antes de marcharse a la Universidad de Columbia para volver a hablar con el profesor Jacob Bloom, Aldous Fowler activó su móvil. Tenía varias llamadas perdidas de su hermana Pemby y un mensaje en el buzón de voz de su contestador: «Mi amigo Walter Stuck desea hablar contigo sobre un asunto importante. Ve esta noche a su casa sobre las nueve, cenaremos juntos. La dirección es Greenwich Avenue, un antiguo palacete situado tras el Jefferson Market Courthouse Library. No tiene pérdida. Un besito de rana».

De camino a Harlem, Aldous Fowler se olvidó de Pemby y de su nuevo amigo y repasó mentalmente su esquema sobre los asesinatos de los científicos. Según su gráfico, el profesor Jacob Bloom estaba en lo cierto al afirmar que una sociedad secreta se escondía detrás de la palabra «Kôt» y del símbolo de las serpientes erguidas que el asesino había dejado grabados a fuego en las manos de sus víctimas. Y parecía claro que también había acertado al asegurar que esas serpientes representaban la lucha eterna entre ciencia y religión. Sin embargo, pensó Aldous, el viejo profesor se había equivocado al presumir que los científicos asesinados no formaron parte de ningún grupo de estudiantes durante los años que pasaron juntos en la residencia Tannhäuser. Y era posible, se dijo a sí mismo, que con la información de la que ahora disponían, el profesor Jacob Bloom pudiese orientarlo sobre cómo averiguar qué sociedad secreta se escondía tras los crímenes del Prestidigitador. Además, quería que le aclarara por qué no les habló a él y a la teniente Taylor de la sociedad secreta a la que pertenecía el padre de Adam Grosling, ni del carácter ritual de su suicidio.

El profesor Jacob Bloom le estaba esperando en la misma sala de la Universidad de Columbia en que se reunieron con la teniente Taylor.

—Adelante, pase, pase, detective Fowler —dijo el profesor Jacob Bloom, al ver que Aldous asomaba tímidamente su cabeza tras la puerta.

Aldous entró y se acercó al rincón de lectura en que Jacob Bloom estaba sentado.

—Buenos días, profesor.

—Disculpe que no me levante, pero esta mañana mi pierna enferma ha decidido fastidiarme con sus imprevistas crisis de rebeldía.

—No se preocupe por mí, intentaré ser lo más breve posible.

—Pero siéntese, hombre, no sea usted tan comedido —dijo en tono gruñón—. Dispongo de una hora y media; espero que sea suficiente para que analicemos con detalle esas novedades en la investigación de las que usted me habló ayer por teléfono.

Aldous Fowler se sentó y carraspeó. Tenía la boca reseca a causa del champán

que la noche pasada había bebido con Ann Hardwey, y sentía como si le volaran pájaros en la cabeza.

—Me gustaría que le echara un vistazo a este esquema —dijo, ofreciéndole al profesor su bloc de notas.

—Hum... ¿Sabía usted que la forma de este gráfico se parece mucho a las diez esferas del Árbol de la Vida de la Cábala judía?

—No, no tenía la menor idea. Debe de ser pura casualidad.

El profesor Jacob Bloom leía mientras hablaba.

—Nada es casual en la vida, Aldous, se lo dice un viejo ignorante como yo. ¿Quién ha realizado este gráfico? —preguntó.

—Lo hice yo mismo, para resumir toda la información de la que disponemos en el caso. Pensé que de ese modo sería más fácil apreciar las conexiones entre las distintas tesis posibles sobre los asesinatos de los científicos de Cornell.

—Tiene usted una mente analítica privilegiada, detective.

—Yo me limité a ordenar los distintos datos y pruebas de que disponíamos. Lo realmente sorprendente es que usted acertara en todo lo que nos dijo sobre el signo de las serpientes erguidas y la lucha eterna entre ciencia y religión que representan.

—Para un experto en simbología críptica como yo no era nada difícil llegar a esa conclusión. Cualquiera con unos mínimos conocimientos en esa materia le habría dicho algo parecido. Pero no entiendo por qué incluye usted en su gráfico el nombre de Richard Grosling.

—Encontré una información que aseguraba que Richard Grosling se suicidó cortándose la cabeza en una guillotina, siguiendo el ritual de una sociedad secreta de la que él era un miembro destacado.

—Pero nunca se demostró que esa información fuera cierta —dijo el viejo profesor.

—Usted lo sabía, ¿no es cierto? —preguntó Aldous Fowler, mirándolo a los ojos.

—Yo mismo investigué esos rumores hace años, y no encontré nada que probara su veracidad. Sólo se trató de una teoría policial sin fundamento alguno.

—¿Y qué me dice de la nota manuscrita de Richard Grosling? Decía que el ritual se había cumplido y que había pagado con su propia vida la traición de su discípulo.

—Ningún experto calígrafo examinó ese documento. Sólo fue contrastado con otros escritos personales de Grosling por los mismos detectives que se ocuparon de investigar su muerte. Ese documento pudo falsificarlo cualquiera, la escritura del padre de Adam Grosling era bastante vulgar. Pude verlo cuando examiné los archivos de la policía.

—¿Y por qué no nos habló de todo lo que usted sabía sobre la muerte de Richard Grosling a la teniente Taylor y mí cuando vinimos a verle, profesor? Pensaba que usted nos ayudaría.

Jacob Bloom agachó su cabeza avergonzado, y el brillo de sus pequeños ojos se apagó como si los hubiera envuelto una densa neblina.

—Tuve miedo, eso es todo —dijo abatido. Y ante el silencio del detective Fowler, a quien esa respuesta no acabó de convencerle, el profesor Jacob Bloom prosiguió—: Cuando el padre de Adam Grosling se suicidó, todos en Cornell aseguraban que se había vuelto loco; decían que creía que el diablo se había apoderado de su mente y que en uno de sus delirios decidió cortarse la cabeza en la antigua guillotina que tenía en su casa. Richard Grosling coleccionaba todo tipo de antigüedades y a nadie le extrañó que una guillotina de la Revolución francesa formara parte de su valiosa colección de objetos históricos. Por aquel entonces, ningún estudiante de la Universidad de Cornell se preocupó de averiguar lo que realmente pudo ocurrir. Éramos jóvenes, y pronto olvidamos el suicidio del padre de un compañero como Adam Grosling, a pesar de lo sobrecogedor que nos resultó al principio. Yo acababa de iniciar la licenciatura de historia y aún no sabía en qué rama de la carrera iba a especializarme. Al pasar los años, mi vocación se inclinó por estudiar simbología críptica y sociedades secretas de todos los tiempos. Un día recordé el caso del suicidio de Richard Grosling y me dediqué a investigar su extraña muerte y su posible vinculación con alguna sociedad secreta de inspiración esotérica, o incluso, diabólica, hasta entonces desconocida en Estados Unidos, pero no encontré nada, ni la más mínima pista.

—Pero que usted no encontrara datos fiables sobre esa sociedad secreta no significa que no existiera.

—Desde luego, pero si nadie, salvo sus miembros, la conoce, está claro que es irrelevante desde un punto de vista histórico, pues sus actividades carecen de proyección pública.

—Salvo que esas actividades sean ilícitas y se manifiesten en forma de crímenes en serie, como los de los científicos asesinados.

—Sí, en ese caso, la sociedad dejaría de ser secreta desde el momento en que se desvelan públicamente sus actividades y sus ritos. Eso fue lo que ocurrió con la mayoría de las sociedades secretas de inspiración medieval, esotérica, religiosa, política o filantrópica —dijo el profesor—. En la actualidad son perfectamente conocidas por todos, y sólo algunas de ellas siguen manteniendo en secreto sus ritos y ceremonias de iniciación.

—¿A qué sociedades secretas se refiere, profesor?

—La relación sería muy amplia, pero supongo que habrá oído usted hablar de la masonería, los rosacruces, las nuevas órdenes de los templarios y los cátaros, los *illuminati* o iluminados, el Priorato de Sión y tantas otras que tienen su origen en la Edad Media; o las más modernas como la Orden de los Búhos, los Caballeros de Colón, la Antigua Orden Unida de Druidas o los Elks de Nueva York. Todas

comparten un mismo espíritu iniciático, de aprendizaje de la «verdad» que une a sus miembros y que sólo ellos conocen y desvelan a quienes consideran oportuno. Esa «verdad», es su secreto, el secreto que les otorga el poder y la influencia para cambiar el mundo.

—Pero cada sociedad guarda un secreto distinto a las otras.

—En efecto, detective Aldous, el secreto es distinto según cuál sea la finalidad del grupo que lo custodia, su capacidad para influir en la vida pública de un país, su permeabilidad para captar adeptos, su concepción de la vida y de la muerte... Sin embargo, todas ellas se asemejan en su modo de actuar; en los lugares de reunión, a los que llaman logias; en sus juramentos y proclamas; en los grados de sus miembros: aprendiz, compañero, caballero, maestro... ; en sus códigos de conducta privada y pública; en la iniciación esotérica que transforma al aspirante en un ser superior y distinto, que vuelve a nacer a una nueva vida de paz y perfección; en los rituales y símbolos que sólo ellos conocen y que los identifican...

—¿Como Kôt y las serpientes erguidas? —lo interrumpió Aldous.

—Sí, ya les dije a usted y a la teniente Taylor que esos signos son propios de una sociedad secreta.

—¿La misma sociedad secreta a la que pertenecía Richard Grosling cuando se suicidó y de la que luego formó parte también su hijo Adam Grosling?

—Eso no me atrevería a asegurarlo; y ahora tendrá que disculparme, aún debo preparar algunos puntos del claustro de profesores.

Aldous Fowler se puso en pie para despedirse, pero antes preguntó:

—¿De qué tiene miedo, profesor?

—De Kôt y de esas dos serpientes venenosas.

En la escalinata de la Universidad de Columbia, Aldous Fowler notó la vibración del teléfono móvil en el bolsillo de su cazadora. Pensó que se trataba de un nuevo mensaje de su hermana Pemby, pero era la teniente Taylor quien le dejaba un escueto mensaje escrito, que decía:

El ratón ha caído en la ratonera

# LA LEYENDA ESCONDIDA

5

Aún no eran las nueve de la noche cuando Nicholas volvió a comunicar por videollamada con Beth. Disponían de casi dos horas para intentar resolver el nuevo enigma que Carol les había planteado, y llegar hasta el nuevo lugar del mapa tridimensional de Manhattan, antes de retirarse a dormir en las áreas de descanso de la Nave Interplanetaria BH y de la Estación Modular NK.

Los dos sabían cuál podía ser la solución a ese nuevo enigma, pero no hablaron nada entre ellos hasta que entraron en el juego. Allí estaba Carol, ante el pórtico de Trinity Church.

—Debemos darnos prisa —dijo cuando ambos se pararon a su lado.

—¿Ocurre algo, Carol?

—Los dos intrusos que entraron en el juego se están acercando a nosotros.

—¡Uau! —exclamó Nicholas—. Esperemos que lleguen hasta aquí y acabemos de una vez con ellos.

Sin embargo, Beth sintió como si esas sombras siniestras se deslizaran sigilosamente por su espalda.

—No te rías de esto, NK, no se trata de ninguna broma —dijo.

—BH tiene razón. No sería fácil enfrentarse a ellos. Son *crackers* expertos y saben cómo defenderse en este juego mejor que nosotros. Tenemos que seguir adelante y evitar que nos den alcance —razonó Carol.

—Yo creo saber quién es el caballero que al cielo le clava su afilada espada de acero —dijo Nicholas.

—Yo también —se apresuró a decir Beth.

—Entonces, escribid su nombre en vuestras agendas.

Nicholas y Beth pulsaron el panel de control y activaron sus mochilas. Luego seleccionaron el icono de sus agendas electrónicas y escribieron en ellas la solución al enigma. Sus respuestas fueron coincidentes. Carol las leyó y dijo:

—¿Y por qué no el Woolworth o el Chrysler Building? También están en el mapa.

—Porque el Empire State sigue siendo el rascacielos más alto de Nueva York, y aún es el símbolo de su grandiosidad —respondió de inmediato Beth.

—Sí, y toda la ciudad de Nueva York se rinde a sus pies, como a los pies del caballero se rinde, gozoso, su colosal reino. Y reino es sinónimo de imperio, de Empire. Estaba bastante claro —añadió Nicholas.

—Pero ¿cómo iremos hasta el Empire State? Está muy lejos de aquí —se impacientó Beth.

—Ahí enfrente está la estación de metro de Wall Street. —¿Crees que el metro funcionará en este juego? —Esos personajes virtuales parece que entran y salen de él

—dijo Nicholas.

—Me temo que las Sombras también estarán ahí abajo.

—¿Qué propones entonces?

—Podríamos coger un taxi, llevamos suficiente dinero para pagarlo.

Por la avenida Broadway circulaban algunos coches virtuales, pero ningún taxi.

—El tiempo corre deprisa —dijo Carol.

—Y por aquí no pasan taxis, así que no tenemos otra alternativa que entrar en esa estación de metro.

—Tú eres el guía, NK —aceptó Beth con desgana. La idea de bajar otra vez a los estrechos pasadizos del metro, aunque fuera de un modo virtual, no le hacía ninguna gracia.

La estación de Wall Street en el juego era mucho más agradable de lo que Nicholas había visto en la realidad. No obstante, la reproducción de los pasajes subterráneos, las escaleras y las zonas de control y taquillas estaban tan bien diseñadas que creyó que volvía a entrar de nuevo en el metro de Nueva York; incluso sintió que los latidos de su corazón aumentaban de ritmo a medida que descendían hacia las entrañas de la estación.

—Por aquí no se ve gente —murmuró, deteniéndose en un cruce de pasadizos.

Y tan pronto dijo esto vio a un grupo de Sombras que se abalanzaban sobre ellos desde el fondo de uno de los túneles, profiriendo aullidos que aterraron a Beth.

—¡Ahí vienen! —gritó Nicholas, a la vez que comenzaba a disparar sin descanso con su arma automática.

—No soporto sus chillidos —dijo Beth, colocándose a su lado y haciendo añicos a los seres espectrales que aparecían por el pasadizo.

—¡Vienen por detrás! ¡Es una encerrona! —gritó Carol, cuya arma automática no cesaba de moverse de un lado a otro del pasaje subterráneo, como si quisiera barrer con sus ráfagas todo lo que surgía ante ella.

Las Sombras estallaban en fugaces bolas de fuego al recibir los impactos de las balas, iluminando la entrada al pasadizo como relámpagos de una tormenta feroz.

—¡Seguid disparando! ¡Seguid disparando! —gritó Nicholas, al comprobar que las Sombras no tenían tiempo para reaccionar, después de aparecer en la boca del túnel.

Pero tras sus últimos disparos, los aullidos cesaron.

—¡Les hemos vencido, NK! —exclamó Beth.

—Bueno, aún no hemos ganado esta guerra virtual, pero vamos venciendo en las batallas.

—Sigamos adelante, aquí ya no hacemos nada —dijo Carol.

Tras pasaron la barra de acceso al andén, y en lugar de unos vagones de metro encontraron otras Sombras esperándoles. Durante un par de minutos estuvieron

disparando a su alrededor, como fugitivos que intentaran escapar de una emboscada. Su puntería era tan precisa que no daban ocasión a que las Sombras que surgían de la oscuridad del túnel pudieran usar sus armas contra ellos. Hasta que el zumbido del metro se alzó entre el ruido de los disparos y se detuvo en el andén.

—¡Subamos ahora, rápido! —gritó Nicholas al ver que se abrían las puertas del vagón más cercano.

En el vagón viajaban otros personajes virtuales que no prestaron atención a los disparos ni a sus armas automáticas.

—Aquí estaremos tranquilos —dijo Nicholas.

—Creo que las Sombras no aparecen en lugares concurridos —destacó Beth.

—Es posible, pero no podemos fiarnos. Hasta ahora hemos tenido la suerte de que no volvieran a herirnos.

—Yo no diría eso —murmuró Carol, que parecía sangrar por un costado.

—¡Estás herida! —gritó Beth.

—Sí, me hir...

Carol fue incapaz de seguir hablando. Se dejó caer en los asientos laterales del vagón y se desmayó.

—¿Qué le ocurre, NK, qué le está pasando? —preguntó Beth con nerviosismo.

—No lo sé, es posible que las heridas de las balas de las Sombras causen en ella un efecto distinto al que producen en nosotros. Carol es un personaje del juego, y no tiene nivel de vida como tú y como yo.

—Entonces, ¿cómo podremos curarla?

—Por aquí cerca debe de haber algún botiquín que podamos usar. En todos los videojuegos hay algún medio de recuperar vida después de un ataque de los enemigos. De otro modo sería imposible avanzar en sus fases. Debemos mirar bien por el vagón, es posible que encontremos algo aquí cerca.

Nicholas y Beth movieron a sus personajes virtuales por el vagón del metro con la misma ansiedad que si se movieran ellos mismos buscando un remedio con el que recuperar a Carol. Para ellos ya no había diferencia alguna entre el juego y la realidad. Carol era su amiga, una compañera más en su aventura virtual en busca de la Esencia del Misterio, y sin ella era imposible que logaran encontrarla.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

5

A más de dos mil kilómetros de Nueva York, tres hombres vestidos de negro se disponían a entrar en la casa de Matthew Edwin, un científico experto en fisión nuclear que había trabajado toda su vida en el Centro Espacial Kennedy de la NASA, en Florida. Los tres hombres eran Walter Stuck, Benson y Otto, que a primera hora de la mañana habían volado desde el aeropuerto de Nueva York hasta Orlando, en el jet privado del joven magnate del petróleo. Matthew Edwin les estaba esperando sentado en una butaca del salón de su casa, en la pequeña ciudad de Altamonte Springs. Sabía que había llegado su hora, que la muerte llamaría pronto a su puerta, como había llamado a las puertas del resto de sus colegas. A menos que Kenneth Kogan aún estuviera vivo, pensó, él era el único de los nueve que quedaba con vida. Todos los demás habían muerto unos años antes, como Max Vilon, Stuart Linchtens y Clifford Nolde; o hacía tan sólo unos meses, como Adam Grosling; o habían sido asesinados, como Paul Drester, John Seik y Lars Murliken. Y ahora le tocaba a él. Podía haber huido y esconderse en algún lugar lejos de allí; o haber acudido a la policía para advertirles que alguien iba a poner fin a su vida como habían puesto fin a la vida de otros cuatro científicos. Pero Matthew Edwin había aceptado su muerte como una consecuencia irremediable de su destino. El tiempo de la Fundación Universo se había agotado. Recordaba el comienzo de ese tiempo pasado como si hubiese sido ayer mismo. Se habían reunido todos en la biblioteca de la residencia Tannhäuser, en la Universidad de Cornell, a una hora de la noche en que los estudiantes ya dormían. Kenneth Kogan presidía la sesión y leyó con detenimiento cada uno de los artículos de los estatutos de la fundación. Luego votaron unánimemente a mano alzada los diez principios básicos de su decálogo y firmaron el documento fundacional bajo seudónimo: Max Vilon: «Noche»; Stuart Linchtens: «Arte»; Clifford Nolde: «Vida»; Adam Grosling: «Gótico»; Paul Drester: «Luz»; John Seik: «Estrella»; Lars Murliken: «Rosa»; Kenneth Kogan: «Piedra»; y él, Matthew Edwin: «Cielo».

Durante muchos años, la Fundación Universo cumplió sus fines programáticos puntualmente. Los grandes descubrimientos científicos de cada uno de ellos los habían acercado a las respuestas definitivas de los misterios de la vida y del universo, y el mundo estaba cambiando: el progreso de la humanidad era imparable. Sin embargo, todo fue distinto a partir del día en que Adam Grosling traspasó uno de los límites que los nueve miembros de la Fundación Universo se habían impuesto a sí mismos: «ninguna investigación científica podría atentar contra la dignidad del ser humano». Ocurrió tras la muerte del premio Nobel Albert Einstein. Adam Grosling se había propuesto apoderarse del cerebro del prestigioso científico para estudiar el origen de su genialidad, y pagó una fortuna a un médico del Hospital de Princeton,



Thomas S. Harvey, para que lo extrajera del cadáver antes de que fuese incinerado. Adam Grosling realizó distintos estudios sobre la masa cerebral de Einstein y, al cabo de unos años, le devolvió el cerebro a Thomas S. Harvey, tal como éste le había exigido para aceptar su encargo. Cuando a raíz de un artículo publicado en el año 1974 por la revista *New Jersey Monthly*, los ocho miembros restantes de la Fundación Universo tuvieron conocimiento de las investigaciones llevadas a cabo por Adam Grosling, del que sin embargo nada decía la revista, celebraron una reunión urgente en la que decidieron su expulsión del grupo de «Los 9 de Cornell», como solían llamarse entre ellos. Y todos supieron que, a partir de ese momento, tendrían en Adam Grosling a su más peligroso enemigo.

En esto pensaba Matthew Edwin cuando sonó el timbre de la puerta.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

6

—¿Dónde está? —preguntó Aldous Fowler, tan pronto entró en el despacho de la teniente Taylor.

La agente especial del FBI alzó los ojos de los documentos que examinaba.

—Si se refiere a nuestro ratón, está abajo, en la sala de interrogatorios. Estábamos esperándolo, se ha negado a hablar con nadie que no sea usted.

—¿Y de quién se trata? —preguntó el detective Fowler, incapaz de contener su impaciencia.

—La verá usted mismo en un momento...

—¿«La»? ¿Es que se trata de una mujer?

—Sí, se trata de una mujer..., una mujer culta y joven. Pero antes de que bajemos a hablar con ella me gustaría que viera esto. Es la nueva carta anónima que nuestro ratón intentaba enviarle desde la oficina postal de la calle Cuarenta y uno.

La teniente Taylor le entregó un sobre abierto, cuyo aspecto era idéntico a los que Aldous había recibido en las dos ocasiones anteriores.

—¿Cómo la han detenido? —preguntó antes de sacar la nota del sobre.

—Su propio nerviosismo la delató ante las cámaras de vigilancia de la oficina de correos. Miraba tanto a un lado y a otro que despertó sospechas en el guardia de seguridad que se ocupa de controlar el exterior del edificio.

Aldous Fowler sacó la nota del sobre y la desdobló. Era un breve texto escrito con ordenador que decía:

En las profundas cavernas de la mente aún se esconden los monstruos que nos devoran.

*Los monstruos de la mente*

**KATIE HART**

—Parece una cita literaria —especuló Aldous Fowler.

—Sí, y según esa nota su autora es la difunta doctora Hart.

—¿Qué cree que nos quería decir con esta cita?

—No lo sé, pero parece que alguien está empeñado en resucitar a los muertos.

En la sala de interrogatorios del FBI, una mujer joven, vestida con un pantalón verde pistacho y una ajustada blusa blanca, con el pelo recortado tras la nuca y un flequillo largo que le caía desenfadadamente sobre los ojos, estaba sentada frente a una mesa vacía. Parecía nerviosa y desolada, y tenía la mirada perdida en algún lugar indefinido de aquella habitación sin ventanas, iluminada por una luz blanquecina.

—Se llama Corina Frediani, de origen italiano pero nacida en Nueva York. Tiene veinticinco años, es licenciada en medicina y vive en un estudio de la calle Veintinueve, junto al University Medical. Además del pasaporte, en su bolso

encontramos un carné de acceso al Centro Grosling como becaria —explicó la teniente Taylor, mientras Aldous Fowler analizaba los gestos de la mujer a través de un cristal opaco, situado en una sala contigua a la de interrogatorios.

—Veamos lo que tiene que contarnos sobre sus misteriosas cartas —dijo el detective Fowler, dirigiéndose hacia la puerta que comunicaba las dos salas.

Al verlo entrar, Corina Frediani se puso en pie y sonrió como si hubiese visto a un ángel. Aldous se acercó a ella y le tendió la mano.

—Soy el detective Fowler —dijo.

—Lo sé, lo sé... Te vi un par de veces en el Centro Grosling —aclaró Corina al saludarlo, sin saber muy bien cómo debía dirigirse a aquel policía de homicidios, apenas unos años mayor que ella.

—Siéntate, por favor —le rogó Aldous, señalándole su butaca con la mano.

Corina Frediani se sentó de nuevo. Tenía los ojos muy abiertos, como si fuese incapaz de comprender lo que le ocurría, e implorara con su mirada una explicación razonable. Ella no había hecho nada malo, se repetía a sí misma.

—Verás, Corina... , siento que pases por esto, pero son las reglas, los trámites que hay que cumplir en un asunto como éste, ¿lo entiendes? —dijo Aldous Fowler, apoyando los brazos sobre la mesa. Quería mostrarse amable con aquella mujer y hacerle comprender por qué estaba allí.

—¡Yo no he hecho nada..., nada! Sólo intentaba llamar tu atención sobre los experimentos científicos del Centro Grosling, eso es todo —se defendió Corina Frediani con voz más firme.

—De acuerdo, de acuerdo. Hablaremos sobre ello y lo aclararemos todo. Luego podrás salir de este agujero.

—¿Lo dices en serio? ¿Quedaré libre si te lo cuento todo?

—Claro, aquí nadie piensa que tú tengas algo que ver con la muerte de la doctora Hart, pero esas cartas que me enviaste podían significar lo contrario. Estos asuntos son muy delicados, nunca se sabe quién puede estar detrás de un mensaje anónimo. Lo comprendes, ¿verdad?

Corina Frediani asintió.

—Estaba asustada, muy asustada... —dijo mirando fijamente a los ojos de Aldous—. Yo apreciaba a la doctora Hart, y cuando supe que la habían asesinado pensé que debía informar a la policía de lo que yo sabía, pero no tuve el valor suficiente. Temía que si lo hacía pudiese ocurrirme a mí lo mismo que le había ocurrido a la doctora Hart. Y luego, cuando oí las noticias sobre los asesinatos de otros científicos, me sentí horrorizada.

—Ahora no tienes por qué sentir miedo, Corina. Nosotros te protegeremos, te lo prometo. Pero antes necesitamos saber por qué me enviaste esas cartas como si fueran acertijos.

—Yo había estado espiando a la doctora Hart sin que ella lo supiera —confesó—, y no quería que nadie pudiese sospechar que era yo quien enviaba esas cartas. Por eso pensé que si mandaba varios acertijos con algunas pistas sobre lo que yo sabía, tú podrías investigar lo que trataba de decirte. Para eso ibas al Centro Grosling, ¿no?

—¿Y qué tratabas de decirme? Tus mensajes eran bastante confusos.

—Que en el Centro Grosling se realizaban experimentos científicos secretos que podían ser la causa del asesinato de la doctora Hart. Por eso te envié primero un ratón en un laberinto, que es uno de los experimentos más conocidos por la gente normal, y luego un chimpancé conectado a unos cables y con un casco metálico sobre la cabeza.

—Ése pude entenderlo. Pero este último... —dijo Aldous Fowler, agitando la carta que tenía en la mano.

—Era la cita con la que comenzaba el diario de la doctora Hart, que ella misma había titulado *Los monstruos de la mente*. En ese diario estaban anotados todos sus experimentos desde hacía muchos años.

—¿Tú llegaste a leer ese diario?

—Sólo algunos capítulos aislados, era un diario muy voluminoso. Un día lo encontré por casualidad en uno de los estantes del despacho de la doctora Hart. Al principio pensé que se trataba de algún libro que ella estaba escribiendo para publicarlo, pero cuando lo abrí y comencé a leerlo, comprobé que se trataba de su propio diario. En él están las pruebas de los crímenes cometidos en el Centro Grosling durante años.

La teniente Taylor seguía a través del cristal y de unos auriculares inalámbricos el diálogo de Aldous Fowler y su imprevista confidente. Pero cuando oyó hablar a Corina Frediani de otros crímenes, distintos a los que ellos investigaban, sintió que todos sus sentidos se alertaban, como si un acontecimiento inesperado estuviese a punto de cambiar el rumbo de su vida. Sin embargo, Aldous disimuló su estupor por lo que acababa de oír; se reclinó hacia la mesa y preguntó con naturalidad:

—¿De qué crímenes me hablas, Corina?

# LA LEYENDA ESCONDIDA

6

En el vagón del metro no encontraron nada que pudiese aliviar a Carol.

—Tal vez debamos buscar en otro vagón —sugirió Nicholas, dirigiendo a su personaje virtual hasta la puerta del vagón contiguo.

La puerta se abrió automáticamente en cuanto pulsó Nicholas la manivela.

—Tendrás que quedarte con Carol mientras yo echo un vistazo —dijo.

—¿Vas a dejarme aquí? —preguntó Beth, asustada.

—No creo que haya otra solución. Sólo tienes que estar atenta por si se acerca alguna Sombra.

—No era necesario que me lo recordaras.

—Lo siento, BH, pero toda precaución puede ser poca. Regresaré lo antes posible.

Beth apuntó su arma hacia la entrada del vagón. El metro no tardaría en parar en una nueva estación y tenía la convicción de que las Sombras volverían a atacarlos. Su mano temblaba sobre el joystick conectado a su ordenador, como si la temperatura de su Nave Interplanetaria BH hubiese descendido por debajo de los cero grados. No tenía frío, pero estaba realmente aterrada.

Por su parte, Nicholas movía a su personaje virtual por los vagones contiguos como si buscase desesperadamente el elixir de la vida, pero sólo encontró un arma nueva, una especie de fusil ametrallador y distintos cargadores con balas. Sabía que esos hallazgos no eran un buen presagio en ningún videojuego, pues no podían significar otra cosa que sus enfrentamientos con las Sombras serían cada vez más virulentos y peligrosos. Cambió en el panel de control su arma automática por el fusil ametrallador y, al llegar al último vagón, el metro se detuvo. No se había dado cuenta, pero su frente sudaba bajo la gorra de la EEJA como si realmente hubiese estado corriendo. Esperó a que se abrieran las puertas del vagón, pero no ocurrió nada. Entonces oyó unos disparos, seguidos de los gritos de Beth.

Cuando Nicholas consiguió regresar junto a ella, el metro había reanudado su marcha y los gritos y los disparos habían cesado.

—No vuelvas a dejarme sola en este juego, NK. Ha sido horrible, creía que esas Sombras me acribillarían a balazos —dijo Beth, con la voz entrecortada.

—Pero has acabado con ellas, las has liquidado tú sola.

—Yo también jugaba a videojuegos, pero esta vez apreté el botón de disparo y lo mantuve pulsado todo el tiempo con los ojos cerrados. No quería ver cómo esos espectros encapuchados acababan conmigo.

—Sólo he encontrado este nuevo fusil ametrallador y algo de munición, pero nada que pueda servirnos para reanimar a Carol. Beth se quedó pensativa.

—Quizá nos hayamos precipitado al querer encontrar un botiquín, y el remedio sea otro.

—¿Por ejemplo?

—Algo que llevemos en las mochilas —aventuró Beth.

—Hasta ahora sólo hemos recogido la luz de la Estatua de la Libertad, las dos tablas con los signos y la rosa de la tumba sin nombre.

—¡La rosa! ¡Ese puede ser el remedio a su desmayo!

—¿De veras crees que una rosa puede curar a Carol?

—No estoy muy segura, NK. Pero cuando Carol me dijo que cogiera la rosa sentí una sensación extraña que no sabría explicar; fue algo, algo... bueno, como si volviese a renacer después de que todo a mi alrededor se detuviese un instante.

—Úsala, BH. Acércala a Carol y veamos qué ocurre.

Beth pulsó el panel y desplazó el cursor hasta que se iluminó la mochila. Seleccionó la rosa, la acercó al rostro de Carol, como si le pidiese que aspirara su aroma y, al poco, Carol se removió en el asiento del vagón en que estaba tumbada.

—¡Funciona, BH! ¡Carol se está moviendo! —gritó Nicholas.

Carol abrió los ojos y su brillo fue tan intenso como los destellos del sol en la inmensidad celeste de los mares.

—¡Hola, Carol! —dijo Beth sonriendo.

—¡Menudo susto nos has dado!

—Sí, pensábamos que no saldrías de ésta —soltó Nicholas, antes de morderse la lengua.

—¡Vamos, NK, no seas catastrofista! —le reprendió Beth.

El personaje virtual de Carol se incorporó, pero su voz aún era débil, como si hubiese despertado de un largo letargo.

—¿Qué me ha pasado?

—Las Sombras te hirieron en el costado y perdiste el conocimiento —dijo Beth.

La mano de Carol buscó la herida en su costado pero no la encontró.

—¡Ha desaparecido! ¡La rosa ha eliminado la bala y la sangre! —exclamó Nicholas.

—¿Cómo habéis sabido que la rosa podía salvarme?

—Lo pensó BH. Ella es así de intuitiva.

Mientras el metro seguía su recorrido subterráneo bajo las avenidas y los rascacielos de Manhattan en dirección a la estación más cercana al Empire State, Beth le explicó a Carol lo que había ocurrido desde que ella se desmayó.

—Gracias BH, te debo la vida.

—¡Oh, vamos Carol, no digas eso! —replicó Beth, ruborizada. Y aunque era algo que ella siempre había sentido, supo en ese instante que Carol Ramsey era mucho más que un ser virtual e inteligente.

Con su nuevo fusil ametrallador, Nicholas limpió de Sombras siniestras el andén de la estación de metro de la calle Treinta y tres.

—¡Guau! ¡Este trasto es infalible! —dijo, después de conquistar la escalera que conducía a la salida.

Llegaron hasta Park Avenue sin más incidencias. Las únicas sombras que encontraron al salir de la boca del metro fueron las sombras de la noche, «despedazadas» por los haces de luz de las farolas.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

6

Matthew Edwin abrió la puerta. Frente a él estaban tres hombres vestidos de negro a los que no conocía. Eran sin duda los mismos que le habían llamado por teléfono para anunciarle que el momento de su muerte había llegado. Pero Matthew Edwin no se asustó.

—Me alegro de volver a verte, Matthew —dijo Walter Stuck, con una fingida sonrisa.

—¿Quién es usted? No le conozco.

—¿Tan torpe se ha vuelto tu memoria que eres incapaz de reconocer a los amigos?

Los vivaces ojos de Matthew Edwin se achicaron para ver mejor el rostro de aquel hombre joven que decía conocerle. Pero fue incapaz de recordar quién era.

—¿Dónde está Kenneth Kogan? —preguntó aturdido, mientras los tres hombres de negro entraban en la casa y cerraban la puerta tras ellos.

—Oh... Matthew, sigues siendo tan considerado con el líder como siempre. No deberías preocuparte tanto por él, ya hace tiempo que su alma arde en el infierno.

—¿Le ha matado también? ¿Ha matado usted a Kenneth Kogan?

—Para él tenía reservada una muerte menos dulce que la que te aguardaba a ti y a los otros. El genial Kenneth Kogan merecía un castigo mucho más ejemplar. Cómo decirlo..., algo más auténtico, más purificador. Lo quemé vivo en una hoguera como a un maldito hereje —dijo Walter Stuck, deleitándose con sus palabras.

El rostro de Matthew Edwin se contrajo en un rictus de horror y desprecio.

—No sé quién es usted, ni por qué hace todo esto, pero sólo un monstruo, una bestia inmunda, podría llevar a cabo un plan tan cruel e inhumano como el suyo.

—¿Por qué? ¿Quieres saber por qué, Matthew...? —Hizo una pausa, se acercó al rostro del anciano que seguía de pie frente a él, y prosiguió—: Eso al menos te consolaría, ¿verdad? Te serviría para darle un sentido a tu muerte, a la muerte de «Los 9 de Cornell». Debe de ser triste, demasiado triste, morir sin saber por qué. Sí, los héroes necesitan morir por alguna causa, una causa noble que justifique su pérdida ante la humanidad —dijo Walter Stuck. Luego echó su brazo sobre el hombro de Matthew Edwin y, en tono paternal y benévolo, añadió—: Ven, acompáñanos a tu dormitorio. Allí te lo explicaré todo. No debes tener miedo a la muerte, Matthew. Será algo sencillo, una muerte apacible, sin dolor, sin horribles agonías. Será como entrar en un largo y eterno sueño...

Y Matthew Edwin siguió sus pasos con la sumisión de un cordero indefenso, conducido al matadero.

Postrado en la cama de su dormitorio, Matthew Edwin tenía los ojos cerrados y



parecía estar dormido. Sin embargo, no volvería a despertar jamás de su eterno sueño. La anestesia había producido su efecto, y a su alrededor, como tres sombras que velaran por su alma, se encontraban Walter Stuck, Benson y Otto.

La cabeza de Matthew Edwin estaba cubierta por una especie de malla de color cobrizo, formada por un abigarrado conjunto de finos hilos metálicos unidos entre sí, y bajo la que se desplegaba una infinidad de diminutas ventosas, adheridas a su cráneo. Dos largos cables conectaban esa malla futurista a un ordenador portátil, que Walter Stuck manejaba con precisión sentado a los pies de la cama.

—El escaneado cerebral se está procesando correctamente —dijo, en el momento en que la pantalla del ordenador comenzaba a mostrarle la reconstrucción de la estructura del cerebro de Matthew Edwin, como si una cámara microscópica se desplazara por el interior de su cabeza hasta formar una imagen tridimensional perfecta.

En pocos segundos, el ordenador de Walter Stuck comenzó a desplegar una vertiginosa sucesión de instantáneas que reproducían millones de conexiones neuronales, y que en la pantalla se transformaban en un invisible proceso de copiado de toda la información almacenada en los circuitos cerebrales de Matthew Edwin a lo largo de setenta y cuatro años de vida. El lector mental creado por la doctora Katie Hart seguía funcionando con la precisión de un sofisticado y revolucionario escáner, que permitiría a Walter Stuck adueñarse de todos los conocimientos, recuerdos, inquietudes, emociones, imágenes, creencias, pensamientos e ideas de Matthew Edwin, como ya lo había hecho con Paul Drester, John Seik, Lars Murliken, Kenneth Kogan y la propia doctora Hart. Muy pronto, él sería el hombre más sabio del mundo, el único capaz de controlar la mente humana, el único ser de la Tierra que había alcanzado la inmortalidad.

—Los perforadores de licuación están preparados —dijo Benson.

—Colócalos —ordenó con frialdad Walter Stuck.

Benson levantó la cabeza de Matthew Edwin, retiró la insólita malla que la cubría, y colocó sobre los ojos cerrados una especie de arco de metal provisto de dos finísimas agujas en el centro, a las que se unían dos pequeños tubos de drenaje que desembocaban en una urna de cristal.

En la pantalla del ordenador portátil apareció entonces una imagen en rotación de un cráneo, en la que resaltaban las uniones fibrosas de los distintos huesos de la cabeza y dos puntos móviles de color rojo. Walter Stuck movió el ratón hasta ajustar los puntos a cada una de las fosas lacrimales de Matthew Edwin, y ordenó:

—Activa los perforadores.

Benson pulsó el dispositivo de los perforadores de licuación, y las dos agujas penetraron en el interior de los canales lacrimógenos, dirigidas milimétricamente por el ordenador de Walter Stuck hacia el interior del cerebro sin vida de Matthew Edwin.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

7

Corina Frediani se apartó el flequillo de los ojos. No tenía muy claro por dónde empezar. Éstas fueron sus primeras palabras:

—La doctora Hart comenzó a escribir su diario hace unos veinte años. Era un diario con cubiertas de cuero, como una de esas imitaciones de libros antiguos que hoy se venden en muchas librerías. Imagino que entonces debían de ser menos frecuentes.

Tenía dos cintas, también de cuero, que servían para cerrarlo. Supongo que fue ese aspecto de libro viejo lo primero que llamó mi atención cuando lo vi en los estantes del despacho de la doctora. Hacía un año que yo había obtenido una beca en el University Medical Center de Nueva York, para realizar unos programas de investigación sobre la creatividad de la mente humana, bajo la dirección de la doctora Hart en el Centro Grosling. Como puedes imaginar, yo estaba encantada de poder trabajar junto a una de las eminencias del mundo en el conocimiento del cerebro. Y también la doctora Hart parecía estar muy contenta con mi incorporación a su departamento. Cuando me recibió por primera vez en su laboratorio, me dijo: «De manera que te interesa investigar los procesos creativos del pensamiento». Yo estaba tan nerviosa que no supe si lo afirmaba o me lo preguntaba, y le contesté que sí, que la creatividad del ser humano era uno de los mecanismos cerebrales que me parecía más apasionante y misterioso. Y entonces ella me dijo: «Deberás tener mucho cuidado, la creatividad es la que nos convierte en dioses o en diablos». Al principio no comprendí lo que quiso decirme con esa afirmación. Ni siquiera pensé en si me estaba ofreciendo un consejo o simplemente intentaba sorprenderme con una frase de libro sin mucho sentido. Pero cuando comencé a leer su diario, comprendí lo que aquel día quiso decirme. La estructura del diario era como la de cualquier otro diario. En la primera página había escrito con grandes letras el título: *Los monstruos de la mente*, centrado como si se tratara del título de un ensayo científico. Y en la segunda página estaba escrita la cita que intenté enviarte por correo: «En las profundas cavernas de la mente aún se esconden los monstruos que nos devoran». Pero lo que más me impresionó fue el comienzo de la tercera página, una especie de prólogo, en el que la doctora Hart parecía querer explicarse a sí misma la razón de los horrores que se disponía a llevar a cabo por amor...

Aldous Fowler estaba atónito ante el relato de Corina Frediani pero no pudo evitar interrumpirla.

—¿Por amor?

—Sí. En esa primera parte del diario, la doctora Hart aseguraba que lo que se disponía a hacer repugnaba a los más elementales principios éticos de la ciencia, y se

planteaba una serie de dudas y conflictos personales que la habían conducido a tomar su decisión... Decía algo así como que la vida de la persona que amaba estaba por encima de cualquier otra consideración moral o ética, y que a ella, como científica, le correspondía hacer lo imposible por salvar a Adam Grosling de su postración, por muy terribles que fueran las consecuencias de sus actos —al oír el nombre de Adam Grosling, Aldous Fowler sintió deseos de intervenir, pero optó por dejar que Corina prosiguiera con su narración. Todo comenzaba a encajar en su esquema del caso, aunque él no supiera todavía cómo—. Después de esas consideraciones preliminares, la doctora Hart realizaba en su diario una valoración clínica del estado de su paciente, de los tratamientos médicos a los que había sido sometido, de las operaciones quirúrgicas que había sufrido y de su estado actual. Luego leí la parte más horrible de ese diario. La doctora Hart hacía una especie de inventario de los recursos tecnológicos, científicos y personales que necesitaría para comenzar sus experimentos, y hablaba de utilizar al menos cincuenta cobayas humanas vivas para un programa de investigación que duraría cinco años según sus cálculos...

—¿Qué quieres decir al hablar de cobayas humanas vivas, Corina? —preguntó Aldous Fowler, temiéndose la respuesta.

—Personas como tú y como yo. Gente a la que arrancarían de su vida normal para ser sometida a los más crueles ensayos médicos, hasta que la doctora encontrase el remedio para volver a unir la médula espinal de Adam Grosling.

—¿Eres consciente de lo que estás diciendo?

Corina Frediani hizo un gesto de autocompasión.

—Por eso no quería dar la cara en este monstruoso asunto. Espero que ahora lo comprendas.

—¿Sabías que Adam Grosling tenía setenta y cuatro años de edad cuando falleció hace sólo unos meses, igual de inválido y postrado que cuando sufrió el accidente?

—¡Cómo no iba a saberlo! Yo trabajo allí cada día.

—Eso podría significar que los horribles experimentos de la doctora Hart con seres humanos de los que tú hablas no tuvieron ningún éxito.

—Eso es algo que ya no sé, no pude seguir leyendo mucho más. Lo guardaba en la caja fuerte de su despacho, junto con otros documentos del centro. Tan sólo en otra ocasión pude echarle una rápida hojeada, y leí algo sobre una cripta en la que esos experimentos se llevaban a cabo.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede estar ahora ese diario?

—No, después de la muerte de la doctora Hart yo misma registré su despacho y su laboratorio, pero no encontré nada que hablara sobre esos experimentos ni sobre su diario.

—¿Y por qué tendría que creer lo que me has contado, Corina? No tienes ninguna prueba que demuestre lo que dices.

—Lo que te he contado es la verdad. ¿Por qué iba a inventarme una historia como ésa? Busca ese diario y esa cripta y comprobarás que todo lo que he dicho es cierto.

—Sí, Corina, lo haremos, no te quepa la menor duda de que lo haremos.

—Yo creo saber dónde está esa cripta, pero nunca tuve el valor de intentar entrar sola.

—¿Estás segura de eso?

—En su diario, la doctora Hart hablaba de la necesidad de ampliar una de las jaulas de los chimpancés, en el animalario del Centro Grosling, para acceder desde ella a su laboratorio secreto. Me horrorizaba pensar en lo que podía encontrar en un lugar tan siniestro. Por eso te envié la fotografía de la segunda carta.

—No puedo creer lo que he oído —dijo la teniente Taylor, después de que Aldous Fowler entrara en la sala de observación y grabación de los interrogatorios. Corina Frediani seguía sentada en la butaca, frente a la mesa en la que le había contado al detective de homicidios todo lo que ella sabía sobre el diario de la doctora Hart y sus supuestos crímenes cometidos para llevar a cabo sus experimentos secretos.

—¿Cree que está mintiendo?

—No, no es eso, pero ¿qué sentido tiene todo esto, Aldous? Ahora que creíamos tener todas las piezas del rompecabezas, aparece Corina Frediani y nos cuenta una historia de experimentos científicos aterradores.

—Quizá por eso mataron a la doctora Hart. Una antigua sociedad secreta de fanáticos asesinos, enfrentados a una ciencia monstruosa, ¿recuerda las palabras de Jacob Bloom?

—¿Y qué me dice de los demás científicos que han muerto? ¿De veras cree que ellos también eran unos asesinos?

—No, no creo que los miembros de la Fundación Universo desearan una ciencia como ésa. Sus principios programáticos eran, precisamente, los contrarios.

—Tiene que haber algo más, Aldous. Algo que aún desconocemos y que acabe de dar sentido a toda esta locura.

—Deberíamos pedir una orden de detención por homicidio masivo contra el director Brannagh, y buscar en el Centro Grosling el acceso al laboratorio secreto de la doctora Hart.

—Lo que sugiere es totalmente imposible, si la única prueba incriminatoria que tenemos contra la fallecida doctora Hart y el centro es el testimonio de Corina Frediani. En el FBI pensarían que también nosotros nos hemos vuelto locos.

—Entonces no tendremos más remedio que buscar esas pruebas —dijo Aldous Fowler—. ¿Qué piensa hacer con Corina Frediani? —quiso saber.

—No hay ningún motivo para que permanezca detenida. Si es sospechosa de algo es de haber espiado a la doctora Hart, pero eso no es ningún delito.

—Si no lo hubiese hecho no sabríamos lo que ahora sabemos.

—Espero que esa información nos sirva para algo más que para encontrar una fosa común repleta de cadáveres de desaparecidos.

—Corina Frediani puede sernos muy útil para encontrar la cripta —apuntó Aldous.

—Quizá tenga razón, pero creo que esa joven médico estaría más segura en cualquiera de nuestros calabozos que en su propia casa. No debemos olvidar lo que le ocurrió al pobre Samuel Clark Moore. No soportaría tener otro cadáver sobre mi conciencia.

—Yo me ocuparé de protegerla, no debe temer por su vida.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

7

En la confluencia de la calle Treinta y tres con Park Avenue todo estaba en calma. Decenas de coches virtuales circulaban en ambas direcciones por la avenida: hacia la plaza de Union Square al sur, o hacia la estación Central al norte. Frente a ellos, iluminado como la armadura dorada de un gigantesco guerrero medieval, se alzaba el Empire State. Sólo dos manzanas los separaban de él. Se dirigieron hacia la calle Treinta y cuatro, y luego cruzaron Park Avenue en dirección al oeste, mientras conversaban entre ellos sin ningún temor a las Sombras sin rostro. Ya sabían que nunca atacaban cuando había gente alrededor.

—Ahí esta nuestro caballero —dijo Nicholas.

—Más que un caballero, yo diría que es la torre del homenaje de la gran fortaleza de Manhattan —advirtió Beth.

—Ambas metáforas son hermosas, BH, pero el enigma de la leyenda escondida habla de un caballero, no de una torre —puntualizó Carol.

—Y de su espada. Espero que esta vez sea una verdadera espada medieval lo que encontremos ahí dentro —dijo Nicholas.

—¿Crees que será necesario subir hasta la última planta del Empire State, NK?

—Lo sabremos cuando entremos en él. Pero, si el enigma no nos engaña, la espada debe de estar allá en lo alto, junto al cielo.

Cruzaron Madison Avenue, recorrieron la manzana que los separaba de la Quinta Avenida y se detuvieron ante la mole que se alzaba frente a ellos. Muchas ventanas del edificio estaban encendidas, y desde abajo parecían luciérnagas pegadas a los cristales.

—Es maravilloso —murmuró Beth.

Desde la perspectiva que le proporcionaba la imagen virtual de su pantalla, lo veía como un mito rodeado de misterio y fantasía. Y se preguntó qué les contaría Carol sobre la leyenda escondida del Empire State.

Pero antes de que ninguno de ellos pudiese hablar, algo afilado silbó en el aire y se clavó en el tronco del pequeño árbol que había a su lado, en la esquina.

Nicholas se acercó para ver de qué se trataba.

—¡Es una flecha, una flecha! —exclamó.

Y tan pronto dijo esto, un zumbido se elevó sobre sus cabezas como un enjambre de dardos envenenados.

—¡Poneos a cubierto! —gritó corriendo hacia una celosía cercana, que les serviría de escudo frente a las flechas que llovían del cielo.

Carol y Beth se resguardaron a su lado.

—Son arqueros, NK. Han tomado el Empire State para evitar que podamos entrar

en él —dijo Carol.

Las flechas seguían cayendo por decenas sobre sus cabezas a intervalos de cuatro o cinco segundos.

—Tenemos que cruzar allí enfrente —advirtió Nicholas.

—Si lo hacemos nos aniquilarán antes de que podamos llegar al otro lado de la Quinta Avenida —razonó Beth.

—No si corremos hasta allí entre una avalancha y otra. He contado el tiempo que transcurre entre cada lanzamiento de flechas y dispondremos de algunos segundos.

—Y si nos equivocamos...

—En todos los videojuegos de plataformas dispones de unos segundos para pasar de un lugar a otro salvando los obstáculos. No veo por qué este juego iba a ser distinto —explicó Nicholas.

—¿Qué por qué iba a ser distinto? ¿Habías visto algo como esto alguna vez, NK?

—De acuerdo, es distinto, pero muchas de las cosas que pasan aquí también ocurren en los videojuegos. Y juraría que este ataque es una de ellas.

—Debéis decidir qué hacer, el tiempo sigue avanzando y los intrusos se acercan a nosotros —dijo Carol.

—Yo cruzaré primero —dijo Nicholas, cuando acababa de caer una espesa nube de flechas sobre ellos.

—¡Espera... ! —gritó Beth cerrando los ojos.

Pero Nicholas no esperó. Se lanzó corriendo a cruzar la calle, sin darse cuenta de que una lujosa limusina virtual pasaba en ese momento rumbo al Flatiron. Y la limusina lo hubiese atropellado de no haber realizado su conductor una acrobática maniobra de evasión.

Beth abrió los ojos y respiró aliviada al ver a Nicholas al otro lado de la calle, pegado a la fachada del Empire State, como si se dispusiera a escalar sus paredes.

—Vamos BH, ahora te toca a ti. Espera a que caiga una nueva tromba de flechas y cruza rápido sin miedo —la animó Nicholas, ajeno al incidente de la limusina.

—Lo haremos las dos juntas —dijo Carol, cogiéndola de la mano.

Y tan pronto cesó la nueva lluvia de flechas, corrieron hasta el otro lado de la Quinta Avenida.

—Ahora estamos fuera del alcance de esos arqueros —dijo Nicholas cuando Beth y Carol llegaron a su lado.

Pegados a la pared, se acercaron a la esquina de la calle Treinta y cuatro. Nicholas asomó la cabeza y vio que la entrada principal al rascacielos estaba despejada.

—Yo iré delante —dijo.

Con el fusil ametrallador apuntando al frente, Nicholas dio la vuelta a la esquina e hizo un gesto con la mano a Beth y a Carol para que le siguieran. Nada ni nadie se cruzó en su camino. La puerta de entrada al Empire State estaba abierta, y desde el

exterior Nicholas pudo ver el lujoso mármol de colores parduzcos que recubría las paredes del hall. No había el menor rastro de las Sombras sin rostro, aunque él sabía que estaban allí, en algún lugar de aquel inmenso edificio de ciento dos plantas.

Dos banderas de Estados Unidos ondeaban en el amplio pasillo del hall. Al frente, un gran mural de acero con la imagen recortada del Empire State lanzaba tantos brillos como los destellos que desprendía el sol, también de acero, que surgía tras él. Un reloj marcaba la hora a la derecha del mural y señalaba los cuatro puntos cardinales, mezclándose con el trazado de un imaginario mapa de algunos estados de la Unión: Pensilvania, Vermont, Connecticut...

Bajo el mural, junto a una maqueta a escala del Empire State protegida por una hornacina de cristal, había un mástil y una bandera con las barras y estrellas, colocada en una esquina. Nicholas no tardó en ver el pedazo de madera que aparecía en el suelo, ante el mástil. Era como los otros que habían encontrado en la antorcha de la Estatua de la Libertad y bajo un árbol del cementerio de Trinity Church.

—Ahí hay un nuevo signo —dijo Nicholas. Lo cogió y se lo mostró a Beth y a Carol.



—Guárdalo tú, NK, junto con los otros.

De uno de los pasillos laterales surgió un arquero vestido de negro, con la cabeza al descubierto; una cabeza sin piel y sin ojos; una cabeza que era la calavera de un esqueleto.

Nicholas se giró con rapidez y disparó sobre aquel zombi antes de que tensara su arco y lanzara una de sus flechas envenenadas. Y cuando Beth y Carol se dieron cuenta de lo que pasaba, sólo pudieron ver una llama que se extinguía, dejando un halo de humo negro suspendido en el aire.

—¡No era una Sombra sin rostro! —exclamó Nicholas, alterado.

Beth y Carol se pusieron en guardia.

—¿Qué has visto, NK? —preguntó Beth.

—Un ser vestido de negro con un rostro horrible. No tenía piel... ni... ni ojos, ni



nariz, ni boca —dijo sin darse un respiro.

—¿Era uno de esos arqueros? —insistió Carol.

—Creo que sí, que era uno de ellos. Pero tuve miedo al dispararle, como si hubiese visto algo horrible en las cuencas vacías de sus ojos.

—Habrá sido el cansancio, NK. Llevamos algunas horas pegados al juego y a veces se producen pequeñas alucinaciones. Si quieres podemos dejarlo por hoy —dijo Beth.

—¡No, no, no quiero que lo dejemos ahora! —se apresuró a decir Nicholas.

—BH tiene razón, NK. Tal vez sea bueno que descanses un poco, han sido muchas emociones las que habéis vivido en estos días.

—No os preocupéis por mí, estoy bien. Descansaré cuando hayamos encontrado la espada del caballero.

Los ascensores del hall no funcionaban. Beth propuso que buscaran otros en alguno de los dos pasillos que se abrían junto a ellos.

—¿Por qué pasillo seguimos?, en este edificio hay más de setenta ascensores —quiso saber Carol.

—Ese arquero apareció por la izquierda, yo voto porque vayamos por el pasillo de la derecha —dijo Nicholas.

—Tú eres el guía, NK —volvió a decir Beth, que confiaba plenamente en el buen instinto de Nicholas para desenvolverse en el juego virtual.

—Entonces seguidme, y vigilad mis espaldas. De lo que pase aquí delante ya me ocupo yo —dijo Nicholas, acariciando su fusil ametrallador.

Los pasillos del Empire State eran largos e intrincados. Algunos arqueros salieron a su encuentro desde los sinuosos recodos del trazado, y Nicholas los fulminó con la misma facilidad con que un fumigador elimina los parásitos de una planta. Todas las puertas que encontraron estaban cerradas, pero al llegar a un largo pasillo repleto de ascensores en la pared izquierda, comprobaron que las luces de subida y bajada funcionaban. Nicholas pulsó el botón de llamada, y al poco sonó un din don de campana electrónica. Las puertas de uno de los ascensores se abrieron, y dos arqueros negros les salieron al paso. Pero, de nuevo, fueron abatidos por los disparos de Nicholas, antes de que llegaran a tensar sus arcos. Un intenso olor flotaba en el ambiente.

—Subamos a éste, ahora está libre de intrusos —dijo Nicholas.

Entraron en él y, cuando las puertas se cerraron, Beth husmeó el aire como un sabueso.

—Huele a azufre quemado.

—Debe de ser por la combustión de los cuerpos de esos zombis al arder.

—¡Es asqueroso!

—¿Hasta qué planta subiremos? —preguntó Carol.

—La terraza exterior está en el último piso. Subiremos hasta allí —dijo Nicholas, pulsando el botón de la planta más alta del edificio.

Un sonido similar al gruñido de las tripas de un gigante acompañó el despegue del ascensor.

—¿A qué velocidad subimos? —quiso saber Beth.

Carol hizo un rápido cálculo mental.

—A seis metros por segundo, en poco menos de un minuto estaremos arriba.

—Prepararos para un nuevo ataque de esos zombis —advirtió Nicholas.

—Parecen bastante inofensivos —murmuró Beth.

—No te confíes demasiado, BH. Seguro que sus flechas son mortales.

Sin embargo, cuando las puertas del ascensor se abrieron no había ningún arquero aguardándolos.

—Venid por aquí —dijo Nicholas, adentrándose en un amplio pasillo. Al fondo se veían las luces de la terraza exterior del Empire State, situada a trescientos ochenta metros de altura.

Nicholas abrió la puerta y pudo sentir la brisa húmeda de la noche en su rostro, seguida del silbido de una flecha que pasó rozándole la cabeza.

—¡Están ahí afuera! —gritó, volviendo a cerrar la puerta.

—¿Has podido ver su situación? —preguntó Carol.

—No, no sé dónde están ni cuántos pueden ser.

Beth se adelantó a Nicholas y se situó junto a la puerta.

—Esta vez iré yo delante.

—¿Te has vuelto loca, BH? Tu arma es mucho más lenta que la mía —dijo Nicholas.

—Pero yo puedo moverme con la misma rapidez que tú. Correré hacia la derecha de la terraza sin dejar de disparar y atraeré la atención de los arqueros. Luego podéis salir Carol y tú disparando en la dirección que yo os indique.

—Puede ser demasiado arriesgado, BH.

—Allí abajo fuiste tú quien arriesgó su vida, ahora me toca a mí. Somos un equipo, NK.

—Estoy de acuerdo con BH. Ella es tan válida como tú en esta misión —dijo Carol.

—Llévate al menos este fusil ametrallador.

Intercambiaron sus armas y Nicholas miró a Beth a los ojos.

—Ten mucho cuidado.

Beth se situó junto a la puerta de la terraza exterior, la abrió y corrió hacia la parte izquierda disparando sin cesar a su alrededor.

—¡Están arriba, en la cornisa! ¡Salid..., ahora! —gritó, viendo como las balas de su fusil ametrallador hacían arder a los arqueros apostados sobre la terraza.

Nicholas corrió hacia la derecha, haciendo acrobacias como un saltimbanqui para evitar que las flechas que silbaban a su alrededor lo alcanzaran, mientras Carol se quedaba en el centro de la terraza, cubriéndole las espaldas. En poco tiempo barrieron cualquier rastro de los arqueros, y volvieron a reunirse en el centro de la terraza.

—¡Hemos conquistado la inexpugnable torre de Manhattan! —exclamó Nicholas.

—¡Y hemos liberado al caballero de sus enemigos! —añadió Beth con el mismo entusiasmo.

—Pero aún no habéis resuelto el enigma —recordó Carol, menos efusiva.

—¡Vaya, la espada! —dijo Nicholas, al caer en la cuenta de que se habían olvidado de lo que realmente buscaban allí.

En la oscuridad de la noche, y sin apenas más luz que la que llegaba a la terraza desde los grandes focos que iluminaban la cima del Empire State, Nicholas y Beth buscaron infructuosamente la espada del caballero.

—Tal vez esté en la cornisa de arriba. Es allí donde se ocultaban los arqueros, y es posible que estuvieran custodiándola —sugirió Beth.

—¡Eso es BH! No sé lo que haríamos sin ti —la elogió Nicholas.

—Tendremos que intentar subir desde aquí —señaló Carol.

Nicholas miró las amplias cristaleras que rodeaban la terraza. Sería difícil subir por los cristales, a menos que dispusieran de algunas ventosas, pensó.

—En esa esquina hay algunos salientes que nos pueden permitir escalar hasta lo alto de la cornisa. Seguidme... —dijo Beth, volviendo a anticiparse a Nicholas.

De un salto, el personaje virtual de Beth se aferró a uno de los salientes del muro; apoyó los pies en la pared y trepó hasta agarrarse a un hierro horizontal que servía de mástil para las banderas. Se colgó de él y comenzó a oscilar con movimientos pendulares para darse impulso. Luego realizó varios giros alrededor de la barra, se soltó y aprovechó la fuerza centrífuga para caer con suavidad sobre el borde de la cornisa. Mientras tanto, Nicholas y Carol observaban, embobados, sus piruetas.

—¿Eso lo has hecho tú, BH? —preguntó Nicholas, que no acababa de salir de su asombro.

—Lo vi hacer en algún videojuego cuando era una niña —dijo, orgullosa.

Carol y Nicholas la imitaron, y alcanzaron la cornisa superior sin dificultad. La vista nocturna de Manhattan desde la cima del Empire State era indescriptible. Beth jamás se había sentido más feliz consigo misma, y Nicholas parecía haber tocado las estrellas con sus propias manos. Carol estaba emocionada junto a ellos. Todo a su alrededor se había transformado en una infinita galaxia de color que parecía flotar en medio de la nada. La ciudad de Nueva York, el colosal reino del caballero, se había rendido a sus pies: al sur, en la lejanía, los titanes iluminados del Distrito Financiero, del Lower Manhattan y del City Hall; al filo de las amplias praderas luminiscentes de Chinatown, Little Italy, Greenwich Village o East Village, que enmarcaban las

cúpulas doradas y brillantes del Metropolitan y el New York Life, dos gigantes a orillas de los ríos de lava burbujeante de la Quinta Avenida y Broadway, en cuya encrucijada bordean el pequeño islote triangular del Flatiron Building. Al este podían divisar las luminarias de Brooklyn y de Queens, y, al oeste, las fosforescencias de Nueva Jersey. Luego rodearon la cornisa y miraron los dominios del caballero que se extendían al norte: la corona de diamantes del Chrysler Building, las portentosas murallas del Rockefeller Center, los colosos de Midtown, los abismos de neón de Times Square, los desfiladeros de hielo de Turtle Bay o los bosques y los lagos de Central Park. Y más allá, los cálidos y exóticos territorios de Harlem, difuminándose en la pálida negrura del horizonte. Ninguna otra ciudad del mundo podría ofrecerles un universo de luz tan mágico y prodigioso como el que tenían ante ellos.

Beth se volvió, decidida a encontrar la espada antes de que lo hiciera Nicholas. No pretendía rivalizar con él, pero si Nicholas había encontrado la rosa, pensó que le correspondía a ella dar con la espada del caballero de Manhattan. Hasta entonces la habían buscado en el suelo de la cornisa, mientras que el enigma hablaba del cielo, así que Beth levantó la mirada hacia la gran antena que se alzaba tras ellos, guardó su arma en el panel de control y comenzó a ascender por el pináculo que coronaba el Empire State, sin decir nada.

—¿Sabes, BH?, nunca había visto Nueva York como lo ven los pájaros —dijo Nicholas, con aires de soñador.

—BH lo verá aún mejor que tú, NK. Está ascendiendo al cielo —le respondió Carol, señalando hacia arriba.

—¿Qué?

El personaje virtual de Nicholas reclinó hacia atrás la cabeza.

—¡Pero qué está haciendo! —exclamó al ver a Beth en lo más alto de la cúspide del Empire State.

—Ha ido en busca de la espada del caballero.

—¿Allí arriba? ¿Es que se ha vuelto loca? ¡Si pierde el equilibrio se matará! —gritó.

—No seas trágico, NK. Si pierdo el equilibrio se matará mi personaje virtual, no yo. Se trata de un juego, ¿recuerdas?

—Para mí es igual. ¡Deberías bajar de ahí ahora mismo!

—Ya no puedo volverme atrás. Me produce más vértigo pensar en bajar que seguir subiendo.

Sobre el pináculo del Empire State había una plataforma circular desde la que aún se elevaba una torreta metálica que servía de antena de televisión a varios estados del oeste.

—¡Puedo verla! ¡La espada del caballero está ahí, en lo más alto! —gritó, sin dejar de subir por los barrotes de la antena.

Beth creyó que flotaba sobre Manhattan y, cuando cogió la espada, dio un grito de alegría y la levantó al cielo. Luego alzó su voz tanto como le fue posible y dijo:

—¡«Al cielo le clava, orgulloso, su afilada espada de acero»! ¡«Y a sus pies se rinde, gozoso, el colosal reino del caballero»!

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

7

El jet privado de Walter Stuck sobrevolaba el pantanoso estado de Florida a más de seis mil pies de altura. Algunas masas de nubes se deslizaban bajo sus alas como despojos de un mar blanco y espumoso.

Benson hablaba por el teléfono móvil. Junto a su asiento reposaba el maletín negro de su señor, y en la oscuridad de su interior, contenido en un frasco de cristal, el cerebro de Matthew Edwing no era más que una sustancia pastosa de color rosado sanguinolento. Walter Stuck había cumplido su venganza: «Los 9 de Cornell» estaban muertos; cuatro de ellos por enfermedad y los cinco restantes sacrificados por su osadía. El Club Gótico no podía permitir que el mundo siguiera el curso que marcaban los genios de la ciencia. Era necesario que la historia cambiara por el propio bien de la humanidad. El progreso humano se había manifestado incapaz de dar solución a los grandes problemas de la Tierra, y la debilidad de los gobiernos tenía que ser atajada sin contemplaciones. Cuando la Esencia del Misterio estuviera en su poder, todo estaría listo para la gran transformación: dios, su dios, el único y verdadero dios, volvería a reinar sobre el frágil universo de los hombres.

—Hay buenas noticias de nuestros *crackers* —dijo Benson.

Walter Stuck dejó de mirar por la ventanilla.

—Siempre has sido un buen mensajero, ¿de qué se trata? —dijo Walter Stuck.

—Están siguiendo los pasos de esos chicos de la EEJA por internet. Ya han pasado por la Estatua de la Libertad y por Trinity Church, y ahora se encuentran en el Empire State.

—Así que el viejo Kenneth Kogan no había sacado la Esencia del Misterio de la Gran Manzana —reflexionó en voz alta Walter Stuck.

—Lo más probable es que no. Los chicos están siguiendo un mapa con los edificios más conocidos de Nueva York, y parece que en alguno de ellos escondió Carol Ramsey la Esencia del Misterio.

—No les pierdas de vista. Ya te dije que ellos nos conducirán hasta la Esencia del Misterio, y luego los haremos desaparecer sin dejar el menor rastro. Nadie encontrará jamás sus cuerpos.

—Uno de los espías que los siguen me ha informado de que el chico, ese tal Nicholas Kilby, fue hasta el cementerio de Trinity Church y buscó algo entre las tumbas.

—¿El cementerio de Trinity Church? ¿Qué podía buscar allí?

—Las pistas de los enigmas que llevan de un lugar a otro del mapa.

—¿Y encontró algo?

—Nuestro espía asegura que era de noche y que estaba bastante oscuro, pero cree

que no cogió nada.

—Quiero hablar con los crackers, Benson. Quiero ver cómo hacen su trabajo y asegurarme de que no fallarán. Estamos en manos de esos dos mocosos de la EEJA.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

8

Aunque el detective Fowler lo ignoraba, el forense Scrinna estaba arriba, en una sala de espera de las oficinas del FBI, esperando a que él y la agente especial encargada de investigar el caso del Prestidigitador terminaran el interrogatorio. Traía importantes noticias para ellos.

—¡Olvídense de los fenómenos paranormales para explicar la desaparición de los cerebros de las víctimas de nuestro misterioso asesino! —dijo con inusitada vehemencia, después de que Aldous Fowler y la teniente Taylor lo saludaron.

—¿Han descubierto ustedes los trucos de magia del Prestidigitador? —quiso saber, impaciente, el detective Fowler.

—Hemos descubierto su avanzada tecnología; no podía tratarse de otra cosa, desde luego... —dijo el forense Scrinna, volviendo a su calma habitual.

—Era lo más razonable —señaló la teniente Taylor.

—Sin duda. Los juegos de magia sólo son verosímiles en las salas de espectáculo, teniente... Es cierto que al principio nos resultó imposible comprender cómo podía alguien sustraer el cerebro de un cadáver sin dejar rastro alguno, pero las últimas pruebas que hemos realizado nos llevan a la inequívoca conclusión de que el asesino licuaba...; sí, licuaba literalmente los cerebros de sus víctimas —dijo al ver la cara de incredulidad de los policías.

Aldous Fowler recordó sus anteriores conversaciones con el forense.

—¿Como hacían los egipcios por las fosas nasales al momificar a los muertos?

—Algo parecido, pero mucho más sofisticado que una simple craneotomía, sin duda. Por eso hemos tardado en descubrirlo. Con el método de momificación tradicional, como ya saben, se rompía el hueso etmoides y se penetraba en el cráneo con una especie de triturador mecánico que causaba graves destrozos en las membranas de las fosas nasales, por las que luego debían salir los restos del cerebro, una vez colocado el cadáver con la cabeza hacia abajo para que la fuerza de la gravedad lo hiciera salir de la cavidad craneal. Como resulta evidente, esta práctica dejaba pruebas más que visibles al efectuar la autopsia o los rayos X, y bastaría una sola radiografía para comprobarlo. Fue esa falta de pruebas lo que nos condujo a pensar que el asesino empleaba alguna nueva e insólita tecnología, desconocida para nosotros.

—¿Y han descubierto esa novedosa tecnología? —preguntó la teniente Taylor, poco habituada a hablar con el forense Scrinna.

—¡Nanotecnología, teniente! ¡Tecnología enana, molecular, invisible! —exclamó el médico con aire triunfal.

—¿Puede explicarnos lo que es eso, doctor Scrinna? —pidió Aldous Fowler,



intrigado.

El forense Scrinna se removió en su asiento.

—Bueno, los científicos expertos en nanotecnología la definen como el estudio, diseño, creación, síntesis, manipulación y aplicación de materiales, aparatos y sistemas funcionales a través del control de la materia a nanoescala, es decir, de los átomos y las moléculas. Creen que la nanociencia significará una nueva revolución industrial, una nueva ciencia que en poco tiempo transformará el mundo. Sus impactos se prevén sobre todo en los campos de la informática, la arquitectura, el medio ambiente, la biología y, esto es lo más importante, la medicina. Claro está que en el ámbito de las ciencias médicas, ya existían técnicas de microcirugía que permitían implantar aparatos electromagnéticos para estimular el corazón, o introducir diminutos tubos de metal para ensanchar las arterias, o incluso introducir una cámara en el cuerpo humano para acceder a cualquier órgano vital y comprobar su estado. Sin embargo, el cerebro ha sido siempre un lugar inaccesible para la medicina, a menos que se abriera el cráneo. Hasta los logros alcanzados en neurocirugía para la implantación de electrodos en el cerebro con los que combatir enfermedades como el Parkinson, han exigido taladrar el cráneo del paciente.

—Entonces, ¿cómo diablos extrae el Prestidigitador los cerebros de los científicos asesinados, doctor Scrinna? —inquirió la teniente Taylor.

El forense no demoró más su respuesta.

—Utilizando técnicas de nanocirugía aún desconocidas, que le permiten llegar al cerebro sin tocar el cráneo. Aunque les parezca increíble, el asesino penetraba en el cráneo de sus víctimas introduciendo un par de agujas finísimas por los conductos lacrimales, y luego desviaba el nanorobot hacia el espacio abierto entre la órbita y el globo ocular. Al interior de la cavidad craneal llegaba siguiendo el recorrido del nervio óptico hasta el cerebro, cruzando el conducto ocular. La pista definitiva nos la dio una lágrima de color rosado que encontramos al examinar los ojos del cadáver del último científico asesinado: Lars Murliken.

—¿Una lágrima les ha conducido a resolver este misterio? —preguntó aturdido Aldous Fowler.

—En medicina forense suelen ser los más insignificantes detalles los que nos conducen a las conclusiones más acertadas, Aldous. Esa gota de líquido sanguinolento en el lacrimal nos indujo a examinar con cámaras de aumento los restos del glóbulo ocular y del nervio óptico, y descubrimos que había sido arañado por un minúsculo objeto punzante, alguna aguja que fue dejando un pequeño rastro de lesiones microscópicas y puntiformes en la superficie del ojo, desde el ángulo interno hasta el nervio óptico. Complicados análisis químicos posteriores de las paredes de la cavidad craneal nos permitieron saber que existían restos de algunas sustancias no identificadas, que habrían llegado hasta allí a través de la vía abierta por

el nanorobot. Esos análisis se repitieron en los huesos craneales de las demás víctimas, confirmando el mismo resultado, aunque con parámetros desiguales. Ello nos permitía pensar que la sustancia introducida en el cráneo para extraer la masa encefálica de los cadáveres podría ser alguna especie de líquido con propiedades licuantes, capaz de diluir el cerebro, para luego extraerlo a través de los mismos nanocables de platino o polímero por los que fue introducida esa desconocida solución química. Lo que nos lleva a concluir, sin la menor duda, que nuestro asesino es un científico que se ha anticipado a la ciencia del futuro. Lo demás, amigos míos, les corresponde averiguarlo a ustedes —dijo el forense Scrinna, con la misma serenidad que regía todos los actos de su vida.

La teniente Taylor intentaba relacionar todo lo que acababa de oír con los experimentos del Centro Grosling de los que, hacía apenas media hora, había hablado Corina Frediani, y se sintió atrapada en una ciénaga de confusión. Luego dijo:

—Nanotecnología, nanorobots, nanocables, ciencia del futuro. ¿Recuerda nuestra conversación en el helicóptero, Aldous, cuando viajábamos a Cornell? Usted mismo lo intuyó; me habló de que el asesino podía ser un científico loco, un genio diabólico, y yo le pregunté si me estaba hablando de un malvado de cómic...

—Pero entonces no podía creer que eso fuera cierto.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

8

En sueños, Nicholas Kilby volvió a revivir las mismas emociones que durante la tarde había experimentado en el juego de los enigmas infinitos. Era cierto que hubiera deseado encontrar la espada del caballero en el pináculo del Empire State, pero tampoco le desagradó que Beth se decidiera a ascender sola hasta la aguja para apoderarse de ella. El espectáculo de luz que pudo ver desde la cornisa cuando Beth alzó al cielo la espada, le pareció el más hermoso que había visto en su vida: un rayo de intenso color azul estalló sobre el rey de los rascacielos de Nueva York, y dibujó un látigo mágico sobre Manhattan, cuya punta se fusionó con la punta de la espada, hasta que todo el cuerpo de Beth quedó envuelto por un aura de etérea divinidad. Desde ese instante, algo había cambiado en ella, como si al tocar la espada todos sus miedos y sus dudas se hubiesen disipado de súbito, y al fin se hubiese encontrado a sí misma en medio de aquel paraíso celeste. Y en sus ensoñaciones vio cómo Beth descendía hasta la cornisa con un brillo tan portentoso en sus ojos que no le cupo duda alguna de que era ella, y no él, quien debía poseer la espada del caballero. No obstante, Nicholas se sintió aún más dichoso cuando, al regresar de nuevo a la terraza descubierta del majestuoso Empire State, encontraron dos espadas medievales de similar factura junto a la entrada.

—Estas dos espadas medievales son para nosotros, NK —le había dicho Carol—. A partir del cuarto enigma haremos un pequeño viaje en el tiempo, sin necesidad de abandonar Manhattan.

Nicholas y Beth no habían comprendido muy bien qué había querido decir Carol al hablarles de viajar en el tiempo, pero lo entendieron tan pronto oyeron de sus labios la continuación de la leyenda escondida en el colosal reino del caballero. Carol les contó que después de la construcción de la Estatua de la Libertad y de la llegada de la Esencia del Misterio a Nueva York, la ciudad comenzó una etapa de gran desarrollo urbanístico e industrial, facilitado por los millones de inmigrantes que llegaban hasta ella desde todos los lugares de la Tierra. Una mezcla de gentes, de razas y lenguas que era impensable en cualquier otra parte del mundo. La historia, les dijo Carol, aseguraba que fue a causa de esa prosperidad y de las limitaciones del suelo de Manhattan, una isla estrecha y alargada sin apenas espacio para albergar a una población tan numerosa y diversa, que en la década de 1870 comenzaron a surgir en sus largas calles y avenidas los primeros rascacielos de Nueva York. Se inició así un período de gran desarrollo arquitectónico, que alcanzaría su máximo esplendor sesenta años después, con la construcción en 1930 del Chrysler Building, superado al año siguiente por el Empire State. Sin embargo, Carol les explicó que, según la leyenda escondida de Nueva York, el nacimiento de los rascacielos de Manhattan

tuvo un origen muy distinto: los primeros rascacielos, como el Flatiron Building, el Municipal Building o el Woolworth Building, entre otros, tenían mucho que ver con la Esencia del Misterio y la mítica Torre de Babel. Entonces, Carol pidió a Nicholas y a Beth que abrieran las agendas electrónicas que llevaban en sus mochilas, y escribieran en ellas la palabra «Babel». Así lo hicieron, y en las pantallas de sus agendas apareció una reproducción del cuadro titulado la *Gran torre de Babel*, pintado en el año 1563 por Pieter Brueghel, apodado el «Viejo», un pintor flamenco del siglo XVI, y cuyo original se conservaba en el Kunsthistorisches Museum, de Viena.



Carol les dijo que la leyenda escondida aseguraba que los rascacielos de Manhattan surgieron como una idea de los sabios de la sociedad Ouróboros, con la que simbolizaron el nuevo espíritu de la ciudad, liberado de cualquier temor a los dioses del pasado. Querían demostrar al mundo que ningún dios los castigaría por elevar nuevas torres de Babel sobre la Tierra, y que nada impediría que los habitantes de Nueva York pudieran entenderse entre ellos, por muy diversas que fueran sus lenguas.

Nicholas continuó soñando con torres inexpugnables, espadas de caballeros medievales y reinos colosales, mientras su mente repetía en silencio el nuevo enigma que Carol les había planteado, y que decía así:

Un monje en su *scriptorium* un manuscrito copia e ilumina.

Viejos y olvidados libros cerrados, que al abrirlos cobran vida.

Y «vida» era la palabra que se correspondía con el seudónimo de uno de los nueve estudiantes de Cornell.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

8

Aldous Fowler tenía prisa, mucha prisa. Eran las ocho de la noche y acababa de dejar a Corina Frediani en casa de Ann, donde viviría mientras él y la teniente Taylor investigaban el asunto de los crímenes científicos del Centro Grosling. Con Ann, la principal testigo del caso estaría segura, y su vida no correría ningún peligro. Era posible que el asesino ya supiera que Corina Frediani había hablado con el FBI, y se dispusiera a impedir que volviera a hacerlo, cortándole la garganta como había hecho con Samuel Clark Moore, el conserje de la residencia Tannhäuser. Ann no había puesto ningún inconveniente a que la joven becaria del Centro Grosling se quedara en su casa por algún tiempo. Antes al contrario, se mostró encantada de tener a alguien con quien poder hablar de cualquier cosa. Se sentía bastante sola y aburrida en casa.

Metido en una larga caravana al otro lado del puente de Brooklyn, Aldous llamó con el móvil a su hermana Pemby, para avisarle de que llegaría algo más tarde de las ocho.

—De acuerdo, pero no tardes mucho; estamos esperándote —dijo Pemby.

Cuando Aldous Fowler logró cruzar desde Brooklyn y bordeó el parque de City Hall, aún le quedaba un largo trecho hasta llegar a Greenwich Village. Pero Aldous no pensaba en lo que podía decirle el nuevo amigo de Pemby sino en lo que desde el mediodía había oído de labios de Corina Frediani. Jamás hubiese podido sospechar que una mujer como la doctora Hart ocultara un pasado tan aterrador y espeluznante. Él mismo había llegado a sentir gran admiración por ella, y no pudo evitar que una sensación de desengaño lo embargara.

Pasó junto al Woolworth Building, giró su automóvil a la derecha, junto a un puesto callejero de perritos calientes, y se dirigió hacia el norte envuelto por el color fosforescente de los anuncios publicitarios de Church Street y de la avenida de las Américas. Al llegar a la confluencia de la Sexta Avenida con Greenwich, el edificio y la torre neogótica del Jefferson Market Courthouse le parecieron sacados de un cuento de hadas. Giró a la izquierda, y supuso que la casa de Walter Stuck debía de ser el antiguo palacete del que Pemby le había hablado en su mensaje. Aparcó su coche junto a Milligan Place y se bajó de él dando un bostezo de cansancio. Luego alzó los ojos al cielo, pero sólo vio una espesa neblina sin estrellas.

En el interior de la mansión de Walter Stuck, Pemby estaba tan radiante que Aldous hubiera jurado que su hermana era una verdadera princesa. Sin duda, se sentía feliz, pensó. Pemby nunca disimulaba su estado de ánimo, y aunque se mantenía algo distante de su anfitrión, a Aldous le pareció indudable que estaba enamorada de él. El brillo de sus ojos y su sonrisa la delataban.

Pasaron al Salón Romántico y se sentaron a la mesa con una copa de jerez en la

mano. En esa ocasión no había ningún personaje inmortalizado en cera acompañándolos en la cena. Durante unos minutos, Aldous se sintió incómodo entre la lujosa decoración que lo rodeaba. A diferencia de Pemby, él no estaba acostumbrado a tratar con millonarios, políticos y famosos de la vida pública estadounidense. Además, aún no sabía de qué quería hablarle Walter Stuck, y esa incertidumbre aumentaba su desconcierto. Pronto, sin embargo, el trato amable de Walter Stuck le hizo recobrar la serenidad. Luego, Pemby cogió de la mano a Walter y le contó a su hermano el modo en que ambos se habían conocido.

—Pero lo más asombroso de todo te lo explicará él mismo, yo no sabría hacerlo, a pesar de mi profesión —dijo, mirando a Walter para cederle la palabra.

—Sí, pero antes, yo diría que ha sido una oportuna casualidad que Susan y tú seáis hermanos. A raíz de una de nuestras conversaciones, fue ella quien me comentó que eras policía de homicidios y que estabas investigando junto con el FBI los asesinatos de los científicos de Cornell. Creo recordar que hablaba con Susan sobre algunas sociedades secretas, que tenían su origen en la Edad Media, muchas de las cuales seguían siendo capaces de matar para conseguir apoderarse de algunos secretos muy codiciados de esa época.

—¿Secretos codiciados desde la Edad Media? —preguntó Aldous, para no perder el hilo de una conversación que le empezaba a parecer más tranquilizadora e interesante de lo que en un principio imaginaba. Había llegado a pensar que Pemby le había pedido que fuera hasta la casa de Walter para anunciarle su nuevo matrimonio con un desconocido.

—Como historiador y gran apasionado por la Edad Media, no podía pasarme desapercibida la palabra con que el asesino marca las manos de sus víctimas.

—¿Te refieres a la palabra «Kôt»? —preguntó Aldous, apoyando los brazos sobre la mesa para concentrar toda su atención en la respuesta de Walter Stuck.

—Ésa es la palabra. Pero, como te decía, desde que la vi escrita en las noticias de prensa, supe que esas tres letras sin aparente sentido tienen algún significado oculto; un nombre escrito en clave, similar a las palabras rituales de esas sociedades secretas que antes he mencionado. De manera que pensé que podía tratarse de algún ajuste de cuentas entre sociedades secretas rivales; de alguna venganza entre esotéricos; o de algún rito vinculado a la búsqueda de uno de esos secretos medievales a los que antes me refería: el Santo Grial, la Tabla Esmeralda, la Mesa de Salomón, la Lanza de Longinos, la Veracruz o la Esencia del Misterio.

—¿Qué sabes de la Esencia del Misterio? —preguntó Aldous, al oír hablar de algo a lo que también se habían referido Nicholas Kilby y Beth Hampton en su declaración ante la teniente Taylor y el fiscal de Menores.

—Disculpa, casi nadie la conoce por ese nombre, y todos, sin duda tú también, hemos oído hablar de ella. La Esencia del Misterio es una leyenda de las muchas a

que dieron lugar todos esos grandes mitos medievales, aunque, fundamentalmente, se relaciona con el *lapis philosophorum* de los alquimistas.

—¿Quieres decir la piedra filosofal?

—Ése es su nombre más conocido. Desde tiempos remotos, a la piedra filosofal se le han atribuido poderes prodigiosos para convertir el plomo en oro, para alcanzar la inmortalidad, para dar respuesta a todas las preguntas o para dominar el mundo.

—Eso sólo son antiguas fantasías, en las que nadie creería hoy. Vivimos en el siglo XXI —dijo Aldous Fowler, algo decepcionado.

Walter Stuck no se inmutó.

—Te equivocas, Aldous. Comprendo tu escepticismo, pero creo que te equivocas. Tú eres americano, como Susan, como millones de personas que han vivido al margen de la historia de esos mitos medievales. Pero muchas sociedades secretas europeas han sobrevivido desde entonces creyendo con fe ciega en esos objetos a los que se atribuyen poderes sin límites, y han extendido sus ocultas redes por todo el mundo para intentar encontrarlas.

—Estamos en Estados Unidos, no en la vieja Europa —replicó Aldous, consciente de la debilidad de su argumento. El propio profesor Jacob Bloom les había asegurado que muchas sociedades secretas de inspiración medieval actuaban en la ciudad de Nueva York, a veces como entidades realmente clandestinas de difícil localización y con indudables fines ilícitos.

—Precisamente por eso... Una desconocida leyenda asegura que la Esencia del Misterio, el prodigioso *lapis philosophorum*, fue trasladado desde la vieja Europa a Estados Unidos a finales del siglo XIX.

Susan permanecía al margen del diálogo. Era la única que saboreaba una cena deliciosa.

—Eso es sólo una leyenda. Una fantasía con la que dar sentido a la pervivencia de esos antiguos mitos medievales de los que hablas.

—Quizá tengas razón, pero te sorprenderás cuando te diga lo que he encontrado en esta casa.

—¿La Esencia del Misterio? —preguntó Aldous para relajar la conversación.

—No, no es eso...

—Cuéntale a Aldous lo de la guillotina y la maldición de este palacio —dijo Susan, para vencer la incredulidad de su hermano.

El rostro de Aldous Fowler empalideció de tal modo que Susan creyó que iba a sufrir una lipotimia. Walter Stuck también percibió el impacto que las palabras de Susan habían provocado en su hermano, pero se limitó a contarle a Aldous la misma historia que ya le había contado a ella.

Las conexiones neuronales del cerebro de Aldous Fowler funcionaban a una velocidad de vértigo, y, a medida que escuchaba la historia de la maldición que

pesaba sobre la casa en la que viviera el decapitado Richard Grosling, intentaba relacionarla con la historia que ese mismo día le había contado Corina Frediani y las conclusiones del forense Scrinna. Y por un momento llegó a pensar que la diabólica maldición era cierta, y que él mismo estaba enloqueciendo en medio de aquel salón francés del siglo XVIII. Sin embargo, visualizó mentalmente el gráfico que había dibujado sobre los crímenes, y tuvo la impresión de que cada vez estaba más cerca de conocer la verdad.

—¿Y cómo has podido llegar a la conclusión de que la sociedad secreta que se reunía en esta mansión hace más de medio siglo es la misma que está asesinando a los científicos? —preguntó Aldous Fowler, después de ordenar sus pensamientos.

Walter Stuck se levantó, se dirigió a una mesa rinconera situada en un ángulo de la sala, abrió uno de sus cajones y sacó algo de su interior. Luego regresó junto a su invitado, dejó caer unos documentos sobre el mantel y dijo:

—Porque, cuando se rehabilitó el museo, los operarios de la obra encontraron esto, emparedado en una pequeña hornacina.

Susan miró admirada los pergaminos que Walter le mostraba a su hermano.

—Sobre estos documentos no me contaste nada —dijo.

—No quería que te asustaras.

Los ojos de Aldous Fowler estaban clavados en aquellos folios apergaminados, en cuyo encabezamiento estaba escrita la palabra «Kôt», tal como aparecía en las manos de los cadáveres de los científicos. También vio en esos documentos el signo de las serpientes erguidas, aunque estaban en una posición invertida que le provocó un inusitado temor.



# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

9

Antes de acostarse, Aldous Fowler abrió una lata de cerveza, se sentó junto a la desordenada mesa del salón de su apartamento, encendió el ordenador portátil y comenzó a escribir. Quería dejar constancia de la inesperada información que Walter Stuck le había proporcionado sobre el signo de las serpientes erguidas y su súbita transformación en un símbolo diabólico, con sólo invertir su posición vertical. Aldous se sentía realmente sorprendido por la casual circunstancia de que Walter Stuck conociera a su hermana y, al mismo tiempo, fuese el nuevo propietario de la casa en que había vivido y se había suicidado Richard Grosling. Walter Stuck le había mostrado esa noche parte del museo de cera, incluidas las mazmorras, y Aldous pensó que se trataba de un hombre amable, interesante y culto, cuyo marcado acento inglés revelaba su distinguida educación en Oxford, y cuya fortuna le había permitido el capricho de vivir en un palacio como el que siempre había soñado, por más que el fantasma de Richard Grosling vagara decapitado entre sus paredes. Pensó que se trataba de una coincidencia tan perversa como la abstracta imagen del diablo que había visto representada bajo la palabra «Kôt» en los antiguos documentos que Walter Stuck le había mostrado durante la cena. Pero esas casualidades eran posibles, se dijo a sí mismo para tranquilizarse. Tampoco era la primera vez que le ocurría algo así. En una ocasión, andaba en busca de un pistolero a sueldo de la mafia china de Nueva York, y lo encontró por casualidad en el mismo restaurante al que había decidido ir a comer, después de cambiar sus planes para el almuerzo de un modo imprevisto. Sin embargo, Aldous quería evitar a toda costa que Pemby se viera afectada por algo en lo que ella no tenía nada que ver. Incluso temió que la maldición de la que Walter Stuck le había hablado fuese tan real como llegaron a creer muchos neoyorquinos después del suicidio de Richard Grosling hacía más de medio siglo, y cayera sobre Walter Stuck y sobre su hermana con la misma carga de crueldad con que cayó la cuchilla de la guillotina sobre la cabeza de aquel desdichado. Pero al menos, ahora, Aldous Fowler tenía la certeza de que Richard Grosling no creía estar poseído por el diablo sino que lo adoraba. El diablo, representado en la cabeza de un macho cabrío, trazada simbólicamente con la abstracción de unas líneas sinuosas y simétricas en las que podían verse sin dificultad la forma triangular del cráneo del animal y su cornamenta, era el ídolo sagrado de la sociedad secreta a la que pertenecía Richard Grosling y, probablemente, también su difunto hijo Adam, fundador del Centro de Investigación Neurológica Grosling, al que conducían todas las pistas de los asesinatos de los científicos de Cornell.

En el ordenador, Aldous escribió una extraña palabra: «Baphomet». Aldous Fowler no había oído hablar del nombre de ese símbolo diabólico hasta que Walter

Stuck le explicó su significado y le mostró una imagen que lo representaba.

Según sus palabras, Baphomet era una deidad cuyo culto atribuyó la inquisición a los Caballeros de la Orden del Temple en la Edad Media, y por el que fueron condenados a la hoguera como herejes. Nunca se supo si esa acusación era fundada o inventada, pero lo cierto fue que, desde entonces, la palabra «Baphomet» había dado lugar a infinidad de interpretaciones que relacionaban ese símbolo con el rostro del diablo. Sobre todo muchos años después, cuando a comienzos del siglo XIV surgió en Francia una desconocida leyenda que atribuía a Boulvar de Goztell, un fraile dominico de Lyon, la fundación de una sociedad secreta de monjes, cuyo principal objetivo era la búsqueda de la Esencia del Misterio, de la piedra filosofal o del *lapis philosophorum*.

Mientras escribía, Aldous pensó que un nuevo eslabón se sumaba a la larga cadena de pistas de las que ya disponían en la investigación de los asesinatos de los científicos de Cornell. Un nuevo eslabón con el rostro de un diabólico personaje llamado Baphomet. Entonces miró la imagen que Walter Stuck le había fotocopiado de un libro de símbolos esotéricos, y sintió miedo. El mismo miedo que ya había sentido una vez hacía muchos años, cuando encontró el cadáver de su amigo Tom.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

9

En la clase de química, Nicholas y Beth realizaban unas prácticas de laboratorio sobre la preparación de disoluciones con una determinada concentración de hidróxido sódico y ácido clorhídrico. La práctica no presentaba ninguna dificultad y, mientras mezclaban las sustancias químicas, no dejaron de hablar en voz baja sobre el nuevo acertijo que debían resolver.

—Si se trata de un manuscrito, es muy posible que se encuentre en la Biblioteca Pública de la Quinta Avenida, que aparece en el mapa de la leyenda escondida —dijo Beth.

Nicholas fingió que hablaban sobre el experimento químico, cogiendo una pipeta para añadir un poco de agua a la disolución y evitar que se saturara.

—Pero no estoy muy seguro de que en la biblioteca pública de Nueva York encontremos a un monje medieval sentado en un *scriptorium*.

—Posiblemente el monje sólo sea una figura imaginaria como la del caballero y el Empire State —especuló Beth.

—¿Qué tal si damos una vuelta por allí al terminar las clases?

—Estaba pensando lo mismo que tú. Esta vez no te dejaré solo, como en el cementerio de Trinity Church.

Cuando salieron del colegio, una húmeda neblina se elevaba desde East River, transformando el cielo de Manhattan en una gasa que dejaba visible el color parduzco de la contaminación. Hacía frío, y el viento arrastraba algunos papeles en medio de un revoloteo alocado y fugaz. Sin embargo, muy cerca de la parada del autobús escolar, un hombre vestido con una gabardina beige parecía concentrado en la lectura de un periódico.

—¿Ves a ese tipo de ahí? —dijo Nicholas, apuntando con sus ojos hacia el hombre.

—¿Lo conoces? —preguntó Beth con ingenuidad.

—No, no lo conozco. Pero apostaría diez dólares a que se trata de un policía. Nadie leería un periódico en plena calle con un viento como éste.

—¿Crees que nos vigila?

—Lo comprobaremos muy pronto.

Dejaron atrás la parada del autobús escolar y pasaron junto al hombre de la gabardina como si no hubiesen reparado en su presencia. Para llegar hasta la biblioteca pública de Nueva York debían coger el metro, y la parada más cercana quedaba a varias manzanas de distancia en dirección al oeste. Al alejarse del colegio, Nicholas fingió que daba un traspié y se giró para comprobar si el tipo de la gabardina los seguía. Beth llegó a pensar que Nicholas había perdido el equilibrio de

veras.

—Confirmado —dijo Nicholas, después de recuperar su posición erguida.

—¿Nos sigue? —preguntó Beth, con la extraña sensación de ser espiada.

—Sí, viene algunos pasos detrás de nosotros.

—¿Y si no es un policía?

—No empieces otra vez con tus miedos, Beth. Tú misma dijiste que éramos unos testigos protegidos por el FBI.

—Pero no dije que nos vigilarían a cada momento.

—Deberías sentirte más tranquila. Con un policía a nuestro lado, las sombras no se atreverán a hacernos ningún daño.

El tipo de la gabardina se detuvo ante uno de los leones que flanqueaban la escalinata de la biblioteca pública de Nueva York. Nicholas y Beth habían entrado al interior, y el hombre supuso que tendrían que realizar un trabajo escolar, para el que necesitaban consultar algún texto de la biblioteca. No había apreciado nada extraño en la actitud de los dos jóvenes. Sacó un teléfono móvil del bolsillo de su gabardina y marcó un número pulsando una sola tecla. El viento frío que recorría de norte a sur la Quinta Avenida le obligó a subirse las solapas de la gabardina.

—Teniente Taylor, le habla el agente Dan.

—Le escucho, Dan.

—Estoy en la Quinta Avenida. Los chicos han entrado en la biblioteca.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, de momento. Sólo quería preguntarle si debo entrar yo también y observar lo que hacen ahí dentro. No quisiera que volviera a pasar como en Trinity Church.

—Nadie le reprochó que no siguiera al chico hasta el interior del cementerio.

—Pero usted me dijo que observara todo lo que hicieran fuera del colegio y de sus casas.

—Ha hecho lo correcto quedándose fuera, Dan. En la biblioteca no corren ningún peligro, y usted debe evitar a toda costa que puedan identificarlo. Ésa fue la exigencia del fiscal de Menores para autorizar su vigilancia policial. Ellos no deben sentirse protegidos de algún peligro, sólo son unos chicos.

—Entendido, teniente. Aguardaré aquí a que vuelvan a salir.

—Manténgame informada, Dan... Y cuide de esos chicos como si fuesen sus hijos.

—Lo haré, teniente, no se preocupe —dijo el agente del FBI, sin saber que una sombra, tan oscura como las sombras de una noche sin luna, también lo vigilaba a él.

Dentro del monumental edificio neoclásico, Nicholas y Beth observaban cada detalle del amplio hall forrado de mármol blanco. Aunque ambos habían consultado alguna vez los archivos de la biblioteca, jamás habían observado con detenimiento su

sobria decoración, la altura de sus techos o las exposiciones de arte que acogía entre sus muros.

—¿Y si le preguntamos a alguien sobre el monje y su *scriptorium*? —sugirió Beth, temiéndose que su búsqueda resultara infructuosa.

—Muy bien, pregúntale tú al conserje.

—¿Y por qué no lo haces tú?

—La idea ha sido tuya, Beth.

—Por eso mismo deberías ser tú quien hablara con el conserje. Yo ya he hecho bastante con tener la idea. Ahora te toca a ti llevarla a cabo.

—Esta discusión es absurda, Beth. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Si tú no vas, yo tampoco lo haré —dijo Beth, cruzándose de brazos para confirmar su obstinación.

—De acuerdo, iremos juntos.

—Eso está mejor —aceptó Beth.

Regresaron a la entrada y se acercaron al conserje, un hombre de aspecto elegante y rostro amable, que les sonrió al verlos.

—Verá..., no estamos muy seguros de que encontremos aquí lo que buscamos, pero quizá usted pueda ayudarnos... —dijo Nicholas entre titubeos.

—Bueno, veamos de qué se trata —murmuró el conserje, sin ocultar su curiosidad.

—Se trata de un monje —dijo Beth, sin mucho convencimiento.

—¿Un monje? No he visto entrar a ningún monje —dijo el conserje.

—Verá, no se trata de nadie que haya entrado en la biblioteca —explicó Beth.

—Sí, lo que buscamos es a un monje sentado en un *scriptorium* —añadió Nicholas.

—¡Ah, era eso! —exclamó el conserje.

Beth y Nicholas se miraron con sorpresa. No imaginaban que sería tan fácil.

—Sí, sólo es eso —dijo Nicholas, sonriendo.

El conserje pensó preguntarles que para qué buscaban a ese monje, pero la entrada de una mujer que aguardaba hablar con él le hizo desistir de su intención.

—Lo encontraréis en la última planta. Lleva sentado allí toda la vida —dijo.

Nicholas y Beth le dieron las gracias y corrieron hacia la escalera. Al llegar a la última planta miraron a su alrededor, y entre mármoles rojos, murales y maderas talladas, vieron al monje sentado en su *scriptorium*, copiando un manuscrito.



—¡Es cierto, Nicholas, está ahí! ¡El monje está ahí! —exclamó Beth sin disimular su entusiasmo.

—Sí, Beth, un monje medieval en Nueva York. Como decía el enigma: un monje en su scriptorium un manuscrito copia e ilumina...

—Mira esos libros, Nicholas —dijo Beth, señalando el ángulo inferior izquierdo del mural—. Son los viejos y olvidados libros cerrados que al abrirlos cobran vida.



# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

9

Durante la mañana, Walter Stuck asistió al acto de colocación de la primera piedra del Parque Medieval en los extensos terrenos de los que era propietario al norte de Harlem, frente a Inwood Hill Park. Un nutrido grupo de periodistas rodeaba al joven magnate del petróleo, envolviéndolo con sus micrófonos y sus cámaras como si se tratara de una estrella de cine. La Edad Media comenzaría a renacer en la Gran Manzana, insuflando una nueva vida a los monumentos de esa época que ya existían en la ciudad, como la catedral de Saint Patrick en la Quinta Avenida o los Cloisters del cercano Fort Tryon Park.

—Esta primera piedra es el símbolo de un futuro que nos volverá a conducir a un pasado fascinante de la humanidad —dijo Walter Stuck al concluir su breve discurso ante los invitados y las autoridades asistentes al acto.

Horas más tarde, en el salón privado de un lujoso restaurante de Midtown, Walter Stuck compartió un cóctel con la prensa y las personalidades más destacadas de Nueva York. Los invitados conversaban en corros, bebían champán y degustaban sabrosos canapés ante las cámaras móviles de televisión que recorrían la sala con los flashes encendidos, filmando a prestigiosos políticos, artistas, empresarios y banqueros interesados en las posibilidades inversoras y en la rentabilidad del proyecto del Parque Medieval. Muchos de ellos deseaban acercarse al hombre de moda que, en poco tiempo, había conseguido convertirse en un nuevo modelo de caballero, capaz de granjearse su confianza como un líder de admirable locuacidad y gentileza. Posar a su lado ante las cámaras, obtener una fotografía junto a su seductora sonrisa, se había convertido en el objetivo de algunos asistentes, que aguardaban su turno merodeando en torno al millonario Walter Stuck para felicitarlo por la originalidad de su proyecto.

Benson se acercó a su señor, pidió disculpas a los invitados que conversaban con él, y le dijo algo al oído.

—Discúlpenme, tengo que atender a un invitado especial —se excusó Walter Stuck.

Siguió a Benson hasta el otro lado de la sala, donde Wilson Sieguel conversaba con un hombre de unos sesenta años de edad, pelo blanco, ojos muy claros y piel bronceada, que vestía un traje oscuro y una llamativa corbata de colores tropicales.

—¡Ah, Walter, acérquese! Quiero presentarle al señor Stephen Fulton —dijo Wilson Sieguel al verlo aproximarse.

Walter Stuck estrechó la mano de Stephen Fulton, inclinándose con una leve reverencia.

—Me alegro de conocerle, señor Stuck. Nuestro común amigo Wilson me ha

hablado mucho de usted y tenía verdaderos deseos de conocerle.

—Es un placer para mí, señor Fulton —dijo Walter Stuck, sin tener la menor idea de quién era la persona con la que hablaba.

—El señor Fulton es el accionista mayoritario de una prestigiosa cadena de hoteles de lujo en las costas de Florida y de California —le aclaró Wilson Sieguel.

—Excelente negocio —destacó Walter Stuck, observando la tez cobriza y los ojos casi incoloros de su interlocutor.

—Siempre me han interesado los parques temáticos, señor Stuck. Un modo único de realizar las fantasías más insospechadas: mundos fantásticos, viajes en el tiempo, territorios de ensueño, visiones extraordinarias, experiencias vertiginosas... La fantasía alimenta el alma de los seres humanos, sin que importe su edad o su sexo, ¿no cree usted, señor Stuck?

—Desde luego, y ése es el principal propósito del Parque Medieval de Nueva York: crear un espacio en el que vivir una aventura mítica inolvidable.

—Catedrales, castillos, aldeas, bosques, campos de batalla..., me parece una idea fascinante, se lo confieso. Supongo que habrá previsto las necesidades hoteleras de un proyecto con tanto atractivo turístico.

—¿Desea que hablemos de negocios, señor Fulton? —dijo Walter Stuck, antes de dar un trago a su copa de champán.

—¡Oh, no! Sería de mal gusto estropear la magia de este momento con algo tan vulgar como el dinero. Sólo quería saber si su proyecto resultaba atractivo para un empresario hotelero como yo, sin necesidad de entrar en detalles desagradables.

Wilson Sieguel soltó una carcajada.

—No le hagas caso, Walter. Nadie en todo Estados Unidos conoce el sector hotelero como él.

—Pero no era de su apasionante Parque Medieval de lo que deseaba hablarle —matizó Stephen Fulton.

—¿De qué quería hablarme entonces, señor Fulton? —preguntó Walter Stuck con viva curiosidad.

El señor Fulton bajó la voz y achicó su acuosa mirada.

—He oído que es usted un gran maestro del ocultismo.

—Digamos que soy un profesor de historia medieval al que le apasionan los misterios de esa época —matizó Walter Stuck, sin comprender hasta dónde quería llegar su interlocutor.

—¡Vamos, señor Stuck, no es necesario que disimule conmigo!

Walter Stuck miró a Wilson Sieguel con una pregunta dibujada en sus ojos.

—Stephen desea unirse al club —se apresuró a responder el antiguo senador.

—Quiero estar a su lado, Walter. ¿No ha pensado nunca en dedicarse a la política?

—No, no...



—Pues creo que ha llegado el momento de que empiece a pensar en ello.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

10

Sobre la mesa del despacho de la teniente Taylor se extendían distintos planos del Centro de Investigación Neurológica Grosling. Un experto en construcciones del FBI había obtenido esa misma mañana una copia completa del proyecto en el Colegio Oficial de Arquitectos de Nueva York, y durante una hora habían estudiado juntos el lugar del sótano en que podía encontrarse la cripta de los horrores. Si Corina Frediani no estaba equivocada, la entrada al laboratorio secreto de la doctora Hart debía de encontrarse junto a una de las jaulas de los chimpancés del animalario. Los planos les habían servido de gran ayuda, pues en ellos quedaba un espacio vacío en el centro del edificio, que parecía destinado a un aljibe, pero que el experto del FBI consideraba demasiado amplio para albergar agua. El problema estaba en cómo comprobar tales datos en el interior del Centro Grosling, sin levantar las sospechas de nadie. Antes de hablar con sus jefes sobre el asunto, la teniente Taylor quería tener la seguridad de que existía la siniestra fosa y que allí encontrarían los cadáveres de los que Corina Frediani les había hablado. Un error en sus cálculos, y todos los años que había dedicado a investigar crímenes de asesinos en serie se esfumarían en un instante, como la estela de una estrella fugaz en el firmamento. El FBI no le perdonaría un error tan pueril.

En esto pensaba cuando Aldous Fowler golpeó con los nudillos el cristal de la puerta de su despacho.

—¡Adelante, Aldous!

Aldous la saludó y posó su mirada en los planos que cubrían la mesa. Pero antes de que él hablara, la agente especial del FBI tomó la palabra:

—Usted y Corina Frediani tendrán que encontrar la cripta en los sótanos del Centro Grosling.

—¿No hay ningún dato significativo en esos planos?

—Sólo un gran depósito de agua en el centro del edificio, junto al animalario. Nuestro experto considera que es demasiado grande para tratarse de un aljibe, pero no puede asegurar que sea precisamente allí donde está la cripta.

—De acuerdo, veré lo que puedo hacer para descubrir ese cementerio —dijo Aldous, sentándose en una de las butacas situadas ante la mesa.

La teniente Taylor lo observó con detenimiento. Había algo en los ojos del detective Fowler que le intrigaba: un brillo que sólo había apreciado cuando Aldous se encontraba ensimismado por algún motivo que ella no alcanzaba a comprender.

—¿Le ocurre algo, Aldous? Le veo muy pensativo esta mañana.

Aldous Fowler sonrió, no sabía cómo comenzar a explicarle a la teniente Taylor lo que Walter Stuck le había contado la noche anterior.

—Parece que todos se hubieran puesto de acuerdo para hablar al mismo tiempo —empezó.

—¿Todos? ¿Se refiere usted a Corina Frediani y al forense Scrinna?

—Y a Walter Stuck.

—¿Quién es Walter Stuck? —preguntó intrigada la teniente Taylor.

Durante un rato, Aldous le explicó a la teniente Taylor la casual relación de su hermana Pemby con el multimillonario que había comprado el viejo palacio de Richard Grosling, y los detalles que Walter Stuck le había contado sobre la guillotina del museo de cera, la maldición de la mansión y los documentos aparecidos en una hornacina emparedada en los viejos muros del palacio.

—¿Está seguro de que la sociedad secreta a la que pertenecía Richard Grosling es la misma a la que pertenece el asesino de los científicos de Cornell, Aldous?

El detective Fowler no contestó. Abrió una carpeta que llevaba en la mano y le entregó a la teniente Taylor una fotocopia de los documentos que Walter Stuck le había mostrado en su casa la noche anterior.

—Son los títulos del nombramiento de Richard Grosling como gran maestro de la sociedad secreta llamada Kôh.

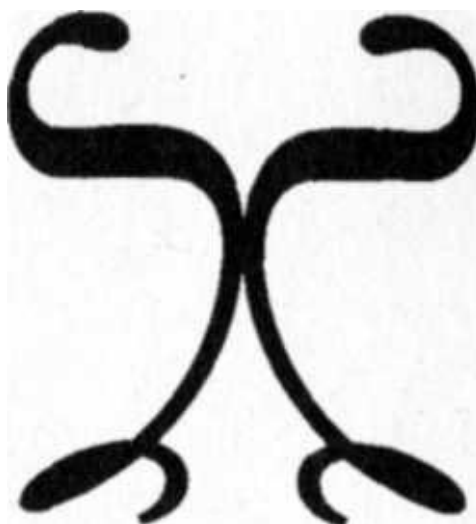
—Entonces estábamos en lo cierto —dijo la teniente Taylor, sin dejar de mirar la palabra estampada con un sello seco en el documento.

—Así es, teniente. Richard Grosling, el padre del fundador del centro Grosling, era el gran maestro de una sociedad secreta que adoraba al diablo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la teniente Taylor, que no había reparado aún en la forma invertida del signo de las serpientes erguidas.

—Será mejor que vea esto —dijo Aldous, entregándole a la teniente Taylor su bloc de notas, con el dibujo de las serpientes erguidas, tal como ellos lo encontraron en la mano izquierda del cadáver de Lars Murliken.

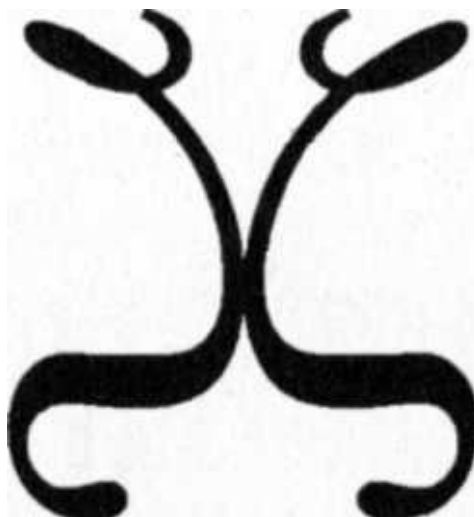
La agente especial del FBI miró el dibujo en la hoja del bloc.



—¡Pero este dibujo ya lo conocíamos! —exclamó desorientada.

—Ahora gire el bloc ciento ochenta grados.

Las manos de la teniente Taylor movieron el dibujo hasta situarlo en sentido completamente inverso, y sus ojos se abrieron de par en par.



—¿Es la cabeza de una cabra? —preguntó descreída.

—Es la cabeza de un macho cabrío; la representación esquematizada de una divinidad adorada en la Edad Media y a la que llamaban Baphomet; una divinidad diabólica a la que rendían culto los miembros de la sociedad secreta Kôl, presidida hace años por Richard Grosling, y de la que ahora debe de ser gran maestro el asesino que buscamos —concluyó Aldous Fowler, dejando caer ante la teniente Taylor la fotocopia con la imagen de Baphomet que Walter Stuck le había facilitado.



—¡Es horrible! Produce espanto mirar a esa bestia a los ojos.

—Esa bestia es la imagen del mismísimo diablo.

—Pero entonces, el signo de las dos serpientes erguidas no tenía el sentido que el profesor Jacob Bloom le había atribuido —dijo la teniente Taylor, intentando aclarar sus propios pensamientos.

—No lo crea, teniente. En mi opinión, no sólo sigue teniendo el mismo significado sino que éste se hace aún más evidente al invertir el signo. Las dos serpientes, la serpiente del fanatismo religioso y la serpiente de la ciencia sin escrúpulos, se unen para dar forma a la imagen del macho cabrío, de la bestia, del verdadero diablo, que desea convertir el mundo en un nuevo infierno.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

10

Camino de sus casas, Nicholas y Beth conversaban sobre el monje que habían encontrado en la biblioteca. El viento había cesado, la niebla era mucho más espesa y la Quinta Avenida se difuminaba hasta desaparecer un par de manzanas más allá. En los escaparates de cristal, las luces estaban encendidas y creaban una atmósfera de grata ensoñación a su alrededor.

—Aún me cuesta creer todo lo que está pasando —dijo Nicholas, como si pensara en voz alta.

—Sí, parece que estuviéramos viviendo un sueño —añadió Beth.

Caminaban pegados el uno al otro para protegerse del frío o para ahuyentar sus propios temores.

—¿Sabes?, muchas veces me pregunto qué sentido tiene todo esto.

—Yo también, Nicholas, pero creo que somos unos privilegiados. Nadie ha tenido la oportunidad de entrar en el juego de los enigmas infinitos para buscar la Esencia del Misterio.

—Pero no acabo de comprender por qué el profesor Kenneth Kogan imaginó ese juego virtual lleno de enigmas. ¿Por qué tenemos que recorrer este camino a través de lugares tan distintos de Manhattan?

—No lo sé, aunque supongo que es una manera de llegar a conocer la leyenda escondida de Nueva York, que una lugares que jamás pensamos que tuviesen entre ellos algo en común —razonó Beth.

—¿Tú crees realmente en esa leyenda?

Ésa era una pregunta que Beth se había hecho a sí misma muchas veces desde que se adentraron en el juego de los enigmas infinitos. Ella no creía en fantasías, pero la leyenda escondida le parecía la historia más hermosa que había oído nunca sobre Nueva York. Beth no podía asegurar que la Esencia del Misterio hubiera llegado realmente a Estados Unidos desde Francia junto a la Estatua de la Libertad; ni que fuera cierto que en la tumba sin nombre de Trinity Church hubiera crecido una flor, o que la espada del caballero fuese tan verdadera como el colosal reino del Empire State, o que el monje sentado en su *scriptorium* de la biblioteca pública de la Quinta Avenida tuviese algo que ver con esa leyenda. Pero de lo que no le cabía duda alguna era de que todo lo que estaba viviendo en el juego virtual de los enigmas infinitos era completamente real.

—Os he estado esperando toda la tarde —dijo Carol Ramsey, cuando Nicholas y Beth se conectaron de nuevo a internet.

—Lo sentimos, Carol, pero teníamos que encontrar al monje en Nueva York —se excusó Beth.

—¿Y lo habéis encontrado? —quiso saber Carol.

—No ha sido difícil. El monje está en la biblioteca pública de la Quinta Avenida.

—Así es. Pero no tenemos mucho tiempo para llegar hasta allí. Los intrusos están cada vez más cerca de nosotros. Si no nos damos prisa, nos alcanzarán.

—Partiremos cuando tú digas, Carol —dijo Nicholas.

Carol les hizo un gesto para que la siguieran. Bajaron en uno de los ascensores del Empire State y salieron a la calle. La Quinta Avenida estaba menos transitada que cuando llegaron. Apenas si circulaban coches virtuales y sólo algunos personajes caminaban por las aceras.

—La biblioteca está a sólo seis manzanas de aquí, podemos llegar andando —dijo Carol, mirando a uno y otro lado de la calle como si temiera un ataque inesperado de las Sombras o de los arqueros.

Al poco de caminar por la acera izquierda hacia el norte, Nicholas se detuvo ante uno de los lujosos escaparates de la Quinta Avenida.

—¡Eh, mirad esto! —exclamó.

Beth se situó a su lado, seguida de Carol.

—¡Son ropas de la Edad Media! —dijo Beth sorprendida.

—Un momento... —soltó Nicholas mirando a Carol—. Tú dijiste que a partir del cuarto enigma haríamos un viaje en el tiempo sin necesidad de abandonar Manhattan, ¿no es cierto?

—Y ya hemos comenzado a hacerlo, NK. El monje de la biblioteca es un monje de la Edad Media.

—Entonces, eso significa que este escaparate no ha sido puesto aquí como un simple elemento decorativo del juego —reflexionó Nicholas.

—¿Adónde quieres ir a parar, NK? —inquirió Beth. —Te lo diré cuando compruebe si la puerta de esta tienda está abierta.

Nicholas desplazó a su personaje virtual hacia un lado y empujó la puerta de cristal del establecimiento.

—¡Lo sabía, lo sabía! Me temo que ha llegado el momento de que cambiemos nuestro atuendo de astronautas aspirantes.

—¿Quieres que nos vistamos como caballeros de la Edad Media? —preguntó Beth, incrédula.

—No es un capricho, BH, es una exigencia del juego, ¿verdad Carol?

Carol asintió con una sonrisa.

—Por un momento temí que os pasaran desapercibidos este escaparate y esta puerta —dijo—. Hubiésemos tenido que volver atrás hasta que resolvierais esta situación.

—¿Lo ves, BH?, yo tenía razón. Es algo común en los videojuegos de misterio. Venid, entremos a ver qué encontramos.

La tienda virtual reproducía el interior de un castillo, en cuyos muros ardían antorchas que iluminaban una colección de maniqués ataviados con distintos vestidos de época. Había caballeros con largos blusones y capas, damas con elegantes tocados y trajes de terciopelo, hábitos de monjes, lujosas ropas de reyes, harapos de ermitaños y vagabundos, y ropajes de magos y alquimistas. Nicholas acercó a su personaje del juego a uno de los maniqués, pulsó las teclas de su joystick y al instante se transformó en un caballero medieval, vestido con un blusón de color crema que tenía bordado un dragón rampante de color burdeos en el pecho. De la espalda le colgaba una capa del mismo color y, en los pies, calzaba unas botas de cuero adornadas con refuerzos de metal dorado. Luego pulsó el icono de las armas de combate y eligió la espada que habían encontrado en la terraza del Empire State.

—¡Yo ya estoy listo para viajar a la Edad Media! —dijo Nicholas, con un rostro tan feliz como el de un actor en su primer papel protagonista.

—No está mal, NK —murmuró Beth, que había elegido para ella un atuendo de caballero con blusón blanco y capa negra, adornada con el emblema de un unicornio.

Pero ambos miraron embelesados a Carol cuando les anunció que debían seguir adelante. Estaba deslumbrante. Su melena rubia recortada en la nuca destellaba junto a su espada con la intensidad del oro más puro. Parecía que Carol hubiera pertenecido siempre a ese mundo, un mundo virtual en el que todo era real y, sin embargo, nada existía.

Cuando volvieron a salir a la calle, se sentían los héroes de una historia nunca contada en Nueva York. Nicholas agitaba al aire su espada, mientras Beth caminaba junto a Carol con la arrogancia de un caballero al entrar en la liza de un afamado torneo. Pero, al poco, la calma que los acompañaba se transformó en la súbita emboscada de unos guerreros vestidos de negro, que salieron a su encuentro desde las escalinatas de la biblioteca.

—Sabía que tendríamos problemas —dijo Nicholas, blandiendo con seguridad su espada.

—¿Qué esperabas, NK? Se trata de un juego, ¿no? —replicó Beth con retintín.

—Lo único que espero es que no nos corten la cabeza.

Y apenas dijo esto, Nicholas, Beth y Carol comenzaron a luchar contra los guerreros negros con toda la fuerza de su alma. Las espadas destellaban sobre ellos y soltaban chispas al chocar. Sin embargo, les bastaba un rápido intercambio de golpes para que los guerreros negros estallaran en una fugaz llamarada de fuego al ser traspasados por las espadas. Pero cuando lograban liquidar a un enemigo, otro salía de la escalinata y ocupaba su lugar, provocando un nuevo enfrentamiento que no daba tregua a los contendientes.

—¡Siguen saliendo como ratas! —gritó Beth, mientras intentaba quitarse de encima a tres guerreros negros que la habían acorralado junto a uno de los leones de



la escalinata.

Nicholas se deshizo de un enemigo con una certera estocada y corrió en ayuda de Beth.

—Ocúpate de tus asuntos, NK... Estos caballeros ya se marchan al infierno —dijo, y realizó una pirueta que al instante convirtió en llamas a sus tres atacantes.

Carol había logrado llegar hasta la puerta de la biblioteca.

—¡Por aquí todo está despejado! —gritó.

Los pasos de Nicholas y Beth sobre las piedras del suelo sonaban acompasados con su agitada respiración.

—¡Espera NK, espera! Creo que he visto otro pedazo de tabla junto al pie de esa columna.

Beth se detuvo ante el pórtico de estilo clásico de la biblioteca. Un nuevo signo se sumaba a los tres que ya habían encontrado. Estaba apoyado sobre la base de una columna, ante la entrada.



—Lo cogeré yo —dijo Nicholas, sin entretenerse.

—¡Vamos, entrad, entrad! —les urgió Carol.

Sin perder tiempo cruzaron el umbral de la biblioteca.

—Es por aquí —dijo Nicholas, corriendo hacia la escalera.

Pero su carrera se vio interrumpida por la aparición de nuevos guerreros negros. Nicholas manejaba su espada con la misma destreza, aunque no conseguía acabar con sus enemigos con la misma facilidad. Fue necesario que empleara todas sus energías y su concentración en el uso de los botones de su joystick, para conseguir acabar con el primero de los guerreros virtuales. Beth y Carol acudieron a su lado, y se ocuparon de luchar contra la horda que les impedía el paso.

—¡Cuidado NK, a tu espalda! —gritó Carol.

Nicholas se volvió con rapidez. Tras él, dos guerreros negros lanzaban las espadas sobre su cabeza. Apenas si tuvo tiempo de esquivar uno de los golpes, cuando sintió que el hombro le ardía como si le hubiesen clavado un agujón envenenado. Y de no

haber sido porque Carol hizo estallar al caballero negro con un veloz ataque de su espada, la vida virtual de Nicholas se habría apagado para siempre.

—¡Estás herido! —dijo Carol, colocando su mano sobre el hombro de Nicholas.

—No es nada, Carol, sólo ha sido un rasguño.

—De acuerdo, sigamos subiendo. Arriba debemos encontrar un botiquín con el que curar esa herida.

El marcador de vida de Nicholas había disminuido considerablemente en su pantalla. No dijo nada para no preocupar a Beth, pero él sabía muy bien lo que eso significaba en los videojuegos. Si no lo reponía pronto a su nivel completo, cualquier nuevo ataque en el que resultara herido podría ser fatal para su permanencia en el juego.

Subieron la escalera hasta la segunda planta y Nicholas vio en un rincón un tarro que podía contener una pócima de vida. Corrió hacia él, pero un nuevo guerrero negro le cortó el paso. Era mucho más grande y fuerte que los otros, y cubría su cabeza con un yelmo, destellante como su espada. Nicholas sabía que se encontraba en inferioridad de condiciones para el combate, pero no estaba dispuesto a retirarse.

—¡Quedaos ahí! —gritó cuando Beth y Carol intentaron ayudarlo.

—No podrás vencerle, NK, estás herido —dijo Carol, adelantándose unos pasos.

—Tengo que intentarlo, Carol.

Beth no se había dado cuenta de la situación de Nicholas hasta que Carol habló de su herida.

—No seas cabezota, NK...

Pero antes de que Beth terminara, Nicholas se había arrojado contra el guerrero negro, lanzando golpes terribles con su espada. El guerrero retrocedió, anulando cada ataque de Nicholas como si no le importara concederle alguna ventaja. Esperó a que Nicholas se agotara, y luego le bastó una sola acometida para que el nivel de vida del joven personaje virtual descendiera a niveles alarmantes.

—¡Te matará, NK! —gritó Beth, dando un salto que hizo detenerse al guerrero negro cuando se disponía a asestar un último golpe mortal sobre la cabeza de Nicholas.

Los envites de Beth eran demoledores. Su espada poseía una fuerza que a duras penas conseguía repeler el temible guerrero negro. Intercambiaron todo tipo de mandobles, acompañados por un sonido de metal forjado: arriba, abajo, a la derecha, a la izquierda... hasta que Beth dio un grito seguido de un giro completo de cintura, y el guerrero negro lanzó un aullido de alimaña herida, que lo hizo arder con la intensidad de un lanzallamas.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

10

En una callejuela del East Side, muy cerca de la calle Bowery, Walter Stuck y Benson entraron en un viejo edificio con aspecto de haber sido abandonado hacía mucho tiempo. La fachada estaba revestida por una capa de graffiti descoloridos y la escalera de incendios, cubierta por una gruesa cáscara de hierro podrido. El portal era como un pequeño basurero en el que se amontonaban latas vacías, botellas rotas, cajas de cartón, bolsas de comida rápida y todo tipo de desechos, junto a una colchoneta mugrienta en la que dormitaba un vagabundo.

El piso de la cuarta planta estaba protegido por una puerta blindada.

—¡Hola, señor Benson! Espero que esa garrapata de ahí abajo no les haya molestado —dijo un joven al abrir la puerta.

Tenía dieciocho años, el pelo largo y gafas de cristales redondos. Una camiseta blanca con la imagen de un pingüino sobre un iceberg le cubría los vaqueros hasta las rodillas. Calzaba unas zapatillas deportivas de color rojo.

—Mi nombre es Dennis Cohen —añadió al ser presentado a Walter Stuck.

El joven invitó a pasar a los recién llegados, sin dejar de hablar.

—Disculpen el aspecto de nuestro edificio, pero en este barrio es más fácil pasar desapercibidos. Nuestros clientes rara vez nos visitan —dijo, mientras avanzaba por un largo pasillo—. Ya sé que ustedes prefieren el refinado ambiente del Distrito Financiero, aunque ya supondrán que allí los precios del alquiler son prohibitivos para nosotros. Además, les aseguro que en esta casa nadie nos molestará... Salvo ese vagabundo, claro, que lleva instalado en nuestro portal un par de meses. Hemos intentado que se marche, pero dice que se siente cómodo en el vecindario. De todas formas, cuando no está borracho nos sirve de recadero; en el fondo es bastante servicial, ¿saben?

Walter Stuck lo siguió por el pasillo en silencio y sin disimular su desagrado. De no haber sido porque Benson le había asegurado que eran los mejores *crackers* de todo Manhattan, hubiese salido huyendo de aquella guarida de piratas informáticos sin ni siquiera decir adiós.

Una docena de ordenadores y pantallas planas se repartían sobre una inmensa mesa cuadrada situada en el centro de lo que, en su tiempo, debió de haber sido un amplio local de oficinas. Cuatro ventanales sin cortinas daban a la calle, y las paredes estaban empapeladas con pósters de olvidadas películas de cine. Ante uno de los ordenadores estaba sentado otro joven de la misma edad, aunque más desaliñado. Se había dejado crecer una barba que apenas si le cubría la mitad del mentón, una coleta de pelo rizado le caía por la nuca, tenía los ojos del color de las ciruelas, y vestía una camiseta negra con una guitarra eléctrica del Hard Rock en la espalda.

—Señor Benson, señor Stuck: les presento a mi amigo Phibes Stallman, creador del famoso troyano «Polipus», entre otros muchos méritos que sería largo citar ahora. Pueden apostar lo que quieran a que no hay sistema en el ciberespacio que se le resista.

Phiber Stallman miró a su amigo Dennis como si le rogara que se tragara la lengua.

—Señor Benson, señor Stuck —repitió estrechándoles la mano—, no crean todo lo que Dennis les diga, es un bocazas.

Dennis sonrió.

—El señor Stuck desea conocer personalmente el resultado de sus avances en el trabajo que les encargué —dijo Benson, sin rodeos.

—Si lo desean pueden comprobarlo ustedes mismos en esta pantalla —dijo Phiber Stallman—. En este momento, los chicos están conectados al juego —añadió.

—Veámoslo, entonces.

Walter Stuck y Benson rodearon la mesa cuadrada y se sentaron a ambos lados del joven. Dennis Cohen se quedó de pie.

La pantalla de los *crackers* era lo suficientemente grande para apreciar todos los detalles de la escena.

—¿Esos son los chicos? —preguntó Walter Stuck, sorprendido por el realismo de la imagen que veía.

—El chico de la derecha es NK, y la chica de la izquierda es BH. La otra, la del pelo dorado, es Carol Ramsey, la creadora del juego.

—¿Realmente es tan joven? —quiso saber Benson, intrigado por la verdadera apariencia de quien había conseguido burlar a sus espías.

—El personaje virtual parece tener la misma edad que el chico y la chica, pero después de oírla hablar, apostaría a que es mayor que ellos. No sé, le calculo unos veintitantos años... , tal vez treinta.

—Has olvidado conectar el audio —dijo su amigo Dennis Cohen.

—Lo siento, lo desconecté para saludarlos cuando ustedes llegaron —aclaró Phiber Stallman.

Pulsó el teclado del ordenador, y en los altavoces comenzó a oírse la voz de Carol Ramsey.

—Será mejor que recojas la pócima de vida cuanto antes.

En la pantalla, el personaje virtual de Nicholas Kilby se acercó al rincón del lobby de la segunda planta, en el que había visto el tarro con la poción. Lo cogió y, a medida que bebía de él, su nivel de vida se iba recuperando.

—De no haber sido por ti, BH, ahora estaría muerto —se oyó decir a Nicholas.

—¿De qué hablan? —preguntó Walter Stuck, mientras se oía la voz de Beth a través de los altavoces, diciendo:

—Tú habrías hecho lo mismo por mí; sabía que con la espada del caballero sería invencible, y no me equivoqué.

Phibes Stallman le explicó a Walter Stuck la etapa del juego virtual en la que los chicos se encontraban, y la lucha que habían mantenido con unos guerreros en la biblioteca pública de Nueva York, sin dejar de observar los movimientos de los personajes en la pantalla. Estaban frente al monje pintado en el mural del vestíbulo de la segunda planta, y Nicholas, Beth y Carol se acercaron a un banco de mármol rojo que había debajo de él. Allí vieron un par de viejos manuscritos, idénticos y cerrados, depositados sobre el banco. Cada uno de los chicos cogió el suyo e intentó abrirlo, pero ninguno de los dos lo consiguió. Pero ambos miraron intrigados la cubierta, en la que el pórtico de una catedral parecía conducir a un cielo repleto de estrellas.

Los ojos de Walter Stuck estaban clavados en la pantalla, mirando cómo los chicos que buscaban la Esencia del Misterio parecían tener una vida verdadera en aquel juego misterioso.

—«Viejos y olvidados libros cerrados, que al abrirlos cobran vida» —dijo Carol, sin responder a la pregunta que Nicholas le había hecho sobre cómo podrían abrir aquel manuscrito. Luego, Carol les habló de la historia de la biblioteca pública de Nueva York y de la leyenda escondida de aquel monje sentado en su *scriptorium*, que copiaba e iluminaba un viejo manuscrito.

—¡*El manuscrito de los prodigios cósmicos!* —exclamó Walter Stuck, sin dar crédito a lo que veía.

—Entonces era cierto que existía —murmuró Benson.

—¡Quiero ese manuscrito, me oís! ¡Y lo quiero antes de que esos chicos puedan conseguir abrirlo! —dijo Walter Stuck en tono amenazante.

Luego, todos escucharon atentos la voz de Carol Ramsey, mientras su hermoso rostro llenaba de luz la pantalla de plasma del ordenador de los *crackers*.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

11

No fue necesario que Corina Frediani llamara al Centro Grosling para decir que ese día no iría al laboratorio. Como becaria, tenía total independencia de horarios y sólo debía someterse a las instrucciones del jefe del departamento de investigación que dirigía su tesis sobre «Las bases biológicas de la creatividad humana». Pero desde la muerte de la doctora Katie Hart, Corina Frediani apenas si había avanzado en sus estudios. La dirección del departamento había sido asumida por un nuevo neurólogo, Thomas Watts, con el que ella aún no se había entrevistado.

Había pasado la mañana sentada en el salón del apartamento de Ann Hardwey, mirando la televisión y ojeando algunas revistas de arte. Estaba aburrída y tenía hambre. Ni siquiera podía salir a la pequeña terraza y asomarse a la calle. El detective Fowler le había dicho que, por su propia seguridad, nadie debía saber que estaba allí. Tampoco sus amigos, a los que no era aconsejable que llamara por teléfono. Y Ann no regresaría hasta la noche.

«¿En qué lío te has metido, Corina?», se preguntaba a sí misma, tumbada en el sofá, con el mando a distancia en una mano y la mirada perdida en las imágenes de un *reality show* televisivo. No estaba arrepentida de lo que había hecho, pero se reprochaba a sí misma no haberse mantenido al margen del asunto del asesinato de la doctora Hart. Si decidió enviar los mensajes anónimos al detective Fowler fue sólo porque pensaba que lo que ella había descubierto en el diario *Los monstruos de la mente* de la prestigiosa neuróloga debía ser investigado por la policía. Tal vez, pensaba, en los experimentos secretos del Centro Grosling estuviera el motivo, no sólo de la muerte de la doctora Hart, sino de la muerte de los demás científicos asesinados, a los que también les habían sustraído el cerebro. Pero Corina Frediani nunca sospechó que tendría que ser protegida por el FBI del asesino. La sola idea de que alguien pudiera intentar matarla por lo que ella sabía, le causaba una inquietante sensación de pánico que ninguna distracción lograba disipar.

Por eso, sintió que el corazón se le paraba de golpe al oír el timbre de la puerta. Sonó con tres pulsaciones breves. Era la clave que había convenido con el detective de homicidios para que pudiese abrir la puerta del apartamento.

—Pensaba que te habías olvidado de mí —dijo aliviada.

Aldous Fowler entró con un par de bolsas de papel en las manos.

—He tenido una mañana algo complicada... ¿Te gusta la carne asada?

—A estas horas me comería hasta un búfalo crudo si me lo ofrecieras. En el frigorífico de este apartamento no hay más que botellas de agua.

—Ann es vegetariana. Espero que con estas provisiones puedas arreglarte durante unos días.

Corina Frediani retiró de la pequeña mesita situada delante del sofá algunas revistas, un vaso de agua y el mando del televisor, mientras Aldous Fowler improvisaba el almuerzo sacando de las bolsas de papel un par de platos de carne precocinada, unos envases con ensaladas, un trozo de queso, pan de molde y cerveza.

—Creo que he olvidado coger algo de fruta —dijo mirando el pequeño buffet de la mesa.

—Con esto será suficiente, es más de lo que yo suelo comer cada día. Además, confío en que esta situación no dure demasiado tiempo, echo de menos mis propias cosas.

—De momento tendrás que seguir aquí hasta que comprobemos la información que nos diste.

Sentados en el sofá, comenzaron a comer con los cubiertos de plástico que Aldous había traído. Corina Frediani abrió una lata de cerveza y bebió un trago.

—Me siento como si estuviera encarcelada.

—Dentro de un rato podrás salir de aquí si lo deseas. Necesitamos que nos ayudes.

Los cinco sentidos de Corina Frediani se pusieron alerta.

—Ya hice lo que podía hacer, y mira cómo estoy... ¿En qué más puedo ayudarte?

—A encontrar la cripta del Centro Grosling.

—Yo sólo sé que puede estar en el sótano, junto al animalario, y que debe de haber una entrada secreta por alguna de las jaulas de los chimpancés. Pero no tengo ni la menor idea de cómo llegar hasta ella.

—De esos detalles me ocuparía yo. Tú sólo tendrías que facilitarme la entrada al Centro Grosling y acompañarme hasta las jaulas.

—¿Estás diciéndome que el FBI no puede entrar en el Centro Grosling?

—No es eso. Claro que podría hacerlo con una orden judicial de registro, pero no queremos llegar a esa situación hasta no estar seguros de que el laboratorio secreto de la doctora Hart existe realmente.

—Ella misma hablaba de esa cripta en su diario. ¿Es que crees que te he mentado?

—Nadie duda de ti, Corina. Sólo queremos evitar que toda nuestra investigación sobre los asesinatos de los científicos se vaya al garete a causa de un error. El diario de la doctora Hart podría ser una ficción, una novela o un guión de cine que ella estuviese escribiendo basándose en unos experimentos imaginarios. No siempre un diario se ajusta a la realidad vivida por quien lo escribe. Si el FBI entrara en el Centro Grosling y en sus sótanos no hubiese nada, el escándalo acabaría con todos nosotros. Como comprenderás, no podemos correr ese riesgo. Lo único que realmente sabemos sobre los experimentos secretos de la doctora Hart es lo que tú nos has contado, pero no hay ninguna evidencia que corrobore tu testimonio. ¿Lo entiendes ahora?

La mente de Corina Frediani intentaba procesar las palabras del detective. Lo que

Aldous Fowler le pedía que hiciera la implicaría aún más en el asunto de esos horribles crímenes, y ella no deseaba complicarse la vida más de lo que ya lo había hecho. Bastantes problemas se había buscado con sus mensajes anónimos para ser ella misma quien condujera al FBI hasta la puerta de la cripta secreta del Centro Grosling. Ella era neuróloga, no policía. Aunque, por otro lado, comprendía todo lo que Aldous Fowler le había explicado. Además, para ella no sería difícil acceder al animalario y a las jaulas de los chimpancés. Lo hacía con frecuencia y a cualquier hora; incluso los conocía lo suficiente para evitar que se alarmaran ante la presencia de un extraño.

—Los chimpancés suelen ser bastante agresivos con las personas que no conocen —dijo al fin.

—¿Significa eso que me ayudarás a entrar en las jaulas?

—Bueno, de algún modo fui yo quien te animó a descubrir esa cripta. No estaría bien que te abandonara cuando más me necesitas.

—Nunca pensé que lo harías.



# LA LEYENDA ESCONDIDA

11

—La biblioteca pública de Nueva York fue creada en el año 1895. Para aportar los terrenos en los que está emplazada, el ayuntamiento de la ciudad exigió que la biblioteca estuviera abierta por las tardes, los sábados y domingos. El palacio de mármol blanco, diseñado por los antiguos alumnos de la Escuela de Bellas Artes de París, John Mervyn Carrère y Thomas Hastings, fue finalmente abierto al público en el año 1911. La gran sala de lectura de la última planta está dividida en dos por una pequeña galería de acceso, y el vestíbulo fue decorado con murales de Edward Laning. La leyenda escondida cuenta que junto a la Estatua de la Libertad no sólo llegó la Esencia del Misterio sino que también llegó a Nueva York un viejo libro de la Edad Media, escrito en un lenguaje desconocido por un joven sabio llamado Grimpow, bajo el título: *El manuscrito de los prodigios cósmicos*. El mural del monje en su *scriptorium* le fue encargado al pintor Edward Laning por un desconocido miembro de la sociedad Ouróboros, con motivo de la donación a la Biblioteca Pública, según la leyenda escondida, en ese manuscrito, cuyo facsímil vosotros poseéis ahora, están las respuestas a grandes misterios del universo que sólo muchos años más tarde llegarían a ser comprendidos por los seres humanos. Una especie de profecía sobre el futuro de la humanidad escrita en la Edad Media, que el paso del tiempo se ha ocupado de confirmar hasta en sus más mínimos detalles.

—Entonces, ¿por qué este manuscrito está cerrado? —preguntó Beth.

—Porque aún no estáis preparados para poder abrirlo y conocer los prodigios cósmicos que en él se explican. Uno de esos prodigios es la «vida», por eso esta palabra, que también era uno de los seudónimos de los nueve estudiantes de Cornell, está en el enunciado del enigma.

—¿Tiene algo que ver la Esencia del Misterio con este manuscrito? —inquirió Nicholas, intentando obtener de Carol alguna pista.

—Hace mucho tiempo que alguien escribió: «Todo forma parte del todo y nada pertenece a la nada».

—No lo entiendo, pero prefiero no romperme otra vez la cabeza.

—Estoy de acuerdo con NK, Carol. Pensábamos que en el juego de los enigmas infinitos tendríamos que resolver problemas matemáticos, o dar respuesta a preguntas de astronomía, de química, de física o de cualquier otra materia científica, pero no que se trataría de encontrar la solución a un acertijo tras otro —se quejó Beth, a pesar de estar encantada con el juego virtual. Le parecía mucho más divertido que un cuestionario de examen.

—Si lo piensas bien, BH, ésa ha sido la experiencia del ser humano a lo largo de la historia: buscar la solución correcta a los infinitos enigmas que la vida en este

planeta le formulaba cada día. Muchos de esos «acertijos», como tú dices, ya tienen respuesta, pero aún quedan otros muchos por desvelar. Además, el profesor Kenneth Kogan ya conocía vuestros méritos como jóvenes sabios, y el juego de los enigmas infinitos le permitiría conocer vuestra capacidad para sobrevivir en él como equipo.

—¿Y cuál es el siguiente enigma del juego? —inquirió Nicholas, malhumorado.

—Contiene la palabra «gótico», y dice así:

De estilo gótico son sus torres, y en el suelo unos signos verás,  
pero no es antigua su historia, ni su arquitectura es veraz.

Nicholas y Beth desplegaron el mapa de la leyenda escondida de Nueva York en las pantallas de sus ordenadores; una vez más, fue Beth quien se adelantó.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

11

De buena gana, Walter Stuck hubiera aplastado con sus propias manos a los chicos vestidos de caballeros medievales que bajaban las imaginarias escaleras de la Biblioteca Pública de Nueva York. Hubiera preferido mil veces tener que enfrentarse a chicos de carne y hueso antes que a los personajes virtuales que se movían frente a él, sin temor a nada ni a nadie. Ni siquiera a las Sombras, los arqueros o los guerreros negros de quienes los crackers le habían hablado. Aunque sabía que sólo se trataba de imágenes irreales producidas por una experta en inteligencia artificial como Carol Ramsey, no le cabía la menor duda de que aquellos chicos estaban cada vez más cerca de la Esencia del Misterio. Hasta habían conseguido encontrar *El manuscrito de los prodigios cósmicos*, de cuya verdadera existencia él mismo había dudado. Era posible que ese viejo libro estuviese guardado en la Biblioteca Pública de Nueva York como un incunable apartado de la vista de todos. Algunas voces autorizadas aseguraban que el manuscrito había desaparecido, y otras que sólo se trataba de una fantasía de trovadores. En la universidad de Oxford había tenido la oportunidad de leer algunos textos que hablaban de esos prodigios cósmicos y del libro que los explicaba. También el lector mental de la doctora Hart había detectado su presencia en los pensamientos de Kenneth Kogan, pero no estaba claro si se trataba de un recuerdo real o de una simple quimera.

—Si quiere ese manuscrito lo tendrá, señor Stuck —dijo Dennis Cohen, que seguía de pie tras él.

—¿Podéis evitar que esos chicos sigan avanzando, mientras tanto? No quisiera que conocieran su contenido antes que yo —preguntó Walter Stuck, en cuya cabeza bullía una nueva estrategia.

—Hasta hace un par de días, los dispositivos de seguridad del programa nos impedían manipular el juego. Sólo podíamos limitarnos a copiar el código de verificación de la contraseña y entrar en el sistema con un programa espía para ver cómo esos chicos se divertían resolviendo enigmas y matando sombras virtuales...

Dennis interrumpió a su compañero Phibes Stallman. Siempre daba demasiados rodeos para explicar algo sencillo.

—Pero ahora tenemos descifrados algunos códigos de protección del software y podemos hacer lo que usted quiera, siempre que esté de acuerdo en pagar su equivalencia en dólares.

—Eso no será ningún problema —matizó Benson.

—¿Qué quieren exactamente que hagamos?

—Averiguar cuál es el final del juego —dijo Walter Stuck.

—Nos pide algo imposible —se apresuró a decir Phibes Stallman.

—Su amigo ha dicho que podían hacer cualquier cosa.

—Ya les advertí de que no debían creer todo lo que Dennis les dijera. He intentado desbloquear completamente el sistema de seguridad, pero la fase final del juego está fuertemente protegida con una complicada red de códigos indescifrables.

—Pero pronto habremos completado la cadena encriptada —dijo Dennis, menos pesimista.

Benson colocó sobre la mesa un maletín repleto de billetes de cien dólares.

—Confiamos en que este anticipo les sirva para completar su trabajo.

—Puede darlo por hecho, señor Benson —dijo Dennis, sin creer en sus palabras.

## LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

12

Para Corina Frediani, volver a salir a la calle fue como recuperar la libertad perdida. Comenzaba a anochecer, y numerosos puntos de luz brillaban en los alrededores del puente de Brooklyn. Corina se había vestido con unos cómodos vaqueros, una blusa de color coral y una cazadora de cuero negro. Calzaba unas cómodas botas con suela de goma, que formaban parte del escaso vestuario que había trasladado hasta la casa de Ann Hardwey.

El coche camuflado del FBI estaba aparcado en la misma manzana, junto a una cafetería con un gran luminoso que parpadeaba sobre la entrada. Aldous activó la apertura a distancia y esperó a que Corina se acomodara en el asiento delantero. Luego entró él y puso el motor en marcha.

—¿Habías sido alguna vez guardaespaldas de alguien, Aldous? —preguntó Corina, sintiendo la seguridad que le proporcionaba ir acompañada por un policía.

—No, cuando me licencié en la academia trabajé durante algún tiempo en el departamento de narcóticos del Bronx, y luego me especialicé en homicidios.

—Debe de ser interesante investigar un crimen.

—Sí, lo es. En la mayoría de los casos no está claro quién ha sido el asesino, y hay que reconstruir lo ocurrido a través de las pruebas.

—Es como montar un puzzle en el que todo debe encajar, ¿no?

—Bueno..., algo parecido. El problema es que no siempre tienes a tu disposición todas las piezas.

—¿Y qué ocurre entonces?

—Que el crimen se queda sin resolver.

—¿Piensas que eso es lo que ocurrirá con los asesinatos de los científicos?

—No, no lo creo. Poco a poco vamos encajando las piezas, aunque todavía nos faltan algunas.

Las luces de los coches formaban largas hileras de colores amarillos y rojos.

—Espero que la cripta de la que hablaba el diario de la doctora Hart sea realmente una de esas piezas.

—Desde luego. Tu testimonio puede sernos de gran ayuda, Corina. Pero aún ignoramos qué podemos encontrar allí. Después de lo ocurrido con la propia doctora Hart, no me sorprendería que hubiesen vaciado la cripta, como hicieron con su cerebro.

—¿Y si yo estoy equivocada?

—Entonces todo habrá sido una falsa alarma. Pero no debes pensar en eso ahora. Si estás o no en lo cierto, es algo que no sabremos hasta que consigamos entrar en esa cripta.

Hubo un instante de silencio, en el que Corina Frediani miró el bullicio de la avenida por la que circulaban. Una vida intensa hervía entre los rascacielos como si el propio Manhattan fuese un organismo multicelular de actividad incesante, que hubiese que observar a través de un microscopio para captar sus infinitos matices.

—¿Y tú, por qué te interesaste por la neurología? —preguntó Aldous para intentar que Corina se tranquilizara.

Era evidente que estaba nerviosa, por más que ella se esforzara en disimularlo. Sabía que entrar en la cripta del Centro Grosling podía ser tan horrible como entrar en una caverna repleta de monstruos: *Los monstruos de la mente*.

—Un día, cuando estudiaba en el instituto, me di cuenta de que el cerebro lo era todo..., que sin él nada existía, ni siquiera yo misma, y decidí averiguar todo cuanto me fuera posible sobre su funcionamiento. Es algo tan prodigioso que no creo que exista nada más fascinante en todo el universo. Gracias a esa masa blanda y grisácea podemos vivir, amar, soñar, reír, pensar, recordar, crear. Aunque la mayoría de la gente nunca piense en ello, todo lo hermoso y fantástico que hay en nosotros se lo debemos al cerebro, por eso me apasiona estudiarlo, saber cómo se guardan los recuerdos en la memoria, cómo surgen los pensamientos o cómo se crea una idea.

—Pero ese mismo cerebro también nos permite matar, odiar, sufrir, llorar, olvidar, destruir. No todo parece tan perfecto en él como tú lo planteas.

—Sabía que dirías eso. Todo el mundo lo dice cuando se habla de este tema. El

lado tenebroso del ser humano, la oscuridad, la maldad, el horror.

—Es innegable que ese lado tenebroso también forma parte de nosotros mismos. Si no fuese así, los policías no seríamos necesarios. Nadie le haría daño a nadie.

—Pero hay una diferencia importante entre el lado genial y el lado perverso de los seres humanos.

—Ah, ¿sí? Eso es nuevo para mí. Creía que era nuestro cerebro el que decidía lo que queremos ser.

—Y lo hace. Nuestra conciencia de nosotros mismos, nuestra alma humana, si lo prefieres, sólo es el resultado de un proceso de interconexión electroquímica producida en distintas zonas de nuestro cerebro. Somos puras neuronas, Aldous. Ellas son realmente quienes gobiernan nuestra mente. Lo que ocurre es que el propio cerebro también está sujeto a determinados condicionamientos biológicos, genéticos, sociales y culturales, que nos convierten en los seres más geniales y creativos de la Tierra y en los más agresivos y perversos que podamos imaginar. Ni siquiera las alimañas son capaces de hacer lo que puede hacer un ser humano con su capacidad de supervivencia más primitiva: la violencia.

—¿Quieres decir que la violencia nos ayuda a sobrevivir?

—No en nuestra civilización actual, claro está, pero sí fue de gran ayuda para perpetuar nuestra especie cuando éramos unos homínidos indefensos ante los depredadores que habitaban el planeta. Desde entonces hemos ido modelando muchos instintos e impulsos salvajes, a la vez que desarrollábamos en nuestro cerebro una gran capacidad creativa que nos ha permitido llegar a ser lo que somos.

—¿Y qué somos, Corina?

—Seres excepcionales, inteligentes, libres.

—¿De veras piensas eso?

—Me sorprende que tú no lo veas así.

—Yo creo que no somos tan distintos de un cromañón.

—El nuestro es un mundo complicado, pero es el mejor que hemos conocido hasta ahora, a pesar de sus muchas carencias.

—Me alegra que seas tan optimista.

—Y yo no consigo comprender tu pesimismo.

—Te lo explicaré cuando entremos en la cripta de la doctora Hart.

Tardaron veinte minutos en llegar desde Brooklyn hasta las proximidades del Centro Grosling, en Hudson River. Aldous activó los intermitentes del coche y se detuvo a un lado de Twelfth Avenue. No quería que el vigilante del control de acceso al Centro Grosling lo identificara como policía. Nadie debía sospechar que él había acompañado a Corina Frediani durante una visita nocturna a los laboratorios.

—¿Sabrás estar tranquila al pasar el control? —preguntó Aldous Fowler mientras se ocultaba en el maletero.

—Cuando estudiaba en la universidad colaboré en una ocasión con un grupo de teatro callejero llamado Fierabrás.

—Esto es distinto, si nos descubren tendré problemas con el departamento de asuntos internos.

—Yo ya tengo problemas y no me quejo. Te volveré a abrir cuando estemos dentro —dijo Corina Frediani, cerrando el maletero con un golpe seco.

Se puso al volante, hizo rugir el motor y enfiló el corto tramo de la Twelfth Avenue que los separaba de su destino. Luego giró a la derecha y se detuvo ante la barrera del puesto de control del Centro Grosling.

—¿Coche nuevo, señorita Corina? —preguntó el vigilante.

—No, me lo ha prestado un amigo. El mío me dejó tirada esta mañana en el Hospital Universitario.

—Pues creo que ha salido usted perdiendo con el cambio.

—Será por poco tiempo —dijo Corina Frediani, mientras la barrera de seguridad se elevaba.

Aceleró y cruzó la zona de aparcamiento. Muchos coches seguían aún allí. Aunque la mayoría del personal de administración y de laboratorio se marchaba a las cinco de la tarde, algunas actividades del centro continuaban hasta bien entrada la noche, sobre todo en los departamentos cuyos programas de investigación exigían un seguimiento continuado.

El animalario estaba situado en uno de los módulos más alejados de la entrada principal del recinto. El coche se detuvo en la zona más cercana al portón por el que accedían los camiones que transportaban las jaulas. Junto a la rampa de los vehículos había una entrada directa del personal de servicio a los distintos módulos del animalario. La puerta estaba cerrada.

Al apagar el motor, el silencio cayó sobre Corina Frediani con la pesadez del plomo. Sin embargo, en su interior seguía oyendo los latidos de su corazón, golpeándole el pecho con un ritmo trepidante. Al menos ya estaban dentro del Centro Grosling, pensó. La etapa más fácil de su impensada aventura policial se había desarrollado sin ninguna incidencia. Sólo tenía que bajar del coche, abrir el maletero y esperar el momento oportuno para que Aldous Fowler saliera de su escondrijo sin ser visto. A esas horas no debía de haber nadie por los alrededores.

Miró a uno y otro lado, penetrando en las penumbras más lejanas con una mirada de lechuza.

—Ya puedes salir —dijo.

El cuerpo del detective Aldous Fowler surgió de la oscuridad del maletero y se introdujo rápidamente en la oscuridad de la rampa del animalario, donde no llegaban las pálidas luces del parking ni las cámaras de vigilancia exterior, que enfocaban directamente al portón.

—Espera ahí hasta que el guarda de noche me abra la puerta.

A escasos metros estaba la entrada del personal de servicio del animalario. Corina llegó hasta la puerta y se situó frente a una cámara de televisión provista de un pequeño interfono. Un flash se activó al instante.

—Guarda de noche, ¿en qué puedo ayudarla?

—Soy la doctora Corina Frediani, necesito revisar el estado de una hembra de chimpancé en el módulo cinco.

—¿Tiene su tarjeta y el código de identificación para acceder a las salas de los primates?

La mano de Corina Frediani acercó una tarjeta electromagnética a la cámara.

—Un momento, por favor, estoy comprobando la autorización...

—De acuerdo —dijo, respirando con lentitud para contener su nerviosismo.

—¿Me dice el número de su expediente de investigación?

—Seis, dos, dos, cinco, ocho.

—¿Objetivo?

—Impulsos creativos en primates.

—¿Necesita que la acompañe el personal veterinario de guardia?

—No, no será necesario, se trata de una revisión de rutina. Terminaré en unos minutos.

—Puede pasar, doctora Frediani. He conectado las luces de reconocimiento. Para salir le bastará con usar su tarjeta.

Con la puerta entreabierta aguardó a que el flash de la cámara se apagara. Aldous Fowler disponía de cinco segundos para entrar, antes de que la luz volviera a activarse si alguien se acercaba a ella.



# LA LEYENDA ESCONDIDA

12

Los personajes virtuales de Nicholas y Beth caminaban por la Quinta Avenida hacia la catedral de Saint Patrick con sus capas movidas por el viento. Una llovizna imperceptible caía sobre sus cabezas. La gente iba de un lado a otro como si huyera de la lluvia. Todo era tan real que hasta los escaparates de las tiendas exhibían sus mercaderías con una pulcritud tentadora.

Beth empuñaba su espada; Carol y Nicholas las llevaban ceñidas al cinto. Mientras hubiese otros personajes virtuales a su alrededor no tenían nada que temer de las Sombras, los arqueros o los guerreros negros. Beth estaba fascinada. Caminar por Manhattan vestida de caballero medieval, aunque fuera en un juego interactivo de internet, hacía que se sintiera inmersa en una aventura en la que el tiempo cobraba una dimensión muy alejada de la realidad que ellos vivían cada día. Tan alejada como podía estar la catedral gótica de Saint Patrick de la Estatua de la Libertad, del cementerio de Trinity Church, del Empire State o de la Biblioteca Pública de Nueva York. Sin embargo, a pesar de la distancia que separaba unos lugares de otros; a pesar de tratarse de lugares alejados en el tiempo de su propia historia, Carol les estaba mostrando a través del juego de los enigmas infinitos que cada uno de esos lugares tenían mucho que ver con los otros; les estaba mostrando que, aunque sus historias fueran distintas, una leyenda escondida los unía a todos a través de un camino invisible que recorría la isla de Manhattan hacia algún lugar desconocido. Beth jamás hubiese imaginado que aquella leyenda les mostraría una ciudad de Nueva York tan desconocida y apasionante. Una ciudad en la que era posible viajar en el tiempo desde la era de los viajes espaciales hasta la remota época de las catedrales medievales. Y la catedral de Saint Patrick, a la que no tardarían en llegar, era una de ellas. Sin duda, la más conocida de toda Nueva York. Una catedral que, como decía el enigma, poseía dos altas torres de estilo gótico, pero cuya historia no era antigua, ni cuya arquitectura medieval era real. Por eso Beth no había tardado en localizarla en el mapa de la leyenda escondida, anticipándose a Nicholas, que también sabía la respuesta.

—¿Por qué la Edad Media es considerada una época tan oscura, Carol? —inquirió Beth, acomodando su paso virtual al de sus amigos.

—A mí me parece una época muy interesante, pero no sabría decir por qué —dijo Nicholas, antes de que Carol respondiera.

—Fue un tiempo oscuro porque el fanatismo y la superstición reinaban en toda Europa. Nadie podía pensar libremente, y quien lo hacía era perseguido como hereje y quemado en una hoguera. El miedo a la Inquisición era mayor que el miedo a la muerte. Además, las guerras, el hambre, el frío, la peste, hacían que la vida en la

Edad Media fuese bastante frágil y triste. Pero ya veo que no habéis prestado mucha atención al manuscrito que habéis encontrado en la biblioteca —dijo Carol.

—No se podía abrir, ¿qué querías que hiciéramos? —se quejó Nicholas.

—Esperaba que vierais lo invisible.

—Lo invisible. ¿Había un nuevo enigma en el manuscrito cerrado? —quiso saber Beth, activando el icono del manuscrito en la pantalla para volver a mirarlo.

—Bueno, la portada del manuscrito sólo parece el pórtico de una catedral con el rosetón y las puertas abiertos —se excusó Nicholas.

—¿Abiertos a qué, NK? —insistió Carol.

—Abiertos al universo. Al menos eso parece.

Beth quiso participar en ese debate.

—Sí, yo también creo que el rosetón y las puertas están abiertos al universo. Pero creo que la catedral debe ser vista desde el interior y no desde el pórtico. Si fuese así, no se podría ver el cielo.

—Muy bien, Beth. Pero aún hay algo más en ese cielo.

—Claro que hay algo más, Carol. Hay estrellas, muchas estrellas —dijo Nicholas, casi de broma.

—Así es, NK. Hay estrellas, estrellas en el cielo de la noche. En el cielo están la oscuridad de la noche y la luz de las estrellas —concluyó Carol.

—La oscuridad y la luz de la Edad Media —repitió Beth en voz alta.

—Ése fue el gran hallazgo de Grimpow cuando tuvo la Esencia del Misterio en sus manos. Y ése fue el manuscrito que escribió después de recorrer el camino invisible. Él sabía que el futuro de los seres humanos estaba en el universo. Por eso están abiertos el rosetón y las puertas de esa catedral.

Y Nicholas cayó en la cuenta de que el cielo del logotipo de la EEJA podía ser un pedazo del mismo cielo que él veía en el manuscrito.

—¿Has dicho el camino invisible? —preguntó Beth, a quien esa reflexión se le había escapado.

—Sí, BH. Todos recorreremos en la vida nuestro propio camino invisible. Grimpow recorrió el suyo hasta que encontró la muerte siendo aún joven, y vosotros, ahora, estáis recorriendo el vuestro. Pero hablaremos de eso en otro momento —dijo Carol, cuando llegaron a las puertas de la catedral de Saint Patrick.

Las dos torres puntiagudas de la catedral se elevaban sobre ellos como misteriosos vestigios de un tiempo olvidado. Carol y Nicholas desenvainaron las espadas. Dentro podían emboscarlos los guerreros negros y no deseaban ser sorprendidos de nuevo. Beth se acercó a la puerta y la abrió con lentitud. El interior estaba iluminado por grandes cirios encendidos. Era un lugar silencioso y acogedor, de grandes columnas, naves altas con vidrieras, capillas laterales y bancos de madera en ambos lados, que dejaban un amplio pasillo central desde la puerta hasta el altar, a

cuyo alrededor colgaban del techo grandes lámparas de luces tenues y doradas.

Nicholas fue el primero en entrar y no tardó en ver los signos en el suelo del pasillo. Estaban muy cerca de la entrada principal.

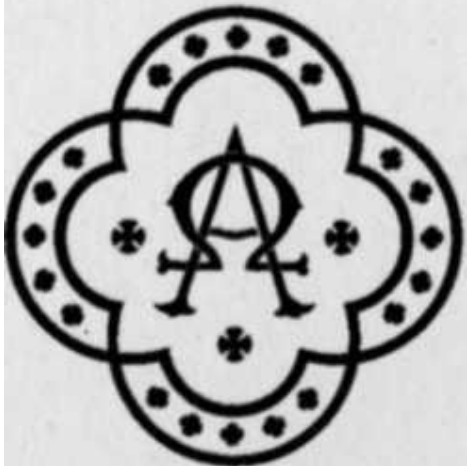
—¡Eh, venid aquí! —gritó cuando se situó ante el primero de ellos, de modo que los demás quedaban en línea a lo largo del pasillo central.

Beth y Carol se acercaron.

—¿No pretenderás que adivinemos el significado de esos signos? —dijo Beth.

—No, no se trata de eso, aunque, según la leyenda escondida, hay un signo, entre los cuatro que veis en el pasillo central, que no formaba parte del suelo original de la catedral de Saint Patrick.

Nicholas y Beth observaron los signos con detenimiento.



En tres de ellos había letras con adornos florales, mientras que en otro sólo había dibujada una vid con un racimo de uvas en el centro. La solución no parecía difícil.

—Yo apostaría a que es el del racimo de uvas —dijo Nicholas.

Beth se sumó a esa opinión.

—Estoy de acuerdo con NK.

—Así es. Ese mosaico sustituyó a otro que fue retirado de la catedral cuando se descubrió su verdadero significado. La catedral fue construida en el siglo XIX por el arzobispo John Hughes, que deseaba elevar en Nueva York una iglesia inspirada en las grandes catedrales góticas de Francia. Por aquel entonces, los terrenos en los que se situó aún estaban despoblados, y quedaban muy alejados del centro urbano en el que desarrollaban su vida los habitantes del viejo Manhattan, de manera que los neoyorquinos pensaron que era una locura del arzobispo Hughes emprender una obra de tal envergadura en un lugar tan desolado. Los historiadores aseguran que tardó treinta años en terminarse, pues su construcción se vio interrumpida durante la guerra de Secesión...

—¿Y qué dice la leyenda escondida? —preguntó con impaciencia Nicholas.

—La leyenda escondida, sin negar esos hechos, asegura que tras la llegada de la Esencia del Misterio y de la Estatua de la Libertad a Nueva York, también llegaron de Europa algunos miembros de una sociedad secreta llamada Kôh, que seguían su rastro para intentar apoderarse de ella.

—¿Kôh? —exclamó Beth, alarmada—. ¿Ésa no es la misma palabra que aparece marcada a fuego en las manos de los cadáveres de los científicos asesinados?

Nicholas intentaba hilar en sus pensamientos el significado de esa palabra y su relación con la leyenda escondida.

—Sí, BH, se trata de la misma palabra. Esa sociedad estaba formada por un grupo de fanáticos religiosos, que aprovecharon la construcción de la catedral de Saint Patrick para crear en ella su sede secreta. Ocultaron al arzobispo sus verdaderas intenciones y aportaron importantes sumas de dólares para financiar parte de la construcción de la catedral. A cambio, exigieron que la palabra «Kôh» se integrara junto a los demás signos con los que se iba a decorar el pasillo de la nave central, alegando que de ese modo se perpetuaría su contribución a la construcción de la catedral. El arzobispo ignoraba entonces que esa palabra llevaba unido un símbolo de dos serpientes, cuyo significado era muy distinto al que pensaba. Mucho tiempo después, cuando el arzobispo Hughes y esos miembros de la sociedad secreta Kôh ya habían fallecido, sus sucesores seguían celebrando algunas reuniones esporádicas en la catedral. Hasta que en el año 1949, uno de los miembros de la sociedad secreta los traicionó y habló con el nuevo obispo. Cuando le contó el verdadero significado de la palabra «Kôh» y de las dos serpientes, el obispo no tardó en expulsar de la catedral a

los seguidores de la sociedad secreta, y ordenó que cambiaran el mosaico con las letras K, Ô, T y el signo de las serpientes por el de la vid y las uvas que ahora habéis visto. Pocos días después, un hombre del que se decía que era el gran maestro de la orden secreta, se suicidó en su mansión de Greenwich Village cortándose la cabeza con una guillotina.

—¡Es horrible! —exclamó Beth horrorizada.

—Bueno, sólo es una leyenda —dijo Nicholas escéptico.

—Pero ¿es que no te das cuenta, NK? ¡Esa misma sociedad secreta es la que busca la Esencia del Misterio y la que ha asesinado a los científicos de Cornell! El FBI debería conocer esta historia.

—¿Y quién puede asegurar que el FBI no lo sabe? —respondió Nicholas con otra pregunta.

—De todos modos, nadie conoce a los miembros actuales de la sociedad secreta, ni dónde tienen su templo para adorar al diablo —dijo Carol.

—¿Cómo que adoran al diablo? Eso no nos lo habías dicho hasta ahora.

—Porque hasta ahora no había llegado el momento de mostraros el símbolo que fue sustituido en esta catedral. Si escribís la palabra «Kôt» en vuestras agendas podréis verlo.

Hicieron lo que Carol les sugirió, y en sus pantallas aparecieron la palabra «Kôt» y el signo de las serpientes tal como estaban en el mosaico retirado de la catedral de Saint Patrick, según la leyenda escondida.



—Si giráis verticalmente la imagen, comprobaréis que el signo de las serpientes se transforma en la cabeza de un macho cabrío, que simboliza al diablo. Por eso fue retirada del suelo de la catedral cuando se dieron cuenta de su verdadero significado.

Beth no estaba cómoda con lo que veía. Realmente le parecía algo diabólico.

—No sé, Carol, todo este asunto es demasiado peligroso. ¿Por qué no le contamos

al FBI la leyenda escondida que lleva a la Esencia del Misterio?

—Hablarles de la leyenda escondida no les ayudaría en nada, BH. Ellos no lo entenderían. Nadie lo entendería. Pensarían que se trata sólo de eso, de una absurda leyenda. La Esencia del Misterio no es nada sin vosotros. Para los demás no dejaría de ser un simple objeto sin ninguna utilidad.

Nicholas se había apartado algunos metros de ellos.

—Aquí hay otra tabla con un nuevo signo —dijo, y su voz resonó en la nave de la catedral.

Beth y Carol interrumpieron su diálogo y se acercaron a Nicholas. La tabla estaba allí, ante sus ojos.



—Es un signo distinto de los otros —dijo Beth.

—Yo lo guardaré.

La tabla se incorporó a la mochila virtual de Nicholas.

—Creo que aquí ya no hacemos nada. ¿Cuál es nuestro próximo enigma, Carol?

—Contiene el seudónimo Piedra y dice así:

Altos son los gigantes de piedra que tras el mítico Atlas se elevan,

Y en su jardines, dos intrépidos jóvenes que vuestra propia imagen reflejan.

—¡El Atlas está ahí enfrente, delante del Rockefeller Center! —exclamó Nicholas.

—Pues allí debemos buscar nuestra propia imagen —dijo Beth.

Pero afuera los aguardaban dos jóvenes que no eran ninguno de ellos.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

12

La noticia de que Aldous Fowler había entrado en el Centro Grosling escondido en el maletero de un coche camuflado del FBI sorprendió a Walter Stuck mientras conversaba con Susan Gallagher y su equipo de colaboradores en los estudios de la NBC. Preparaban la entrevista para el próximo programa en una sala de juntas decorada con grandes fotografías en blanco y negro de la historia de la televisión, cuando sonó su teléfono móvil. Walter Stuck miró la pantalla y vio que se trataba de una llamada de Benson.

—Tendrán que disculparme un minuto —dijo, poniéndose en pie y saliendo al pasillo de los estudios.

Benson parecía muy alterado.

—Me temo que tenemos un grave problema, señor Stuck. Aldous Fowler ha entrado en el Centro Grosling ocultándose en el maletero de un coche del FBI conducido por una mujer joven, una becaria del centro llamada Corina Frediani.

—¿Qué crees que puede estar ocurriendo?

—No lo sé, pero es posible que hayan averiguado algo sobre la cripta de la doctora Hart. Se han dirigido directamente al animalario.

Walter Stuck bajó la voz hasta hacerla casi inaudible.

—Nadie, salvo el director Brannagh, sabe nada sobre ese laboratorio secreto. Aldous Fowler no podría averiguar su existencia a menos que Brannagh se haya ido de la lengua.

—Ya le dije en una ocasión que, después de la muerte de la doctora Hart, Brannagh no era de fiar. Debió usted de acabar con él hace mucho tiempo, señor Stuck.

Por primera vez, Walter Stuck se mostraba realmente preocupado.

—Es posible que estemos yendo demasiado lejos con nuestras conjeturas, Benson. Mientras tanto, asegúrate de que si Aldous Fowler y esa becaria entran en la cripta no vuelvan a salir vivos.

Cuando regresó a la sala de juntas, Walter Stuck estaba pálido y pensativo.

—¿Te ocurre algo, Walter? —le preguntó Susan Gallagher, sentada a su lado.

—No, estoy bien. Es otra vez esa horrible jaqueca.



# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

13

Tras la puerta de entrada del personal de servicio del animalario se abría un corredor que conducía a una sala con varias puertas más, provistas de una cerradura electrónica. Corina Frediani pasó su tarjeta de identificación por la ranura del dispositivo de control de una de las puertas, y se abrió automáticamente.

—Ven, bajaremos al sótano por esta escalera; conduce directamente a la sala de los primates.

—¿A dónde llevan las otras puertas? —quiso saber Aldous Fowler.

—A otras secciones del animalario. La de la derecha conduce a las salas de roedores y animales menores; la de la izquierda, a la de mamíferos mayores: perros, cerdos, corderos, gatos... Los primates tienen una sala propia, mejor acondicionada que las otras.

—¿Un privilegio para la especie más cercana a los humanos? —dijo Aldous.

—Te sorprenderías de lo mucho que se parecen a nosotros. Otra puerta con cerradura electrónica les cerraba el paso al final del sótano.

—Tengo la sensación de estar entrando en una prisión de alta seguridad —dijo Aldous Fowler, para romper el silencio.

—Las barreras de seguridad también son necesarias aquí. Si los monos pudieran se escaparían de sus jaulas a la menor oportunidad que tuviesen. A ellos tampoco les gusta este lugar.

—Puedo imaginármelo.

—Mejor que no lo hagas, no es nada agradable verlos sufrir.

Unas lámparas de luces amortiguadas se extendían por el techo de la sala creando espacios de penumbra cerca de las jaulas para no molestar a los chimpancés. Pero tan pronto Corina Frediani abrió la puerta con su tarjeta, los monos comenzaron a agitarse. Probablemente, pensó Aldous, cada uno de ellos temiera que alguien hubiese entrado para volver a someterlos a un nuevo e incomprensible castigo, perturbando sus horas de sueño.

—Me acercaré yo sola a las jaulas para calmarlos. Luego puedes hacerlo tú —aconsejó Corina Frediani.

Avanzó por el pasillo sintiendo la mirada inquieta de los chimpancés a uno y otro lado de la galería. Sin embargo, para muchos de ellos el olor y la voz tranquilizadora de Corina Frediani no les eran desconocidos. Ella siempre había sido amable con ellos, y sus experimentos eran algo divertido que no les causaba ningún daño.

Las jaulas eran espaciaosas, aunque desprendían un intenso hedor a serrín mezclado con excrementos y desinfectante. Todas estaban protegidas por gruesos barrotes metálicos y disponían de una cerradura electrónica, además de un pestillo de

seguridad manual en la puerta.

Los gruñidos de los chimpancés disminuían a medida que Corina Frediani se acercaba a las jaulas y los calmaba, hablándoles con dulzura en voz baja. Incluso los que ella utilizaba en sus experimentos se aproximaban a los barrotes para que los acariciara, como hacía cuando estudiaba las reacciones de sus neuronas mientras pintaban con distintos colores, tocaban algún instrumento musical de percusión, aprendían a usar una herramienta o escuchaban música clásica. Pero la preferida de Corina era una hembra llamada Canica, con la que estaba experimentando las áreas de su cerebro que se activaban al intentar pronunciar sonidos semejantes a las palabras. Canica era una chimpancé tan cariñosa e inteligente que al ver a Corina Frediani sonrió mostrando su gran dentadura, y alargó su mano para que ella la estrechara del modo que le había enseñado a hacer cuando superaba las pruebas a las que la sometía. Esa reacción de confianza de Canica y las palabras que Corina Frediani le susurraba tranquilizaron al resto de los chimpancés, salvo a un macho llamado Ogro. Sus gruñidos, manotazos, saltos y pataleos aumentaron, como si quisiera expresar de ese modo todo su odio a la humanidad. Ogro había sido bautizado con ese nombre por su ferocidad y su carácter violento e indómito, y estaba sometido desde hacía tiempo a severos tratamientos farmacológicos para comprobar el resultado terapéutico de la medicación. Su jaula era mucho más grande que las otras, no sólo por el enorme tamaño del chimpancé, sino para evitar que las reducidas dimensiones de su espacio vital alteraran aún más su agresividad. Esa jaula siempre había sido especial.

—Si no te callas tendré que suministrarte un calmante —le dijo Corina Frediani, acercándose a los barrotes de la jaula.

La proximidad de la científica avivó aún más la ira del chimpancé, que se aferró a los barrotes dando gritos como si quisiera arrancarlos de su anclaje. Aldous Fowler se alarmó al oír los gruñidos y se acercó a la jaula. Todos los monos volvieron a excitarse al verlo, convirtiendo la sala en una alocada algarabía de aullidos y saltos.

—Tienes que conseguir que se callen, Corina, antes de venga el guarda de noche.

—La cabina del guarda está insonorizada, y a él tampoco le sorprendería este alboroto, está acostumbrado a oírlos gritar día y noche. Pero haré lo que pueda para calmar a éste. Si él se calla, todos lo harán —dijo Corina, acercándose a un pequeño botiquín de urgencias, colgado de la pared del fondo, junto a la jaula de Ogro.

Cogió una pequeña pistola de aire comprimido, la cargó con una ampolla metálica que tenía forma de dardo y regresó a la jaula.

—Esto lo dormiré durante un rato —dijo Corina, apuntando hacia el chimpancé.

El dardo con el tranquilizante se clavó en el muslo de Ogro. Ni siquiera se inmutó al sentir el picotazo de la aguja. Pero al cabo de unos segundos dejó de gritar, sus manos se soltaron de los barrotes, sus ojos se nublaron y se desplomó. Poco a poco,

todos los demás chimpancés dejaron de saltar y gruñir, hasta que la calma volvió a reinar en las jaulas.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —dijo Corina, mientras guardaba la pistola de aire en el botiquín.

—Si tuvieras que elegir, ¿en cuál de estas jaulas esconderías tú una entrada secreta a una cripta? —preguntó Aldous Fowler, en lugar de responder a la pregunta.

Corina Frediani comprendió lo que Aldous Fowler intentaba decirle.

—En la jaula reservada a los chimpancés más agresivos y violentos. Ellos custodiarían la entrada a la cripta mejor que ningún otro guardián —dijo.

—Pues entonces deberías abrir esta reja, antes de que ese mono vuelva a despertarse.

La tarjeta electrónica de Corina pasó limpiamente por la ranura y desbloqueó la puerta.

—Aún no sé por qué estoy haciendo todo esto —dijo al descorrer el pestillo de seguridad manual de la entrada. Ella sabía que si alguien lo deseaba podría comprobar quién había abierto esa jaula, qué día y a qué hora exacta, pues la finalidad de la tarjeta electrónica no era otra que registrar todas las actividades que pudieran realizarse con los animales sometidos a experimentación científica.

—Lo estás haciendo, y eso es lo que importa.

Aldous Fowler entró en la jaula mirando de reojo al chimpancé dormido. Estaba tumbado sobre el costado, y tenía la cabeza ladeada y la lengua fuera. Unos colmillos enormes y amenazadores sobresalían de su boca abierta.

El fondo de la jaula era una pared recubierta por una gran plancha de aluminio para evitar que se oxidara. Aldous Fowler buscó en ella algún saliente que sirviera para abrirla, pero no encontró nada. Era completamente lisa y carecía de cualquier tipo de junta o engranaje.

—Aquí no hay nada que permita abrir esta pared —dijo.

—Es posible que el sistema de apertura de la cripta esté en otro lugar —especuló Corina, que seguía fuera de la jaula, observando la lenta respiración del chimpancé. Aún disponían de algunos minutos, antes de que Ogro se despertara.

Aldous Fowler sacó una pequeña linterna del bolsillo de su cazadora y deslizó su foco por cada rincón de la jaula. Luego se volvió y alzó la mirada al techo. El foco de luz avanzaba con lentitud, barriendo toda la superficie como un faro barre los acantilados de una costa abrupta. Entonces algo llamó su atención por encima de los barrotes. Era como un pequeño agujero situado en la unión del techo y el muro en el que se anclaban los barrotes.

—Necesito que me ayudes a mirar algo ahí arriba —dijo apuntando al agujero con la linterna.

Desde su posición, Corina no sabía de qué le estaba hablando. Entró en la jaula y

miró el redondel luminoso del foco sobre el muro de cemento.

—Déjame la linterna, si me subes podré ver qué hay ahí dentro; no está muy alto.

Las manos de Aldous se entrelazaron formando un estribo. Corina colocó su pie derecho sobre ellas y Aldous la elevó por encima de su cintura.

—Creo que hemos encontrado algo, Aldous. Parece un botón rojo.

—¡Púlsalo, vamos, púlsalo!

Un ruido de rodamiento comenzó a sonar bajo la pared de aluminio de la jaula.

—¡Se está abriendo, Aldous! ¡Yo estaba en lo cierto, estaba en lo cierto! — exclamó Corina.

En cuanto quedó abierta una ranura, Aldous introdujo la linterna por ella y miró al interior. La luz pasó sobre algunos objetos que no podía identificar desde la jaula. Esperó a que el hueco fuera más amplio y entró en la cripta. Corina lo siguió. Dentro todo estaba oscuro. Sólo el pequeño haz de luz de la linterna les permitía ver distintas mesas de cirugía, grandes focos, armarios con instrumental quirúrgico, mesas con material de laboratorio, equipos de anestesia, pequeños armarios con fármacos, perchas con algunos pijamas y batas de médico. Todo parecía estar limpio y cuidado, como si se tratara de un quirófano en uso. Al fondo había una mesa de despacho con una lámpara de cristal verde. Abundantes documentos reposaban sobre ella. Al lado, unos estantes con multitud de libros científicos y médicos forraban la pared. Aldous pasó la luz de la linterna sobre la mesa. Una gruesa carpeta parecía contener un dossier.

—¿Qué puede ser esto?

Corina Frediani la abrió y ojeó su contenido.

—Creo que son informes científicos sobre algunos experimentos de la doctora Hart — aclaró Corina, después de echarles un vistazo.

—Nos llevaremos esa carpeta. Veamos qué más hay por aquí... — dijo Aldous, removiendo el resto de documentos.

—No tenemos más tiempo, Aldous. El chimpancé despertará muy pronto. Sólo le inyecté una dosis de tratamiento inmediato, y su efecto desaparece en poco más de diez minutos.

—Sólo será un momento, quiero tener una idea lo más aproximada posible de este lugar.

Una puerta daba acceso a una especie de gran cámara frigorífica, como las que Aldous había visto en los depósitos de cadáveres de los institutos forenses. Abrió uno de los compartimentos metálicos y volvió a cerrarlo instintivamente, horrorizado por lo que vio. En su interior había un hombre muerto, con el cráneo abierto y vacío.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

13

En el exterior de la catedral virtual de Saint Patrick, dos jóvenes vestidos de caballeros negros les estaban esperando con sus espadas en actitud de combate. Carol fue la primera que los vio al salir, y enseguida supo quiénes eran.

—¡Los intrusos nos han alcanzado! —gritó.

Beth y Nicholas pensaron que Carol bromeaba, pero al oír la voz de uno de ellos, empuñaron sus espadas y se pusieron en guardia.

—Os habríamos alcanzado hace mucho tiempo, si así se nos hubiera ordenado —dijo el que parecía ser más audaz.

—¿Quién os manda venir hasta aquí y qué queréis de nosotros? —preguntó Carol, tomando las riendas del diálogo con los recién llegados. Ella sabía que eran los crackers que habían intentado entrar en el sistema del juego de los enigmas infinitos y, en ese momento, aunque no supiera aún cómo, no dudaba de que esos intrusos lo habían conseguido. Sin embargo, Nicholas y Beth estaban tan desconcertados por aquel encuentro que no sabían qué decir.

—Tú eres Carol Ramsey, ¿no es cierto? Te felicitamos, has hecho un buen trabajo. Casi consigues impedir que pudiéramos seguir vuestro juego, pero como ves sólo era una cuestión de tiempo que burláramos tus dispositivos de seguridad.

—Ahora seremos nosotros los que diremos lo que hay que hacer —dijo el otro—. Será más divertido.

Beth se adelantó unos pasos.

—No sabemos quiénes sois ni qué os proponéis, pero antes de decidir lo que podemos o no podemos hacer en este juego tendréis que quitarnos las espadas, y os aseguro que sabemos pelear —dijo con aire bravucón.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Qué te parece, Phibes? BH se siente muy segura de sí misma con la espada del caballero en sus manos.

—Me parece que tendremos que bajarle esos humos de héroe —dijo Phibes riendo.

—¿Por qué no os marcháis y nos dejáis en paz? —gritó Nicholas, situándose al lado de Beth.

Carol permanecía detrás, como si se hubiese quedado paralizada. Pero ni Nicholas ni Beth se dieron cuenta de ello.

—¡Oh, sí, claro, NK! Os dejaremos en paz tan pronto nos entreguéis lo que deseamos. ¿Verdad, Dennis?

—Sí, nosotros siempre cumplimos nuestra palabra. Dadnos *El manuscrito de los prodigios cósmicos* y os dejaremos que sigáis este estúpido juego.

—Ese libro nos pertenece. Nosotros lo encontramos.

—Te equivocas, BH. Ese manuscrito pertenece a alguien muy poderoso, que desea recuperar lo que vosotros le habéis quitado con vuestros acertijos y adivinanzas.

—¿Y qué ocurrirá si nos negamos a entregárselo? —preguntó Beth, para intentar ganar tiempo.

—Entonces tendremos que acabar con vuestra vida virtual en este juego —dijo Dennis.

—La voz de Carol volvió a oírse.

—No os queda más remedio que enfrentaros a ellos —dijo a su pesar.

—De acuerdo, Carol. Ojalá volvámos a vernos —dijo Nicholas.

—Nos veremos, Carol, no te preocupes por nosotros —añadió Beth, convencida de que vencerían a sus enemigos.

—Acabemos nuestro trabajo, Phibes. Yo me ocuparé de la chica, ella es la que tiene la espada del caballero.

—De acuerdo, Dennis, pero hagámoslo cuanto antes. Me aburren estos juegos infantiles.

Los caballeros negros lanzaron su ataque contra los personajes virtuales de Nicholas y Beth con la furia de unos gladiadores romanos. Sus golpes eran audaces y raudos, sin que Nicholas y Beth pudieran hacer otra cosa que esquivarlos y pararlos. Sus manos se movían sobre el joystick con agilidad, pero aquellos intrusos manejaban sus espadas como verdaderos caballeros medievales. Sin duda conocían muy bien los trucos del juego, y con cada golpe de sus espadas iban arrebatando un poco de vida a los personajes virtuales de Nicholas y Beth. Sobre todo de Nicholas, cuya espada no poseía la fuerza de la espada del caballero con la que luchaba Beth.

—Usa los controles R y L para imprimir más eficacia a tus golpes, NK.

El consejo de Beth le sirvió para evitar que su oponente acabara con él en pocos minutos, pero Nicholas comenzó a sentirse derrotado. La disminución de su nivel de vida era preocupante, y no encontraba el modo de impedir que siguiera descendiendo.

—¡No puedo vencerle, BH, estoy agotado! —gritó Nicholas.

—¡Aguanta, NK! No podemos permitir que se apoderen del manuscrito —dijo Beth, mientras acometía con una rápida secuencia de golpes a su adversario, que terminó acorralándolo ante el pórtico de la catedral.

—Lo siento BH, mi nivel de vida se acaba. Ojalá tú puedas seguir adelante —balbució Nicholas.

Dennis lanzó una carcajada que propagó el eco de la Quinta Avenida.

—Te crees muy valiente, ¿verdad, BH? —dijo, después de eludir un golpe mortal de Beth.

—Lo suficiente para acabar contigo y con tu amigo.

—Esa espada no te servirá frente a nosotros. Nosotros no pertenecemos al juego.

Somos...

Pero algo ocurrió, algo que hizo desaparecer de sus pantallas los cuerpos virtuales de los dos caballeros negros, como si se hubiesen desvanecido en el aire.

Nicholas se derrumbó, agotado, ante la escalinata del pórtico de la catedral.

—¿Qué ha pasado? —dijo.

—No lo sé, NK. Se los ha tragado la tierra.

—Se están burlando de nosotros, BH. Volverán en cualquier momento y acabarán con nuestras vidas. Esta vez estamos perdidos, lo sé.

—No, NK, ya no volverán más —dijo Carol, volviendo a recuperar la voz y el movimiento.

Pero Nicholas no estaba convencido de que Carol estuviese en lo cierto.

—¿Por qué no nos has ayudado, Carol? Dijiste que lo harías cuando fuese necesario —inquirió, incapaz de disimular su enfado. Casi estaba muerto, y se sentía humillado por los crackers que habían entrado en el juego.

—Si no he luchado con mi espada contra ellos ha sido porque no hubiera servido de nada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Beth, después de recuperar el aliento.

—Esos caballeros negros eran invencibles, habrían acabado con todos nosotros sin que yo misma pudiera evitarlo. No sólo habían manipulado el software del juego virtual para entrar en él sino que habían diseñado sus propios personajes sin que tuvieran que temer por su nivel de vida.

—¿Quieres decir que podían luchar mientras lo desearan?

—Los golpes de vuestras espadas no les hacían ningún daño. Tampoco la mía les habría afectado. Por eso tenía que luchar contra ellos con sus propias armas. Mientras vosotros peleabais, yo intentaba reparar los dispositivos de seguridad del sistema antes de que vuestros niveles de vida se agotaran.

—¿Has cambiado los códigos de protección? —preguntó Nicholas más animado.

—Bueno, el sistema dispone de un programa inteligente para la corrección automática de cualquier error o agresión externa, pero era necesario que yo le advirtiera de la entrada de los crackers en el juego.

—¿Y cómo has hecho eso? No te has movido del pórtico —insistió Nicholas.

—Lo siento, NK, hay preguntas que no puedo responderte. No estoy programada para ello.

—Y yo que pensaba que acabaría venciendo a esos intrusos con la espada del caballero de Manhattan —lamentó Beth.

—Pero has luchado como él lo habría hecho, BH —dijo Nicholas.

—Gracias, NK, eres un cielo. Tú también has peleado duro.

—Si estáis listos debemos seguir, aún nos queda un largo camino por recorrer.

—Yo lo estoy —afirmó Beth.

—Entonces crucemos la calle. El monumento del Atlas está al otro lado y, tras él, los altos gigantes de piedra del Rockefeller Center —dijo Nicholas.

Y al cruzar la calle volvieron a vestir sus ropas de astronautas aspirantes de la EEJA, como si regresaran de un largo viaje al pasado y hubiesen transitado por una invisible dimensión que los devolvía de nuevo a su verdadero tiempo.



# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

13

Los estudios de televisión de la NBC se encontraban en una de las torres del Rockefeller Center. Susan Gallagher y Walter Stuck bajaron a la cafetería de la plaza, sin que éste pudiera sospechar que, en ese mismo momento, los jóvenes que buscaban la Esencia del Misterio se encontraban a escasos pasos de él, en la reproducción virtual del Atlas que presidía una de las entradas al gigantesco complejo arquitectónico. Susan Gallagher estaba satisfecha con el resultado de los trabajos preparatorios de su próxima entrevista a Walter, y todo el equipo del programa se había mostrado encantado al conocerle. Aún no sabían que Susan disfrutaba de una apasionada relación amorosa con su invitado, que la hacía sentirse la mujer más afortunada de la Tierra. Sin embargo, Walter Stuck no parecía satisfecho con la reunión. Permanecía ido, inquieto, perdido en una maraña de pensamientos que Susan Gallagher era incapaz de adivinar. Walter acababa de tomar su medicación contra la jaqueca, acompañada de un trozo de pasta y un café con leche pero, aun así, había algo en su intensa mirada que Susan no había percibido hasta entonces: una sombra, un destello de tinieblas que sólo podía ser causado por un profundo sufrimiento.

—Si quieres podemos dejar las entradas de la ópera para otra ocasión —dijo, cogiendo su mano apoyada sobre la mesa de la cafetería.

Walter Stuck estuvo tentado de decir que sí, que otro día asistirían a la ópera para disfrutar de un gran espectáculo musical. A él siempre le había apasionado la ópera, pero ahora tenía cosas más importantes de las que ocuparse y en las que pensar. Sin embargo, no quería defraudar a Susan. Hacía días que le había prometido una noche inolvidable en el Lincoln Center. Además, pensó, Benson ya se estaba ocupando de todo, y si Aldous Fowler desaparecía en las oscuras entrañas de la cripta, él no podría tener mejor coartada que haber pasado toda la noche en la ópera, acompañado de su propia hermana.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

14

La pared de la jaula se cerró, antes de que Aldous Fowler y Corina Frediani pudiesen salir de la cripta. Ninguno de ellos había oído el ruido del rodamiento al activarse de nuevo. Corina estaba aterrada. Tenía la sensación de que había sido sepultada viva.

—¿Qué está pasando, Aldous? ¿Cómo ha podido cerrarse esa pared? —preguntó angustiada.

—Tranquilízate, es muy posible que la puerta dispusiera de un reloj que activara el mecanismo de cierre después de pasado cierto tiempo.

Pero Aldous sabía que algo había ocurrido mientras se encontraban al fondo de aquella sala oscura, algo que ellos no habían podido prever pero que tenía todo el aspecto de haber sido provocado por alguien que no deseaba que los experimentos secretos de la doctora Hart en el Centro Grosling salieran a la luz pública.

—Tengo miedo... ¿cómo saldremos de aquí, dímelo? —inquirió Corina, al borde de un ataque de pánico.

Aldous Fowler sacó su teléfono móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros, pero no tenía cobertura.

—La pantalla del móvil te servirá de linterna, intenta encontrar por ahí un punto de cobertura mientras yo busco otro interruptor que abra esa puerta. Tal vez no esté muy lejos de aquí —dijo, deslizando el foco de luz de su linterna alrededor del muro.

—No puedo moverme, Aldous, estoy muy asustada...

—Yo también tengo miedo. Siempre me ha dado miedo la oscuridad, por eso quiero salir de este agujero antes de que la luz de mi linterna se apague. Así que será mejor que hagas lo que te digo, el teléfono será nuestra única oportunidad de salir de aquí si no encuentro ese maldito interruptor.

Corina se movió en la oscuridad de la cripta mirando las señales del teléfono sin alejarse demasiado de Aldous. En ningún punto había conexión con el servidor de ese móvil ni del suyo. Entonces percibió una leve brisa que parecía provenir de alguna parte.

—¿Has notado esa corriente de aire, Aldous?

Aldous giró la linterna y le iluminó la cara. Luego bajó el foco de luz para no deslumbrarla.

—Sí, he sentido como si se moviera el aire alrededor de mi cara —respondió esperanzado. Era posible que hubiese otra salida de la cripta que ellos desconocían.

Se acercó a Corina y movió la linterna por el techo. Pronto la corriente de aire se hizo mucho más intensa, y hasta ellos llegó el rumor lejano de un motor en funcionamiento.

—Son los conductos de ventilación —dijo, dejando iluminada una de las rejillas que salían del techo.

Un mal presentimiento cruzó por la mente de Corina. Avanzó unos pasos y se situó debajo de la rejilla de ventilación. Levantó la mano y confirmó sus temores.

—¡Están sacando el aire de la cripta, Aldous!

El detective se colocó bajo otra de las rejillas de ventilación y comprobó lo que Corina le decía. En lugar de expulsar aire, las rejillas lo absorbían, creando a su alrededor una corriente ascendente como un potente aspirador.

—El aire se mueve en sentido contrario al que sería normal para suministrar oxígeno a un recinto herméticamente cerrado como éste. ¡Alguien intenta matarnos por asfixia, Aldous! ¡Muy pronto se creará el vacío y no podremos respirar! ¡Moriremos en esta cripta y nadie nos encontrará jamás! —dijo entre sollozos. Aldous se acercó a ella y la abrazó.

—¡No vamos a morir aquí, ¿me oyes?! Buscaremos una salida mientras nos quede una última bocanada de aire. Así que escúchame bien y haz exactamente lo que yo te diga, ¿de acuerdo?

Corina asintió y, con el corazón aún encogido, se pasó las mangas de su cazadora por los ojos para secarse las lágrimas.

—He pensado que la doctora Hart debía de entrar en la cripta por algún lugar distinto a la pared de la jaula. Por ahí sólo debían de entrar las personas secuestradas con las que experimentaba. Pero ella tenía que hacerlo por otro lado, por otra puerta a la que accediera directamente desde su despacho o cualquier otra parte del centro, al que ella tuviera un acceso privado. Así que buscaremos cualquier cosa que se pueda abrir desde aquí abajo.

—¿Y si no lo conseguimos?

—Entonces te abrazaré, y soñarás eternamente junto a un extraño como yo hasta que alguien nos encuentre. La teniente Taylor sabía que vendríamos aquí —dijo Aldous con humor, provocando una sonrisa en Corina Frediani—. Ahora coge la linterna y repasa toda la zona de la derecha; yo me alumbraré con el móvil y buscaré por la izquierda.

Con su bolso colgado del hombro, Corina Frediani intentaba controlar el temblor de sus manos. A diferencia de la tenue luz del móvil, la pequeña linterna de Aldous le permitía ver por dónde se movía, además de apreciar los detalles de la pared y de los objetos que había frente a ella.

—Intenta mover todo lo que encuentres cerca de la pared —le dijo Aldous desde el otro lado de la cripta.

Pero Corina apenas se sentía con fuerzas para poder mover las piernas. Pasó junto a los estantes del quirófano y removió los instrumentos con desgana. Encontrar allí algún resorte que los devolviera a la vida le parecía una tarea imposible. Junto a uno

de los estantes había una puerta cerrada, la abrió y lanzó el foco de luz hacia el interior. Al principio no consiguió ver nada, como si esa nueva sala estuviese vacía. Pero, de pronto, lanzó un grito desesperado, que hizo que Aldous regresara junto a ella, dando tropiezos con todo lo que encontraba a su paso.

No hizo falta que le preguntara a Corina sobre lo que había ocurrido. Se había quedado paralizada, alumbrando con la luz de la linterna las cuencas vacías de docenas de calaveras amontonadas en un rincón. Aldous la apartó de allí. La imagen era espantosa: los cráneos estaban abiertos como cuencos hechos de hueso, a los que les hubiesen quitado las tapas y las hubiesen apilado junto a ellos. Más allá, clasificados por el tipo de hueso, se acumulaban los restos de los esqueletos. Aldous Fowler calculó que al menos cincuenta personas habían muerto en aquella cripta secreta.

El ruido de unos estantes al caer al suelo volvió a atraer su atención. Corina parecía haber enloquecido. Tiraba todo lo que había a su alrededor: frascos de suero, instrumental quirúrgico, material de laboratorio, medicamentos, libros... Aldous estaba abatido y no la detuvo. Si iban a morir allí mejor que lo hicieran luchando contra el horror, destrozando todo lo que había servido para experimentar con seres humanos. Todo era tan diabólico y macabro que por un momento llegó a pensar que, al abrir aquella cripta, habían abierto las puertas del infierno. Pero, de pronto, un crujido precedió al temblor de una de las estanterías. Aldous la empujó y notó que se movía hacia el interior del muro. Luego, creyó ver una luz encendida en medio de la oscuridad, y se preguntó si acaso se adentraba, sin saberlo, en el largo túnel de la muerte.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

14

El mítico Atlas se encontraba a la entrada del Internacional Building, frente a la catedral de Saint Patrick, como había dicho Nicholas. Era una escultura en bronce de un Titán con las rodillas flexionadas y los brazos extendidos, que soportaba sobre sus musculosas espaldas una esfera amilar decorada con los signos del zodiaco. Tras él, se elevaban los gigantes de piedra del complejo arquitectónico del Rockefeller Center.

—Vayamos a ver los jardines, allí deben de estar los dos jóvenes que reflejan nuestra propia imagen —dijo Beth, después de cruzar la Quinta Avenida.

—Esperad, junto al pedestal del Atlas hay una nueva tablilla —dijo Nicholas. Se acercó, la cogió y la observó con un gesto de indiferencia.



Nicholas no sabía aún lo que los signos inscritos en esas tablillas podían significar, pero eso no era algo que le preocupara. En ese momento, estaba tan intrigado como Beth por saber quiénes podían ser los jóvenes que reflejaban su imagen en los jardines del Rockefeller Center. Beth y él conocían bien el complejo de edificios gigantescos, pues todos los inviernos acudían al Lower Plaza para patinar sobre la pista de hielo en la que se convertía su gran terraza al aire libre, y en la que durante la Navidad se instalaba el abeto iluminado más grande de Nueva York. Sin embargo, no tenían ni la menor idea de a qué jóvenes intrépidos se podía referir el enigma.

—Venid, entremos por aquí —dijo Beth, al llegar a los jardines flanqueados por la Maison de France y el British Empire Building.

Los jardines del Rockefeller Center formaban un largo corredor con plantas de grandes hojas, salpicadas entre cañas de bambú y flores tropicales, que bordeaban una sucesión de estanques y fuentes decorados con las esculturas de unas náyades

montadas a lomos de unos delfines.

—Nunca me había fijado en las esculturas de esos chicos jugando entre las plantas —dijo Nicholas, asomándose a uno de los estanques para comprobar si su imagen se reflejaba en el agua. Pero el movimiento del agua, provocado por la fuente que manaba de la gran boca del pez, sólo le permitió ver una superficie agitada.

—¿Crees que es a estos chicos a los que se refiere el enigma, NK?

—No, no lo creo, en el estanque no se refleja nuestra imagen y esos chicos no se parecen a nosotros en nada. ¿No es cierto, Carol? —preguntó Nicholas.

—Os equivocáis. Las esculturas que veis no son chicos sino náyades, hermosas criaturas de la mitología griega que habitaban en las fuentes, los pozos, los manantiales y los ríos. ¿Cómo es posible que viniendo a patinar al Lower Plaza no sepáis comprender este enigma? —inquirió Carol, sin responder a la pregunta de Nicholas.

—¿Sabes, Carol?, yo creo que es simplemente porque casi nunca vemos bien lo que miramos —reflexionó Beth, contemplando por primera vez los preciosos estanques y jardines del Rockefeller Center.

—Entonces tendréis que aprender a mirar todo lo que os rodea de un modo muy distinto. Sólo así podréis descubrir lo que otros no llegarán a ver jamás —sentenció Carol.

Nicholas se adelantó hasta la entrada del Lower Plaza, y al final de los jardines vio algo en lo que nunca había reparado.

—¡No puedo creerlo! —exclamó entusiasmado.

Beth movió a su personaje virtual en la pantalla hasta que alcanzó a Nicholas. Ante ellos tenían las esculturas de dos jóvenes que eran exactamente iguales a ellos, apoyadas sobre exóticas plantas.

—¿De veras que esos jóvenes somos nosotros, NK? —preguntó Beth, sorprendida al verse immortalizada en una escultura que jamás había visto, a pesar de la frecuencia con que visitaban el Lower Plaza.

Carol permanecía en silencio junto a ellos.

—Me temo que sí. Pero de lo que no estoy seguro es que esas esculturas estén realmente en el Rockefeller Center. Es posible que sólo se trate de un nuevo efecto del juego de los enigmas infinitos.

—Tal vez haya un modo de comprobarlo —dijo Beth.

—¿No estarás pensando en ir allí ahora, BH?

—No, se trata de algo tan sencillo como el buscador de imágenes de Google.

—De acuerdo, salgamos un momento del juego. ¿Te importa esperar aquí mientras tanto, Carol? —preguntó Nicholas al personaje virtual que los acompañaba.

—No, en absoluto. Creo que este enigma es importante para vosotros, y que debéis disipar cualquier duda que tengáis sobre él. Yo esperaré a que regreséis,

inspeccionando los dispositivos de seguridad del sistema. No me gustaría ver de nuevo a esos crackers por aquí.

Nicholas y Beth cerraron los programas del juego en sus ordenadores y activaron la página del buscador Google en internet.

—¿Cómo es posible que seamos nosotros, BH? Si esas esculturas son reales, deben de estar ahí desde muchos años antes de que nosotros mismos hubiésemos nacido —dijo Nicholas, mientras escribía las palabras «Rockefeller Center» en el buscador.

—Eso sería imposible, algo inexplicable. Yo tampoco puedo comprenderlo.

—Ahora sí que nos enfrentamos a un verdadero enigma, BH. Además, yo nunca había visto esas esculturas en el Lower Plaza.

—Ni yo, pero eso no me sorprende tanto, nunca me fijo en esas cosas.

—¿Tienes ya imágenes del Rockefeller Center en tu pantalla?

—Sí, NK. Pero hay más de veinte mil fotos en el buscador.

—Habrá que tener un poco de paciencia.

Comenzaron a pasar páginas en las que aparecían imágenes de la pista de hielo del Lower Plaza, de los altos edificios, vistos desde todas las perspectivas imaginables. Incluso había fotos del Atlas y la fachada de la catedral de Saint Patrick situada frente a él. Pero ni rastro de esas esculturas de los intrépidos jóvenes que reflejaban su propia imagen. Finalmente, entre las páginas ocho y nueve encontraron dos fotografías exactas y reales de las mismas esculturas que ellos acababan de ver en el juego de los enigmas infinitos. Nicholas y Beth se quedaron mudos de asombro.

—¡Somos nosotros, NK! ¡Realmente somos nosotros! —exclamó Beth al fin.

—Estás preciosa, BH.

—Bueno, creo que me falta un poco de ropa.

—Es una obra de arte, no debes darle importancia a eso. ¿Te imaginas, BH, lo que dirían en el instituto si lo supieran?

—Prefiero no imaginármelo. Pero ¿cómo es que nadie nos ha reconocido nunca, NK?

—Carol lo dijo: nadie sabe ver lo que mira.

—Entonces será mejor que sigamos guardando este secreto. No sé lo que pensaría mi madre si me viese en una escultura medio desnuda.

—Posiblemente sólo viera eso, una escultura de una joven preciosa.

—Eres un adulator incorregible, NK. Anda, regresemos al juego, Carol tendrá que contarnos lo que dice la leyenda escondida de Nueva York sobre esos jóvenes, que nuestra propia imagen reflejan.

En pocos segundos estaban de nuevo junto a Carol en el juego virtual, frente a las esculturas de los dos jóvenes del Lower Plaza.

—¿Habéis resuelto vuestras dudas? —preguntó Carol.

—En parte, sí, Carol. Pero ni Nicholas ni yo podemos comprender cómo se hicieron esas esculturas con nuestra imagen, antes incluso de que hubiéramos nacido.

—Tampoco comprendemos qué significado tienen nuestras esculturas, ni por qué fueron colocadas aquí —añadió Nicholas.

—Lo comprenderéis muy pronto, pero antes bajemos a la terraza del Lower Plaza. Hay otra escultura que me gustaría mostraros.

Junto a las esculturas de los dos jóvenes descendían unas escaleras. Bajaron por ellas y se situaron en el centro de la plaza. Arriba, multitud de banderas de todas las naciones ondeaban al viento como si todos los países de la Tierra se hubiesen unido para proteger aquel espacio de cualquier enemigo indeseable. Pero allí no había Sombras, ni arqueros, ni guerreros negros que pudieran atacarles. Sólo una gran escultura tan dorada como el oro más puro parecía flotar sobre la fuente del fondo de la plaza.

—Esta escultura la hemos visto muchas veces. Es Prometeo, un titán de la mitología griega. Todo el mundo en Nueva York lo sabe —dijo Beth.

—Sí, en Nueva York todos conocen el Rockefeller Center, pero nadie sabe por qué está rodeado de tantos símbolos mitológicos. La mayoría de la gente cree que sólo se trata de un gran centro de negocios y de una plaza maravillosa con acogedoras cafeterías. Y si alguien recorre sus edificios verá innumerables y preciosos bajorrelieves y frescos en los vestíbulos, las entradas y las fachadas, pero muy pocos sabrán interpretar su verdadero significado. Sin embargo, aquí están representados los grandes principios que rigen el mundo, desde la alegoría de la sabiduría, en la entrada del General Electric Building, o el triunfo de la raza humana en el vestíbulo interior, hasta esta escultura dorada de Prometeo, esculpida por Paul Manship, que simboliza la entrega del fuego a la humanidad y el comienzo de su capacidad para comprender y dominar la naturaleza. El comienzo de la Esencia del Misterio.

—¿El comienzo de la Esencia del Misterio?

—El descubrimiento del fuego fue el primer gran hallazgo de los seres humanos. Desde ese momento algo cambió en su cerebro, que no ha dejado de evolucionar a lo largo del tiempo. La Esencia del Misterio tiene mucho que ver con eso.

—¿Y nuestras esculturas qué significan, Carol? —preguntó Nicholas.

—Los jóvenes siempre son un símbolo de futuro, de ilusión, de esperanza...

—Pero ¿por qué las esculturas de los jóvenes tienen nuestra misma imagen? Necesitamos saber eso. Yo no podré volver a dormir sin tener antes una respuesta a esa pregunta —dijo Beth algo angustiada.

—Quizá porque vuestra imagen es también la imagen de otros jóvenes en otras épocas. Pero según la leyenda escondida, no fue ése el principal motivo.

—Cuéntanos la leyenda escondida de este lugar, Carol. Apuesto a que es aún más interesante que las otras. Al fin y al cabo, Beth y yo también formamos parte de ella



—dijo Nicholas.

—Según la historia, el Rockefeller Center fue construido por John Davidson Rockefeller Jr. durante la década de los años treinta del siglo pasado, aunque algunos de sus actuales edificios no se concluyeron hasta muchos años más tarde. Además de ser un astuto hombre de negocios, heredero del gran imperio del petróleo fundado por su padre, John Davidson Rockefeller Jr. era una gran amante de las ciencias y las artes, de las que se había convertido en un destacado mecenas en la ciudad de Nueva York desde su juventud. Conocedor de todos los ambientes de influencia social y política, quiso hacer del Rockefeller Center un lugar legendario y moderno, en cuya decoración exterior coexistieran lo práctico y lo mitológico, sin más propósito que el puramente ornamental. La leyenda, sin embargo, sostiene que John Davidson Rockefeller Jr. conoció a algunos científicos de la sociedad Ouróboros, llegando a compartir con ellos algunos de sus conocimientos sobre los misterios del universo. Por ese motivo decidió que su gran proyecto urbanístico se convirtiera en una especie de templo profano, en el que se expresara alegóricamente el esfuerzo del ser humano por alcanzar la sabiduría. Una de esas alegorías estaba representada por la escultura de Prometeo en el Lower Plaza, que tiene en su mano derecha la llama del conocimiento.

—¿Quieres decir la Esencia del Misterio? —preguntó Nicholas para no perderse.

—Sí, NK, la misma Esencia del Misterio que vosotros buscáis ahora. Por eso estabais representados en las esculturas de esos dos jóvenes, antes incluso de que llegarais a nacer. La sociedad Ouróboros sabía que este momento llegaría, y que seríais vosotros quienes en el futuro podríais poseer la Esencia del Misterio.

—Pero ¿cómo pudieron saber lo que ocurriría en el futuro? —preguntó Beth.

—Porque ése es uno de los prodigios de la Esencia del Misterio. Lo entenderás cuando la encontréis.

—¿Y si no lo conseguimos? —quiso saber Nicholas.

—Si no lo conseguís, la leyenda escondida no tendrá ningún sentido.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

14

La voz de la soprano flotaba sobre el grandioso patio dorado del Metropolitan Opera de Nueva York, en el Lincoln Center. Desde un palco lateral, Susan Gallagher escuchaba emocionada el aria de la locura de *Lucia di Lammermoor*. Entre los decorados del gran salón del castillo de Ravenswood, Lucia, desaliñada y enloquecida, mantenía un largo monólogo cantado ante los invitados a la trágica fiesta nupcial, que observaban estupefactos los delirios de amor de la desdichada.

Transportada por la dramática belleza de la escena, Susan Gallagher se sentía como si también ella formara parte de la representación. Su mente podía comprender el sufrimiento de Lucia, su trastornada melancolía, su apasionada locura. Ella misma había enloquecido de amor cuando era estudiante universitaria y, como Lucia, había perdido la razón, había tenido alucinaciones, había llorado y había deseado la muerte más que ninguna otra cosa en el mundo. Pero ahora Susan se sentía dichosa junto a Walter Stuck. Podía sentir el tacto de su mano aferrada a la suya. El drama de Lucia ya no la perturbaba.

Miró a Walter y le vio sonreír. La horrible jaqueca se había esfumado, y su mirada había vuelto a adquirir la calma que a ella tanto le reconfortaba. No sabía que su sonrisa era tan fingida como los desesperados lamentos de la soprano, que ponía fin al aria de la locura de Lucia, mientras abandonaba el escenario con la mirada perdida entre los bastidores del teatro. Minutos antes, Walter Stuck había recibido en su móvil un mensaje de Benson comunicándole que la cripta había vuelto a cerrarse. Ello no podía significar otra cosa que Aldous Fowler y la becaria que le acompañaba habían quedado atrapados en su interior y morirían asfixiados sin remedio. Walter Stuck hubiera preferido evitar ese desagradable incidente, pero no podía permitir que el asunto de los experimentos secretos de la doctora Hart se descubriera. Alguien lo había traicionado, y él creía saber quién de los suyos se estaba yendo de la lengua. Benson y Otto tendrían que cortársela, antes de que fuera demasiado tarde.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

15

El móvil de la teniente Taylor sonó cinco veces, antes de que ella atendiera la llamada. Comprobar que era el detective Fowler la tranquilizó.

—Sí, Aldous, ¿dónde se había metido? He estado llamándole desde hace rato.

—Lo siento, teniente, en la cripta secreta del Centro Grosling no había cobertura.

—¿Ha entrado en la cripta, Aldous? ¿Es cierto eso?

—Tan cierto como las decenas de cráneos vacíos que hemos encontrado en ella. Corina Frediani no se equivocó: la doctora Hart era la asesina en serie más terrible que haya conocido la historia.

—Presiento que un gran terremoto va a sacudir los cimientos de esta ciudad cuando se conozca la noticia. ¿Dónde se encuentra ahora, Aldous?

—Estoy junto a Corina, en el despacho de la doctora Hart.

Alguien ha intentado dejarnos encerrados y sin oxígeno en la cripta. Hemos conseguido salir vivos de allí por pura chiripa.

—¿El Prestidigitador?

—Quién, si no. Los cráneos vacíos que hemos encontrado se parecen mucho a los de los científicos asesinados, una vez abiertos. Tiene usted que conseguir cuanto antes una orden de registro del Centro Grosling...

—Y una orden de detención contra el director Brannagh.

—Eso mismo iba a decirle, teniente. Es muy posible que Brannagh sea el asesino en serie que buscamos. Ahora disponemos de pruebas más que suficientes para acusarle.

—Quédese donde está, Aldous, y use su arma si es necesario. Movilizaré a todos los agentes del FBI disponibles y llegaremos allí en pocos minutos.

El despacho de la doctora Hart era una estancia cuadrada bastante amplia, con baño independiente, mobiliario funcional, multitud de títulos y diplomas colgados de las paredes, ordenador, archivos y un par de butacas en un rincón, situado junto a la estantería abatible por la que se accedía a la escalera de caracol que bajaba hasta la cripta secreta.

Aldous cerró el pestillo de la puerta y desenfundó su arma.

—El FBI estará aquí en unos minutos. Pronto habrá terminado para ti esta pesadilla —dijo.

Corina Frediani levantó la vista del dossier que leía.

—Me alegra haber servido de algo, aunque hubiera preferido haberme equivocado. No puedo dejar de pensar en el sufrimiento de las personas que perdieron la vida a manos de la doctora Hart. He estado echándole una ojeada al dossier mientras hablabas por teléfono y es realmente espantoso.

—Espero que ese dossier nos ayude a aclarar muchas cosas.

—Sí, parece que la doctora Hart y Adam Grosling sabían muy bien lo que hacían.

—¿Has dicho Adam Grosling?

—En la primera página hay un breve párrafo manuscrito y firmado por Adam Grosling.

Aldous se acercó y miró una hoja de papel desvaída. La leyó en silencio, como si leyera el fallo de una sentencia de muerte.

Quizá no haya más límite en la naturaleza humana que aquel que ella misma se impone, para no sucumbir al poderoso y placentero influjo del diablo.

—«El poderoso y placentero influjo del diablo... » —repitió Aldous en voz baja.

—¿Qué crees que quiso decir Adam Grosling con esto? —preguntó Corina.

—Exactamente lo que dice. La sociedad secreta a la que pertenecía Adam Grosling adora al diablo.

—Por eso él y la doctora Hart traspasaron con sus experimentos científicos todos los límites imaginables. Este dossier es un informe extenso sobre todo lo relacionado con sus secretos programas de investigación.

—Pero Adam Grosling era tetrapléjico... , estaba completamente paralizado y vivía al margen del centro y de la ciencia —recordó Aldous Fowler.

—Es posible, aunque por lo que he visto en este dossier su mente seguía siendo tan lúcida como cuando era el científico más admirado de Nueva York. Él era el verdadero director de los experimentos de la doctora Hart.

—¿Y por qué iba a hacerlo? La doctora Hart era una gran científica.

—No lo sabré con detalle hasta conocer por completo el dossier, pero por lo que he podido leer entre líneas creo que ambos intentaban conseguir trasplantar el cerebro de un ser humano vivo, al cuerpo de otro ser humano muerto. Y esa idea debió de partir de Adam Grosling.

La piel de Aldous Fowler se erizó.

—¿Por eso los cráneos de la cripta están abiertos? —preguntó.

Corina Frediani se sentía contenta de seguir siendo útil.

—Sí, creo que de eso no cabe duda, pero de lo que no estoy segura es de que consiguieran culminar sus experimentos. A pesar de su gran desarrollo, la tecnología quirúrgica actual no permite reparar todas las conexiones nerviosas que serían necesarias para ello. He leído mucho sobre ese tema, y nadie hasta hoy ha superado las dificultades que un trasplante cerebral presenta para la neurociencia.

—¿Alguien más lo ha intentado? —preguntó Aldous.

—No con humanos, que se sepa. Pero algunos neurocirujanos estadounidenses como Robert J. White son partidarios de ese tipo de experimentos. El doctor White es un claro defensor del trasplante de cabeza, o de un trasplante integral de cuerpo, como él lo llama, y no oculta los resultados que ha obtenido en su laboratorio. Creo

que fue por los años setenta cuando White trasplantó por primera vez la cabeza de un mamífero al cuerpo de otro. Era un macaco, y cuando pasó el efecto de la anestesia, el animal estaba plenamente consciente, recuperó todas sus funciones nerviosas, tenía apetito, y se movía y gruñía con la misma vitalidad que antes de ser operado. El mono falleció al octavo día. Eso es algo que todo neurólogo conoce, y, probablemente, el doctor White no sea el único apasionado por el tema. Desde entonces hasta hoy han pasado más de treinta y cinco años, así que ya puedes imaginar los avances que un centro de investigación neurológica como éste ha podido desarrollar para conseguir resultados más alentadores.

—¡Pero eso es algo monstruoso!

—Comprendo que para ti todo esto sea difícil de entender. Pensar que alguien pueda seguir viviendo con su cerebro intacto en el cuerpo de una persona muerta no deja de parecer algo monstruoso, por semejante que sea a otros tipos de trasplantes.

Aldous la miró a los ojos.

—¿Puede parecer? ¿Es que tú piensas que no lo es, Corina? ¿Te imaginas a ti misma viviendo en un cuerpo extraño? ¿Qué pensarías al mirar tu cara en el espejo... , o al mirar tu cuerpo y ver a alguien que nada tiene que ver con tu vida, con tu pasado, con tus recuerdos? ¿Podrías soportar eso?

—Que yo tampoco lo acepte no significa que todos los científicos rechacen esa posibilidad. Hay muchos estudios neurológicos que se plantean el trasplante del cerebro como la única alternativa a determinadas enfermedades incurables.

—Supongo que una de ellas es la tetraplejia que padecía Adam Grosling, después de sufrir la caída de su caballo hace más de veinte años.

—¿Por qué crees que él y la doctora Hart realizaban sus experimentos con seres humanos? A Adam Grosling no le servían de nada los avances que pudieran alcanzarse con primates en un laboratorio.

—¿Estás insinuando algo tan absurdo como que Adam Grosling no murió realmente, y que su cerebro puede seguir vivo en un cuerpo que no es el suyo? —preguntó Aldous, intentando confirmar sus propios temores.

—No, pero tampoco me atrevería a negarlo.

Mientras hablaba, Corina Frediani pasaba las páginas del dossier sin detenerse en detalles. Hasta que llegó a una página que llamó su atención.

—Mira esto, Aldous —dijo, cuando oyeron a lo lejos los aullidos desesperados de las sirenas del FBI.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

15

En otras circunstancias, Nicholas Kilby se habría alegrado de que fuera viernes. Era el día de la semana en que, después de clase, su padre iba a recogerlo al instituto y lo llevaba al club de tenis de Randall's Island para jugar el torneo mensual de socios. Si ganaba el partido tendría que jugar el sábado por la mañana, y, si superaba la segunda eliminatoria, lo haría también por la tarde. Las finales se jugaban el domingo, y así cada mes hasta la gran final del club, que se celebraba el fin de semana anterior a la fiesta del Cuatro de Julio. El año anterior, Nicholas había alcanzado los cuartos de final, y su padre tenía puestas todas sus esperanzas en que podría llegar a ser el campeón de la nueva temporada en su categoría. Siempre lo animaba diciéndole que su estilo era tan agresivo como lo fue el de John McEnroe. Pero Nicholas no deseaba jugar al tenis esa tarde. El juego de los enigmas infinitos lo había conducido junto a Beth hasta un impresionante Rockefeller Center virtual, en el que habían encontrado las esculturas de dos intrépidos jóvenes con su misma imagen. Y lo único que deseaba desde entonces era seguir avanzando en el juego hasta descubrir la Esencia del Misterio de la que hablaba la leyenda escondida de Nueva York. Cuanto antes lograran encontrarla, antes podrían volver a la normalidad de sus vidas, tal como eran hasta que recibieron la fórmula en sus correos electrónicos. Era consciente de que el juego virtual de los enigmas infinitos los había atrapado como a unos adictos, y que ni él ni Beth habían cumplido su promesa de no dejar que el juego les dominara. Sin embargo, aquél era un juego muy distinto a todos los que podían existir en internet, se decía a sí mismo para no sentirse culpable. Además, era posible que de ellos dependiera el futuro de la humanidad, como el profesor Kenneth Kogan les había dicho después de que introdujeran la clave «scrabble» en la página de inicio del juego. Pero, sobre todo, el juego de los enigmas infinitos era mucho más que un juego, y aquella aventura virtual se había convertido para Beth y para él en una parte de su propia vida.

Tomó la decisión definitiva al terminar la primera clase de la mañana. Se acercó a la mesa de Beth y le dijo en voz baja:

—¿Puedes salir un momento al pasillo?

Beth lo miró sin comprender qué mosca le había picado esa vez. Se puso en pie y lo siguió hasta el pasillo.

—Esta tarde no iré a jugar al tenis.

—¡Pero vendrá tu padre a buscarte!

—Aun así no pienso ir. Tenemos que aprovechar el fin de semana para avanzar en el juego, ya no debe de quedar mucho para llegar al final.

—El juego de los enigmas es infinito, Nicholas.

—Eso es sólo un modo de llamarlo. Algo me dice que estamos muy cerca de la Esencia del Misterio.

—¿Un sexto sentido?

—Llámalo instinto, si quieres.

—Es curioso...

—¿Qué te parece tan curioso?

—Yo también he tenido esa sensación, como si al acercarnos a la Esencia del Misterio fuese más fácil avanzar en el juego. No sé... , como si estuviera más tranquila.

—Ya hemos resuelto un montón de enigmas y hemos visitado seis lugares de la leyenda escondida de Nueva York, no creo que esto pueda durar mucho más tiempo.

—¿Y qué le dirás a tu padre cuando llegue?

—No sé... , que me he doblado un tobillo al bajar la escalera.

—Si le dices eso te llevará al hospital para que te hagan una radiografía y perderás aún más tiempo.

—Entonces le diré que me ha sentado mal el desayuno y que me duele el estómago.

—Tu padre se conoce esos trucos, no te creerá.

—Gracias por tu ayuda, Beth. Me acabas de fastidiar la tarde.

—No seas tonto, Nicholas. Sólo tienes que perder los primeros juegos del partido, y después fingir que te has fastidiado el codo al forzar un saque. Los tenistas siempre os lesionáis el codo, ¿no es cierto? Así tu padre no sospechará nada y en un par de horas estarás de nuevo en casa, delante del juego de los enigmas infinitos. Yo estaré esperándote.

Pero lo que no le dijo Beth a Nicholas fue que ella también tenía sus propios planes para la primera hora de aquella tarde.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

15

Walter Stuck esperó a que Susan estuviera profundamente dormida, antes de reunirse con Benson en su gabinete. Los hechos ocurridos durante esa noche tenían la suficiente importancia para que se sintiera preocupado y nervioso, aunque se había esforzado por evitar que Susan se diera cuenta de lo que pasaba. Algo había fallado en sus previsiones, algo que ni él ni Benson habían imaginado jamás que pudiese ocurrir. La cripta secreta del Centro de Investigación Neurológica Grosling existía desde hacía más de veinte años y nunca nadie había sabido de ella ni de los avanzados experimentos científicos que en ese laboratorio se realizaban. Sólo el difunto Adam Grosling, la doctora Hart, el director Brannagh, Benson y Otto conocían la existencia de ese laboratorio subterráneo. Ni siquiera él mismo lo había sabido hasta que llegó a Nueva York hacía unos meses, los mismos meses que habían transcurrido desde la muerte de Adam Grosling. Por ello estaba convencido de que el único que podía haber hablado de la cripta secreta a Aldous Fowler era el director Brannagh. Ambos habían conversado con frecuencia en los últimos días, y Brannagh era sin duda el traidor. Benson había vuelto a tener razón... ; o mejor dicho, siempre tenía razón. Y por ello, una vez más, el ritual de la muerte de un perjuró se había cumplido.

—Vivimos un momento delicado, Benson —dijo Walter Stuck, sentado con las piernas sobre la mesa de su gabinete y haciendo malabares entre los dedos con un puro largo y delgado.

Benson estaba sentado frente a él.

—No creo que se trate de algo irremediable. Además, hasta me atrevería a decir que lo ocurrido puede sernos de bastante utilidad. —Explícate, Benson.

—Discúlpeme, señor Stuck. Lo que quiero decir es que si el FBI ha encontrado los cadáveres de los experimentos secretos en la cripta del Centro Grosling, pensarán que la doctora Hart y los demás científicos de Cornell han sido asesinados para vengar los crímenes contra la humanidad que ellos mismos cometieron durante años. Y estoy seguro de que, cuando los estadounidenses sepan qué tipo de investigaciones realizaban en ese laboratorio secreto, muchos ciudadanos de la nación se alegrarán de que alguien haya acabado también con ellos, tomándose la justicia por su mano. Hasta es posible que lo consideren un héroe anónimo, una especie de ángel vengador que ha ejecutado sumariamente sus condenas a muerte por los muchos seres inocentes que perdieron la vida a manos de esos científicos.

Walter Stuck había encendido el puro y lanzaba densas nubes de humo por la boca.

—Visto de ese modo, Benson, estaría claro que los malvados serían los científicos



de Cornell y la doctora Hart, mientras que nosotros seríamos los héroes que hemos vengado la muerte de tantos seres indefensos. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Más o menos. La opinión pública deseará conocer algo más de ese ángel vengador, y su anonimato lo convertirá en un mito sagrado, en un nuevo dios llamado Kôt, venido de un lugar desconocido para salvar a la humanidad. Creo que ha llegado el momento de revelar al mundo el verdadero significado de Kôt.

—Yo me ocuparé de hacerlo, Benson. Y lo haré de tal modo que todos sepan que muy pronto será el diablo el nuevo dios del universo. Pero me preocupa que Aldous Fowler y esa becaria hayan conseguido salir con vida y sigan metiendo sus narices en la cripta del Centro Grosling. Si descubren algo más pueden acabar definitivamente con nuestros planes.

—¿Se refiere al asunto de los trasplantes de cerebros?

—En la cripta había mucha documentación que puede comprometerlos.

—En todo caso, comprometería a la doctora Hart y a los demás científicos muertos, pero nadie podrá relacionar el contenido de esos documentos con usted, señor Stuck. El FBI creerá que el propósito de los experimentos secretos del Centro Grosling era diseñar a un ser humano superior, un suprahumano provisto de un cerebro y una mente prodigiosos. Algo así como un Frankenstein de la modernidad que causaría espanto a los más enfervorecidos partidarios de la ciencia. Usted nos ha librado a todos de ese horror.

Walter Stuck dejó escapar el humo con lentitud.

—Espero que esta vez tampoco te equivoques.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

16

El rostro de la teniente Taylor expresaba una confusa mezcla de satisfacción y pesadumbre. Siempre que se enfrentaba al hallazgo de una nueva prueba que podía conducirla a la detención de un asesino en serie, una extraña metamorfosis interior transformaba su inicial entusiasmo en una sensación de hondo desasosiego, causado por la trágica muerte que habían sufrido sus víctimas. Ese temor, azuzado por el insoportable rugido de las sirenas, había ido aumentando a medida que se acercaba al Centro Grosling. A pesar de su experiencia, era la primera vez en su carrera como agente especial del FBI que iba a entrar en una cripta repleta de cadáveres. Ella había resuelto complicados casos de asesinatos en serie y podía vislumbrar los impulsos psicológicos que transformaban a una persona de apariencia normal en un aterrador psicópata. Pero no alcanzaba a comprender qué espantoso delirio habría envenenado la mente de la doctora Hart para convertirla, durante casi dos décadas, en la más cruel asesina que hubiese conocido la historia de los Estados Unidos de América. La teniente Taylor no creía que pudiese ser por amor a Adam Grosling, como había leído Corina Frediani en su diario. Ella no secuestraría y mataría a personas desconocidas por amor, aunque con ello pudiese salvar la vida de la persona que más amaba. Tenía que haber otro motivo, otra causa más poderosa, capaz de liberar los monstruos que habitaban en las profundas cavernas de su mente, como ella misma había escrito en su diario. Y esos monstruos no podían ser otros que los de su insaciable ambición científica. Además, la doctora Hart no debía de ser la única culpable de esos crímenes. Alguien más tenía que haberla ayudado a buscar a sus víctimas, a elegir las, a secuestrarlas, a trasladarlas a la cripta, a experimentar con ellas... El propio Adam Grosling tenía que haberle prestado su valiosa ayuda, aunque estuviera postrado en una cama. Tal vez él la ayudase en las cuestiones puramente científicas, en la planificación de los experimentos y en la valoración de sus resultados, una vez que ella los llevaba a cabo. Pero su verdadero cómplice debía de ser el director Brannagh, pensaba la teniente Taylor. Él estaba enamorado de ella y habría hecho lo que le pidiera para no defraudarla. También era neurólogo y podía ayudarla en sus experimentos, además de seleccionar a las víctimas que les servirían como conejillos de indias. El trabajo sucio, los secuestros y los traslados de las personas elegidas hasta la cripta lo harían probablemente unos delincuentes a sueldo, bien pagados para que mantuvieran la boca cerrada. Sí, el director Brannagh haría cualquier cosa por Katie Hart. Incluso matar para protegerla, se decía a sí misma la teniente Taylor, mientras ordenaba un torbellino de pensamientos, tan fugaces como las luces de neón de los escaparates que, a su paso, titilaban en las calles. Eso podría explicarlo todo. También la muerte de los científicos de Cornell asesinados. Era posible que Kenneth

Kogan y los otros miembros de la Fundación Universo conocieran los experimentos secretos de la doctora Hart, y que ella, Adam Grosling y el director Brannagh hubiesen decidido liquidarlos. Pero entonces, ¿quién había matado a la doctora Hart y por qué? Y una vez más, la doctora Hart tampoco encajaba en esa sólida teoría. Su muerte era el único eslabón de una larga cadena de preguntas que siempre quedaba sin la respuesta adecuada. Aunque muy pronto, el director Brannagh tendría que responderla.

Un grupo de agentes especiales del FBI, vestidos con uniformes negros, chalecos antibalas, y armados con subametralladoras MAC-11, entró en el Centro Grosling dispuesto a tomarlo por

asalto, a pesar de que en el amplio hall de la planta baja sólo estaban los dos guardias de seguridad que controlaban los distintos accesos al edificio, a través de las cámaras de vigilancia exterior. Al ver entrar a los agentes armados, los dos guardias de seguridad levantaron las manos tras la cabina de control, asustados y pasmados de asombro: no podían comprender lo que ocurría.

—¡Agentes especiales del FBI! —dijo la teniente Taylor, mostrándoles su placa de identificación, en el momento en que Aldous Fowler y Corina Frediani bajaban la escalera del primer piso.

—¡Quédense donde están y no se muevan! —gritó uno de los agentes especiales, apuntándoles con su arma.

La teniente Taylor se volvió para ver qué ocurría al otro lado del hall.

—¡Déjenlos pasar, son de los nuestros! —dijo, sin dejar de mostrar su alegría por ver de nuevo a Aldous Fowler y a Corina Frediani con vida. Luego, dirigiéndose a los guardias de seguridad, preguntó—: ¿Está el director Brannagh en el centro?

—Debe de seguir en su despacho, aún no se ha marchado —respondió uno de los guardias.

—Sigan en su puesto y no hagan nada sin consultármelo antes, ¿de acuerdo? Nadie debe salir del edificio —dijo.

Tras ella estaban Aldous Fowler y Corina Frediani.

—Buen trabajo, Corina. Has sido de gran ayuda para nosotros. Pero ahora será mejor que esperes en mi coche, nos veremos luego.

—Pero...

—No es una sugerencia, Corina, es una orden —dijo con fingida severidad la teniente Taylor, antes de que Corina Frediani pudiese decir algo más.

Llamó a uno de los agentes y le pidió que la acompañara al vehículo de mando. Corina se marchó a regañadientes. Casi había perdido la vida esa noche y la teniente Taylor se limitaba a quitársela de encima con un cumplido, cuando ya no la necesitaba.

—Ha sido duro para ella pasar por esto —dijo Aldous Fowler.

—Lo sé, Aldous, pero ella es neuróloga, no policía. Su labor, de momento, ya ha terminado. No quiero correr más riesgos con ella. Ahora ocupémonos del director Brannagh, luego bajaremos a la cripta.

Cuando llegaron ante la puerta del despacho del director Brannagh comprobaron que estaba cerrada con llave. Dos agentes especiales estaban apostados a ambos lados, con sus armas apuntando hacia la puerta.

—¡Señor Brannagh, soy el detective Fowler! ¿Se encuentra usted ahí? —gritó Aldous, acercándose a la puerta y golpeándola con los nudillos. Pero nadie contestó.

La teniente Taylor desenfundó su revólver e hizo un gesto a los dos agentes para que derribaran la puerta. Los policías se retiraron lo suficiente para que sus piernas pudiesen golpearla, y lanzaron varias patadas a la vez hasta que la puerta cedió, seguida de un estruendo sordo. El director Brannagh estaba sentado ante su mesa, inmóvil, con las cuencas de los ojos vacías, la lengua quemada y las orejas cortadas.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

16

Mientras contemplaba el bullicio de las calles de Manhattan desde la ventana del autobús de línea, Beth sentía que estaba traicionando a sus amigos Nicholas y Carol. Temía que ellos no la perdonasen jamás, pero no tenía otra alternativa. Nicholas era tan terco que se había negado a volver a hablar con el FBI del juego de los enigmas infinitos, y Carol no creía que hablar con la policía pudiese ayudarles a descubrir alguna pista sobre el asesino de los científicos de Cornell. Pero Beth lo había meditado mucho más que ellos, y había llegado a la conclusión de que, al menos ella, no podía seguir ocultando al FBI lo que sabían sobre la leyenda escondida de Nueva York y su evidente relación con todo lo que estaba ocurriendo en la realidad. Los asesinos de los científicos eran miembros de la misma sociedad secreta de la que Carol les había hablado en la catedral de Saint Patrick, y por ello grababan a fuego en las manos de sus víctimas la palabra «Kôt» que ella había visto en el juego virtual, y el mismo signo de las serpientes, que al invertir su posición se transformaba en un signo diabólico. Por eso, al terminar el juego la noche anterior, Beth había buscado en Google algunas noticias relacionadas con los crímenes y había impreso la palabra «Kôt» tal como aparecía en los periódicos.

Luego, ya acostada, podía seguir viendo la palabra Kôt con los ojos cerrados como si la tuviera impresa en su mente. Incluso tuvo un sueño en el que creyó ver que también su mano iba a ser marcada con un hierro candente por unas sombras siniestras. Cuando se despertó dio un grito tan fuerte que su madre corrió hasta su habitación con el temor de que le hubiese ocurrido algo.

Su madre se sentó al borde de la cama, y le acarició el pelo y la cara.

—¿Estás sudando! ¿Tienes fiebre?

—No, mamá, sólo ha sido una pesadilla. Ha sido horrible, pero ya ha pasado.

—Deberías dormir más, Beth. ¿Seguro que te encuentras bien?

Beth sonrió y se arrebujó entre las sábanas.

—Soñaba que unos monstruos iban a devorarme —mintió Beth.

—Llámame si vuelve a aparecer esa pesadilla, ¿de acuerdo?

La madre de Beth la besó en la frente, se levantó de la cama y regresó a su dormitorio dejando la puerta abierta.

La pesadilla no volvió, pero Beth pasó toda la noche despierta, leyendo una y otra vez la palabra «Kôt» escrita en su mente. Hubiese podido pensar en el nuevo enigma que Carol les había planteado después de que les contara la leyenda escondida del Rockefeller Center. El seudónimo que contenía era la palabra «arte», y el enigma decía:

Tesoros y palacios contiene, miserias de hombres y reyes,

infinitos son sus pasillos, y puro arte sus paredes.

Pero ella creía saber ya cuál era el nuevo lugar del mapa de Manhattan al que debían dirigirse. Sin embargo, después de despertar de su pesadilla, estaba convencida de que también la palabra «Kôt» encerraba su propio enigma, y se había obsesionado con la idea de resolverlo. Así fue como se dio cuenta de que Kôt no era realmente lo que parecía, sino que ocultaba un significado muy distinto. Y debía informar al FBI de lo que sabía, antes de que Nicholas y Carol volviesen a convencerla de lo contrario.

Para llegar desde la parada del autobús de línea hasta las oficinas del FBI, Beth tuvo que cruzar algunas avenidas y un par de calles en dirección oeste. De vez en cuando miraba hacia atrás, para ver si la seguía el hombre de la gabardina. No distinguió a nadie con esa prenda de vestir, pero tampoco le sorprendió: hacía una tarde espléndida. En cualquier caso, ella no habría podido identificarlo, se dijo para sí, pues ni siquiera le había visto el rostro.

La agente del FBI que atendía el mostrador de recepción dejó de teclear en el ordenador al ver a Beth acercarse.

—Busco al detective Fowler, sería tan amable de avisarle.

—¿Por quién me has preguntado?

—Por el detective Fowler, Aldous Fowler, de homicidios.

—Aquí no trabaja ningún detective Fowler... ¿Estás segura de que no te has equivocado de sitio?

—Hablé aquí con él y con la teniente Taylor hace unos días.

—¡Ah, sí, la teniente Taylor! Espera un momento, veré si está en su despacho.

Marcó un número en la centralita y esperó a que alguien descolgara. Luego marcó otro y, pronto, contestó una voz masculina.

—...

—Una joven pregunta por el detective Fowler o la teniente Taylor.

—...

—Ajá.

—...

—Sí, comprendo.

—...

—Claro, yo se lo diré.

Colgó el teléfono y miró a la muchacha que aguardaba frente a ella.

—Ninguno de los dos está aquí en este momento. ¿Se trata de algo urgente?

—No, no... , sólo quería hablar con el detective Aldous un momento, pero no es nada importante.

—Si quieres puedo dejarle una nota para cuando él regrese.

—Dígale, por favor, que Beth Hampton ha venido a verle.

—¿Nada más?

—Sí, volveré en otra ocasión.

—Será mejor que llames antes por teléfono y le pidas una cita. Tengo entendido que tanto él como la teniente Taylor andan muy liados y no siempre se encuentran aquí. ¿Quieres que te apunte el teléfono?

—Gracias, pero lo tengo en casa. Ya le llamaré.

La agente hizo una mueca con los labios para expresar que lamentaba no haber podido ayudarla de otro modo, y Beth sintió que se apoderaba de ella una desconocida y profunda sensación de soledad.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

16

—Y ahora que han conseguido salir vivos de la cripta, ¿qué piensa hacer con Aldous Fowler y esa becaria del Centro Grosling? —preguntó Benson.

Walter Stuck se recreó en el aroma del puro que fumaba, sin ninguna prisa por responder a esa cuestión. Probablemente, porque Benson le hablaba de algo que él no había decidido aún cómo resolver. Hubiera preferido que el hermano de Susan y su acompañante, esa tal Corina Frediani, hubiesen muerto asfixiados en la cripta del Centro Grosling, pero ahora que los experimentos secretos de la doctora Hart iban a salir a la luz pública, quizá les fueran más útiles vivos que muertos. La versión que Benson le acababa de ofrecer sobre la conexión entre los asesinatos de los científicos de Cornell y los crímenes cometidos por la ciencia era tan verosímil que él sólo tendría que reforzarla con algunos datos sobre el mito medieval de la piedra filosofal, para que todos pensaran en la legítima venganza de unos seres indefensos, llevada a cabo por un nuevo héroe aún desconocido. El desprestigio de la Fundación Universo se sumaría así a la muerte de todos sus miembros, y el mundo entero les odiaría, mientras recordara los macabros experimentos realizados por ellos en nombre del progreso científico. Él asistiría al espectáculo en primera fila, para escuchar las voces que se alzarían desde todos los rincones de América, pidiendo a gritos la revelación de ese nuevo ángel vengador, que los protegería de la barbarie de la ciencia. Y entonces él, Walter Stuck, se convertiría en el aclamado dios de una nueva era.

—No quiero que Susan sufra si no es necesario —dijo al fin—. Los dejaremos vivir, de momento. Tengo un plan para Aldous Fowler que puede servirnos para alcanzar muy pronto nuestros objetivos.

—¿Puedo conocer los detalles de ese plan, señor Stuck?

—Lo convertiremos en el portavoz de tu engañosa teoría, Benson. Él será quien le explique al mundo lo que el mundo aún no comprende: que la ciencia y sus defensores deben arder, como en la Edad Media, en el infierno.

—¿Y cómo piensa hacerlo? Aldous Fowler es más astuto de lo que pensábamos.

—Proporcionándole los datos que le faltan para completar su investigación de un modo coherente.

—Pero él seguirá buscando al asesino de los científicos de Cornell, a pesar de todo.

—Sí, seguramente lo haga. Pero nunca sabrá que lo tiene a su lado, ni que va a casarse con su propia hermana.



# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

17

Lejos de disminuir, las incógnitas del caso del Prestidigitador aumentaban a medida que pasaba el tiempo. Y si hacía apenas unas horas la teniente Taylor y Aldous Fowler creían que la detención del director Brannagh acabaría por aclarar las dudas que aún les quedaban por resolver, después de haber visto su cadáver y las mutilaciones que había sufrido, llegaron a pensar que el asesino no era otro que el mismo Diablo. Un asesino que iba tejiendo a su alrededor una espesa tela de araña con hilos cada vez más invisibles e impenetrables. Un asesino que dejaba tras de sí un rastro de podredumbre, de crueldad y de muerte, que ningún sabueso podía seguir a pesar de su insoportable pestilencia. Un asesino que seguía embaucándolos con sus insólitos juegos de magia para hacer salir de su chistera lo que se le antojara.

Pero Aldous Fowler no estaba dispuesto a seguir mirando hacia el lado al que el Prestidigitador dirigía sus manos, por sugerentes que fuesen sus movimientos. Por eso pensaba que la muerte del director Brannagh era como el pañuelo velado del mago que quiere ocultar el sutil engaño de sus trucos. Brannagh lo sabía todo, y por esa razón lo habían asesinado. Hasta era posible que hubiese participado de un modo activo en los experimentos secretos de la doctora Hart, y que el asesino temiera que se hubiera ido de la lengua. En la cripta habían encontrado documentos que dejaban bien claro cuál era el objetivo científico de sus investigaciones. La doctora Hart quería conseguir trasplantar el cerebro de un ser humano vivo al cuerpo de un ser humano muerto. Quería darle una nueva vida a Adam Grosling, proporcionarle un cuerpo sano en el que perpetuar su existencia, convirtiéndolo en un ser tan inmortal como los dioses. Por eso todos los cadáveres y esqueletos encontrados en la cripta tenían el cráneo abierto y vacío, y correspondían a varones de entre veinticinco y treinta años, según habían destacado los forenses esa misma noche. Ella sería la primera científica en conseguir vencer a la enfermedad y a la muerte, aunque no pudiera compartir su éxito con nadie más que con sus propios cómplices. Sin embargo, a pesar de sus continuos esfuerzos y de sus experimentos con humanos, la doctora Hart había fracasado. Trasplantar la masa encefálica de un ser vivo a otro y conectar todas las redes nerviosas que parten del cerebro hacia el tronco del receptor era una tarea demasiado compleja y minuciosa para poder realizarla con éxito. Por esa razón, hacía unos años que la doctora Hart había cambiado el objetivo de sus investigaciones. Todo estaba escrito con detalle de manual científico en el dossier que Aldous Fowler y Corina Frediani habían encontrado en la cripta, y que la doctora Hart había denominado «El experimento Jekyll y Hyde».

# LA LEYENDA ESCONDIDA

17

—Nave Interplanetaria BH comunicando con Estación Modular NK —dijo Beth, sentada ante la pantalla del ordenador de su habitación.

La *webcam* encuadró su rostro y al instante apareció en la pantalla del ordenador de Nicholas.

—¡Hola, BH! Estación Modular NK conectado. ¿Dónde te habías metido? Llevo más de una hora intentando comunicarte sin conseguirlo.

Beth pensó en mentirle, decirle que había tenido que acompañar a su madre a cualquier sitio, o que había llevado un rato a su hermana Bo al parque, o que se había torcido un tobillo al entrar en su casa y su madre la había llevado al hospital. Al fin y al cabo, algo así era lo que Nicholas le habría dicho a su padre para no jugar al tenis esa tarde. Una mentira, un engaño, un ardid, una trampa, una traición a alguien que confiaba en él y que creería a pies juntillas lo que le dijera por falso que fuese. Si ella hacía lo mismo ahora no habría ninguna diferencia entre su mentira y la de Nicholas. ¿O tal vez sí? Nicholas era su amigo. Si le mentía, si le traicionaba, todo quedaría reducido a una farsa, a una pantomima que ni siquiera ella llegaría a creer. Podía mentirle a su madre, a los profesores, a los compañeros de clase... Incluso podía mentirle al FBI. Pero si le mentía a su mejor amigo, si lo traicionaba haciéndole creer algo que no era cierto, entonces nada volvería a ser como antes. Sólo le quedaría un gran vacío, una insoportable soledad, como la que había sentido esa tarde.

—Fui a ver al detective Fowler a las oficinas del FBI —dijo sin rodeos.

—¡Qué! —exclamó Nicholas, descreído.

—Lo has oído muy bien, NK.

—Sí, claro que lo he oído, pero no puedo creer que estés hablando en serio.

—Pensaba ocultároslo a Carol y a ti, pero no puedo hacerlo.

—¿Has ido al FBI tú sola?

Beth no contestó. Era una pregunta que no necesitaba ninguna respuesta. Tampoco Nicholas le preguntaba realmente por algo que ya sabía. Sólo era una manera de convencerse a sí mismo de que Beth no bromeaba.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Sabía que ni tú ni Carol queráis que lo hiciera.

—¡Oh, BH, nos has traicionado! Ése era nuestro secreto, sólo nuestro y de Carol. Nadie más debía saber nada sobre el juego ni sobre la Esencia del Misterio. Carol nos lo dijo, nadie nos creería.

—Te olvidas de los *crackers*, NK. Ellos también lo saben, y hasta es posible que lo sepa el asesino de los científicos de Cornell.

No podemos seguir sin hablar con el FBI de lo que está ocurriendo.

—¿Y qué está ocurriendo, BH?

—No te hagas el idiota. Tú lo sabes tan bien como yo, NK. El juego virtual y la realidad tienen mucho en común, se están mezclando, confundiendo como si fueran una misma cosa. La desaparición del profesor Kenneth Kogan, la Fundación Universo, la Misión Ouróboros, la sociedad secreta que asesina a los científicos de Cornell y los marca con la palabra «Kôt» y el símbolo diabólico que retiraron hace años de la catedral de Saint Patrick, la leyenda escondida de Nueva York, la Esencia del Misterio... ¡Todo es real, NK! Hasta Carol es tan real como tú y como yo, a pesar de que en el juego aparezca como un personaje virtual. ¿Es que no te das cuenta?

—De lo único que me doy cuenta es de que estás asustada.

—No, no estoy asustada, y me duele que pienses eso después de todo lo que hemos vivido juntos estos días. Porque lo hemos vivido, NK. No como un juego sino como algo tan real que nos hemos olvidado de todo lo demás.

Nicholas se sentía acorralado por los argumentos de Beth, pero no estaba dispuesto a ceder su posición en esa disputa.

—Pero hablar con el FBI no cambiará las cosas. No hay nada que podamos decirles que ellos no sepan, ya lo hemos hablado antes.

—¿Y qué me dices de la leyenda escondida, de la sociedad secreta medieval que roba los cerebros de los científicos, de la Esencia del Misterio que también busca el asesino? ¿Crees que el FBI sabe algo de todo eso, NK?

—Nosotros tampoco sabemos nada aún. Y la leyenda escondida de Nueva York sólo es eso, una leyenda. En el FBI se reirían de nosotros si les vamos con ese cuento. Nadie creería que lugares tan distintos de Manhattan puedan estar unidos entre sí por la leyenda escondida.

—Precisamente por eso ha estado escondida hasta ahora. Es en este momento cuando la leyenda tiene todo su sentido. El asesino mata a los científicos porque ellos tienen la Esencia del Misterio.

Está aquí, en Nueva York, y nosotros la estamos buscando siguiendo los pasos de la leyenda escondida. ¿No lo ves?

—No, BH, no lo veo. Me parece que lo único que habrás conseguido al hablar con el detective Fowler es que no podamos seguir adelante en el juego. Se lo dirá a nuestros padres y nos prohibirán que volvamos a entrar en internet o a conectar el ordenador. Todo se ha terminado, BH. Tú misma has acabado con el juego de los enigmas infinitos antes de que pudiéramos llegar al final. Olvídate de la Esencia del Misterio y de la Misión Ouróboros. Hemos fallado. Le hemos fallado al profesor Kenneth Kogan, a Carol y a nosotros mismos.

—Eres demasiado trágico, NK. Yo no he dicho que haya hablado con el detective Fowler, sólo dije que fui a verle.

—¿Y no es lo mismo?

—El detective Fowler no estaba en el FBI.

—¿Y por qué no has empezado por ahí? Hemos estado discutiendo por nada.

—Por nada no, NK. Entiendo tus razones, pero tus argumentos no me convencen. Sigo pensando en hablar con él.

—¿Y le contarás todo?

—No, no le hablaré del juego de los enigmas infinitos, si es eso lo que te preocupa. Pero le contaré la leyenda escondida de Nueva York y le diré lo que significa realmente la palabra «Kôt». Eso quizá les sirva de algo.

Nicholas no comprendió qué quería decir Beth exactamente.

—¿La palabra «Kôt»? ¿Qué significa la palabra «Kôt»? Carol no nos dijo que se tratara de otro enigma.

—Pues lo es, BH. La palabra «Kôt», como el signo de las serpientes, esconde otro significado.

—¿Quieres decir que hay que invertir su posición para descubrirlo?

—No, es algo más complicado que eso. Ni yo misma consigo comprender cómo llegué a descubrirlo. Anoche tuve una pesadilla horrible, soñé que alguien intentaba quemar mi mano con un hierro al rojo vivo...

—¿Lo ves? Ya te dije que estabas demasiado obsesionada con los asesinatos de los miembros de la Fundación Universo.

—Es posible, pero cuando desperté no conseguía quedarme dormida. Me levanté de la cama y encendí el ordenador. Busqué en Google noticias sobre los asesinatos de los científicos y encontré una reproducción de la marca que aparecía en sus manos. La imprimí y volví a acostarme. Con los ojos cerrados seguía viendo la palabra «Kôt» una y otra vez, hasta que me di cuenta de que había algo dentro de ella que no era visible, algo que había que conocer para llegar a saber de qué se trataba. Al rato lo vi en mi mente con la misma claridad con que te veo ahora a ti en la pantalla. Fue algo increíble.

—¿Y qué significa la palabra «Kôt»? No tengo ganas de resolver otro acertijo.

—Sólo tienes que mirar más allá de lo que ven tus ojos, NK. Entonces es posible que se haga visible lo invisible. —Cuando hablas de ese modo, te pareces a Carol. —He aprendido mucho de ella.

—Carol nos estará esperando, ¿has adivinado también el lugar al que debemos ir desde el Rockefeller Center?

—Creo que sí, NK.

—«Tesoros y palacios contiene, miserias de hombres y reyes, infinitos son sus pasillos y puro arte sus paredes.» No puede ser otro lugar que el Metropolitan Museum.

—Yo también pensé en él inmediatamente. Además, es el único museo de arte de Nueva York que aparece en el mapa de la leyenda escondida.

—¿De qué crees que se tratará esta vez, BH?

—No lo sé, pero si la leyenda escondida de Nueva York continúa dentro del Metropolitan Museum debe tratarse de algo fascinante. La última vez que fui al museo con mi madre nos pasamos todo el día viendo obras de arte de todos los lugares del mundo.

—Deberíamos volver a entrar en el juego. Ya hemos perdido demasiado tiempo esta tarde.

El Rockefeller Center estaba situado en la Quinta Avenida, entre las calles Cuarenta y nueve y Cincuenta, mientras que el monumental conjunto arquitectónico del Metropolitan Museum of Art de Nueva York se adentraba en pleno corazón de Central Park, frente a la calle Ochenta y dos. Treinta y dos manzanas separaban a uno del otro.

—Demasiada distancia para recorrerla andando —dijo Nicholas, mientras volvían a dirigir a sus personajes virtuales desde el Lower Plaza hasta la Quinta Avenida.

—Bueno, si queréis podemos volver a coger el metro —sugirió Carol.

—¡Ni hablar! Yo no pienso meterme otra vez en ese nido de sombras espectrales. Al llegar a la Quinta Avenida, Nicholas lanzó un largo silbido.

—¡Eh, mirad eso! —exclamó, al ver un coche deportivo de color rojo aparcado en la acera.

—¿No estarás pensando en robar ese coche, NK? —dijo Beth.

—Sólo voy a comprobar si está abierto.

El personaje virtual de Nicholas se aproximó al vehículo y se situó junto a la puerta. Pulsó varios botones de su joystick, hasta que la puerta del deportivo se abrió. Pero entonces vio que un poco más allá, ante la escultura del Atlas, también había aparcada una espectacular motocicleta, que antes no estaba allí.

—Podéis subir al coche —dijo.

—¿Y quién lo conducirá? —preguntó Beth.

—Lo harás tú, BH. ¿Crees que sabrás?

—Ya me las arreglaré.

—No te preocupes, no será difícil. Sólo tienes que coordinar los movimientos con tu joystick —dijo Carol.

—¿Sabías que podíamos utilizar coches en este juego para ir de un lugar a otro de Manhattan?

—Sí, pero eso era algo que debíais descubrir vosotros.

—Bueno, al menos por esta vez será divertido moverse por la Gran Manzana.

—Yo iré en esa moto abriendo camino, como si fuese vuestra escolta.

—Si tienes un accidente con esa moto podrías perder tu vida en el juego —le advirtió Carol.

—Ya sé que no hay mucha diferencia entre este juego y la realidad. Beth me

acaba de dar un sermón al respecto hace un rato. Pero no os preocupéis por mí, seré prudente.

Nicholas se acercó a la moto y pulsó uno de los botones del joystick. Su personaje virtual se subió a la motocicleta y se encendieron el faro y la luz trasera. El sonido del motor era bronco y melódico, igual al de una moto de gran cilindrada.

—Iremos despacio hasta que controlemos los mandos del joystick, sobre todo la dirección y la frenada. Lo demás será fácil.

—¿Sabrás llegar hasta el Metropolitan, NK? Creo que estamos situados en la dirección equivocada. La Quinta Avenida baja hacia el sur, y debemos ir hacia el norte.

—Intenta no perderme de vista, y estaremos allí en unos minutos.

Estaba anocheciendo. Las luces de la Quinta Avenida se habían encendido y semejaban una larga sucesión de luciérnagas paralizadas bajo el cielo plomizo de Manhattan. Multitud de vehículos virtuales circulaban desde Midtown hacia los distritos del sur. Y en las aceras, la gente caminaba con la misma prisa que lo haría si tuviese una vida real.

Nicholas hizo rugir el motor de la motocicleta y un casco integral apareció sobre su cabeza. Luego se incorporó lentamente a la Quinta Avenida, seguido por el deportivo que conducía Beth, y se dejaron arrastrar por un torrente de luces rojas, que avanzaba y se detenía al ritmo marcado por los semáforos.

—Giraremos a la derecha en la Cuarenta y nueve, BH.

—Te sigo, NK, pero no corras demasiado, aún no he conseguido dominar la dirección de esta lanzadera —dijo Beth, intentando avanzar sin ir en zigzag.

La calle Cuarenta y nueve estaba mucho menos congestionada que la Quinta Avenida. Nicholas aumentó la velocidad, sin perder de vista el coche de Beth, que no tardó en hacerse con los controles del joystick. Siguieron hasta alcanzar la avenida de las Américas y giraron de nuevo a la derecha, en dirección norte. Los edificios pasaban a su alrededor como si avanzaran por un largo pasadizo repleto de luces de neón. Al final de la avenida aparecieron los bosques en sombras de Central Park. Volvieron a girar a la derecha en la calle Cincuenta y nueve, cruzaron Gran Army Place hacia el oeste y pronto llegaron a Madison Avenue.

—Seguiremos por Madison hasta la Ochenta y dos, BH. Luego giraremos a la izquierda y aparcaremos delante del Metropolitan Museum.

De la fachada del museo, entre las gruesas columnas con capiteles dóricos que flanqueaban cada arco de la entrada, colgaban como estandartes largos murales pintados que anunciaban las exposiciones más importantes de la temporada.

Subieron las escalinatas y pasaron el control de entrada mostrando su carné de alumnos de la EEJA. En medio del Grand Hall del Metropolitan, rodeados de personajes virtuales que iban y venían de un lado a otro de las galerías de la planta

baja, Nicholas y Beth no temieron que volviesen a atacarlos las Sombras.

—¿Para qué hemos venido hasta aquí, Carol? —preguntó Beth.

—Porque quiero mostraros un cuadro sobre el que habla la leyenda escondida de Nueva York.

—¿Y en qué zona está? —quiso saber Nicholas.

—En la galería de los viejos maestros de la pintura europea. Es un cuadro muy enigmático que vosotros tendréis que encontrar.

—¡Pero en esa galería habrá cientos de cuadros! ¿Cómo sabremos cuál es el que buscamos? —insistió Nicholas.

Carol iba a responderle, pero fue Beth quien lo hizo, con las mismas palabras que ella iba a pronunciar.

—Mirando más allá de lo que vemos, NK.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

17

La puerta estaba abierta. Benson y Otto se aseguraron de que nadie los miraba y entraron en el portal atestado de basura. Entre los despojos de unas cajas de cartón destacaba un bulto informe cubierto por una manta. Apenas había luz y el olor a comida podrida era insoportable. Bajo la manta se oía el bisbiseo de una respiración sofocada. Benson se acercó con sigilo y tocó el cuerpo del vagabundo para que se incorporara. El vagabundo se removi6 y sacó la cabeza de debajo de la manta como una tortuga que despertara de un profundo letargo. La melena enmarañada y una barba espesa le ocultaban el rostro, del que sólo eran visibles los ojos achicados y una gruesa nariz enrojecida. El vagabundo miró al hombre que lo había despertado, sin ninguna expresión de desagrado o sorpresa. Tampoco sintió miedo. Si acaso, una indiferente curiosidad por saber qué podía desear de él aquel individuo vestido de negro. Pero el hombre no dijo nada. Se limitó a mostrarle un par de botellas de buen güisqui y a guiñarle un ojo. Detrás de él había otro hombre más corpulento, al que el vagabundo apenas podía distinguir entre las penumbras del portal que desde hacía semanas le servía de refugio. Las manos del hombre, enfundadas en unos guantes de cuero negro, abrieron una de las botellas y le hicieron un gesto para que bebiera. Tal vez se tratara de dos matones enviados por los jóvenes del último piso para que lo emborracharan y lo echaran luego a patadas de aquella casa abandonada. Si era así no les serviría de nada, a menos que lo mataran. Él estaba dispuesto a volver. Hacía más de ochenta años que había nacido en la portería de aquel edificio de principios del siglo XX, y había regresado allí para esperar que la muerte se compadeciera de él una noche helada del próximo invierno. Aunque quizá la muerte llegara antes de lo que había pensado. Podía verla reflejada en las pupilas del hombre y en su diabólica sonrisa. Una figura negra, siniestra, danzando frenéticamente entre esqueletos y calaveras partidas, que él veía con mayor nitidez a cada trago de güisqui que bebía.

—¿Están arriba? —preguntó Benson, ofreciéndole la segunda botella.

El vagabundo asintió sin mudar su expresión, y entonces comprendió que, esa noche, no era a él a quien la muerte buscaba.



# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

18

No fue hasta la mañana siguiente cuando Aldous Fowler pudo hablar con la teniente Taylor sobre el asunto del dossier que Corina Frediani y él habían encontrado en el laboratorio secreto del Centro Grosling. Para la teniente Taylor la noche pasada había sido la más dura y dramática que podía recordar: varios equipos de expertos del FBI rastrearon hasta la madrugada todo el edificio en busca de pruebas materiales sobre los crímenes de la doctora Hart y el asesinato del director Brannagh, un grupo de forenses dirigidos por el doctor Scrinna se ocupó del traslado de las decenas de restos humanos hallados en la cripta hasta el Instituto Anatómico Forense de Nueva York, y decenas de agentes especiales revisaban minuciosamente todos los archivos existentes en cada uno de los departamentos del centro. La teniente Taylor se había ocupado de coordinar todo el operativo policial y de tomar las decisiones necesarias para que cada uno de los investigadores y empleados que aún quedaban en el edificio pudieran abandonarlo, después de pasar por un detallado interrogatorio, que se prolongaría con el resto del personal durante meses, hasta que una comisión gubernamental se hiciese cargo de la dirección del centro. El caos sería inevitable, pues la clausura de todos los laboratorios hasta nueva orden judicial significaría el bloqueo total e indefinido de los numerosos programas de investigación en desarrollo, muchos de los cuales no podrían volver a ser reiniciados, según le habían manifestado con gesto agrio los directores de algunos de los departamentos científicos, que trabajaban en el centro hasta bien entrada la noche. Además, un enjambre de periodistas y multitud de cámaras de televisión se habían agolpado desde el primer momento a las puertas del complejo, esperando obtener una información de primera mano que tranquilizara a los miles de ciudadanos y familiares de desaparecidos de todo Estados Unidos que colapsaban las líneas telefónicas del

FBI y de la policía de Nueva York, interesándose por la identidad de las víctimas de los «científicos asesinos», como ya los llamaban algunos reporteros. Pero, por suerte para ella, la teniente Taylor no sería la agente especial del FBI encargada de la investigación del genocidio del Centro Grosling. La oficina central del FBI en Washington había designado para esa misión al capitán McCloskey, quien a primera hora de la mañana se había hecho cargo del caso.

—Lo siento por Andrew. Demasiado trabajo para un caso resuelto —dijo la teniente Taylor, después de servirse una taza de café y de sentarse en el sofá de su despacho, derrotada por el cansancio.

—¿De verdad no le habría gustado que la nombraran a usted para dirigir las investigaciones de un genocidio como el de la doctora Hart? —preguntó Aldous Fowler, sentado frente a ella.

—No, puede usted creerme. No soy una mujer profesionalmente ambiciosa, y estoy segura de que el capitán Andrew McCloskey sabrá llevar las riendas de ese asunto mejor de lo que podría hacerlo yo. Él es un experto en desaparecidos, y lo más importante de la investigación será identificar a las decenas de cadáveres encontrados en la cripta. No creo que haya más personas implicadas en esos crímenes que la doctora Hart, Adam Grosling y el director Brannagh. Los tres están muertos y ya poco importan. El caso importante para mí sigue siendo el del Prestidigitador, Aldous, no le quepa la menor duda. Él es la verdadera causa de todo esto.

—¿Y si Adam Grosling no estuviese muerto? La taza de café quedó suspendida ante los labios de la teniente Taylor.

—Es usted imprevisible, Aldous. ¿Por qué me hace esa pregunta?

—Porque eso lo explicaría todo.

—Si resucita usted a los muertos todo resulta más fácil, ¿no cree?

—Al contrario. Llevo desde anoche queriendo hablarle de ello.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Bueno, no encontré el momento oportuno para hacerlo. Usted estaba muy ocupada y era todo demasiado confuso... Tampoco quería que pensara que me había vuelto loco.

La teniente Taylor sonrió. Luego terminó de dar un sorbo a su taza de café.

—Le confieso que a veces lo he pensado, pero le aprecio demasiado para creer que sea usted un insensato.

Aldous Fowler se sintió animado a exponer su teoría sobre el Prestidigitador, por descabellada que pareciera.

—¿Recuerda el esquema que le mostré junto con las noticias del *New York Times* sobre el suicidio de Richard Grosling y la muerte de su hijo Adam?

—Sí, claro que lo recuerdo. Todos los argumentos conducían desde la palabra «Kô» hasta Adam Grosling y el símbolo de las serpientes erguidas. El problema era que Adam Grosling estaba muerto.

—Y lo estaba. Su cuerpo murió el día anterior a que fuera publicada la nota necrológica en el *New York Times*. Pero su mente seguía viva...

—Vamos Aldous, no haga que cambie mi opinión sobre usted. Las teorías sobre la reencarnación no resisten el más mínimo análisis crítico.

—No le hablo de reencarnación sino de «traslación neuronal». La propia doctora Hart lo llamaba así en el dossier que Corina Frediani y yo encontramos ayer en la cripta.

—¿Y me lo dice usted ahora, Aldous?

—Anoche no conocíamos aún su contenido exacto. Después de ojear el dossier, Corina estaba segura de que la doctora Hart intentaba trasplantar el cerebro vivo de Adam Grosling a un cuerpo muerto, y por eso experimentaba con seres humanos, en

lugar de hacerlo con primates u otros animales de laboratorio, como ya habían hecho otros científicos antes que ella. Las decenas de cráneos abiertos que se amontonaban en la cripta son el resultado de esa locura. Pero a pesar de sus macabros experimentos con las personas que secuestraban, fracasó una y otra vez, por las insalvables dificultades quirúrgicas que surgen al tener que volver a unir el cerebro trasplantado a todo el sistema nervioso central del nuevo cuerpo.

—Cualquiera puede suponer eso, sin necesidad de haber estudiado neurología.

—No lo crea, teniente. La doctora Hart podría haberlo conseguido si hubiese dispuesto de más tiempo para perfeccionar la técnica del trasplante cerebral, pero el cuerpo y el corazón de Adam Grosling estaban cada vez más debilitados y temía que pudiese fallecer antes de conseguir sacar su genial cerebro de su cuerpo paralizado.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Unos cinco años. A partir de ese momento, el propio Adam Grosling, que seguía dirigiendo desde su casa las investigaciones científicas de la doctora Hart, le sugirió que cambiaran de estrategia, y que, en lugar de trasplantar su cerebro a otro cuerpo, intentaran trasladar su mente al cerebro de otro ser humano, sin necesidad de intervención quirúrgica.

—¿Sin necesidad de abrir el cráneo?

—Sí, como por arte de magia.

—Como lo haría el Prestidigitador.

—Exactamente, con una técnica neurocientífica realmente revolucionaria y futurista, difícil de comprender incluso por los propios científicos actuales. Pero Corina Frediani me la explicó con un ejemplo algo simple, aunque muy ilustrativo. Después de cinco años de experimentación continua con cobayas humanas, Adam Grosling y la doctora Hart llegaron a diseñar un pequeño robot informatizado capaz de leer, copiar y reimplantar el contenido exacto de cada una de las neuronas que, en número de millones, se encuentran en el cerebro humano, y de las que dependen nuestra memoria, nuestro pensamiento, nuestra inteligencia y nuestra propia personalidad.

—El lector mental del que hablaba el director Brannagh —apuntó la teniente Taylor, sin poder creer lo que oía.

—El director Brannagh nos habló de un lector mental para ponernos delante un cebo con el que justificar sus investigaciones para la curación de muchas enfermedades cerebrales, pero no dijo nada de que lo que realmente perseguía con sus experimentos era mucho más que eso: trasladar la mente de Adam Grosling al cerebro de otro ser humano vivo.

—Pero ¿cómo podía hacer algo tan inimaginable?

—Del mismo modo que se copian los archivos de un ordenador a otro, aunque con una tecnología mucho más sofisticada. Pero ése fue el ejemplo que me puso

Corina Frediani para que yo lo comprendiera.

—Entonces, si todo eso que dice fuera cierto, Adam Grosling estaría ahora vivo dentro de otra persona desconocida —dijo la teniente Taylor, incapaz de asumir que Aldous Fowler pudiera haber descubierto al fin el gran secreto del Prestidigitador.

—Aunque parezca una locura hablar de esto, es lo más probable. Según Corina, la mente de Adam Grosling está superpuesta a la de la persona en la que se realizó la «traslación neuronal», de manera que ambas coexisten bajo el dominio del primero.

—¿Dos mentes en un mismo cerebro?

—Sí, como en la famosa novela de Stevenson. Por eso la doctora Hart tituló su programa de investigación «El experimento Jekyll y Hyde»: dos almas en una, el bien y el mal, la genialidad y lo diabólico, la ciencia y el fanatismo.

—Eso nos conduce de nuevo al símbolo de las dos serpientes erguidas.

—Y a la imagen del diablo, cuando se invierte su sentido.

—Pero si Adam Grosling es el Prestidigitador, ¿por qué iba a matar a la doctora Hart? Estaban enamorados, y ella fue quien le devolvió la vida.

—Posiblemente, a cambio de que él también la hiciera inmortal a ella.

—¿Trasladando la mente de la doctora Hart a otro cuerpo?

—Y por qué no.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

18

Los infinitos pasillos del Metropolitan Museum de Nueva York formaban un complicado laberinto que recorría toda la historia del arte de la humanidad. Moverse por aquel inmenso laberinto sin tener una idea clara de qué épocas o colecciones se deseaban contemplar podía significar horas de intensa búsqueda, que al final podían resultar infructuosas. Para visitar todas las salas del Metropolitan se necesitaban más de tres días y, aun así, siempre habría lugares que quedarían por explorar. Beth lo sabía, y por eso sugirió a Nicholas que buscaran antes un plano del museo en el que poder localizar la situación exacta de la sala de los viejos maestros de la pintura europea, y el camino más corto para llegar hasta allí.

El plano del museo lo encontraron sobre una mesa de información en el vestíbulo principal.

—¡Aquí está! —dijo Beth, al ver en el plano la sala de pintura europea, situada en el ala derecha del segundo piso.

—Si cruzamos las galerías de arte egipcio llegaremos al ala norteamericana, y desde allí podremos subir a la segunda planta por la escalera que hay en el plano.

Entrar en la sala de arte egipcio fue para Nicholas y Beth como cruzar un túnel del tiempo a través de un hueco abierto en un gran monumento de piedra. Las paredes de la sala estaban repletas de pinturas jeroglíficas y murales de la vida en el Nilo, y por todos lados se veían rodeados de esculturas con cuerpos humanos y cabezas de león, sentados y con las manos sobre las piernas. Sarcófagos, momias, dioses y bajorrelieves con figuras de perfil completaban una extensa red de galerías que los condujeron hasta el patio del templo de Dendur. La entrada al templo estaba presidida por dos grandes efigies talladas en mármol negro. Beth temió que todas aquellas imágenes cobraran vida y los atacaran como las momias que había visto en alguna película. Cruzaron el patio sin entretenerse y volvieron a salir a uno de los pasillos del museo.

—Esperad un momento —dijo Beth, al ver que a su izquierda se abría el patio ecuestre y las extensas galerías de armas y armaduras.

—No podemos entretenernos, BH.

—Sólo quiero ver el desfile de los caballeros con las armaduras y las lanzas, siempre fue mi preferido del museo.

—Está bien, pero sólo un segundo. Esa zona del museo está más solitaria y no me gustaría que volvieran a atacarnos las Sombras o los caballeros negros.

Del techo del patio colgaban estandartes de vistosos colores y, bajo ellos, cuatro jinetes engalanados con brillantes armaduras y largas lanzas parecían cabalgar sobre sus caballos hacia un lugar imposible. A su alrededor, encerrados en urnas de cristal,

otros caballeros con armaduras y espadas los observaban como si hubiesen sido encarcelados. Pero ninguno de aquellos caballeros se movió.

El ala norteamericana comenzaba justo al final del pasillo en que *encontraron la escalera que subía a* la segunda planta del museo. En los primeros peldaños había una tablilla con un nuevo símbolo.



La observaron durante un momento y, luego, Nicholas la guardó en su mochila sin darle mayor importancia. Se habían acostumbrado a encontrar uno de esos signos extraños en cada lugar de Manhattan al que los conducía el juego de los enigmas infinitos. Carol les diría cuándo deberían descifrarlos.

Óleos de grandes artistas universales como Rembrandt, Tiziano, Van Dyck, El Greco, Vermeer, Rubens o Velázquez, convertían las paredes de la galería de la pintura europea en un inmenso tesoro de valor incalculable. Nicholas y Beth, seguidos por Carol, fueron mirando uno a uno los cuadros de cada sala, intentando descubrir en ellos algo que despertara su interés más allá de la obra de arte que tenían ante sus ojos. Cada pintura era distinta a las otras en el estilo, la técnica y el tema representado, y cada una de ellas podía contener algo imperceptible para el observador: su secreto, su enigma escondido, el misterio indescifrable que impulsó a su creador a darle una vida propia más allá de lo que era visible en el lienzo. Y ellos debían descubrirlo en aquel laberinto de belleza inagotable.

Después de recorrer varias salas de la galería de los viejos maestros de la pintura europea, Nicholas se detuvo ante una pintura que llamó poderosamente su atención.

—¡BH, aquí creo que hay un cuadro muy enigmático! —gritó.

Beth cruzó al otro lado de la sala, acercó su personaje virtual al de Nicholas y ambos contemplaron en las pantallas de sus ordenadores el retrato de un hombre joven, que parecía escribir algo con una pluma sobre el cráneo de un ser humano, apoyado sobre un libro cerrado.



—¿Qué crees que está escribiendo ese hombre sobre el cráneo, NK?

—Me temo que se trata de un nuevo enigma. Carol estaba tras ellos.

—Así es. Pero ese enigma forma parte de la leyenda escondida de Nueva York, y no tendréis que desvelarlo vosotros.

—¿Lo harás tú, Carol? —preguntó Nicholas, deseoso de saber qué podía ocultarse en aquella pintura tan misteriosa.

—Para la historia, ese cuadro es sólo un autorretrato del pintor napolitano Salvatore Rosa, nacido en el año 1615 y muerto en el año 1673. Salvatore Rosa fue un hombre muy polifacético: pintor, grabador, poeta, dramaturgo, músico, inventor... Un genio de su época bastante desconocido. Durante muchos años residió en Florencia, donde trabajó para los Médicis. Allí se hizo gran amigo de un profesor de filosofía de la Universidad de Pisa llamado Giovanni Battista Ricciardi, quien, según la leyenda escondida, era uno de los miembros de la sociedad de sabios Ouróboros, que el joven Grimpow había vuelto a fundar en Florencia hacía más de dos siglos. Salvatore Rosa pasó a formar parte de la sociedad Ouróboros, y fue uno de los poseedores de la Esencia del Misterio; por eso, bajo el cráneo está el viejo *Manuscrito de los prodigios cósmicos*, escrito por Grimpow antes de morir.

—¿El manuscrito de los prodigios cósmicos, el mismo que encontramos en la biblioteca con el monje sentado en el *scriptorium*?

—Sí, NK, es el mismo. Gracias a la Esencia del Misterio y a ese manuscrito,

Salvatore Rosa, como tantos otros genios de la humanidad, se adelantó a su tiempo y supo que llegaría un día en que los seres humanos conseguirían entrar en sus propios cerebros y escribir en ellos las ideas, los pensamientos, las emociones, los recuerdos o la personalidad que desearan. Ese futuro le horrorizó, y pintó este cuadro, cuyo verdadero significado muy pocos sabrían comprender.

—También parece que la pluma fuera un bisturí que está abriendo el cráneo —dijo Beth.

—Pero, si os fijáis bien, comprobaréis que no es un bisturí lo que aparece en el cuadro, sino una pluma y unas palabras escritas en griego.

Nicholas se sintió turbado por la continua sucesión de enigmas, que surgían unos de otros, infinitamente encadenados.

—¿Y qué palabras son, Carol? Nosotros no hablamos griego —dijo, sin que él ni Beth dejaran de mirar la parte del cuadro en la que aparecía el cráneo sobre el manuscrito.



—«Mira, dónde, cuándo»...

Nicholas sintió que un desagradable repelús le recorría la piel. Si miraba más allá de esas palabras, podía comprender su significado.

—A todos los científicos de la sociedad Ouróboros asesinados les robaron el cerebro sin abrirles el cráneo —dijo, siguiendo el impulso de sus pensamientos.

—Así es NK, y quienes lo hicieron también podrían manipularlos como si escribieran sobre ellos. El pintor de este cuadro sabía lo que iba a ocurrir, pero no dónde ni cuándo ocurriría. Por eso dejó escritas esas palabras para quienes, llegado el momento, miraran el cuadro y lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—¡Es ahora, NK! La respuesta a ese enigma está clara. Si miramos lo que está ocurriendo con los científicos asesinados, como tú decías, «dónde» es en Nueva York, y «cuándo» es en este mismo tiempo, nuestro tiempo.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotros? —preguntó Nicholas, desorientado.



—Evitar que los asesinos se apoderen de la Esencia del Misterio —respondió Carol.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

18

Cuando el vagabundo despertó tenía en su mano un cuchillo ensangrentado. Tembloroso, miró la hoja afilada y se preguntó qué había hecho. No podía recordar nada de la noche anterior. Ni siquiera que dos hombres vestidos de negro lo habían visitado y lo habían emborrachado hasta el desmayo con dos botellas de güisqui. Soltó el cuchillo como si le quemara en las manos y se levantó de su camastro rodeado de cartones. Lentamente, comenzó a subir la escalera, como si una voz lo llamara desde uno de los pisos superiores. Tenía la respiración ahogada, y a cada paso se apoyaba en la baranda de la escalera, hasta reunir fuerzas para subir el siguiente peldaño. La puerta del piso de los dos jóvenes informáticos parecía estar cerrada. Pero no, sólo estaba entornada. El vagabundo la empujó con aprensión. ¿Qué hacía él allí?, se preguntó. ¿Por qué no se marchaba de aquella casa abandonada en lugar de adentrarse en sus entrañas, arrastrado por un impulso irresistible? Tal vez sabía lo que iba a encontrar allí. Tal vez al verlo pudiese recordar el crimen que había cometido. Lo había pensado muchas veces, pero nunca había tenido el valor de hacerlo. Esos jóvenes habían sido amables con él, a pesar de que deseaban que se marchara de la casa; él no podía odiarlos por eso. En el piso todo estaba en orden. Ningún ruido perturbaba el silencio. Avanzó hasta el salón y allí vio a los dos jóvenes tirados en el suelo entre grandes charcos de sangre, brutalmente acuchillados. El vagabundo miró sus propias ropas y vio en ellas grandes manchas rojas y ennegrecidas. Pero él no sabía si podía tratarse de manchas de sangre reseca o de vino. El olor del güisqui aún empapaba su aliento. La imagen de un hombre vestido de negro se dibujó en su mente en ese instante. Un hombre amable que llevaba la muerte reflejada en sus ojos. Aunque él no podía saber si realmente había visto a ese hombre o se trataba de un sueño. Volvió a mirar los cuerpos exánimes sin sentir la menor compasión por aquellos desdichados. Él había visto muchos cadáveres destrozados, reventados por las bombas y las balas de una guerra olvidada. Lanzó un escupitajo al suelo para conjurar los malos espíritus que revoloteaban por aquella habitación repleta de ordenadores y regresó a su guarida del portal. Cogió un pequeño petate, y se marchó a esperar su muerte en otro lugar.

Benson había cumplido escrupulosamente el encargo de Walter Stuck.

—Haz que parezca que ese vagabundo los ha matado —le había dicho.

Los *crackers* habían fallado y no podían seguir con vida sabiendo lo que sabían sobre ellos y sobre esos chicos de la EEJA, sobre todo después de que el FBI descubriera la cripta secreta del Centro Grosling. Era necesario liquidarlos sin dejar rastro y emplear otra táctica para conseguir encontrar la Esencia del Misterio. Walter Stuck ya tenía decidido lo que había que hacer. Sólo debían esperar a que llegara el

momento oportuno.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

19

La remota posibilidad de que también la doctora Hart estuviese con vida, perpetuando su mente en el cerebro de otra mujer como esos cangrejos ermitaños que se refugian dentro de las conchas vacías de algunos moluscos, hizo pensar al detective Aldous Fowler que tal vez ella y Adam Grosling continuaran como científicos en el Centro de Investigación Neurológica, escondidos tras unos rostros y unos cuerpos que nadie podría reconocer. Como había planteado la teniente Taylor, si Adam Grosling era realmente el Prestidigitador, no había razón alguna para pensar que también hubiese asesinado a la mujer que le devolvió la vida y de la que él estaba enamorado desde hacía más de veinte años. Pero la teniente Taylor seguía demasiado ocupada poniendo en antecedentes al capitán McCloskey y a los jefes del FBI que se habían desplazado desde Washington a Nueva York.

Aldous Fowler dedicó toda la tarde a repasar los archivos del personal del Centro Grosling, por si en las contrataciones de nuevos científicos durante los últimos meses encontraba alguna pista que pudiese corroborar su absurda tesis de que la doctora Hart aún estaba viva, a pesar de que él mismo había visto su cadáver y la palabra «Kôt» marcada a fuego en su mano. Tal vez aquella nueva línea de investigación le condujera a alguna parte, aunque esa tarea se le antojó tan improbable y ardua como buscar a unos asesinos en un multitudinario desfile de máscaras de carnaval.

La mente humana era tan invisible como el alma, pensaba Aldous Fowler en una de las oficinas del departamento de administración del Centro Grosling, cuando sonó su teléfono móvil. Era su amiga Ann Harwey.

Por un momento, Aldous temió que le hubiese ocurrido algo a Corina Frediani, desde que la madrugada anterior la había dejado de nuevo en el apartamento de Ann en Brooklyn, custodiada por dos agentes de policía apostados en el pasillo de la casa. Pero Corina Frediani se encontraba bien después de haber dormido durante toda la mañana, y a esa hora de la tarde seguía estudiando todos los detalles del dossier que ambos habían encontrado en la cripta.

—¿Ocurre algo, Ann? —preguntó.

La voz de Ann Harwey se oía muy lejana, como si le hablase desde el otro lado del planeta.

—No, Corina está bien, te llamaba por otro asunto. ¿Recuerdas el encargo que me hiciste?

—¿Un encargo? —preguntó Aldous, que seguía con la mirada puesta sobre los contratos del personal de investigación que examinaba.

—Alguna información sobre la madre de Walter Stuck...

—¡Ah, era eso! Lo siento, Ann, estoy agotado y me había olvidado

completamente de ese asunto. ¿Has encontrado algo?

—No mucho. Todos los archivos y documentos del orfanato de Newport, en Rhode Island, desaparecieron después de que se cerrara en el año 1978. Pero el nombre de Walter Stuck aparece en otro hospicio de Connecticut, donde ingresó un par de años antes de esa fecha, en 1976. Allí no hay más información sobre él que un breve historial de su conducta algo rebelde en Newport. Tres años más tarde, en mil novecientos setenta y nueve, fue ingresado en un colegio para huérfanos del estado de Nueva York, en Queens...

—¿Eso es todo?

—Bueno, aún hay algo más. Al poco de llegar a Queens fue becado como obra de caridad por alguien con mucho dinero llamado Benson Stuart Cross, quien se hizo cargo de su manutención y de sus estudios en un *college* de Oxford, Inglaterra. Parece que Walter Stuck fue un buen estudiante, y que se licenció en historia con todos los honores a los veintidós años. A partir de ahí, el colegio para huérfanos de Queens le perdió la pista. Algo normal, cuando los chicos que han dependido de ellos en su infancia se independizan completamente.

—¿No has encontrado ningún dato sobre su madre?

—Ninguno. La madre debió de abandonarlo al nacer a las puertas del orfanato para que nadie conociera su identidad. Suele ocurrir en muchos casos.

—¿Cómo has dicho que se llamaba la persona que se hizo cargo de sus estudios?

—Benson... , Benson Stuart Cross.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

19

En los bosques se ocultan las sombras,  
y, en los lagos, la luna se une al paisaje;  
misteriosa presencia en la noche,  
como misterioso fue su lenguaje.

Los únicos bosques y lagos de Manhattan se encontraban en Central Park, tal como aparecían en el mapa de la leyenda escondida. Nicholas y Beth no tuvieron la menor dificultad para descifrar el lugar al que debían ir sus personajes virtuales, después de que Carol les planteara la octava adivinanza del juego de los enigmas infinitos, que contenía la palabra «luna», seudónimo de uno de los sabios de la Fundación Universo. Pero oír que allí se ocultaban las sombras, y que una misteriosa presencia surgía en la noche, les hizo sospechar que aquella nueva fase de su recorrido virtual por la ciudad de Nueva York podía depararles más de una sorpresa desagradable.

—En el mapa de la leyenda escondida hay una estatua al sureste de Central Park —dijo Nicholas, manteniendo a su personaje sobre la gran escalinata de entrada del Metropolitan. Frente a él, en la acera de la Quinta Avenida, seguían aparcados la motocicleta y el coche deportivo con los que habían llegado al museo.

—Es posible que ésa sea la misteriosa presencia en la noche de la que habla el enigma, pero no tengo ni la menor idea de quién puede tratarse.

—Yo tampoco, así que tendremos que ir hasta allí para averiguarlo.

Había caído la noche cuando Nicholas, Beth y Carol se adentraron en los bosques de Central Park. Una luna en cuarto menguante aparecía y desaparecía tras las copas de los árboles a medida que avanzaban por uno de los muchos senderos que cruzaban el parque de norte a sur y de este a oeste. Al principio todo estaba en silencio, pero muy pronto comenzaron a oír un lejano rumor de voces lúgubres arrastradas por el viento. Eran como cánticos fantasmales que llegaron a sobrecogerlos de miedo, a pesar de que Nicholas y Beth sabían que aquellas voces sólo eran un efecto especial del propio juego.

—Tengo miedo, NK —dijo Beth, al ver que algo informe y siniestro se removía entre la oscuridad del bosque.

Pero Nicholas no contestó. Su personaje virtual y el de Carol habían desaparecido de la pantalla del ordenador de Beth, sin que ella se hubiese dado cuenta de ello.

—¿Nicholas? —preguntó Beth titubeante.

Sintió que estaba sola en medio de la inmensidad de la nada y se preguntó qué estaba ocurriendo a su alrededor. Podía tratarse de una broma pesada de Nicholas, pero no creía que Carol se hubiese puesto de acuerdo con él para asustarla. Carol era

su amiga y nunca la habría abandonado en aquellas circunstancias. ¿Y si les había pasado algo? ¿Y si las Sombras que se ocultaban en la oscuridad habían acabado con sus vidas virtuales haciéndolos desaparecer para siempre del juego de los enigmas infinitos? Beth ignoraba en ese momento que Nicholas se encontraba en su misma situación, formulándose las mismas preguntas en medio de la soledad de Central Park. Pensó llamarlo al móvil para preguntarle qué estaba ocurriendo, pero eran casi las doce de la noche y no quería que el timbre del teléfono de Nicholas pudiera ser oído por sus padres. También era posible que esa fase del juego tuviesen que recorrerla solos, cada uno por su lado, y superarla sin ayuda de nadie, pensaba Beth mientras caminaba siguiendo la débil luz de la luna, que se filtraba como un espectro más entre las ramas de los árboles, agitadas por la brisa.

Al llegar a un cruce de senderos dudó sobre cuál de ellos debía seguir. Activó la brújula en el panel de control de su pantalla y tomó el sendero que continuaba hacia el sureste. Ésa era la posición de la estatua que aparecía en el mapa de la leyenda escondida. Tal vez allí volviera a encontrar a Nicholas y a Carol.

Pero el rumor de voces fantasmales fue creciendo. A cada paso se sentía más asustada, incapaz de seguir. Entre la oscuridad del bosque se removían Sombras siniestras que parecían estar cada vez más cerca, y Beth sentía que podían devorarla al menor descuido.

Llevaba un buen rato caminando con el arma que Carol les había entregado en la base de la EEJA apuntando hacia las Sombras invisibles cuando de pronto comenzó a verlas salir por decenas desde detrás de los troncos de los árboles. No eran las mismas Sombras sin rostro que les habían atacado en las anteriores fases del juego; eran las Sombras de la muerte las que se acercaban a ella envueltas en largos velos negros, tras los que se ocultaban unos rostros monstruosos y cadavéricos. Rostros despedazados e informes, que encerraban en su expresión todo el horror que el ser humano era capaz de provocar. Beth se quedó paralizada. El terror que sentía le impedía seguir adelante, dar un paso más hacia un lugar que ya le parecía inalcanzable. Incluso pensó en abandonar el juego de los enigmas infinitos y no volver a entrar en él jamás. Pero algo dentro de ella se resistía a renunciar, a ser vencida por las Sombras. Si abandonaba todo estaría perdido. Las Sombras volverían a adueñarse del mundo, y su futuro, el futuro de la humanidad, sería tan siniestro y tenebroso como Carol les había anunciado. Activó el arma y, en un arrebato de valor, comenzó a disparar desesperadamente hacia las Sombras que la rodeaban profiriendo cánticos cada vez más aterradores. Los fogonazos del arma resplandecían en medio de las tinieblas, seguidas de un estruendo apocalíptico. Sin embargo, los disparos no conseguían detener a las Sombras. Entonces se dio cuenta de que no era con balas como podría combatir a aquellos fantasmas que estaban a punto de acabar con su vida.

Volvió a activar el panel de control de su pantalla y pulsó sobre el icono de la llama que habían encontrado en la Estatua de la Libertad. El arma desapareció de sus manos y en su lugar surgió una llama de fuego dorado tan intenso como si el sol se hubiese encendido en ellas. Al instante los cánticos de las sombras se transformaron en aullidos y ante Beth se iluminó intensamente un sendero abierto en la oscuridad como un rayo de luz que cruzara el bosque. Echó a correr a través de él y, al final de un largo recorrido, encontró a Nicholas, que parecía haber llegado siguiendo el mismo camino.



# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

19

En la reunión del Consejo Supremo del Club Gótico había un asiento vacío.

—El traidor ha sido castigado siguiendo el rito de la orden —dijo Walter Stuck.

Otto se acercó a la butaca que hasta ese día había sido ocupada por el director del Centro Grosling y la retiró de su lugar. La llevó afuera de la sala y la hizo astillas con un gran mazo de hierro.

—¿Y cómo sabremos lo que el traidor le contó al FBI? Es posible que también les hablara de nosotros.

—Si lo hubiese hecho, a estas horas el FBI habría descubierto también los secretos de nuestra orden. Pero el traidor Brannagh sólo debió de hablarles de la cripta del Centro Grosling para salir del acoso policial al que se sentía sometido.

—Entonces Brannagh se había mantenido fiel a nuestro secreto. No era necesario matarlo. Nosotros no tenemos nada que ver con esos experimentos de la doctora Hart de los que tratan en primera plana todos los periódicos de Estados Unidos, hermano Walter. Ese asunto sólo os incumbe a vos.

—Por eso me he ocupado de resolverlo sin consultar antes al Consejo Supremo.

—Pero habéis empleado nuestro rito para castigarlo sin nuestra autorización.

—El traidor Brannagh ya no era de fiar. Si habló una vez podía volver a hacerlo con tal de salvar su pellejo.

—Sois vos quien está poniendo en peligro nuestro secreto, en lugar de traernos la Esencia del Misterio como nos tenéis prometido.

—Os equivocáis. El hermano Benson os explicará que aún podemos sacar mucho provecho de la traición de Brannagh. El Club Gótico aparecerá como el ángel vengador que todos esperan, después de que se han descubierto los asesinatos de la doctora Hart y de los científicos de la Fundación Universo.

—Los científicos de la Fundación Universo no tienen nada que ver con los crímenes del Centro Grosling.

—Pero esa verdad sólo la conocemos nosotros... —intervino Benson, y continuó explicando al Consejo los pormenores de su estrategia.

—¿Os proponéis hacer público que el Club Gótico es el responsable de la muerte de esos sabios?

—Lo que haremos público es que el Club Gótico es el vengador de las docenas de seres inocentes asesinados por la Fundación Universo. Al fin y al cabo es eso lo que esperábamos que sucediera para convertir nuestra sociedad secreta en un verdadero mito. Muchos ciudadanos de todo Estados Unidos querrán conocer y unirse al Club Gótico, y pedirán a gritos que se ponga fin a la barbarie de la ciencia. Entonces reinaremos sobre el mundo —concluyó Walter Stuck.

—Antes tendréis que apoderaros de la Esencia del Misterio. ¿Qué noticias tenéis sobre los chicos de los que nos hablasteis en nuestra última reunión?

—Están vigilados día y noche, aunque ha habido algún problema con los crackers que seguían sus pasos en el juego virtual de internet.

—¿Qué queréis decir? Sed más claro, hermano Walter. Siempre intentáis darnos una razón convincente que justifique vuestros continuos errores. ¿De qué se trata esta vez?

—Carol Ramsey, la colaboradora de Kenneth Kogan, ha vuelto a cambiar los dispositivos de seguridad del sistema informático, y los *crackers* no han conseguido encontrar otra forma de burlar esas claves.

—Ya os advertimos de que era peligroso que esos chicos siguieran con vida, y tampoco hicisteis caso de nuestra recomendación. Estáis agotando nuestra paciencia.

—Os aseguro que muy pronto tendréis la Esencia del Misterio en vuestras manos, y los cerebros de esos chicos en unas urnas de cristal, como os traje los cerebros de los miembros de la Fundación Universo.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

20

Mientras Walter Stuck se reunía con el Consejo Supremo del Club Gótico, Susan Gallagher tomaba una cena ligera con su hermano Aldous en un coqueto restaurante francés de la Segunda Avenida, en Murray Hill. Una lamparita encendida en el centro de la mesa iluminaba el rostro de felicidad de Susan. Tenía noticias que darle a su hermano, y no se demoró en hablarle de ellas tan pronto intercambiaron las primeras palabras de rutina, aunque supiera que no le agradaría oírlas.

—Voy a casarme con Walter, Aldous.

Aldous sintió que se le atragantaba el sorbo que acababa de dar a su cerveza. No sabía qué decir, pero la expresión de su cara lo decía todo por él. Al cabo de unos segundos, dijo:

—¿No temes volver a equivocarte?

—Sabía que no te gustaría la idea. Pero estoy decidida, sólo quería que fueras el primero en saberlo, antes incluso que mamá.

—No es que no me guste la idea, es sólo que creo que te estás precipitando otra vez al tomar una decisión tan importante para ti y para tu vida. Antes no funcionó.

—Tú no deberías hablarme así, Aldous. Aquello pasó, ya no soy una niña. Walter es un caballero, y estoy segura de que me ama tanto como yo a él. Me lo pidió la noche que estuvimos en la ópera y no pude negarme.

—Pero no le conoces lo suficiente, Pemby. ¿Cómo sabes que él es realmente como tú crees?

—Le conozco mejor de lo que he conocido nunca a nadie.

—Eso mismo pensabas cuando te empeñaste en ir a vivir con Leo Brake al poco de conocerle en California.

—Leo era un hipócrita y un fracasado del que me enamoré como una tonta, lo admito. Pero ya he pagado mi culpa durante mucho tiempo. No quiero seguir negándome a ser feliz con otro hombre, sólo porque mi primer matrimonio fue una equivocación.

—Entonces espero que seáis muy felices, Pemby. Sabes que siempre he deseado lo mejor para ti —dijo Aldous, cogiendo la mano de su hermana.

—Lo sé, y Walter también lo sabe. Él te aprecia más de lo que imaginas. Seréis buenos amigos, estoy segura de ello.

—Hice lo que me pediste sobre su madre pero no he encontrado nada. La documentación del orfanato de Newport desapareció después de que lo cerraran. En el instituto de huérfanos de Queens, aparece sin embargo el nombre de alguien que se ocupó de sufragar sus estudios en Oxford. Su nombre es Benson Stuart Cross.

—¿Benson Stuart Cross? —preguntó Susan, disimulando su sorpresa.

—Sí, ¿le conoces?

—No, no...

—Si quieres puedo intentar averiguar algo sobre él y sobre su domicilio.

—Déjalo, ahora que voy a casarme con Walter prefiero olvidarme de este asunto

—respondió pensativa.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

20

—¿Eres tú, NK?

Beth no estaría segura de que era realmente a Nicholas a quien veía de nuevo en la pantalla de su ordenador hasta que hablara con él.

—¡Claro que soy yo, BH! ¿A quién esperabas encontrar aquí? Beth reconoció enseguida su voz. Era Nicholas sin ninguna duda.

—He pasado tanto miedo mientras cruzaba Central Park que creí que los intrusos habían vuelto a apoderarse del control del juego.

—Bueno, no ha sido más que un susto. Yo también temí que se tratara de alguna trampa de los *crackers*.

Beth cayó en la cuenta de que Carol no había aparecido.

—¿Dónde está Carol? —preguntó. —Pensaba que estaría contigo.

—Desde que me quedé sola en medio del parque, no la he vuelto a ver.

—Yo tampoco, pero supongo que ya aparecerá. Deberíamos seguir buscando la misteriosa presencia en la noche de la que habla el octavo enigma.

—Espero que sea menos horrible que las Sombras que he visto ahí atrás.

—De todas formas debemos preparar las armas, la oscuridad ha vuelto a cubrirlo todo —dijo Nicholas, aferrando la suya.

Avanzaron por el sendero hacia el sur, sin oír los cánticos de las Sombras.

Nicholas caminaba delante, seguido de Beth. Ambos permanecían en silencio, concentrados en sus propios pensamientos. Los árboles formaban un corro de siluetas inquietantes a su alrededor, aunque todo parecía estar en calma. No hacía viento ni brisa, ni un soplo de aire que agitara el entramado de ramas y hojas que se elevaba sobre sus cabezas. El sendero zigzagueaba y ascendía por leves colinas de césped; luego descendía hasta bordear un lago en el que se reflejaba la luna.

—«Y, en los lagos, la luna se une al paisaje» —dijo Beth, recordando el enigma.

—Quizá no estemos muy lejos.

Dejaron la orilla del lago y volvieron a adentrarse en el bosque. La luz de la luna les permitía ver algunas ardillas que correteaban ante ellos, asustadas por el sonido de sus pasos. A Beth le divertía verlas esconderse con la rapidez de una centella. Hasta que, más adelante, vieron la silueta de una figura negra y gigantesca que se recortaba en la oscuridad de la noche.

—Ahí delante hay algo que puede ser lo que buscamos, BH —dijo Nicholas, sin dejar de apuntar con su arma al frente.

—Acerquémonos despacio, no me gusta este silencio.

Avanzaron lentamente, casi agazapados, hasta que comprobaron que se trataba de una gran estatua de bronce que les daba la espalda. Pero algo surgió *tras* ella que hizo

que Beth soltara un grito, y que Nicholas estuviera a punto de apretar el gatillo de su arma.

—¡No disparéis, soy yo, Carol!

Nicholas soltó un suspiro de alivio, mientras Beth miraba fijamente su pantalla. ¿Y si no era ella? ¿Y si no era Carol? ¿Y si eran los crackers quienes controlaban a su personaje?

—¡Quédate donde estás, Carol!

—¡Pero qué dices, BH! Es Carol, ¿no la ves?

—Déjala, NK. Comprendo su desconfianza.

—¿Por qué nos abandonaste en medio del bosque? —preguntó Beth.

—No entiendo qué es lo que te está pasando, BH —dijo Nicholas.

—He sentido miedo, ¿sabes? Mucho miedo.

—Pero ha sido un miedo irreal, ¿no te das cuenta? —insistió Nicholas.

—Era una parte del juego, BH. Teníais que enfrentaros a vuestros propios miedos, a las sombras que pueblan vuestra mente, antes de acercaros a la Esencia del Misterio. El bosque era el lugar adecuado para ese encuentro.

—Sí, todos los cuentos infantiles están repletos de personajes misteriosos que habitan en el bosque. Muchos son malvados, como las Sombras, pero otros son bondadosos —dijo Nicholas para apoyar a Carol.

—Nosotros ya no somos niños, NK. Lo que yo he visto en este bosque era mucho más monstruoso que cualquier fantasía. He visto el horror que es capaz de provocar el ser humano.

—Lo que importa es que hayas vencido a esas Sombras, de otro modo no habrías podido llegar hasta aquí —dijo Carol.

—Dejemos de discutir y sigamos adelante, estamos acercándonos a la Esencia del Misterio y ya es bastante tarde.

Nicholas adelantó a su personaje virtual y lo situó ante la estatua que antes le daba la espalda. En el pedestal, sobre el que se elevaba la escultura en bronce de un hombre barbudo elegantemente vestido, había una sola inscripción, con grandes letras talladas en la piedra:

## MORSE

—¡Morse! —exclamó Nicholas al leerla.

—«Misteriosa presencia en la noche, como misterioso fue su lenguaje» —dijo Carol.

—¿El código Morse? Pero ¿qué tiene que ver la Esencia del Misterio con Samuel Morse, el inventor del telégrafo? —preguntó Nicholas.

Beth permanecía en silencio, aunque las palabras de Nicholas despertaron su curiosidad.

—Cualquier libro de historia os hablará de Samuel Finley Breesse Morse como un artista estadounidense nacido en el año 1791 en Charlestown, Massachussets, que inventó el primer telégrafo electromagnético, capaz de transmitir mensajes cifrados en un alfabeto de puntos y rayas, ideado por él. Pero la leyenda escondida os dirá que Samuel Morse era un sabio profesor de Bellas Artes de la Universidad de Nueva York, que en el año 1831 viajó a Europa y entró en contacto con la sociedad Ouróboros, de la que aprendió su lenguaje de signos secretos, y a la que se unió a pesar de su regreso a Estados Unidos.

—¿Los signos que hemos encontrado en las tablillas? —preguntó Beth, que había olvidado ya su enfado.

—Sí, esos signos forman parte de un misterioso lenguaje, tan antiguo como el tiempo, usado por los sabios de la sociedad Ouróboros para mantener en secreto sus mensajes.

—Pero el alfabeto de Morse sólo eran puntos y rayas —argumentó Nicholas.

—En efecto, NK. A su regreso de París, Samuel Morse mantuvo una intensa correspondencia con la sociedad Ouróboros en Francia, y pensó en un medio que sustituyera la complejidad gráfica de los signos de las tablillas por otro más ágil, y más fácil de escribir y de descifrar. Así ideó su propio alfabeto, que muy pronto serviría a toda la humanidad para comunicarse desde grandes distancias a través del telégrafo inventado por él. Pasados los años, cuando la sociedad Ouróboros decidió trasladar la Esencia del Misterio desde París a Nueva York, Samuel Morse fue la persona elegida para hacerse cargo de ella, así como de organizar la nueva etapa de la sociedad Ouróboros en Estados Unidos. Sin embargo, ese primer proyecto de trasladar la Esencia del Misterio hasta América no pudo realizarse, pues Samuel Morse murió el dos de abril de 1872 en Nueva York; aún tendrían que pasar catorce años más, hasta 1886, para que la Esencia del Misterio llegara a esta ciudad.

—¿Por eso hicieron esta estatua en su memoria? —quiso saber Beth.

—La leyenda asegura que, poco tiempo antes de su muerte, los nuevos miembros de la sociedad Ouróboros en Nueva York le rindieron un gran homenaje, colocando esta escultura en Central Park como recuerdo de su gran sabiduría.

Nicholas miró la estatua de bronce y vio que Samuel Morse sostenía un trozo de un mensaje telegráfico en su mano derecha.

En ese momento una ráfaga de viento sopló a su alrededor. El trozo del mensaje se desprendió de la mano del inventor y voló con la suavidad de una pequeña tira de papel. Nicholas la cogió en el aire y miró con asombro los signos de un misterioso lenguaje:

Handwritten text in a dark, narrow horizontal strip, possibly a title or header, containing various symbols and characters.



# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

20

Benson y Walter Stuck aún permanecieron un rato en la sala del Club Gótico, después de que terminara la reunión del Consejo Supremo. Walter Stuck estaba airado y nervioso. Sus argumentos no habían convencido a los miembros del Consejo y temía una rebelión en su seno, liderada por el hermano Robert. Tenían que encontrar la Esencia del Misterio cuanto antes, y Walter Stuck creía saber cómo lograrlo. Benson se ocuparía de esos chicos con una prioridad absoluta. Pero él aún tenía pendiente otro asunto sobre el que Benson, con el rostro cubierto por la capucha negra de su hábito de monje, le preguntó.

—¿Cuándo piensa realizar la traslación neuronal de la doctora Hart a un nuevo cerebro? Usted le prometió que no pasaría mucho tiempo desde su muerte, antes de que le diera una nueva vida.

—La echas de menos, ¿no es cierto, Benson? —Han pasado semanas desde que no está con nosotros, y no me acostumbro a verlo a usted sin ella.

—Yo tampoco, Benson, créeme. Aunque, últimamente, Katie se había vuelto irritable y bastante desconfiada.

—Algo lógico, si me permite decirlo, señor Stuck. Usted volvía a ser un hombre joven y apuesto, mientras que ella había comenzado a sufrir la decadencia de su belleza y de su juventud. Cuando aceptó someterse a la traslación neuronal para continuar a su lado, temía que usted la abandonara y que no cumpliera su promesa.

—¿Por qué dices eso?

—Ella misma me lo dijo. Fue durante una conversación un poco frívola. Probablemente ni siquiera hablaba en serio. Ya sabe usted cómo son las mujeres. Aunque yo creo que ese día me confesó las dudas que ella misma se negaba a aceptar.

El gesto de Walter Stuck se endureció.

—La idea de que su cadáver apareciera marcado con la palabra Kôt en la mano y sin cerebro, como los del resto de los científicos de Cornell fue suya, no mía. Decía que así moriría como una científica mártir y no como una científica asesina. También creía que, de ese modo, la policía tendría más difícil encontrar una razón que explicara su muerte. Sin embargo, con el descubrimiento de la cripta del Centro Grosling, las cosas se han complicado mucho más de lo que pensábamos, y quizá no sea ahora el momento apropiado para llevar a cabo una nueva traslación neuronal.

—Pero ella lo hizo por usted, señor Stuck.

—¿Y crees que me he olvidado de sus desvelos? Además, aún tenemos que encontrar un cerebro receptor apropiado, y ello nos llevará tiempo.

—Pensaba que el cerebro receptor ya lo tenía usted elegido desde hace tiempo.

—¿Susan Gallagher?

—Sí.

—Yo también he pensado en esa posibilidad. Reúne todos los requisitos necesarios para ser una receptora idónea: es guapa, joven, inteligente, culta, atractiva, rebelde...

—Estoy seguro de que a la doctora Hart no le importaría volver a vivir con esa nueva apariencia.

—No estoy muy seguro de que la aceptara. Katie detestaba a las mujeres como Susan. Ella siempre fue una mujer bastante tímida y discreta.

—Entonces, ¿qué piensa hacer usted con Susan Gallagher?

—Voy a casarme con ella.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

21

A escasa distancia de la entrada principal del cementerio de Greenwood, en Brooklyn, Aldous Fowler y la teniente Taylor asistían a la inhumación del cadáver de Adam Grosling, acompañados por el forense Scrinna. La extensa y cuidada superficie del cementerio abarcaba extensas praderas de césped sembradas de tumbas, frondosos bosques y un lago rodeado de grandes panteones de piedra caliza. El mausoleo de la familia Grosling era una amplia construcción cilíndrica, sustentada en numerosas columnas, sobre cuyos capiteles se apoyaba una pretenciosa cúpula circular. La lujosa sepultura había sido construida por Richard Grosling muchos años antes de su muerte, y en ella habían sido enterrados él y su esposa, fallecida a causa de una grave enfermedad poco tiempo después. Ambos ocupaban dos sarcófagos de mármol blanco a uno y otro lado del panteón, sin más inscripción que sus nombres y las respectivas fechas de su nacimiento y de su defunción, tallados en la tapa de la sepultura. En el centro del panteón destacaba un formidable sepulcro de similar factura a los otros pero de mayor tamaño, en el que, bajo el nombre de Adam Grosling había un epitafio labrado en la piedra que decía:

## MENTE Y ESPÍRITU

—Sobre la tumba de Adam Grosling no hay ninguna fecha inscrita, ni la de su nacimiento ni la de su muerte. Parece como si quisiera decir, de algún modo, que él había alcanzado la inmortalidad, y que ya no le importaba el paso del tiempo —comentó la teniente Taylor, mientras dos operarios del cementerio procedían a despegar la pesada tapa del sepulcro.

—Nunca he dudado de que, algún día, el ser humano llegaría a ser inmortal, pero me equivoqué al pensar el modo en que lo conseguiría y en lo que aún tardaría en lograrlo —dijo el forense Scrinna.

—La ciencia no sólo puede conducirnos al cielo, también puede arrastrarnos al infierno. Adam Grosling y la doctora Hart lo sabían y eligieron seguir ese camino.

—Como médico, aún no puedo creer que el dossier sobre «El experimento Jekyll y Hyde» sea cierto.

—Mente y espíritu, aunque en este caso se trate de una mente y de un espíritu perversos, doctor Scrinna. La misma inscripción de la tumba nos anuncia lo que vamos a encontrar aquí —dijo la teniente Taylor, cuando sonó el chasquido de la gran losa de piedra al abrirse.

Ajeno al diálogo de sus compañeros, Aldous Fowler estaba inspeccionando cada rincón del mausoleo, buscando algún signo como el de las serpientes erguidas. Pero no encontró la más mínima señal que relacionara aquellas tumbas con el asesino de los científicos de Cornell.

Dentro del sepulcro de piedra había un ataúd de madera exquisitamente ornamentado. Los empleados del cementerio lo abrieron, pero estaba tan vacío como los cráneos de las víctimas del Prestidigitador.

—¿Empieza a creer ahora en la inmortalidad de Adam Grosling, doctor Scrinna?  
—dijo la teniente Taylor, sin el menor sentimiento de sorpresa.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

21

El sábado por la mañana, Beth y Nicholas volvieron a entrar en el juego de los enigmas infinitos. Muy cerca de la estatua de Samuel Morse, en Central Park, habían encontrado una nueva tablilla con otro signo del misterioso lenguaje de la sociedad Ouróboros.

—Éste es el octavo —dijo Nicholas al verlo.



Beth miró la cinta de papel que se había desprendido de las manos de Morse y comprobó que ese signo también aparecía en ella. Pero ni Beth ni Nicholas intentaron descifrar su significado. Carol les había hablado del noveno enigma, que contenía la palabra «estrella», y sólo pensaban en el lugar del mapa de la leyenda escondida hacia el que debían dirigir a sus personajes virtuales. Decía así:

Como el Arca de Noé todas las especies guarda,  
pero será una estrella la que atraparé tu mirada.

Al principio pensaron que el único lugar que guardaba animales de todas las especies en Nueva York era el Parque Zoológico de Central Park. Sin embargo, allí no había nada que pudiera tener relación con una estrella. Así que pronto desecharon esa opción, pues el zoo tampoco aparecía en el mapa de la leyenda escondida, y, hasta ese momento, cada lugar de Manhattan al que habían llegado estaba pintado en él. Por eso Nicholas no tardó en caer en la cuenta de que tras ese enigma se ocultaba otro lugar:

—¡El Museo de Historia Natural! —exclamó.

—Sí, NK, allí hay ejemplares disecados de todas las especies, como en el Arca de Noé.

—Y además hay dinosaurios, y estrellas...

—¡El Planetarium! —dijo Beth, incapaz de creer que el juego de los enigmas

infinitos volviera a hacerles viajar por la historia.

Conocían muy bien el Planetarium Hayden. Y hacia allí se dirigieron.

El camino más corto para llegar desde la estatua de Samuel Morse era cruzando el parque por la Transversal número 2 de este a oeste, hasta llegar a Central Park West Avenue. Pero en esa ocasión no hizo falta que Nicholas y Beth decidieran qué rumbo tomarían.

—Venid, acercaos a mí y dadme vuestras manos, formaremos un triángulo mágico.

Nicholas y Beth hicieron lo que Carol les pedía. Cada uno de ellos se situó a su lado y sus personajes virtuales se cogieron de las manos con los brazos extendidos hasta formar un triángulo que pronto se iluminó con una intensa luz azul.

—Ahora cerrad los ojos hasta que yo os diga que podéis volver a abrirlos.

Con los ojos cerrados, Beth y Nicholas se preguntaban qué iba a ocurrir con ellos. Era posible que hubiesen llegado al final del juego, y que a partir de ese momento hicieran un viaje sideral de la mano de Carol, un viaje que los llevara muy lejos, hacia algún lugar perdido del universo donde encontrarían al fin la Esencia del Misterio. Sin embargo, nada de eso ocurrió. Cuando Carol les dijo que podían volver a abrir los ojos, sus personajes virtuales se encontraban en un lugar intensamente iluminado, muy distinto de la oscuridad que los cubría entre las sombras de Central Park.

Beth se sintió fascinada al ver a su personaje virtual en el interior de la formidable estructura de cristal y acero con forma de cubo del Rose Center For Earth and Space, en la parte del Museo de Historia Natural dedicada a los orígenes de la vida y del universo. Ante ellos tenían la gran esfera del Hayden Planetarium. Tanto Nicholas como ella pasaban por allí de vez en cuando para ver las proyecciones sobre el espacio. Pero la fascinación de Beth se vio interrumpida por la voz de su madre, que en ese momento abrió la puerta de su dormitorio.

—El detective Fowler ha venido a verte, dice que quiere hablar contigo un momento.

—Iré enseguida, mamá —dijo Beth, sintiendo que se le encogía el estómago. Ella ni siquiera había oído el timbre del apartamento.

La madre volvió a salir, y Beth dijo:

—Lo siento, NK, tengo que interrumpir temporalmente nuestra misión en el Planetarium. Conectaré luego contigo.

Nicholas le preguntó si le ocurría algo, pero Beth ya no podía oír su voz.

El detective Fowler estaba sentado frente a su madre en el salón, tomando una taza de café. Cuando Beth entró se puso en pie para saludarla.

—Hola, señor Fowler.

—¿Qué tal Beth? Siento haberte interrumpido...

—Sólo estaba leyendo unos artículos en la página web de la NASA —mintió Beth sin pudor.

Aldous Fowler volvió a sentarse y abordó directamente el motivo de su visita.

—En el FBI me dijeron que ayer por la tarde fuiste a verme.

La madre de Beth, sorprendida, volvió su mirada hacia ella para observar su reacción. Beth deseó que se la tragara la tierra en ese instante.

—¿Fuiste a las oficinas del FBI ayer y no me dijiste nada? —le preguntó con calma.

—Te llamé al hospital, pero me dijeron que estabas muy ocupada y que te llamara en otro momento.

—Déjela, señora Hampton, probablemente se le olvidara comentárselo. Ya sabe cómo son de distraídos los chicos. Piensan en hacer una cosa y al momento se han olvidado de ella —dijo Aldous Fowler, intentando evitar el enfado de la señora Hampton. Y acto seguido preguntó—: ¿Por qué fuiste a verme, Beth?

Beth se sentó en el sofá y comenzó a hablar en voz baja, como si se confesara.

—Hace un par de noches tuve una pesadilla, que me mantuvo despierta hasta la madrugada...

La madre la interrumpió. Ella había sido testigo de lo que su hija decía.

—Yo misma oí un grito horrible y fui a ver lo que le ocurría. Estaba sudando, pero me dijo que ya había pasado.

—Y era cierto, mamá, sólo que ya no volví a conciliar el sueño. No sé por qué me había obsesionado con la palabra que el asesino de los científicos marcaba en sus manos.

—¿La palabra «Kôt»? —preguntó Aldous Fowler.

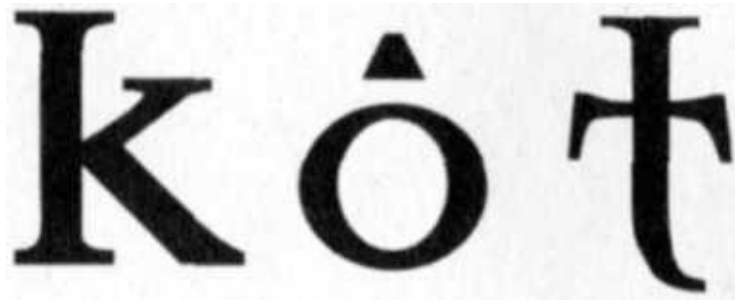
—Sí, durante toda la noche estuve viendo esa palabra en mi mente como si supiera que tenía otro significado. Me levanté de la cama, busqué en internet algunas páginas de prensa en las que aparecían las noticias de los crímenes y las imprimí. Me quedé mirando fijamente la palabra «Kôt» durante un buen rato, y entonces vi que se trataba de un criptograma que escondía otra palabra distinta...

—¿Una palabra distinta? —dijo Aldous Fowler, admirado. Esos chicos no dejaban de sorprenderle.

—Iré a mi cuarto por unas hojas en las que escribí el proceso que seguí para descifrarla, es un poco complicado.

Beth salió del salón y regresó al cabo de pocos segundos. Volvió a sentarse y colocó frente a Aldous Fowler la primera hoja impresa.

—Usé el programa Paint de Windows para hacerlo —dijo, mostrándole al policía la palabra «Kôt» que a él tantos quebraderos de cabeza le había causado.



—No sé cómo pude darme cuenta de ello, pero lo cierto es que vi que las tres letras de la palabra «Kôt» podían descomponerse para formar otras letras distintas. Así que comencé por la letra k.

Beth pasó la hoja, y le mostró otra al detective Fowler, mientras su madre la miraba alucinada.



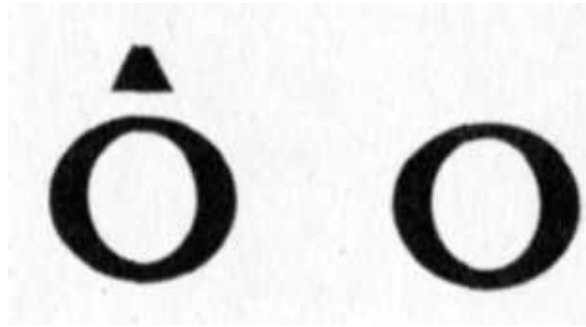
—Descompuse la letra k, y obtuve una i y una c, de manera que resultaba una palabra distinta: «Icôt» —dijo Beth pasando a una nueva página.



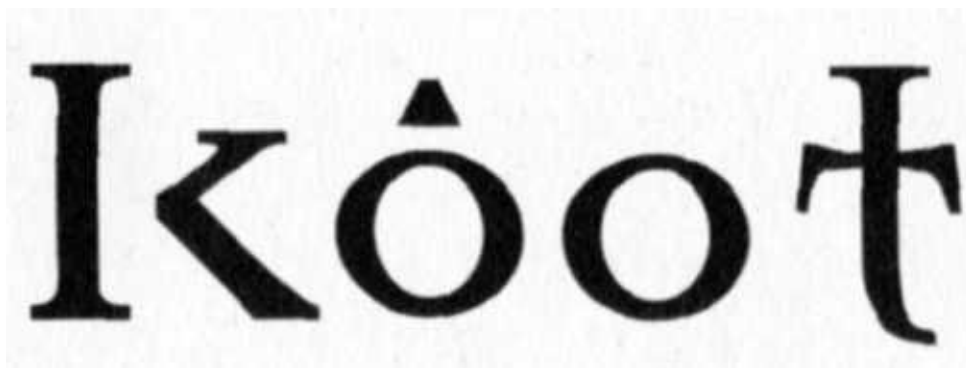
—¿«Icôt»? ¿Y qué significa «Icôt», Beth? —quiso saber Aldous Fowler.

—Nada, es sólo una parte del proceso de creación de la nueva palabra escondida en «Kôt» —dijo Beth, y pasó otra hoja de papel.





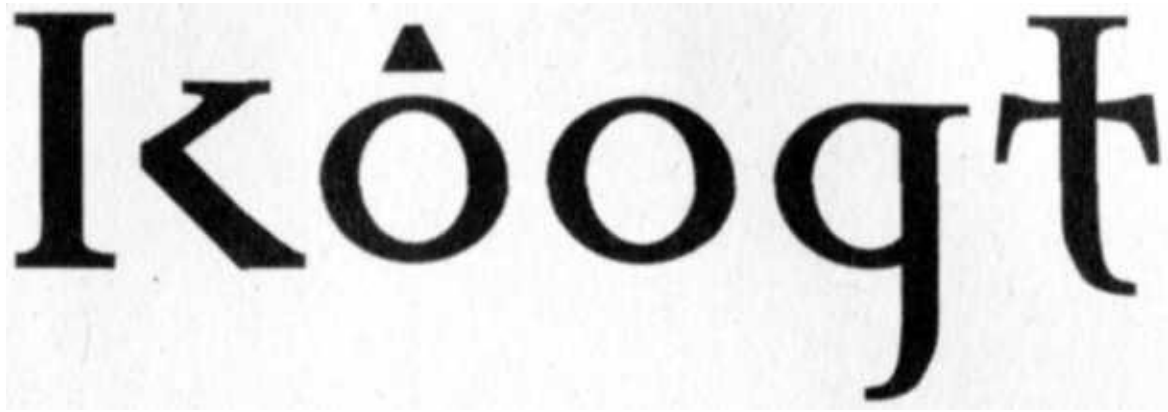
—Si ahora separamos la ô de la tilde obtenemos otra o, y, con ambas, la palabra que resulta sería: «Icôot» —dijo Beth, y pasó a la página siguiente.



—Pero la mayor dificultad la encontré en la letra t con forma de una cruz y una espada —prosiguió Beth, pasando a una nueva hoja de papel.



Pensé que si descomponía la letra t y retiraba los brazos de la cruz obtendría una especie de l, que al invertirla horizontalmente se convertía en una j. Entonces me di cuenta de que si unía la j y la o formaba una letra g perfecta. La palabra que resultaba era: «Icôogt» —concluyó Beth, mostrándole al detective Fowler otra página.

A horizontal sequence of six Gothic-style letters: 'I', 'K', 'O', 'O', 'G', and 'T'. The letters are black and set against a light, textured background.

—Tres letras convertidas en seis sin añadir nada a la palabra «Kôt». ¡Es realmente increíble, Beth! —exclamó asombrado Aldous Fowler.

—Ahora, señor Fowler, sólo hay que ordenar esas seis letras para formar la verdadera palabra encriptada en la palabra originaria «Kôt» —dijo Beth orgullosa.

—¿Y cuál es esa palabra, Beth?

Beth pasó la última página, dejando a la vista del detective Fowler una palabra que tenía para él mucho significado.

A horizontal sequence of six Gothic-style letters: 'G', 'O', 'T', 'I', 'K', and 'O'. The letters are black and set against a light, textured background.

—¡Gótico era el seudónimo de Adam Grosling cuando firmó el documento de la Fundación Universo! —exclamó.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

21

A Walter Stuck le hubiese gustado ser él quien le desvelara a Aldous Fowler el significado de la palabra «Kôt», pero cuando lo llamó por teléfono para decirle que había resuelto ese criptograma se encontró con que el hermano de Susan ya lo sabía.

—¿Lo has descifrado tú? —preguntó incrédulo. Él estaba convencido de que nadie sería capaz de descomponer las letras de la palabra Kôt hasta darle forma a otra palabra muy distinta de aquélla. Ni siquiera los expertos en criptología del FBI habían podido resolverlo a pesar de disponer de los más avanzados sistemas de descifrado de códigos secretos.

Aldous Fowler sonrió al otro lado del teléfono.

—No, yo habría sido incapaz de conseguirlo. Lo descifró una mente mucho más joven y despierta que la mía —dijo, sentado en el desordenado salón de su apartamento.

La imagen de los chicos de la EEJA rondó el pensamiento de Walter Stuck. Sin duda eran mucho más listos de lo que él había supuesto, y si habían conseguido descifrar ese enigma, sin duda descifrarían también los del juego de internet que llevaba hasta la Esencia del Misterio.

—Bueno, siento haber llegado tarde con esa información, pero pensé que te interesaría saber que una de las antiguas sociedades secretas europeas de origen medieval que se establecieron en Estados Unidos, y de las que te hablé la noche que cenaste con Susan y conmigo en mi casa se llamaba precisamente el Club Gótico.

—¿El Club Gótico?

—Así es, Aldous. Estudié algo sobre ella en Oxford. ¿Recuerdas que te dije que a comienzos del siglo XIV surgió en Francia una desconocida leyenda que atribuía al fraile dominico Boulvar de Goztell la fundación de una sociedad secreta de monjes inquisidores, cuyo principal objetivo era la búsqueda de la piedra filosofal?

—Ahora no puedo recordar con detalle esa leyenda, pero creo saber de qué me estás hablando.

—Pues apostarí mi fortuna a que se trata de la misma sociedad secreta que se reunía en mi casa cuando pertenecía a Richard Grosling, y que esa sociedad era el Club Gótico. A buen seguro un club de hombres muy poderosos de Estados Unidos que buscaban la Esencia del Misterio para apoderarse de ella y dominar el mundo. Hay algunas referencias históricas a ese club en muchos estudios sobre sociedades secretas del siglo XIX, que tuve la oportunidad de leer en Oxford.

—Gracias, Walter, te agradezco mucho tu ayuda.

—No tiene importancia, éste es un asunto que, como historiador, me intriga tanto como a ti. Buscaré en la biblioteca privada de Richard Grosling, quizá haya algo en

ella que me pasó desapercibido cuando hice el inventario de sus libros después de comprar la casa.

—Entonces estaremos en contacto. ¿Qué tal está Susan?

—Algo inquieta por nuestra entrevista en la NBC. Ya la conoces. Es esta noche y está estudiando el guión. Quiere que sea el mejor programa de su carrera en televisión.

—Ayer me dijo que ibais a casaros pronto.

—Amo a tu hermana, Aldous, la amo con toda mi alma.

—Cuídala, Susan es demasiado frágil a pesar de su aparente fortaleza.

—Lo sé, no debes preocuparte por ella, será muy feliz a mi lado.

—Salúdala de mi parte.

—¿Por qué no vienes a comer mañana con nosotros? Es domingo y podremos celebrar juntos nuestro compromiso de bodas. Susan se alegrará.

—No sería mala idea, pero estoy bastante ocupado. Quizá otro día.

—Lo comprendo, llámanos cuando quieras.

—Hasta pronto, Walter.

Aldous Fowler colgó el teléfono y se quedó pensativo. Todo encajaba en el esquema que había elaborado hacía tiempo, con la salvedad de que la palabra «Kôt» se transformaba en la palabra «Gótico» y, las serpientes erguidas, en el rostro del diablo. El complicado puzzle al que él y la teniente Taylor se habían enfrentado estaba a punto de cerrarse. Habían completado las piezas que aún le faltaban y que confirmaban a todas luces que la mente perversa de Adam Grosling, cualquiera que fuese el cerebro en el que seguía con vida, era el asesino de los científicos de Cornell. Ahora sólo le quedaba encontrar al hombre en el que se escondía el verdadero rostro del diablo, entre los millones de habitantes de la ciudad de Nueva York. Pero esa tarea le pareció tan imposible como alcanzar una estrella con las manos.

Cogió su bloc de notas de la mesa y pasó unas hojas. Estaba seguro de que había apuntado en alguna parte el teléfono del domicilio del profesor Jacob Bloom, junto al número de la Universidad de Columbia. No sabía si lo encontraría en su casa un sábado a mediodía, pero era la única persona que podía ayudarle.

—¿Sí, quién es?

Aldous Fowler reconoció su voz al instante.

—Hola profesor, soy Aldous Fowler. ¿Se acuerda usted de mí?

—Aún tengo buena memoria, detective, y sé que la última vez que hablé con usted no fui muy educado.

—No se preocupe por mí, señor Bloom, pude comprender sus razones.

—Un viejo como yo no debería tenerle miedo a nadie, ni siquiera a la muerte, pero me asusté. Yo les conocía a todos. Espero que sepa disculpar mi cobardía.

—Vamos, profesor, es usted demasiado duro consigo mismo. Pero no le llamaba

para que me pidiera disculpas. Sólo quería hacerle unas preguntas.

—Le agradezco que se haya acordado de mí. ¿Qué quería saber?

—Si alguna vez oyó usted hablar de una sociedad secreta llamada el Club Gótico.

—Creía que la sociedad secreta que le interesaba conocer se llamaba Kôt.

—Sí, pero también podría tener ese otro nombre.

—«Gótico» era una palabra muy utilizada en el siglo XIX por muchos esotéricos embriagados de lo diabólico y lo mágico. Cualquier sociedad secreta que adorara al diablo podría llamarse de ese modo.

—Necesito saber quiénes pueden formar parte de ella actualmente.

—Las verdaderas sociedades secretas son tan invisibles como el viento, detective. No creo que consiga su objetivo, a menos que alguno de sus miembros decida ponerse en contacto con usted. Son ellos los que eligen.

—¿Sabe al menos dónde podría encontrar información sobre esas sociedades secretas de las que me habla, profesor? —preguntó Aldous.

Jacob Bloom no tuvo que pensar su respuesta.

—En la biblioteca privada de John Pierpont Morgan, en Madison Avenue, hay libros antiguos muy interesantes sobre sociedades secretas. Morgan era un apasionado coleccionista de manuscritos y libros raros de todas las épocas, tal vez allí pueda usted encontrar algo.

—¿Y por qué no me habló usted de esa biblioteca la última vez que le visité en la Universidad de Columbia?

—Porque usted no me lo preguntó, detective.

Aldous Fowler tuvo la certeza de que el profesor Jacob Bloom seguía ocultándole todo lo que él sabía sobre el Club Gótico para no comprometer su propia vida, y, en ese instante, se compadeció de él. No era más que un viejo y desdichado cobarde.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

22

Hacía unos días que Corina Frediani no salía a la calle. Por eso dijo que sí sin dudarle cuando Aldous Fowler llegó al apartamento de

Ann Harwey y le propuso que lo acompañara a la biblioteca Pierpont Morgan, en Madison Avenue.

—Estaré lista en un minuto —añadió feliz.

Entró en el dormitorio y dejó la puerta abierta.

—¿Cuándo terminará mi cautiverio? —preguntó, mientras se desnudaba.

Aldous oía su voz un poco lejana.

—Cuando estemos seguros de que no corres ningún peligro.

—Pero ¿por qué iba a querer hacerme daño Adam Grosling? Lo que yo sé sobre la cripta ya lo sabe todo el mundo.

—Has sido nuestra confidente y es posible que él lo sepa y desee vengarse. No sabemos qué aspecto puede tener ahora. Hasta podría estar cerca del Centro Grosling sin que nosotros lo sepamos —dijo, sin dejar de ojear una revista de arte que había sobre la mesita del salón.

—¿Encontraste algo en los archivos del equipo de investigación científica?

—No, todos los científicos especializados fueron contratados hace más de un año.

Corina se vistió con rapidez, se pintó los ojos, se atusó el pelo frente al espejo, y volvió a salir del dormitorio con una alegre sonrisa en los labios.

—Si Adam Grosling es realmente el asesino de los miembros de la Fundación Universo, sería absurdo que siguiera cerca del centro, ¿no crees?

—Sólo es una posibilidad, pero nada es absurdo en un asesino en serie. ¿Se te ocurre algún otro lugar en el que podamos buscarlo?

—No, no tengo ni la menor idea, pero yo no soy policía —dijo, a la vez que cogía su cazadora de cuero y su bolso.

—Pues, aunque te cueste creerlo, a mí tampoco se me ocurre ninguna.

—Entonces ¿a qué vamos a la biblioteca de Pierpont Morgan? Aldous Fowler abrió la puerta del apartamento y le cedió el paso.

—Te lo contaré por el camino.

El sábado a mediodía los puentes de Brooklyn y de Manhattan aparecían libres de largas caravanas y atascos. También las calles de los alrededores del City Hall estaban medio desiertas, sin el intenso tráfico de un día laborable. Mientras Aldous le hablaba a Corina del verdadero significado de la palabra «Kôt» y del Club Gótico, avanzaron por la Avenida Bowery en dirección norte, cruzaron el parque de Madison Square dejando a su derecha los rascacielos de Life Tower y Metropolitan, y continuaron por Madison Avenue hasta la calle Treinta y seis.

La biblioteca de John Pierpont Morgan permanecía abierta al público desde el año 1924 por expresa voluntad de su fundador, y estaba formada por un conjunto de tres edificios con elegantes fachadas de color chocolate, destinados a museo, sala de conferencias y exposiciones temporales de arte y biblioteca.

Aldous Fowler se identificó en la entrada como detective de homicidios del departamento de policía de Nueva York que deseaba consultar algunos libros de las colecciones de la biblioteca. El conserje, un hombre regordete de piel rosada y rostro brillante, le pidió que lo disculpara un momento y llamó a alguien por un interfono. En pocos segundos apareció en el hall un hombre mayor. Se acercó a los visitantes y se presentó con cordialidad.

—Mi nombre es Gilbert O'Connor. Lamento que el director de la biblioteca no pueda recibirles. Hoy es sábado, y como podrán comprender no se encuentra aquí. Pero yo les ayudaré en cualquier cosa que necesiten. Soy el responsable de los archivos históricos.

—Entonces quizá sea usted la persona que buscábamos —dijo Aldous Fowler complacido—. Necesitamos saber si en las colecciones privadas del señor Morgan hay algún texto que pueda hacer referencia a una antigua sociedad secreta de inspiración medieval llamada el Club Gótico.

—Pero esa sociedad secreta desapareció después de que Richard Grosling, su último gran maestre, se suicidara decapitándose a sí mismo.

—¿Conoce usted esa historia? —inquirió sorprendido Aldous Fowler.

—Leí una vez algo sobre ella, aunque hoy es una historia olvidada. De todos modos, imagino que los crímenes del Centro de Investigación Neurológica Grosling volverán a ponerla pronto de moda. A ello se debe su visita, ¿me equivoco?

—Siento no poder darle más detalles, señor O'Connor.

—Un asunto truculento, el de esos científicos asesinos, según he leído en la prensa. Pero si lo que les interesa es conocer los orígenes históricos de esa sociedad secreta en Estados Unidos, han venido al lugar apropiado. En la colección de manuscritos del difunto señor Morgan, hay uno de finales del siglo XIX que trata de la fundación del Club Gótico de Nueva York, con todas las reglas de la orden, aunque está escrito en latín clásico.

—¿Podemos ver ese manuscrito? —preguntó Corina, arrastrada por la curiosidad.

—Desde luego. Síganme, por favor.

Gilbert O'Connor los condujo por el interior del museo hasta una sala de grandes proporciones y techos muy altos, decorados con molduras y estucos. Era la sala de la biblioteca privada de John Pierpont Morgan, un mecenas de las artes y las letras, fallecido en el año 1913, y cuyo valioso legado era admirado por Aldous Fowler y Corina Frediani, que hasta ese momento desconocían su existencia. Un gran tapiz y una gigantesca chimenea de mármol tallado presidían la sala, cuyas paredes estaban

repletas de estanterías de maderas nobles que alcanzaban los tres pisos de altura, y a las que se accedía a través de un corredor que volaba sobre los estantes inferiores. En algunos atriles se exponían gruesos manuscritos iluminados, y varias vitrinas contenían ejemplares únicos de antiguos pergaminos de valor histórico incalculable.

—Mientras contemplan las colecciones iré a buscar la ficha del manuscrito que les interesa.

Al oír esto, una idea asaltó los pensamientos de Aldous Fowler.

—¿Hay algún modo de saber si alguien ha consultado ese manuscrito en los últimos años?

—Si no me equivoco, debe de figurar en la misma ficha. Hay un espacio al margen destinado al nombre de la persona que los consulta, aunque debo advertirle de que la biblioteca es muy estricta a la hora de permitir que estas reliquias sean manipuladas por los investigadores.

El señor O'Connor se acercó a un archivador, lo abrió con su propia llave, pasó algunas fichas y sacó una de ellas.

—Aquí está.

—¿Me permite un momento? —dijo Aldous Fowler, cogiéndola de sus manos antes de que el señor O'Connor se la ofreciera.

Le dio la vuelta a la ficha y comprobó que había sólo un nombre y una fecha escritos en ella:

Adam Grosling — 20 de diciembre de 1949

—¿Adam Grosling ha sido la única persona que ha consultado este manuscrito? —quiso saber Corina, que miraba la ficha por encima del hombro de Aldous.

—Según la ficha de control, así es —dijo el señor O'Connor.

—Y lo hizo tan sólo dos semanas después del suicidio de su padre, en la Navidad de 1949 —añadió Aldous Fowler, a la vez que le devolvía la ficha.

—¿Qué significa eso, Aldous? Estás hablando de algo que ocurrió hace más de cincuenta y cinco años.

—Simplemente corrobora algo que ya me temía: que Adam Grosling sustituyó a su padre como gran maestro del Club Gótico, cuando aún era miembro de la Fundación Universo.

—Eso no te sirve de mucho, si no averiguas quién es ahora el gran maestro de la sociedad secreta —dijo Corina.

El señor O'Connor carraspeó.

—Quizás yo pueda ayudarles.

—¿Usted... ? ¿Cómo?



# LA LEYENDA ESCONDIDA

22

Junto a la base de la esfera del Planetarium, Nicholas había encontrado un nuevo signo del misterioso lenguaje de la sociedad Ouróboros.



Era un signo igual a otro que ya habían encontrado antes, en la catedral de Saint Patrick. Nicholas supuso que ese signo se correspondería con una letra repetida en el mensaje que aún debían descifrar, y decidió esperar a que Beth regresara al juego de los enigmas infinitos para informarla de su nuevo hallazgo. No quería seguir adelante sin ella. Pero, mientras esperaba, Nicholas imprimió la cinta de papel que se desprendió de la mano de la estatua de Samuel Morse en Central Park, y reunió cada uno de los signos que habían encontrado a lo largo de su recorrido por los lugares de la leyenda escondida de Nueva York. Si cada signo se correspondía con un enigma, y cada enigma contenía un seudónimo de los nueve miembros de la Fundación Universo, pensó que los nueve signos estaban completos con el último que había encontrado.





—Pues no ha sido así.

—¿Por qué siempre dejas para el final lo más importante?

—Eres tú quien se precipita en sacar conclusiones. No le he contado nada sobre la leyenda escondida. Sólo le hablé del significado de la palabra «Kôt». Estaba convencida de que era algo que el FBI tenía que saber. Además, en el juego de los enigmas infinitos no hemos encontrado nada sobre ese asunto.

—Entonces, ¿cómo pudiste resolverlo?

—No lo sé, estaba mirando la palabra «Kôt» y de pronto vi que había otra palabra que podía formarse con ella. Fue algo inexplicable, que ni yo misma puedo entender.

—¿Y qué significa la palabra «Kôt»?

—Te lo diré en otro momento, no es fácil de explicar.

—Yo también he resuelto el enigma de los signos del lenguaje misterioso.

—¿Lo has hecho?

—Sí, no tenía nada mejor que hacer mientras te esperaba.

—De acuerdo, NK, tú ganas. ¿Te acuerdas del signo de las dos serpientes que se transformaba en el rostro del diablo?

—Claro, jamás podré olvidar eso.

—Pues la palabra «Kôt» se transforma en la palabra «Gótico».

—¿Y eso adónde nos lleva?

—No tengo ni la menor idea. Gótico es el estilo arquitectónico de la catedral de Saint Patrick, y tiene su origen en la Francia medieval y en sus catedrales.

—Como el origen de *El manuscrito de los prodigios cósmicos* escrito por Grimpow.

—Parece que todo tiene su origen en esa época. Carol nos habló de ello cuando nos contó la leyenda escondida de la catedral de Saint Patrick.

—¿Sabes, BH?, hay algo increíble en todo esto.

—¿Y ahora te das cuenta?

—No, no es eso lo que quiero decir. Es que la palabra encriptada que he descubierto en los signos del misterioso lenguaje de la sociedad Ouróboros también es una palabra de la Edad Media: «Cloisters».

—¿Claustros?

—Sí, claustros. Supongo que se refiere a los patios rodeados de columnas de las abadías medievales. Pero no entiendo qué sentido puede tener esa palabra en el juego de los enigmas infinitos.

—Yo sí —dijo Beth con seguridad. Hace un par de años estuve allí con mi madre.

—¿Es que se trata de un nuevo lugar de la leyenda escondida?

—Tendrías que conocer mejor tu propia ciudad, NK.

—Estoy pensando, pero no consigo recordar qué lugar de Nueva York es éste. No creo haberlo visitado nunca.

—«Cloisters» es el nombre de la parte del Metropolitan Museum dedicada al arte de la Edad Media. Pero los claustros no están en la Quinta Avenida, como el museo, sino en Harlem. Es una especie de abadía o monasterio. Recuerdo que me encantó visitarla, era tan misteriosa...

—Pero hace un par de horas el juego virtual nos había conducido hasta la esfera del Planetarium, en el Rose Center For Earth and Space, del Museo de Historia Natural, y ese lugar tiene más relación con el futuro que con el pasado. No consigo entender qué vínculo puede haber entre un lugar y otro.

—Entremos en el juego de nuevo. Es muy posible que las respuestas a esas dudas estén en la estrella que atraparé nuestra mirada, según decía el enigma que nos llevó hasta el Planetarium. Carol se alegrará de volver a vernos.

—Ya he introducido la clave de acceso, BH.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

22

Susan Gallagher estaba sentada en el gabinete, repasando el guión del programa de esa noche, en el que entrevistaría a Walter Stuck como promotor del nuevo Parque Medieval de Nueva York e historiador especializado en la Edad Media. Walter le había prometido que revelaría algunos de sus hallazgos relacionados con la sociedad secreta que se ocultaba tras los asesinatos de los científicos de Cornell, y Susan no podía disimular su nerviosismo por esa circunstancia. La NBC preveía un programa de máxima audiencia en todo Estados Unidos, que supondría una gran responsabilidad para ella y para todo el equipo. Nunca hasta entonces unos asesinatos en serie habían despertado el interés de todo el país. Algo lógico si se consideraba la condición de científicos de sus víctimas, y el descubrimiento de los horribles experimentos con seres humanos vivos, realizados por la doctora Katie Hart en el Centro de Investigación Neurológica Grosling. Cualquier noticia novedosa que pudiera dar alguna luz sobre unos y otros crímenes sería acogida por el público con gran expectación, y Susan era consciente de ello.

Ni siquiera se dio cuenta de que Walter se acercó a ella por la espalda, hasta que sus manos le acariciaron los hombros.

—Acabo de hablar con tu hermano por teléfono —le susurró al oído.

—¿Has hablado con Aldous?

—Quería que conociera algunos detalles importantes sobre la sociedad secreta de la que hablaré esta noche en tu programa, antes de que pudiese oírlos en televisión. No quiero que piense que intento invadir un territorio que le pertenece a él.

—Eres muy considerado, Walter.

—Tratándose de tu hermano, mi deseo es que no haya secretos entre nosotros.

Las palabras de Walter Stuck sacudieron los pensamientos de Susan. Ella y su hermano Aldous sí que guardaban un secreto que no habían compartido con él. Ambos habían intentado averiguar a sus espaldas quién fue la mujer que abandonó a su hijo al nacer en un orfanato de Newport, en Rhode Island. Aunque ella lo había hecho para darle una sorpresa si conseguían algún dato que les permitiera identificarla. El propio Walter le había manifestado su deseo de saber quién había sido su madre, y ella sólo había intentado ayudarle. Pero después de que Aldous le dijera que el hombre que había pagado sus estudios en Oxford se llamaba Benson Stuart Cross, comprendió que se había equivocado. Benson era también el nombre de su secretario, y hasta era posible que su nombre completo fuese Benson Stuart Cross. Pero en ese momento se juró a sí misma que jamás volvería a curiosear en los asuntos de quien iba a convertirse en su esposo. Ella no tenía ningún derecho a inmiscuirse en la vida privada ni en el pasado de Walter. Quizá él no le había contado toda la verdad

sobre la historia de sus estudios en Oxford ni sobre la persona que le nombró heredero de una gran fortuna, pero eso ya no le importaba. Tampoco ella le había hablado a Walter de su fracaso matrimonial con Leo Brake ni de su pasada adicción a las drogas. Nadie debería hurgar en el pasado de otro si él no lo deseaba, se dijo Susan a sí misma. Eso sería tan horrible como entrar en su memoria, para arrebatársela.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

23

—Estoy seguro de que esta ficha ha sido falsificada —dijo el señor O'Connor con gesto indignado, respondiendo a la pregunta del detective de homicidios.

Aldous Fowler volvió a coger la ficha del manuscrito del Club Gótico y la miró detenidamente.

—¿Por qué piensa que la han falsificado? —preguntó. Él era incapaz de ver algo en ella que le condujera a esa misma conclusión.

—La caligrafía de la anotación del nombre de Adam Grosling no se corresponde con la empleada hace más de sesenta años. Conozco bien otras fichas de esa época, y ésta es una mala imitación del virtuosismo con que escribían entonces los empleados de la biblioteca.

Volvió a acercarse al archivador y buscó las fichas de otros manuscritos de la colección Morgan que habían sido consultados en los años cuarenta.

—Véanlo ustedes mismos, las diferencias son evidentes a simple vista.

—¿Y para qué iba alguien a falsificar una ficha de la biblioteca? —preguntó Corina Frediani, anticipándose a Aldous Fowler.

—Es algo insólito, desde luego, y la única razón que se me ocurre es que quien sustituyó la ficha auténtica quisiera hacer desaparecer el historial de consulta del manuscrito —dijo el señor O'Connor con convicción académica.

—¿Borrar los nombres de las personas que lo han consultado a lo largo de los años? —inquirió Aldous Fowler.

—Exactamente.

—¿No hay otro tipo de control informatizado de las personas que consultan la colección Morgan?

—Sin duda, incluso es necesario cumplimentar un formulario de solicitud de consulta bibliográfica, que el director debe autorizar expresamente. Ya les dije que la biblioteca es muy cuidadosa con la manipulación de estos manuscritos, aunque la mayoría de ellos no han sido consultados más que por el propio personal de la biblioteca. Desde hace años, los libros raros sólo despiertan el interés de algunos coleccionistas.

—¿Sería tan amable de mostrarnos el manuscrito, señor O'Connor?

El manuscrito del Club Gótico era un texto pequeño escrito con pulcritud en latín clásico, y sin ninguna iluminación en las hojas de pergamino que lo formaban.

—No son más que las reglas de la orden del Club Gótico, y en él no aparece ningún nombre de los miembros que lo fundaron. Aunque aquí pueden ver el lugar y la fecha.

Los ojos de Corina Frediani y Aldous Fowler se fijaron sin mucho interés en una

nota al pie de la primera página, que decía: «Nueva York, 1890».

—¿Sabe usted si el señor John Pierpont Morgan perteneció a la sociedad secreta del Club Gótico en esos años?

—Me pregunta algo que yo no sé responderle, detective. Según la ficha, el manuscrito fue adquirido por el señor Morgan para su colección privada en el año 1912, más de veinte años después de la fundación del Club Gótico. Dudo mucho de que fuese miembro de esa sociedad secreta, si tuvo que pagar por adquirir el manuscrito de su fundación. Y si he de serle franco, ni siquiera podría asegurarle que ese manuscrito sea auténtico.

—¿Qué quiere decir, señor O'Connor? —preguntó Corina.

—Verá, a finales del siglo XIX y principios del XX hubo una verdadera oleada de esoterismo en Nueva York, que hacía surgir sociedades secretas en cada rincón de la Gran Manzana como una plaga de gusanos. Todos querían formar parte de ellas y nadie sabía quiénes eran realmente sus miembros. Muchos truhanes sin ningún escrúpulo aprovecharon la credulidad de la gente para hacer su negocio, ofreciendo símbolos, objetos sagrados, lemas, manuscritos y reliquias de todo tipo, que habían pertenecido a alguna orden medieval. En esta biblioteca hay muchos manuscritos como éste, atribuidos a los masones, los rosacruces, los profetas, los templarios...

—Pero muchas de esas sociedades secretas existieron realmente, y algunas de ellas aún existen —dijo Aldous Fowler.

—Por supuesto, el problema es saber cuáles forman parte de la historia y cuáles son pura leyenda.

—¿Y quiénes las gobiernan actualmente? —quiso saber Corina.

—Ése es sin duda su mayor secreto, aunque supongo que son hombres muy poderosos que actúan desde la sombra.

—¿Le importaría que repasáramos el historial de consultas de este manuscrito en sus archivos informáticos, señor O'Connor? —preguntó el detective.

Regresaron a la entrada y pasaron a la zona de administración donde se encontraban los archivos informatizados de la biblioteca. Por más caminos que Aldous Fowler se había empeñado en recorrer, todos, volvían a conducirlo a una misma persona: el inmortal Adam Grosling. Aunque en esa ocasión, se encontraría con que un nombre muy distinto volvía a cruzarse en su camino.



# LA LEYENDA ESCONDIDA

23

Que Nicholas hubiese resuelto el enigma de los signos del lenguaje misterioso, antes incluso de saber que en esos signos estaba encriptado el nombre del lugar de Nueva York en que la Fundación Universo había escondido la Esencia del Misterio, fue una sorpresa para Carol. Pero más aún le sorprendió que Beth hubiese descifrado el enigma de la palabra «Kôth», del que ella ni siquiera les había hablado.

—Entonces ha llegado el momento de que abráis *El manuscrito de los prodigios cósmicos* que encontrasteis en la Biblioteca Pública —dijo.

Su personaje virtual seguía bajo la esfera del Planetarium, y a él se unieron los de Beth y Nicholas, tan pronto volvieron a entrar en el juego de los enigmas infinitos.

Ambos activaron el panel de control de sus pantallas y pulsaron sobre el icono del manuscrito. El libro se abrió con el sonido de las grandes hojas de pergamino al ser deslizadas unas sobre otras, y Nicholas y Beth comenzaron a contemplar las más bellas ilustraciones sobre el universo que hubiesen visto nunca. Constelaciones, galaxias, estrellas, satélites y planetas habían sido dibujados con una precisión matemática, y cada página que pasaban les mostraba un lugar distinto del universo, como si su autor conociera cada detalle de ese firmamento infinito. Luego vieron ilustraciones de la Vía Láctea y del Sistema Solar, en una prodigiosa sucesión que parecía adentrarse desde la lejanía del Sol hasta la Tierra, pasando por Mercurio y Venus. Un hermoso planeta azul aparecía pintado sobre el fondo negro de un cielo estrellado; y algo indefinido, como un meteorito seguido por una larga estela de fuego, se dirigía hacia él para provocar un impacto inevitable. Después, las ilustraciones mostraban paisajes distintos de la Tierra y animales de muchas especies que habitaban en ellos. Y, más adelante, seres humanos prehistóricos sentados alrededor del fuego y cubiertos de pieles. Y escenas de la vida en la antigüedad y en la Edad Media. Pero las páginas del manuscrito no terminaban, y las ilustraciones mostraban un sinfín de artilugios inventados por el ser humano a lo largo de la historia. Incluso había bocetos de insólitas máquinas capaces de volar y de cruzar el espacio. En la última página, una de esas máquinas presentaba muchas semejanzas con los transbordadores espaciales que Nicholas y Beth conocían, y parecía dirigirse hacia una estrella lejana rodeada de planetas, junto a los que aparecía la fórmula de la Teoría de la Relatividad de Einstein. Eran las únicas letras del manuscrito.

—¿Ésta es la estrella que atraparé nuestra mirada? —preguntó Beth.

—No exactamente, aunque esa ilustración de *El manuscrito de los prodigios cósmicos* tiene mucho que ver con ella.

—¡Es como el pedazo de mapa del logotipo de la EEJA! —exclamó Nicholas.

—Pero ¿cómo pudo alguien imaginar algo semejante a esos dibujos en la Edad

Media? —preguntó Beth, mirando de nuevo el logo de su gorra de astronauta aspirante.

—Cuenta la leyenda escondida que cuando el joven Grimpow descubrió el poder de la Esencia del Misterio, pudo ver todos los prodigios que el ser humano llegaría a crear en el futuro. Y vio que había una estrella lejana, en uno de cuyos planetas existía una vida tan inteligente como la que podía existir en la Tierra. La Fundación Universo conocía este manuscrito y desde hace muchos años intentaba descubrir la situación exacta de esa estrella.

—¿Y consiguieron encontrarla? —preguntó Beth.

—Acompañadme al interior del Planetarium. Entenderéis mejor la leyenda, si antes conocéis lo que dice la historia.

Subieron la rampa que rodeaba la esfera del Rose Center For Earth and Space, dejaron atrás las reproducciones de Júpiter y Saturno que flotaban sobre sus cabezas y entraron en el Planetarium por una de las puertas de acceso del público. La gran sala estaba iluminada y completamente vacía. Carol avanzó hasta el centro y esperó a que Nicholas y Beth se situaran junto a ella. Cuando lo hicieron, las luces se apagaron, y en las pantallas de sus ordenadores apareció la imagen virtual del profesor Kenneth Kogan junto a una lanzadera de Cabo Cañaveral en el Centro Espacial Kennedy de la NASA, en Florida. Nicholas y Beth volvieron a enmudecer, como la primera vez que vieron su rostro. Ambos pensaron que el profesor Kenneth Kogan seguía con vida, pero pronto cayeron en la cuenta de que su imagen no era una imagen real, sino que se trataba de un personaje más del juego, como Carol y ellos mismos.

—¡Hola, Beth! ¡Hola, Nicholas! Me alegro de volver a veros sanos y salvos. Si habéis llegado hasta aquí podéis sentirnos orgullosos de vuestra aventura. No era fácil buscar la Esencia del Misterio en el juego de los enigmas infinitos, y vosotros estáis a punto de lograrlo. Durante todo este tiempo, probablemente os hayáis preguntado muchas veces por la razón de esta aventura. Supongo que descubrir en ella la leyenda escondida de Nueva York podía ser un motivo suficiente. Pero cuando nos vimos por primera vez en la EEJA, os dije que habíais sido elegidos para cumplir una trascendental misión: la Misión Ouróboros. Ahora que habéis llegado a la fase final del juego creeréis que la misión ha concluido y no es así. La Misión Ouróboros no ha hecho más que comenzar. Hace muchos años, cientos de años, un joven como vosotros encontró la Esencia del Misterio y vio en ella todo lo que *El manuscrito de los prodigios cósmicos* os ha mostrado. Ese joven, como muchos otros que le siguieron, supo que en la Esencia del Misterio radicaba la genialidad del ser humano. Y descubrió que, un día lejano, algunos seres humanos viajarían hasta los confines del universo en busca de una estrella que él mismo llamó Ouro, y en la que existía una vida inteligente similar a la de nuestro planeta. En el año 1972, mi buen amigo Carl Sagan, a quien yo le había hablado de esa leyenda, ideó enviar un mensaje

simbólico al espacio, que vosotros conocéis muy bien.

—¡Es el mensaje enviado por la NASA con las sondas *Pioneer X* y *XI* —exclamó Nicholas.

Pero el profesor Kenneth Kogan no pareció oír esas palabras, y prosiguió:

—Como sabéis, ese mensaje se completó con otro en el año 1977, contenido en un disco de oro que fue enviado por la NASA al espacio junto a las sondas *Voyager I* y *Voyager II*. Durante mucho tiempo no hubo respuesta alguna a esos mensajes, pero, hace un año, algunos radiotelescopios del SETI (Search for Extraterrestrial Intelligence) detectaron una respuesta procedente de un lugar desconocido del universo. La NASA puso entonces en marcha un gran proyecto espacial dirigido en secreto por mí, para viajar hasta ese planeta de la estrella Ouro, del que parecían provenir las señales detectadas. Ese proyecto espacial de la NASA es la Misión Ouróboros, en la que vosotros participaréis como los primeros jóvenes astronautas de la historia. Para ello aún debéis encontrar la Esencia del Misterio, en la que están las claves necesarias para localizar esa estrella lejana en la inmensidad del universo. Si lo conseguís, muy pronto tendréis noticias más y de la NASA. Y ahora, dejad que esa estrella atrape vuestra mirada. ¡Hasta pronto!

La imagen virtual del profesor Kenneth Kogan se desvaneció en la cúpula del Planetarium, seguida de un estruendo que puso en marcha los motores de una insólita nave espacial, lista para el despegue. En pocos segundos el rugido se hizo más intenso, y Nicholas y Beth contemplaron asombrados cómo la insólita nave se desprendía de la lanzadera de Cabo Cañaveral, en Florida, y volaba hacia una lejana estrella llamada Ouro, a una velocidad vertiginosa.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

23

En los estudios de televisión de la NBC todo estaba preparado para dar comienzo al programa de entrevistas de Susan Gallagher. Potentes focos iluminaban el plató, en el que dos butacas de diseño, situadas una junto a la otra, quedaban frente a unas gradas atestadas de público. Walter Stuck había pasado por la sala de maquillaje y esperaba sentado en la butaca del invitado sin mostrar la más mínima inquietud, mientras un técnico de sonido le colocaba un micrófono inalámbrico en la solapa de su chaqueta. Se sentía tranquilo, y estaba seguro de que sus revelaciones sobre los crímenes del Centro Grosling y los asesinatos de los científicos de Cornell provocarían un efecto sorpresa entre millones de telespectadores de todo Estados Unidos, deseosos de conocer los misterios que rodeaban ambos casos. Pero él no estaba allí como policía sino como promotor del Parque Medieval de Nueva York e historiador experto en la Edad Media. Su intervención, en ese punto, debía limitarse, pues, a hacer un análisis de los hechos, que conectara la muerte de los científicos con una antigua sociedad secreta llamada el Club Gótico, cuyo único propósito había sido vengar la muerte de las decenas de víctimas inocentes de la ciencia, encontradas en la cripta del Centro Grosling. La ciencia era el verdadero peligro para el futuro de la humanidad.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

24

El nombre de Benson Stuart Cross no era desconocido para Aldous Fowler. Hacía tan sólo un par de días que Ann Harwey le había dicho que ése era el nombre del benefactor de Walter Stuck en Oxford. Oírlo de nuevo en boca del señor O'Connor le pareció una rocambolesca risotada del destino, que hizo que le temblaran las piernas. No podía creer que hubiese algún tipo de relación entre el benefactor del futuro esposo de su hermana y el Club Gótico. Sin embargo, los listados de consultas que el señor O'Connor acababa de mostrarle, pregonaban a grandes voces que no fue Adam Grosling sino Benson Stuart Cross quien, hacía poco menos de un año, había consultado el manuscrito de la sociedad secreta. Por esa razón debió de falsificar la ficha. En la base de datos de la administración de la biblioteca Pierpont Morgan seguía apareciendo el nombre de Adam Grosling, pero el señor O'Connor no tuvo ninguna duda de que esa información también había sido manipulada. Recordó que hacía algunos meses se realizaron unos listados de consultas de las colecciones de libros antiguos para un estudio estadístico encargado por la dirección de la biblioteca, y buscó en su despacho esos documentos.

—Tienen que estar por aquí —dijo mientras hurgaba en uno de los cajones de su mesa.

Cuando el señor O'Connor encontró los listados, el corazón de Aldous Fowler palpitaba desbocado. El manuscrito con las reglas de la orden secreta del Club Gótico había sido consultado en dos ocasiones: una por Adam Grosling en el año 1949, y otra por Benson Stuart Cross durante el mes de enero de 2007.

Con el corazón paralizado por la sorpresa, Aldous Fowler se hizo con unas copias de la ficha y del documento de consulta del manuscrito del Club Gótico, se despidió dando las gracias al señor O'Connor por su ayuda y corrió hasta su coche seguido a grandes pasos por Corina Frediani.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

24

Ni Beth ni Nicholas podían recordar qué les había ocurrido. Lo último que ambos recordaban era haber visto una lejana estrella que atrapó su mirada en el juego de los enigmas infinitos. Habían olvidado que era domingo y que la noche anterior quedaron en verse por la mañana para visitar el Rose Center For Earth and Space del Museo de Historia Natural. Antes de irse a dormir, Nicholas había consultado el programa de actividades del museo en internet, y se había encontrado con que la nueva película que se proyectaba en el Planetarium se titulaba *Ouro: la última estrella*. Querían comprobar si era la misma filmación que ellos habían visto en el juego virtual, después de que el profesor Kenneth Kogan les hablara de la Misión Ouróboros de la NASA. Luego, por la tarde, volverían a entrar en el juego para llegar hasta los Cloisters, en Harlem. Estaban fascinados con la idea de encontrar la Esencia del Misterio y saber qué ocurriría después en sus vidas. Pero no pudieron cumplir sus planes.

La mañana fue lluviosa y desapacible. El viento soplaba del norte con fuerza y una espesa oscuridad se había adueñado de los cielos de Manhattan. Sin embargo, a pesar de la lluvia, Nicholas y Beth decidieron ir caminando hasta el Museo de Historia Natural. Desde la zona residencial de Jefferson Park no tenían posibilidad de llegar en metro, mientras que si cruzaban andando por la Transversal número 4 de Central Park, el Rose Center For Earth and Space no quedaba muy lejos. Además, a Beth le encantaba pasear bajo la lluvia mientras hablaban. Se sentía feliz cuando el agua le mojaba el rostro.

Embutidos en sus chubasqueros, Nicholas y Beth bajaron por Lexington Avenue hasta la calle Noventa y seis.

—Anoche no dejé de pensar en el profesor Kenneth Kogan —dijo.

—A mí también me sorprendió verle de nuevo. Parecía tan real...

—¿Crees que aún seguirá con vida?

—No lo sé, Beth. Él también era miembro de la Fundación Universo, como todos los científicos asesinados.

—Muchas veces me he preguntado por qué habrá desaparecido.

—Él era el poseedor de la Esencia del Misterio que busca el asesino. Para mí está claro el motivo.

—¿Por qué no me dices realmente lo que piensas, Nicholas? Tú crees que también lo han asesinado, ¿verdad?

—Creo que la imagen que vimos ayer sólo era virtual. Una imagen grabada antes de que el profesor desapareciera.

—Sigues sin responder a mi pregunta.

Nicholas se detuvo y la miró fijamente a los ojos. Algunas gotas de lluvia se deslizaban por el rostro de Beth con un brillo de hadas.

—¿Te sirve de algo si te digo que sí, que creo que también lo han asesinado?

—Pero eso significa que el asesino también nos matará a nosotros si llega a descubrir que hemos encontrado la Esencia del Misterio que él busca.

—El asesino no lo sabrá nunca. Sólo lo sabremos tú y yo.

—Carol también lo sabrá.

—De momento, Carol sólo es un personaje virtual.

—Pero tú sabes que no es así.

—Aunque sea de carne y hueso como pensamos, Carol está de nuestro lado y no nos traicionará. Esta tarde entraremos de nuevo en el juego de los enigmas infinitos y veremos qué ocurre.

—Si la Esencia del Misterio está en los Cloisters, tal vez tengamos que ir hasta Harlem realmente. En el juego no podremos cogerla, allí todo es virtual.

—Yo también he pensado en eso, Beth. Pero si hemos de ir hasta Harlem tendremos que despistar al policía que nos sigue. Otra vez viene detrás de nosotros.

Beth volvió la cabeza y vio al hombre de la gabardina, con un sombrero y un paraguas negro. Indiferentes a la presencia del agente del FBI que los protegía, Nicholas y Beth cruzaron hacia el oeste hasta Madison, y continuaron hacia la Quinta Avenida. Central Park estaba desierto, pero no les pareció tan tenebroso como la noche que lo recorrieron en el juego de los enigmas infinitos para llegar a la estatua de Samuel Morse. En la realidad no había sombras siniestras a su alrededor que los acecharan. O, al menos, eso creían ellos.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

24

Walter Stuck felicitó a Benson y a Otto por haber cumplido su encargo con la prontitud que les había pedido. Esa mañana se había levantado de la cama con una terrible jaqueca, pero un buen desayuno y las gratas noticias de Benson le hicieron olvidar pronto su malestar. Susan aún dormía. Siempre dormía hasta después del mediodía cuando se acostaba tarde, y esa noche habían celebrado hasta la madrugada el éxito de su entrevista en televisión, acompañados por todo el equipo de redacción del programa y algunos directivos de la NBC. El poder de persuasión de Walter Stuck era incuestionable, y se había convertido en su mejor aliado para camuflar su verdadera personalidad. Ahora que el asunto de los asesinatos de los científicos de Cornell estaba bajo su control, no había ningún obstáculo entre él y la Esencia del Misterio que tanto ansiaba poseer. Había sido fácil capturar a los chicos y encerrarlos en la mazmorra, aunque ello hubiera supuesto la muerte de un agente del FBI.

—Todo fue muy rápido. Otto degolló al policía junto al gran lago de Central Park y lo ocultó entre los matorrales —le había dicho Benson.

Luego, Benson y Otto siguieron a los chicos con un coche robado, se acercaron a ellos, los dejaron inconscientes obligándolos a inhalar una sustancia impregnada en un pañuelo y los metieron en el maletero.

—¿Estás seguro de que no os vio nadie?

—Sólo una bandada de patos asustados.

A Walter Stuck le bastaron unos minutos en las mazmorras para entrar en la memoria de los chicos con el lector mental de la doctora Hart, y averiguar el lugar de Nueva York en que estaba escondida la Esencia del Misterio. Nicholas y Beth seguían con los ojos cerrados, y estaban tumbados sobre una mesa de mármol, bajo la luz de unas antorchas encendidas, como dos cadáveres a punto de ser diseccionados.

—Esa Carol Ramsey es tan astuta como su viejo maestro. Ha devuelto la Esencia del Misterio a la Edad Media, dentro del Nueva York del siglo XXI —dijo al comprobar que tanto en la mente de Beth como en la de Nicholas aparecían los Cloisters, en Harlem.

Pero su inicial alegría se transformó en cólera cuando el lector mental de la doctora Hart le informó de que no había ningún otro dato disponible en esa secuencia de memoria de los chicos.

—¡Maldita sea! ¡Los Cloisters son como un gran laberinto! ¡La Esencia del Misterio puede estar escondida en cualquier rincón del museo medieval! ¡Juro por el diablo que Carol Ramsey me las pagará! —gritó.

—No debe preocuparse por eso, señor Stuck; cuando los chicos despierten, Otto se ocupará de sacarles todo lo que sepan, utilizando sus propios métodos de



persuasión —dijo Benson.

—Torturar a estos chicos no serviría de nada. Si ellos supieran algo más, el lector mental lo habría detectado.

—Tampoco perderemos nada con intentarlo.

Walter Stuck se quedó pensativo.

—Tengo otro plan que no fallará —dijo Walter Stuck, sin poder sospechar que un acontecimiento inesperado cambiaría todos sus planes.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

25

Con una taza de café en las manos, Aldous Fowler esperaba la llegada de la teniente Taylor a las oficinas del FBI en Federal Place. Le había asegurado que estaría en su despacho antes de las ocho de la mañana, y ya eran más de las nueve. La llamó por teléfono al móvil, pero no estaba operativo. Pensó que, posiblemente, los vuelos desde Washington se habrían demorado a causa de la lluvia. La noche anterior, Aldous la había informado con todo detalle del nombre relacionado con el Club Gótico que había encontrado en el listado de consultas de la biblioteca Pierpont Morgan, y su correspondencia con el nombre de quien fue benefactor de Walter Stuck hacía más de veinte años, Benson Stuart Cross.

—Averigüe esta noche todo cuanto pueda sobre ese sospechoso y espere a que yo llegue mañana, Aldous. Pero no dé ningún paso más en la investigación hasta que yo esté de regreso en Nueva

York. No quiero que se precipite. Si se trata realmente de algún miembro actual del Club Gótico podemos estar al fin sobre la pista correcta del Prestidigitador. — Haré lo que dice, teniente.

—¡Ah! Y una cosa más... Ha hecho usted un buen trabajo, le felicito.

Los sistemas informáticos del FBI no le proporcionaron a Aldous Fowler toda la información que hubiera deseado tener sobre su mesa. Benson Stuart Cross había nacido en Boston en el año 1945, tenía en la actualidad sesenta y un años, no poseía ninguna profesión concreta, aunque disfrutaba de una considerable fortuna en acciones de compañías petrolíferas desde hacía tres décadas. Su último domicilio conocido estaba en la ciudad de Providence, muy cerca de Newport, en Rhode Island, el lugar donde fue abandonado por su madre Walter Stuck. Era probable que Benson Stuart Cross, por alguna razón que Aldous Fowler no llegaba a comprender, decidiera hacer una obra de beneficencia con algunos de los chicos del orfanato de Newport, y por caprichos del destino hubiese sido Walter Stuck el elegido por su benefactor. Pero tampoco podía descartar que Benson Stuart Cross fuese el verdadero padre de Walter Stuck, y por eso se había hecho cargo de su educación y de sus estudios en un *college* de Oxford.

Aldous Fowler miraba la fotografía de Benson Stuart Cross con una pregunta clavada en sus pensamientos como un dardo envenenado: ¿conocería Walter Stuck la relación de ese hombre con su propio pasado? Y a esa pregunta se añadían otras de difícil respuesta: ¿por qué razón habría consultado Benson Stuart Cross el manuscrito fundacional del Club Gótico de la biblioteca Pierpont Morgan hacía menos de un año? ¿Qué vínculos lo unían a esa sociedad secreta que adoraba al diablo?

El timbre de su teléfono lo sacó de sus cavilaciones. Aldous creyó que sería la

teniente Taylor para avisarle del retraso de su llegada a Nueva York, pero el número que apareció en la pantalla del móvil le era desconocido.

—¿Detective Fowler?

Aldous no tardó en reconocer la voz de la persona que le llamaba por teléfono. Su dulce acento hispano era inconfundible.

—¡Señora Hernando, me alegro de oírla! ¿Qué tal está?

—Bien, bien, detective. Tengo un nuevo trabajo y no puedo quejarme.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarle?

—No, no le llamaba por eso. Es que ayer vi al hombre que visitaba a la doctora Hart en su casa, ¿se acuerda?

—¿El que paseaba con ella cogido de su mano? —preguntó Aldous, sorprendido.

—Sí, estaba entre el público del programa de la NBC en el que anoche hablaron de los asesinatos de esos científicos y de los horribles experimentos de la doctora Hart. Todo mentira, detective, la doctora Hart sería incapaz de hacerle daño a nadie, era una buena persona...

Aldous la interrumpió, no era la doctora Hart quien a él le interesaba.

—¿Dónde está usted ahora?

—En una casa de Upper East Side, entre la Tercera Avenida y la calle Setenta y dos.

—¿Puede apuntar una dirección? —preguntó Aldous Fowler con impaciencia.

—Espere un momento, cogeré algo con que anotarla.

Durante algunos segundos, los pensamientos de Aldous Fowler galoparon en su mente atropellándose unos a otros. Se sentía tan confundido como un sonámbulo.

—Dígame, detective.

—Es la dirección de mi apartamento en Queens. Tome nota: Northern Boulevard, ciento dieciocho. Coja un taxi ahora mismo y espéreme allí. Cruzando desde Upper East Side por el puente de Queensboro, usted llegará antes que yo.

—¿Ahora mismo? Pero hoy es domingo, señor Aldous, y está diluviando —dijo con timidez la señora Hernando.

—No le robaré mucho tiempo, y es necesario que haga lo que le digo, ¿de acuerdo? Yo iré en unos minutos.

Se disponía a dejarle una nota a la teniente Taylor cuando la vio abrir la puerta del despacho.

—Menos mal que ha llegado a tiempo. Iba a dejarle una nota en su mesa —dijo, demasiado nervioso para disimular la ansiedad que le corroía el estómago.

—Lo siento, las fuertes lluvias en Washington demoraron la salida de mi vuelo.

—Tenemos que irnos, la señora Hernando nos está esperando en mi apartamento para ver un programa de televisión —dijo, mientras guardaba la fotografía de Benson Stuart Cross en su cazadora.

—¿Está bromeando?

Pero Aldous Fowler no bromeaba. Él no solía ver en directo el programa de Susan la noche de los sábados. Siempre lo grababa para verlo en cualquier otro momento en que no tuviera nada mejor que hacer. Y aunque había pensado quedarse la noche del sábado en su apartamento para seguir la entrevista de su hermana a Walter Stuck, mientras cenaba acompañado por Corina Frediani, lo cierto fue que, después de su conversación telefónica con el profesor Jacob Bloom, programó la grabación en el vídeo como solía hacer siempre, y se olvidó de la entrevista. Al salir de la biblioteca Pierpont Morgan, Aldous llevó a Corina de regreso a la casa de Ann Hardwey, y se pasó por las oficinas del FBI para llamar a la teniente Taylor y buscar en los sistemas informáticos de la policía cualquier información sobre Benson Stuart Cross.

—Espero que el vídeo funcione y que no se haya atascado la cinta —dijo camino de su apartamento, después de poner a la teniente Taylor al corriente de sus sospechas.

—Por el bien de todos confío en que esté usted en lo cierto, y que ese tal Benson Stuart Cross nos conduzca hasta el Prestidigitador, si es que no es él.

La señora Hernando estaba esperando ante el portal del número 118 de Northern Boulevard, en Queens. Llovía intensamente y, a lo lejos, se oía la sirena de un coche de la policía que poco a poco se fue acercando hasta detenerse sobre la acera. Era un coche del

FBI conducido por el detective Fowler, a quien le acompañaba una mujer que ella no conocía.

—Teniente Taylor, le presento a la señora Hernando.

Aldous Fowler se alegró de haber ordenado su pequeño apartamento de la planta treinta y cinco el día anterior. De lo contrario, se habría sentido avergonzado ante las dos mujeres que lo acompañaban. El salón era una habitación sin ningún alarde decorativo aunque amueblada de un modo sencillo y práctico: un sofá, un par de sillones bajo el ventanal, una mesa y cuatro sillas. En las paredes había pósters enmarcados de unos grabados abstractos, adquiridos en la tienda de regalos del Guggenheim de Nueva York. Frente al sofá en el que se sentaron la señora Hernando y la teniente Taylor había una estantería con un viejo televisor con vídeo incorporado.

—Si desean tomar algo, pueden servirse ustedes mismas en la cocina mientras yo rebobino la cinta.

—Gracias, detective, pero en este momento sería incapaz de tragar otra cosa que no fuese un tranquilizante.

La teniente Taylor sonrió. Suponía que aquella situación debía de resultar chocante para alguien poco acostumbrado a colaborar en una investigación policial.

—Bien, señora Hernando, iré pasando la cinta del programa con secuencias rápidas hasta que aparezca una imagen del público. Luego la dejaré en pausa y usted

nos dirá qué persona era la que visitaba a la doctora Hart en su casa.

El vídeo se puso en marcha con un ruido de cabezales enmohecidos, a la vez que en la pantalla del televisor aparecían las imágenes de Susan Gallagher y Walter Stuck en rápidas secuencias. Los planos de cámara se deslizaban de un rostro a otro, y de vez en cuando daban un barrido general sobre el público, que apenas duraba unos segundos. La señora Hernando negaba en silencio con la cabeza cada vez que el detective Fowler detenía la imagen, hasta que una de las cámaras mostró el rostro compungido de una joven sentada entre los invitados.

—¡Ahí, junto a esa chica del público, a la izquierda! —gritó la señora Hernando, como si hubiese aguardado ese momento sometida a una tensión insoportable.

Dirigido por la mano de Aldous Fowler, el vídeo rebobinó, se detuvo, volvió a ponerse en marcha y volvió a detenerse dejando una imagen fija en la pantalla, que temblaba levemente. A pesar de ello, la imagen de la joven y del hombre que estaba sentado junto a ella eran perfectamente reconocibles.

—¡Ése es el hombre! ¡Estoy completamente segura!

Aldous Fowler sacó de su cazadora la foto de Benson Stuart Cross que aparecía en el sistema informático del FBI y la comparó con el rostro de la imagen congelada en la pantalla del televisor. Su silencio era elocuente. Luego se la pasó a la teniente Taylor.

—Sí, es la misma persona.

Entonces, un doloroso pensamiento estalló como un rayo en la mente de Aldous Fowler.

—¡Pemby!

# LA LEYENDA ESCONDIDA

25

Acurrucada entre penumbras en un rincón, Beth lloraba en silencio. Temblaba de frío y estaba aterrada. Había despertado en aquel siniestro lugar sin saber qué le había ocurrido ni dónde estaba. Tenía las muñecas y los tobillos sujetos por grilletes y por una corta cadena de hierro que le impedían moverse con libertad en el reducido espacio de la mazmorra. Tampoco sabía por qué estaba allí, aunque supuso que la Esencia del Misterio y la sociedad secreta que la buscaba tendría mucho que ver con su desesperada situación. Como siempre había temido, el asesino de los científicos de la Fundación Universo la habría atrapado. Pero aquello no era el juego virtual de los enigmas infinitos. Al otro lado de los barrotes de la celda, una antorcha iluminaba unos cuerpos desnudos y ensangrentados, colgados del techo. Beth no se sentía con valor para mirarlos. Era como mirar a la muerte. Tampoco tuvo valor para soportar que una rata se acercara a ella, olisqueando el aire con el hocico alzado y los ojos rojos brillando en la oscuridad. Dio un grito de terror cuando se acercó a sus piernas, y la rata huyó hasta ocultarse en un agujero. Entonces Beth oyó otra voz, un poco apagada.

—¡Beth... , Beth... ! ¿Eres tú?

—¿Nicholas? ¡Oh, Nicholas! —exclamó sin poder contener el llanto.

—Vamos, vamos, deja de llorar. Yo estoy aquí, muy cerca de ti —dijo Nicholas, intentando arrastrarse hasta los barrotes de su celda.

Pero las palabras de Nicholas no la consolaron. Beth continuó llorando.

—Creí que estaba solo y me alegré de que tú no pasaras por esto. Pero si también te han cogido a ti estoy contento de que sigamos juntos. No soportaría la idea de que estuvieras sola en esta mazmorra.

—No estamos juntos, Nicholas. No puedo verte, ni tocar tu mano. Tengo miedo...

—Pero podemos hablar..., nuestras voces nos servirán para no sentirnos solos.

Beth dejó que sus últimas lágrimas se le escaparan de los ojos.

—¿Qué nos va a pasar, Nicholas? ¿Nos matarán como al profesor Kenneth Kogan y a los otros? Me da miedo morir. La muerte es algo horrible...

—Si nos matan nunca tendrán la Esencia del Misterio. Eso es lo único que quieren de nosotros. Ellos no saben dónde está escondida —dijo Nicholas para darle ánimos.

—Nosotros tampoco sabemos aún en qué lugar de los Cloisters se encuentra.

—Y debemos seguir sin saberlo cuando nos pregunten. La Esencia del Misterio es nuestra única posibilidad de salir de aquí. ¿Lo entiendes, Beth? Es importante que lo entiendas muy bien. Pase lo que pase, ellos no deben saber lo que nosotros sabemos. Si lo descubren estaremos perdidos.

—No consigo recordar nada de lo ocurrido antes de despertar en este horrible lugar. Lo último que recuerdo son las imágenes virtuales del Planetarium —dijo Beth, cuyo rostro estaba marcado por finos riachuelos de lágrimas.

—Es sólo el efecto de la sustancia con la que nos durmieron, que nos ha causado una amnesia pasajera; a mí me ocurría lo mismo, pero yo ya he empezado a recordar.

—Necesito saberlo, Nicholas, necesito saber qué pasó y cómo hemos llegado a este lugar tan tenebroso. No soporto estar aquí, me volveré loca.

—Tranquilízate, pronto lo recordarás todo, te lo aseguro. Íbamos camino del Rose Center For Earth and Space para ver la nueva proyección del Planetarium, y comprobar si realmente se trataba de la misma del juego de los enigmas infinitos, cuando junto al lago de Central Park se nos acercaron dos hombres vestidos de negro y nos obligaron a inhalar algún líquido empapado en un pañuelo. Luego debieron de traernos hasta aquí y nos encerraron.

—¿Y cómo hemos pasado del futuro al pasado? Este lugar parece una cárcel de la Edad Media. ¿Has visto esos cuerpos colgados del techo, cerca de la antorcha? ¡Están muertos, Nicholas, muertos!

—Lo sé, es algo espantoso, pero prefiero no mirarlos ni pensar en eso ahora. Tú tampoco deberías hacerlo. Tenemos que encontrar la manera de salir de estas mazmorras como sea.

El sonido de una puerta los sobresaltó.

—¿Has oído eso? —preguntó Nicholas bajando la voz.

—Alguien viene, puedo oír sus pasos —respondió Beth con voz temblorosa, a la vez que se abrazaba a sí misma, en la posición fetal de un ser indefenso y asustado.

Las figuras de dos hombres surgieron al final de la galería subterránea como dos sombras siniestras. Ambos vestían largas túnicas negras, ceñidas a la cintura por un cíngulo, y sus rostros estaban ocultos bajo las capuchas. Su lúgubre aspecto bastó para que Nicholas y Beth se quedaran petrificados ante aquella presencia espeluznante.

Los dos hombres se acercaron en silencio y uno de ellos, el de tamaño gigantesco, descerrajó la puerta de barrotes de la celda de Nicholas. Entró en ella y le quitó los grilletes. Luego lo cogió como a un muñeco de trapo y lo puso en pie.

—¿Qué hacen? ¿Adónde me llevan? —balbució Nicholas.

El corpulento monje encapuchado lo alzó en volandas y se lo echó sobre los hombros, sin que hicieran mella en él los golpes ni las desesperadas patadas de Nicholas.

—¡Suéltense, suéltense! ¡No puedo dejar a Beth sola! ¡Suéltense, suéltense... !

—¡Nicholas... ! ¡Nicholas... ! —gritó Beth sin saber qué le ocurría. Pero la profunda soledad de la mazmorra devoró sus chillidos desgarrados.

# EL DESAFÍO DE LAS SERPIENTES

25

Después de haber visto el rostro de Benson Stuart Cross en el programa de televisión de la NBC, Aldous Fowler no dudó ni un instante de a quién pertenecía el verdadero rostro del diablo. Fue una sensación similar a la que había sentido hacía años, cuando supo que su amigo Tom no había llegado a casa la noche de su muerte: un fogonazo atroz, un brutal estallido de todos sus sentidos que le hacía ver nítidamente la verdad, durante tanto tiempo escondida en las nebulosas de un misterio, que él había llegado a creer indescifrable. Por un momento pensó que el asesino de los científicos de Cornell, el Prestidigitador en cuya mente se había refugiado Adam Grosling, podía ser Benson Stuart Cross, y que por esa razón habían borrado su nombre de la biblioteca Pierpont Morgan. Pero esa mañana lluviosa de domingo, al verlo como espectador del programa de Susan, una sorprendente conexión entre todas sus investigaciones se dibujó en su mente. El último gran truco de magia del Prestidigitador había quedado al descubierto, y ya no había ningún otro secreto por desvelar en su macabra chistera. Aldous Fowler reconstruyó mentalmente en segundos una misteriosa historia que había comenzado hacía mucho tiempo, cuando un grupo de estudiantes prodigio de la Universidad de Cornell decidió crear la Fundación Universo en el año 1945, para poner la ciencia al servicio de la humanidad y guardar una mítica piedra que acabaría llevando al ser humano hasta un lugar lejano del universo. Uno de esos estudiantes fue Adam Grosling, introvertido y huraño, aunque genial, cuyo padre, Richard Grosling, pertenecía a una sociedad secreta de origen medieval, fundada en el año 1890 en Nueva York con el nombre de Club Gótico, y que buscaba esa misma piedra. El suicidio ritual de Richard Grosling en 1949, causó un daño irreparable en su hijo Adam, que conocía las actividades de su padre y de la sociedad secreta a la que pertenecía. Por eso, unos años después, firmó el documento original de la Fundación Universo con el seudónimo Gótico, que era también el significado encriptado de la palabra «Kôt», que sólo él conocía. La gran fortuna de la que era heredero y su deseo de comprender el cerebro humano lo llevaron a fundar el Centro de Investigación Neurológica Grosling, con la ayuda de una joven y prodigiosa científica llamada Katie Hart, de la que se había enamorado cuando era su alumna en Cornell. Convertido en un prestigioso científico, en poco tiempo logró junto a la doctora Hart avances inimaginables en el conocimiento del cerebro humano, realizando experimentos que nadie antes había intentado. Sin embargo, algunos años después, en 1983, la caída de un caballo dejó paralizado todo su cuerpo. Postrado en una cama, Adam Grosling se había convertido en un cerebro vivo dentro de un cuerpo muerto. Cegado por la frustración y el odio hacia sus compañeros de la Fundación Universo, a quienes culpaba de todas sus desgracias, se



prometió a sí mismo que un día se vengaría de ellos y les arrebataría la Esencia del Misterio. Utilizando sus avanzados conocimientos en neurología, Adam Grosling le pidió a la doctora Hart que le devolviera la vida que había perdido tras el accidente que dejó paralizado todo su cuerpo. Enamorada de él desde su juventud, la doctora Hart aceptó buscar una solución médica para poder trasplantar su cerebro a un nuevo cuerpo. Pero ambos sabían que ese proceso de investigación científica era un proyecto a largo plazo y que aún habrían de pasar muchos años más antes de que sus criminales experimentos con humanos dieran algún resultado esperanzador. También era necesario encontrar un cuerpo adecuado para la nueva y futura existencia de Adam Grosling. No un cuerpo cualquiera, sino un cuerpo sano y fuerte cuyo crecimiento pudieran controlar sin problemas. Tenían, pues, que elegir una vida joven que reuniera todas las cualidades necesarias para llegar a ser perfecta. El chico elegido, un huérfano del que nadie se acordaría nunca, sería enviado lejos de Estados Unidos para adquirir una sólida formación académica como historiador en un prestigioso college de Oxford, prometiéndole convertirlo en heredero de una gran fortuna. Allí viviría hasta que llegara el momento. Benson Stuart Cross, que debía de ser el hombre de confianza de Adam Grosling, y miembro como él del Club Gótico, lo organizaría todo para que no hubiera ningún error. Él se ocuparía de seleccionar al chico en el colegio de huérfanos de Queens y de pagar sus estudios en Oxford para no dejar ningún rastro de la identidad de su verdadero benefactor. Sólo cuando la doctora Hart tuviera el éxito asegurado en sus experimentos con humanos, el chico regresaría a Estados Unidos, convertido ya en un hombre adulto. El chico huérfano elegido había sido Walter Stuck. Por eso su llegada a Estados Unidos coincidía con fechas anteriores, muy próximas, a la muerte fingida de Adam Grosling, cuyo cadáver no estaba en su tumba sino en la cripta en la que fue realizado «El experimento Jekyll y Hyde». Por eso Walter Stuck había heredado su fortuna. Por eso vivía en la mansión que había pertenecido a Richard Grosling, y por eso conocía su suicidio ritual, cortándose la cabeza con la guillotina que él mismo le había mostrado en las mazmorras del viejo museo de cera. Por eso Walter Stuck le dijo que había encontrado en una hornacina de la casa los documentos con el símbolo de las serpientes erguidas convertidas en el símbolo de un diablo llamado Baphomet. Por eso sabía que la palabra «Kôt» significaba «Gótico», y por eso sabía la historia de la sociedad secreta que cometía los crímenes. Por eso sabía que El Club Gótico buscaba la Esencia del Misterio, y por eso Walter Stuck deseaba apoderarse de ella. Por eso había asesinado a los científicos de Cornell y por eso estaba seguro de que el FBI nunca lo descubriría.

—¡Ese adorador del diablo nos ha engañado a todos! —exclamó Aldous Fowler junto al televisor, mientras, con manos temblorosas, marcaba en su móvil el número de teléfono de su hermana.

—¿Qué está haciendo, Aldous?

—Llamar a Susan y decirle que Walter Stuck es el asesino. —¡Se ha vuelto loco! Ella está con él.

Con los ojos aún cerrados por el sueño, Susan Gallagher buscó su teléfono móvil palpando sobre la mesita de noche sin ver nada. Si había algo en el mundo que no soportaba era que la despertara un sonido tan antinatural como una alarma electrónica. Odiaba comenzar el día con la misma ansiedad de quien es arrancado del sueño a causa de un peligro inminente. Y, aunque ella aún no lo supiera, ésa era precisamente la razón por la que sonaba insistentemente el teléfono. De haberlo sabido, a buen seguro que no lo habría apagado sin mirar quién la llamaba.

# LOS MONSTRUOS DE LA MENTE

26

La noticia de que el cadáver degollado del policía que protegía a Nicholas Kilby y Beth Hampton había sido encontrado junto al gran lago de Central Park, le fue comunicada a la teniente Taylor por el FBI a través de la radio de su coche.

—... los chicos han desaparecido, y sus padres no saben dónde pueden estar. Al parecer, iban a pasar la mañana del domingo en el Planetarium del Rose Center For Earth and Space, pero allí no estaban —dijo el agente que le hablaba por la radio.

—¡Oh, Dios mío, qué está pasando! —exclamó la teniente Taylor después de cortar su comunicación con la central del FBI.

Aldous Fowler estaba conmocionado por la noticia. La situación era mucho más alarmante de lo que él había supuesto, y ya no era sólo en la vida de su hermana Pemby en lo que pensaba.

—*Los monstruos de la mente* de Adam Grosling han vuelto a salir de su guarida en el cerebro de Walter Stuck —dijo.

—¿Para raptar a esos chicos?

—Hay algo que se nos ha escapado, teniente. Algo que esos chicos sabían y que no nos dijeron cuando nos hablaron de la historia de la Fundación Universo.

—Pero ¿qué tienen que ver ellos con todo esto? Sólo son unos adolescentes.

—Tal vez esos chicos de la EEJA sepan algo sobre la Esencia del Misterio que nosotros aún ignoramos.

—¿La Esencia del Misterio que guardaba Kenneth Kogan?

—Sí, él fue el creador de la Escuela Experimental de Jóvenes Astronautas en internet.

—Y Kenneth Kogan aún sigue desaparecido.

—Mucho me temo que la vida de los chicos pueda estar también en serio peligro, teniente.

—Cuesta creer que Walter Stuck sea tan cruel como para hacer daño a unos niños. En la entrevista de televisión se mostraba como un hombre encantador.

—Walter Stuck es posible que no, pero estoy seguro de que Los monstruos de la mente de Adam Grosling que habitan en su cerebro no lo dudarán.

—Tenemos que detener a Walter Stuck antes de que sea demasiado tarde.

La teniente Taylor conducía el coche por la Segunda Avenida en dirección a Greenwich Village bajo una lluvia torrencial. Había dado aviso por radio para que varias patrullas de agentes especiales del FBI rodearan discretamente la mansión de Walter Stuck, y aguardaran allí hasta que ella llegara. Sabía que en pocos minutos tendría que tomar la decisión más importante de su carrera como policía y no podía equivocarse. Las vidas de Susan Gallagher, Beth Hampton y Nicholas Kilby estaban

en juego, y podían depender de cómo jugara ella sus cartas, sabiendo que Walter Stuck tenía en su poder los ases de la baraja. El detective Aldous Fowler se había ofrecido para entrar en la casa y detener a Walter Stuck por sorpresa, una vez que se asegurara de que Susan no corría ningún peligro. Walter Stuck no podía sospechar nada de lo que ellos ya sabían sobre sus crímenes, y no se sorprendería de que Aldous Fowler hubiera decidido visitar a su hermana el domingo. El propio Walter le había invitado el día anterior a celebrar con ellos su compromiso de bodas. Podía ser una operación policial fácil y limpia, con la que poner fin a la segunda vida de Adam Grosling. Luego buscarían a los chicos en la mansión y los liberarían de su cautiverio. Sin embargo, la teniente Taylor no quería correr ningún riesgo. No sabían dónde podían estar los chicos ni si habría otras personas más en la casa. Lo más probable era que Walter Stuck no actuara solo, y que alguien vigilara a los chicos en el lugar en que estaban encerrados. Incluso era posible que el personal de servicio trabajara ese día en la casa a pesar de ser domingo. Demasiadas complicaciones para que Aldous Fowler pudiera controlar la situación él solo.

—Esperaremos a que caiga la noche y negociaremos con Walter Stuck, Aldous. Es el único modo de resolver este asunto sin más muertes.

Pero la teniente Taylor se equivocaba.

Susan Gallagher se despertó después de las doce del mediodía. Cogió el móvil de la mesita, lo encendió, y vio que la llamada perdida era de su hermano Aldous. Más tarde le llamaría. La noche anterior había bebido más de lo que era capaz de soportar, y aún sentía los efectos de la resaca borboteando en su cabeza. Descorrió las cortinas de la ventana y comprobó que llovía a cántaros sobre Manhattan. Necesitaba un café bien cargado y una aspirina. Lamentó que el servicio de la casa descansara los domingos. Entró en el baño y se lavó los dientes. Sonrió ante el espejo al recordar el éxito de su programa. Todos en la NBC lo habían celebrado. Walter era un tipo genial, se dijo a sí misma mientras miraba sus ojeras. Debía haber dormido un par de horas más, pero después de que sonara el teléfono sólo había conciliado un sueño ligero. Se vistió con ropa cómoda para estar en casa: un pantalón de fibra y una camiseta de algodón. Walter se habría levantado temprano, habría desayunado y estaría en su gabinete leyendo el *New York Times*, pensó.

La casa estaba en silencio. Sólo el monótono repiqueteo de la lluvia se oía como un rumor lejano. Susan bajó la escalera y fue hacia la cocina. La puerta del gabinete estaba entreabierta. Walter estaba de pie, junto a la chimenea, y de espaldas a la puerta. Guardaba en una bolsa algo que Susan no pudo ver hasta que entró en el gabinete. De pronto, la cabeza de Walter se volvió hacia atrás como si hubiese intuido la presencia de un espectro que lo acechaba.

—Creía que aún dormirías durante un buen rato —dijo con calma, al ver a Susan tras él.

—Una llamada de Aldous me despertó, y ya no pude conciliar el sueño de nuevo. Susan avanzó hasta él y le besó levemente en los labios.

—¿Has hablado con tu hermano?

—No, le llamaré luego, antes quiero tomarme un café y un calmante. Tengo un horrible dolor de cabeza.

—No deberías fumar tanto.

—¿Qué es eso? —dijo Susan, señalando los tarros de cristal que Walter guardaba en la bolsa. El asunto de su adicción al tabaco era algo de lo que no le agradaba hablar.

—Es una vieja colección de moluscos que había en el museo. Iba a deshacerme de ellos —dijo, metiendo la urna de cristal que tenía en la mano dentro de la bolsa.

—¿Y los guardabas en ese estante secreto? —preguntó Susan con ingenuidad, al ver abierto el compartimiento oculto tras la chimenea.

—En las viejas mansiones hay muchos rincones donde guardar cosas inservibles como éstas. Estaban ahí cuando compré la casa. Susan hizo ademán de acercarse al estante.

—Preferiría que no curiosearas entre mis cosas —dijo Walter con expresión de severidad, a pesar de la delicadeza con que le hablaba.

—Dijiste que no habría secretos entre nosotros.

Las manos de Susan giraron aún más el estante y cogieron una de las urnas de cristal. Pero apenas sus ojos se fijaron en la masa deforme que flotaba en un líquido viscoso, soltó un grito de espanto y dejó caer la urna junto a sus pies.

—¡Son cerebros humanos! —exclamó.

Horrorizada por lo que había visto, se llevó las manos a la boca sin decir nada.

Walter Stuck se mantuvo imperturbable.

—Todo ha sido inútil. Tu hermano Aldous y el FBI están ahí fuera. Han rodeado la casa —dijo.

En la mente de Susan Gallagher, un huracán despiadado devastaba todos sus pensamientos. Buscó algo en que apoyarse y se derrumbó sobre la butaca situada junto a la chimenea.

—¿Por qué... , Walter? —preguntó en voz tan baja que apenas fue un susurro inaudible.

—Tú no podrías entenderlo.

—Quiero saberlo, necesito saber por qué mataste a toda esa gente —balbuceó Susan entre sollozos, sin apartar las manos de su rostro. Balanceaba su cuerpo como una perturbada que se sintiera incapaz de mirar a su alienista a los ojos, temerosa de ver en ellos los ojos de la bestia que había descuartizado en segundos todos sus sueños.

—Era necesario que lo hiciera. Todos eran científicos arrogantes y vanidosos.

Ellos fueron los culpables de que el mundo se precipitara hacia el caos. Su genialidad nos ha hecho a todos desdichados, como si una maldición celestial hubiese caído sobre la Tierra a causa de sus herejías. Habían desafiado el poder supremo de Dios y le habían vencido, desterrándolo para siempre de su propio Reino. Ellos habían usurpado el trono de Dios, arrebatándole su gran creación de las manos. Eran ellos los que querían convertir al ser humano en el creador de sí mismo. Eran ellos los que decidían sobre la vida y la muerte en nombre de la ciencia. Eran ellos los que poseían la Esencia del Misterio para conquistar el universo... Yo me he limitado a impedirselo. Ésa es mi sagrada misión en este mundo: convertir al diablo en el nuevo rey de la Tierra.

—¡Tú eres el diablo! —gritó Susan.

La voz de Walter Stuck también se elevó.

—¡Sí, Susan, yo soy el diablo! ¿Y sabes por qué...? ¡Porque Dios fue demasiado débil y complaciente con sus propias criaturas y les permitió que desvelaran los secretos de su creación! ¡Fue demasiado bondadoso y se dejó traicionar por los seres humanos que él mismo había creado!

—¿Y por qué yo? ¿Por qué has destrozado mi vida? Yo creía en ti —dijo Susan con un hilo de voz.

Walter Stuck adoptó una actitud de abatimiento.

—Eras la hermana del detective de homicidios que investigaba los asesinatos y ello me permitía contemplar los efectos de mi obra como un espectador privilegiado. Además, podías ser útil al Club Gótico para impulsar el nuevo reino del diablo en el Parque Medieval de Nueva York. Pero eso sólo fue al principio, luego te conocí y me enamoré de ti...

—¡Cállate! ¡No soporto oír tus mentiras!

—Quería convertirte en un ser poderoso e inmortal que estuviera a mi lado para cuando llegara el momento de dominar el mundo. Juntos seríamos invencibles. El futuro sería nuestro. Sólo tuyo y mío.

—¡Estás loco, Walter! ¡Loco... ! —gritó Susan, saliendo de su postración.

—¡Te equivocas, Susan! ¡Yo era como tú pensabas hasta que llegué a Nueva York! ¡Fue la ciencia la que me convirtió en lo que ahora soy! ¡Fue la ciencia la que metió el diablo en mi cerebro! ¡Está aquí dentro, en mi cabeza, hablándome cada día, cada hora, cada minuto, cada segundo! —gritó, golpeándose la frente con la palma de su mano.

—¡Te has convertido en un monstruo!

—¡Ellos me hicieron así! ¡Adam Grosling y la doctora Hart manipularon mi cerebro! —volvió a gritar, desesperado—. ¿Quieres saber cómo? ¿Quieres ver el verdadero rostro del diablo? ¿Quieres ver el horror ante tus propios ojos? —continuó gritando.

Y a medida que le hablaba de *Los monstruos de la mente* de Adam Grosling que habitaban en su cerebro, la voz y el rostro de Walter Stuck se fueron transformando ante la mirada aterrada de Susan en los de un ser cadavérico, cuya visión no pudo soportar. Sus ojos se nublaron y sintió que se precipitaba a un abismo sin fondo, arrastrada por una tristeza insufrible.

Tan pronto cayó la noche, numerosos agentes armados del FBI se apostaron en lugares estratégicos de los alrededores de la mansión de Walter Stuck, dirigiendo las miras telescópicas de sus rifles hacia la puerta y las ventanas. El tráfico de coches y peatones de la calle fue desviado por la Sexta Avenida y, a pesar de la lluvia, numerosos curiosos comenzaron a agolparse en las cercanías del Jefferson Market Courthouse para ver qué pasaba en el tranquilo barrio neoyorquino de Greenwich Village. En pocos minutos, reporteros de todas las televisiones de Nueva York habían acudido a la zona acordonada por la policía para transmitir la información en directo. La noticia de que los dos chicos desaparecidos esa mañana podían encontrarse retenidos por el popular Walter Stuck, de quien el FBI sospechaba que era el asesino de los científicos de Cornell, se había extendido como una pandemia, de norte a sur y de este a oeste de Manhattan. Aldous Fowler había llamado insistentemente al teléfono de su hermana Susan, pero seguía sin contestar. El capitán McCloskey se había unido a la operación policial y permanecía junto a la teniente Taylor bajo una lluvia persistente.

La voz de la teniente Taylor retumbó en la calle, amplificada por un megáfono.

—¡Señor Stuck, le habla la teniente Taylor, agente especial del FBI!

Y, apenas dijo esto, la puerta de la mansión de Walter Stuck se abrió lentamente. Un potente foco de la policía iluminó la entrada de la casa. Cegada por la luz, Susan Gallagher se cubrió los ojos con las manos.

—¡Es Susan, es Susan Gallagher, no disparen! —gritó la teniente Taylor por el megáfono al ver a la hermana de Aldous Fowler bajo el umbral de la puerta como una aparecida.

Aldous corrió hasta ella y la protegió con su cuerpo.

—¿Dónde está Walter? ¿Y los chicos, sabes algo de ellos? —le preguntó.

Pero Susan tenía la mirada perdida y parecía haber enmudecido bajo los efectos de un shock irreversible. Un equipo de emergencias acercó una camilla y la tumbaron en ella.

—¡Cuídenla! —dijo Aldous a uno de los médicos, mientras los agentes armados del FBI se disponían a entrar en la casa.

En pocos segundos, las sirenas de la ambulancia se pusieron en marcha. Aldous regresó junto a la teniente Taylor y el capitán McCloskey. Walter Stuck debía de estar dentro con los chicos.

—Vengan conmigo —dijo, desenfundando su revólver.

—Deje que el grupo de asalto del FBI haga su trabajo, Aldous.

—La mansión de Walter Stuck es también un viejo museo de cera, teniente, usted lo sabe tan bien como yo, y los agentes del grupo de asalto del FBI no podrán llegar solos hasta las mazmorras. Los chicos pueden estar encerrados allí.

El capitán McCloskey asintió.

—Yo iré con él —dijo mirando a los ojos de la teniente Taylor.

—Ahora tú eres el jefe, Andrew, debes quedarte al mando aquí fuera. Aldous y yo entraremos en la casa para intentar que Walter Stuck se entregue voluntariamente, si es que se ha escondido con los chicos como rehenes en alguna parte del museo de cera. Nos acompañarán un par de agentes del grupo de asalto. Los demás pueden revisar el resto de la casa.

—Dentro todo parece estar sin luz —dijo Aldous.

—Usaremos gafas de visión nocturna.

—De todos modos cogeré una linterna. Quiero ver el rostro del diablo de cerca cuando detengamos a Walter Stuck —dijo Aldous, palpando en la guantera del coche.

Antes de entrar en la casa, Aldous y la teniente Taylor se colocaron unos chalecos antibalas y unos cascos provistos de binoculares de visión nocturna. Una imagen amarillenta, con formas apenas definidas por sus negruzcos contornos, transformaba ante sus ojos la densa oscuridad de la casa en visiones espectrales. Aldous Fowler sólo había estado en el interior de la mansión de Walter Stuck en una ocasión, pero creía poder recordar cómo llegó hasta las mazmorras del museo. En el gran hall de la entrada estaban las escaleras que subían a la segunda planta de la vivienda, y a su derecha se abría un amplio pasillo que conducía a la biblioteca y al gabinete de Walter. Las puertas estaban abiertas y en su interior todo parecía estar en orden. Más allá, a la izquierda del pasillo, había una gran puerta cerrada. Era la entrada al Salón Romántico en el que Aldous cenó el día que visitó la casa. Con los brazos extendidos, Aldous y la teniente Taylor apuntaban sus armas hacia cada rincón, con el solo sonido de sus agitadas respiraciones. Acompañando sus pasos, los dos agentes del grupo de asalto del FBI les cubrían las espaldas. Al final del pasillo otras salas se abrían ante ellos, repletas de figuras en cera de personajes históricos que parecían mirar a los intrusos con una quietud de estatuas. La teniente Taylor pensó que sus gafas de visión nocturna transformaban la oscura realidad que la rodeaba en un lúgubre cementerio de fantasmas.

—Por allí saldremos a la plaza de la hoguera. Es la parte medieval del museo de cera —dijo Aldous Fowler, señalando con su arma al fondo de un nuevo pasillo situado a su derecha.

La puerta de acceso a la pequeña plaza porticada estaba cerrada. Aldous intentó abrirla desde dentro, pero no pudo. Debía de estar atrancada desde el otro lado. Los dos agentes del grupo de asalto se adelantaron.



—Échense hacia atrás y protéjense tras ese muro, la abriremos con una carga explosiva —dijo uno de ellos.

El otro agente adhirió a la puerta una especie de masa alquitranada, y en pocos segundos la puerta saltó hecha astillas, al tiempo que un estruendo sordo hizo temblar el suelo del museo.

Cruzaron la plaza hasta la iglesia y entraron en ella. Las figuras de los monjes sentados en las gradas de la nave central ocultaban sus rostros sin ojos bajo las capuchas de sus hábitos negros.

—Este lugar es aterrador —murmuró la teniente Taylor, al cruzar entre ellos.

—Aún no ha visto nada —dijo Aldous Fowler.

La estrecha escalera de caracol que bajaba a las mazmorras se le antojó a la teniente Taylor la entrada a las entrañas del infierno. La puerta de hierro de la galería subterránea estaba abierta, y cuando la teniente Taylor entró en las mazmorras se sintió invadida por una asfixiante sensación de claustrofobia, acompañada por un fuerte olor a humedad.

—No se asuste, sólo son unos maniqués de cera —le advirtió en voz baja Aldous Fowler, al pasar junto a los cuerpos de los dos hombres desnudos y ensangrentados que colgaban del techo.

Pero los dos cuerpos que yacían inmóviles y acurrucados en las mazmorras que tenían ante ellos no eran de cera. Tenían los ojos abiertos en medio de la más negra oscuridad.

—¡Son los chicos! —exclamó la teniente Taylor.

Aldous Fowler encendió su linterna y vio que Beth Hampton y Nicholas Kilby estaban vivos, aunque aterrados.

Las puertas de barrotes de las celdas estaban abiertas.

—¡Sáquenlos de ahí y llévenlos afuera! —ordenó la teniente Taylor a los dos agentes, sin dejar de apuntar con el revólver a su alrededor. No estaba muy segura de que Walter Stuck no les hubiese tendido alguna trampa.

Aldous Fowler avanzó por la galería subterránea seguido de la teniente Taylor. A pocos pasos de ellos se encontraba Walter Stuck. Aldous lo iluminó con su linterna y vio que estaba vestido con un negro hábito de monje, arrodillado ante una guillotina y con la cabeza cortada.

# LA LEYENDA ESCONDIDA

26

Dos semanas después, Beth Hampton y Nicholas Kilby regresaban a sus clases en el colegio. No habían vuelto a verse desde que los agentes del FBI los liberaron de las mazmorras del museo de cera de la mansión de Walter Stuck, aunque habían hablado un par de veces por teléfono. Ambos estaban impresionados por el horrible suicidio de la persona que los había secuestrado, y que resultó ser el asesino de los crímenes de Cornell, como tantas veces había temido Beth. El macabro ritual del que Carol Ramsey les hablara en la catedral de Saint Patrick había vuelto a cumplirse. También habían recibido varias sesiones de ayuda psicológica con una psicóloga del FBI especializada en traumas adolescentes, que no apreció ninguna alteración en su personalidad, a pesar del horrible infierno que acababan de vivir: «Son dos chicos con una sólida fortaleza emocional», había concluido en su informe. El detective Fowler también pasó por sus casas para hablar con ellos. Aún había aspectos sobre su secuestro que debían ser aclarados, y sólo Beth y Nicholas podían aportar los datos necesarios para concluir la investigación policial. Benson Stuart Cross no había sido encontrado en la casa de Walter Stuck, y el FBI lo buscaba por todo Estados Unidos, junto a otros posibles cómplices del asesino de los científicos de Cornell y gran maestro de la sociedad secreta el Club Gótico, cuyos miembros seguían siendo desconocidos. Pero ni Beth ni Nicholas sabían quiénes podían ser sus secuestradores, a los que ni siquiera les habían visto las caras. Sólo recordaban que iban vestidos de negro cuando los atraparon en Central Park, y con un hábito de monje cuya capucha les ocultaba el rostro, cuando despertaron en las mazmorras del museo. En cuanto a la Esencia del Misterio que Walter Stuck y el Club Gótico buscaban, y que estaba en poder del desaparecido Kenneth Kogan, al que todos daban ya por muerto, el detective Fowler les dijo que hablarían más adelante, cuando olvidaran lo ocurrido. Sin embargo, ni Nicholas ni Beth se habían olvidado del juego virtual de los enigmas infinitos, ni de la leyenda escondida de Nueva York, ni de la Misión Ouróboros de la NASA. En alguna ocasión habían introducido las claves de acceso al juego en la página web de internet sin que consiguieran conectar con Carol Ramsey. Era como si nunca hubiera existido y sólo hubiese sido fruto de su imaginación. Incluso habían perdido toda esperanza de encontrar la Esencia del Misterio. Tal vez la realidad había sido demasiado brutal como para que ellos siguieran perdiendo el tiempo con infantiles juegos de videoconsola. Hasta era posible que Carol Ramsey no deseara volver a involucrarse en sus vidas, después de lo ocurrido.

Pero un día, al regresar de clase, Beth encontró en su correo electrónico un mensaje sin firma, bajo el asunto: «La Esencia del Misterio». En el texto aparecía un nuevo enigma, que decía:

En la capilla reposan los héroes medievales,  
entre claustros y tapices de unicornios celestiales.  
Bajo el enigma, una nota en negrita añadía:

### **Próximo lunes a las cuatro**

Beth comunicó con Nicholas por videoconferencia en cuanto leyó el e-mail. Aunque no figurara el nombre de la persona que se lo enviaba, sólo podía tratarse de un mensaje de Carol Ramsey.

—Nave Interplanetaria BH a Estación Modular NK.

En pocos segundos, el rostro de Nicholas apareció en el ángulo izquierdo de la pantalla de su ordenador.

—Adelante, BH, te escucho.

—¡He recibido un mensaje con un nuevo enigma en mi correo electrónico, NK!  
—dijo Beth emocionada.

—Yo también, pero lo he borrado de mi ordenador.

La apagada voz de Nicholas desconcertó a Beth.

—¿Qué te ocurre, NK? Creía que te alegrarías de recibir ese mensaje.

—Le prometí a mis padres que no volvería a tener nada que ver con la EEJA.

—¿Y dónde están tus sueños de astronauta, NK? Éramos un gran equipo, el Equipo Galileo, que soñaba con viajar algún día al espacio en una misión de la NASA. Ahora estamos muy cerca de poder conseguirlo.

—Lo siento, BH. Todo esto ha llegado demasiado lejos.

—¡Pero es Carol quien nos lo ha enviado! ¿No te das cuenta?

—¿Y tú por qué sabes que realmente ha sido ella?

—Porque el enigma del mensaje habla de los claustros, y sólo Carol sabe que allí está escondida la Esencia del Misterio.

—Los monjes encapuchados de la mazmorra también lo sabían.

—¿Se lo dijiste tú?

—No hizo falta. Me aseguraron que conocían todos nuestros pensamientos.

—Los monjes encapuchados no pueden conocer este nuevo enigma. Carol aún no nos había hablado de él.

—Ni siquiera estábamos seguros de que Carol fuese alguien real y ahora nos pide que nos encontremos con ella en los Cloisters. ¿Y si no es ella? Ese enigma podría haberlo inventado cualquiera. Nuestras vidas aún están en peligro.

—¿Qué quieres decir? Walter Stuck está muerto, se cortó la cabeza en la guillotina.

—Pero los monjes de las mazmorras y los miembros del Club Gótico aún están vivos.

—El detective Fowler y la teniente Taylor nos dijeron que ya no corríamos ningún peligro.

—Hay algo que tú no sabes, BH. Algo horrible que pasó cuando los dos monjes encapuchados me sacaron de la mazmorra. No pensaba hablarle a nadie de ello. Ni siquiera a ti.

—Después de lo que hemos vivido juntos creía que éramos mucho más que unos buenos amigos. ¿Por qué no me has dicho nada de eso hasta ahora?

—No quería que volvieras a sentir el miedo que yo sigo sintiendo.

—No te conozco, NK.

—Tienes razón, ya no soy el mismo. Ellos hicieron algo en mi mente.

—¿Ellos? ¿En tu mente?

—Sí, Walter Stuck, los monjes encapuchados y alguien más.

—Pero... ¿qué pasó? ¿Adónde te llevaron?

—No lo sé, estaba muy asustado y no podía ver nada. Antes de salir de las mazmorras me amordazaron y me vendaron los ojos. Supongo que subimos una escalera y que me llevaron a algún lugar de la casa, donde pude oír la voz de Walter Stuck y la de una mujer hablando entre ellos. Supe que era él porque la mujer le llamaba Walter.

—¿La hermana del detective Fowler?

—¿Quién podría ser si no?

—Walter Stuck también la había secuestrado. Mi madre me dijo que se llama Susan y que aún está en el hospital. Casi se vuelve loca al descubrir que su futuro esposo era el asesino.

—Sí, pero a mí no me pareció entonces que estuviese secuestrada.

—Bueno, ella no lo supo hasta que alguien avisó al asesino de que el FBI había rodeado su casa. Por eso Walter Stuck se suicidó, antes de entregarse a la policía.

—Luego sólo recuerdo que todo quedó en silencio, hasta que volví a oír la voz de Walter Stuck ordenando a los monjes encapuchados que me tumbaran en una camilla y me ataran las manos y los pies con unas correas.

—¿Y qué pasó después? ¿Puedes recordarlo?

—Walter Stuck dijo algo sobre un experimento al que llamaba «Jekyll y Hyde». Dijo que no estaba seguro de que pudiera conseguirlo de nuevo en un cerebro tan joven como el mío. Luego discutieron algo entre ellos sobre la formación de las neuronas que no pude comprender. Por eso estoy seguro de que hicieron algo dentro de mi cabeza.

—¿Algo como lo que hacían los científicos del Centro Grosling?

—No sé lo que fue, BH... porque ya no recuerdo nada más. Pero a veces creo que veo en mi mente la cara del diablo.

—¿Estás seguro de eso?

—¡Yo no puedo estar seguro de nada, BH! Todo es tan confuso en mi mente que no me atrevería a jurarlo, pero es lo único que recuerdo.

—Es posible que lo hayas imaginado.

—No lo sé, pero estoy muy asustado.

—Vamos, NK, no deberías darle importancia a todo eso... Desde que nos encerraron en las mazmorras del museo de cera de Walter Stuck, yo también he soñado durante noches con el diablo, con serpientes, con ratas y con fantasmas decapitados. Fue algo horrible, que nos ha traumatizado a los dos. La psicóloga del FBI ya nos advirtió de que podríamos sufrir pesadillas, alucinaciones, ideas y pensamientos obsesivos durante algunos meses, hasta que comenzáramos a olvidar lo ocurrido. Deberías volver a hablar con ella.

—¡No! No quiero que nadie sepa lo que te he contado. ¡Júrame que no hablarás con nadie de esto, BH! Es posible que tengas razón y sólo sean imaginaciones mías.

—Te juro que no diré nada. Pero ¿iremos entonces a la cita con Carol?

—Lo siento, BH. Para mí el juego de los enigmas infinitos ha terminado.

—Antes no pensabas de ese modo.

—Ahora es distinto, han pasado muchas cosas desde entonces.

—Pero las hemos pasado juntos, NK.

Beth no insistió. Si Nicholas deseaba abandonar el juego de los enigmas infinitos, ella debía respetar su decisión aunque no la comprendiera. Como Nicholas le dijo, habían pasado muchas cosas desde entonces. Sin embargo, lo que la entristecía era que todo lo ocurrido desde que comenzaran a buscar la Esencia del Misterio en el juego de los enigmas infinitos los hubiese separado, en lugar de unirlos aún más. El Equipo Galileo de la EEJA ya no era más que una quimera. No sólo se habían distanciado en sus deseos de descubrir el final de la leyenda escondida de Nueva York, sino que apenas se saludaban en la parada del autobús escolar, permanecían en silencio durante todo el trayecto hasta llegar al colegio, indiferentes a los comentarios y a las miradas de admiración de sus compañeros por la dramática aventura que habían vivido. Nicholas parecía haber vuelto a concentrarse en las clases, y se mantenía atento a las explicaciones del profesor Loster como hacía tiempo que Beth no recordaba. Ya no levantaba la vista de su mesa para mirarla y sonreírle después de lanzarle un guiño, ni por las tardes comunicaba con la Nave Interplanetaria BH desde la Estación Modular NK, con su ilusionada voz de astronauta. Tampoco había respondido a los repetidos correos electrónicos que Beth le había enviado durante el fin de semana, informándolo de que el lunes, a las tres treinta de la tarde cogería el autobús de la línea número 4 en la última parada de Madison Avenue para asistir a su cita con Carol Ramsey en los Cloisters de Harlem. De modo que Beth se convenció de que la decisión de Nicholas era tan firme como irrevocable.

Aunque abatida por el pertinaz silencio de Nicholas, Beth estaba decidida a seguir adelante. Incluso se había documentado sobre los Cloisters en varias páginas web de internet, para comprender mejor el nuevo enigma que Carol Ramsey les había

planteado, y que ella sola resolvería. Los Cloisters, a pesar de estar situados en una colina de Fort Tryon Park, en Harlem, formaban parte del Metropolitan Museum de Nueva York. El edificio, construido por John D. Rockefeller en el año 1938, tenía la apariencia de una antigua abadía medieval, en la que se contenían todas las colecciones de arte de la Edad Media del museo. Beth no tardó en comprender por qué el enigma de la leyenda escondida decía que en la capilla reposaban los héroes medievales, entre claustros y tapices de unicornios celestiales. Cinco viejos claustros de los siglos XII, XIII y XIV, traídos piedra a piedra desde Francia y España hasta Nueva York, constituían, junto con la gran colección de siete Tapices del Unicornio, las obras de arte más célebres del museo. Beth pensó que en una de las capillas de la abadía debían de encontrarse algunas tumbas, en las que reposaban los héroes medievales. Saber esto le permitiría acceder directamente al lugar en que debía encontrarse con Carol Ramsey.

Armada de valor, el lunes, a las tres y media en punto de la tarde, después de salir del colegio y de haber comido un bocadillo y una ensalada en una cafetería cercana a Madison Avenue, Beth esperó en la parada el paso del autobús de la línea número 4 que la llevaría a los Cloisters, en Harlem. Hasta el último segundo mantuvo la esperanza de que Nicholas apareciera por alguna parte, llamándola a gritos como cuando llegaba tarde al autobús escolar y estaba a punto de perderlo. Pero Nicholas no apareció. Beth subió al autobús y se sentó en un asiento libre cerca del conductor. Al menos podría ver Harlem como si realizara un recorrido turístico por el norte más alejado y desconocido de la ciudad de Nueva York. Y cuando el autobús cerró sus puertas, los ojos le brillaron con la tristeza de quien sabe que ha perdido para siempre a su mejor amigo.

Pronto, el autobús enfiló la calle Ciento diez en dirección oeste. Luego giró a la derecha, hacia el norte, por Broadway, y ante su mirada entristecida comenzaron a fluir, como antiguas postales de una historia olvidada, las escenas de una vida cotidiana y bulliciosa, impregnada de infinitos aromas y colores, que ella desconocía. Beth pensó que, sin ella saberlo, todo Harlem le daba la bienvenida, y por un instante se sintió libre, desprendida de todas las cosas, dispuesta a desvelar el eterno enigma que daba sentido a una estrella llamada Ouro, perdida en los confines del universo.

—Los lunes está cerrado el museo —dijo el conductor cuando el autobús llegó a los Cloisters. Beth era ya la única pasajera.

—No importa, he quedado aquí con una persona. Pero gracias de todos modos —dijo Beth al bajarse.

—Este lugar es demasiado solitario para que una chica de tu edad ande sola por aquí —murmuró el conductor, entre el bufido de las puertas al cerrarse.

Pero Beth no pudo oír lo que el conductor le decía. La belleza de los Cloisters atrapó su mirada, como si sus viejas paredes de piedra la hubiesen hechizado.

Aquel lugar insólito de Nueva York rodeado de bosques volvió a recordarle a Beth los monjes encapuchados que viera en las mazmorras del museo de cera de Walter Stuck. En la Edad Media, los monjes vivían en abadías como la que ella contemplaba en ese instante. Pensó que los Cloisters formaban parte de una época que no era la suya, y se dijo a sí misma que todavía estaba a tiempo de salir corriendo de allí y regresar a su mundo verdadero en Manhattan. ¡Oh, cuánto echaba de menos a Nicholas! Con él todo habría sido distinto. Nicholas le habría infundido el valor que ahora le faltaba. Sin querer admitirlo, estaba asustada. Tan asustada como lo estuvo en la mazmorra.

La puerta de acceso a los Cloisters estaba frente a la parada del autobús. Desde allí, Beth hubiese jurado que estaba cerrada. ¿Y si no había nadie en el museo, como le había dicho el conductor del autobús? Miró a su alrededor, y se sintió sola. Carol no decía en su mensaje si se encontrarían en la entrada o en el interior. Para ser exactos, pensó Beth, ni siquiera había dicho que se encontrarían allí. Eso era algo que ella había dado por supuesto. Pero si no era así, ¿qué sentido tenía el mensaje? Lo mejor era que intentara entrar en los Cloisters y comprobara si Carol estaba en la capilla de la que hablaba el enigma de la leyenda escondida. En su reloj ya eran las cuatro.

Beth se acercó a la puerta y vio que estaba abierta, aunque entornada. La empujó con la mano y miró adentro. Una larga escalinata subía hasta el interior del museo. Entró decidida y corrió escaleras arriba. Un pequeño vestíbulo servía de taquilla para la venta de tiques y recuerdos. Sobre el mostrador había algunos planos y Beth no dudó en coger uno.

Ante ella se abría el distribuidor de las primeras salas de arte medieval del museo, al que se accedía a través de un arco de piedra con esculturas talladas en ambos lados. En el plano aparecían tres capillas distintas: la de Fuentidueña, la de Langon y la capilla Gótica. La primera estaba muy cerca del salón de recepción donde ella se encontraba, a la derecha. Pero allí no estaba Carol. La segunda, la capilla de Langon, se encontraba al final de la Sala Románica y no tardó en llegar a ella, dejando atrás los dos claustros que se abrían a ambos lados. Tampoco Carol estaba allí. Además, en ninguna de las dos capillas había tumbas en las que pudieran reposar los héroes medievales. Así que regresó sobre sus pasos y entró en el Claustro de Cuxa, pasó junto a la sala capitular de Notre-Dame-de-Pontaut, y a través de la Sala del Gótico Primitivo llegó a la Capilla Gótica. Para entrar en ella había que bajar una escalera, aunque el interior de la capilla era visible a través de un gran arco ojival situado junto a la entrada.

Una joven algo mayor que Beth estaba de pie junto a una de las tumbas talladas en piedra.

—¿Carol? —preguntó Beth emocionada, antes de bajar la escalera.

La joven era tan bella como el personaje virtual del juego de los enigmas infinitos.

—¡Beth! ¡Beth!

Era Carol, sin duda, pensó Beth mientras bajaba la escalera. Corrió hasta Carol y se abrazó a ella llorando de alegría.

—¡Oh, Beth! Pensaba que no vendrías —dijo Carol, acariciando los cabellos de su querida amiga.

—Soy tan feliz de verte al fin tal como eres... Aún creo estar dentro del juego de los enigmas infinitos.

—Y lo estamos Beth, a veces no hay tanta diferencia entre lo real y lo imaginado. Pero... ¿Y Nicholas?

Beth se entristeció de nuevo. Sin Nicholas nada era igual que antes.

—Nicholas no vendrá —dijo—. Después de lo ocurrido, prefirió olvidarse del juego de los enigmas infinitos.

—¡Oh, Beth, lo siento! Siento todo lo que habéis pasado para llegar hasta aquí y que Nicholas haya renunciado a la Esencia del Misterio. Él merecía poseerla tanto como tú.

—Intenté convencerle, pero no quiso escucharme. Creo que lo he perdido para siempre, Carol.

—Vamos, no digas eso. Todo se arreglará, estoy segura. Ya buscaremos juntas la forma de solucionarlo.

—A él le habría encantado conocerte. Nicholas siempre pensó que eras un personaje tan real como nosotros.

—Era algo que yo no podía desvelaros hasta el final del juego, Beth. Pero tú has conseguido llegar hasta aquí. Ahora podrás saberlo todo sobre la Esencia del Misterio: el juego de los enigmas infinitos termina aquí.

—A pesar de todo lo que ha ocurrido, siento que el juego se acabe. Me gustaba ser un personaje virtual —dijo Beth afligida.

—A mí también, pero el futuro que nos espera puede ser más apasionante aún.

—Pero ¿este lugar pertenece al pasado?

—Así es, Beth, por eso quiero que mires a tu alrededor y contemples el lugar donde reposan los héroes medievales.

Beth hizo lo que Carol le pedía y observó con detalle la pequeña Capilla Gótica, sus techos altos, el ábside rodeado de vidrieras y las tumbas de piedra que había alrededor. Una de las tumbas, la que estaba situada junto a ellas, ocupaba el centro de la capilla y, sobre el sarcófago de piedra, estaba tallada la figura de un joven caballero medieval, tumbado con las manos juntas y con el escudo y su espada junto a su cuerpo. No había ninguna inscripción con su nombre, ni en éste ni en los demás sarcófagos de la capilla, en los que reposaban las figuras talladas de otro caballero



con la espada ceñida al cinto, vestido con armadura y yelmo, y de una hermosa dama vestida con un sencillo traje de lino. En los laterales de la capilla había otras tumbas de hombres, ataviados con largas túnicas y togas.

—La historia dice que en estos sarcófagos reposan desconocidos personajes que vivieron en la Edad Media y cuyo nombre verdadero se ignora, pero la leyenda escondida asegura que, años después de la llegada de la Esencia del Misterio a Nueva York, los sabios de la sociedad Ouróboros trajeron también *El manuscrito de los prodigios cósmicos* y las tumbas de los héroes medievales que habían protegido la Esencia del Misterio. Decidieron entonces instalar sus tumbas en esta abadía para que pudieran descansar en paz eternamente. La abadía fue construida por el gran mecenas de la cultura de Nueva York, John D. Rockefeller, quien pensó en establecer aquí este museo de arte medieval.

—¿Ésta es la tumba de Grimpow? —preguntó Beth, con el mismo entusiasmo que cuando recorría con Nicholas los lugares de la leyenda escondida de Nueva York en el juego de los enigmas infinitos.

—El símbolo del Ouróboros es un símbolo circular de principio y fin, de ciclos infinitos que se enlazan en el tiempo para hacer que el futuro se convierta en presente y el presente en pasado. La Esencia del Misterio inició con Grimpow uno de esos ciclos que concluye ahora. Con él comenzó la leyenda escondida y con él termina.

—Y, según la leyenda escondida, ¿a quién pertenecen esas otras tumbas?

—Ésa que está ahí, tras de ti, es la de Weienell Labox, hija de un sabio de la sociedad Ouróboros llamado Gurielf Labox. Y aquella de enfrente, es la del caballero Saliotti di Staglia, el protector de Grimpow. Las demás corresponden a otros sabios medievales que ignoró la historia. Pero ésa es otra leyenda.

—Entonces, ¿dónde está la Esencia del Misterio? —quiso saber Beth.

Carol abrió su mano como lo hacía la diosa de la ciencia en el mosaico de la Universidad de Cornell y le ofreció un pequeño objeto similar a una piedra. Cuando Beth la tocó, la Esencia del Misterio comenzó a adquirir un color insólito que emitía una luz extraña.

—Supongo que habrás oído hablar de la mítica piedra filosofal.

—¿Ésta es la piedra filosofal? —preguntó Beth, descreída.

—Así la llamó siempre la historia: la piedra filosofal, el *lapis philosophorum*, la llave de todos los misterios.

—¡Pero esto no es una piedra, es una especie de chip, hecho con un material extraño! —exclamó Beth, embelesada en la contemplación de aquel objeto prodigioso que le permitía ver cosas imposibles.

—Así es, Beth. Se trata de un objeto maravilloso que contiene todos los secretos de la vida y del universo que aún no hemos podido comprender. Un objeto tan maravilloso e incomprensible como la esencia de la mente humana. Nadie lo ha

descifrado aún completamente, y por eso en la Edad Media pensaron que era una piedra, la piedra de la sabiduría. Ahora esa piedra está en tus manos, y de ti y de muchos jóvenes como tú dependerá su futuro.

—¿Y tú, Carol? ¿Qué harás tú?

—Yo seguiré a tu lado para viajar con la Esencia del Misterio hasta los confines del universo.

—¿En la misión Ouróboros de la NASA? —quiso saber Beth, emocionada. Su sueño de ser astronauta estaba a punto de cumplirse.

Pero entonces, una voz retumbó entre los gruesos muros de la capilla.

—¡Esa piedra no te pertenece!

A Beth aquella voz no le era desconocida.

—¡Nicholas! ¡Has vuelto! —exclamó, al ver a Nicholas asomado al arco ojival del piso superior de la capilla.

Nicholas se descolgó por el muro con la agilidad de un saltimbanqui.

—Siento llegar tarde. Así que tú eres Carol.

—¡Oh, Nicholas, cuánto me alegro de verte! Bienvenido de nuevo a la Misión Ouróboros —dijo Carol sonriendo y abrazándolo como a un viejo amigo.

Luego Nicholas se acercó a Beth y dijo:

—He pensado que quizá tengas razón, y mis miedos sólo sean imaginaciones mías.

Beth lo abrazó y le susurró al oído:

—Tú también tienes razón, esta piedra no me pertenece sólo a mí, nos pertenece a todos —añadió, entregándole la Esencia del Misterio.

Nicholas la cogió en sus manos como si recibiera la luz de una estrella. Y, al tocarla, sintió que se removía en su mente el diablo que la habitaba.

***Fin***

# AGRADECIMIENTOS

Debo expresar mi gratitud a Maripé Pascual, amiga entrañable, que puso toda su ilusión y su paciencia en pintar a la acuarela cada uno de los edificios y detalles del mapa de la leyenda escondida de Nueva York, como si realmente los hubiese tenido ante sus ojos; a mi querido sobrino Guillermo Ábalos Ventoso, por haber dibujado, con precisión de artista experto a pesar de su edad, los signos y símbolos de Kôt y de la catedral de Saint Patrick; a mi querido sobrino Jorge Ábalos Campoy, que me dejó compartir con él sus videojuegos; y a mi buen amigo forense Paco Escriña, que me ayudó a dar sentido técnico a los aspectos más delicados de esta novela.

# NOTA DEL AUTOR

El nick «mariposadefuego» corresponde realmente al que encontré en la página web de viajeros.com cuando buscaba información en internet sobre los lugares que yo había visitado en Nueva York; y «mariposadefuego» es, también, quien denominaba «pequeño jardín» al cementerio de Trinity Church, en su artículo «Los cementerios más fascinantes del mundo».